



PEKKA HÄMÄLÄINEN

EL IMPERIO COMANCHE



Lectulandia

Esta excepcional obra recupera la memoria olvidada de la nación Comanche que fue capaz de mantener su identidad hasta su exterminio.

La imagen del lejano Oeste, construida a través de los westerns, forma parte de la iconografía popular. En estas películas, los indios, nativos norteamericanos, aparecían como un obstáculo para el progreso y la civilización. Sin embargo, basta detenerse un instante en su historia para comprender que más allá de los tópicos, tenían su propio mundo social y cultural.

Entre los diferentes pueblos indios de Norteamérica y México, los Comanches forjaron un auténtico imperio comercial. Una nación nómada, con una flexible estructura económica y guerrera, que opuso feroz resistencia a imperios como el británico y el español, y a naciones como las incipientes EE.UU. y México.

Desde el sudoeste de Estados Unidos hasta el norte de México, pasando por las grandes llanuras tejanas y la Baja California, los comanches dominaron a las tribus que habitaban su mismo territorio, siendo capaces de aterrorizar a los apaches y, hasta finales del siglo XIX, resistir el avance del ejército estadounidense con sus colonos.

Esta obra, excepcional, recupera la memoria olvidada de un pueblo, la nación Comanche, que fue capaz, hasta su exterminio, de mantener su identidad.

Lectulandia

Pekka Hämäläinen

El imperio comanche

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Comanche Empire*

Pekka Hämäläinen, 2008

Traducción: Ricardo García Pérez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

Hay varias personas e instituciones que me ayudaron a concluir este libro. Me gustaría dar las gracias por orientarme en el mundo académico a Markku Henriksson, David Wishart y John Wunder, cuyos conocimientos han sido una fuente de inspiración inagotable y que jamás han dejado de plantearme retos intelectuales y de otra naturaleza. Este libro no existiría sin el consejo y el apoyo de David Weber. Ha sido un defensor incondicional de mi trabajo y leyó el manuscrito en diferentes fases guiándome siempre para que mis formulaciones fueran más equilibradas, precisas y claras. Elliott West leyó el manuscrito dos veces y lo mejoró enormemente con sus agudas intuiciones y su crítica sagaz. Estoy muy en deuda con él.

Una beca de investigación del William P. Clements Center for Southwest Studies de la Southern Methodist University (SMU) me proporcionó un entorno estimulante para revisar y replantear el trabajo. El taller de manuscritos del Clements Center reunió a varios especialistas destacados para que analizaran mi proyecto. Estoy profundamente agradecido por su asesoramiento y sus críticas a los participantes en el mismo: Edward Countryman, David Edmunds, Morris Foster, Todd Kerstetter, James Snead, Daniel Usner, Ornar Valerio-Jiménez, David Weber, Elliott West y John Wunder. Quisiera dejar una nota especial de agradecimiento a Andrea Boardman por toda la ayuda que me prestó durante mi estancia en la SMU. Posteriormente, una generosa beca de dos años del Collegium for Advanced Studies de la Universidad de Helsinki me permitió escribir el cuerpo principal de este libro en un entorno muy estimulante desde el punto de vista intelectual. También me gustaría dar las gracias por el apoyo económico de la Texas A&M University y la Universidad de California en Santa Barbara (UCSB).

Muchas personas han leído todo o parte del manuscrito y me han permitido validar mis ideas en conversaciones y debates muy animados. Estoy profundamente agradecido a Gary Clayton Anderson, Matthew Babcock, Ned Blackhawk, Guillaume Boceara, Colin Calloway, Brian DeLay, Jason Dormandy, Ross Frank, Sarah Griffith, Andrew Isenberg, Ben Johnson, John Lee, Andrea McComb, Patrick McCray, Cecilia Méndez, Susan Miller, Jean Smith, Gabriela Soto Laveaga, Paul Spickard, Todd Wahlstrom y Martina Will de Chaparro. Thomas Kavanaugh compartió generosamente conmigo sus vastos conocimientos de la cultura y la historia comanches. También hay deudas que se difuminan en la amistad forjada con experiencias comunes: tuve la suerte de escribir mi primer libro mientras mis buenos amigos Mark Ellis, Mikko Saikku y Sam Truett concluían los suyos. Siempre pude disponer de su apoyo y de su continuo consejo. Debo dar las gracias especialmente a Lee Goodwin, que compartió su pozo de conocimientos sobre archivos documentales, localizó documentos esenciales y me involucró en muchas discusiones historiográficas efervescentes. También leyó el manuscrito con una atención

inquebrantable a los detalles y me ahorró muchos errores. Jennifer Mundy, de la Biblioteca Davidson de la Oficina de Colecciones Especiales de la UCSB, me brindó una ayuda impagable a la hora de rescatar fuentes confusas.

En Yale University Press hubo varias personas que convirtieron en una experiencia deliciosa la transformación del manuscrito en un libro. Mi editor, Chris Rogers, hizo suya de inmediato mi idea del libro, y sus inteligentes sugerencias editoriales fueron de gran ayuda para las últimas revisiones. Laura Davulis y Jessie Hunnicutt condujeron el manuscrito por toda la fase de producción con un aplomo tranquilizador, y Eliza Childs, mi correctora, pulió mi prosa y me hizo participar en discusiones muy fructíferas sobre el estilo y la sintaxis.

La deuda mayor es con Veera Supinen, que leyó y formateó numerosas versiones de este libro y, a menudo, orientó mi pensamiento hacia nuevas sendas. Su inteligencia, sabiduría y elegancia han alimentado este proyecto de principio a fin.

INTRODUCCIÓN

COLONIALISMO INVERTIDO

Este libro trata de un imperio norteamericano que, según los manuales de historia al uso, no existió. Narra la conocida trama de expansión, resistencia, conquista y desaparición, pero los papeles habituales se han invertido: se trata de un relato en el que los indios se expanden, ordenan y prosperan, y los colonos europeos resisten, se repliegan y luchan por sobrevivir.

En los albores del siglo XVIII los comanches eran una pequeña tribu de cazadores recolectores que vivían en los escarpados desfiladeros de la remota frontera septentrional del reino español de Nuevo México. Eran unos recién llegados que habían huido de los disturbios políticos y las disputas internas de sus territorios de origen tradicionales, en las Grandes Llanuras del centro, y hacían todo lo posible por reconstruir su forma de vida en una tierra extraña cuya incorporación al universo español parecía inminente. Fue aquí, en la punta de lanza del imperio más grande del mundo, donde los comanches iniciaron una expansión explosiva. Compraron y robaron caballos en Nuevo México, se reinventaron a sí mismos como guerreros a caballo y volvieron a pergeñar su lugar en el mundo. Entraron por la fuerza en las llanuras meridionales, desplazaron a los apaches y a otras naciones indias que allí habitaban y, en el transcurso de tres generaciones, forjaron un territorio inmenso, más extenso que el conjunto de la zona situada al norte del río Grande, que en aquella época estaba bajo control europeo. Se convirtieron en los «señores de las llanuras meridionales», unos jinetes feroces y belicosos que frenaron las incursiones euroamericanas en el sudoeste del actual Estados Unidos^[*] hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.^[1]

La literatura existente suele retratar a los comanches como una potencia ecuestre formidable que alzó una barrera de violencia sobrecogedora ante la expansión colonial.^[2] Junto con los iroqueses y los lakota, han quedado inmersos en la memoria colectiva estadounidense como una de las pocas sociedades indígenas capaces de oponer una resistencia significativa a la conquista euroamericana de Norteamérica. Pero la idea de que los comanches alzaron una barrera omite al menos la mitad de la historia, pues a mediados del siglo XVIII volvieron a reinventarse a sí mismos, en esta ocasión como pueblo hegemónico que alcanzaba cotas de poder y prosperidad cada vez más altas a costa de las sociedades adyacentes, tanto indias como euroamericanas. Paulatinamente, empezó a tomar forma un cambio trascendental. En el Sudoeste, el imperialismo europeo no solo se estancaba ante la resistencia indígena, sino que quedaba eclipsado por el imperialismo indio.

Ese vuelco en las relaciones de poder fue algo más que un mero problema técnico de la historia o una interrupción provisional del proceso de colonización europeo de

la Norteamérica indígena. Durante una centuria, la transcurrida aproximadamente entre 1750 y 1850, los comanches fueron el pueblo dominante en el Sudoeste y manejaron y explotaron los destacamentos coloniales de Nuevo México, Texas, Louisiana y el norte de México en aras de su seguridad, prosperidad y poder. Extrajeron recursos y mano de obra de sus vecinos euroamericanos e indios mediante el latrocinio y los impuestos, e incorporaron otras etnias a sus filas en calidad de pueblos adoptivos, esclavos, trabajadores, personas dependientes o vasallos. El imperio comanche se propulsaba con la violencia pero era, ante todo y principalmente, al igual que la mayor parte de los imperios viables, una organización económica. Su núcleo era una red comercial amplísima que permitió a los comanches controlar los mercados fronterizos de las inmediaciones y el comercio de larga distancia, con lo que introdujeron en su órbita política a los grupos vecinos y difundieron su lengua y su cultura por todo el subcontinente. Y, como siempre, la preeminencia política a largo plazo en el exterior se basaba en un desarrollo muy dinámico en el interior. Para afrontar las oportunidades y los retos de su rápida expansión, crearon un sistema político centralizado pero con múltiples niveles, una economía mercantil próspera y una organización social jerarquizada, pero lo bastante flexible para sustentar y vencer las cargas de su ambición en el exterior.

Así pues, los comanches fueron una potencia interregional con carisma imperial, y su política dividió la historia del Sudoeste y el norte de México en dos trayectorias con un contraste muy marcado. Mientras que los comanches alcanzaban cotas inigualables de influencia política y económica, riqueza material y estabilidad interna, las colonias españolas, las posteriores provincias mexicanas y muchas sociedades agrícolas indígenas padecían los inconvenientes habituales de las regiones periféricas del mundo colonial. Sin reconocerlo abiertamente, los españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos vivían en el centro del continente dominados y eclipsados por un imperio indígena. Ese imperio, su auge, su anatomía, sus costes y su caída, constituyen el objeto de este libro.

Las grandes potencias indias americanas han cautivado la imaginación de los especialistas desde que Hernán Cortés se abriera paso a la fuerza en Tenochtitlán y Francisco Pizarro avanzara sobre Cuzco. Con el paso de los años, los historiadores y arqueólogos han revelado la existencia de sistemas de gobierno imperialistas o pseudoimperialistas de indios americanos que sometieron a otras sociedades indígenas. Es fácil recordar a los aztecas, los incas y otros forjadores de imperios de la América precolombina, pero, haciendo un esfuerzo mayor, podríamos pensar también en los powhatan de principios del siglo XVII de las marismas costeras de Virginia, en los haudenosaunee del siglo XVII (la confederación iroquesa) en el nordeste de Estados Unidos o en los lakota de las llanuras septentrionales del siglo XIX.^[3]

Este libro se inscribe en ese género, aunque también desborda sus márgenes. Muestra que los comanches combatieron y sometieron a otras sociedades indígenas, pero que su capacidad para reducir a los regímenes coloniales euroamericanos a meros componentes de su posición dominante fue más importante para alcanzar la supremacía. Los comanches lograron algo excepcional: forjaron una estructura imperial que sometió, explotó, marginó, asimiló y transformó profundamente destacamentos coloniales cercanos y lejanos, con lo que invirtió la trayectoria imperial habitual en grandes sectores de América del Norte y Central.^[4]

Además, los comanches lo hicieron en el siglo XVIII y a principios del XIX, durante la pleamar de la rivalidad imperial, cuando las potencias coloniales se disputaban la preeminencia en toda Norteamérica. El sudoeste de Estados Unidos fue escenario de varios proyectos imperiales muy dinámicos y dispares que convergían y chocaban de formas imprevisibles. Mientras los imperios español, francés, británico y estadounidense rivalizaban entre sí por las tierras, el comercio y las materias primas, los comanches seguían expandiendo sus dominios y frustrando profundamente las ilusiones europeas de superioridad. El resultado fue una historia colonial que contraviene la perspectiva convencional. Una idea muy persistente sostiene que el devenir y los contornos de los albores de la historia de Estados Unidos estuvieron determinados por los giros de la dinámica de poder euroamericana y las reacciones que suscitaron en las metrópolis de Madrid, Londres, Versalles, Ciudad de México y Washington. Sin embargo, el Sudoeste era una excepción clamorosa. Allí importaban las ideas de las metrópolis, pero solían tener menos relevancia que las políticas y los designios de los comanches, cuyo dominio adquirió finalmente proporciones hemisféricas, pues se extendía desde el corazón de Norteamérica hasta adentrarse en las profundidades de México. De hecho, la ascendencia comanche es el elemento ausente en la arrolladora secuencia histórica que desembocó en el fracaso de Nueva España en la colonización del interior de América del Norte, la erosión de la autoridad imperial española en el Sudoeste y la decadencia precipitada del poder mexicano en el Norte. En última instancia, el auge del imperio comanche contribuye a explicar por qué el extremo septentrional de México es hoy día el sudoeste de Estados Unidos.

Pese a toda su fuerza y potencial expansionista, los comanches nunca trataron de erigir un sistema imperial al estilo europeo. El imperio comanche, una creación de bandas nómadas, no fue una estructura rígida aglutinada por una única autoridad central, ni tampoco una entidad que pudiera mostrarse en un mapa como un bloque sólido con fronteras nítidas. A diferencia de las potencias imperiales euroamericanas, los comanches no pretendían establecer asentamientos coloniales a gran escala, y su idea del poder no pasaba por el gobierno directo sobre gran número de súbditos. No hacían publicidad de su fuerza con arte y arquitectura ostentosos, ni dejaron tras de sí ruinas de un imperio que nos recuerden el alcance de su poderío. No obstante, como, tanto por razones culturales como estratégicas, preferían el gobierno informal a las

instituciones formales, crearon entre todas las sociedades un orden jerárquico muy marcado y bien integrado con un perfil, un alcance y una sustancia inconfundiblemente imperiales. Las numerosas bandas y subdivisiones comanches conformaban una coalición muy fluida internamente pero muy coherente desde el exterior que, mediante una creativa combinación de políticas de violencia, diplomacia, extorsión, comercio y parentesco, logró lo que otros imperios con estructuras más rígidas obtuvieron mediante el control político directo: imponer su voluntad sobre sistemas de gobierno vecinos, aprovechar el potencial económico de otras sociedades y convencer a sus rivales de que adoptaran y aceptaran sus normas y costumbres.

Para comprender la naturaleza específica del imperialismo comanche es preciso entender cómo se entrelazó el ascenso de los comanches con otras expansiones imperiales: el empuje tenaz, aunque errático, de Nueva España hacia el Norte desde la zona central de México; el empeño de Nueva Francia por asimilar las praderas del interior a su dominio comercial; y la búsqueda de Estados Unidos de un imperio transcontinental. Para simplificar lo que fue un proceso complejo desplegado en varios escenarios, diremos que los comanches desarrollaron una política de poder agresiva en respuesta a las invasiones euroamericanas, que pusieron en peligro su seguridad y autonomía desde el momento en que ingresaron en las llanuras meridionales. En realidad, el hecho de que el territorio comanche, la Comanchería, estuviera rodeada durante toda su existencia por asentamientos de colonos euroamericanos convierte a los comanches en candidatos con pocas probabilidades de alcanzar la primacía en la región. Pero, como los comanches aumentaron su número y su poder, la disposición geopolítica acabó convirtiéndose en el fundamento mismo de su predominio. Su abrumadora fuerza militar, tan evidente en los ataques de guerreros a caballo que tanto terror suscitaban, les habría permitido destruir muchos asentamientos de Nuevo México y Texas y expulsar a la mayor parte de los colonos al otro lado de sus fronteras. Pero jamás adoptaron una política de expulsión sino que, por el contrario, prefirieron que sus fronteras limitaran con destacamentos formalmente autónomos, pero económicamente subsidiarios y dependientes, que sirvieran de vías de acceso a los inmensos recursos del imperio español.

De modo que los comanches fueron una potencia imperial con una diferencia: su objetivo no era conquistar y colonizar, sino coexistir, controlar y explotar. Mientras que las potencias imperiales tradicionales gobernaban volviendo las cosas más rígidas y previsibles, los comanches lo hacían manteniéndolas fluidas y maleables.^[5] Este carácter informal, casi ambiguo de la política de los comanches no solo dificulta definir su imperio, sino también, a veces, siquiera verlo. Nuevo México y Texas lindaron con la Comanchería durante toda la era colonial y, aunque a menudo sufrieron la presión de los comanches, las colonias gemelas resistieron, lo que permitió a España afirmar que su dominio imperial en el Sudoeste era arrollador. Sin embargo, si se examina con detenimiento, la presencia imperial inflexible de España

en la región se convierte en una ilusión que solo existió en la mentalidad de los españoles y en los mapas europeos, pues los comanches controlaban una parte muy extensa de todos los bienes materiales que se podían utilizar en Nuevo México y Texas. En la cultura comanche no existía la idea de que la tierra es una forma de propiedad privada y generadora de ingresos y, en cierto sentido, el ganado y los esclavos ocupaban el lugar de la propiedad privada terrateniente. Esta observación elemental tiene unas repercusiones enormes sobre la forma en que deberíamos entender la relación entre los comanches y los colonos. Cuando los comanches sometían a Texas y Nuevo México a incursiones y asaltos sistemáticos para obtener caballos, mulas y prisioneros y despojar de esos recursos productivos a zonas muy extensas, convertían de hecho a las colonias en posesiones imperiales. Que la Texas y el Nuevo México españoles no fueran conquistados por los comanches no es un hecho histórico, sino algo que depende del punto de vista que se adopte.

En este libro me propongo examinar el complejo poder de los comanches en el marco de una red trasatlántica emergente que todavía no se había consolidado en una economía mundial que la englobara. Desde este punto de vista, durante el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX el sudoeste de Estados Unidos y el norte de México afloran como un sistema-mundo a pequeña escala, vigente al margen de la garra controladora de los imperios ultramarinos de Europa. La Comanchería fue su núcleo político y económico, una almendra central de la región que estaba rodeada por sociedades y territorios más o menos periféricos, cuyos destinos estaban vinculados a los comanches mediante complejas redes de cooperación, coerción, extorsión y dependencia. El enfoque del sistema-mundo en la historia ha sido criticado a menudo por ser demasiado rígido y mecanicista, lo cual es cierto. He utilizado su lenguaje y sus metáforas espaciales de forma selectiva, pero también intencionada, pues soy consciente de que transmiten cierta idea de rigidez y permanencia. Ante el telón de fondo de unas fronteras norteamericanas en continuo desplazamiento, el espacio que los comanches ocuparon, y finalmente dominaron, entre las demás sociedades estuvo marcado por unas jerarquías de poder inusualmente firmes, duraderas y peculiares.^[6]

Este mundo «comanche-céntrico» no era en modo alguno independiente; estaba anclado desde su concepción misma en el universo colonial general a través de las poderosas redes administrativas y económicas tendidas entre Nuevo México, Texas, las provincias mexicanas del Norte y Ciudad de México. Pero los vínculos institucionales tenían con frecuencia menor impacto sobre la evolución interna de las colonias que las políticas de los comanches; tal vez las turbulentas e intrincadas historias de Nuevo México, Texas, Coahuila y Nueva Vizcaya hayan tenido tanto que ver con los comanches como con los vaivenes del destino imperial de Nueva España. De hecho, la relación sistémica entre la Comanchería y el norte de Nueva España proporcionó a los comanches un atisbo de la capacidad de explotación sobre el imperio español en su conjunto. Cuando se fundó Nuevo México, a caballo entre los siglos XVI y XVII, se esperaba que la provincia alimentara la vena imperial de España

con materias primas y mano de obra, pero antes de que concluyera el siglo XVIII, a través de la colonia se filtraba tanta riqueza hacia la Comanchería que solo lograba sobrevivir a base de apoyo económico continuo desde Ciudad de México. Durante gran parte de finales del siglo XVIII y principios del XIX, Texas actuó como una provincia por la que se escapaba el dinero, a menudo tributaria y, con frecuencia, también a la defensiva de la expansión comanche. Así pues, al subvencionar su frontera más septentrional, el imperio español se vaciaba para alimentar y repeler a un imperio indígena.

Aunque este libro se circunscribe a un lugar y un tiempo determinados, mi tesis afecta a los debates generales sobre colonialismo, fronteras y territorios fronterizos en el continente americano. En las últimas tres décadas, los historiadores han concebido formas enteramente nuevas de pensar en los indígenas norteamericanos, los euroamericanos y el entrelazamiento de sus historias. Más allá de las narraciones verticales convencionales que representan a los indios como actores secundarios de las disputas imperiales o víctimas trágicas de la expansión colonial, los especialistas actuales los presentan como agentes históricos de pleno derecho que desempeñaron un papel constitutivo en la construcción de las primeras fases de existencia de Estados Unidos. En lugar de una secuencia predeterminada y sin costuras, la colonización del continente americano se considera hoy día un proceso dialéctico que engendró mundos nuevos para todos los implicados. Las sociedades indígenas no desaparecieron simplemente ante la acometida euroamericana. Muchas se adaptaron y pervivieron erigiendo unas economías e identidades nuevas con los fragmentos de las antiguas. Los indios combatieron y resistieron, pero también cooperaron y coexistieron con los recién llegados creando universos híbridos que no eran enteramente indios ni europeos. Al situar en el primer plano de los albores de la historia de Estados Unidos a los pueblos indígenas y sus intenciones, los especialistas de los últimos tiempos han reforzado un campo de conocimiento que hace solo una generación se ahogaba bajo unos principios provincianos y mitificadores.^[7]

Pero, por relevante que haya sido este giro revisionista, no está completo. Con demasiada frecuencia, las alteraciones han sido más cosméticas que correctoras. Los historiadores han saneado la terminología y actualizado los manuales para que iluminen las sutilezas de los encuentros coloniales, pero las líneas maestras de la historia han permanecido en buena medida intactas. Aparte de un grupo de especialistas en la historia de Estados Unidos y de sus indígenas, la interpretación de las relaciones entre indios y euroamericanos sigue limitada por lo que Vine Deloria hijo denominó «la teoría de la historia del “cameo”»: los pueblos indígenas hacen apariciones espectaculares, *permanecen* en escena un instante y luego desaparecen cuando se reanuda la saga central de la expansión europea, que apenas se ve afectada por la interrupción. Salvo contadas excepciones, los historiadores revisionistas se han

limitado a volver a contar la historia de la conquista colonial desde el lado indio de la frontera. Han sondeado cómo contrarrestaron y afrontaron la expansión colonial, y han pasado por alto la otra cara de la dinámica: el impacto de las políticas indias sobre las sociedades coloniales. Este enfoque refuerza la idea de que las potencias europeas fueron las principales impulsoras de la historia y tiende a reducir la acción de los indígenas a meras estrategias de subversión y supervivencia. Para recuperar la auténtica dimensión del papel de los indios en los albores de la historia de Estados Unidos debemos, una vez más, volver a evaluar las intersecciones entre pueblos indígenas, potencias coloniales, fronteras y territorios fronterizos. Tenemos que sustituir las lentes y crear modelos que nos permitan apreciar que las políticas indígenas hacia las potencias coloniales eran algo más que estrategias defensivas de resistencia y contención.^[8]

Este libro aporta nuevas perspectivas en ese mismo esfuerzo, y lo hace poniendo en duda algunas de las suposiciones más elementales sobre los pueblos indígenas, el colonialismo y el cambio histórico. En lugar de percibir las políticas de los indígenas hacia las potencias coloniales como meras estrategias de supervivencia, tiene en cuenta que los indios, además, podían guerrear, intercambiar bienes, firmar tratados y asimilar pueblos con el fin de expandirse, extorsionar, manipular y dominar. En lugar de releer la desposesión de los indios para estructurar la narración de los primeros momentos de la historia de Estados Unidos, suscribe las múltiples posibilidades y contingencias del cambio histórico. En el plano fundamental, fomenta una interpretación menos lineal de las relaciones entre indios y blancos en Norteamérica. Tras los contactos iniciales, momento en que los indios solían imponerse a los invasores, el destino de las culturas indígenas no siempre fue un suave deslizamiento irreversible hacia la desposesión, la despoblación y el declive cultural. Como ilustra la historia de los comanches, pudieron darse trayectorias casi diametralmente opuestas. Antes de ser derrotados definitivamente en 1875 en los desfiladeros de la región de Texas conocida como el saliente de Texas,^[*] los comanches experimentaron durante más de un siglo un ascenso asombroso desde los márgenes del mundo colonial hasta adquirir una relevancia imperial como pueblo dominante que prosperaba y se expandía en medio de las colonias euroamericanas.

La historia de las relaciones entre indios y colonias europeas, tal como la entendemos hoy día, es inseparable de la historia de la frontera, que constituye otra hebra teórica de nuestro estudio. En los últimos quince años aproximadamente, la frontera ha resurgido con fuerza en el centro mismo de la historiografía norteamericana. Bajo su nueva forma de zona de interpenetración cultural, la frontera va adquiriendo relevancia entre los historiadores, que no hace tanto tiempo rechazaban la tesis de Frederick Jackson Turner de que la frontera es una interpretación etnocéntrica y narcisista de la conquista de Norteamérica por parte de los europeos. En lugar de utilizar la línea divisoria binaria de Turner entre civilización y barbarie, o entenderla como límite del semillero de las virtudes

estadounidenses, los historiadores la dibujan ahora como un espacio socialmente cargado en el que los indios y los invasores competían por los recursos y la tierra, pero también compartían destrezas, alimentos, modas, costumbres, lenguas y creencias. Según revelan los nuevos trabajos, las fronteras entre indios y blancos eran puntos de contacto desordenados y eclécticos que transformaban a todos sus protagonistas, al margen de si la dinámica de poder entre ellos estaba o no equilibrada. Así, se ha aproximado el concepto de frontera a su rival, el de territorio fronterizo, que Herbert Eugene Bolton, el historiador pionero de la Norteamérica española, acuñó para cuestionar la visión anglocéntrica angosta de Turner. El escepticismo hacia el estado-nación como unidad principal de análisis histórico, la visión de conjunto en el subcontinente, la valoración de la mutabilidad política y cultural y el énfasis en la intervención indígena son los puntos fuertes tradicionales de la historia de los territorios fronterizos; hoy día lo son también de los estudios sobre fronteras.^[9]

Este libro se sirve de varias aportaciones de los nuevos estudios sobre fronteras y territorios fronterizos. Desde un punto de vista más general, muestra cómo los comanches trasladaron bienes, ideas y personas a través de unas lindes ecológicas, étnicas y políticas, con lo que crearon redes de violencia e intercambio transnacional (o transimperial) que desafiaban la disposición espacial más rígida que las potencias euroamericanas confiaban instaurar en el Sudoeste. Desde un punto de vista más restringido, muestra cómo los comanches forjaron a pequeña escala con los euroamericanos unos mercados privados en los que relacionarse cara a cara, con lo que crearon una versión incipiente de lo que Daniel Usner ha denominado «economías de intercambio fronterizo»: unos sistemas comerciales autosuficientes que se desarrollaron, sobre todo, al margen de la floreciente economía trasatlántica. Esta perspectiva describe cómo los comanches obligaron a los colonizadores a modificar sus métodos agresivos y, al mismo tiempo, recalibraron algunas de sus prácticas para adaptarlas a la presencia euroamericana, con lo que se involucraron en ese tipo de procesos de mediación, invención mutua y producción cultural que Richard White ha denominado «el territorio intermedio». Desde el punto de vista geopolítico, el Sudoeste comanche parecería ajustarse a la redefinición de territorio fronterizo que recientemente han hecho Jeremy Adelman y Stephen Aron: un lugar en el que las rivalidades interimperiales mejoraban las alternativas estratégicas de los pueblos indígenas y les permitían enfrentar a las potencias coloniales entre sí.^[10]

Y, aun así, los nuevos estudios sobre fronteras y territorios fronterizos logran explicar el mundo que yo solo describo parcialmente. El Sudoeste que se dibuja en este libro es un lugar violento y traumático en el que los indígenas y los recién llegados se percibían más como extraños y adversarios que como colaboradores en la creación de un mundo compartido; solo de vez en cuando fue un lugar en el que pudo prosperar una economía de intercambio fronterizo o un territorio intermedio. Cuando los comanches y los euroamericanos se reunían para discutir asuntos tan polémicos y

conceptualmente resbaladizos como la guerra, la paz, la reciprocidad, la lealtad o la justicia, a veces se apoyaban en malentendidos creativos, fundamentales y muy oportunos para la creación de territorios intermedios; pero, otras muchas se entendían demasiado bien y, por lo general, no les gustaba lo que veían. Los euroamericanos consideraban a los comanches seres necesitados, agresivos, susceptibles y obstinados en sus creencias paganas y, por su parte, aparecían ante la sensibilidad comanche como seres codiciosos, arrogantes, intolerantes, groseros y zafios. En última instancia, la mayor parte de las tentativas de mediación intercultural significativas se desmoronaron ante la insolencia de los euroamericanos y la impaciencia de los comanches. A base de negociar desde una posición de poder político y físico cada vez más firme, los comanches fueron adoptando una actitud cada vez más asertiva hacia las potencias coloniales. Su política exterior dejó de tratar de acomodarse a las expectativas euroamericanas y pasó muy pronto a rechazarlas, reformarlas o, sencillamente, ignorarlas.^[11]

A vista de pájaro, el estudio del sudoeste de Estados Unidos sometido al régimen de los comanches se convierte en una historia de fronteras alternativas. En realidad, desde el punto de vista de los comanches, no había fronteras. Donde los euroamericanos de la época (y los historiadores posteriores) veían o imaginaban demarcaciones imperiales rígidas, los comanches apreciaban múltiples oportunidades para el comercio, el intercambio de regalos, el pillaje, la caza de esclavos, la exigencia de rescates, la adopción, la obtención de tributos y el establecimiento de alianzas. Al negarse a aceptar la idea occidental de que se trataba de unos territorios coloniales soberanos e indivisos, descompusieron las fronteras euroamericanas en sus elementos constitutivos (ciudades coloniales, presidios, misiones, ranchos, haciendas y aldeas indígenas) y los trataron como unidades aisladas, enfrentando a menudo los intereses de cada una de ellas entre sí. En el Sudoeste colonial, fueron los comanches, y no los euroamericanos, quienes dominaron la política del *divide y vencerás*.

Asimismo, las políticas asertivas y agresivas de los comanches hacia los euroamericanos no eran más que un producto fronterizo de carácter secundario. Los comanches se aprovecharon sin duda de su ubicación entre regímenes coloniales competidores, pero tenían poco en común con los indios que pueden encontrarse en la mayor parte de las historias de territorios fronterizos. Más que un pueblo marginado que hacía equilibrios entre regímenes coloniales rivales para promulgar medidas paliativas de menor rango que aliviaran las políticas imperiales, los comanches fueron actores protagonistas que solían obligar a los colonizadores potenciales a competir por *su* apoyo militar y *su* buena voluntad, así como a sortear *sus* iniciativas e intenciones. Por su naturaleza y su lógica, el Sudoeste en el siglo XVIII y principios del XIX era inequívocamente una creación comanche, un mundo indígena en el que las rivalidades intercoloniales solían ser meras alteraciones superficiales de la corriente subterránea más profunda y poderosa del imperialismo comanche.

En la imaginación popular, el Sudoeste norteamericano anterior a la conquista de Estados Unidos en 1848 representa un estudio del fracaso imperial. El imperio español, rígido, burocrático y demasiado ambicioso, con su cuartel general en Ciudad de México, había diseminado mucho sus recursos por todo el hemisferio occidental para amarrar las provincias más septentrionales a su estructura imperial. Los franceses, pese a ser más ingeniosos que sus rivales españoles, que no tenían visión de futuro, eran demasiado erráticos y les preocupaba demasiado la política de poder del Viejo Mundo, las colonias británicas y el comercio canadiense de pieles como para hacer algo impresionante desde el punto de vista imperial con Louisiana o las zonas interiores del Oeste. La joven República Mexicana era tan frágil y quisquillosa que perdió Nuevo México y Texas en menos de tres décadas. Reducido a una caricatura, el Sudoeste de la visión dominante aparece como un popurrí de tribus indígenas políticamente débiles y aisladas, imperios exhaustos y repúblicas disfuncionales; un mundo fragmentado dispuesto a ser absorbido por los angloamericanos, quienes, en solitario, tuvieron la imaginación, el impulso y los medios para someter y controlar regiones muy vastas.^[12] Ponderados ante semejante trasfondo de indiferencia imperial e impotencia política, los logros de los comanches parecerían mermar por el hecho de haber coincidido con una vulnerabilidad euroamericana excepcional y que acabaran siendo una potencia hegemónica por falta de otras.

Yo parto de una premisa distinta (lejos de ser un lugar atrasado del imperio, el Sudoeste era un mundo dinámico de sociedades pujantes, y los comanches tuvieron que eliminar y absorber proyectos imperiales vigorosos para adquirir preponderancia) y me baso en una sucesión de estudios pioneros que han dado un aspecto nuevo a la historia del Sudoeste en sus primeras fases. Desmontando el estereotipo tradicional de que los colonos españoles eran conservadores y carecían de imaginación, David Weber ha demostrado que las altas instancias del centro de México y las autoridades locales de Nuevo México, Texas y Louisiana modificaron continuamente y a su antojo las políticas fronterizas del imperio para extender las reivindicaciones y el poder españoles hasta el corazón de América del Norte. Weber ha mostrado, además, que ese mismo dinamismo estratégico y político definió al sudoeste mexicano, aunque la recién nacida república carecía de los recursos y las ambiciones expansionistas del imperio español. Ross Frank ha expuesto que el Nuevo México de la etapa borbónica estaba mucho más integrado en los centros imperiales de Nueva España y, en consecuencia, era más dinámico y próspero de lo que se ha creído; y Andrés Reséndez ha descubierto un proyecto sólido para la construcción de una nación mexicana en el Norte a partir de 1821. Ned Blackhawk ha llamado la atención sobre la fabulosa capacidad de los españoles para utilizar (y soportar) la violencia en aras de sus intereses imperiales. Al repasar la historia de los comanches, etnohistoriadores como Morris Foster y Thomas Kavanaugh han hecho desvanecerse

el estereotipo de que era una sociedad cazadora simple revelando sistemas políticos, instituciones sociales, redes comerciales y economías de pastoreo muy desarrollados. En conjunto, estos y otros estudios novedosos han derribado la vieja imagen de que el Sudoeste era un mundo de pueblos por naturaleza pasivos, congelados en el tiempo y desconectados de las corrientes principales de la historia estadounidense.^[13]

Los historiadores también han empezado a elaborar síntesis nuevas que ilustren que el redescubrimiento de la ambición, la energía y la inventiva humanas perfilaron la evolución de las relaciones interculturales en el Sudoeste. Gary Clayton Anderson ha analizado la región como un territorio de encuentro disputado y culturalmente elástico en el que muchos grupos indígenas resistieron la conquista mediante la etnogénesis, a base de remodelar sin cesar sus economías, sociedades e identidades. En un estudio seminal, James Brooks ha caracterizado la región como un mosaico étnico conectado por una red de intercambio intercultural que giraba en torno a la «esclavitud de parentesco» y combinaba tradiciones indígenas y coloniales de servidumbre, violencia, honor viril y retribución para dar lugar a una peculiar economía cultural de territorios fronterizos. Bajo estas nuevas perspectivas, el Sudoeste aflora como un mundo vigoroso de subversión social persistente en el que los indígenas y los recién llegados parecían igualados en poder, y en el que suelen carecer de sentido las dicotomías habituales entre indios y europeos, o entre amos y víctimas.^[14]

También paso revista con grandes trazos a las relaciones interculturales en el Sudoeste, pero extraigo una conclusión específica en dos vertientes. Muestro cómo los comanches cooperaron y negociaron con otros pueblos, pero también sostengo que sus relaciones con los españoles, los mexicanos, los wichita u otros siguió fundada en el conflicto y la explotación. Las fronteras de la Comanchería eran emplazamientos para la fusión cultural y el comercio basado en el mutualismo, pero también fueron sedes de la extorsión, la violencia sistemática, el intercambio bajo coacción, la manipulación política y el endurecimiento de la discriminación racial. La diferencia fundamental entre los estudios existentes y este libro reside en la cuestión del poder y su distribución. Según el señero libro de Brooks *Captives and Cousins*, por ejemplo, la compleja pauta de asalto, intercambio y toma de prisioneros soldó a pueblos dispares en redes de interdependencia estrechas, suavizó las diferencias de riqueza entre grupos y contrarrestó la asimetría en las relaciones de poder. El Sudoeste que él y otros autores dibujan era un lugar de fronteras no dominantes en el que ni los colonos, ni los indígenas, tenían poder para gobernar a los demás. Mi tesis, en cierto sentido, es más tradicional acciones como los asaltos, la toma de esclavos, la absorción étnica e incluso el intercambio benefician en términos generales a unos grupos más que a otros. Además, en el sudoeste de Estados Unidos ese proceso hacia la desigualdad era acumulativo. Una vez que los comanches se aseguraron a mediados del siglo XVIII el control territorial sobre las llanuras meridionales, entraron en una espiral de poder e influencia crecientes que nacía de su capacidad para extraer

beneficios políticos y materiales de las sociedades urbanas de Nuevo México, Texas y las Grandes Llanuras.^[15]

Las diferencias tan llamativas entre los estudios anteriores y este libro nacen de sus diferentes marcos y escalas conceptuales. Las obras recientes sobre las relaciones entre indios y euroamericanos en el Sudoeste (al igual que, en general, en toda América del Norte) comparten un enfoque concreto: contemplan los acontecimientos desde una óptica local y subrayan el papel de la intervención individual y de los pequeños grupos frente a las fuerzas estructurales de orden superior. Teñidos de interpretaciones subalternas, los demás estudios suelen centrarse en los pueblos periféricos que viven en los confines de las fronteras y reconstruyen su participación en el diálogo intercultural, y en cómo acabaron formando comunidades híbridas nuevas que, poco a poco, se hicieron sombra entre sí. Entregados al ámbito de lo local, lo específico y lo particular, prestan menos atención a las tensiones políticas, económicas y culturales más generales. Si bien las jerarquías de poder, privilegio y riqueza no se ignoran, quedan relegadas al telón de fondo de la trama principal de la cooperación y asimilación intercultural.^[16]

Por el contrario, en este libro examino a los habitantes del Sudoeste en conglomerados más amplios. Aunque reconozco que las lindes étnicas y culturales solían ser porosas, observo a estos pueblos según se identificaban y entendían a sí mismos: como grupos diferenciados de apaches, comanches, españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos. Este desplazamiento del marco y el enfoque tal vez desdibuje un tanto los planes locales y los despoje de parte de su primacía, pero el panorama general deja ver una imagen más clara de la dinámica general a escala más amplia. Muestra que, pese al mestizaje cultural tan diverso, el Sudoeste norteamericano siguió siendo un mundo polarizado en el que grupos étnicos dispares chocaban y competían a muerte entre sí, en el que las desigualdades de riqueza y oportunidades siguieron siendo un hecho tangible de la vida y en el que los recursos, los pueblos y el poder descansaban sobre la Comanchería.^[17]

Además de ajustar la escala de análisis, la reconstrucción del poder de los comanches ha supuesto una reorientación visual elemental. En lugar de contemplar los acontecimientos desde las fronteras de las colonias hacia el interior (un enfoque tradicional que condiciona inevitablemente las explicaciones a sesgos occidentales contemporáneos), este libro observa las evoluciones desde la Comanchería hacia afuera. Desde este ángulo, las acciones de los comanches adquieren forma y significado nuevos. Actos que anteriormente parecían arbitrarios o impulsivos se inscriben en pautas coherentes con lógica interna y finalidad propias. La política exterior comanche, que antes parecía una búsqueda oportunista a pequeña escala de nuevas aberturas en las fronteras imperiales controladas por los blancos, emerge ahora como una pauta planificada, sincronizada y dominante. Vemos que los comanches no se limitaban a frecuentar los mercados coloniales, sino que crearon un imperio comercial fabuloso que se extendió por gran parte del Sudoeste y las Grandes

Llanuras. No lo hicieron solo para responder a las iniciativas políticas dictadas desde el exterior, sino que buscaron y establecieron acuerdos de forma activa. Lejos de ser unos oportunistas que aprovechaban su ubicación, fluidificaron el intercambio, organizaron el robo y orientaron la destrucción en el seno de una economía de violencia muy compleja que les permitió, al mismo tiempo, imponer acuerdos comerciales favorables, crear una demanda artificial de sus exportaciones, arrancar tributos de destacamentos coloniales y alimentar una red comercial inmensa con caballos robados, prisioneros y otros artículos muy demandados. Visto desde Ciudad de México, el extremo septentrional parecía a menudo caótico y perturbador; visto desde la Comanchería, se percibe con matices, organizado y tranquilizador.

Entender el ascenso de los comanches al poder requiere algo más que sacar a la luz pautas y estructuras anteriormente veladas: también exige describir los acontecimientos y su evolución en términos comanches. Para captar la naturaleza fundamental del imperio comanche debemos desvelar los significados que encierran las palabras, los motivos subyacentes a los actos, las estrategias ocultas tras las medidas políticas y, en última instancia, el orden cultural que impulsó todo ello. Sin embargo, se trata de una tarea abrumadora, ya que las fuentes disponibles no facilitan realizar un análisis cultural en profundidad. Los documentos coloniales euroamericanos, la espina dorsal documental de este libro, abordan prácticamente todos los aspectos de la economía política comanche, desde la guerra, el intercambio y la diplomacia hasta la producción material, la esclavitud y las relaciones sociales; pero, si bien los documentos aportan una descripción rica y detallada, la imagen que arrojan es, en todo caso, la visión unidimensional de un forastero. Los informes oficiales, las narraciones de prisioneros, los diarios de viajeros y los relatos de comerciantes nos brindan mucha información sobre las acciones de los comanches, pero rara vez arrojan luz sobre los motivos culturales subyacentes. Pocos observadores de la época poseían el instrumental analítico para comprender las sutilezas que distinguían la lógica cultural indígena de la no indígena, y menos aún tuvieron la capacidad (o el interés) de anotar lo que aprendieron. Por consiguiente, las fuentes disponibles se ven casi siempre infestadas de lagunas, malas interpretaciones involuntarias y sesgos deliberados, lo cual deja a los historiadores trabajando con un material que, en el mejor de los casos, es fragmentario y, en el peor, abiertamente erróneo.

En mi esfuerzo por descubrir los motivos y significados de los comanches entre evidencias defectuosas, he utilizado múltiples métodos históricos y etnohistóricos. He concedido prioridad a las narraciones que reproducen, aun cuando sea con mutaciones, la voz de los comanches, sin olvidar que esa voz fue recogida mediante criba cultural y que suele pertenecer a jefes que gozaban de privilegios, raras veces a pobres y desposeídos, y prácticamente nunca a mujeres y jóvenes. He contrastado

documentos españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos para producir una imagen más estereoscópica y, por así decir, un retrato más preciso de las intenciones y objetivos de los comanches. A lo largo del proceso de escritura he comparado documentos históricos con datos etnográficos y he sometido los materiales de producción euroamericana al filtro de la etnohistoria. La tarea supuso aplicar con cautela una especie de «lógica inversa», mediante la cual se trabaja partiendo de observaciones etnológicas más recientes y completas para descifrar prácticas y conductas de épocas anteriores. Y, más a mi pesar, a veces he tenido que aplicar una «lógica colateral o secundaria» y deducir interpretaciones sobre los valores culturales comanches a partir de modelos generales de sociedades indígenas de las Grandes Llanuras u otras regiones.^[18]

Este tipo de estratificación metodológica y rotación de puntos de vista contribuye a delinear los perfiles generales del orden cultural comanche, pero la imagen resultante sigue siendo aproximada. Con independencia de su origen, todos los documentos coloniales adolecen de similares sesgos profundamente arraigados, mientras que la lógica inversa corre el peligro de incurrir en un análisis «presentista» y contaminado por un sentido estático de la intemporalidad; presupone que los pueblos indígenas y sus tradiciones han sido de algún modo inmunes a la modernidad y han logrado permanecer inalterados tras siglos de desposesión, descenso demográfico y genocidio cultural. La lógica colateral o secundaria amenaza con ocultar rasgos comanches singulares bajo definiciones toscas e indiscriminadas de los indios en general y de los de las Grandes Llanuras en particular. Este tipo de deficiencias pueden dar lugar a lo que el historiador Frederick Hoxie ha denominado «etnohistoria de libro de cocina»: las culturas complejas se desintegran en recetas abreviadas, la conducta humana se reduce a un reflejo condicionado cultural o genéticamente y los impulsos individuales acaban siendo irrelevantes. Como antídoto para este tipo de banalizaciones, Hoxie insta a los historiadores a describir las sociedades en sus propios términos, intrínsecamente asimétricos, para crear historias menos lineales que dejen sitio a lo sorprendente y lo desconcertante.^[19]

Siguiendo el consejo de Hoxie, he tratado de ceñirme a los aspectos contradictorios de la conducta de los comanches, en lugar de minimizarlos. En este libro se representa a los comanches como forjadores de un imperio que no poseía una estrategia imperial grandiosa y como conquistadores que se veían a sí mismos más como guardianes que como gobernadores de la tierra y las recompensas que brindaba. Fueron guerreros que solían preferir el trueque a la batalla, y comerciantes que no vacilaban en utilizar la violencia letal para salvaguardar sus intereses. Fueron diplomáticos sagaces que, de vez en cuando, evitaban las instituciones políticas formales; y pacificadores que torturaban a sus enemigos para demostrar su supremacía militar y cultural. Desde el punto de vista racial, fueron ciegos a los colores y veían casi en cualquier forastero un pariente potencial, pero en todo caso erigieron la economía esclavista de mayor envergadura del Sudoeste colonial. Sus

jefes guerreros insultaban, intimidaban y degradaban a los agentes coloniales con palabras y gestos terribles y brutales, pero sus pacificadores aludían con elocuencia al perdón, la compasión y el arrepentimiento utilizando metáforas intrincadas y un lenguaje ritual destinado a persuadir a sus homólogos euroamericanos. Por encima de todo, los comanches no fueron un monolito que obedeciera a un código cultural inflexible, sino más bien un conglomerado de individuos con personalidades, intereses y ambiciones diferentes y, en ocasiones, en conflicto. Compartían un núcleo de valores y objetivos, pero también discrepaban y discutían sobre los métodos, los objetivos y los costes de sus medidas. La sociedad comanche, en resumen, era una sociedad compleja en la que coexistían simultáneamente varios patrones de conducta.

El historiador Bruce Trigger ha explicado la conducta de los indígenas norteamericanos desde un punto de vista ligeramente distinto del de Hoxie, centrándose en los procesos mentales subyacentes del aprendizaje, el juicio y el razonamiento. Presuponiendo la existencia de una posición intermedia en los interminables debates sobre las variaciones interculturales de la motivación humana, Trigger sostiene que, si bien las creencias culturales tradicionales siguieron modelando la respuesta de los indígenas norteamericanos ante el contacto y el colonialismo europeo, las valoraciones y cálculos pragmáticos más universales acabaron por desempeñar un papel preponderante a largo plazo. Trigger sostiene que este tipo de reorganización cognitiva se produjo en todos los planos de la conducta, pero que era más visible en aquellos ámbitos que guardaban relación más directa con el bienestar material de los indios: la tecnología y el poder. Para Trigger, el resultado del contacto colonial no fue una transformación de los indígenas norteamericanos en «hombres económicos universales», pero tampoco la persistencia implacable de la otredad.^[20]

Siguiendo a Trigger, presto particular atención a los cambios producidos con el paso del tiempo en los principios subyacentes de la conducta comanche. Puede decirse que la introducción de caballos, armas de fuego y otras tecnologías del Viejo Mundo impulsó a los comanches a percibir su lugar y sus posibilidades en el mundo bajo una luz distinta, mientras que la interacción política y comercial estrecha con las potencias coloniales los expuso a la lógica y las leyes de la diplomacia y el mercado europeos. Quizá, en un principio, los comanches percibieran los bienes europeos a través del molde de su idiosincrasia tradicional, pero el sesgo no les impidió abrazar las ventajas militares y materiales fabulosas de disponer de caballos, armas de fuego y utensilios de metal; o de emplear esas ventajas contra los propios euroamericanos. De manera similar, al igual que muchos otros pueblos indígenas, los comanches pudieron haber visto a aquellos recién llegados a caballo y portando armas de fuego como seres todopoderosos sobrenaturales, pero en cuestión de años aprendieron a beneficiarse de la vulnerabilidad humana de los españoles. Al cabo de más o menos una generación desde que se produjera el primer contacto, los comanches habían aprendido a distinguir los motivos y métodos de las diferentes potencias coloniales y

a explotar las diferencias para promover sus propios planes políticos y económicos. Este tipo de conducta, basada en la estimación utilitarista del interés propio, era racional en el sentido en que habrían entendido el término la mayoría de los historiadores euroamericanos de la época y posteriores.

Y, sin embargo, el inmenso abismo que separaba los universos comanche y euroamericano no desapareció jamás; de ningún modo. Al margen de sus rasgos universales, las acciones y políticas de los comanches permanecieron incrustadas en un sistema de realidad de una naturaleza claramente no occidental. Hasta el limitado extremo que podemos desvelar cuáles eran las intenciones que inspiraban las acciones de los indios del siglo XVIII o principios del XIX, parece evidente que la racionalidad de la conducta comanche no tenía nada que ver con la de los euroamericanos.

En apariencia, las acciones de los comanches se inscribían en categorías inequívocas (comerciar, asaltar, esclavizar, y así sucesivamente) fácilmente reconocibles y comprensibles, tanto para los historiadores euroamericanos de la época como para los posteriores. Pero las semejanzas solo son superficiales; un análisis más cuidadoso revela que las acciones comanches trascendían una y otra vez las categorías habituales y no se dejaban clasificar con facilidad. A diferencia de los euroamericanos, los comanches no separaban el comercio de las relaciones sociales generales, sino que más bien lo entendían como una forma de compartir entre parientes, ya fueran reales o ficticios. Consideraban que el robo era un mecanismo legítimo para rectificar a corto plazo los desequilibrios en la distribución de los recursos, en lugar de un acto hostil que cancelaba de forma automática futuras interacciones pacíficas. Mataban, guerreaban y saqueaban otras sociedades no necesariamente para conquistar, sino para obtener venganza y aplacar con el cuerpo muerto de sus enemigos el espíritu de sus parientes abatidos. Apresar personas de otros grupos étnicos no necesariamente significaba pasar de la libertad a la esclavitud, sino desplazarse de una red de parentesco a otra. Incluso la entrega de regalos, el *leitmotiv* de la diplomacia india norteamericana, albergaba lo que, al menos superficialmente, parece una contradicción flagrante. Al igual que casi todos los indios norteamericanos, los comanches consideraban que el intercambio de presentes era un requisito para mantener una relación pacífica, pero exigían la distribución unilateral de regalos a los colonos euroamericanos y, si se los negaban, utilizaban la violencia de inmediato.^[21]

Así pues, como tantas otras potencias imperiales, los comanches ejercieron una política de poder agresiva sin considerar que sus acciones lo eran *per se*. Construyeron un sistema intersocial jerárquico con medidas que solían estar orientadas hacia la obtención de regalos, la conciliación, la prestación mutua de servicios y la adquisición de nuevos parientes procedentes de pueblos a los que podían considerar por igual tanto parientes y aliados como extraños y enemigos. En realidad, el hecho de que los comanches actuaran de otra forma puede haber

representado perfectamente uno de sus mayores activos políticos. Su capacidad para pasar con rapidez de los asaltos al comercio, de la diplomacia a la violencia y de la esclavitud a la adopción, no solo dejaba perplejos a sus rivales coloniales, sino a menudo también indefensos. La insistencia occidental en la uniformidad de principios y acción, una actitud que se manifestaba en las burocracias estatales centralizadas con la máxima nitidez, ralentizaba y entorpecía las políticas de los imperios convencionales en comparación con la fluidez estratégica de los comanches. Los euroamericanos compartimentaban las relaciones exteriores en categorías distintas, y con frecuencia excluyentes, y encontraban muchísimas dificultades para tratar con pueblos que se negaban a reconocerlas. Incapaces de diseccionar, clasificar y comprender a los comanches y sus actos, los agentes coloniales también fueron incapaces de contenerlos.

Aquí reside la paradoja definitiva. Aunque, en un principio, los comanches ajustaron sus tradiciones, comportamientos e, incluso, creencias, para adaptarse a la llegada de los europeos y sus tecnologías, después fueron capaces de volver las tornas de la expansión cultural europea simplemente negándose a cambiar. Al preservar la esencia de sus costumbres tradicionales, y confiando en que los demás se amoldaran a su orden cultural, obligaron a los colonos a ceñirse a un mundo que era extraño, incontrolable y, cada vez más, inhabitable.

Los capítulos que siguen narran dos historias entrelazadas. La primera analiza las relaciones interculturales en las llanuras meridionales, en el Sudoeste de Estados Unidos y en el norte de México desde la perspectiva de los comanches, explorando cómo esta nación adquirió predominancia y cómo no dejó de reinventarse a sí misma para mantener la expansión exterior. La otra presta atención a los sucesos desde el punto de vista de los españoles, los mexicanos, los apaches y los demás grupos, que competían y cooperaban de diverso modo con los comanches pero, en última instancia, tuvieron que afrontar la marginación y la desposesión en aquel mundo controlado por ellos. Estas dos historias se trenzan en un único hilo narrativo que, a su vez, está incrustado en el marco general de la expansión ultramarina de Europa. El enfoque contextual muestra cómo las intersecciones de fuerzas locales, regionales y globales modelaron la expansión de los comanches, y cómo éstos padecieron y se aprovecharon de las fluctuaciones y contingencias del mundo trasatlántico emergente. La expansión comanche duró un siglo y medio, pero no fue un proceso lineal sin interrupciones. Hubo vaivenes, periodos de calma, repliegues y reagrupamientos, y el complejo político comanche sufrió mutaciones reiteradas, muchas de las cuales constituyeron épocas bien diferenciadas. Los capítulos que siguen se estructuran en torno a estos desplazamientos y ciclos que, al mismo tiempo, reflejan y cuestionan los puntos de inflexión históricos tradicionales del devenir de Estados Unidos.

I

CONQUISTA

Llegaron procedentes de las llanuras del Oeste, introduciéndose en pequeños grupos errantes entre los pasos montañosos de la cordillera Sangre de Cristo. Como tantos otros grupos indígenas de la época, los numunu o comanches se trasladaron a las llanuras continentales en busca de oportunidades, para construir una forma de vida nueva en torno a la terna ecológica emergente compuesta por praderas, bisontes y caballos. Eran un número reducido, poseían poco más que un puñado de monturas y parecían indiscernibles de sus aliados más destacados, los ute. Las autoridades españolas de Nuevo México repararon en su llegada a las praderas meridionales en 1706 y lo anotaron como un suceso irrelevante. Pero, a mediados de ese mismo siglo, habían desquiciado el mundo en el que habían ingresado de forma casi inadvertida.

Pese a sus orígenes humildes, el éxodo de los comanches a las llanuras meridionales es uno de los puntos de inflexión claves de los albores de la historia estadounidense. Fue una migración ordinaria que acabó convirtiéndose en un auténtico proyecto de colonización con repercusiones geopolíticas, económicas y culturales trascendentales. Desencadenó una guerra de medio siglo de duración con los apaches, que se tradujo en la reubicación de la Apachería, una entidad geopolítica por derecho propio, desde las praderas situadas al sur de río Grande, en el corazón mismo del norte de Nueva España. La invasión comanche de las llanuras meridionales fue, en pocas palabras, la campaña de conquista más larga y sangrienta que había presenciado el Oeste norteamericano, o que presenciaría hasta la ocupación de Estados Unidos un siglo y medio después.

Pero la invasión comanche fue mucho más que una conquista militar. Mientras se hacían hueco en las llanuras, los comanches forjaron una serie de alianzas con las potencias indias y europeas adyacentes, con lo que reorganizaron la geografía política y comercial de la totalidad de las tierras bajas del subcontinente. Visto desde otra perspectiva, la invasión comanche fue un experimento cultural de primer orden. Supuso la destrucción y muerte de muchos, pero también introdujo en las Grandes Llanuras un modo de vida nuevo y estimulante (especializado en la caza de bisontes a caballo) que alteró irremisiblemente los parámetros de la existencia humana en las inmensas praderas que cubrían la zona central de Norteamérica. Finalmente, la llegada de los comanches a las llanuras fue un suceso internacional de primera magnitud: marcó el comienzo de la prolongada decadencia del poder imperial español en lo que hoy día es el sudoeste de Estados Unidos. La conquista comanche de la zona meridional de las Grandes Llanuras marcó un hito que derribó a las civilizaciones existentes, recalibró los sistemas económicos y desencadenó una onda expansiva que se extendió por toda Norteamérica.

Pero los comanches no fueron el único pueblo expansionista del Sudoeste a principios del siglo XVIII; su aparición se solapó, chocó y, por último, se aprovechó de otras tres campañas de colonización avasalladoras. En 1716, tras varias tentativas fallidas de colonización, España puso los cimientos de un nuevo destacamento avanzado, Texas, situado en la orilla meridional de las Grandes Llanuras, con lo que se apoderó de un pedregal de las praderas situadas entre la nueva base colonial y su vieja homóloga de Nuevo México. El impulso expansionista era una reacción a otra iniciativa imperial. A caballo entre los siglos XVII y XVIII, Francia construyó una serie de fuertes en la bahía de Biloxi y junto al curso bajo del Misisipí, con lo que erigió un trampolín para lo que confiaba que acabara convirtiéndose en un gran imperio occidental que incluyera y trascendiera las llanuras.^[1] Y, por último, mientras España y Francia pugnaban por tomar posiciones en torno a las llanuras meridionales, culminaba en las propias praderas una historia de conquista y colonización mucho más larga. Justo cuando se enfrentaban al ataque de los comanches, los apaches consolidaban el control sobre la totalidad de las praderas meridionales aniquilando y absorbiendo al mismo tiempo a los últimos miembros de la tribu jumano, una nación otrora poderosa de cazadores y comerciantes que desapareció de los documentos históricos en 1715.

Los comanches aparecieron en este universo multipolar, volátil y violento, en cuya inestabilidad encontraron, al mismo tiempo, pruebas duras y grandes posibilidades. Padecieron la escalada de desórdenes, lo cual complicó la adaptación a su nuevo hogar, y tuvieron que enfrentarse con frecuencia a más de un grupo de enemigos en unas fronteras en expansión. Pero las ventajas superaban con creces a los inconvenientes. La confluencia de varios proyectos colonizadores significaba que sus rivales solían preocuparse más por otras amenazas y, por tanto, eran incapaces de organizar una resistencia efectiva o, en caso contrario, estaban dispuestos a negociar y formar alianzas con los invasores. Los comanches también se aprovecharon de la rivalidad imperial entre Nueva España y Nueva Francia, pues enfrentaron a las dos potencias para arrancar concesiones de ambas. En su empeño por labrarse un espacio vital en un territorio desconocido, gozaron de la inestimable ventaja de invadir un entorno ya colonizado en el que los acuerdos territoriales fluctuaban. Y, por último, llegaron a las llanuras meridionales justo cuando la tecnología europea (caballos, armas de fuego y utensilios de hierro) empezaba a difundirse masivamente. En calidad de inmigrantes versados en adaptar sus costumbres a la variación de las condiciones, los comanches fueron capaces de utilizar el potencial de fuerza que confería la nueva tecnología de forma más completa que los indígenas rivales, que trataron de incorporar las innovaciones a un estilo de vida más consolidado y ligado a la tradición. Los comanches fueron invasores que se hicieron un sitio en las llanuras meridionales por la fuerza bruta, pero también grandes oportunistas que explotaron un caos que habían contribuido a provocar solo en parte.

Pese al gran alcance de su influencia, la invasión comanche de las llanuras

meridionales nunca se ha estudiado de forma sistemática, y solo somos capaces de comprender vagamente sus batallas, protagonistas, puntos de inflexión e impulsos subyacentes. Los especialistas han tendido a esbozar la invasión con pinceladas gruesas e impresionistas, lo cual ha fomentado sin querer la imagen dieciochesca de que los comanches eran un pueblo belicoso y ansioso de tierras que avanzó al azar hasta encontrar los límites naturales de su expansión. En este capítulo me propongo mostrar, más bien, que la conquista comanche de las llanuras meridionales fue un proceso largo y complejo que atravesó varias fases y se alimentó de diversas fuerzas, que incluyen desde los intereses geopolíticos y comerciales hasta las preocupaciones defensivas o la política de parentesco. Según la historiografía tradicional, el Oeste norteamericano en sus primeros tiempos estaba solo, aislado del Este del país debido a la ausencia de grandes intereses imperiales, batallas culminantes e historia diplomática. Las páginas que siguen dejan patente que estos elementos también estuvieron presentes en el Oeste norteamericano colonial.

Los comanches ingresaron en la historia escrita en 1706, cuando los habitantes del pueblo de Taos, situado en el rincón septentrional de Nuevo México, enviaron noticia al gobernador español de Santa Fe de que la aldea esperaba un ataque inminente de los indios ute y sus nuevos aliados, los comanches. Sin embargo, el ataque no se materializó y el informe, junto con el pueblo que introdujo en la historia escrita, se olvidó enseguida. Dos décadas después, cuando los comanches dejaron sentir su presencia en los territorios fronterizos del norte de Nuevo México como asaltantes atroces pero esquivos, las autoridades españolas se dedicaron a buscar con fervor información sobre ellos. Uno de esos altos cargos fue el brigadier Pedro de Rivera que, cuando inspeccionaba Nuevo México en 1726, trató de reunir información coherente de este pueblo «tan bárbaro como belicoso» cuyo «origen se ignora». Los comentarios de De Rivera, que solo ocupan unos cuantos renglones, constituyen la primera descripción etnográfica de los comanches, a quienes se presenta como un pueblo brutal, semidesnudo y cazador de esclavos que «siempre anda peregrinando y en forma de batalla por tener guerra en todas las naciones». De Rivera también supo, al parecer a través de un prisionero comanche, que sus antepasados habían iniciado el éxodo hacia la frontera de Nuevo México desde una tierra situada trescientas leguas al noroeste de Santa Fe. Estos datos situaban el lugar de origen de los comanches en la imaginación española en el legendario reino de Teguayo, un territorio de riquezas abundantes y cuna de los aztecas.^[2]

El escueto informe de De Rivera guarda un parecido asombroso con las opiniones académicas modernas sobre el origen de los comanches. La mayoría de los especialistas actuales cree que los comanches forman parte de un pueblo de habla uto-azteca que, a principios del siglo XVI, ocupaba una gran extensión de territorio que abarcaba desde el norte de las Grandes Llanuras hasta el sur de la meseta de

Columbia, adentrándose mucho en la zona central de Norteamérica. La supremacía uto-azteca fue consecuencia de dos grandes migraciones y conquistas iniciadas varios siglos antes. En algún momento de principios del segundo milenio, un gran número de hablantes uto-aztecas se desplazó hacia el sur desde un lugar al que denominaban Aztlán y los españoles conocían como Teguayo, situado en un lugar desconocido de los desiertos de la Gran Cuenca o del Sudoeste. Recorrieron el arco formado por las montañas Rocosas y la Sierra Madre para adentrarse en el valle de México, donde erigieron el inmenso imperio azteca que en 1500 presidía la mayor parte de América Central. Al mismo tiempo que los antepasados de los aztecas emigraban hacia el Sur, otra rama uto-azteca, el pueblo numic, abandonaba su núcleo territorial situado en el sur de Sierra Nevada y se desplazaba hacia el Este y el Norte. Una sequía insistente en el siglo XIII había desalojado grandes extensiones interiores del Oeste, lo que permitió a los numic expandirse hacia tierras desérticas. Avanzaron hacia el Este y el Nordeste hasta que, en torno al año 1500, dominaban gran parte del sur de la meseta de Columbia, el este de la Gran Cuenca y la zona central y septentrional de las Rocosas. La expansión numic fue encabezada por los shoshone, un pueblo emparentado con los comanches que llegó a ocupar gran parte del nordeste de la Gran Cuenca hasta el límite de las Grandes Llanuras.^[3]

Poco a poco, los shoshone se establecieron y se adaptaron a los diversos entornos de la Gran Cuenca, las Rocosas y las Grandes Llanuras. Su existencia seguía un ciclo anual coreografiado con meticulosidad, que combinaba la caza y la pesca con la recolección intensiva. Pasaban la mayor parte del tiempo en las montañas y praderas de la zona semiárida de la Gran Cuenca, acampando junto a lagos y marismas; cazaban con arco y flecha berrendos, ciervos y muflones de las Rocosas; capturaban salmones en los ríos Snake y Salmón; y recogían nueces, raíces y otros alimentos silvestres. En invierno, en todo caso, solían atravesar el Paso del Sur para llegar a la cara oriental de las Rocosas, donde en un surco profundo y bien irrigado producido por la erosión, entre las montañas y las praderas, encontraban infinidad de bisontes, alces y muchos otros grandes animales que cazar y una protección fabulosa contra el frío. Las migraciones estacionales llevaron a los shoshone hasta los márgenes de las llanuras pero, con toda probabilidad, no más allá. El periodo seco iniciado en el siglo XIII había sumido las abultadas manadas de bisontes en un declive pronunciado, lo que les disuadió de entrar. De hecho, la disminución de poblaciones animales fue tan drástica que la mayor parte de los pueblos de las llanuras había buscado refugio en las regiones limítrofes y utilizaba las praderas únicamente para la caza estacional.^[4]

Los shoshone habían construido una cultura próspera y ecléctica que desmiente la imagen tradicional de que los pueblos de la Gran Cuenca llevaban una vida cruel y miserable; y sin embargo, en el transcurso del siglo XVI, abandonaron la zona y la sustituyeron por las Grandes Llanuras. Según parece, la migración vino desencadenada por un cambio climático, el comienzo de la Pequeña Edad de Hielo, que puso fin al largo periodo árido y produjo un descenso de la temperatura y un

aumento de las precipitaciones. Cuando la persistencia de las lluvias volvió a nutrir las praderas y permitió que las maltrechas manadas de bisontes se recuperaran, los seres humanos empezaron a regresar; al principio, con cuentagotas y, luego, en masa. Lo que siguió fue una de las mayores migraciones de la historia de América del Norte. Los pueblos afluían desde las montañas Rocosas, los bosques septentrionales y el valle del Misisipí como absorbidos por el vacío, convirtiendo las llanuras en una aglomeración de rutas migratorias. La marea humana se componía sobre todo de grupos que habían vivido en la llanura antes de la gran sequía, pero algunos inmigrantes acudían allí por primera vez. Entre ellos estaban los shoshone.^[5]

Apoyándose en una tradición centenaria de migración tramontana estacional, a principios del siglo xvii se filtró por el Paso del Sur un número cada vez mayor de shoshone rumbo a las praderas, lo que empujó a los kiowa y otras naciones indias hacia el Este, a la región de las Black Hills [Colinas Negras]. A mediados de ese mismo siglo emergió una rama diferenciada de shoshone de las llanuras. Estos shoshone del Este, que ocupaban las llanuras noroccidentales situadas entre el río South Platte y el curso alto del Yellowstone, se transformaron en los típicos cazadores de las llanuras que amoldaron su dieta, su economía y su cultura a las costumbres de los bisontes. Eran nómadas que seguían a pie las migraciones de sus presas, acarreaban sus pertenencias en una especie de camillas o parihuelas llamadas *travois*, tirados por perros, y se resguardaban en tipis, las tiendas cónicas de piel, ligeras y fáciles de transportar. Cuando cazaban bisontes, o bien rodeaban a los animales para conducirlos a zonas con capas finas de hielo o de gran espesor de nieve, o los hacían huir hacia lugares con precipicios escarpados. Las cacerías colectivas absorbían mucho tiempo y energía y exigían una planificación minuciosa, pero el esfuerzo tenía por recompensa unos beneficios extraordinarios. El lugar conocido como Vore, una zona donde antes de que hubiera habido contacto con los euroamericanos se hacía saltar a los bisontes cerca de las Black Hills, contiene restos parciales de diez mil ejemplares, aun cuando solo se utilizaba una vez cada veinticinco años, aproximadamente. En el territorio shoshone hay centenares de lugares semejantes, aunque más pequeños, que atestiguan una economía próspera y un modo de vida floreciente.^[6]

Pero la prosperidad no se tradujo en estabilidad. A finales del siglo xvii, los shoshone se escindieron de repente en dos facciones y abandonaron las llanuras centrales. Atraída, tal vez, por la población más densa y numerosa de bisontes del norte del valle del Yellowstone, la gran mayoría emigró hacia las llanuras septentrionales, donde se vieron arrastrados a guerrear con los pies negros y los gros ventre, que avanzaban hacia el Sur, contra quienes seguían haciéndolo cuando, en la década de 1730, penetraron en las llanuras septentrionales los primeros comerciantes canadienses de pieles.^[7] Una facción reducida se dirigió hacia el sur y desapareció varios años de los registros arqueológicos. Reaparecieron a principios del siglo xviii en los documentos españoles con el nombre de comanches, uno de los múltiples

grupos indígenas que vivían en torno a los territorios fronterizos de Nuevo México.

No está del todo claro por qué estos protocomanches se escindieron del grupo shoshone principal, abandonaron su lucrativa economía de caza de bisontes en las llanuras centrales y emigraron cientos de kilómetros hacia un territorio desconocido; pero tal vez tuvieran algo que ver las presiones ejercidas por otros grupos indígenas. A finales del siglo XVII, los apaches, que hasta entonces tuvieron una presencia menor en las llanuras centrales, empezaron a construir viviendas de adobe y a regar los campos de los valles fluviales de la región. Los apaches prosperaron en sus nuevas aldeas, que muy pronto salpicaron la totalidad de las praderas desde el río Dismal hasta el Republican, con lo que comprimieron los territorios shoshone desde el Sur y el Este y los obligaron a subsistir en un dominio cada vez menor. La invasión de los apaches pudo haber introducido también enfermedades europeas que devastaron a los shoshone, pues todavía no se habían visto expuestos a gérmenes letales procedentes del exterior. Las tradiciones comanche y shoshone sustentan esta hipótesis, pues afirman que los primeros se separaron de sus parientes tras una disputa relacionada con la caza y una epidemia de viruela.^[8]

Este esbozo presenta a los comanches como unos exiliados que huían de la escalada de violencia que se adueñaba de sus tierras; pero hay otra posible motivación para haberse separado de sus parientes shoshone: el éxodo hacia el Sur pudo haber sido una tentativa de acceder mejor a los caballos españoles que acababan de empezar a propagarse en gran número hacia el Norte desde el Nuevo México español. La revuelta de los indios pueblo en Nuevo México en 1680 y la consiguiente expulsión de la colonia de los conquistadores españoles había dejado infinidad de caballos a esta tribu, que se embarcó en un animado comercio equino con los indios vecinos de las praderas y montañas. Abastecido por los indios pueblo, el antiguo corredor comercial de las Rocosas llevaba hacia el Norte caballos, que los shoshone adquirieron en torno a 1690. Estimulados por la mejora repentina de su capacidad para desplazarse, cazar y guerrear, algunas bandas shoshone invadieron las llanuras septentrionales, donde abundaban los bisontes; los otros, los antepasados de los comanches, remontaron el caudal de afluencia de caballos hasta la fuente originaria de Nuevo México. Esta hipótesis también está respaldada por los shoshone, que recordaban que los comanches «los abandonaron y partieron hacia el Sur en busca de caza y caballos».^[9]

Una vez en camino, los protocomanches seguramente siguieron la cordillera frontal de las Rocosas (Front Range) hacia el Sur, dejando más al Este las aldeas apaches de las llanuras abiertas. Pero, al tiempo que evitaban enfrentamientos con los apaches, la ruta les llevaba al territorio de los poderosos ute, que se extendían desde la cordillera Sawatch, por el Oeste, hasta la frontal, por el Este. Quizá el encuentro se produjera en los últimos años del siglo, pero sin duda marcó el comienzo de una relación que transformaría profundamente a ambos grupos. La única pista sobre lo que realmente sucedió es una única palabra, *kumantsi*, el nombre que los ute dieron a

los recién llegados. Según la interpretación convencional, el término significa «los enemigos» o «los que quieren luchar contra mí todo el tiempo», lo que hace pensar que el primer contacto fue violento. Sin embargo, según una interpretación más reciente, el término alude a un encuentro de otra naturaleza: más que a un choque entre dos pueblos extraños con impulsos muy violentos, alude a una reunión de dos pueblos hablantes de una lengua del grupo numic, que seguramente provenían del mismo núcleo territorial de Sierra Nevada, habían tomado rutas distintas durante una desordenada expansión común y, ahora, pese a los siglos de separación, encontraban un lazo de unión en las persistentes generalidades culturales y lingüísticas.^[10]

Basándose en esos rasgos comunes, los comanches y los ute formaron en los primeros años del siglo XVIII una alianza política y militar duradera, que no dejó de ser parte esencial del sustrato de poder de los comanches hasta mediados del siglo XVIII. Amalgamados por los matrimonios entre tribus y los lazos de parentesco, la alianza reportó ventajas estratégicas contundentes a ambos. Los ute estaban enzarzados en una guerra intermitente contra los navajos por los privilegios comerciales y de saqueo en el norte de Nuevo México, y ansiaban obtener ayuda militar de los comanches para contenerlos en el Oeste y mantenerlos lejos de Nuevo México, pues eran superiores en número. También necesitaban ayuda militar comanche en los conflictos con los indios pueblo de Tewa, Taño, Jémez, Picurí y Keres, que se habían apoderado de armas, escudos y caballos durante la revuelta contra los españoles y habían entrado en territorio ute para cazar venados, alces y bisontes. A cambio, los ute compartían con los comanches su territorio, sus caballos y sus conocimientos sobre las complejidades de los territorios fronterizos españoles.^[11]

Cuando la unión se consolidó, los comanches pusieron rumbo al Oeste y atravesaron la cordillera frontal de las Rocosas para entrar en territorio ute.^[12] Allí, al este de la meseta de Colorado, iniciaron un periodo de transformación espectacular y, en pocos años, se reinventaron a sí mismos desde el punto de vista tecnológico, económico, militar y social. Viviendo y aprendiendo de sus aliados ute, se adaptaron a su nuevo hogar, un mosaico que se extendía desde las laderas de transición entre las Grandes Llanuras y las Rocosas, y atravesaba las cordilleras frondosas Sangre de Cristo y Jémez, todo lo cual incluía terrazas alpinas cubiertas de nieve, valles profundos tallados por glaciares, bosques de abetos y falsos abetos, enebros y pinos y praderas semiáridas y monte bajo.

Aquel entorno tan variado sustentaba una economía igualmente diversa. Los ute y los comanches pasaban el otoño, el invierno y las primeras semanas de la primavera en grupos reducidos dedicados a cazar berrendos, atrapar liebres orejadas y recoger bayas, nueces y raíces de perideridia. En primavera, las bandas se reunían en unidades mayores y se desplazaban hacia el Este, hasta la cabecera del valle del río Arkansas, donde cazaban bisontes y llevaban una vida nómada en los tipis. El verano era la principal estación para la guerra y los asaltos, cuando los escuadrones de ute y comanches penetraban en el país de los navajos y en el norte de Nuevo México. Los

ute también introdujeron a los comanches en los mercados de Nuevo México y, muy pronto, los dos aliados visitaban regularmente Taos y San Juan, en cuyas ferias de otoño intercambiaban, en los periodos de tregua, vestidos, carne y esclavos navajos por maíz, caballos, cerámica y mantas de algodón. Si bien la mayoría de los ute y los comanches seguían esta pauta anual general, había variaciones significativas entre diferentes grupos. Seguramente fue aquí, en la Gran Cuenca, donde los comanches empezaron a diferenciarse en tres grandes subdivisiones, cuyos nombres aluden a fronteras económicas y alimenticias diversificadas: los yamparika (comedores de raíces o de perideridia o yampa), los kotsoteka (comedores de bisonte) y los jupe (pueblo de la madera).^[13]

Mientras iniciaban a los comanches en las complejidades de su nuevo territorio, los ute también los introdujeron en una nueva era tecnológica. Suministraron a sus nuevos aliados caballos, así como los conocimientos para usarlos para el transporte, la caza y la guerra. En la década de 1710, tan solo una generación después de haber conseguido los primeros ejemplares, los comanches azotaban ya el norte de Nuevo México con incursiones incontenibles a caballo. Pero los ataques solo eran la manifestación más visible de la revolución más profunda que los acompañó. Un caballo podía acarrear cien kilos de carga en el lomo y arrastrar en un *travois* hasta ciento cincuenta, cuatro veces más que un perro grande, y era capaz de recorrer, al menos, el doble de distancia diaria. Con el auge de la equitación, los comanches podían transportar más pieles, carne y utensilios domésticos, así como buscar presas en un radio mayor y matar animales con más eficiencia. El alcance del comercio se vio multiplicado, así como su capacidad para guerrear, saquear y defenderse. Casi de forma instantánea, el mundo se volvió más pequeño y los recursos, más accesibles.^[14]

En todo caso, las ventajas prácticas ocultaban una transformación aún más fundamental. Más que ser una simple herramienta de caza y transporte (un perro más grande y más fuerte), el caballo representaba un nuevo modo de aprovechar la energía. Los perros solo aprovechaban de forma indirecta las plantas, la reserva más prolífica de energía solar procesada disponible para animales y seres humanos: consumiendo la carne de los animales herbívoros que sus propietarios les daban. Por el contrario, los caballos obtenían su fuerza directamente de la vida vegetal, lo cual permitía a sus amos eliminar una fase comprometida de la obtención de energía. El caballo, un cauce situado entre la energía solar abstracta y descomunal y la fuerza muscular concreta y disponible de inmediato, redefinió el ámbito de lo posible y situó a los comanches un escalón más cerca del sol, «la causa primaria de todos los seres vivos».^[15]

Los ute también presentaron a los comanches las manufacturas europeas. Como llevaban comerciando en Nuevo México de forma regular desde la década de 1680, habían acumulado suficientes armas y utensilios de metal para entregar algunos a sus aliados comanches, que ahora pasaron de la noche a la mañana, literalmente, de la

Edad de Piedra a la del Hierro. Si bien los comanches utilizaron la tecnología nueva para sustituir sus utensilios tradicionales y mejorar técnicas antiguas, y no para retocar los fundamentos de su sistema económico, fue en todo caso un salto trascendental. Los cuchillos, punzones, agujas y pucheros de hierro duraban más y eran más eficaces que sus equivalentes de piedra, hueso y madera, lo cual facilitaba y aceleraba las tareas cotidianas de cazar, cortar, deshuesar, cocinar y coser. Las leyes españolas prohibían vender armas de fuego a los indios, pero en las ferias de Nuevo México se hacía caso omiso de la norma, sobre todo en las zonas más septentrionales de la provincia. Las pocas armas disponibles en las ferias eran trabucos de chispa toscos y frágiles pero, en todo caso, transformaron profundamente la naturaleza de la guerra intertribal. Las armas de fuego permitieron a los comanches matar, mutilar e impresionar desde una distancia más segura y causar heridas que las artes sanadoras tradicionales de sus enemigos no tenían costumbre de tratar. Y, al igual que los caballos, les dieron acceso a una fuente de energía imprevista, la pólvora, que volvió a ensanchar su mundo con nuevas posibilidades.^[16]

Con la ayuda de los ute, los comanches se incorporaron a las redes de caza y comercio de esclavos de los territorios fronterizos de Nuevo México. Cuando los comanches llegaron a la zona, el tráfico de prisioneros indios era una práctica consolidada en Nuevo México y estimulada por las ambigüedades del sistema legal y colonial español. Pese a que millares de indios pueblo vivían en el interior de los límites de Nuevo México, controlado por los españoles, unas restricciones estrictas prohibían que se les explotara como mano de obra. Los derechos de *encomienda*^[*] del trabajo subsidiario, la clave económica de los primeros momentos del colonialismo español en el continente americano, fueron abolidos en Nuevo México tras la revuelta de los indios pueblo. El sistema de *repartimiento*^[*] o distribución del trabajo prosiguió, lo que permitió a los colonos reunir y distribuir la mano de obra de los indios pueblo en proyectos públicos; pero el sistema funcionaba de forma rotatoria, lo que convertía a los trabajadores indios en un recurso más comunitario que personal. Además, la mayor parte de los indios pueblo, cuya explotación estaba estrictamente regulada por la legislación española, eran conversos al cristianismo, al menos en apariencia. Ansiosos por obtener esclavos que se ocuparan de cocinas, granjas, campos de cultivo y talleres textiles (y de fortalecer su endeble sentido del honor y el prestigio), la élite española se convirtió al comercio de prisioneros arrebatados a los *indios bárbaros*^[*] Las leyes españolas prohibían expresamente la compra, venta y tenencia de esclavos indios, pero los colonos de Nuevo México encubrían el tráfico ilegal con el *rescate*^[*] mediante el cual adquirían indios apresados por tribus nómadas de las inmediaciones con la excusa de salvarlos de los malos tratos y el paganismo. En teoría, los indios rescatados iban a ser depositados en viviendas españolas para brindarles educación religiosa pero, en la práctica, muchos de ellos acabaron siendo esclavos corrientes que se podían vender, comprar y explotar con impunidad.^[17]

Los ute ingresaron en los mercados de esclavos de Nuevo México en calidad de bienes que apresaban y vendían los cazadores de esclavos españoles, navajos y apaches pero, una vez aliados con los comanches, pasaron a ser enseguida proveedores en la cadena de suministro del tráfico de esclavos. Cuando no asaltaban Nuevo México para obtener caballos, los ute y los comanches acudían allí para vender su botín humano. Sus incursiones se extendían hacia el Oeste por el país de los navajos y, hacia el Este, por el de los pawnee, donde capturaban mujeres y niños; pero sus principales objetivos eran las aldeas de apaches carlana y jicarilla, en la cuenca alta del río Arkansas, en el límite occidental de las llanuras meridionales. El tráfico de prisioneros apaches creció como la espuma en Nuevo México. A finales del siglo XVII, la población de Nuevo México poseía unos quinientos prisioneros no miembros de los indios pueblo y despuntó como principal productor de mano de obra esclava para los campamentos mineros de Nueva Vizcaya y Zacatecas: vendían esclavos incluso a las explotaciones de tabaco de Cuba. En 1714, el comercio de esclavos en Nuevo México se había generalizado tanto que el gobernador Juan Ignacio Flores Mogollón consideró necesario ordenar que todos los prisioneros apaches fueran bautizados antes de ser trasladados a «lugares lejanos en los que venderlos». Muchos de esos apaches fueron adquiridos a los ute y los comanches, cuya duradera alianza los había colocado en una posición de poder sobre las sociedades indígenas vecinas.^[18]

A principios del siglo XVIII, la coalición de ute y comanches dominaba los territorios fronterizos, septentrionales de Nuevo México. Los aliados eliminaron a los navajos de las localidades comerciales y de caza de esclavos principales de Nuevo México y trataban a la propia colonia como un almacén de recursos. A veces vendían y realizaban incursiones en el norte de Nuevo México, otras intercambiaban esclavos y pieles por caballos, maíz y utensilios de metal, y otras veces huían con ganado y víveres robados. El frágil control imperial español de sus fronteras septentrionales no lograba mantener unidas a las aldeas, y la región empezó a desintegrarse política y socialmente. Los ute y los comanches comerciaban y se casaban con los habitantes indígenas de Ojo Caliente, San Juan y Picurís (muchos de los cuales eran antiguos esclavos suyos), al mismo tiempo que asaltaban Taos, Cochití u otros asentamientos en busca de botines. En 1716, los asaltantes ute y comanches habían agotado hasta tal punto las reservas de caballos de Nuevo México que los colonos ya no podían «salir en defensa».^[19]

Dada la escasez de hombres y dinero, las autoridades españolas de Santa Fe eran incapaces de frenar la explotación. Proclamando una decepción cada vez mayor, uno de ellos exigía en 1719 que «se debería declarar la guerra a las naciones ute y comanche que, siempre unidas, han estado robando caballos en nombre de la paz».^[20] Pero, cuando los españoles empezaron a tomar conciencia de lo peligrosa que era la situación en la frontera septentrional, los ute y los comanches habían empezado a desplazar su ambición a otra parte: a las vastas praderas que se abrían al Este.

Los comanches habían descubierto tesoros y oportunidades inesperadas en su tierra de adopción, pero las mismas fuerzas que les ayudaron a prosperar en los valles y en las montañas del sur de las Rocosas también les expulsaron de la región. Cuanto más orientaban su vida en torno a la caza a caballo, el comercio de esclavos y los mercados europeos, más atraídos se sentían por las grandes praderas orientales. En la década de 1720, tan solo una generación después de su llegada, ya se habían marchado. Tal vez sea tentador imaginar que el éxodo comanche a las llanuras meridionales estaba inspirado por los horizontes infinitos y las oportunidades ilimitadas que se abrían al Este, pero es más probable que la migración, que también alejó de las montañas en que vivían a algunas bandas de ute, empezara siendo una ampliación del territorio de captura de esclavos. A medida que los ataques de los esclavistas comanches y ute se fueron intensificando a fines del siglo xvii, los apaches jicarilla y los carlana se refugiaron en las profundidades de las llanuras y abandonaron los viejos campamentos de la cabecera del río Arkansas y las laderas de las Rocosas. Sin embargo, en lugar de encontrar alivio de los ataques, la retirada atrajo a los comanches y los ute al corazón mismo de la Apachería. Siguiendo hasta las llanuras a los apaches jicarilla y carlana en fuga, los comanches y los ute convirtieron en territorio de guerra la cuenca alta del Arkansas. En 1706, una expedición española encabezada por Juan de Ulibarri encontró cerca del valle del Arkansas un pequeño grupo de refugiados apaches penxaye que trataban «de unirse al resto [de los apaches] que vivía junto a esos ríos y arroyos con el fin de defenderse juntos de los ute y los comanches». Ulibarri también descubrió que los comanches y los ute habían atacado hacía poco dos aldeas apaches próximas a la cabecera del río Purgatoire, más de ciento sesenta kilómetros al sur del corredor del Arkansas. Cuando en 1719 el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde y Cosío, evaluó la invasión de los comanches y ute, escribió que los aliados se habían visto atraídos a esa zona del valle del Arkansas y a las llanuras de la periferia «por el interés que tenían por robar en los cercados de las rancherías de los apaches».^[21]

En el momento en que Valverde redactó su informe, las incursiones esporádicas realizadas por los comanches y los ute en busca de esclavos ya se habían convertido en un proyecto colonizador completo, encaminado a forjarse un nuevo hogar en las llanuras y desplazar a los apaches que las ocupaban. Ese cambio de propósito también escondía un cambio de perspectiva: si las oportunidades de capturar esclavos habían atraído a los comanches y los ute a las llanuras abiertas, la promesa de una vida nueva les hizo quedarse. Durante la extensión de sus incursiones en la Apachería, los comanches y los ute acabaron por descubrir las inmensas posibilidades que ofrecían las llanuras para desplegar una forma de vida ecuestre. Los caballos españoles que habían robado en Nuevo México, a cuyos lomos llegaron a las llanuras, encontraron un nicho ecológico perfecto en las praderas meridionales. Aquellas

montas españolas vigorosas y de tamaño reducido, descendientes de la estirpe berebere norteafricana, se habían criado para sobrevivir en condiciones desérticas, alimentarse por entero de hierba y recorrer distancias enormes sin agua. En otras palabras, nacían adaptados para una vida en las llanuras meridionales, relativamente áridas, cuya gruesa capa de grama y hierba de búfalo brindaba un suministro abundante durante todo el año, y cuyos arroyos dispersos y lagunas estacionales de muy poca profundidad les proporcionaban agua suficiente a los animales, resistentes al desierto.^[22]

Fue esta prometedora pareja formada por los caballos y el entorno de las llanuras lo que terminó de sacar a los comanches y los ute de las montañas. Cuanto más profundizaban en las praderas y más se asentaban allí, más prosperaban sus caballos, cuyo número aumentaba con rapidez. A su vez, permitió a comanches y ute transformar la munificencia más asombrosa de las llanuras, las manadas aparentemente inagotables de bisontes, en un recurso asequible y previsible. Ahora, los recién llegados podían seguir a las manadas inquietas y dispersas de bisontes llevando sus pertenencias a caballo con relativa facilidad y, cuando las encontraban, abatir grandes fieras desde la posición segura que les otorgaba la montura. Liberados y fortalecidos por el caballo, los comanches y los ute se mudaron a las llanuras para organizar su vida en torno al bisonte.^[23]

Las posibilidades que ofrecía cazar bisontes a caballo era el atractivo principal de las llanuras, pero había otro incentivo: el comercio. Cuando a finales del siglo XVII los comanches adquirieron manufacturas en Nuevo México y de los ute, se vieron ante un dilema. Impresionados por la eficacia y la durabilidad de las armas, herramientas y utensilios nuevos, se impacientaron por obtener más; pero el norte de Nuevo México, con la limitación de reservas de manufacturas, no logró satisfacer sus necesidades. Por otra parte, la llanura estaba plagada de oportunidades comerciales, centradas en la cuenca alta del valle del Arkansas, la vía de entrada de los comanches a las praderas. Cuando siguieron el valle hacia el Este, pusieron pie en un nicho comercial antiguo y pujante. El valle del Arkansas, que se extendía entre los núcleos urbanos de la ribera del río Grande y las aldeas agrícolas de las praderas meridionales, era desde hacía siglos un centro importante de comercio, un punto de transición donde los cazadores de las llanuras intercambiaban pieles y carne por maíz y otros productos locales del Este y el Oeste. Además, cuando llegaron allí los comanches, la Louisiana francesa ya había descubierto su potencial. Los comerciantes franceses iniciaron sus viajes al Oeste poco después de 1700 para ofrecer armas y utensilios de metal a los apaches y convirtieron el canal del Arkansas en una arteria de primer orden del comercio colonial.^[24]

En respuesta a los diversos incentivos económicos, los comanches y sus aliados, los ute, se trasladaron en masa a las llanuras meridionales durante la segunda y la tercera década del siglo XVIII. El resultado fue un conflicto interminable y mortífero con los numerosos grupos apaches, a los que los españoles conocían como paloma,

cuartelejo, penxaye, carlana, sierra blanca, jicarilla, pelone y lipán, y que controlaban la totalidad de las llanuras occidentales situadas al sur del río Platte. Aquellos apaches tenían muy poco que ver con el estereotipo posterior, según el cual eran un pueblo débil y sentenciado, incapaz de resistir la acometida de los comanches. De hecho, cuando estallaron las guerras con los comanches, los apaches vivían el apogeo de su propio afán expansionista.

Si la expansión comanche se alimentaba del paso a la caza a caballo de bisontes y la consiguiente especialización económica, el motor de la de los apaches fue un proceso contrario de diversificación económica. Al igual que los comanches, los apaches habían incrementado sus manadas de caballos durante la revuelta de los indios pueblo, cuando éstos se apoderaron de caballos españoles y los vendieron a otros grupos indígenas; pero, a diferencia de los comanches, solo unos cuantos grupos apaches se especializaron en la caza a caballo. Aunque experimentaron con la intensificación de la monta, los apaches también aceleraron su conversión a la producción agrícola. Muchas bandas apaches habían practicado la agricultura desde hacía generaciones, pero no llegó a calar en la forma de vida apache hasta finales del siglo XVII. Sacudidos por una serie de sequías que diezmaron las manadas de bisontes e inspirados por la pericia de los agricultores pueblo que buscaron refugio en la Apachería durante la segunda revuelta de 1696, los grupos apaches adoptaron la agricultura de forma sistemática por todas las llanuras. Construyeron pequeñas obras de regadío en los lechos de los arroyos, poblaron los valles fluviales de cabañas de adobe de techo plano y empezaron a cultivar maíz, judías, calabazas, sandías y calabacines. La nueva economía híbrida requería un meticuloso equilibrio estacional entre la agricultura y la caza, pero las recompensas que ofrecía eran sustanciosas. Como disponían de un suministro abundante de proteínas e hidratos de carbono, los apaches disfrutaron de un crecimiento demográfico sostenido en un entorno en el que las sequías y los gérmenes europeos ponían en peligro constantemente la viabilidad de las sociedades indígenas.^[25]

Aquella fortaleza interna se tradujo en una expansión externa. En las llanuras centrales, los apaches cuartelejo y paloma mantuvieron a los pawnee alejados de las zonas de caza de las cordilleras occidentales y, más al Sur, en torno a la zona del Big Bend, el gran recodo del río Arkansas, y las bifurcaciones del río Rojo, los apaches jicarilla, carlana y sierra blanca obligaron a los wichita a desplazar sus aldeas al exterior del principal territorio de bisontes. El grueso de la expansión apache se produjo al sur del río Rojo, donde los lipán se enfrentaron a los jumano, un pueblo dispar desde el punto de vista étnico, de cazadores seminómadas y agricultores, que había forjado una bulliciosa red comercial de larga distancia entre el río Grande y las aldeas caddo de las praderas del sur. Las guerras entre apaches y jumano duraron hasta mediados de la década de 1710, cuando estos últimos, debilitados por la sequía y las enfermedades, se trasladaron a las misiones españolas o se unieron a los lipán. A partir de ese momento, los apaches ejercieron un monopolio virtual sobre los

territorios de caza occidentales situados por debajo del río Platte, así como sobre los mercados españoles del este de Nuevo México y el oeste de Texas. Sus diferentes grupos comerciaban con regularidad en Taos, Pecos, La Junta y San Antonio, donde llevaban pieles y prisioneros caddo. Durante los periodos áridos que asolaron reiteradamente el Sudoeste interrumpiendo el comercio y la diplomacia, realizaron incursiones en esos mismos asentamientos para obtener maíz y ganado. Las autoridades españolas respondían con expediciones de castigo, que a menudo se transformaban en cacerías de esclavos, y los sacerdotes franciscanos suplicaban a los apaches que abrazaran el catolicismo y vivieran en las misiones; ninguno de los dos tuvo mucho éxito.^[26]

Por tanto, con su ingreso en las llanuras meridionales, los comanches se situaron en una trayectoria de colisión con otros pueblos en expansión y se enredaron en una guerra a lo largo y ancho de las planicies que duró más de medio siglo. Las guerras entre comanches y apaches suelen representarse como una lucha hobbesiana primaria por tierras alimentada por el odio étnico, pero nacieron como una rivalidad estratégica por localizaciones y recursos específicos. El principal elemento en disputa era el control de los valles fluviales. Ambos grupos necesitaban estas valiosas zonas para sobrevivir, lo cual desencadenó una guerra por microentornos. En las estaciones cálidas, los apaches buscaban el lecho de los arroyos para sus campos de maíz y sus sistemas de regadío, mientras que los comanches los necesitaban por el pasto y el agua de baja salinidad que suministraban a sus crecientes manadas de caballos. La disputa se volvía más feroz en invierno, cuando ambos grupos dependían abiertamente de los valles fluviales, los únicos lugares de las llanuras que ofrecían cierto alivio a la crudeza del clima. Los riscos y los acantilados ribereños ofrecían protección y forraje adicional para los caballos, y los arroyos suministraban agua segura en una época en que las lluvias solían reducirse al mínimo.^[27]

Con este conflicto por los lechos fluviales se entrelazaba una rivalidad comercial por los mercados y las exportaciones de alimentos a Nuevo México. Una vez comprometidos con la caza a tiempo completo en las llanuras, los comanches ya no podían concentrarse en la recolección con la misma intensidad con la que lo habían hecho en las montañas. Siguieron recogiendo bayas, nueces, frutos y raíces, pero la recolección dejó de constituir una actividad económica significativa; una estimación sugiere que los comanches perdieron dos tercios de sus tradiciones herbáceas al desplazarse a las praderas. El corolario de esta racionalización económica fue un desequilibrio nutricional crónico: la nueva dieta basada en la carne de bisonte era muy rica en proteínas, pero angustiosamente baja en hidratos de carbono. Una dieta extremadamente rica en proteínas y baja en hidratos de carbono puede ser peligrosa para las embarazadas y los fetos, pues provoca abortos espontáneos y recién nacidos con bajo peso y deficiencias cognitivas. Si la ingesta de proteínas excede el 40 por 100 y la de hidratos de carbono y grasas desciende (como pudo haber sucedido con facilidad en las llanuras al final de los inviernos, cuando la grasa corporal de los

bisontes menguaba), el conjunto de la población podía acabar siendo susceptible a la intoxicación por proteínas.^[28] Los comanches disponían de dos alternativas fundamentales para resolver estos dilemas alimenticios. Una era seguir el ejemplo apache y dedicarse a la horticultura de ribera, pero era inviable porque los habría atado a un lugar y habría comprometido la eficacia militar de su movilidad. La segunda, estratégicamente más sensata, era intensificar su economía de caza, eliminar a los apaches de los mercados de Nuevo México y, luego, intercambiar en los mercados de los indios pueblo los excedentes de carne, grasa y pieles por maíz y otros productos ricos en hidratos de carbono. En esencia, pues, la guerra entre comanches y apaches era una guerra por los hidratos de carbono.

Como el conflicto giraba en torno a elementos vitales esenciales (comida, agua, abrigo), la contienda se volvió implacable. A finales de la década de 1710, una guerra generalizada había assolado la cuenca alta del Arkansas y se extendía con rapidez a las zonas adyacentes. Los comanches dominaron enseguida el conflicto y mantuvieron la presión hasta que desaparecieron de las llanuras meridionales las últimas aldeas apaches. Solían actuar en bloque con sus aliados ute, confiando en la suma de sus fuerzas, mientras que las numerosas aldeas apaches actuaban cada una de forma independiente. Los apaches también estaban divididos. Los apaches jicarilla, carlana y sierra blanca se vieron envueltos en una guerra intermitente con los apaches faraone, que a finales del siglo XVII se habían especializado en la captura de esclavos y ganado y atacaban en todas direcciones desde sus territorios en las montañas Sandia. Pero el principal punto débil de los apaches era su economía mixta cazadora y agrícola, que ahora, en guerra con los comanches y los ute, dejó de ser un activo económico para convertirse en un handicap militar. Atados al suelo en momentos precisos del año, los agricultores apaches estaban indefensos frente a sus rivales a caballo, que convirtieron en unas trampas mortales las aldeas agrícolas otrora protectoras. Aprovechando su movilidad a gran escala, los comanches y los ute concentraban una fuerza avasalladora contra las aldeas apaches aisladas, asaltándolas para apropiarse de cosechas y prisioneros o arrasándolas con ataques guerrilleros devastadores. Los comanches, con una movilidad equiparable a su buena organización, también dominaban la guerra defensiva, según señalaba un observador en la década de 1720: «la nación de los comanches [...] es tan solidaria que tanto en los avances que realizan continuamente, vagando como los israelitas, como en los campamentos en los que se asientan, son formidables defendiéndose».^[29]

Comanches y ute también utilizaron su movilidad y su radio de acción para cortar los vínculos comerciales de los apaches. Atacaban las ferias de Nuevo México durante la visita de los apaches, con lo que interrumpían el ciclo estacional del comercio. En 1719, un funcionario español deploraba que los comanches y los utes fueran «juntos con la intención de interferir en el escaso mercado de trueque que este reino tiene con las naciones que vienen a pagar rescates. Les impiden la entrada y la comunicación con nosotros». Al mismo tiempo, en el otro extremo de sus dominios,

cada vez menos extensos, los apaches perdieron contacto con los comerciantes franceses de Louisiana, cuyas operaciones en el Oeste se vieron debilitadas por las medidas comerciales monopolistas de la fabulosa confederación de los osage y los wichita (los tawakoni, taovaya, iscani y kichai), que controlaban las tierras situadas entre el valle del Misisipí y el territorio apache. El desmoronamiento de los vínculos comerciales de los apaches no solo mermó su capacidad de repeler las arremetidas de comanches y ute; también los volvió vulnerables a los wichita y los pawnee en su vieja rivalidad, que se había intensificado significativamente en torno a 1700, cuando aquellos empezaron a vender prisioneros apaches a los comerciantes franceses.^[30]

Atrapados entre dos frentes violentos y aislados de sus cauces de sustentación económica, los apaches perdieron capacidad de ofrecer resistencia efectiva. Ante su inminente caída, los apaches jicarilla huyeron a Taos, donde pidieron protección y, por primera vez, prometieron abrazar el cristianismo. «Yo, señor, estoy en una misión llamada San Gerónimo de Taos —escribía en 1719 un atónito padre Juan de la Cruz al virrey—, tan próximo al paganismo que, como suele decirse, vivimos hombro con hombro. Una tribu de apaches paganos, una nación muy dispersa por estos pagos [...] ha venido pidiendo el bautismo». La oferta de los apaches, precisamente porque aunaba elementos estratégicos y religiosos, atrajo a las autoridades españolas, que en agosto celebraron un consejo de guerra en Santa Fe y decidieron respaldar a los apaches y declarar las hostilidades al bloque de comanches y ute. En el consejo se argumentó que, si la nación apache de las llanuras se fortalecía, protegería a Nuevo México de los ataques de comanches y ute, que en los años anteriores se habían vuelto cada vez más devastadores. Sobre todo, una coalición de españoles y apaches protegería Nuevo México y los departamentos mineros del norte de México ante la anunciada invasión francesa, una vieja amenaza que se había agudizado a finales de 1718 con el estallido de un conflicto europeo, la guerra de la Cuádruple Alianza. «Es necesario mantener a esta nación [apache] —ordenaba el virrey desde México—, debido a las hostilidades que han lanzado los franceses» y porque «la nación apache, con nuestra ayuda, puede infligir daños considerables a los franceses e impedir sus malvados propósitos».^[31]

Así pues, en otoño de 1719, Valverde, gobernador de Nuevo México, encabezó en persona una expedición al valle de Arkansas compuesta por unos seiscientos soldados entre guarniciones, milicias y tropas auxiliares de los indios pueblo, confiando en «frenar el atrevimiento» de los comanches y los ute y castigarlos por las «hostilidades, crímenes y robos que han infligido a este reino». Sin embargo, en lugar de detener el empuje de la expansión comanche y ute, la campaña puso de manifiesto que los españoles ya habían perdido su oportunidad. Las señales fueron poco halagüeñas desde el principio. Camino de la zona de guerra en Arkansas, los españoles encontraron varias bandas de apaches jicarilla y sierra blanca en fuga. Un grupo informó al gobernador de que los comanches y los ute «habían matado a muchos miembros de su pueblo y habían estado apresando a sus mujeres y niños

hasta que ya no sabían dónde irse a vivir seguros», y otro expuso un episodio de guerra indígena total: «los enemigos comanches y ute han atacado una ranchería de su nación, causando seis muertos, llevándose sesenta y cuatro mujeres y niños, quemando y destruyendo una cabaña con forma de torre que allí había, e incluso los montones de maíz. No quedaron posesiones sin destruir». Ansiosos por recibir ayuda española, los apaches jicarilla aceptaron «recibir las aguas del sagrado bautismo» y servir con lealtad al gobernador, a quien aceptaron como «padre». Por su parte, Valverde entregó chocolate y tabaco a los refugiados y los reclutó como tropas auxiliares en su avance hacia Arkansas. En cumplimiento de la legislación española, ni siquiera pensó en la posibilidad de entregar armas a los nuevos aliados indios de España.^[32]

Cuando la expedición se aproximó al río, penetró en el erial de aldeas apaches desiertas y maizales quemados que la invasión de comanches y ute había dejado a su paso. Según comentaba Valverde, los apaches «vivían en estado de alerta constante y, por la noche, abandonaban sus casas y marchaban a las colinas para salvar la vida». Sin embargo, no se veía por ningún sitio a los comanches y los ute, y la ociosa expedición de Valverde se transformó en un campamento móvil, donde los españoles y los apaches trataron de reforzar su incipiente alianza con ceremonias católicas y matanzas rituales de pumas, gatos salvajes y osos. Al cabo de varias semanas de búsqueda infructuosa, la expedición supo por una banda de centenares de refugiados apaches que los comanches y los ute habían saqueado El Cuartelejo, un legendario asentamiento apache situado varios kilómetros al norte del valle de Arkansas. Fue un golpe devastador, pues El Cuartelejo («construcción fortificada») se había convertido en un emplazamiento esencial del poder de los apaches a finales del siglo XVII, cuando los apóstatas contrariados de los indios pueblo escaparon allí y enseñaron técnicas agrícolas a los apaches e introdujeron los caballos. Algunos días después, un jefe herido de los apache paloma llevó más malas noticias. Junto al río Platte, «en los territorios fronterizos más remotos de los apaches», los franceses habían construido entre los pawnee «dos pueblos grandes, cada uno de los cuales es tan extenso como Taos». Luego, los franceses y los pawnee habían tendido a los apache paloma «una emboscada mientras sembraban maíz» y se habían apoderado de sus tierras. Añadiendo insultos a la injuria, los franceses habían llamado a los españoles «mujeres» y habían animado a los apaches paloma en fuga a atraerlos hacia el país de los pawnee para enfrentarse a ellos. La expedición de Valverde regresó a Santa Fe después de pasar unos dos meses en las llanuras. A finales de año, cuando los rumores se convirtieron en informes, las autoridades españolas de Ciudad de México se vieron atendiendo despachos que afirmaban que había seis mil franceses a menos de trescientos kilómetros de Santa Fe.^[33]

De forma indirecta, la penetración francesa en las llanuras centrales también afectó al desenlace de la batalla que libraban comanches y ute contra apaches por la cuenca del Arkansas. Temiendo que Nuevo México se viera amenazada por una

invasión francesa inminente, las autoridades españolas reorientaron sus esfuerzos contra la coalición de franceses y pawnee en las llanuras centrales, ignorando la situación de los apaches más al Sur. En junio de 1720, el teniente general Pedro de Villasur comandó hacia el Norte una guarnición de cuarenta y cinco soldados y sesenta efectivos auxiliares de los indios pueblo para expulsar a los franceses del territorio pawnee. La campaña fue un fiasco: treinta y dos soldados, un tercio de la guarnición de Santa Fe, pereció a manos de los pawnee y sus aliados oto. La catástrofe de Villasur, unida al tratado de paz firmado entre España y Francia ese mismo año, volvió reacias a las autoridades españolas a invertir hombres y dinero para ayudar a los apaches en lo que, cada vez más, parecía una causa perdida. Las autoridades discutieron varios años si debían construir un presidio en El Cuartelejo o más cerca de Nuevo México, entre los apaches jicarilla; pero no hicieron nada.^[34]

Cuando desapareció el apoyo de España, también se desvanecieron las esperanzas de los apaches de mantener un pie en el valle del Arkansas. En 1723, una serie de ataques comanches había eliminado lo que quedaba de su resistencia. En noviembre de ese mismo año, una delegación de jefes apaches jicarilla y sierra blanca informó en el Palacio del Gobernador de Santa Fe de que los comanches «los habían atacado en gran número» y «con tal atrevimiento y decisión que habían matado a muchos hombres y raptado a sus mujeres y niños para hacerlos prisioneros». Buscando desesperadamente ayuda española, los jefes apaches realizaron una oferta sin precedentes. Aunque antes solo de vez en cuando alguna banda apache había asumido el cristianismo y aceptado rendir vasallaje a España, los jefes hablaban ahora de una conversión política, religiosa y cultural generalizada «suplicando que se les administrara el santo sacramento del bautismo a ellos y a todos los miembros de sus rancherías», y prometiendo «avenirse a vivir en sus poblaciones del mismo modo en que viven los indios cristianos de este reino». A cambio de su «absoluta docilidad», solicitaban a los españoles que construyeran una guarnición en La Jicarilla, una gran aldea para apaches sierra blanca, paloma y jicarilla en el río Canadian, a unos ciento ochenta kilómetros al nordeste de Santa Fe. La oferta levantó el vuelo de la imaginación española. Un consejo de guerra convocado con carácter de urgencia concluyó que un cinturón de indios sedentarios leales en la frontera oriental de Nuevo México «serviría de baluarte para este reino, por la mayor seguridad que ofrecería frente a las armas de los franceses». Además, la colonización de la Apachería permitiría a España extender su autoridad hasta las llanuras y alzar una barrera contra los comanches. «Sería prudente proseguir con la conquista hasta que todos los enemigos fueran exterminados», escribió Juan de Oliván Revollo, un inspector real de Ciudad de México.^[35]

En noviembre de 1723, el gobernador Juan Domingo de Bustamante partió con cincuenta soldados (más de la mitad de los cuales pertenecían a la guarnición de Santa Fe) para inspeccionar La Jicarilla. Los apaches los recibieron con grabados de la virgen María y promesas reiteradas de subordinación. Pero los comanches,

alarmados por la posibilidad de librar una guerra doble con los españoles y los apaches, asaltaron La Jicarilla en enero de 1724 con la intención de destruirla. Asediaron la aldea durante cuatro noches y cinco días y exigieron que los apaches les entregaran a todas las mujeres y niños. Cuando los apaches cedieron, abrieron fuego sobre los hombres y amenazaron con comerse su cuerpo, obligándolos a huir. En marzo, al tener noticia de la batalla, Bustamante dirigió una expedición que se adentró en territorio comanche y rescató a sesenta y cuatro prisioneros. Pero la fuerza que Bustamante lograra reunir se disipó cuando las autoridades de Nuevo México no consiguieron determinar si debían colonizar o no La Jicarilla. Mientras Ciudad de México vacilaba, los comanches azotaron las aldeas apaches con ataques incesantes, que culminaron en una batalla atroz de nueve días en La Gran Sierra del Fierro, la zona actualmente conocida como el saliente de Texas.^[36]

Golpeados por los comanches y los ute e ignorados por España, los apaches abandonaron todas las tierras situadas al norte del río Canadian, que acabaron convirtiéndose en la frontera meridional de los dominios de comanches y ute. Algunas bandas de apaches jicarilla atravesaron la cordillera Sangre de Cristo para buscar protección entre los navajos, mientras que otras cruzaron los ríos Cimarrón y Canadian hacia el Sur confiando en encontrar refugio en el Llano Estacado, una extensa meseta de planicies inexploradas, cañones profundos y lagos desérticos que comprende parte del actual este de Nuevo México y del oeste de Texas. Algunos apaches jicarilla también se establecieron junto al río Trampas, cerca de Taos, donde los franciscanos les construyeron una misión en 1733. Sin embargo, cuando el gobernador Gervasio Cruzat y Góngora «interrumpió su comercio de pieles», los apaches jicarilla abandonaron la misión. Parece ser que algunos de sus miembros «se diseminaron entre los ute y los comanches».

Los apaches paloma, cuartelejo y sierra blanca sobrevivieron algo más en las praderas, fortalecidos por una tregua de poca duración con los osage, los pawnee, los iowa, los oto y los kansa o konza, para la que los franceses ejercieron de mediadores en 1724. Tres años después, se decía que los franceses avanzaban con «un gran ejército apache de las naciones paloma, cuartelejo y sierra blanca en busca de los comanches (un pueblo muy disperso debido a su gran número), para ver si podían expulsarlos de esas regiones». Sin embargo, el esfuerzo fue inútil y, a finales de la década, los apaches paloma, cuartelejo y sierra blanca habían abandonado toda resistencia y se habían dispersado. Algunos buscaron protección en el valle del río Pecos, más allá de la Escarpadura de Mescalero, que seguía estando fuera del alcance de los comanches, y en la década de 1730 los apaches habían establecido lazos estrechos con Pecos. Otros cruzaron el río Canadian y se adentraron en el Llano Estacado siguiendo a los apaches jicarilla refugiados que habían huido anteriormente.^[37]

Si hubo un suceso decisivo en la derrota de los apaches fue la resolución de España de no colonizar La Jicarilla. La decisión final sobre el plan de colonización

recayó en el brigadier general Pedro de Rivera, quien en 1724 había sido enviado como oficial especial de la Corona a inspeccionar las defensas formales de Nueva España. De Rivera, un recién llegado a la zona, examinó críticamente la política india de Nuevo México y la juzgó deficiente. Adoptando una visión estratégica global, pero esforzándose por recortar el gasto, concluyó que los colonos y los recursos españoles ya estaban demasiado dispersos y formaban una barrera demasiado frágil como para emprender otros proyectos de colonización. Advertía que «si aprobáramos todas las propuestas de fundación de presidios para reducir y asimilar a los indios a nuestras costumbres, las arcas del rey Midas serían insuficientes», e instaba a los habitantes de Nuevo México «más bien, a conservar lo adquirido, a gozar del fruto cosechado, que a aumentar los dominios a la desesperada».^[38]

El informe dejó una herencia duradera en Nuevo México, pues impulsó a las autoridades a suspender posteriores tentativas de colonización en las llanuras y a suprimir el apoyo militar a los apaches. Al replegarse, el Nuevo México español se centró en consolidar su posición en el valle del río Grande, su corazón demográfico, económico y político. Pero a pesar de su perspicacia fiscal y estratégica, el informe de De Rivera contenía un grave error de cálculo. Al retirarse de las llanuras, España dejaba la puerta abierta de par en par a los comanches, que en menos de una generación peinarían las llanuras sudorientales y presionarían en toda la frontera septentrional de España, desde el norte de Nuevo México hasta la zona central de Texas.

La conquista de la cuenca alta del Arkansas en la década de 1720 marcó el final de la primera fase de expansión comanche. En lugar de dejarse llevar por la inercia para entrar en el Llano Estacado y perseguir a los apaches, ya desplazados, detuvieron su campaña de conquista. La guerra sin tregua había puesto en fuga a los apaches, pero también había colmado las ambiciones territoriales y las necesidades económicas inmediatas de los comanches. Provisionalmente satisfechos, se dedicaron casi una década a consolidar su posición en su nuevo hogar de las llanuras.^[39]

Aquel ámbito territorial, que ocupaba, de Norte a Sur, el espacio comprendido entre el valle del Arkansas y el río Cimarrón y, de Oeste a Este, desde la zona de transición entre llanuras y praderas y el meridiano noventa y ocho, ofrecía un entorno fabuloso para el modo de vida emergente de los comanches, basado en la caza a caballo. En aquellas extensas praderas, con sus leves pendientes, abundaban el pasto y los bisontes, y los amplios valles fluviales del Arkansas y el Cimarrón suministraban agua, leña y abrigo a los comanches y sus manadas. La zona más apreciada de la incipiente Comanchería era la conocida como Big Timbers [Grandes Árboles] de Arkansas, un bosque denso de chopo americano que ocupaba unos cien kilómetros de río desde la confluencia con el río Purgatoire. Conocida entre los españoles como La Casa de Palo, la zona de Big Timbers era un refugio seguro para

los caballos. Los troncos de los árboles alzaban un muro protector contra las gélidas brisas, y la corteza y las ramas representaban una fuente de alimento alternativa cuando la hierba escaseaba o estaba sepultada bajo la nieve. Eran ventajas fundamentales, pues el invierno en las llanuras podía ser despiadado incluso en el Sur, pues exponía a los caballos a la hipotermia y la inanición.^[40]

Una vez que sus manadas prosperaban al abrigo de Big Timbers, los comanches concluyeron con rapidez la conversión definitiva a un modo de vida plenamente ecuestre. A finales de la década de 1720 todavía utilizaban el caballo de forma parcial, pues acompañaban a los perros para transportar sus pertenencias; pero al cabo de una década habían acumulado tantos caballos que tuvieron que dividirse en múltiples bandas de menor tamaño para satisfacer las necesidades de forraje de las manadas. La unidad social básica era la *numunahkahnis*, una banda compuesta por una o más familias amplias. Esas bandas o, como las llamaban los españoles, rancherías, abarcaban desde una hasta varias docenas de *numunahkahnis*, y podían llegar a integrar desde veinte o treinta miembros hasta varios centenares. Al margen de su envergadura, el parentesco era el motor unificador fundamental: una ranchería era una extensión social de un único jefe o *paraibo*, cuyos lazos de parentesco, influencia política y carisma personal amalgamaban el grupo.^[41]

Antes de que concluyera la década de 1730, los comanches habían acumulado caballos suficientes para montar a todos su individuos, con lo que alcanzaron el umbral crítico de nomadismo a caballo. Pasaron a utilizar *travois* y tipis mayores y adoptaron la práctica de realizar migraciones estacionales en función de la disponibilidad de bisontes, pasto para los caballos, madera y agua. Esa fue también la época en que empezaron a cazar bisontes a caballo, lo que más adelante se convertiría en el símbolo paradigmático de la prosperidad material y la vistosidad cultural de los indios de las llanuras. En el momento de plena madurez, la cacería era tan espectacular como eficaz. Si se lanzaban a toda velocidad sobre una manada en estampida y disparaban flechas a animales escogidos, un grupo de cazadores podía abatir en una única cacería de menos de una hora entre doscientas y trescientas cabezas. Esa cantidad bastaba para mantener protegidas, vestidas y alimentadas a varios cientos de personas durante más de un mes.^[42]

Los comanches también ocuparon el nicho comercial vacante que dejó el repliegue de los apaches en el norte de Nuevo México. Reanudaron los lazos con Taos, rotos por la guerra, y establecieron otros nuevos con las aldeas del territorio de Chama, al oeste de Taos. Las aldeas se convirtieron enseguida en emplazamiento de ferias comerciales bien reguladas, que atraían al gran número de comanches que viajaban anualmente a los asentamientos de las montañas siguiendo el abrigo del valle del Purgatoire. El principal núcleo de aquel próspero intercambio era Taos, donde los comanches acudían para realizar trueques en los meses de verano bajo «la paz del mercado». Encontraron en los indios pueblo una clientela deseosa de pieles de bisonte, cuero, carnes desecadas, sal y, sobre todo, cautivos. Asentada en el rincón

más nororiental de Nuevo México, Taos quedaba fuera del alcance efectivo de la autoridad colonial española, lo que permitía a sus habitantes dedicarse con relativa libertad al comercio de prisioneros, oficialmente prohibido. El tráfico de esclavos estaba consolidado en 1730 y, en 1737, el gobernador Henrique de Olavide y Michelena lo autorizó tácitamente al ordenar que los ciudadanos notificaran el pago de rescates a las autoridades competentes. Los habitantes de Taos fijaban fechas concretas para pagar *rescates*^[*] y los comanches llevaban infinidad de cautivos que habían apresado en sus expediciones de caza de esclavos de larga distancia. En 1740, el tráfico de seres humanos era tan abundante que se autorizó a los *genízaros*^[*] o antiguos prisioneros indios, a constituir su propia comunidad en la frontera, ya que los españoles no podían absorberlos en sus hogares como criados. A cambio de prisioneros, los taoseños satisfacían las necesidades básicas de los comanches para su vida en las llanuras: hidratos de carbono, caballos, utensilios de metal y armas de fuego. Los comanches respondieron suprimiendo las incursiones en cualquier lugar de Nuevo México, con lo que dieron a la colonia un respiro muy necesario de la violencia.^[43]

La paz duró en las llanuras hasta los últimos años de la década de 1730, cuando los comanches presionaron en los territorios apaches situados al sur del valle del Cimarrón. Con toda probabilidad, la causa inmediata de la reanudación de la expansión fue demográfica. El éxito de los comanches en la transición hacia la caza a caballo y el nomadismo, junto con la práctica de incorporar mujeres y niños cautivos a sus familias, alimentó un crecimiento demográfico acelerado que debió de exceder la capacidad de carga de sus límites territoriales. En 1740, un observador refería que, solo la cuenca alta del Arkansas, estaba jalonada por entre cincuenta y sesenta campamentos comanches, que juntos debían de albergar unos diez mil habitantes. Además, los campamentos tenían que vivir «dispersos, para atender a los numerosos caballos que obtienen en Nuevo México». Según parece, los comanches se habían vuelto demasiado prósperos para circunscribirse a los límites de la cuenca del Arkansas.^[44]

La reactivación de la expansión comanche también guardaba relación con las exigencias derivadas del trueque, la producción y los asaltos, cada vez más intrincadas. Para sustentar su lucrativo comercio en el norte de Nuevo México, los comanches necesitaban, en primer lugar, acceso directo a los esclavos apaches. Además, era igualmente importante abstenerse de robar caballos en Nuevo México para no poner en peligro el acceso a los mercados de esclavos de la colonia. La solución a ambas cuestiones residía en asaltar aldeas apaches en el Sur, lo que arrojaba tanto prisioneros para intercambiar como caballos para uso interno.

Pero la guerra nunca fue un asunto meramente material para los comanches, cuya motivación englobaba intereses materiales, estratégicos y culturales; en consecuencia, es probable que la nueva fase de expansión tuviera un componente sociocultural interno. Las extenuantes guerras de la década de 1710 y principios de la de 1720

debieron de acentuar los aspectos materiales de la cultura comanche y alimentaron un proceso que, a finales del siglo XVIII, culminaría en una sociedad opulenta en la que los varones podían ascender considerablemente en la escala social llevando a cabo hazañas de guerra. Cada vez más, el funcionamiento interno de la sociedad comanche exigía acciones externas violentas, lo que desencadenó una dinámica muy exigente que debió de entrar en juego a finales de la década de 1730. Más de una década después de finalizadas las guerras apaches, apareció un grupo de guerreros jóvenes que carecía del historial militar de la generación anterior y, por tanto, encontró bloqueado el acceso al prestigio. Para esos varones, la reanudación de los combates debió de haber supuesto un cambio muy deseado que flexibilizó una jerarquía social rígida.^[45]

Antes de finales de la década de 1730, las partidas guerreras comanches atacaban a los jicarilla y demás grupos apaches por el norte del Llano Estacado utilizando la misma táctica que tan útil les había sido más al Norte. Cooperando a menudo con los ute, invadieron aldeas apaches mediante ataques relámpago apresando mujeres y niños, destruyendo todo a su paso, desde viviendas hasta cultivos, e interrumpiendo el ciclo agrícola anual, tan minuciosamente organizado. Los resultados se dejaron sentir entre los apaches con más fuerza aún que antes, pues en ese momento los comanches habían desarrollado una maquinaria bélica ecuestre más avanzada. Combatían con unas lanzas que llevaban puntas de metal muy largas y unos arcos pequeños diseñados expresamente para el combate a caballo y protegían las monturas y su propio cuerpo con gruesas corazas de cuero. Avanzaban con mucha flexibilidad combinando incursiones guerrilleras a pequeña escala orientadas al saqueo y ataques frontales masivos con los que destruir al enemigo.^[46]

Incapaces de repeler por sí solos la arremetida comanche, los apaches huyeron hacia Nuevo México buscando protección en las inmediaciones de Taos, Picurís, Pecos y Galisteo. Sin embargo, las autoridades españolas no estaban dispuestas a reingresar en las disputas entre comanches y apaches, en parte porque seguían el consejo ofrecido por De Rivera de no participar, y en parte porque el primero de los Pactos de Familia entre España y Francia parecía haber concedido a Nuevo México ciertas garantías de que no habría una invasión francesa desde Louisiana. Muchos colonos españoles también se aprovecharon fabulosamente del renacer de las guerras entre comanches y apaches, que supusieron más prisioneros para su mercado de esclavos: el número de bautismos apaches en la colonia se multiplicó por más de dos desde la década de 1730 hasta la de 1740, pues pasó de 136 a 313. De todos modos, poco a poco, Nuevo México se vio arrastrado al conflicto. Las autoridades españolas evitaron participar directamente, pero el hecho de que albergaran refugiados apaches cerca de Pecos y otros lugares debió de haber presentado a los españoles como cualquier cosa menos neutrales. Las autoridades españolas se alejaron de los comanches cuando empezaron a velar por el cumplimiento de la ley, hasta entonces ignorada a menudo, que prohibía a los indios pueblo comerciar con indios no

sometidos. El objetivo aparente era excluir a los indios pueblo del cada vez más lucrativo negocio de los esclavos, pero la tentativa también interrumpió el comercio de alimentos, de vital importancia, entre Nuevo México y la Comanchería, lo que empujó a los comanches a depender de los asaltos.^[47]

En un plano más abstracto, comanches y españoles discrepaban sobre el modo correcto de actuar en la frontera que los unía y separaba al mismo tiempo. Cuando los dos grupos entraron en contacto por primera vez, las ideas que ambos tenían acerca de las formas elementales de interacción entre sus sociedades (cooperación, intercambio, violencia, lealtad) resultaban casi incomprensibles mutuamente. En la visión del mundo comanche, los regalos, el trueque y el parentesco estaban ligados inexorablemente; constituían una metáfora cultural central que hacía posible las relaciones pacíficas y el comercio material. El intercambio de regalos transformaba a los desconocidos en parientes ficticios y los incorporaba al círculo familiar que satisfacía las necesidades mutuas y por el que los bienes transitaban con relativa libertad desde los más prósperos hasta los más necesitados. El comercio no era un mecanismo de creación de riqueza, sino un medio de sellar compromisos y un modo de forjar redes sociales y políticas que protegieran a sus miembros contra la pobreza y la necesidad.^[48]

Por el contrario, los españoles establecían una distinción nítida entre lazos económicos y sociales. También inscribían el comercio en un ritual social, pero insistían en que la mecánica de intercambio efectivo debía estar gobernada por la lógica del mercado; lo que debía determinar lo que se intercambiaba y su precio era el equilibrio entre la oferta y la demanda, y no la relación del comprador con el vendedor. Los españoles creían que el regateo y la volatilidad de los precios eran un elemento esencial del comercio, pues contribuían a fijar el equilibrio entre oferta y demanda, mientras que los comanches entendían el comercio como una modalidad por la que los pueblos emparentados compartían cosas y atendían las necesidades mutuas y, en consecuencia, no regateaban. Se trataba de diferencias algo más que semánticas. Si los españoles negociaban para mejorar el precio, actuaban como si fueran desconocidos y se situaban al margen del círculo de parentesco en el que se desarrollaban el intercambio y el acto de compartir. Y, si se negaban a participar en la ofrenda de regalos, no solo arrancaban el trueque del marco ornamental y superficial al que pertenecía, sino que negaban la razón misma que en primera instancia llevaba a los comanches a comerciar.

Este abismo cultural se estrechó en las décadas de 1720 y 1730, cuando los comanches se encontraron con los comerciantes españoles en Taos y otras ciudades fronterizas; pero, en la década de 1740, todavía distaba mucho de ser un auténtico compromiso mutuo. Por ejemplo, la práctica de distribuir regalos políticos no estaba codificada en la política oficial de Nuevo México, lo cual suponía que la adhesión de los colonos a las formas de diplomacia indígena cambiara de un gobernador y un *alcalde mayor*^[*] a otro, por lo que los comanches se quedaban confusos,

decepcionados o iracundos en diferentes lugares. En las ferias, los comerciantes españoles intercambiaban regalos con los visitantes comanches y participaban en ceremonias y rituales, pero también quebrantaban el código de buena conducta comanche regateando, entregando mercancías de peor calidad o negándose a vender determinados artículos, como las armas de fuego.^[49]

Las tensiones nacidas de las disputas sobre la neutralidad política, los privilegios comerciales y los protocolos de intercambio estallaron en hostilidades declaradas a principios de la década de 1740. Los comanches y los ute libraron una guerra de asaltos atroz en Nuevo México, donde el saqueo sembró la decadencia al norte de Albuquerque y las autoridades españolas respondieron con expediciones de castigo esporádicas. La contienda adquirió un giro inesperado en 1746, cuando el gobernador Joaquín Codallos y Rabál percibió una amenaza alarmante: pese a la escalada de violencia en la frontera, se decía que los habitantes de Taos informaban a los comanches de los movimientos de las tropas españolas. Aparte de sorprender a las autoridades españolas, este tipo de colaboración era bastante verosímil en el fluido medio social del extremo septentrional de la frontera de España. Tras cosechar los valiosos frutos del comercio comanche durante años, muchos taoseños debieron de concluir que mantener lazos estrechos con los poderosos comanches era una actitud más rentable que ceder a las medidas de control y la exigencia de tributos de la capital provincial. Dejando ver su angustia por la supuesta colaboración, el gobernador Codallos prohibió que los comanches participaran en las ferias de Taos en 1746 y decretó pena de muerte para todo aquel taoseño que se alejara más de una legua de la aldea sin autorización. Al año siguiente, tras una oleada de ataques comanches que casi «destruyó la región de Abiquiu», Codallos emprendió al fin una expedición de castigo a gran escala. Partiendo con más de quinientos soldados y tropas auxiliares indias, intimidó a un gran campamento de indios ute y comanches junto al río Chama, donde dio muerte a 107 personas, apresó a 206 y se apoderó de casi un millar de caballos.^[50]

Fue una derrota espectacular, pero lo peor no había llegado. Inmediatamente después de la matanza, los comanches atravesaron una crisis militar grave: vencidos por las tropas españolas en el Oeste, tuvieron que afrontar peligros mayores en el Norte y el Este. En el Norte, heredaron el conflicto fronterizo intermitente de los apaches con los pawnee skidi y chauí (o gran pawnee) en torno al río Loup; una contienda que, a finales de la década de 1740, se había convertido en una feroz guerra de asaltos en la que los pawnee robaban caballos de las rancherías comanches y estos saqueaban aldeas en busca de esclavos y venganza. Los comanches también se enfrentaron en la frontera septentrional a los arapaho, que avanzaron hacia el Sur en busca de caballos desde las llanuras centrales en que habitaban. Pero la situación era aún más delicada en el Este, donde se enfrentaron a los osage, una poderosa nación de cazadores y horticultores que dominaba los territorios fronterizos de praderas altas situados entre el curso bajo del Missouri y el Arkansas y controlaba el acceso a los

mercados franceses del País de Illinois, o Alta Louisiana francesa. Atraídos por la demanda francesa de piel de bisonte y esclavos, reforzados por las armas de fuego francesas e impulsados por un crecimiento demográfico acelerado, los osage iniciaron una expansión contundente hacia el Oeste y el Sur a principios del siglo XVIII. A mediados de la década de 1740 habían obligado a todas las comunidades wichita, exceptuando dos aldeas taovaya adyacentes, a trasladarse desde el curso medio del Arkansas hacia el Sur, hacia el río Rojo, y parecían tener campo libre hacia las llanuras occidentales de bisontes y los dominios de los comanches.^[51]

Fue la hora más crítica de los comanches en las llanuras meridionales. Su medio siglo de expansión los había llevado a la catastrófica situación de librar en varios frentes unas guerras que los rodeaban por tres costados. Pero los años centrales de la década de 1740 también presenciaron una reordenación de la estrategia política general en el exterior que les permitió escapar de la crisis militar. Sustituyendo la guerra por la diplomacia y el establecimiento de tratados, instauraron con rapidez una red de alianzas que no solo estabilizó sus fronteras oriental y septentrional, sino que también les proporcionó acceso al armamento con el que lograron cambiar las tornas militares en el oeste.

La piedra angular del sistema de alianzas fue un acuerdo alcanzado en 1746 con los taovaya, los miembros más poderosos de la confederación wichita y la única de sus tribus que todavía se aferraba al valle del curso medio del Arkansas. Los comanches compartían frontera con los taovaya desde que conquistaron la cuenca alta del Arkansas en la década de 1720, pero los dos grupos mantuvieron contactos muy limitados hasta mediados de la década de 1740, momento en que los aproximaron unos intereses simétricos. En la alianza entre comanches y taovaya quizás intervinieran agentes franceses que confiaran en ampliar el alcance comercial de Louisiana hacia el Oeste pacificando el corredor del Arkansas; pero fue de cuño indígena, tanto por su concepción como por su contenido. Como unión militar, la alianza permitía a comanches y taovaya unir sus fuerzas para repeler las incesantes incursiones osage desde el Este y el Norte; como asociación comercial, complementaba los dominios de recursos de ambos grupos. Los comanches ofrecían a los taovaya caballos, pieles de bisonte y prisioneros apaches, casi todos los cuales revendían los taovaya en Louisiana; y los taovaya proporcionaban a los comanches las armas de fuego, la pólvora, la munición y los utensilios de hierro que obtenían de los comerciantes franceses, así como el maíz, las judías y las calabazas que cultivaban en las tierras ribereñas. Esta simbiosis con el comercio de alimentos fue esencial para los comanches, que habían perdido su fuente tradicional de productos ricos en hidratos de carbono en 1746 al ser expulsados de las ferias de Taos.^[52]

La alianza comercial entre comanches, taovaya y franceses convirtió el valle del Arkansas en una ruta comercial bulliciosa, por la que iban y venían sin cesar las caravanas comanches y taovaya. Cuando viajaban a la Comanchería, los taovaya solían escoltar a comerciantes franceses, que habían remado en canoas hasta las

aldeas taovaya antes de proseguir por tierra hacia las rancherías comanches. Cuando los lazos se consolidaron, los campamentos comanches de la cuenca alta del Arkansas empezaron a adquirir forma de núcleo comercial. En 1748, las autoridades españolas se alarmaron al enterarse de que treinta y tres franceses habían visitado a los comanches del noreste de Taos y habían comprado mulas con «infinidad de mosquetes». Muy pronto circularon por las ferias comanches gran variedad de artículos. A las autoridades españolas de Nuevo México les preocupaba que los franceses llevaran «mosquetes, pólvora, balas, pistolas, sables y ropa basta de todos los colores» y volvieran a Louisiana con «pieles de venado y de otros animales, caballos, mulas, burros y algunos cautivos indios, a quienes los comanches habían hecho prisioneros en tribus con las que guerreaban». Las autoridades españolas comprendieron la estructura general del intercambio, pero subestimaron el alcance del tráfico de esclavos. En 1753, el gobernador de Louisiana concluyó que la colonia albergaba tantos esclavos apaches que se estaba volviendo muy difícil mantener la vieja red comercial y de alianzas con los apaches.^[53]

Prácticamente de la noche a la mañana, la alianza entre comanches y taovaya alteró el equilibrio de fuerzas en la guerra entre los comanches y Nuevo México. Armados con mosquetes franceses, hachas de hierro y flechas y lanzas con punta de metal, los comanches invirtieron la situación de que habían gozado los españoles desde 1747. Junto con los ute, golpearon Pecos y Galisteo con ataques incesantes y asestaron golpes demoledores a las aldeas circundantes; un informe afirmaba que entre 1744 y 1749 habían muerto a manos de los comanches 150 pecoseños. Más al Norte, en el territorio de Chama, el terror de los ataques de comanches y ute, que solían ser nocturnos, llevó a los colonos a abandonar las aldeas recién creadas de Abiquiu, Ojo Caliente y Quemado. En 1748, los comanches habían tomado la iniciativa y el gobernador Codallos les devolvió los privilegios comerciales en Taos. Codallos fue sustituido al año siguiente por Tomás Vélez de Cachupín, que convirtió a los comanches en una prioridad de la política exterior de Nuevo México: mientras fortificaba Pecos y Galisteo con torreones, puertas y trincheras, empezó también a buscar la paz con los comanches y sus aliados, los ute.^[54]

El cambio de la política española fue tanto una reacción a las guerras comanches como una respuesta a su diplomacia furibunda, que había alterado el metabolismo estratégico de los territorios fronterizos del Sudoeste en perjuicio de los españoles. La alianza de comanches y taovaya había dejado a Nuevo México en una situación geopolítica precaria al abrir las llanuras meridionales a los comerciantes y, a juicio de las autoridades españolas, el imperialismo franceses. A finales de la década de 1740 y principios de la de 1750, las autoridades españolas vigilaban obsesivamente las actividades de los franceses en las llanuras y, sobre todo, entre los comanches, a quienes Cachupín describía como «una tribu poderosa que domina a las demás». Proseguía diciendo que los franceses estaban recabando «conocimientos prácticos sobre los terrenos adyacentes a nuestros asentamientos, que recorren libremente con

la autorización de los comanches». El gobernador condenaba con dureza las operaciones comerciales francesas, cuyos mercados de ganado en Louisiana estimulaban a los comanches a saquear caballos en Nuevo México. Advertía que «las actividades comerciales que los franceses desarrollan con los cumanches a través de los jumano [wichita] causarán perjuicios de la máxima gravedad a esta provincia. Aunque la nación cumanche desarrolla un comercio similar con nosotros acudiendo al pueblo de Taos [...], siempre que se les presenta la ocasión de robar caballos o atacar a los pueblos de Pecos y Galisteo, no dejan de aprovecharla».^[55]

La situación era humillante para Cachupín, pero una delicada dinámica de imposibilidades le dejaba las manos atadas: no podía castigar a los comanches impidiéndoles acceder a las ferias de Taos, pues se arriesgaba a perder a la nación comanche y, por extensión, dejar las llanuras meridionales bajo la órbita de los franceses. Aunque se lamentaba de la «naturaleza perversa» de las ferias de Taos, Cachupín subrayó durante todo su mandato la importancia de mantener «la amistad y el comercio con la tribu comanche, [y de] alejar al mayor número de ellos de los franceses, pues la tribu comanche es la única que puede impedir el acceso [de los franceses] a ese terreno y convertirse en la ruina de Nuevo México». Al gobernador le preocupaba en particular la cadena de distribución de armas de fuego que abastecía a los comanches desde Louisiana a través de los taovaya; sostenía que podía llegar a convertirse en «nuestro gran perjuicio, sobre todo porque este reino tiene muy limitado el armamento y porque sus colonos son demasiado pobres para equiparse por sí solos y demasiado pocos para soportar la carga de una guerra constante». Por último, Cachupín detestaba utilizar la fuerza con los comanches, sencillamente, porque Nuevo México necesitaba ese comercio para su bienestar económico. Insistía en que, con la guerra, «se perdería una rama en extremo valiosa del comercio y los franceses de Nueva Orleans se apropiarían de ella por entero».^[56]

Así pues, en lugar de presionar a los comanches, Cachupín trató de ganarse su lealtad ofreciéndoles más artículos y mejores condiciones de intercambio en Taos. Su decisión, fruto de la desesperación, convirtió las ferias de Taos en eventos frenéticos. En 1751, fray Andrés Varo informaba de lo siguiente: «Cuando la delegación comercial india acude a ver a estos gobernadores y alcaldes, estos renuncian a la prudencia». Impulsados por una mezcla explosiva de avaricia y temor, decía Varo, el gobernador y los demás altos cargos acumulaban «el mayor número de caballos posible» y «todos los utensilios de hierro disponibles» para intercambiarlos con los comanches: «En resumen, aquí se reúne todo lo posible para venderlo e intercambiarlo con estos bárbaros a cambio de pieles de bisonte y, lo que es más triste, de esclavos indios, hombres y mujeres, pequeños y grandes, infinidad de ellos, de ambos sexos, pues son como oro y plata y el tesoro más valioso de los gobernadores, que son los primeros que se atiborran de los mejores bocados de esta mesa mientras los demás se conforman con las migajas».^[57]

Pero a Varo le resultaba aún más asombroso el comportamiento de los comanches

en las ferias. Refería que, antes de entregar a las prisioneras, «las desfloraban y pervertían ante la mirada de una innumerable concurrencia de bárbaros y católicos [...] diciendo con pagana insolencia a quienes las adquirían: “ahora podéis tomarla; ahora es buena”». El sacerdote, horrorizado, atribuía semejantes actos a «la lujuria desenfrenada y el descarro brutal» de los comanches, pero es probable que las violaciones públicas fueran un modo de crear mercados de prisioneros. Las violaciones en serie eran una advertencia gráfica de los atroces padecimientos que soportarían las cautivas a manos de los comanches (al menos supuestamente), en caso de que los españoles se negaran a pagar el rescate. En otras palabras: la brutalidad contribuía a legitimar el mercado de esclavos ante los españoles. De hecho, en 1751, el inspector de guerra de Ciudad de México calificó el *rescate*^[*] que practicaba Nuevo México como «una obra loable» de «salvación de [...] los pocos esclavos de los indios». «Mediante este intercambio —argumentaba el inspector—, estos niños cautivos se pueden educar y criar en el redil de esta iglesia y, si el tráfico se interrumpiera, los cumanches los matarían».^[58]

A finales de 1751, cuando llevaba dos años de mandato, el gobernador Cachupín necesitaba con urgencia asestar un golpe decisivo a los comanches, cuyas maniobras de exclusión, política de asalto e intercambio y tácticas comerciales toscas desmoralizaban a los habitantes de Nuevo México, desde sacerdotes y funcionarios hasta colonos de a pie e indios pueblo. Pero, pese a lo mucho que Nuevo México necesitaba la paz, los españoles no estaban acostumbrados a negociar con indígenas en condiciones de inferioridad. En todo caso, en el mes de noviembre, un golpe militar inesperado eliminó los obstáculos políticos que impedían alcanzar la paz. Después de otro ataque comanche en Pecos, en esta ocasión realizado por trescientos guerreros, Cachupín persiguió a los saqueadores con noventa y dos soldados, milicianos y tropas auxiliares indias y, con ayuda de exploradores *genízaros*^[*] los sitió en un desfiladero sin salida del Llano Estacado. Aquello se convirtió en una batalla campal casi cuerpo a cuerpo, a la que los españoles estaban acostumbrados y con la que, a diferencia de los comanches, se sentían cómodos. El enfrentamiento duró muchas horas y, al caer la noche, a los indios no les quedaban flechas ni pólvora. Los soldados españoles prendieron fuego a los matorrales y castigaron a los comanches, ahora iluminados por el resplandor de las llamas, con descargas de fuego de mosquete «que supusieron su ruina y destrucción». Murieron ciento doce comanches y se rindieron treinta y tres. Los supervivientes, según informaba Cachupín, lloraban «de dolor» e hicieron con madera una «santa cruz que me ofrecieron con suma veneración, acercándola a sus labios y a los míos». Esa victoria espectacular permitió al gobernador iniciar negociaciones con los comanches desde una posición más igualitaria, y no perdió tiempo en hacerlo. Retuvo como rehenes a cuatro mujeres, pero liberó a todos los demás prisioneros para enviarlos a sus tierras con una ofrenda de tabaco y una oferta de paz. Les prometió libertad para comerciar en Taos y les pidió que devolvieran a todos los prisioneros españoles que se habían

llevado de Abiquiu en 1747.^[59]

Durante la primera mitad del siglo XVIII, las autoridades españolas raras veces se detenían a estudiar al pueblo que frustraba sus ambiciones coloniales en el Sudoeste y, en las contadas ocasiones que escribieron algo sobre los comanches, los presentaban siempre como bárbaros con una capacidad desmedida para la violencia y unas dotes mínimas para el orden social.^[60] Pero ahora, en las primeras conversaciones de paz formales entre los dos pueblos, empezaba a aflorar una imagen distinta. Si bien la idea de que eran unos salvajes se mantenía, los informes españoles atribuían a los comanches una organización política sofisticada, con jerarquías bien diferenciadas, procedimientos consolidados para que la toma de decisiones fuera, en términos generales, participativa y sistemas de comunicación eficaces.

En diciembre de 1751, cuando los supervivientes de la catastrófica batalla transmitieron la oferta de paz de Cachupín a los comanches, los jefes de diversas rancherías enviaron emisarios para convocar un gran consejo. La reunión, auspiciada según parece por un jefe llamado Nimiricante (¿Caníbal?), fue dura. Los jefes de diferentes rancherías discutieron acaloradamente la oferta de paz de Cachupín y se esforzaron por alcanzar un consenso. Había un obstáculo relacionado con el destino de cinco cautivos españoles (tres mujeres y dos niños), cuyo regreso había fijado Cachupín como requisito para la paz. El hermano de Nimiricante se negaba a abandonar a las mujeres que tenía cautivas, y Nimiricante intervino ordenándole que se retirara del consejo «o asumiera el castigo». Finalmente, se llegó a un acuerdo y se decidió firmar la paz «y aprovechar las ventajas de las ferias». El jefe El Oso, a quien se presentaba como «el pequeño rey de todos ellos», afirmaba que llevaría a sus partidarios a Taos si los españoles «no les negaban los artículos que se les antojaran». El consejo remitió un mensaje a «todas las rancherías de que iban a ser amigos de los españoles y no causarles ningún daño robando caballos ni cometiendo ningún otro tipo de hostilidades, y que quienes tuvieran prisioneras a mujeres españolas debían entregárselas para devolverlas».^[61]

En la primavera de 1752, varias delegaciones de jefes comanches visitaron al gobernador Cachupín en Taos y Santa Fe, donde forjaron unos lazos personales que sellaban y simbolizaban las buenas relaciones entre ambas sociedades. Cachupín entregó regalos a todas las delegaciones para que los llevaran a sus tierras, «pues son indispensables para estos pueblos», y liberó a las cuatro mujeres tomadas como rehenes en la batalla de noviembre. Sin embargo, el proceso que conducía a la paz era frágil y se vio amenazado por los asaltos continuos de los comanches. Una delegación enviada por El Oso pidió disculpas por los ataques exponiendo que «algunos comanches eran tan embusteros que, si bien sus jefes les advirtieron y aconsejaron, no bastaba para impedir que cometieran semejantes delitos». Mediante este tipo de interacciones personales y el intercambio de regalos, prisioneros y palabras, los comanches y los españoles forjaron poco a poco una paz que puso fin a más de una década de violencia sin tregua.^[62]

El acuerdo de paz definitivo, el primero entre europeos y comanches, fue muy favorable para los indios. A cambio de la promesa personal de los jefes de impedir que sus súbditos llevaran a cabo asaltos, los comanches recibieron varias concesiones importantes. Cachupín les garantizó acceso sin restricciones a las ferias de Pecos y derecho a reanudar los *rescates*^[*] en Taos, privilegio que logró sofocar los intentos de los cazadores de esclavos de Nuevo México de monopolizar la trata. Cachupín promulgó también un protocolo diplomático meticuloso que atendía a las sensibilidades de los comanches. Según el nuevo reglamento, el gobernador de Nuevo México se convertía de hecho en un mediador que preservaba la paz mediante actos ceremoniales y protegía a los comanches de la avaricia y las tácticas comerciales toscas de los colonos. En términos más generales, el tratado reconocía a los comanches como nación soberana (concesión que los españoles negaron a muchas sociedades indígenas menores), con lo que establecía un precedente que después imitarían México, la República de Texas y Estados Unidos. Cachupín percibía que la paz no era para los comanches un estado de coexistencia estático que dos partes acordaran al mismo tiempo, sino más bien una frágil situación que debía revalidarse continuamente con palabras y hechos. Atendiendo a esta premisa, dio instrucciones a los gobernadores de Nuevo México para que asistieran en persona a las ferias comerciales, «se sentaran» con los jefes comanches, «les enviaran tabaco» y se sirvieran de «diferentes manifestaciones de amistad y confianza que la discreción y sabiduría recomiendan para conocer sus deseos». Le aconsejaba incluso sobre gestos y apariencias. «Los actos y las circunstancias visibles de nuestra apariencia influyen sobremanera en la idea que [los comanches] deben formarse —advertía a su sucesor—. Deberéis presentaros con habilidad y con palabras expresivas, acomodar a vuestro aspecto un semblante grave y sereno que puedan respetar y, así, desarrollar una amistad fiel». Por último, Cachupín especificaba que las autoridades españolas deberían velar por los convoyes comerciales comanches. Los soldados debían proteger las manadas de caballos comanches durante las ferias y, los gobernadores, arbitrar personalmente en cualquier disputa. Atendiendo a todos los detalles, ordenó a los colonos que, durante las ferias, guardaran todo el ganado con el que no desearan comerciar fuera de los límites de la ciudad, pues negarse a vender podía enfurecer a los comanches. Sin apreciarlo (o reconocerlo) por completo, Cachupín había empezado a amoldar las prácticas comerciales españolas a los principios comanches, que exigían que las posesiones materiales fluyeran libremente entre los amigos y aliados. En la cultura comanche, la reticencia a compartir significaba algo más que tacañería; equivalía a enemistad.^[63]

Durante las conversaciones de paz, además, Cachupín cedió a la supremacía de los comanches en las Grandes Llanuras, al este de Nuevo México, y retiró el apoyo de España a los apaches. Convenció a las aldeas que quedaban de apaches carlana, cuartelejo y paloma de que se trasladaran desde las llanuras abiertas hasta las inmediaciones de Pecos, dejando así despejado el norte del Llano Estacado para uso

de los comanches. A partir de entonces, lejos de la cordillera Sangre de Cristo y Sierra Mescalero, los apaches carlana, cuartelejo y paloma solo pudieron llevar a cabo cacerías esporádicas en las praderas. Se ciñeron tanto a Pecos que, cuando realizaban incursiones de caza breves, solían dejar a las mujeres y niños en la ciudad. Cuando Bernardo de Miera y Pacheco, soldado y cartógrafo que había visitado la Comanchería en varias ocasiones, elaboró en 1758 un mapa del reino de Nuevo México, identificó las llanuras de bisontes de la ribera oriental del río Pecos simplemente como «tierra de cumanches», y situó todas las rancherías apaches al oeste del valle. Los apaches que no buscaron refugio en Nuevo México emigraron al Sur y al Este para unirse a sus primos, los apaches lipán, en las llanuras de Texas. Una vez que los apaches estuvieron encerrados junto a Pecos o reubicados más al Sur, los comanches controlaron la totalidad de las llanuras occidentales, desde el valle del Arkansas hasta el río Rojo.^[64]

Al mismo tiempo que los comanches firmaban la paz con Nuevo México y usurpaban las tierras de los apaches al norte del Llano Estacado, cosechaban también unas victorias diplomáticas y militares esenciales en sus fronteras septentrional y oriental. En 1750, la distensión con los taovaya los había llevado a forjar una alianza con los pawnee skidi y chauí, parientes próximos de aquellos. Estos contactos pacificaron la frontera septentrional de los comanches y, al mismo tiempo, incrementaron su capacidad para combatir a los osage en el Este. La alianza entre comanches, taovaya y pawnee adoptó una posición clara contra los osage. Las tres naciones se sentían amenazadas por estos últimos y pretendían unir sus esfuerzos contra ellos, cuyas partidas de guerreros recorrían un territorio que abarcaba desde el río Missouri hasta el Canadian. En 1751, la triple alianza realizó un ataque masivo contra el enemigo común, con el que mató a treinta y dos jefes y asestó un golpe devastador a la nación osage.^[65]

La guerra conjunta reportó más beneficios a los pawnee y los comanches que a los taovaya, cuyas aldeas aisladas en el curso medio del Arkansas tuvieron que soportar el castigo de los ataques de los osage. La resistencia de los taovaya se vino abajo en 1757 y se replegaron unos trescientos veinte kilómetros al sur del río Rojo, donde erigieron aldeas nuevas justamente al oeste de Cross Timbers, una franja de tierra cubierta de robles escuálidos que discurre de Norte a Sur entre los ríos Rojo y Brazos. Con el fin de prepararse para futuros ataques de los osage, los taovaya alzaron sus cabañas de paja muy juntas y cercaron las aldeas con fosos anchos y profundos, maderas de tres metros y medio de altura y terraplenes de arena. Mientras tanto, los comanches lograron mantener intacto su recién adquirido territorio. Los osage no consiguieron aproximarse a las llanuras ralas en las que abundaban los bisontes, y la frontera entre comanches y osage en el curso medio de los ríos Arkansas, Cimarrón y Canadian acabó siendo una tierra de nadie en la que ambos grupos entraban a regañadientes, pues ponían en peligro su vida. Esta zona neutral, nacida del mutuo temor, pervivió hasta bien entrado el siglo XIX: los oficiales del

ejército estadounidense descubrieron su existencia en la década de 1830, cuando inspeccionaron las llanuras meridionales.^[66]

El tratado de 1752 entre los comanches y Nuevo México dejó una herencia desigual. Si bien sirvió para pacificar las relaciones entre comanches y españoles y contribuyó a poner fin a las guerras prolongadas entre comanches y apaches en el Llano Estacado, también supuso el desmoronamiento de la duradera unión entre comanches y ute. La alianza entre ambos ya estaba maltrecha a principios de la década de 1750, tras haber agotado su utilidad en aquel mundo fluido y cambiante. Luego, sucedieron otras cosas (Cachupín dejó el cargo provisionalmente, estalló la guerra entre indios y franceses y un niño cautivo se negó a ser rescatado) y el conflicto entre comanches y ute se transformó en una guerra descontrolada que envolvió a los territorios fronterizos.

Las fuentes no aportan más que atisbos fragmentarios del deterioro de las relaciones entre comanches y ute. Las primeras señales de problemas aparecieron en 1749, cuando una banda ute pidió apoyo militar español contra los comanches en Santa Fe. Y dos años después, cuando los comanches iniciaron las conversaciones de paz con Nuevo México, acudieron sin los ute, que iniciaron su propia negociación con el gobernador Cachupín y llegaron a un acuerdo independiente en 1752. A finales de ese mismo año, según indican las fuentes españolas, los comanches y los ute habían librado varios enfrentamientos.^[67]

El hecho de que la alianza entre comanches y ute, que había durado medio siglo, se desintegrara precisamente cuando finalizó la guerra contra los apaches y los españoles no era casualidad. Al parecer, la guerra había sido el aglutinante que mantuvo unida la alianza y, su final, hizo aflorar tensiones latentes. El principal elemento de disputa era el acceso a los mercados de Nuevo México, que sufrían una escasez de artículos que los propios comanches y ute habían contribuido a agravar. Pese a que Nuevo México estaba subsidiada continuamente por Ciudad de México, se había empobrecido cada vez más durante las largas guerras contra comanches y ute y, a finales de la década de 1740, la colonia encontraba dificultades para producir bienes suficientes con que abastecer a todos sus clientes indígenas. Luego, vinieron los enfrentamientos entre comanches y ute en las ferias y sus intermediaciones, lo que impulsó a Cachupín a dar instrucciones a su sucesor de que coordinara meticulosamente las visitas de comanches y ute a Taos con el fin de evitar confrontaciones violentas.^[68]

Pero los intereses de comanches y ute no solo se solapaban y chocaban; también divergían. A diferencia de los comanches, los ute nunca transformaron por entero su vida al llegar a las llanuras; solo una de las subtribus, los ute muache, realizó un esfuerzo importante para desarrollar una cultura específica de aquel lugar. Mientras que los comanches rompieron enseguida sus lazos con las Rocosas, los ute siguieron realizando migraciones estacionales entre las montañas y las praderas. Se unían a los comanches para asaltar el este de Nuevo México durante los meses cálidos, pero

pasaban la estación fría al abrigo de las Rocosas. El distanciamiento se ahondó a finales de la década de 1740 y principios de la de 1750, cuando los comanches forjaron su red de alianzas orientada a vivir en las llanuras, maniobra unilateral que, a su vez, produjo un desgarró en su unión con los ute, que no estaban incluidos en los nuevos acuerdos políticos con los franceses, los taovaya y los pawnee. El sistema de alianzas comanche aisló a los ute del comercio y la diplomacia de las llanuras y situó a los dos grupos en rumbos de política exterior dispares. Los comanches se convirtieron en agentes esenciales del drama imperial que se desplegaba en los disputados territorios fronterizos situados entre río Grande y el valle del Misisipí, un posicionamiento que los apartó cada vez más, desde el punto de vista político y geográfico, de los ute, de orientación más local.^[69]

El conflicto entre comanches y ute nació como un enfrentamiento entre dos antiguos aliados, pero se convirtió con rapidez en una guerra de territorios fronterizos de primer orden. Aunque los ute habían enseñado a los comanches a montar a caballo, ahora se veían indefensos frente a la caballería comanche y, angustiados, solicitaron ayuda y protección de los españoles. El gobernador Cachupín logró mantener el equilibrio entre ambos sin comprometerse con ninguno, pero aquella paz tan frágil no sobrevivió a su marcha, en 1754. El nuevo gobernador, Francisco Marín del Valle, carecía del dominio que tenía su predecesor de la diplomacia intercultural y multipolar, y permitió que se deshilaran los lazos personales con los jefes comanches, que revestían una importancia esencial; posteriormente los comanches lamentarían que «hubieran acudido con el corazón desbordante de buena voluntad para alcanzar la paz pero [...] que el gobernador [...] no deseara nunca escucharlos directamente». Marín del Valle también limitó el comercio de los indios promulgando un *bando*^[*] por el que se prohibía venderles armas de fuego, cuchillos y demás armamento. Alarmados por la abundancia cada vez mayor de caballos entre los comanches (una acumulación que alimentaba la adquisición de armas en la Louisiana francesa), prohibió la venta de yeguas de cría, sementales y asnos y fijó el elevado precio de quince pieles por cada caballo capón de primera calidad.^[70]

Sin demorarse mucho, los comanches reanudaron los ataques y se lanzaron al pillaje en Pecos, Galisteo y otras aldeas fronterizas en busca de caballos y prisioneros. En respuesta, los españoles constituyeron una coalición anticomanche flexible con los ute y las bandas de refugiados apaches que vivían en la frontera de Nuevo México. Sin embargo, al mismo tiempo, los españoles mantuvieron los mercados abiertos a los comanches por miedo a que la ruptura definitiva intensificara las incursiones. La guerra fronteriza que poco a poco congregó fuerzas a la estela de la Guerra de los Siete Años fue, por tanto, un conflicto confuso y de múltiples facetas, en el que la distinción entre enemigos y aliados solía difuminarse y el terror era un arma fundamental.

Pese a la escalada de incursiones, Taos siguió acogiendo a los comerciantes comanches, en apariencia con la aprobación oficial española; fray Pedro Tamarón y

Romeral informaba de que los convoyes comerciales comanches acudían cada año a las ferias de Taos, igual que el gobernador de Nuevo México y «gentes de todo el reino». Para disgusto de Tamarón, los comanches solían pagar el maíz y los utensilios de metal que recibían de los taoseños con caballos y artículos robados en otros asentamientos de Nuevo México. Cuando se le preguntaba por los asaltos, señalaba que los jefes comanches afirmaban no estar involucrados en bravuconadas sanguinarias. «“No seáis confiados” —replicaba un jefe—. “Recordad que entre nosotros hay granujas, exactamente igual que entre vos. Ahorcad a todos los que atrapéis”». Estas afirmaciones no necesariamente reflejaban divisiones entre las filas de los comanches. Como indicar los acontecimientos subsiguientes, parecen haber sido retórica bien calculada para confundir a las autoridades españolas y mantener el acceso a los mercados de Taos.^[71]

La feria de Taos del verano de 1760 fue aún más indisciplinada de lo habitual, pues no solo hubo un trueque animado, sino también una danza ritual en la que los taoseños exhibieron veinticuatro cabelleras recién cortadas. Cuando los comanches estaban a punto de partir, la población, como si quisiera poner a prueba la sinceridad de las afirmaciones de los comanches según las cuales se podía dar muerte libremente a los asaltantes «granujas», reveló que las cabelleras pertenecían a los comanches. Los indios abandonaron el pueblo pacíficamente, pero regresaron con una fuerza militar avasalladora. En lo que fue una notable exhibición de unidad y organización, se decía que tres mil guerreros comanches habían atacado Taos, al parecer, con la «intención de acabar» con el pueblo. Como los asaltantes no consiguieron atravesar los gruesos muros de la ciudad, se entregaron a un festín destructivo saqueando todo el valle de Taos. Quemaron doce ranchos próximos a la aldea española de Ranchos de Taos y esquilmaron la fortaleza local, la hacienda fortificada de Pablo Francisco Villalpando, mataron a diecisiete personas y raptaron a cincuenta y seis mujeres y niños. La región jamás se recuperó por completo. Dieciséis años después, cuando un observador visitó el valle de Taos, señaló la existencia de «una serie de ruinas de ranchos otrora excelentes».^[72]

El año siguiente, 1761, dejó aún más violencia y disturbios. En diciembre, una embajada comanche de cincuenta y ocho tipis llegó a Taos para pedir rescate por algunos de los prisioneros que habían raptado el año anterior. Precedidos por Onacama, su «hombre principal», entraron en el pueblo diez capitanes comanches para reunirse con Manuel del Portillo Urrisola, el gobernador interino. Las conversaciones fracasaron cuando uno de los cautivos, un niño de nueve años, se negó a separarse de sus captores. Del Portillo apresó al niño y a los capitanes comanches. Tras vencer a los guardias, los comanches se liberaron y se atrincheraron en un establo del interior de Taos. Del Portillo sacó a sus tropas del pueblo e, «invocando a la Reina de los Angeles y los hombres», les dio rienda suelta en el campamento comanche, desprevenido. Entre el ejército de Del Portillo había un grupo de ute que había prometido luchar «a muerte» junto a los españoles.^[73]

El resultado fue una de las peores catástrofes militares de la historia de los comanches. Aturdidos por la descarga de los cañones y el fuego de los mosquetes, los guerreros abandonaron el campo de batalla dejando en él a la mayoría de las mujeres y niños. Del Portillo ordenó a sus hombres que los persiguieran, pero los guerreros ute se separaron y arrasaron el campamento comanche llevándose «más de un millar de caballos y mulas y más de trescientas mujeres comanches, maduras y jóvenes». Mientras tanto, los soldados de Del Portillo prosiguieron la persecución hasta que llegaron a «un lugar por el que era imposible pasar». Allí, informó, «seguimos matando comanches. Los campos quedaron cubiertos con sus cuerpos, pues ninguno de ellos quiso rendirse para seguir vivo». Notificó la muerte de cuatrocientos comanches. Al regresar a Taos, ordenó que se prendiera fuego al establo con los jefes comanches encerrados. Salieron dos capitanes. A uno lo mataron de un disparo en el acto; el otro huyó, herido y sangrando.^[74]

Un prisionero ute que se encontraba en aquella época entre los comanches, pero consiguió huir, describió después en la Comanchería las consecuencias de la batalla. Aterrorizado y dolido, los comanches que sobrevivieron, cuyo número no pasó de treinta y seis, «prendieron fuego a todas sus pertenencias, mataron todas sus manadas de caballos, se cortaron las orejas y salieron huyendo». El dolor abatió a todo el mundo, pero debió de haber sido especialmente atroz para aquellos cuyas esposas, hijos y parientes estaban entre los muertos o los prisioneros. Según el código social comanche, el honor de un hombre dependía de su capacidad para proteger y ensanchar su red de parentesco, y perder a la esposa o los hijos ante los enemigos representaba una vergüenza insoportable que se traducían en la pérdida del respeto masculino. La pérdida constituía un estigma que solo se podía eliminar recuperando a los parientes, sustituyéndolos por las mujeres e hijos de los captores o enterrando simbólicamente a los muertos con cadáveres enemigos. Dicho de otro modo: el dolor y la pérdida masivas exigían una retribución masiva.^[75]

Fue en medio de todo este caos fronterizo cuando Cachupín regresó, en enero de 1762, para cumplir su segundo mandato. Sorprendido al descubrir que la paz que tan cuidadosamente había forjado estaba hecha trizas, y alarmado por los rumores de que los comanches se preparaban para lanzar una guerra generalizada contra la colonia, liberó de inmediato a seis mujeres comanches y las devolvió a su tierra «como embajadoras de su nación». Los informes detallados de Cachupín, que también incluían testimonios comanches, aportan una imagen estereoscópica sobre las complejas negociaciones que siguieron. Cuando las seis embajadoras llegaron a la Comanchería con la propuesta de paz, encontraron a los comanches «reunidos en consejo, discutiendo el medio más seguro de guerrear contra los españoles». Sin embargo, al enterarse del regreso de Cachupín a Nuevo México, el consejo adoptó al instante un plan distinto. Los jefes y ancianos decidieron enviar nueve jefes de segundo rango, dos de los cuales tenían derecho a dar «opiniones a su gobierno», para que se reunieran con el gobernador. Escoltados por sesenta guerreros, los

emisarios llegaron algunas semanas después a Taos, desde donde fueron acomodados en Santa Fe. Por el camino, siguiendo las órdenes de Cachupín, los oficiales españoles prodigaron a los comanches infinidad de regalos «para que comprendieran nuestra amabilidad y buena fe». Los emisarios llegaron al Palacio del Gobernador portando una cruz muy grande y otras más pequeñas colgadas del cuello, y «bien armados con mosquetes franceses», con lo que transmitían un mensaje heterogéneo que, al mismo tiempo, subrayaba la voluntad negociadora de los comanches y su poderío militar y alcance internacional. Curiosamente, Cachupín reconoció a algunos de los nueve jefes, a quienes recordaba de su mandato anterior, concluido hacía ocho años, lo que indica que el sistema político comanche se basaba en cargos de liderazgo institucionalizados.^[76]

Los delegados comanches iniciaron las conversaciones enumerando las afrentas, que abarcaban desde el ataque no provocado del gobernador Del Portillo en 1761 hasta el caos de las ferias de Taos y las restricciones impuestas al comercio comanche en Nuevo México. La respuesta de Cachupín fue una mezcla de remordimiento, reconciliación y paternalismo manifiesto. Afirmó que las hostilidades recientes habían quebrantado, pero no anulado, los lazos de amistad trabados en 1752. Lamentaba que ambas partes «hubieran actuado de forma insensata haciéndose la guerra, cuando deberían haber sido los mejores amigos». Luego, expuso su propuesta de paz. Prometió restablecer los privilegios comerciales de los comanches y los invitó a visitar Nuevo México «con frecuencia, sin miedo ni falta de confianza». También sugirió que ambas partes devolvieran sus prisioneros, con lo que eliminarían hábilmente una causa fundamental de la violencia fronteriza: el dolor nacido de la pérdida de parientes en el cautiverio y las redes de parentesco con otros pueblos. Visiblemente satisfechos, los comanches prometieron trasladar las condiciones «para conocimiento de todos sus jefes y hombres principales de la nación», y Cachupín los agasajó con presentes para que «fumaran y pensaran bien la decisión que tomaban respecto a mis propuestas».^[77]

La respuesta de los comanches llegó varios meses después, cuando se presentó en Santa Fe otra embajada: cuatro jefes, siete guerreros y diez mujeres y niños. «Enviados por los dos jefes supremos» de su nación, los emisarios informaron a Cachupín de que se había dado la orden a «todas las rancherías de la tribu de que celebraran consejo y apresuraran la devolución de todos los españoles que tuvieran prisioneros, jóvenes y maduros». Los cuatro jefes solicitaron luego a Cachupín que devolviera un prisionero a cada uno, «algún pariente o su propia mujer, a la que tal vez podría localizar», con el fin de que tuvieran pruebas de la «estima» que sentía hacia la nación comanche. Cachupín ordenó que llevaran a treinta y una mujeres y niños ante los jefes, cada uno de los cuales, a continuación, «escogió al pariente más cercano». Los actos sellaron la paz transformando el potencial violento y perjudicial impreso en la institución del cautiverio en un puente intercultural. Cuando los jefes se reunieron con sus seres queridos y restablecieron las redes de parentesco rotas,

desapareció una causa importante del conflicto entre comanches y españoles. El gobernador se felicitaba posteriormente de que, como consecuencia de esta acción, los jefes mostraran «una satisfacción y placer innegables; todos me abrazaron por el cuello y me dieron las gracias repetidamente. Ahora decían que su tribu ya no tenía motivo alguno para temer, ni seguir otro dictado que el del respeto a una paz auténtica y una alianza sólida con los españoles».^[78]

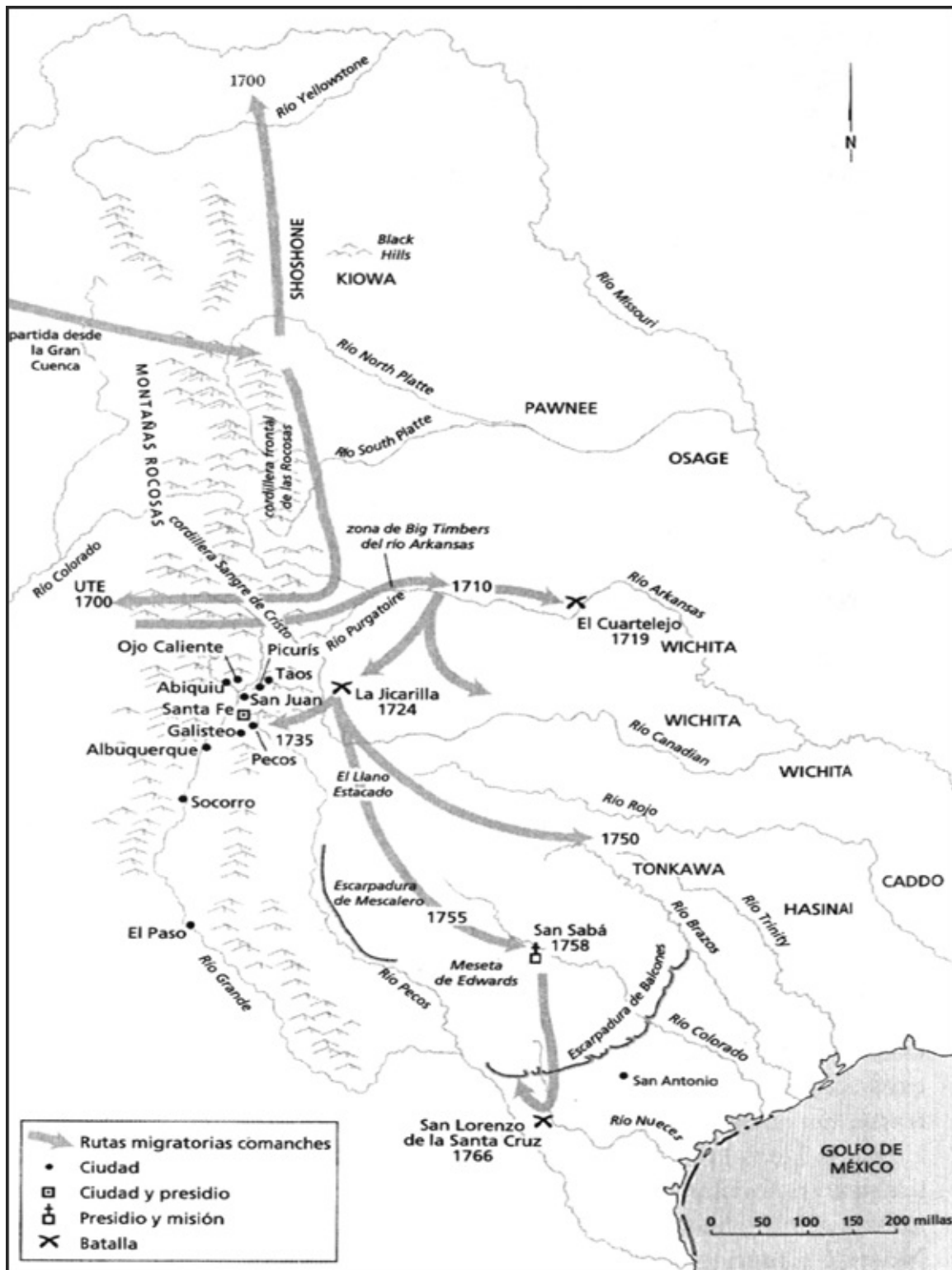
Este proceder, que reflejaba y se cimentaba en las negociaciones de diez años atrás, fue algo más que unas conversaciones de paz: fue un intento de crear un territorio político y cultural intermedio entre dos naciones. Cuando Cachupín documentó con minuciosidad las costumbres y prácticas políticas de los comanches, no solo estaba saciando la sed de detalles de la burocracia española, sino que también estaba escribiendo un manual de comunicación intercultural. Y, cuando gratificó a los comanches con regalos, no trataba simplemente de despertar su buena voluntad, sino que apelaba a la opinión comanche de que no podía existir paz auténtica sin regalos, que convertían a los enemigos en amigos y, a los desconocidos, en parientes metafóricos. Adelantándose a una transformación profunda de la política española hacia los indios que, en la década de 1780, remodelaría la frontera septentrional de España, Cachupín había descubierto que la paz con las naciones indias dependía más de los regalos y los lazos personales que de los vínculos institucionales. Requería abandonar los sueños de supremacía cultural ante la realidad de la acomodación y el intercambio culturales.^[79]

Pero los españoles no fueron los únicos que hicieron concesiones. Los comanches, tan ansiosos de paz como ellos, se comprometieron también a allanar el camino para una acomodación mutua más profunda. No insistieron en inscribir la alianza en metáforas de parentesco fraternal, sino que aceptaron, al menos en apariencia, la idea patriarcal de Cachupín de que habían rendido «obediencia y vasallaje al capitán más grande y poderoso del mundo, el rey y señor de los españoles». Era una interpretación ficticia que ignoraba el equilibrio de poder real sobre el terreno, pero se trataba de una ficción compartida por ambas partes, si bien por diferentes motivos. Para Cachupín, la formulación patriarcal era una necesidad, el único modo posible de justificar ante sus superiores de Ciudad de México y Madrid una alianza con salvajes paganos. Los comanches también interpretaban la alianza a través de su propio prisma cultural. Esperaban que las personas de autoridad fueran custodios generosos, no gobernantes autócratas, y es probable que esperaran que el rey de España fuera un benefactor que les enviara regalos, preservara sus privilegios comerciales y los protegiera contra atrocidades como el ataque del gobernador Del Portillo de 1761. Los comanches también parecían haber respetado (cuando no aceptado) la idea de que Nuevo México no era una colección de comunidades autónomas con las que pudieran mantener relaciones independientes, o incluso contradictorias. Desde el establecimiento del acuerdo, evitaron durante varios años su tradicional política de asalto y comercio en Nuevo México y respetaron una paz

universal con la provincia.^[80]

Además de pacificar la frontera de los comanches con Nuevo México, el acuerdo de 1762 también selló el resultado de la guerra entre comanches y ute, que duraba una década. Ahora que los españoles y los comanches estaban unidos, los ute ya no podían confiar en que los españoles respaldaran su lucha por conservar un punto de apoyo en el ecosistema fronterizo entre llanuras y montañas. Los muache, la banda ute más orientada a la vida en las llanuras, se retiró hacia el Oeste y desplazó sus actividades comerciales de Taos a Abiquiu y Ojo Caliente, que habían sido repobladas en la década de 1750. Abiquiu y Ojo Caliente estaban separadas de Taos por el río Grande y el río Chama, lo que significaba que los muache estaban alejados ahora del territorio de interés de los comanches. Los muache se replegaron al interior de las montañas para unirse a otras bandas ute, dejando la frontera oriental de Nuevo México a los comanches, unos antiguos aliados y parientes que habían prosperado a partir de la alianza con ellos.^[81]

Contrariamente a las esperanzas de los españoles, el tratado de 1762 no frenó la expansión comanche. En el momento en que consolidaron su dominio sobre las praderas del este de Nuevo México con el tratado de 1762, ya había comenzado la siguiente fase diferenciada de su expansión, la tercera. A principios de la década de 1750, mientras todavía se libraban en el Llano Estacado las batallas de la fase expansionista anterior, varias bandas de comanches kotsoteka penetraron en el Sur atravesando el inmenso altiplano de la Meseta de Edwards hasta la Escarpadura de Balcones, donde las llanuras elevadas se transforman en las tierras bajas de Texas. Fue una de las conquistas territoriales más explosivas de la historia de América del Norte. En menos de una década, la totalidad de las llanuras de Texas, una vasta extensión de lomas onduladas y llanuras que abarca desde el río Pecos, en el Oeste, hasta Cross Timbers, en el Este, y desde el río Rojo, en el Norte, hasta la Escarpadura de Balcones, en el Sur, pasó a ser de dominio comanche. El estallido expansionista convirtió a los comanches en una superpotencia territorial. La Comanchería resultante abarcaba más de 400.000 kilómetros cuadrados y proyectaba una sombra alargada sobre los designios imperiales europeos en el centro del subcontinente.



1. Migraciones y expansión comanche. Mapa de Bill Nelson.

La conquista comanche de las llanuras de Texas se alimentó de varios factores. En parte era una reedición de la dinámica habitual. La necesidad de ensanchar su economía de caballos y bisontes les había llevado a las praderas en torno a 1700 y, ahora, medio siglo después, esa misma necesidad les empujaba hacia las llanuras de Texas. En la década de 1750 ya habían concluido la transición al nomadismo y la caza a caballo y, con ello, simplificaron drásticamente su economía. La caza a caballo

se convirtió en el pilar de su economía hasta llegar a eclipsar otras estrategias de subsistencia. La recolección disminuyó, la ingesta de pescado pasó a ser tabú y las aves de corral se redujeron a un alimento de emergencia que comían tan solo cuando escaseaban otras provisiones. Pero ahora todo giraba en torno a su capacidad para sustentar el aumento de sus ya abultadas manadas de caballos, y fue este imperativo el que los atrajo hacia el Sur. La Texas española estaba salpicada de misiones, presidios y ranchos civiles en los que abundaban los caballos, pero estaban insuficientemente guarnecidos de efectivos, lo que los convertía en una presa relativamente fácil para los asaltos de guerreros a caballo. Los innumerables caballos salvajes errantes por las colinas del norte de la frontera de Texas, tal vez un millón en total y listos para ser capturados y domados, eran un incentivo aún mayor.^[82]

La invasión pudo haber estado motivada asimismo por la variabilidad geopolítica. Los últimos años de la década de 1740 fueron testigo de la aparición de otra coalición anticomanche; en esta ocasión, entre la Texas española y los apaches lipán. Desde la fundación de los primeros asentamientos coloniales españoles permanentes en San Antonio y Los Adaes, a finales de la década de 1710, los colonos habían luchado con los lipán, que asaltaban Texas para obtener la tecnología europea que ya no podían adquirir en los mercados de Nuevo México. Fue una guerra intermitente agotadora, caracterizada por el robo de caballos por parte de los lipán y las represalias de los españoles, así como por la captura de prisioneros por ambas partes. Pero en 1749, tras varias tentativas fallidas, los dos bandos firmaron la paz en San Antonio, en una ceremonia que se prolongó tres días y culminó con el entierro ritual de las armas, de un caballo vivo y de la propia guerra. La creciente amenaza de los comanches aceleró el acuerdo. Los apaches lipán, que acababan de incorporar gran número de refugiados apaches jicarilla procedentes del Norte, afirmaron en las conversaciones de paz que querían apoyo y armas españolas para repeler a las bandas comanches hostiles que empezaban a violar su territorio. Igualmente alarmadas por la expansión comanche, las autoridades españolas aprovecharon la oportunidad. Argumentaban que, si armaban a los apaches lipán, podrían alzar una barrera entre su joven colonia y la expansión de los comanches. Estos últimos, cuyas partidas de caza y exploración llevaban frecuentando Texas desde principios de la década de 1740, debieron de ser conscientes de la amenaza desde el principio.^[83]

Por último, el amplio movimiento de los comanches para adentrarse en las llanuras de Texas pudo haber sido una respuesta a la transformación de la geografía comercial. La expulsión de sus aliados taovaya desde el río Arkansas hasta el río Rojo en la década de 1750 bajo la presión de los osage impulsó a los comerciantes franceses a trasladar sus actividades desde el corredor del Arkansas hasta la cuenca baja del río Rojo, donde en 1716 se había fundado un satélite comercial importante, el fuerte St. Jean Baptiste aux Natchitoches. Este desplazamiento súbito del centro de gravedad comercial también debió de haber sido un poderoso incentivo para que los comanches se reubicaran en el Sur, pues habían acabado por depender mucho del eje

comercial entre franceses y taovaya, su principal fuente de maíz, armas de fuego y metales.^[84]

La invasión comanche de las llanuras de Texas se desarrolló en dos planos: el diplomático y el militar. Cuando llegaron al valle del río Rojo, lo primero que hicieron fue integrarse en la red de alianzas de la región. Restablecieron sus relaciones comerciales con los taovaya quienes, a continuación, les pusieron en contacto con los tonkawa, un grupo multiétnico de cazadores nómadas localizados entre los ríos Colorado y Trinity. También establecieron lazos provisionales con la confederación hasinai, la rama más occidental del pueblo caddo, que vivía en grandes comunidades urbanas entre los ríos Ouachita y Neches y realizaban incursiones de caza anuales en las llanuras meridionales. Esta coalición emergente, a la que los españoles acabarían denominando como *norteños*^[*] se cimentaba en intereses comunes en política exterior. Al igual que los comanches, tanto los taovaya como los tonkawa y los hasinai estaban alarmados por el pacto entre españoles y apaches lipán, que amenazaba con excluirlos de los mercados de Texas y hacerlos vulnerables a los apaches. Los taovaya y los hasinai también estaban enzarzados en una guerra perdida contra los apaches lipán por los territorios de caza, y ansiosos por recabar el apoyo de los fabulosos comanches. Aunque las autoridades españolas culparían más adelante a los agentes franceses de fomentar una coalición de *norteños*^[*] contra los españoles, la motivación inmediata de la alianza entre comanches, taovaya, tonkawa y hasinai fue la decisión española de aliarse con los apaches lipán excluyendo a los demás grupos indígenas.^[85]

Reforzados por aliados y armamento nuevos, los comanches lanzaron a principios de la década de 1750 una ofensiva sistemática contra los apaches lipán. Fue casi una reedición de las guerras anteriores entre comanches y apaches. Al igual que sus parientes del Norte, los lipán habían adoptado poco a poco la agricultura ribereña a pequeña escala, que ahora mermaba su capacidad para enfrentarse a partidas de guerra comanches, con mayor movilidad. Limitados por la sujeción a los campos de cultivo y la escasez de caballos (una sequía grave había diezmando sus manadas en la década de 1740), los apaches lipán fueron incapaces de detener el avance comanche. En 1755 invitaron a los comanches a celebrar conversaciones de paz junto al río Guadalupe. Los dos grupos «cantaron juntos y exhibieron las armas en señal de amistad»; pero la paz no duró mucho. Los apaches lipán recurrieron entonces a los españoles en busca de apoyo militar jurando aceptar el cristianismo, abandonar las costumbres nómadas y dedicarse por entero a la agricultura. La oferta fue acogida con entusiasmo por los colonos que, tras décadas de esfuerzos misioneros frustrados, pudieron empezar por fin a cumplir el papel que se les había asignado en el sistema imperial de España: transformar nómadas en conversos y alzar una zona de protección habitada por agricultores indios pacíficos para preservar de la invasión extranjera las minas de plata del norte de México. En la primavera de 1757 se inició en el valle de San Sabá la construcción de un nuevo complejo integrado por una

misión y un presidio.^[86]

El plan de San Sabá encarnaba a pequeña escala los errores de cálculo estratégicos que desde el principio asolaron las iniciativas de España en América del Norte. El primero tenía que ver con la propia localización, que a primera vista parecía una elección propicia. El valle de San Sabá tenía un lecho ancho y fácil de regar, muy adecuado para la agricultura, y que ofrecía buenas perspectivas para la minería. A más de doscientos kilómetros de San Antonio, el principal núcleo político y demográfico, San Sabá también podría haberse convertido en un baluarte protector de Texas desde el interior de sus llanuras. Pero esa distancia mediana también significaba que el complejo de misión y presidio sería una avanzadilla aislada al borde del territorio comanche, donde permanecería indefensa en un conflicto que su mera presencia provocaba. (Parece ser que los apaches lipán eran plenamente conscientes de ello: en junio de 1757 visitó el lugar de la construcción un grupo de unos tres mil pero, en última instancia, solo se quedaron con los franciscanos un puñado de familias; el resto se marchó quejándose de que estaba demasiado próximo al territorio comanche.) San Sabá también estaba mal diseñado para defenderse. Para impedir los contactos sexuales y la cohabitación entre soldados españoles y mujeres indias, los frailes habían insistido en que el presidio se construyera cinco kilómetros río arriba de la misión, con lo que quedaba absolutamente expuesto a los ataques. Pero tal vez el error más grave fuera económico. Si bien la misión se sufragó con fondos privados de un magnate de la minería, el presidio, concebido para alojar a cuatrocientas personas, absorbió una mano de obra y unos fondos que habrían sido necesarios en cualquier otro lugar depauperado de Texas. Así pues, con el plan de San Sabá, Texas comprometía sus limitados recursos en una iniciativa con pocas probabilidades de éxito que, prácticamente, invitaba a los enemigos a atacarla.^[87]

El ataque se produjo el 16 de marzo de 1758, cuando unos dos mil comanches, taovaya, tonkawa y hasinai se presentaron ante las puertas de la misión de San Sabá proclamando que «habían ido con la intención de matar a los apaches». El grueso de las fuerzas irrumpió en el complejo de la misión y empezó a saquearlo y a buscar apaches, mientras que el resto se dirigía al presidio. Cuando los guardianes abrieron fuego, los indios se retiraron y se reagruparon en torno a la misión. Con el rostro «embadurnado de pintura negra y roja», equipados con lanzas, alfanjes, yelmos, corazas de metal y «al menos mil» mosquetes franceses, y encabezados por un jefe comanche ataviado con uniforme de oficial francés, prendieron fuego a los edificios («tan deprisa que, lo más probable, es que hubieran planificado hacerlo de antemano») y mataron a tiros a quienes no lograron encontrar refugio. El recuento de cadáveres llevado a cabo por los guardias del presidio que habían pasado demasiado miedo como para hacer frente al avasallador ejército indio arrojó ocho bajas.^[88]

Aunque el número de bajas fuera reducido, la repercusión psicológica fue enorme. El ataque fue una operación militar encaminada a eliminar una invasión enemiga, pero también un acto simbólico cargado de mensajes políticos. Los

atacantes declararon abiertamente su identidad, tal vez para indicar reivindicaciones territoriales, o quizá para afirmar que no tenían miedo a las represalias de los españoles, y el armamento francés exhibido según todas las versiones indicaba contactos comerciales y políticos de gran alcance. Parece que toda aquella violencia se desplegó para causar el máximo impacto posible. Los atacantes mataron bueyes y otros animales, destruyeron adornos de la iglesia y joyas y cuadros sagrados y derribaron y decapitaron la imagen de San Francisco. Dejaron tras de sí cuerpos descuartizados, sin cabellera o sin ojos y colocaron en el altar de la iglesia el cuerpo decapitado de un fraile. Si la intención era utilizar la violencia de forma estratégica para persuadir a los españoles de que dejaran de apoyar a los apaches, funcionó. «Entregados al robo y al error —atestiguaba el padre Manuel de Molina—, no renunciarán a estas actividades, ni dejarán de llevar a cabo sus diabólicos planes». Los datos del ataque (la envergadura de la coalición, la abundancia de armamento francés y su capacidad organizativa manifiesta) se dejaron sentir por toda la Texas española. Un oficial afirmaba que los indios eran tan superiores «en número y armamento que es muy posible que nos destruyan». Otros oficiales, viendo intrigas de los franceses en el ataque, temían que se repitieran mientras los comerciantes y las armas francesas siguieran llegando al Oeste desde Louisiana. La destrucción de la misión de San Sabá dejó también desmoralizados a los apaches, aunque ninguno de los suyos hubiera muerto en el asalto. Al ver que los presidios y los soldados españoles no podían protegerlos en las llanuras, los apaches lipán empezaron a replegarse hacia el Sur y el Este y crearon nuevas aldeas junto a los ríos Colorado, Guadalupe y Frío, al borde de las praderas.^[89]

Una vez que los lipán huyeron de las llanuras y la misión de San Sabá quedó arrasada, los españoles descubrieron que libraban una guerra que había perdido su razón de ser estratégica. Pero, en lugar de buscar la paz con los *norteños*^[*] las autoridades de Ciudad de México decidieron proseguirla. Motivados más por el deseo de restaurar el honor español que por una argumentación táctica, ordenaron que el presidio de San Sabá siguiera ocupado. Cuando convencieron a algunas bandas de apaches lipán de que se instalaran en las inmediaciones del presidio, los comanches respondieron con ataques constantes. Luego, en agosto de 1758, las autoridades españolas enviaron hacia el Norte al coronel Diego Ortiz Parrilla, el comandante mancillado del presidio de San Sabá, con una guarnición de 360 soldados y voluntarios, 134 exploradores apaches y 42 auxiliares indios. Las tropas de Parrilla se anotaron una victoria sensacional en el río Clear Fork, afluente del Brazos, donde atacaron por sorpresa un campamento tonkawa aislado y mataron a 55 indios y apresaron a 149 hombres, mujeres y niños. Embriagados por aquel triunfo inesperado, el grupo siguió avanzando hacia el valle del río Rojo, donde llegaron hasta una aldea taovaya fortificada que también albergaba bandas comanches. Parrilla ordenó a sus tropas que realizaran un ataque frontal, pero los guerreros taovaya y comanches lanzaron un contraataque igualmente organizado realizando descargas

reiteradas a lomos de sus caballos. Otros taovaya y comanches disparaban a los atacantes desde las elevaciones guarnecidas de la aldea, interrumpiendo el fuego tan solo para mofarse de los soldados desconcertados. Tras cuatro horas de tentativas vanas, y cuando el número de bajas aumentaba de forma alarmante, Parrilla ordenó la retirada dejando abandonados dos cañones de bronce.^[90]

Solo tras la catástrofe de Parrilla empezaron los españoles a dudar de la racionalidad de su política contra los comanches y de la idea de alzar en las llanuras una barrera protectora apache. En 1760, Angel Martos y Navarrete, gobernador de Texas, suspendió las campañas contra los *norteños*^[*] quienes devolvieron el gesto deteniendo los ataques contra los apaches y contra Texas. Dos años después, los franciscanos fundaron dos misiones sin autorización, San Lorenzo de la Santa Cruz y Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, en la cuenca alta del río Nueces. Situadas a unos ciento cuarenta kilómetros al sur de San Sabá, ofrecieron a los apaches un refugio apartado del dominio comanche.^[91]

Pero el reajuste de la política fronteriza de Texas seguía incompleto, pues la colonia aún mantenía tropas en el presidio de San Sabá e, incluso, proporcionaba escolta militar a las partidas de caza apaches que iban a las llanuras. Los españoles también alojaban apaches cerca de San Antonio, lo que impedía que los *norteños*^[*] comerciaran en la villa. La indecisión de las autoridades de Texas estuvo a punto de destruir la colonia. Indignados por el continuo apoyo que prestaban a sus enemigos, los comanches y sus aliados iniciaron una guerra de asaltos feroz. Atacaban sin tregua aldeas apaches y asentamientos españoles, con lo que crearon una zona de fractura amplia y de forma triangular, propensa a las fisuras, que abarcaba desde San Sabá hasta San Antonio y las misiones del río Nueces. Los ataques culminaron en enero de 1766, cuando cuatrocientos comanches, taovaya, tonkawa y hasinai saquearon San Lorenzo y pusieron en fuga a los apaches lipán, aterrorizados; tras la acometida, no quedó en la misión «ni un solo indio». Aunque la campaña acabó de forma desastrosa cuando los *norteños*^[*] que regresaban cayeron en una emboscada española y sufrieron numerosas bajas por fuego de cañón, la descomunal demostración de fuerza ahogó las esperanzas de los apaches lipán de mantener un punto de apoyo siquiera en las márgenes de las llanuras. Al cabo de un año, todos los lipán se habían retirado a las llanuras costeras de Texas, los desiertos que rodean el valle del río Grande y las montañas de Coahuila, donde se unieron a sus primos, los apaches natagé, para forjar una nueva economía basada en las incursiones en las aldeas y ranchos españoles del sur de Texas, Nueva Vizcaya y Coahuila. La diáspora apache de las llanuras había concluido, y una zona de protección de 160 kilómetros de anchura y muy despoblada separaba los dominios de los comanches de la frontera meridional de la Comanchería.^[92]

Con la destrucción de la misión de San Lorenzo, la estrategia de la frontera de Texas llegó a un punto muerto. Sin embargo, como venía siendo habitual, fue necesaria una intervención exterior para imprimir un nuevo rumbo a políticas y

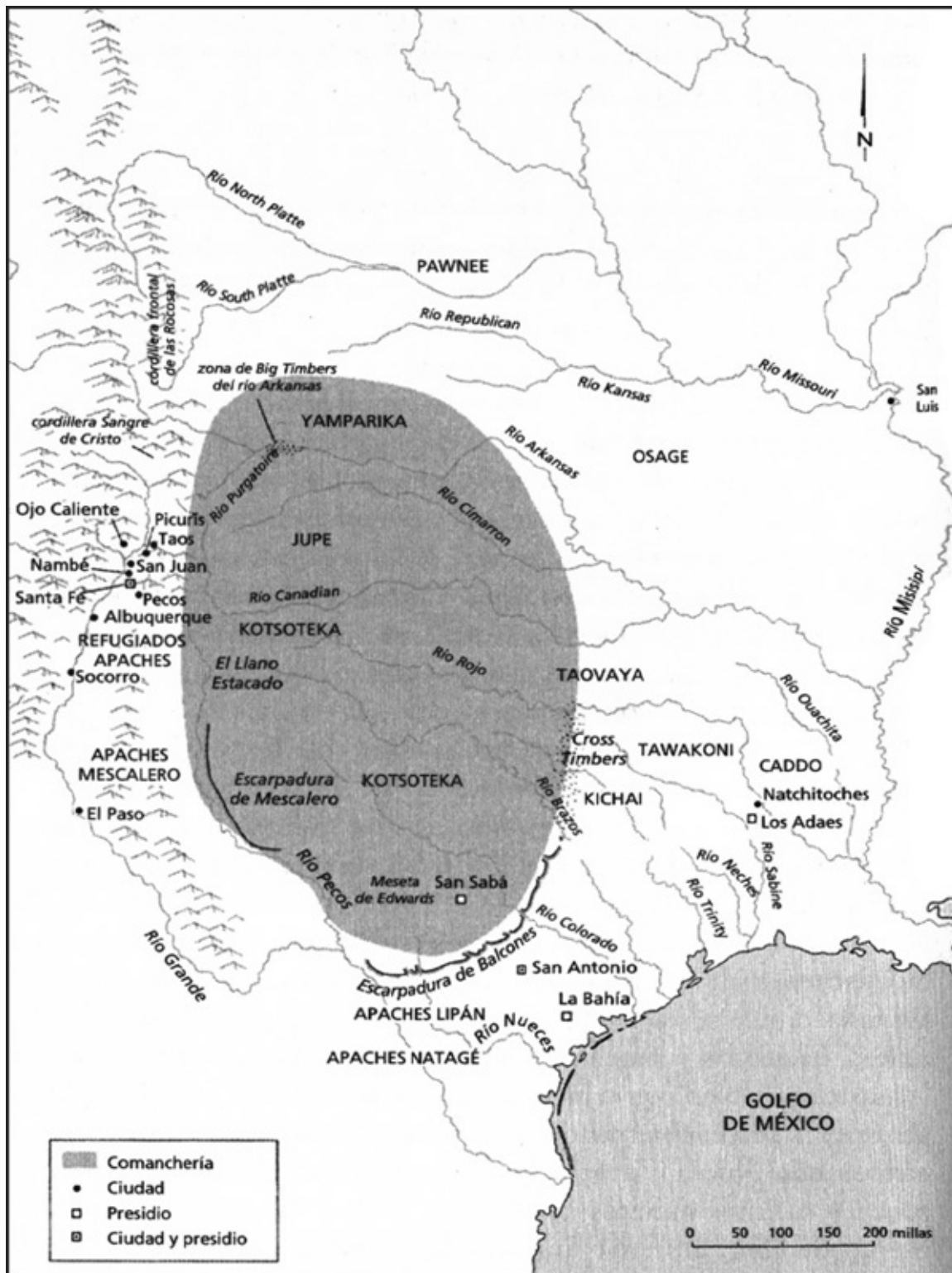
prácticas consolidadas. La intervención llegó en 1767, cuando el marqués de Rubí amplió a Texas su célebre gira de inspección de dos años por las defensas fronterizas de Nueva España. Al igual que hiciera Pedro De Rivera en Nuevo México cuarenta años antes, Rubí encontró en Texas una colonia maltrecha y en exceso dispersa que se desvivía bajo la presión comanche. Descubrió que los comanches y sus aliados «rodeaban nuestros asentamientos, que están mal situados, son endebles e incapaces [...] de oponer resistencia a un torrente de enemigos que, sin duda, destacan por su fuerza y su número». Y, al igual que De Rivera, Rubí proponía soluciones drásticas. Decidido a acabar con «la credulidad y la indulgencia avergonzada» de las autoridades de Texas mediante una dosis fuerte de *realpolitik*, los instaba a buscar la paz con los poderosos comanches y a deshacer la «desgraciada» alianza con los apaches lipán, que no hizo más que provocar las agresiones de los comanches contra Texas. Rubí aconsejaba que, si era necesario, Texas considerara la posibilidad del «exterminio total» de los lipán, que habían adoptado la práctica de los asaltos en el sur de Texas mientras «nos alimentan con una amistad embustera y un supuesto deseo de someterse».^[93]

Las propuestas de Rubí no recibieron el beneplácito oficial de la corona hasta 1772, pero las autoridades de Texas las pusieron en práctica de inmediato. En 1769, por recomendación de Rubí, suprimieron de una vez por todas el presidio del río San Sabá y adoptaron una política de conciliación con los comanches. Mucho después de aquello, los españoles empezaron a concebir sus territorios fronterizos de las llanuras como un mundo bipolar en el que había dos grandes potencias, los comanches y España, donde no quedaba espacio alguno para la renqueante nación apache.^[94]

«Es innegable que, algún día, tendremos por vecinas a las naciones del Norte; ya se están acercando a nosotros», advertía Rubí en 1768 para defender la desaparición de los apaches de las llanuras que separaban Texas de la Comanchería, en expansión. La advertencia de Rubí era tan pertinente como anticuada: en el momento en que redactó su informe, los comanches ya habían llegado a la frontera de Texas y sus dominios adquirirían una envergadura asombrosa.

Con los apaches lipán vencidos y en fuga, los comanches controlaban casi la totalidad de las llanuras meridionales, que flanqueaban y cercaban la frontera septentrional de España casi en la totalidad del arco que formaba. El oeste de la Comanchería, territorio de los comanches yamparika, jupe y kotsoteka, presionaba en Nuevo México desde Taos hasta Albuquerque. Por el Este, dominio sobre todo de los kotsoteka, tan solo les separaba un día de viaje de San Antonio, el núcleo demográfico más importante de Texas. Más que la sede de un gran proyecto colonizador, San Antonio había acabado por convertirse en la primera línea de una frontera española que había cedido en la zona central y se había desplegado en torno a la Comanchería.

Además, la colonización comanche había desplazado a millares de apaches desde las Grandes Llanuras hacia el sur y el oeste del río Grande, donde se habían unido a otros grupos apaches para asaltar aldeas, haciendas y ranchos españoles. A mediados del siglo XVIII, los apaches habían construido un territorio de guerra inmenso que abarcaba 1.200 kilómetros desde el norte de Sonora hasta Coahuila, atravesando Nueva Vizcaya, lo que planteaba una amenaza grave para los distritos mineros del norte de Nueva España. El objetivo último de Rubí era crear una frontera septentrional sólida entre Nuevo México y Texas pero, a finales de la década de 1760, las colonias gemelas se habían convertido en unas franjas estrechas y aisladas, embutidas entre dos dominios indígenas en rápida expansión. De hecho, si las tropas y los viajeros españoles querían ir a Santa Fe desde San Antonio, tenían que enfilear hacia el *sur* y dar un rodeo a través de Saltillo, al sureste de Coahuila, y El Paso, en el curso medio del río Grande, para llegar a su destino bordeando con cuidado la recién fundada Comanchería y la Apachería, trasladada allí.^[95]



2. La Comanchería en la década de 1760. Mapa de Bill Nelson.

Cuando las autoridades españolas repararon de repente en la nueva realidad geopolítica, y cuando los oficiales de Texas y Nuevo México comparaban el asombroso éxito de su rival indígena con sus fracasos a la hora de extender la autoridad española hacia el interior de América del Norte, los comanches y su campaña colonizadora se convirtieron en objeto de análisis minucioso. A juicio de muchos observadores, analizar el ascenso de los comanches desde las tinieblas hasta

la hegemonía regional suponía también un ejercicio de autocrítica espantoso. En el extremo septentrional, más que en cualquier otro lugar, los españoles no habían logrado el requisito esencial de su proyecto colonial: impedir la difusión a gran escala de la tecnología europea entre los indios no conquistados y no sedentarios. En toda la frontera septentrional, desde Nuevo México a Texas, los colonos españoles se enfrentaban a los comanches, que combatían a caballo, con mosquetes de chispa y lanzas con punta de metal, utilizando tecnología española para contener el imperialismo español. Ese revés tecnológico y militar, unido a la supuesta crueldad intrínseca de los comanches, explicaba su ascenso en la mente de los españoles. En 1778, De Miera y Pacheco ofreció una valoración rutinaria en una serie de leyendas de mapas. «Esta nación es muy belicosa y cruel», decía una de las leyendas para describir a los comanches, mientras que otra presentaba la colonización comanche de las llanuras meridionales como una conquista militar épica: «Consiguieron caballos y armas de hierro, y han adquirido tal destreza en el manejo de ambos que superan a todas las naciones en agilidad y valor. Se han convertido en los señores de la tierra de los bisontes, arrebatándosela a la nación apache, que antaño fuera la más extendida de todas las [naciones indígenas] conocidas en América. Han destruido muchas naciones [apaches] y, las que perviven, han avanzado hacia las fronteras de las provincias de nuestro Rey».^[96]

Este tipo de descripciones refleja una verdad obvia: los comanches eran guerreros más diestros que habían igualado y superado a los españoles en el combate a caballo. Sus ataques guerrilleros veloces y amplios, perfeccionados durante las guerras prolongadas contra los apaches, sembraban confusión entre colonos y soldados españoles, que preferían luchar en lugares cerrados y en formaciones muy disciplinadas. Dada su extraordinaria movilidad, los comanches podían atacar por sorpresa y distraer e inutilizar al enemigo con cargas individuales, en apariencia desorganizadas, para interrumpirlas de inmediato y lanzarse al galope decenas de kilómetros hasta llegar a un lugar seguro. Si los perseguían, se dispersaban por praderas sin sendas obligando a sus perseguidores a tener que escoger entre múltiples blancos. Pero las explicaciones que solo subrayan la capacidad de combate en bruto soslayan un aspecto fundamental: la abrumadora fuerza militar de los comanches nacía de un núcleo económico, social y cultural dinámico. Bajo la imagen marcial había un pueblo con mucha capacidad de adaptación, que incorporaba innovaciones con decisión y se reinventaba a sí mismo continuamente.

El complejo de poder de los comanches era mucho más que una creación militar; era también (en realidad, sobre todo) una construcción política. La colonización de las llanuras meridionales fue una empresa militar fundada en una diplomacia astuta y pragmática. Mientras las atravesaban, forjaron una serie de alianzas estratégicas que reforzaron su poderío al tiempo que dejaban a sus competidores indefensos y divididos. Derrotaron a los apaches y a sus aliados españoles en varias guerras sucesivas, y en todas ellas lucharon junto a aliados poderosos. Mantuvieron su

prolongada alianza con los ute durante décadas, hasta que la abandonaron en la de 1750, cuando el derrumbamiento de la resistencia apache en el Llano Estacado restó valor a los ute como aliados y los convirtió en rivales. Aprovechando las fisuras entre los colonos españoles y sus súbditos, alimentaron lazos estrechos con los taoseños, que les suministraron caballos y armas aun cuando Nuevo México y los comanches estuvieran librando una guerra declarada. En dos ocasiones, a principios de la década de 1750 y de la de 1760, los comanches también negociaron tratados de paz muy favorables con Nuevo México, combinando la persuasión de la diplomacia con la amenaza de violencia para obligar a los españoles a modificar su política fronteriza paternalista y agresiva y adoptar un enfoque más acomodaticio.

La cumbre de la diplomacia comanche fue la arrolladora red de alianzas que establecieron a principios de la década de 1750 con los taovaya, los pawnee skidi y chaudi, los tonkawa, los hasinai y la Louisiana francesa. Ese conjunto de alianzas hizo que la incipiente Comanchería dejara de ser un entorno aislado y militarizado para convertirse en un punto de enlace de infinidad de rutas comerciales, al tiempo que marginaba desde el punto de vista político y comercial a los apaches y los españoles. Les permitió acceder a armas de fuego, pólvora, plomo y otros bienes europeos, así como enfrentar a los españoles contra sus rivales franceses. También les permitió poner en marcha grandes campañas militares multinacionales, que aplastaron los restos de resistencia apache y obligaron a Nueva España a aceptar un nuevo orden geopolítico en sus territorios fronterizos septentrionales.

Pero el ascenso de los comanches también hundía sus raíces en la economía: había una relación directa entre la expansión territorial y la fuerza productiva. Como primer pueblo de las llanuras que se entregó por entero al nomadismo y la caza a caballo, los comanches disfrutaron de una ventaja decisiva: lograron explotar más a fondo que cualesquiera de sus competidores las vastas reservas bioenergéticas almacenadas en las manadas de bisontes de las llanuras. Al reinventarse a sí mismos como cazadores a caballo de bisontes, simplificaron e intensificaron su economía de forma espectacular; pocas sociedades en la historia han dependido de un modo tan absoluto de una única fuente de alimento, y pocas como la de los comanches de principios del siglo XVIII han experimentado un incremento tan acelerado de la ingesta total de calorías. A su vez, hizo posible un crecimiento demográfico rápido y sostenido, el factor individual más importante de los subyacentes a la «comanchización» de las llanuras meridionales.

Aunque el conflicto entre comanches y apaches estuvo salpicado de varias treguas, fue una guerra de desgaste interminable, de medio siglo de duración, en la que los vínculos entre demografía, producción y poderío militar acabaron siendo cada vez más pronunciados. Allá donde el crecimiento demográfico apache se estancaba y descendía en picado, el número de comanches aumentaba con rapidez y absorbía incluso una cifra de bajas importante. Padecieron bajas de guerra reiteradas y devastadoras (las más notables, en 1747, 1751 y 1761, cuando las tropas españolas

libraron combate con grupos de guerreros que viajaban con familias y se enfrentaron en batallas campales) y, pese a todo, el crecimiento demográfico se mantuvo sin merma. Según una estimación (probablemente a la baja), en 1726 había mil quinientos comanches; pero parece ser que en 1750 su población superaba los diez mil y, seguramente, se aproximaba a los quince mil. Para los apaches, la invasión de los comanches debió de parecer una marea humana irrefrenable que crecía, inundaba las llanuras meridionales y barría su forma de vida con la mera fuerza de su inercia. [97]

Pero, si el modo de vida ecuestre pleno ofrecía ventajas económicas, demográficas y militares tan evidentes, ¿por qué lo adoptaron solo los comanches? ¿Por qué los apaches siguieron aferrándose a sus campos de cultivo y sus aldeas, incluso después de que quedara patente que esa firmeza iba sumiendo en el olvido a su civilización de las llanuras? Parte de la respuesta reside, al menos, en la trayectoria evolutiva divergente de ambos grupos, así como en las diferencias resultantes en la actitud hacia las innovaciones y el cambio cultural. Cuando estallaron las guerras entre comanches y apaches a principios del siglo XVIII, los apaches atravesaban un largo proceso de transformación de sí mismos en pueblo agrícola. Iniciado a caballo entre los siglos XVI y XVII, había adquirido un impulso considerable a principios del siglo XVIII. Para entonces, el complejo agrícola (su ciclo anual peculiar, las labores, las relaciones sociales, las creencias y las ceremonias) había calado hasta el corazón mismo de la cultura apache, lo que hacía casi inconcebible el retorno al nomadismo y la caza. Las presiones políticas externas reducían el espectro de posibilidades de los apaches, pues todas las ofertas de ayuda militar española contra las arremetidas de los comanches estaban supeditadas a que abandonaran las cacerías ocasionales, se asentaran de una vez por todas y se convirtieran en agricultores a tiempo completo. [98]

Por el contrario, para los comanches, la transición hacia el modo de vida ecuestre apenas supuso esfuerzo. Desde una perspectiva muy general, el modo de vida ecuestre solo representó para ellos una etapa más de un continuo evolutivo acelerado que los había visto emigrar desde las llanuras centrales hasta el sur de las Rocosas y, en el lapso de pocos años, dejar de ser cazadores de a pie que utilizaban piedras y huesos para convertirse en asaltantes, cazadores de esclavos y de ganado y comerciantes a caballo, equipados con armas de fuego y metales, que hacían incursiones en los territorios fronterizos españoles. Ante este telón de fondo, la transición al nomadismo a caballo en las llanuras meridionales no supuso tanto una revolución cultural como una fase más de una gran carrera adaptativa. Ya moldeados por una migración arrolladora, los comanches ingresaron en las llanuras meridionales siendo un pueblo con una capacidad de adaptación extraordinaria y dispuesto a aprovechar al máximo las posibilidades del modo de vida ecuestre.

Así pues, en última instancia, las maniobras ecuestres deslumbrantes y los ataques guerrilleros temibles que dispararon la imaginación de la época eran, sencillamente,

aplicación del abrumador poderío económico y demográfico que obtuvieron mediante una capacidad de adaptación muy versátil. Athanase de Mézières, un funcionario de carrera francés, y posteriormente español, que presenció en primera fila la transformación de las relaciones de poder en las llanuras meridionales, lo percibió en 1770. En lugar de resaltar la destreza militar como elemento esencial del ascenso de los comanches, enumeró rasgos económicos más prosaicos, que abarcaban desde la fuerza de sus miembros y la independencia económica hasta los pastos y la envergadura de sus manadas. A su juicio, la conquista comanche de las llanuras meridionales fue un caso de imperialismo demográfico y económico. Concluyó que los comanches «se extienden desde el gran río Missuris hasta las inmediaciones de los presidios fronterizos de Nueva España. Son un pueblo tan numeroso y altivo al que, cuando se le pregunta su número, no encuentra obstáculo para compararlo con el de las estrellas. Son tan hábiles en el manejo del caballo que no tienen igual; tan temerarios, que jamás piden ni conceden treguas; y poseen un territorio tan vasto que, encontrando en él abundancia de pasto para sus caballos y un extraordinario número de cabezas de ganado para proveerse de vestido, alimento y abrigo, solo les falta poseer todas las comodidades de la tierra, y no tienen necesidad alguna de codiciar el comercio que ansían los indios de otras tribus, a quienes califican de esclavos de los europeos y desprecian».^[99]

II

EL NUEVO ORDEN

En febrero de 1763, las grandes potencias mundiales se reunieron en París para desenmarañar el caos general que habían creado. La cumbre se convocó para poner fin a la virulenta Guerra de los Siete Años, que había assolado tres continentes durante ocho años, pero acabó suponiendo una reordenación imperial a una escala sin precedentes. Humillada tras una serie de derrotas, Francia cedió todas sus posesiones en América del Norte y vio cómo su imperio quedaba reducido a unas cuantas islas azucareras de las Antillas menores, unas diminutas bases pesqueras frente a Terranova y un punto de apoyo en Guyana. Gran Bretaña, cuyo ejército y marina habían cosechado victorias desde Manila hasta Montreal, obtuvo Canadá, Granada y Senegal, con lo que emergió como imperio colonial más sobresaliente del mundo. España, la última que se incorporó a la guerra, había sufrido, una tras otra, derrotas humillantes como aliada de Francia; pero dos transacciones entrelazadas le permitieron ensanchar de hecho su presencia imperial en América del Norte. Cedió Florida a Gran Bretaña en París, pero compensó la pérdida con el Tratado de Fontainebleau de 1762, por el que obtenía Louisiana de manos de Luis XV, que estaba deseando librarse de aquella colonia que tanto dinero le costaba. Y así, mediante unas cuantas incisiones superficiales de cirugía diplomática, América del Norte remozó su rostro imperial. Nueva Francia desapareció, los dominios británicos se expandieron hacia el Norte, el Sur y el Oeste, y la frontera española se desplazó hacia el Este. El intrincado mosaico colonial de antaño fue sustituido por una división entre el Este, británico, y el Oeste, español, que guardaba simetría con el eje que formaban las aguas del Misisipí.

El Tratado de París remodeló el equilibrio de poder mundial y racionalizó la Norteamérica colonial, pero sus creadores adolecieron de cierta estrechez de miras. Al reconocer derechos sobre tierras tan solo a los estados-nación europeos, ignoraron de plano la realidad del poder indígena sobre el terreno. Las naciones indias de la zona de los Grandes Lagos y el Territorio de Ohio criticaban con aspereza el nuevo orden e insistían en que los franceses no tenían ningún derecho a entregar a Gran Bretaña tierras que se encontraban bajo el control de los indios. Así pues, los británicos provocaron un levantamiento generalizado de todos los indios, la Rebelión de Pontiac, al afirmar que poseían la totalidad de la mitad oriental de América del Norte, tratar a los indios como súbditos conquistados y construir fuertes sin autorización en sus territorios.^[1]

En el Sudoeste, donde España obtuvo derechos nominales sobre inmensas zonas del interior, se exhibieron un desprecio y desdén similares hacia la presencia y el poder indígenas. Al mismo tiempo que Gran Bretaña y Francia habían ganado y

perdido derechos coloniales por toda América del Norte durante las guerras entre franceses e indios, los comanches habían concluido una arrolladora campaña de conquista que, a principios de la década de 1760, los convertía en los amos de la totalidad de las Grandes Llanuras del Oeste, al sur del río Arkansas. Cuando, en 1762, Luis XV entregó Louisiana a Carlos III, la transferencia fue, en realidad, imaginaria. Desde la perspectiva europea, el tratado otorgaba a España todas las tierras comprendidas entre el valle del Misisipí y el río Grande, pero las posesiones españolas fehacientes constituían un mero ribete comparado con una entidad geopolítica mucho mayor, la Comanchería, que se extendía casi mil kilómetros al norte de Texas y más de seiscientos al este de Nuevo México.

Ignorando la realidad y las advertencias hechas por el marqués de Rubí y otras autoridades de fronteras acerca del auge del poder de los comanches, los legisladores españoles se dispusieron a crear un dominio colonial cohesionado con sus recién ampliadas posesiones norteamericanas. Adornando su política fronteriza con estrategias al estilo francés, se movilizaron para pacificar y, en última instancia, asimilar a los *indios bárbaros*^[*] de las llanuras del interior mediante tratados y comercio.^[2] Pero, como las autoridades españolas no consiguieron tomar conciencia del ascenso de los comanches, las tentativas estaban llamadas a fracasar. Ignorados y subestimados de forma generalizada, los comanches prosiguieron con una expansión que ya duraba décadas, pero con un conjunto de aspiraciones nuevas. Si el objetivo anterior había sido colonizar las praderas meridionales de las Grandes Llanuras, en las que abundaba la caza, ahora pasaron a moldear a su gusto las regiones circundantes (Nuevo México, Texas, el curso bajo del Misisipí y el norte de las Grandes Llanuras). A finales de la década de 1770, menos de veinte años después de la firma del Tratado de París, el sistema imperial de España en América del Norte se había quedado hueco. En lugar de que Nueva España asimilara las llanuras meridionales al cuerpo de su imperio, los comanches habían reducido los territorios fronterizos españoles a una zona interior de su propio sistema imperial.

En 1762, el año en que España recibió el vasto territorio situado entre el valle del Misisipí y río Grande mediante el Tratado de Fontainebleau, el reino español de Nuevo México inició relaciones para establecer un acuerdo con los comanches yamparika, jupe y kotsoteka, que constituían la poderosa rama occidental de la nación comanche. Según los españoles, ambos tratados se complementaban a la perfección. El de Fontainebleau otorgaba a España derecho nominal sobre la franja central meridional de América del Norte, mientras que el de los comanches convertía los pueblos que ocupaban esas tierras en aliados fieles de España. Tomás Vélez de Cachupín, gobernador de Nuevo México y firmante del tratado con los comanches, articuló de forma sucinta la interpretación que hacían los españoles: el acuerdo vinculaba a los comanches al imperio español como vasallos dóciles del rey.^[3]

Tanto optimismo no carecía de justificación. La expulsión de Francia puso fin al contrabando y la planificación política franceses en las llanuras meridionales, lo que concedió a los españoles mayor influencia sobre la región y los habitantes indígenas. Además, Nuevo México era ahora para los comanches la única fuente fiable de artículos europeos, y las autoridades españolas tenían motivos para esperar que la dependencia se tradujera en obediencia. La obediencia era la clave de las aspiraciones imperiales de España. En el interior de las praderas no había asentamientos españoles, pero si las autoridades españolas podían dar órdenes a los comanches occidentales, podían afirmar también que controlaban vastas llanuras meridionales. Según el esquema de los españoles, los comanches eran amos de las llanuras meridionales y, los españoles, los amos de los comanches.

Pero aquella imagen imperial de grandiosidad se basaba en una ilusión, pues la presunción de obediencia comanche demostró ser prematura. Los comanches habían firmado el acuerdo de 1762 confiando en recibir presentes y protección de los españoles, pero se negaban a asumir restricciones sobre su autonomía y siguieron buscando aliados y relaciones comerciales en todos los lugares posibles. Y así, en lugar de fusionarse con Nuevo México como subordinados, los comanches occidentales iniciaron a finales de la década de 1760 una expansión diplomática y comercial enérgica en las Grandes Llanuras, donde establecieron una red comercial y alianzas de gran alcance que, en aquella época, dejaban pequeños los acuerdos imperiales de España en el centro de América del Norte. Sustentados por una riqueza y poder crecientes, los comanches se soltaron de la garra económica de Nuevo México y, luego, declararon la guerra.

La reorientación de la política exterior comanche descansaba en la posición geoestratégica central que ocupaba la cuenca alta del Arkansas, el corazón de los primeros tiempos de la Comanchería. Ese territorio, un nicho de caza soberbio rodeado por dos grandes zonas agrícolas (el valle del río Grande y las praderas meridionales), estaba muy bien dotado para adquirir relevancia comercial. Los comanches habían aprovechado la posición central del Arkansas desde la década de 1740, cuando establecieron lazos comerciales con los taovaya y los franceses en el Este. Sin embargo, a partir de la década de 1760, centraron cada vez más sus actividades comerciales en las llanuras centrales y septentrionales, donde la difusión del caballo había renovado las oportunidades mercantiles.

La extensión de la frontera equina por las Grandes Llanuras revelaba otra ventaja natural adicional de la cuenca alta del Arkansas: marcaba el límite septentrional de la cría intensiva de caballos en las praderas continentales. Para los caballos, el clima se tornaba cada vez más adverso al norte del río Arkansas, notablemente duro al norte del río Platte y abiertamente hostil por encima del Missouri. Los inviernos largos y fríos del Norte se cobraban muchas víctimas entre los potrillos y las yeguas preñadas, y las ventiscas despiadadas podían congelar vivos literalmente a manadas enteras de caballos. Estas penalidades dejaban a la mayor parte de las tribus septentrionales en

situación de escasez crónica de caballos: al norte del valle del Arkansas solo unos cuantos grupos lograron acumular suficientes animales para satisfacer las necesidades básicas de caza y transporte. Sin embargo, al sur del Arkansas, los inviernos eran considerablemente más suaves e imponían pocas limitaciones a la cría de animales. Eso significaba que los comanches occidentales podían criar caballos con relativa facilidad para exportarlos después a una inmensa región con un déficit perenne, prerrogativa que les otorgó un poder comercial que, en las llanuras, solo rivalizaba con las célebres aldeas comerciales de los indios mandan y los hidatsa, en el curso medio del Missouri.^[4]

Cuando, a mediados del siglo XVIII, los diversos grupos indígenas de las llanuras centrales y septentrionales obtuvieron sus primeros caballos, empezaron a mirar enseguida hacia el Sur, a la Comanchería, para incrementar sus manadas. En el transcurso de las décadas de 1760 y 1770, los comanches occidentales incorporaron muchos de estos grupos a un círculo de intercambio en expansión. Iniciaron relaciones comerciales con los pawnee, los cheyenne y los kiowa, que ocupaban las llanuras occidentales entre el río Arkansas y las Black Hills [Colinas Negras]; y con los pueblos agrícolas ponca, kansa e iowa del curso bajo de los ríos Missouri, Kansas y Des Moines. Como se habían convertido hacia poco al modo de vida ecuestre, todos estos grupos ansiaban caballos y estaban dispuestos a recorrer cientos de kilómetros para obtenerlos en el valle del Arkansas. Incluyeron estas travesías comerciales en sus expediciones semestrales y viajaban por caminos establecidos que les llevaban desde los ríos Republican y Kansas hasta el Gran Recodo del Arkansas, al que solo había unos cuantos días de viaje desde la zona de Big Timbers, el territorio de acampada predilecto de los comanches occidentales.^[5]

Mientras ampliaban su alcance comercial a las llanuras septentrionales, los comanches occidentales siguieron comerciando activamente en los demás frentes. Visitaron las ferias de Taos y restablecieron los lazos con los wichita, que se habían roto en 1757 cuando los taovaya huyeron del río Arkansas. Dirigiéndose ahora hacia el oeste de la Comanchería desde sus nuevas aldeas junto a los ríos Rojo y Brazos, los taovaya intercambiaban tanto productos agrícolas como armas de fuego de primera calidad, que obtenían a través de contrabandistas británicos que actuaban de forma generalizada en los numerosos destacamentos británicos que aparecieron en la ribera oriental del Misisipí a partir de 1763. Como ejemplo emblemático del volumen de estos intercambios, puede decirse que, en una única transacción realizada en 1768, una partida comercial taovaya vendió a los comanches occidentales el cargamento de diecisiete caballos abarrotados de armas de fuego. El comercio a tres bandas entre taovaya, comanches y británicos creció con fuerza hasta bien entrada la década de 1770. Según una descripción española de 1776, los comanches occidentales recibían de los taovaya grandes cantidades de mosquetes, pistolas, municiones, hachas de hierro y utensilios de metal, quienes, a su vez, los adquirían en el curso bajo del Misisipí. Los comanches también comerciaban con los mercaderes franceses de la

Louisiana española, que se aprovechaban de los poco rigurosos controles de la frontera colonial y siguieron aventurándose hasta las llanuras del Oeste. A finales de la década de 1760, un observador español exasperado decía que «los franceses acuden a las rancherías [de los comanches occidentales] y viven allí varios años».^[6]

En el transcurso de las décadas de 1760 y 1770, los comanches occidentales convirtieron la cuenca alta del Arkansas en el nodo central de una red comercial de múltiples vertientes que unía gran cantidad de pueblos y mercados. Absorbiendo el comercio de varias regiones económicas y ecológicas diferenciadas, erigieron una estructura importadora excepcionalmente global. A cambio de caballos y mulas, recibían manufacturas (armas de fuego, pólvora, munición, puntas de lanza, cuchillos, teteras y confecciones) de cinco mercados coloniales: de la Canadá británica, a través de las aldeas mandan e hidatsa y de intermediarios pawnee y cheyenne; de Illinois (o la Alta Louisiana española), a través de intermediarios kansa, ponca, iowa y kiowa; de la Baja Louisiana española y el oeste de la Florida británica a través de comerciantes franco-españoles ambulantes o de los taovaya; y del Nuevo México español, a través de Taos. Con este intercambio de ganado y manufacturas se entrelazaba un comercio muy vivo de artículos de subsistencia de producción local. Los indios pueblo, los wichita, los pawnee, los ponca, los kansas y los iowa comerciaban todos ellos con maíz, judías y calabaza a cambio de las suntuosas vestiduras y pieles de bison comanches, de mucha calidad.^[7]

El auge del núcleo comercial de los comanches occidentales en la cuenca alta del Arkansas supuso una transformación profunda de la arquitectura comercial de las Grandes Llanuras y el Sudoeste. Hasta mediados del siglo XVIII, las arterias principales del comercio de larga distancia se extendían a lo ancho e iban desde las aldeas agrícolas de las praderas de hierbas altas del Este hasta el dominio de los cazadores de bisontes de las estepas ralas del Oeste y, desde allí, hasta más allá de las Rocosas. La situación empezó a cambiar con el ascenso de la cuenca alta del Arkansas como principal punto de redistribución de caballos desde el Sudoeste hacia las llanuras centrales y septentrionales. El comercio se reestructuró a lo largo de un eje de Norte a Sur y se reordenó en torno a dos centros de gravedad: las aldeas mandan e hidatsa del curso medio del Missouri y las rancherías de los comanches occidentales de la cuenca alta del Arkansas. Cuando Estevan Rodríguez Miró, el gobernador interino de Louisiana, recopiló en 1785 los conocimientos de las naciones indias del interior acumulados por los españoles, señaló esta reordenación: «toda la riqueza de los indios del Missouri consiste en tener muchos caballos, que obtienen de los laytane [comanches]».^[8]

De esta reestructuración de la geografía comercial se derivaron otros cambios importantes. Uno fue la transformación de la carrera armamentista de los indígenas norteamericanos, que se aceleraba en las Grandes Llanuras. Al principio, en los primeros años del siglo XVIII, los comanches habían quedado en buena medida aislados del floreciente comercio de armamento europeo en el centro del

subcontinente. A las praderas llegaban grandes cantidades de armas de fuego, plomo y utensilios de metal procedentes del Norte y el Este, desde los destacamentos franceses y británicos de Canadá y el valle del Misisipí. Por el contrario, los españoles de Nuevo México y Texas eran reacios a vender armas a los indios, pues temían que pudieran volverse contra ellos si los indígenas se aliaban con Francia o Gran Bretaña para atacar las colonias españolas. Esta disparidad en las pautas de distribución otorgó a las tribus de las llanuras del Norte y el Este una ventaja militar decisiva, que los comanches padecieron con dolor en las primeras guerras con los pawnee y los osage. Pero el auge del núcleo comercial del curso alto del Arkansas permitió a los comanches occidentales liberarse del embargo de armas. Al canalizar infinidad de caballos hacia el norte y el este de las Grandes Llanuras, lograron establecer una afluencia importante de armas de fuego. Alarmadas, las autoridades españolas informaban ya en 1767 de que los comanches occidentales estaban mejor armados que los soldados españoles.^[9]

De hecho, al cabo de poco tiempo, los comanches occidentales habían acumulado tal cantidad de armas de fuego y otras manufacturas que pudieron empezar a exportarlas. Domingo Cabello y Robles, gobernador de Texas, informaba en la década de 1780 de que los comanches occidentales vendían armas de fuego, pólvora, balas, lanzas, ropa, cazos y cuchillos grandes a sus parientes orientales de las llanuras de Texas, quienes, por su parte, les suministraban caballos y mulas, algunos de los cuales intercambiaban con los wichita, los pawnee, los cheyenne, los kiowa, los kansa y los iowa. Además, mediante la inversión de los papeles ordinarios del comercio colonial, los comanches occidentales empezaron a vender armas de fuego y otras manufacturas al Nuevo México español. La primera vez que se menciona este tipo de comercio es en 1760, y lo hace el obispo Pedro Tamarón y Romeral, quien escribió que los comanches vendían mosquetes, escopetas, municiones y cuchillos en Taos. Quince años más tarde, el comercio se había vuelto habitual. Cuando fray Francisco Atanasio Domínguez visitó la feria estival de la ciudad en 1776, quedó sobrecogido por la reservas de exportaciones que almacenaban los comanches, entre las que había ollas de latón, hachas, balas, pólvora, pistolas y «armas de fuego buenas». Domínguez señalaba que el comercio de armas de fuego había acabado por consolidarse lo suficiente como para tener precios fijos: «si venden una pistola, el precio es una brida». A cambio de las valiosas manufacturas, los comanches recibían aparejos de caza y ecuestres especiales, como bridas y *belduques*^[*] unos cuchillos de matanza muy anchos que solo se podían conseguir en Nuevo México. Al parecer, los comanches occidentales estaban creando un flujo de mercancías en muchos ámbitos que les abastecía de artículos de importación básicos, como maíz o caballos, además de otras manufacturas especializadas.^[10]

Pero el comercio inverso de armas y otras mercancías europeas no hace más que apuntar una transformación mucho más profunda de las relaciones entre comanches y españoles: la Comanchería occidental había empezado a sustituir a Nuevo México

como centro sobresaliente del poder económico, político y militar del Sudoeste.

El suelo común de acomodación política y cultural incipiente que habían labrado el gobernador de Nuevo México, Tomás Vélez de Cachupín, y los jefes comanches tras el tratado de 1762, se vino abajo casi de inmediato a partir de 1767, cuando Cachupín abandonó el cargo. El cambio de las relaciones entre comanches y españoles no pudo haber sido más drástico: en la década siguiente, los comanches azotaron Nuevo México con más de un centenar de ataques que convirtieron el valle del río Grande en uno de los lugares más violentos de los albores de Norteamérica.^[11] Combinando pequeñas incursiones relámpago guerrilleras y grandes operaciones de destrucción y saqueo, mataron y apresaron a centenares de colonos, robaron miles de caballos y mulas, despedazaron infinidad de ovejas y cabezas de ganado, y dejaron docenas de aldeas calcinadas y abandonadas. Cuando en 1777 dejó su cargo Pedro Fermín de Mendinueta, el desafortunado sucesor de Cachupín, Nuevo México era una colonia hecha pedazos.

Hasta cierto punto, los españoles eran los únicos culpables de la agitación. El gobernador De Mendinueta carecía del instinto político y la competencia de su predecesor e ignoraba los protocolos sociales y políticos, tan esenciales para mantener la paz con los comanches. De Mendinueta también fracasó a la hora de afianzar los logros de Cachupín en las gestiones entre las naciones vecinas de Nuevo México. Ansioso por pacificar la frontera meridional de la colonia y salvaguardar la Ruta de Chihuahua,^[*] el cordón umbilical que unía Nuevo México con el centro de México pasando por Chihuahua, concentró sus energías en forjar una alianza con los apaches natagé y sierra blanca, dejando que los fundamentales lazos personales con la jefatura comanche se descompusieran. Transcurrido solo un año de su mandato, De Mendinueta había perdido contacto con los comanches y empezaba a dudar de su «fiabilidad». Temiendo que los grupos guerreros comanches invadieran el corazón de Nuevo México desde el norte a través de «la frágil frontera de Ojo Caliente», estacionó cincuenta soldados en las montañas de San Antonio, veinticinco kilómetros al norte de Abiquiu y cuarenta al sudoeste de Taos. Fue una maniobra poco meditada que distanció aún más a los comanches. Las tropas ponían en peligro el acceso de los comanches a las ferias de Ojo Caliente, donde comerciaban desde la década de 1730, y debilitaron la situación del norte de Nuevo México como espacio abierto por el que se podía entrar y salir sin trabas.^[12]

A principios de la década de 1770 se produjo un cambio de ambiente que exacerbó una situación ya inestable de por sí. La primavera de 1771, después de tres años de aumento continuo de los asaltos, De Mendinueta logró negociar una tregua con los comanches occidentales, lo que concedió a Nuevo México un respiro muy necesario. Pero entonces, una sequía muy prolongada asoló el Sudoeste causando muchos perjuicios a Nuevo México y poniendo a prueba una paz delicada. Como no

llovía y se perdían las cosechas, los agricultores de los indios pueblo se mostraron reacios a compartir sus reservas, cada vez menores, con los comanches que, a su vez, desencadenaron una de las dinámicas más antiguas de las relaciones entre cazadores y agricultores en el Sudoeste: como eran incapaces de obtener lo que necesitaban mediante el trueque, se dedicaron al saqueo. La tregua de De Mendinueta no duró más que los primeros meses secos del verano de 1772.^[13]

Pero los impulsos que alimentaban con más contundencia los saqueos de los comanches en Nuevo México se derivaban de su ascenso comercial en las llanuras. No era casualidad que la guerra de asaltos estallara en el mismo momento en que los comanches occidentales convirtieron la cuenca alta del Arkansas en un núcleo comercial de primer orden para el Norte. Los mercados de caballos de las llanuras septentrionales, aparentemente ilimitados, produjeron una demanda insaciable de caballos del Sur, que los comanches occidentales trataron de atender casi en solitario robando reservas de Nuevo México. Además, las nuevas alianzas comerciales abastecían a los comanches de un amplio abanico de mercancías europeas, que reducían su dependencia de los mercados de Nuevo México y les permitían asaltar la colonia sin temer las sanciones comerciales de España.

Los ataques comanches a las manadas de caballos españolas y de los indios pueblo a finales de la década de 1760 y en la de 1770 generaron la primera de las muchas oleadas de transferencias generalizadas de propiedades que marcaron las relaciones entre los comanches y la colonia a mediados del siglo XIX. Según un censo oficial, en 1757 Nuevo México poseía más de siete mil caballos; pero, a mediados de la década de 1770, los asaltantes comanches habían trasladado la gran mayoría de esa riqueza animal a sus campamentos y circuitos comerciales. En 1775, De Mendinueta afirmaba que Nuevo México no disponía de caballos suficientes para defenderse con eficacia y suplicaba al virrey que le enviara mil quinientos animales desde Nueva Vizcaya para que «no cundiera la desolación». Un consejo real celebrado en Ciudad de México aprobó de inmediato la petición pero, por razones que desconocemos, el virrey no pudo enviar los animales. Un año después, se consideraba que los soldados de Nuevo México eran «inútiles» porque no tenían caballos suficientes para organizar siquiera expediciones de castigo simbólicas.^[14]

Mientras tanto, en la Comanchería abundaban los caballos. En las décadas de 1770 y 1780, muchas rancherías de comanches occidentales poseían más de dos caballos por persona, lo que representa un excedente sustancial, puesto que los nómadas de las llanuras necesitaban solo un promedio de uno por persona para satisfacer las necesidades básicas de caza y transporte. Una familia de comanches occidentales compuesta, por ejemplo, por ocho miembros, necesitaba uno o dos caballos corredores para cazar y guerrear, de tres a cinco animales de paseo para las mujeres y niños, y dos o tres caballos de carga para transportar el tipi y demás pertenencias. Era probable que una familia así poseyera unos ocho animales adicionales, con los que podía comerciar en cualquier momento.^[15]

La pujante abundancia de caballos reforzaba el poderío comercial de los comanches occidentales, pero también les daba otro motivo adicional para asaltar Nuevo México: tomar prisioneros. Las manadas de caballos que tan rápidamente aumentaban, junto con los posibles efectos demográficos negativos de los años de sequía, incrementaron la demanda en la Comanchería de mano de obra de importación. Como la mayoría de las aldeas apaches se habían replegado río Grande abajo, lejos del alcance de la Comanchería, los comanches recurrieron a Nuevo México. La frontera con Nuevo México se convirtió en una frontera de esclavos. En muchos de los asaltos documentados a Nuevo México, los comanches tomaban o trataban de tomar prisioneros, por lo general mujeres y niños que trabajaban en el campo o atendían el ganado. Algunos cautivos eran devueltos a Nuevo México a cambio de un rescate (en 1780 la administración española creó un fondo formal de *limosna*^[*] para facilitar los rescates), y otros se vendían a los wichita, los pawnee o los franceses. Pero los comanches también absorbían gran número de prisioneros como mano de obra para que ejercieran de pastores de caballos o curtidores, con lo que iniciaron un proceso que, a principios del siglo XIX, vería emerger en la Comanchería una economía esclavista a gran escala.^[16]

A finales de la década de 1770, Nuevo México empezó a desintegrarse bajo el peso de la violencia comanche. El efecto conjunto de los asaltos y la sequía minó la energía de la colonia y la empujó a un declive pronunciado. En 1766, Nicolás de Lafora, el ingeniero de la expedición del marqués de Rubí, había imaginado que Nuevo México sería una «barrera impenetrable» contra los indios hostiles»; pero, tan solo una década después, esta colonia de España en América del Norte, la más poderosa, había quedado reducida a un territorio cautivo donde unos soldados sin caballos observaban pasivamente y frustrados cómo los asaltantes comanches destruían ciudades y saqueaban ranchos, y donde los colonos empobrecidos se sustentaban con pellejos asados, zapatos viejos y «la piel de los arzones». Las costumbres tradicionales de los colonos se vinieron abajo cuando la violencia y el terror arraigaron en familias y comunidades enteras. En 1776, cuando los comanches irrumpían en la colonia «desde todas partes», los habitantes de Nuevo México vivían «tan aterrorizados, que siembran la tierra fugazmente y no dejan de ir y venir al lugar en que pueden vivir con menos miedo». Pero encontrar esos remansos era prácticamente imposible en medio de las variables coordinadas del terror: solo en 1777 y 1778, los comanches mataron o apresaron a casi doscientos habitantes de Nuevo México.^[17]

Con el tiempo, cuando las comunidades de colonos se dispersaron y desaparecieron, grandes sectores de Nuevo México quedaron desiertos. A lo largo de un tramo de 160 kilómetros del río Grande desaparecieron infinidad de granjas y aldeas cuando los *residentes*^[*] buscaron despavoridos refugio en Taos, Santa Fe o Albuquerque. La situación era especialmente crítica en una zona delimitada por Picurís, Ojo Caliente, Nambé y Santa Clara. Utilizando el valle de Ojo Caliente como

vía de acceso, los comanches golpearon esta región próspera con ataques incesantes. Los cincuenta soldados que el gobernador De Mendinueta había estacionado cerca de Abiquiu demostraron ser absolutamente insuficientes, pues dejaban las comunidades mixtas de la región «expuestas al sacrificio de inhumanidad e ira de los enemigos». Los colonos empezaron a huir de la región, lo que causó revuelo en Santa Fe. Temiendo que el corazón del norte de Nuevo México quedara vacío, De Mendinueta ordenó a los colonos que reocuparan y reconstruyeran las aldeas si no querían que se les confiscaran las tierras. La amenaza, condimentada con calificativos de «pusilánimes y cobardes» para los colonos que huían, sirvió de muy poco. Los colonos siguieron desapareciendo, arriesgándose a perder sus tierras o, simplemente, renunciando a sus títulos de propiedad. Uno de ellos, Diego Gomes, aducía lo que constituía la razón habitual: cinco de sus parientes habían sido asesinados en «su presencia» y «no había sido capaz de impedirlo». A finales de la década de 1770, la totalidad de la región situada entre el manantial de Ojo Caliente y río Grande estaba desierta, «destruida por comanches hostiles», según se leía en un mapa español. En la ribera oriental del río Grande, las poblaciones periféricas de Las Trampas de Taos, Las Truchas y Chimayó fueron abandonadas y reocupadas en reiteradas ocasiones, lo que paralizó la economía local. Picurís permaneció «aislada y, por consiguiente, indefendible ante las incursiones continuas del enemigo comanche».

Más al Sur apareció otra zona de asaltos reiterados que abarcaba el centro de Nuevo México desde Pecos, en el Este, hasta Jémez, en el Oeste y Tomé, en el Sur. Al igual que en el Norte, los asaltantes comanches buscaban caballos, prisioneros y comida; pero aquí las consideraciones estratégicas imprimieron a las incursiones una intensidad añadida: Pecos, Albuquerque y otras ciudades del centro de Nuevo México seguían manteniendo lazos políticos y comerciales con los jicarilla, los carlana y otras tribus apaches, con lo que provocaban ataques violentos. Peor aún, los comanches no eran los únicos indios que asaltaban el centro de Nuevo México. Mientras ellos presionaban desde el Este y el Nordeste, los apaches mimbrenño y sus aliados, los apaches gileño y los navajo invadían la región desde el Noroeste, el Oeste y el Sudoeste.^[18]

Asediado por enemigos indios, el centro de Nuevo México empezó a ceder. Según un mapa español, en 1779 la frontera y entradas de los enemigos cumanchis^[*] se extendían hasta Pecos y Galisteo, lo que dejaba expuesto el corazón de Nuevo México a los saqueos. Las aldeas pequeñas estaban casi indefensas. Un único asalto en Tomé, provocado según parece por la negativa de uno de sus habitantes a entregar a su hija a un jefe comanche, casi despojó a la aldea de varones. Pero ni siquiera las aldeas fortificadas más grandes podían escapar de la devastación. Pecos, la plaza fuerte del este de la colonia, estaba paralizada y recluida. La aldea estaba rodeada de tierras muy fértiles «por los cuatro costados» pero, según decía fray Domínguez en 1776, los campos «no son de utilidad alguna hoy día porque este pueblo está muy asediado por el enemigo». Los colonos trataban de cultivar maíz en pequeños

terrenos de secano próximos a las murallas de la ciudad, pero la sequía mermaba mucho la cosecha. «Las reducidas cosechas que suele haber no duran siquiera hasta el principio del año siguiente desde el mes de octubre anterior —escribió Domínguez—, de ahí que estos miserables desgraciados se vean zarandeados como una pelota en manos de la fortuna». Pecos, un bastión que tenía casi un millar de habitantes a principios del siglo XVIII, quedó reducido en 1776 a una aldea de un centenar de familias, una docena de caballos y ocho vacas. Al cabo de pocos años solo quedaban ochenta y cuatro familias.^[19]

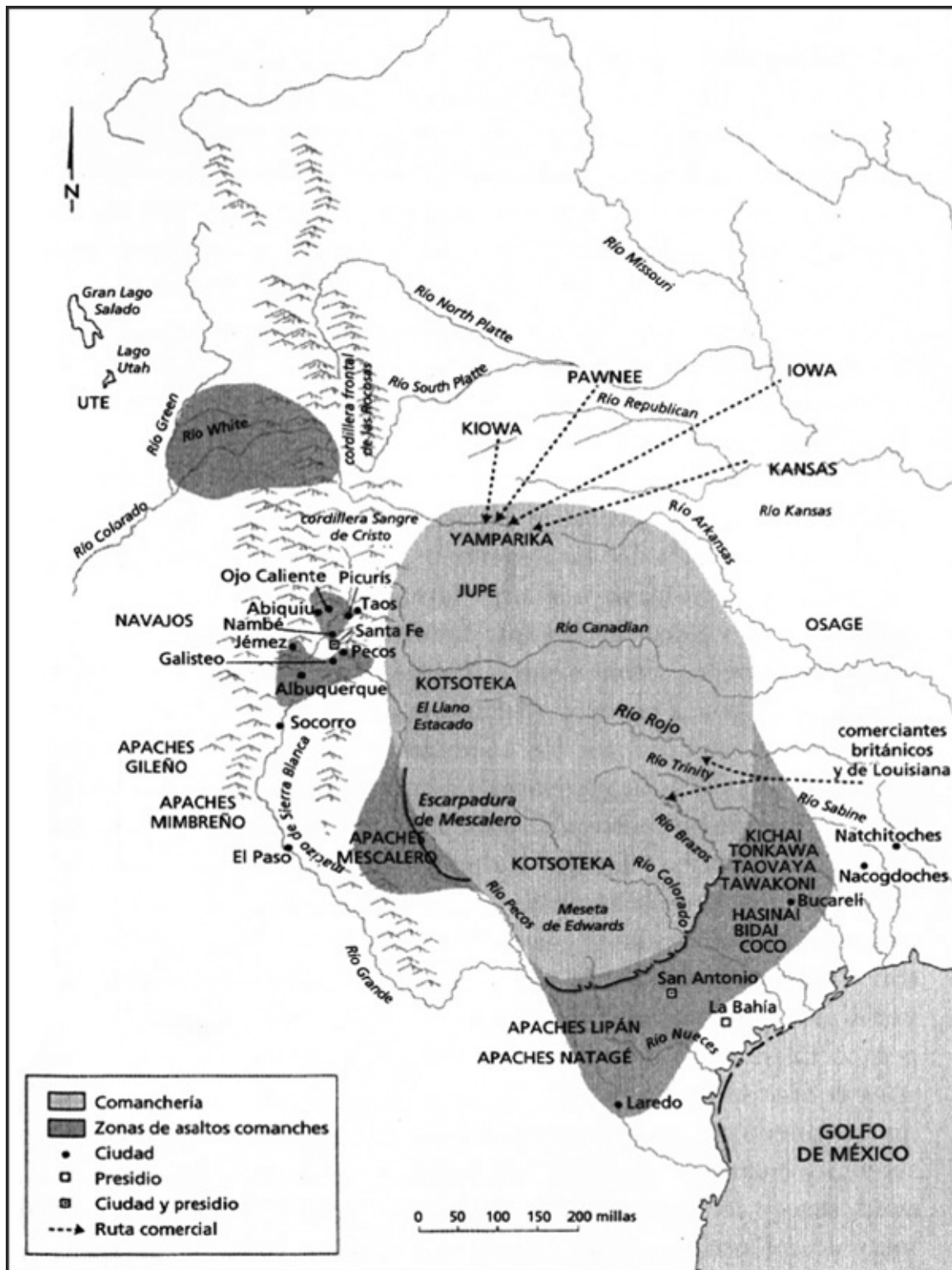
La cercana Galisteo desapareció aún más deprisa. «La mayor parte del año», escribió Domínguez, los habitantes, cansados de la guerra y arruinados por la sequía, «están lejos de su casa; unas veces, solo los hombres; otras, solo las mujeres; a veces, el marido en un sitio, su esposa en otro y los hijos en otro distinto; y así funciona todo. Los enemigos comanches y la hambruna causada por la sequía son los mandatarios que los obligan a prolongar así su existencia. Los primeros han arrebatado la vida a muchos y, ambos, las propiedades y las tierras. La última les impulsa a marcharse». En 1760, ochenta familias llamaban hogar a Galisteo; pero, dieciséis años después, solo quedaban cuarenta y una, que trataban de ganarse la vida sin un solo caballo, ni una vaca. Paralizada, la aldea desapareció de los documentos censales a principios de la década de 1780.^[20]

La respuesta de España a toda aquella devastación fue llamativamente débil. Las dos esferas sometidas a asaltos comanches estaban separadas por un cinturón relativamente pacífico de treinta kilómetros, en cuyo centro se encontraba Santa Fe, con una guarnición manifiestamente incapaz de reprimir la escalada de violencia. El Palacio del Gobernador presentaba su cuota del deterioro creciente que lo rodeaba, y su grotesca decoración imperial (ristras de orejas secas de indios enemigos colgadas en la entrada) era una burla de las pretensiones de dominio español sobre las comunidades indígenas. Por los más de un centenar de asaltos que los comanches lanzaron contra Nuevo México a finales de la década de 1760 y en la de 1770, Santa Fe no envió más que expediciones de castigo esporádicas a la Comanchería, y solo en una ocasión, en 1774, logró arreglárselas para infligir daños importantes.^[21]

En septiembre de ese mismo año, una guarnición de seiscientos soldados y milicianos encabezada por un oficial de fronteras experimentado, el capitán Carlos Fernández, sorprendió y cercó una extensa ranchería comanche en un recinto situado a doscientos kilómetros de Santa Fe. Lo que sucedió allí fue una explosión orgiástica de venganza y pillaje. Los soldados «abrieron fuego sin tregua para destruir» el campamento comanche arrinconado. «Como las balas y la metralla no respetan el sexo ni la edad», informó posteriormente De Mendinueta, mataron a casi trescientos hombres, mujeres y niños. Los españoles tomaron más de un centenar de prisioneros y confiscaron «un millar de bestias de carga de toda naturaleza» que, de inmediato, «repartieron entre los presentes, que también tomaron posesión de los tipis y del resto del botín del enemigo». Los prisioneros, según exponía De Mendinueta, «fueron

retenidos de acuerdo con lo establecido por Su Majestad en el nuevo decreto real». Esto seguramente significaba, para los adultos, la esclavitud en minas mexicanas o plantaciones del Caribe mientras que, para las mujeres y niños, suponía la entrega a misioneros para recibir formación religiosa y, posteriormente, la adopción como criados en hogares españoles. Pero la capacidad de los comanches para absorber las bajas era mayor que la de los españoles para causarlas, y la batalla no tuvo ninguna consecuencia sobre el equilibrio de fuerzas general. Como informaba tan solo un año después el virrey, Antonio María de Bucareli, «los bárbaros comanches parecen superar las heridas recibidas. [...] En lugar de enseñarles algo, el castigo puede haberlos irritado y, así, ser la principal motivación para unirse en busca de la venganza a que están acostumbrados».^[22]

La incapacidad de los españoles para repeler a los comanches se derivaba de una serie de puntos débiles, algunos de ellos congénitos y, otros, causados por los comanches. Durante la década de 1770, gran parte del norte de Nueva España por debajo de río Grande se convirtió en un campo de batalla en el que los soldados españoles libraban una guerra perdida contra varias tribus apaches aliadas sin mucha formalidad, muchas de ellas refugiadas de las guerras contra los comanches. Al convertir los asaltos en una economía lucrativa, los apaches robaban caballos, granjas y minas desde Sonora hasta el sur de Texas. Los disturbios comprometieron al máximo los recursos de Nueva España, lo que menoscabó su capacidad para sustentar a las provincias del Norte. Con una financiación desesperadamente insuficiente, se dejó que Nuevo México combatiera a los bien armados comanches con una guarnición de unos cien soldados, seiscientos mosquetes y ciento cincuenta pistolas. Casi ningún colono tenía dinero para comprar pólvora y abrir fuego. Para proteger a una colonia tan expuesta, el gobernador De Mendinueta instó a sus súbditos a congregarse en comunidades más grandes, compactas y fáciles de defender, y suplicó a Nuevo México que autorizara la construcción de un nuevo presidio cerca de Taos. Ambas tentativas fracasaron. Los colonos más ricos se negaron a agruparse en torno a las ciudades o en su interior, aferrándose a la tradición hispana de vivir cerca de sus campos de cultivo, y el presidio de Taos contravenía la nueva política de reducción de gastos recomendada por el marqués de Rubí.^[23]



3. Las llanuras meridionales y el Sudoeste en la década de 1770 y principios de la de 1780. Mapa de Bill Nelson.

En 1779 se ordenó a Bernardo de Miera y Pacheco que confeccionara un mapa para mostrar los asentamientos en Nuevo México «en la situación actual». La imagen era desoladora. De Miera y Pacheco añadió a su mapa una larga leyenda, parte de la cual dice lo siguiente: «[las aldeas están] extremadamente mal dispuestas, pues las viviendas de los colonos que las componen están dispersas y guardan cierta distancia entre sí. Muchos males, desastres y destrucción de ciudades, causados por los

enemigos comanches y apaches que circundan la susodicha provincia matando y raptando a muchas familias, nacen de esta pésima disposición». La distribución descentralizada (que reflejaba y facilitaba al mismo tiempo los asaltos comanches) también llamó la atención de fray Juan Agustín de Morfí, que evaluó la situación militar y económica de Nuevo México en los últimos años de la década de 1770. Morfí hablaba de destrucción generalizada y despoblación en ocho distritos. Solo Santa Fe, más compacta, se había librado de la devastación; pero la capital acabó convirtiéndose en un auténtico hervidero de refugiados a medida que el miedo fue despoblando el campo: «comprendía doscientas setenta y cuatro familias con mil novecientas quince almas de toda edad, sexo y condición, tras haber crecido progresivamente en número de colonos a costa de despoblar la frontera en la que los trabajadores, por no ser capaces de resistir las invasiones, abandonaron los ranchos en los que cultivaban y buscaron refugio en la capital».^[24]

En el séptimo año de su mandato, parece ser que escribir informes desconsolados a sus superiores se convirtió en una rutina soporífera para el gobernador De Mendinueta. En una carta dirigida al virrey Bucareli, fechada el 30 de septiembre de 1774, pormenorizaba sin adornos la última serie de incursiones comanches desatadas en la provincia hasta la fecha.^[25] En las ocho semanas anteriores se habían producido cinco asaltos. El primero tuvo lugar el 22 de junio, en el que los comanches mataron a dos indios cerca de Picurís; y en el segundo, al día siguiente, huyeron con la manada de caballos del pueblo nambé. Otro ataque más destructivo tuvo lugar el 27 de julio, cuando un ejército enorme de «más de un millar de comanches» invadió el distrito de Chama «llegando nada menos que a los pueblos de Santa Clara, San Juan y otros tres distritos españoles». En aquel ataque generalizado mataron a siete personas, se llevaron tres prisioneros, descuartizaron veinticinco cabezas de ganado y robaron más de trescientos caballos. El 15 de agosto, otro centenar de comanches atacó Pecos, donde mató a siete hombres y dos mujeres y tomó siete prisioneros, «todos, mientras trabajaban en los maizales». Una guarnición de 114 soldados, milicianos y tropas auxiliares indias partió desde Santa Fe y atacó por sorpresa una extensa ranchería comanche situada a unos doscientos cuarenta kilómetros al este de la capital. Sitiaron a los comanches y les dispararon «hasta la oración de la noche, cuando se retiraron de un modo tan ordenado que el enemigo no se atrevió a incomodarlos». El último asalto comanche del verano, seguramente una venganza, se produjo tres días después, cuando un centenar de guerreros atacó Albuquerque, donde mató a cinco personas, apresó a cuatro, robó «un montón de caballos» y mató cuatrocientas ovejas.

De Mendinueta enumeraba los ataques, las bajas y las pérdidas materiales con un lujo de detalles poco afectado, y apuntaba con un macabro alivio que en uno de los asaltos «los bárbaros mataron solo a siete de los nuestros». Pero lo más curioso de su informe es un breve comentario que aparece al final: «el 27 del mes de junio, sesenta personas de esta misma nación [comanche] entraron pacíficamente en Taos y, durante la feria, pagaron el rescate de seis indios de uno y otro sexo e intercambiaron unos

ciento cuarenta animales, dos mosquetes y grandes cantidades de carne y sal». Una vez más, lo sorprendente es la naturalidad del comentario. El gobernador no manifiesta sorpresa alguna por el hecho de que los comanches, en medio de una fiebre de asaltos devastadores, comerciaron pacíficamente en Taos.

En realidad, a mediados de la década de 1770, esa mezcla de violencia y comercio se había convertido en algo habitual en la frontera de Nuevo México con los comanches. Dos años antes, por ejemplo, los comanches habían asaltado Picurís y Galisteo en cinco y cuatro ocasiones, respectivamente, habían sitiado Pecos con quinientos guerreros y habían prendido fuego a los maizales de Ojo Caliente. Sin embargo, según De Mendinueta, «no veían inconveniente en presentarse pacíficamente en Taos» y dedicarse al trueque para conseguir «bridas, punzones, cuchillos, ropa de colores y maíz». Asimismo, durante un periodo de cinco meses del invierno de 1771-1772, realizaron seis incursiones violentas en el norte de Nuevo México y enviaron seis caravanas comerciales a Taos, a cuyas ferias llegaban tan solo unos días después de haber atacado otras ciudades. A veces, las partidas belicosas y comerciales llegaban juntas, lo que convencía a De Mendinueta de que formaban parte de una «estratagema artera». El 31 de mayo de 1768, seis jefes comanches se aproximaron a Taos con una bandera blanca para anunciar que un grupo mayor llegaría al pueblo el 2 de junio con un prisionero por el que pedían rescate. Aquel día llegaron en realidad cuatrocientos comanches a Taos, donde «se les facilitaron mosquetes y municiones». Pero los comanches también «enviaron a cien de sus hombres a atacar Ojo Caliente, seguros de que, ante la noticia de la paz y el comercio que habían anunciado en Taos, el pueblo [de Ojo Caliente] asistiría» a la feria de Taos. Solo una intervención oportuna de los soldados españoles salvó a la aldea del ataque.^[26]

La política de alternar incursiones y comercio marca el principio de la supremacía cultural de los comanches en Nuevo México. Aprovechándose de su superioridad militar, dividieron la colonia en dos zonas diferenciadas en las que simultáneamente podían robar caballos y mulas y tomar prisioneros, adquirir maíz y otras mercancías difíciles de obtener mediante el saqueo y distribuir objetos robados en Nuevo México para lucrarse. En términos más abstractos, la estrategia de asaltar y comerciar es la personificación de que Nuevo México vivía presa de normas culturales ajenas. Como la mayor parte de los indios norteamericanos, los comanches entendían los actos hostiles y amistosos de forma distinta a los europeos. Para ellos, el comercio y el robo no se excluían, sino que representaban dos manifestaciones de un amplio espectro de actos de reciprocidad.

Si no se pretendía matar a nadie, asaltar no era la antítesis de comerciar, sino una alternativa, un modo sancionado por la cultura de distribuir bienes materiales cuando no existía la posibilidad de practicar el intercambio pacífico. Cada vez que un grupo no lograba mediante el comercio la cantidad suficiente de bienes para sus aliados (ya fuera a causa de problemas internos o de contratiempos medioambientales), los

aliados podían realizar asaltos periódicos sin poner fin a la alianza.

Esta dinámica había definido las relaciones entre grupos en el Sudoeste desde hacía siglos, y la política de asalto y comercio de los comanches se entiende mejor como una variante de esta práctica ancestral. En las décadas de 1760 y 1770, los habitantes de Nuevo México atravesaban una serie de penurias (asaltos de apaches y navajos, sequía y estancamiento económico generalizado) que menoscababan su capacidad para el comercio. Por el contrario, los comanches gozaban de un crecimiento económico sostenido y necesitaban caballos para alimentar la prosperidad de su comercio. Desde su punto de vista, la reacción esperada y aceptada para semejante situación era recurrir al robo con el fin de garantizar la circulación ininterrumpida de bienes.^[27]

Aquella lógica era ajena a los españoles, que entendían el comercio y el robo como actos excluyentes que se anulaban entre sí. El comercio floreciente entre comanches y taoseños en medio de una escalada de violencia representaba, por tanto, algo bochornoso para las autoridades españolas, a quienes se había encomendado mantener Nuevo México unido e intacto. No solo eran incapaces de defender la frontera contra las «arremetidas bárbaras», sino que ni siquiera podían impedir a sus propios súbditos que interaccionaran con el enemigo, que poco a poco consumía la colonia. Ante el sangriento telón de fondo que conformaba la frontera de Nuevo México, las ferias de Taos parecían una exhibición perversa de la supremacía cultural de los comanches y la degeneración de los españoles en la decadencia más brutal. Simplemente permitiendo que el comercio prosiguiera, Nuevo México parecía haber sucumbido a un orden cultural ajeno.

La política comanche de asalto y comercio quebrantaba el principio básico del proyecto imperial español: la idea de que Nueva España constituía un dominio colonial único e indiviso. Parece ser que los comanches no entendían que Taos formara parte del conjunto de Nuevo México, controlado por los españoles, sino que, para ellos, era una comunidad independiente regida por políticas autónomas. Al fin y al cabo, a excepción de un episodio violento en 1761, los habitantes de Taos llevaban muchas generaciones manteniendo relaciones con la Comanchería y siendo neutrales en las guerras recurrentes que estallaban entre españoles y comanches. Esa conducta era un signo contundente de afinidad y lealtad a los comanches, que no establecían la identidad de un grupo por criterios raciales o jurídicos, sino mediante el comportamiento de los seres humanos de carne y hueso. Además, algunos españoles también percibían que Taos era un satélite virtual de los comanches. Los rumores de la existencia de una coalición antiespañola entre taoseños y comanches, que circularon por primera vez a finales de la década de 1740, reaparecieron en la convulsa década de 1770. Taos había incorporado a los colonos hispanos de los alrededores, que buscaban protección en el pueblo frente a los asaltos comanches; pero la medida tuvo pocas consecuencias sobre la lealtad de la ciudad. De Mendinueta se quejaba de que los comanches que acudían a Taos para comerciar

podían «enterarse de nuestras decisiones» sin esfuerzo, mientras que otros censuraban la buena disposición de los taoseños para plegarse a las costumbres comerciales de los comanches (no se negociaban precios, que eran fijos). Los visitantes deploraban la popularidad generalizada de la lengua comanche en el nordeste de Nuevo México y detestaban a los *pobladores*^[*] por su español tosco, su lascivia y la propensión a ir desnudos, que en la imaginación europea era un signo revelador de degeneración y salvajismo.^[28]

Así pues, De Mendinueta trataba de explicar con manifiesta incomodidad a sus superiores la peculiar relación de Nuevo México con los comanches. La carta que dirigió en 1771 al virrey Bucareli estaba inusualmente cargada de emoción:

La alternancia y simultaneidad de acciones de esta nación, ahora paz, ahora guerra, demuestra la deslealtad que acostumbran [...] Como es imposible poner límite [...] a su libertad para que no obren a su capricho, he adoptado la medida de aceptar la paz cada vez que la soliciten con la intención de venir con sus mercancías, y de librar la guerra cada vez que ataquen nuestras fronteras y cometan pillaje. Librando solo la guerra, lo único que se obtiene es pérdida de vidas y de propiedades pero, con la alternancia, estos ciudadanos desgraciados obtienen algún beneficio, como sucedió en las dos últimas ferias o *rescates*^[*] [...] De hecho, obtuvieron a un precio muy bajo casi doscientos caballos y mulas, doce mosquetes con munición y un número considerable de pieles de bison, esenciales en este reino y beneficiosas para comerciar en Nueva Vizcaya, así como algunos prisioneros indios que se sumaron al cuerpo de Nuestra Santa Fe.^[29]

Al tiempo que subrayaba la «deslealtad a que acostumbran» los comanches y la incapacidad de Nuevo México de «poner límite a su libertad», el informe de De Mendinueta también trasluce una razón más importante para la decisión de permitir que los enemigos comanches comerciaran en Nuevo México: no podía suprimir, ni suprimiría el comercio porque Nuevo México lo necesitaba para sobrevivir. El propio De Mendinueta lo reconocía ya en 1769, cuando escribió que las ferias comanches eran el cordón umbilical que salvaba a Nuevo México del colapso económico. De Mendinueta lo escribió en una época en que un enfrentamiento entre soldados españoles y guerreros comanches había interrumpido temporalmente el comercio en Taos. La pobreza y la necesidad se propagaron de inmediato por todo el norte de Nuevo México, lo que obligó al gobernador a reconocer que la única solución era reanudar el comercio con los comanches.^[30]

Se trata de una confesión sorprendente en boca de un alto cargo español, que no hace sino revelar la humillante dependencia de Nuevo México con respecto al comercio comanche, pero también revela la actitud profundamente contradictoria de

los colonos hacia los propios comanches. Una ambigüedad semejante perturbaba a fray Domínguez, quien en 1776 detestaba la «barbarie», la «insolencia» y el «execrable extremo de maldad» de los comanches al mismo tiempo que se maravillaba ante el surtido de mercancías que esas «bestias indómitas» llevaban a los mercados de Taos. Había «mosquetes, pistolas, pólvora, balas, tabaco, hachuelas y algunos recipientes de latón amarillo», además de «pieles de bisonte, “pieles de ciervo blanco”, caballos, mulas, carne de bisonte e indios paganos (de uno y otro sexo, niños o adultos) arrebatados a otras naciones». Era sin duda una lista bastante exhaustiva de las importaciones que los habitantes de Nuevo México necesitaban y ansiaban, pero no podía obtenerse a través de las líneas de abastecimiento imperiales de Nueva España. Como es natural, las ferias eran extremadamente copulares, lo que recordaba a Domínguez a «un mercado de segunda mano en México, por el modo en que la gente se arremolina. En 1776 asistieron a la feria de Taos tantos habitantes de Nuevo México que el gobernador se vio obligado a interrumpir las actividades oficiales hasta que hubieran regresado a sus aldeas de origen.»^[31]

Aparentemente, la dependencia de Nuevo México respecto al comercio de los comanches nacía de las desventajas económicas intrínsecas de la colonia: la posición relativamente marginal en el sistema imperial, que giraba en torno al Caribe español, y el aislamiento de las rutas comerciales atlánticas. Tras más de un siglo de comercio de esclavos, la élite española de Nuevo México también había acabado por depender del flujo continuo de prisioneros indios, que se ocupaban de las cocinas, cultivaban los campos, atendían a los animales y satisfacían sus necesidades sexuales. En 1776, cuando las incursiones comanches habían agotado casi las reservas de caballos y mulas de la colonia, los habitantes de Nuevo México seguían dispuestos a pagar a los comanches con «una mula hembra y una manta escarlata» o «dos buenos caballos» la mercancía humana más apreciada: «una joven india de entre doce y veinte años.»^[32] Sin embargo, en términos más inmediatos, la dependencia era fruto de las políticas comanches. Los comanches no solo explotaban la debilidad económica de Nuevo México, sino que se dedicaban a exacerbarla en beneficio propio. Los asaltos incesantes de las décadas de 1760 y 1770 cumplían una doble función: suministraban a la economía comanche los botines del saqueo y estimulaban en Nuevo México una demanda artificial de sus exportaciones.

El robo y la venta de caballos eran fundamentales en esta dinámica de intercambio y explotación simultánea. Cuando los comanches agotaron las manadas de Nuevo México en la década de 1770, se entregaron también al comercio activo de caballos y mulas en Taos, donde a menudo vendían a los aldeanos los mismos animales que habían robado en otros lugares de Nuevo México. Pronto se volvió un negocio a gran escala: la transacción de 1774 mencionada anteriormente con 140 caballos, por ejemplo, representaba casi el 10 por 100 de los 1.500 caballos que el gobernador De Mendinueta solicitaría al año siguiente para repoblar las manadas esquiladas de Nuevo México. Los comanches también utilizaban la violencia

estratégica para crear demanda de otras exportaciones. Repelían partidas de caza de habitantes de Nuevo México desde las llanuras y mataban reses y ovejas para privar a la provincia de proteínas animales y pieles; quemaban pastos y campos de labranza y destruían sistemas de regadío y cosechas almacenadas por todo Nuevo México para perturbar el ciclo agrícola tradicional. «La tierra es fértil —señalaba fray Morfí en 1778 refiriéndose al distrito de Albuquerque—, aunque no produce todo lo que podría a causa de que se cultiva insuficientemente por falta de bueyes y tiempo, pues [la amenaza de los] enemigos no les permite ausentarse de las aldeas para realizar algunas tareas. Así, la tierra queda en barbecho». Los asaltos eran particularmente duros en los ranchos y granjas hispanos más dispersos. Morfí resaltaba que los colonos hispanos «no se atreven a salir para trabajar la tierra o, si lo hacen, acaban siendo víctimas de su indolencia, pues la rapidez y audacia del enemigo [le permite] penetrar en las aldeas a su antojo, dada su disposición anárquica».^[33]

Por consiguiente, los comanches tenían a Nuevo México en su poder, lo que, unido a la sequía prolongada, situó el sistema de subsistencia de la colonia al borde del colapso y desencadenó temporadas de hambruna periódicas. A su vez, la devastación garantizaba que los comanches utilizaran la colonia como salida mercantil para sus excedentes de productos derivados del bisonte y, en sentido inverso, mantener una afluencia continua de mercancías esenciales de los depauperados habitantes de Nuevo México, cuyo único modo de evitar el frío y el hambre solía ser intercambiar algunas de sus escasas posesiones (caballos, mulas, metal o, incluso, maíz) por carne, grasa, pieles de bisontes y tejidos de los comanches. Juan Bautista de Anza, el sucesor de De Mendinueta, reparó en 1780 hasta qué punto Nuevo México se había vuelto dependiente de la carne y las pieles de los comanches cuando trató de convencer a sus súbditos de que sufragaran la construcción de una línea de suministro con la ciudad de Chihuahua. Según informaba De Anza al virrey, los colonos «están decididos a no crear un cordón para cooperar porque el presente año no es de comercio formal de pieles con los paganos, que solo se realiza cada dos años. Este asunto estimula y constituye la mayor parte del comercio en esta provincia».^[34]

La estrategia, en apariencia irregular, de intercalar intercambios pacíficos con asaltos casi continuos era muy sofisticada, lo que permitía a los comanches al mismo tiempo saquear y comprar recursos de Nuevo México e imponer sus propias mercancías en la colonia. Era una relación de explotación, sobre todo colonial, cuya esencia reflejó el siempre cándido fray Domínguez en un comentario tangencial: «tanto si están en paz como en guerra, los comanches siempre se llevan lo que necesitan, adquiriéndolo en tiempos de paz o robándolo en los de guerra». La relación dolorosa y ambigua dejó un sello persistente en la conciencia cultural de los habitantes de Nuevo México. La impresión que tenían se refleja y encarna en el romance de la conquista «Los comanches», un drama popular tradicional que, probablemente, nació a finales del siglo XVIII o principios del XIX, y que en la

actualidad todavía se representa en muchas aldeas y pueblos del norte de Nuevo México.^[35]

Existen dos versiones distintas de «Los comanches». Una subraya los aspectos de cooperación y apoyo de las relaciones entre comanches y habitantes de Nuevo México y representa a ambos pueblos como aliados potenciales y parientes ficticios, unidos por el nexo de las transacciones económicas, sociales y culturales. En ella, un grupo de comanches bajo el mando de su jefe, El Capitán, penetra en un pueblo de Nuevo México en busca de una imagen de El Santo Niño. Irrumpen en una de las casas, se apoderan de la imagen sagrada y huyen de la aldea. Sin embargo, durante la escaramuza El Capitán se separa de su hija, La Cautiva, que es apresada por los aldeanos. Cuando los comanches reparan en el hecho, dan la vuelta, vuelven a penetrar en el pueblo y encuentran a los aldeanos en la plaza. Aquí se inicia una secuencia muy rebuscada de rituales y redención. El Capitán y el jefe del pueblo acuerdan las condiciones del intercambio y los comanches entregan El Santo Niño. Los aldeanos, por su parte, ofrecen comida, vino y dinero a los comanches. Al final, le devuelven al Capitán su amada hija, pero no sin que el jefe haya prometido volver a visitar la aldea para comerciar.

Esta versión de «Los comanches» resalta la necesidad y persistencia de las transferencias interculturales en un mundo estructurado y definido por la violencia. Tal como aparecen en el drama, los comanches son para los habitantes de Nuevo México enemigos y desconocidos que, sin embargo, acaban siendo aliados fieles y apreciados mediante la entrega ceremonial de regalos materiales y el intercambio mutuo de prisioneros. El motivo general de la obra es la interdependencia general de los dos grupos, y su mensaje moral emana de un proceso muy delicado de reconciliación entre sociedades y entendimiento incipiente de dos pueblos antagónicos. La obra culmina con la redención de La Cautiva y la promesa del Capitán de comerciar en el futuro.^[36]

La otra versión del romance ofrece una imagen radicalmente distinta de los indios y de su relación con Nuevo México. Esta otra versión, que conmemora la contundente victoria de Carlos Fernández sobre los comanches en 1774, subraya y desarrolla la belicosidad y el poder de los indios y la mezcla de emociones de terror, asco, angustia y envidia de los habitantes de Nuevo México. Más que paganos atraídos instintivamente por El Santo Niño, los comanches aparecen aquí como unos paganos salvajes irredentos que deben ser exterminados para que Nuevo México sobreviva. El núcleo del drama es la riqueza material de los comanches, adquirida en buena medida saqueando Nuevo México. En el instante posterior a la victoria de Nuevo México, la riqueza se convierte en objeto de codicia desaforada. Aquí, la relación entre los comanches y los habitantes de Nuevo México es de franca explotación y, a diferencia de la versión paralela de la obra, no deja ninguna posibilidad para la adaptación o la coexistencia. Fascinados por la prosperidad de los saqueadores, los habitantes de Nuevo México, depauperados pero victoriosos en ese

instante, se entregan a una orgía de muerte y saqueo. Barriga Duce, un español que los ha seguido hasta el campamento, describe la batalla desde cierta distancia:

*¡Que mueran! Que para mí
todos sus despojos quedan;
Tiendas, antas y cocheles
para que mis hijos duerman;
y la carne a mi mujer.
La he de hacer que me la cueza
y me la guise con chile,
que es una comida buena.
¡Apriétenles compañeros!
Que de eso mi alma se alegra
[...]
Lo he de apropiar para mí
Y lo haré hasta que muera.
No saben que soy el dulce,
la cajeta, la ensalada,
la azúcar, el piloncillo
los anices y la gracia,
porque en todas las funciones
siempre se halla mi valor,
[...]
¡Apriétenles compañeros!
Vamos a romper el cerco
Y (a) hacer que muera esta fiera;
A destruirlos, que son pocos,
y a quebrantar su soberbia...^[37]*

«Los comanches», una representación simbólica de un pasado complejo y controvertido, es susceptible de muchas interpretaciones, y los historiadores han utilizado sus mensajes morales para elaborar toda una serie de argumentaciones sobre las relaciones interculturales en los territorios fronterizos del Sudoeste. James Brooks, por ejemplo, se ha centrado en la primera versión del romance y lo ha forzado utilizándolo para asomarse a un mundo pasado y confuso, en el que las dicotomías habituales entre intercambio y violencia o amos y víctimas se vuelven vagas, casi carentes de sentido.^[38] En todo caso, tal vez el dato más significativo de «Los comanches» sea la mera existencia de dos versiones alternativas. Ambas evocan

la lucha de los habitantes de Nuevo México para asumir la capitulación ante las medidas de fuerza explotadoras, manipuladoras y divisorias de los comanches. Son una tentativa de un pueblo, cada vez más indefenso, de comprender cuál es su lugar en un mundo volátil sobre el que tenían muy poco control.

La década de 1770 fue testigo de una expansión espectacular del poder comanche en Nuevo México, pero también presencié la aparición de otros dos territorios de asaltos comanches en las inmediaciones de la colonia. El primero de estos dominios se encontraba al norte y al oeste de Nuevo México, y atravesaba las Rocosas hasta el territorio ute. De vez en cuando al principio, y luego cada vez con mayor intensidad, las bandas de guerreros comanches remontaron el río Arkansas hasta su nacimiento esquivando la punta septentrional de Nuevo México para entrar en territorio ute. Tal vez las incursiones se iniciaran poco después de la ruptura de la alianza entre comanches y ute en la década de 1750 y, con toda probabilidad, empezaron siendo expediciones de saqueo encaminadas a apresar esclavos y caballos. Sin embargo, con el paso del tiempo, los asaltos se convirtieron en una expansión sostenida que llevaba a varias rancherías comanches hasta lo más profundo del territorio ute. La población comanche, que a finales del siglo XVIII crecía de forma explosiva, superó seguramente la capacidad de carga de las llanuras meridionales, lo que generó un impulso imperioso para reanudar la expansión. También pudo ser que la invasión de territorios ute fuera un intento de debilitar la alianza entre estos y el noroeste de Nuevo México en las décadas de 1750 y 1760. Dicha alianza, nacida del miedo común a los comanches, giraba en torno a un comercio muy provechoso en Abiquiu que cada año llevaba a centenares de visitantes ute a la colonia, con lo que ponía en peligro el libre acceso de los comanches a sus dominios de asalto y comercio en el norte de Nuevo México.^[39]

En 1776, dos monjes franciscanos llamados Francisco Atanasio Domínguez y Silvestre Vélez de Escalante emprendieron una sinuosa expedición de exploración en torno a la Meseta de Colorado en dirección al Pacífico, con la esperanza de encontrar rutas útiles que unieran Nuevo México con la recién colonizada California. Los monjes confiaban en encontrar en el Noroeste tierras valiosas para establecer colonias y misiones españolas pero, en cambio, penetraron en un mundo cambiante envuelto en violencia comanche. Los comentarios de Domínguez y Escalante revelaban la alteración radical del equilibrio de fuerzas entre comanches y ute. Un mapa elaborado por Bernardo de Miera y Pacheco, el cartógrafo de la expedición, muestra dos grupos de rancherías comanches entre la cordillera frontal de las Rocosas y el río Green, en lo que hoy es el centro y el este de Utah. El mapa también sitúa una ranchería de los comanches yamparika en la vertiente occidental del río Green, separada de la Comanchería propiamente dicha por seiscientos kilómetros de montañas escarpadas, desfiladeros profundos y bosques muy frondosos. Quizá las rancherías comanches

fueran destacamentos temporales para asaltos de larga distancia, pero también pudieron haber sido asentamientos permanentes que indicaran una ocupación territorial efectiva. Fray Domínguez calificó las tierras situadas al este del río Green, sencillamente, como «territorio de los comanches yamparika».^[40]

En el interior de la Meseta de Colorado, el río Green constituía el núcleo antiguo del territorio ute. Sin embargo, a mediados de la década de 1770, muchas bandas ute se habían replegado hacia el Oeste hasta el valle del lago Utah, donde la expedición de Domínguez y Escalante las encontró en situación desesperada. Aterrorizados por el enorme alcance de las bandas de guerreros comanches, los ute eran incapaces de realizar cacerías y pasaban mucha hambre. Confiando en acceder a los caballos, el metal y la protección de los españoles, suplicaron a los franciscanos que acudieran e instalaran viviendas permanentes, para lo que prometían «vivir como los tatas [monjes] [...] les enseñaran». Conmovidos por el sufrimiento de los ute y su aparente disposición para convertirse, Domínguez y Escalante les ofrecieron la salvación en Jesucristo. Les enseñaron a cantar «Jesús y María» y les prometieron vida celestial eterna, lejos de los paganos comanches que «no pueden entrar en el cielo, sino que van al infierno, donde Dios los castiga y arderán eternamente como la leña en el fuego». Mientras tanto, en la Tierra, los ute debían esperar pacientemente a que los frailes recabaran la autorización para un proyecto de misión. El proyecto no llegó a materializarse nunca.^[41]

Simultáneamente, otra fase más de la expansión comanche a través del Sudoeste adquiriría fuerza. Desde que se retiraran hacia el sur del Llano Estacado y el valle del río Grande en la década de 1750, los apaches habían tenido poco contacto con los comanches occidentales, cuyo territorio ocupaba sobre todo el norte del Llano Estacado y la cuenca alta del Arkansas. Sin acceso a las llanuras en las que abundaban bisontes, diferentes grupos apaches (a quienes los españoles conocían bajo el nombre genérico de mescaleros) empezaron a asaltar asentamientos españoles en Coahuila, Nueva Vizcaya, el sur de Nuevo México y el sudoeste de Texas, con lo que erigieron poco a poco un nuevo sistema económico basado en el robo y el pastoreo de manadas. Una vez reasentados, los apaches también trabaron con asentamientos españoles algo más marginales unos lazos comerciales que, a veces, cristalizaban en alianzas locales mediante las que los apaches, los hispanos marginados y los esclavos comerciaban, se casaban entre sí y unían sus fuerzas para atacar destacamentos españoles. A finales de la década de 1770, los apaches parecían haber encontrado un modo de vida seguro en su nuevo hogar meridional.^[42]

Pero los comanches occidentales lanzaron otra ofensiva. En el año 1776 aparecieron y atacaron una aldea mescalero próxima a la cabecera del río Colorado, en la que se decía que mataron a trescientas familias. Dos años más tarde, los españoles encontraron varias bandas mescalero en fuga cerca de las montañas Organ, al sur de Nuevo México y, enseguida, empezaron a llegar apaches a El Paso lamentando que los comanches hubieran invadido sus tierras en el macizo de Sierra

Blanca.^[43] Seguramente, las bandas comanches con tanta movilidad eran grupos de asalto en busca de caballos y prisioneros con los que alimentar la incipiente economía de pastoreo de la Comanchería y la expansión del tráfico de esclavos en Taos; o quizá se tratara solo de ataques centrados en el pillaje y la destrucción destinados a eliminar a los apaches mescalero de la frontera sudoccidental de la Comanchería. Pero las expediciones hacia el Sur también anticipaban una expansión que, a principios del siglo XIX, llevaría a los comanches hasta el río Grande y a adentrarse en el norte de México.

Al mismo tiempo que los comanches occidentales reestructuraban Nuevo México y las regiones circundantes de acuerdo con sus intereses, los orientales imponían un orden «comanchecéntrico» similar en los territorios fronterizos de Texas. Al igual que sus gemelos occidentales, los orientales lo consiguieron rompiendo viejas alianzas y forjando otras nuevas, propiciando el comercio y los asaltos con agresividad e impidiendo el acceso de rivales a los mercados. Y, al igual que los comanches occidentales, utilizaron los destacamentos coloniales de España al mismo tiempo para comerciar y para asaltarlos, si bien lo hicieron en un marco geopolítico mucho más amplio: atacaban una frontera española (la de Texas) para alimentar el comercio en otra (la de Louisiana). Esta pauta general significó también que el ascenso de los comanches orientales fuera un proceso más enrevesado que el de sus parientes occidentales. Antes de consolidar su hegemonía en Texas a finales de la década de 1770, los comanches orientales habían sufrido reveses reiterados por la política española de fronteras, afrontado los retos planteados por varias coaliciones de indios y españoles y asimilado las perturbadoras consecuencias originadas por el desmoronamiento de dos imperios coloniales.

Desde los primeros años de la década de 1750, los comanches orientales habían combatido a los apaches lipán y a la Texas española codo a codo con los taovaya, los tonkawa y los hasinai, una cooperación que culminó en el saqueo de la misión de San Sabá en 1758. Pero, al igual que la unión entre comanches y ute, la coalición de comanches, taovaya, tonkawa y hasinai duró solo lo que las guerras contra los apaches lipán y los españoles. Los comanches orientales mantuvieron su alianza con los taovaya, que les suministraban artículos europeos esenciales y productos agrícolas, pero los tonkawa y los hasinai tenían menos peso económico y, en consecuencia, unas relaciones más frágiles con los comanches.

Los lazos de los tonkawa con los comanches se desintegraron en la década de 1760, en consonancia con el declive de su poder en aquel mundo colonial voluble. Los tonkawa, un grupo que nunca fue muy numeroso, quedaron cada vez más marginados a partir de 1763, cuando los funcionarios españoles reforzaron su posición en Texas frente a los británicos, que habían empezado a fortificar el valle del Misisipí. Los tonkawa llevaban decenios asaltando Texas y agotando la paciencia de

los colonos. Bajo la amenaza británica que se avecinaba, los españoles suprimieron los privilegios comerciales de los tonkawa y convencieron a los wichita, que mantenían una alianza intermitente con Texas, de que los castigaran. Aislados y empobrecidos, los tonkawa se retiraron de sus territorios tradicionales, situados en el curso medio de los ríos Brazos y Trinity, en dirección a la costa del Golfo de México y otros lugares más alejados aún de los comanches. No existen documentos que avalen las interacciones entre comanches y tonkawa tras los últimos años de la década de 1760, y muy poco después se dice que sus antiguos aliados «despreciaban e incluso repudiaban [a los tonkawa] por vagabundos». Fraguaron una alianza débil con los apaches lipán, otro grupo de refugiados desplazado por la expansión comanche, pero no lograron eludir su situación marginal. A principios del siglo XIX, los tonkawa vivían en condiciones lamentables junto al curso bajo del río Guadalupe, donde no podían cazar bisontes «por miedo a encontrarse a los comanches».[44]

La ruptura de las relaciones entre comanches y hasinai también se debió a los destinos divergentes de ambos aliados. A principios del siglo XVIII, los hasinai eran los pueblos caddo más poderosos que vivían en grandes ciudades ribereñas de las praderas del Sudeste, situadas entre los ríos Ouachita y Neches. Ocupaban una vía de acceso entre el curso bajo del Misisipí y las llanuras meridionales, donde controlaban el comercio de mercancías indígenas y europeas entre el Este y el Oeste; pero eran muy vulnerables a causa de dos artículos de importación del comercio colonial muy inoportunos: el alcohol y las epidemias. Los hasinai perdieron su posición central alrededor de mediados de siglo, cuando las tribus wichita (kichai, tawakoni, iscani, guichita y taovaya) acudieron desde el Norte y construyeron aldeas extensas junto a los ríos Rojo, Brazos, Trinity y Sabine, justo al oeste del territorio hasinai. Las aldeas wichita acabaron convirtiéndose en ciudadelas comerciales frecuentadas por los mercaderes españoles venidos de Texas, los vendedores francoespañoles de Louisiana y los contrabandistas británicos del valle del Misisipí. Las relaciones entre hasinai y comanches se rompieron poco después. Los hasinai perdieron contacto con los comanches y dejaron de poder acceder a las llanuras ralas pobladas de bisontes. Atrapados en una espiral de decadencia, quedaron eclipsados por los kadohadacho, sus parientes del Nordeste, cuyas aldeas confederadas en el Gran Recodo del río Rojo emergieron como nuevo centro del universo caddo.[45]

Mientras las relaciones con los tonkawa y los hasinai se disipaban, la alianza de los comanches orientales con los taovaya empezaba a prosperar. Ambos grupos compartían territorios de caza y unían sus fuerzas periódicamente para mantener alejadas de las llanuras meridionales a las partidas de caza de los apaches lipán; pero el núcleo de su unión era el intercambio. El comercio entre comanches y -taovaya aunaba varios sistemas económicos. Los agricultores taovaya recolectaban cosechas voluminosas de maíz y calabaza en los lechos arenosos del río Rojo, y vendían gran parte de los excedentes a los comanches a cambio de carne desecada, pieles y prisioneros apaches. El comercio de alimentos y esclavos se complementaba con un

creciente intercambio de artículos coloniales. Los comanches vivían cerca del centro y el sur de la Texas española, en cuyos ranchos y granjas abundaban tanto los caballos que, a veces, tenían que sacrificarlos. Los taovaya mantenían lazos estrechos con Louisiana, cuya población, que crecía de forma acelerada, podía acceder con garantías a diversas manufacturas a través de sus lazos trasatlánticos, pero padecía tal escasez de ganado que veía mermado su crecimiento económico. Las asimetrías entre los respectivos dominios de recursos de comanches y taovaya estimulaban un comercio transfronterizo muy animado. Los comanches robaban caballos en Texas y los llevaban a las aldeas taovaya, y los comerciantes de larga distancia de Louisiana conducían luego los animales hasta los grupos natchitche, atakapa, opelousa, pointe coupée y bayou teche. La transferencia de Louisiana de Francia a España en 1763 no afectó a este intercambio, pues muchos comerciantes franceses se quedaron para convertirse en súbditos españoles y prosiguieron sus actividades comerciales con los indios de las llanuras meridionales.^[46]

El comercio entre comanches y taovaya se desarrollaba casi siempre al margen de la mirada europea directa, pero las transformaciones de los extremos de la cadena de saqueo y comercio demuestran que se trataba de un sistema pujante. Los asaltos comanches en Texas en busca de caballos aumentaron de forma sostenida a finales de la década de 1760 y en la de 1770. «Enorgullecidos por su número e impulsados por su propensión al robo», escribió en 1770 un funcionario español, los comanches «dejaban pasar pocas estaciones sin cometer atrocidades sangrientas». Y si las autoridades de Texas no lograban repeler los ataques comanches, las de Louisiana eran igualmente incapaces de frenar la importación de artículos españoles robados en la colonia. En 1770, el gobernador de Louisiana, Alejandro O'Reilly, trató de eliminar los incentivos económicos subyacentes a las incursiones comanches en Texas prohibiendo la importación de caballos y mulas de las llanuras, pero el decreto sirvió de muy poco, salvo para convertir el comercio de ganado en un negocio de contrabando muy lucrativo. O'Reilly también prohibió la esclavitud y la venta de indios en Louisiana, de nuevo con resultados escasos. La afluencia de esclavos apaches desde la Comanchería hasta las aldeas taovaya y Louisiana se prolongó sin interrupción hasta bien entrada la década de 1770.^[47]

Pese a su vitalidad general, la organización del comercio adolecía de un defecto grave desde el punto de vista de los comanches. Como intermediarios de enlace, los taovaya controlaban el flujo de bienes en ambas direcciones desde el valle del Misisipí. Los comerciantes franceses y españoles de Louisiana, los contrabandistas británicos de Florida Occidental y los intermediarios caddo frecuentaban todos ellos las aldeas, adonde llevaban armas de fuego, utensilios de metal y tejidos. Aprovechando al máximo su posición, los taovaya abastecían con generosidad a los comanches de las cosechas de sus campos, pero regulaban meticulosamente la circulación de armas de fuego, pólvora y munición, la mayoría de las cuales se reservaban para sí con el fin de mantener a raya a los osage, muy bien armados. La

política comercial de los taovaya marginaba económicamente a los comanches (según un observador, solían tener que conformarse con el insignificante comercio de cuchillos, cuentas de vidrio y otras «nimiedades»), pero también violaba el protocolo de intercambio basado en el parentesco, que obligaba a los aliados más ricos a ser generosos y compartir sus posesiones con los socios más pobres. Aun cuando los taovaya limitaran el acceso de los comanches a las armas de fuego, el plomo y las balas bajo coacción, les negaban la dignidad de aliados y amigos.^[48]

A los comanches también les costó mucho superar el creciente peso político de los taovaya en Texas. En 1768, alentada por el informe del marqués de Rubí, Texas empezó a adoptar una posición conciliadora con los comanches; pero la actitud decayó al año siguiente, cuando España afianzó su sistema administrativo en la Baja Louisiana. A partir de ese momento, los legisladores españoles se concentraron en la tarea de forjar una afianza estrecha con los taovaya y «demás miembros de la confederación wichita que, desde el doble ángulo de visión que proporcionaban Texas y Louisiana, parecían la potencia indígena clave de las llanuras meridionales, pues mantenían lazos políticos y comerciales con ambas colonias. Las autoridades españolas convirtieron a la confederación wichita, de unos cinco mil integrantes, en el elemento esencial de una ambiciosa estrategia fronteriza en tres fases. En primer lugar, forjaron una alianza con las aldeas wichita de los ríos Rojo, Trinity, Brazos y Sabine con el fin de alzar una barrera protectora para Texas y el norte de México frente a una posible invasión británica desde el valle del Misisipí. En segundo lugar, también planearon utilizar a los aliados wichita contra los apaches lipán, que obtenían armas de fuego en la Florida Occidental británica y atacaban Texas con tal fiereza que la colonia corría peligro de quedar aislada del resto de Nueva España. La última parte del plan suponía emplear a los wichita como barrera para proteger Texas y Louisiana contra el empuje de los osage hacia el Sur, que se había acelerado en la década de 1760, cuando la guerra entre indios y franceses llevó a algunas porciones de diferentes grupos orientales (sauk, fox, kickapoo, shawnee, delaware y otros) a cruzar el valle del Misisipí hasta adentrarse en el territorio osage septentrional de la meseta de Ozark. Los osage, presionados por el Norte, empujaban hacia el Sur, con lo que convirtieron el valle del río Rojo en «un lamentable escenario de robos violentos y encuentros sangrientos».^[49]

La aproximación de España hacia los wichita cobró fuerza en 1769, cuando Athanase de Mézières fue nombrado vicegobernador del distrito de Natchitoches de la frontera entre Texas y Louisiana, de relevancia estratégica extrema. La llegada de De Mézières, antiguo funcionario francés y comerciante con los indios, y ahora uno de los agentes de fronteras más experimentados de Nueva España, inauguró un nuevo capítulo de la política de España hacia los indios. Inspirándose en las tácticas fronterizas de franceses y españoles, combinó fuerza y diplomacia para modelar una alianza sólida con los wichita.

En primer lugar, estableció lazos formales con los kadohadacho y los convenció

de que impusieran un boicot comercial a los wichita. Luego, en octubre de 1770, auspició una reunión con varios jefes wichita en Gran Caddo, la aldea kadohadacho más importante del curso bajo del río Rojo. Afirmó que los franceses habían sido «borrados y olvidados» y pidió a los jefes que juraran lealtad al rey de España. Acto seguido, llamó la atención sobre la posición precaria de los wichita «entre cuatro fuegos» (español, comanche, osage y apache lipán), «que, alzando sus atroces llamaradas, los dejarían hechos ceniza con la facilidad con que un fuego voraz consume la hierba seca de las praderas», y propuso que los wichita firmaran la paz con los apaches lipán y los instaran a dejar de relacionarse con los británicos y de asaltar Texas. Como estímulo, ofrecía una política fronteriza al estilo francés: autorización para los comerciantes, intercambios lucrativos y regalos generosos. Ansiosos por obtener el apoyo y las armas de los españoles para utilizarlos contra los osage, a quienes suministraban armas de fuego los traficantes del Arkansas, los wichita accedieron a la propuesta de De Mézières. En 1771, los cinco grupos que integraban la confederación wichita (taovaya, tawakoni, kichai, iscani y guichita) se habían declarado leales a España.^[50]

Fue un golpe muy duro para los comanches orientales. La geopolítica regional se había reordenado de súbito siguiendo el eje de Texas, Louisiana y los wichita, y se vieron peligrosamente aislados en un mundo en el que las conexiones otorgaban poder. A juicio de De Mézières, la Texas española estaba ahora protegida por un cordón de wichitas fieles que mantenían en jaque a los comanches. «Parece difícil que cometan los robos y las fechorías que anteriormente tenían por costumbre llevar a cabo —escribió—, ahora que saben que, cuando regresan, no pueden eludir la vigilancia de sus enemigos, si por suerte se libran de ellos en el camino de ida». Excluidos de las negociaciones, los comanches corrían peligro de ser meros peones de la diplomacia de españoles y wichita. En octubre de 1771, los taovaya ratificaron un tratado con España en Natchitoches y prometieron utilizar su influencia para obligar a los comanches a dejar de asaltar Texas. En caso de que los comanches no se avinieran, los taovaya «suspenderían toda comunicación y relación con ellos y los considerarían enemigos». Los taovaya y otros grupos wichita fueron compensados generosamente por reorientar sus lealtades. Las autoridades españolas de Texas les prometieron regalos frecuentes y autorizaron a los comerciantes de San Antonio y Natchitoches a visitar sus aldeas.^[51]

Mientras tanto, los comanches veían menguar sus oportunidades a medida que las políticas españolas se endurecían. En el invierno de 1771-1772, los soldados españoles apresaron a siete comanches (seis mujeres y una niña) y las llevaron a San Antonio. Juan María Vicencio, gobernador y barón de Ripperdá, decidió utilizar a las prisioneras para obligar a los comanches a poner fin a los asaltos. Enviaron a dos prisioneras a Povea, el supuesto gran jefe de los comanches orientales, pero retuvieron a las demás y a la niña como rehenes para asegurarse de que los comanches mantenían la paz. Pocas semanas después, llegó a San Antonio una

delegación comanche encabezada por una mujer que portaba una bandera blanca. Era la madre de la niña cautiva, y la mayor parte de los emisarios eran parientes de las demás prisioneras de Ripperdá. El gobernador liberó a una mujer y a la niña, pero se negó a poner en libertad a las otras tres aduciendo que ya habían sido bautizadas y no podían ser devueltas. Los comanches realizaron una tentativa desesperada de liberar a las mujeres, pero los españoles volvieron a apresarlas. El grupo comanche huyó de la ciudad, pero fue atacado por los apaches lipán, que mataron a siete mujeres y apresaron a otras cuatro, entre las que se encontraban la madre y la hija recién liberadas. Los apaches lipán vendieron a las mujeres a Ripperdá, que las deportó a misiones y campos de trabajo de Coahuila.^[52]

En el transcurso de los dos años siguientes, a los comanches orientales les quedó dolorosamente claro hasta qué punto se habían venido abajo los márgenes del cambiante mundo colonial. En julio de 1772 el jefe Povea acompañó a un enviado de paz a San Antonio con la esperanza de recuperar a las mujeres cautivas y firmar la paz con la colonia. El gobernador Ripperdá invitó a Povea a celebrar consejo, pero luego interpeló en público al jefe exhibiendo la bandera blanca que los comanches habían utilizado para simular la paz. Povea prometió impedir que su banda asaltara Texas, pero Ripperdá no le prometió devolverle a las prisioneras. La delegación de Povea, de la que formaba parte el marido de una de ellas, regresó a casa afligida y humillada.^[53]

Pero Ripperdá también vio en la visita de Povea una oportunidad de trabar lazos formales con los comanches orientales y someterlos a la influencia española. Se podía «subyugar a los comanches», escribió al virrey, obligándolos a «amarnos mediante una relación continuada». En la primavera de 1773, envió a J. Gaignard, un comerciante de Louisiana, a contactar con las rancherías de los comanches orientales y sondear las perspectivas comerciales de la región. Remontando el río Rojo, Gaignard llegó en otoño a las aldeas gemelas taovaya, pero es lo más lejos que consiguió penetrar. Los taovaya le permitieron reunirse en sus aldeas (y bajo su supervisión) con emisarios comanches, y Gaignard ofreció a los jefes comanches una manta «para cubrir la sangre derramada en los caminos» y cuchillos «para enderezar la senda torcida». Pero cuando Gaignard trató de proseguir río arriba para visitar las rancherías comanches, los taovaya le detuvieron en seco. Los motivos para hacerlo parecen evidentes. Una alianza general entre comanches y españoles no solo ponía en peligro la posición privilegiada de los taovaya en la Texas española, sino que también les impedía acceder a los bienes españoles robados por los asaltantes comanches. La prosperidad económica de los taovaya dependía de que los españoles y los comanches siguieran comunicados y, preferiblemente, en guerra. Cuando Gaignard abandonó las aldeas taovaya al cabo de seis meses de tentativas frustradas de llegar a la Comanchería, dejó atrás una afianza tensa entre comanches y taovaya.^[54]

Ante el aislamiento cada vez mayor, los comanches empezaron a distanciarse de su alianza con los wichita y adoptaron una actitud más agresiva hacia la

confederación. Iniciaron una guerra comercial constante para desmenuzar el cordón de los wichita y ampliar su influencia comercial y política en la Texas y la Louisiana españolas. Asaltando y saqueando, se abrieron paso hasta el interior de los dominios wichita que, a finales de la década de 1770, habían ampliado hasta el curso bajo del río Brazos, cerca de Bosque Creek, casi ciento sesenta kilómetros al este de la Comanchería propiamente dicha. En 1778, De Mézières señalaba que los tawakoni y los iscani no dejaban de sufrir los ataques de los comanches, «un gran número de los cuales se ha establecido en ese mismo río, el Brazos, de tal modo que no les quede otro remedio que retirarse o, unidos a las naciones [wichita] vecinas, adoptar medidas contundentes ante una plaga tan mortífera».^[55]

Sin embargo, esas «medidas contundentes» no estaban al alcance de los wichita, pues se encontraban enzarzados en guerras en otros flancos. En el Norte, debían hacer frente a los fabulosos y expansionistas osage que, hostigados desde el Norte por los sauks y los fox y aislados en el Oeste por los comanches, se desplazaron hacia el Sur y trataron de monopolizar los privilegios de caza, asalto y comercio por todo el cinturón de praderas situado entre los ríos Missouri y Rojo. En el Sur, los wichita libraban una guerra de asaltos esporádicos con los apaches lipán, cuya intención de consolidar un apoyo más sólido en los territorios fronterizos de Texas fracasaba. Espantado por los asaltos continuos a Texas, el gobernador Ripperdá consideró que los apaches lipán no eran fiables y tomó medidas para aislarlos política y económicamente. Cuando, en 1773, los delegados lipán se dirigieron a los hasinai, Ripperdá se interpuso. Bajo la presión de Ripperdá, el principal negociador hasinai, Bigotes, decapitó en público a cuatro emisarios de los apaches lipán, que respondieron con ataques feroces contra los españoles y todos sus aliados, incluidos los wichita.^[56]

Los tres frentes de guerra mermaron la fuerza de los wichita y socavaron su capacidad para contraatacar a los comanches. Estos redoblaron los ataques contra los wichita, aun cuando siguieran visitando sus aldeas para comerciar. De Mézières señaló en 1778 que los comanches «disfrazados de amigos, los visitan una y otra vez, siempre con el propósito de robar». Proseguía diciendo que los wichita toleraban los ataques con una curiosa pasividad: «fingen no percibir [...] los insultos para no granjearse más enemigos, pues ya tienen demasiados». Gran número de wichita se congregaron buscando protección en aldeas más pobladas, pero no hicieron más que exponerse a una amenaza más grave que la guerra. En 1777 y 1778, una epidemia virulenta, tal vez de viruela, golpeó a los wichita en dos ocasiones y sembró la devastación en unas aldeas abarrotadas. Los wichita perdieron casi a un tercio de la población, incluidos muchos grandes jefes, y quedaron sumidos en la pobreza y el caos político.^[57]

La epidemia alivió a los comanches, quienes, con su movilidad, redujeron prácticamente al vasallaje a los debilitados wichita. Los sometieron a «incursiones e insultos incesantes» y, no obstante, siguieron visitando las aldeas taovaya y tawakoni

de los ríos Rojo y Brazos para obtener mediante trueque armas de fuego, munición y sal. En 1780, el jefe taovaya Qui Te Sain se quejaba de los comanches en una carta dirigida a Bernardo de Gálvez, gobernador de Louisiana, diciendo que «resulta que son vecinos nuestros, pero siembran nuestra sangre y nos roban caballos a diario». «Demasiado apesadumbrado» para visitar en persona al gobernador, Qui Te Sain le hizo llegar una súplica urgente: «Padre mío, vivimos privados de todo, y no tenemos ni hachuelas, ni estacas, ni pólvora, ni balas para defendernos del enemigo».^[58]

A medida que la fortaleza de los wichita se desvanecía, los comanches usurparon su nicho comercial entre las llanuras de Texas y el valle del Misisipí. En 1777, el gobernador Ripperdá pidió a las autoridades de Louisiana que impidieran a sus súbditos comerciar con los comanches que asaltaban Texas y, al año siguiente, De Mézières afirmaba de los comanches que «ahora son los amos de la región que se debe atravesar para llegar a las orillas de este río grande y caudaloso [el Misisipí]». Igual que antes, los comerciantes de Louisiana siguieron haciendo caso omiso de la legislación comercial de la provincia y se adentraban en las llanuras occidentales con cargamentos de armas de fuego, pólvora y balas. «Mientras nuestros soldados desconocen el adecuado uso de los mosquetes, o apenas prestan atención —afirmaba preocupado Teodoro de Croix, el general al mando de la recién creada Comandancia General de las Provincias Internas del Norte—, los indios se esfuerzan en la imitación para manejarlos con habilidad». A De Croix también le preocupaban las actividades de los comerciantes británicos, «que no dejan pasar la menor oportunidad para presentarse ante los indios» de las llanuras de Texas.^[59]

El derrumbamiento del poder de los wichita también abrió la puerta a unas relaciones más estrechas entre los comanches orientales y la Texas española. En 1777, De Mézières propuso que Texas hiciera todo lo posible por atraer a los comanches (que, a su juicio, «supera(ba)n a todas las demás naciones en capacidad de reproducción, fuerza, valor y gallardía») para formar una coalición contra los osage, cuyos asaltos amenazaban con eclipsar el Arkansas Post, un fuerte situado estratégicamente cerca de la confluencia de los ríos Misisipí y Arkansas. España tenía problemas mucho más graves en el Sur, donde las bandas de guerreros apaches saqueaban Coahuila y Nueva Vizcaya; solo en esta última provincia, entre 1771 y 1776 los apaches habían destruido 116 haciendas, habían matado y apresado a casi dos mil personas y habían robado más de 68.000 cabezas de ganado. Para poner freno a la devastación, De Croix, el general al mando, convocó un consejo de guerra en la ciudad de Chihuahua, en el que se decidió declarar una guerra generalizada a los apaches y solicitar apoyo militar a los comanches y los wichita. En la primavera de 1778, De Mézières hizo una gira entre los wichita, que proclamaron su «odio» a los lipán. Luego amplió una iniciativa de paz a los comanches liberando a una prisionera.^[60]

Pero la planificación e implantación de medidas no siempre encajaban con facilidad en la deshilvanada frontera de Texas. En mayo de 1778, al parecer no

conscientes del proceso de paz, los colonos de Bucareli, una comunidad comercial reducida del río Trinity, confundieron a una delegación de paz comanche con una partida de guerra y mataron a varios de sus integrantes. Los comanches tomaron represalias saqueando la ciudad. Las autoridades españolas, inflexibles, siguieron adelante con el plan de paz, pero en 1779 se produjeron tres sucesos que dieron al traste con sus esfuerzos. En primer lugar, el rey Carlos III rechazaba la campaña concertada de españoles, comanches y wichita contra los apaches aduciendo que el genocidio no cabía en el programa de un Estado ilustrado. Luego, a finales de agosto. De Mézières se cayó del caballo y murió a causa de las heridas, con lo que dejó el plan sin supervisor. Por último, a mediados de diciembre, llegó a Texas la noticia de la implicación española en la contienda de la Revolución Estadounidense contra Gran Bretaña (junto con la orden de recortar gastos). De modo que, en el plazo de pocos meses, Texas quedó privada de tres requisitos para implantar una política triunfante hacia los indios: un enemigo común sobre el que forjar una red de alianzas, la financiación para los regalos y un alto cargo versado en diplomacia intercultural. Así, perdió su oportunidad para lograr la concordia con los comanches.^[61]

El colapso del acercamiento entre españoles y comanches difícilmente pudo haberse producido en un momento más inoportuno para Texas, pues tuvo lugar justo cuando los comanches orientales afianzaron su posición en la vía de acceso comercial al valle del Misisipí. Enfurecidos por la incapacidad de los españoles para entregarles regalos con los que enterrar mediante ceremonias a los muertos del incidente de Bucareli, y codiciosos de caballos y mulas con los que nutrir la expansión de su actividad comercial, los comanches orientales iniciaron una campaña de asaltos en Texas. Con la extraordinaria movilidad y la aparente imprevisibilidad de sus acciones, las partidas de guerra estaban en todas partes y en ninguna, y atacaban aldeas, misiones, ranchos y granjas de toda Texas para desaparecer de inmediato en la imponente inmensidad de la Comanchería. El gobernador Cabello temía que los comanches aniquilaran San Antonio, sus misiones y su presidio, y los colonos denominaron al teatro de operaciones de los asaltos comanches El Monte del Diablo, una cresta montañosa próxima a los ríos Guadalupe y Colorado. Tras encontrar una resistencia limitada en las abrumadas milicias locales y los ochenta soldados de la guarnición, los comanches se desplazaron mucho más al Este, hasta llegar a Bucareli, y hacia el Sur, hasta lugares como Laredo, en el curso bajo del río Grande. Sus partidas de guerra también se abalanzaban sobre tribus indias de toda Texas y atacaban a apaches lipán, hasinai, tonkawa, bidai, mayeye, coco, akokisa, taovaya, tonkawa y kichai, e impedían que estos grupos menos numerosos formaran alianzas contra ellos. En 1779, los comanches saquearon un gran campamento de apaches lipán del valle de San Saba (que en ese momento era la vía de acceso principal de los comanches a Texas), donde mataron a más de trescientas personas y tomaron muchos prisioneros. La matanza comanche también dejó expuesta a Texas a los ataques de otros grupos indios. Como los soldados estaban destacados en el frente comanche,

Texas no podía combatir a los asaltantes karankawa en la costa del Golfo de México, ni tampoco oponerse a la expansión de los osage hacia Natchitoches. Los apaches lipán, natagé y mescalero asaltaban asentamientos del sur de Texas sin encontrar prácticamente oposición.^[62] Los asaltos de los comanches orientales redujeron Texas a un territorio cautivo, lo que reflejaba la evolución paralela de Nuevo México. Su población disminuyó un 10 por 100 entre 1777 y 1784, pues pasó de 3.103 habitantes a 2.828. Bucareli fue abandonada; infinidad de misiones, ranchos y granjas quedaron despojados de caballos; y los campos de cultivo se dejaban sin atender. Los ataques alcanzaron su época de apogeo en 1780 y 1781, años que, en palabras de De Croix, presenciaron «asaltos incesantes de los comanches, tan atroces y sangrientos que, de continuar con la misma perseverancia, tendrán como consecuencia la desolación irremediable e inmediata de la provincia y (como opina el gobernador) tal vez queden muy pocos vasallos del rey para presenciar la desgracia». De Croix describía un erial: «La provincia está invadida por los indios; unas veces, en solitario; otras, como aliados de las naciones del Norte; en este instante no queda un palmo de terreno sin hostilidades. Los frutos del campo son expoliados, los ranchos y granjas de ganado fundados en los días felices de paz están siendo abandonados con rapidez, y los colonos aterrorizados se refugian en los asentamientos y tampoco se aventuran a abandonar las inmediaciones sin escolta». Al ver consumirse la colonia, al gobernador Cabello no le quedó otro remedio que comprar periodos de respiro entre tanta destrucción entregando todos los bienes disponibles a los jefes comanches. De Croix autorizó la medida después de que se produjera, enviando la condescendiente instrucción de que los regalos se les entregaran de tal modo que «no se diera motivo [a los indios] para el engreimiento y la arrogancia, ni tomaran nuestros regalos como sí nos hubiéramos visto obligados a dárselos». En 1781, De Croix había asumido que la paz con los comanches solo sería posible si los españoles comenzaban a distribuir regalos anualmente en San Antonio.^[63]

Los asaltos eran algo más que meras expediciones de saqueo; también eran un instrumento de la política de poder que contribuyó a reestructurar Texas y sus territorios fronterizos para la explotación posterior. En 1780, el pillaje comanche obligó a los rancheros de Texas a suspender los traslados de ganado a Louisiana, que tenían una relevancia fundamental. Aquello privaba a Texas de una fuente significativa de importaciones justo cuando la participación de España en la contienda de la Revolución Estadounidense empezaba a producir escasez de material en todo el imperio; pero sirvió de gran ayuda a los comanches: el cese de los traslados alimentó la demanda de sus caballos y mulas en Louisiana, donde los soldados españoles y patrióticos que combatían a los británicos en la costa del Golfo de México necesitaban los animales. Al igual que los asaltos comanches en Nuevo México, las incursiones de los comanches orientales en Texas cumplieron una función doble: reportaban artículos valiosos y creaban mercados para los bienes saqueados.^[64]

El declive del poder español en Texas y sus territorios fronterizos fue asombrosamente precipitado. En 1778, los españoles todavía soñaban con un gran futuro imperial para Texas. De Croix, el general al mando, propuso que Texas construyera una serie de destacamentos junto a los taovaya del río Rojo, que servirían para marcar el límite septentrional del gobierno español efectivo en el centro del subcontinente. «Esta nueva línea será la salvaguarda de la guerra —imaginaba—, pero, desde ese punto hacia el interior de nuestra hoy lejana frontera, no habría enemigos, y las provincias que hoy sufren hostilidades gozarían de prosperidad». Hasta De Mézières, por lo general prudente, se había mostrado abiertamente optimista ante las perspectivas de colonizar el territorio taovaya. «No hay duda de que este lugar acabará colonizado —auguró—, y será uno de los [destacamentos coloniales españoles] más importantes, tanto en la actualidad como en el futuro, pues es la llave maestra para penetrar en el Norte, donde daremos cuenta de las naciones amistosas con la mediación [de los taovaya], y derrotaremos a las hostiles, como los comanches y los osage, con la ayuda de las naciones amigas conquistadas». A su juicio, una colonia española en el curso medio del río Rojo podía convertirse también en un parapeto «capaz de impedir toda iniciativa o invasión de los vecinos ingleses» y en un centro neurálgico interimperial «donde existirá comunicación fácil e inmediata con Natchitoches, la Alta Louisiana Francesa, Nuevo México y Bejar».^[65]

Sin embargo, pocos años después había aflorado una pauta geopolítica casi diametralmente opuesta. Texas se deslizaba hacia la parálisis política y económica, y eran los comanches quienes ampliaban su esfera de autoridad hasta el codiciado valle del río Rojo y el territorio taovaya. Usurparon gran parte del comercio wichita de los ríos Rojo y Brazos y ensancharon sus territorios de acampada y caza hacia el Sur, hacia el curso bajo del río Brazos. Incorporaron gran cantidad de guerreros taovaya a sus partidas de asalto, lo que llevó a las autoridades españolas a especular que los comanches habían construido una coalición antiespañola inmensa, capaz de eclipsar a la colonia en su totalidad. A principios de la década de 1780, el terror a los ataques comanches estaba tan arraigado en la frontera de Texas que, cuando una epidemia de viruela ocasionó a finales de 1781 un paréntesis súbito en la violencia, produjo una angustia mayor que los ataques efectivos. Los años 1782 y 1783 transcurrieron en Texas con relativa paz en las fronteras; y bajo la proliferación de rumores de una invasión comanche inminente.^[66]

El hecho de que los comanches mantuvieran el estado de sitio en un amplio sector de la frontera más septentrional de España a finales de la década de 1770 reflejaba que los españoles no habían sido capaces de concebir de antemano semejante posibilidad. Cuando los estrategas españoles analizaron el nuevo orden imperial nacido del Tratado de París de 1763, cometieron un error de cálculo fatídico. Convencidos de que la amenaza principal para Nueva España provenía de los recién agrandados

territorios británicos, canalizaron el dinero y los efectivos militares a los lugares en los que ambos imperios se molestaban. En consecuencia, en 1770, el imperio español se expandió hacia la Alta California para contener a los británicos procedentes de las costas norteamericanas del Pacífico, convirtió la Baja Louisiana en una colonia defensiva contra la Florida Occidental británica y reforzó a la recién creada San Louis para que protegiera a la Alta Louisiana contra los comerciantes de pieles británicos de larga distancia venidos del valle del Ohio y de Canadá. Luego, en 1776, en lo que supuso una tentativa sin precedentes de fortalecer las defensas militares y el crecimiento económico en el extremo septentrional, el rey Carlos III sometió a todas las provincias del norte de Nueva España a una nueva entidad administrativa semiautónoma, la Comandancia General de las Provincias Internas. Sobre el mapa, las Provincias Internas eran una creación prodigiosa que abarcaba ocho grandes territorios administrativos al amparo de una frontera ininterrumpida que se extendía desde la costa del Pacífico hasta el valle del Misisipí pasando por Nuevo México y Texas.

Esa frontera era una ilusión cartográfica. Mientras se confeccionaban los mapas, el terreno geopolítico seguía cambiando. En Sonora, Nueva Vizcaya y Coahuila, en el corazón del norte de Nueva España, el fabuloso imperio se desmoronaba poco a poco. Los apaches (gileño, mescalero, natagé y lipán), muchos de los cuales habían sido expulsados de las Grandes Llanuras por los comanches, estaban erigiendo una nueva Apachería en medio de los asentamientos españoles. La situación era aún más crítica más al norte de Nuevo México y Texas, que actuaban como primera línea defensiva de Nueva España. Mientras España fortificaba el contorno exterior de sus alargados dominios de Norteamérica, los comanches proseguían con su expansión en el interior y trazaban su propio mapa de dominios por toda una franja del subcontinente. A finales de la década de 1770, España debía afrontar una situación amenazadora en el extremo septentrional: más que los cimientos de una gran extensión imperial al norte de río Grande, Nuevo México y Texas se habían convertido en periferias de un nuevo orden imperial que giraba en torno a la Comanchería.

Ese orden comanche era fruto de dos secuencias arrolladoras y entrelazadas de innovaciones políticas y económicas. La primera vio cómo los comanches acababan con las llanuras meridionales como lugar estancado desde el punto de vista geopolítico y las convertían en un eje esencial del comercio y la diplomacia. Con ello, no solo lograron acceder a alimentos, caballos y armas de fuego, sino que también dotaron a la Comanchería del tipo de lazos políticos y económicos que otorgan a las potencias invasoras un poder perdurable. La segunda secuencia, excrecencia de la primera, supuso que los comanches adoptaran políticas más agresivas hacia las colonias españolas. Cuando los comanches orientales reemplazaron poco a poco a los wichita como guardianes de la vía de acceso al curso bajo del Misisipí y la Louisiana española, convirtieron al mismo tiempo gran parte de la Texas española en un territorio interior en el que realizar asaltos para nutrir su

negocio de mercancías robadas y prisioneros. Los comanches occidentales trataron a Nuevo México como una posesión imperial en la que podían saquear prácticamente a su antojo utilizándolo, además, como mercado de bienes españoles robados y fuente de obtención de alimentos y tecnología europea.

Al igual que la conquista comanche de las llanuras meridionales durante la primera mitad del siglo XVIII, el auge de este nuevo orden geopolítico en el Sudoeste dependía en última instancia de los números... y de la comida. La población comanche había aumentado de forma explosiva durante la primera mitad del siglo XVIII, y siguió haciéndolo en las décadas de 1760 y 1770, sustentada por una economía saneada y pujante. En la década de 1760, tras haber expulsado de las llanuras meridionales a los ute, los tonkawa y los hasinai, gozaban de un acceso casi exclusivo a unos siete millones de bisontes; en apariencia, un pozo sin fondo de carne, grasa y pieles. Esta abundancia de animales, nutrida con un prolífico mosaico de hierba de búfalo, grama azul y prado amarillo (*Andropogon furcatus*), sustentaba una economía de cazadores muy especializados que producía comida y pieles suficientes para uso propio y comercial. Además, al intercambiar productos animales por maíz, fruta y verdura, lograron tender una red de seguridad alimentaria que les permitió diversificar su base de recursos y contrarrestar los riesgos derivados de la especialización intensa en la caza de bisontes (dieta desequilibrada, sobreexplotación de manadas e imprevisibilidad de la dinámica de la población de bisontes).^[67]

La disponibilidad de más y mejor alimento se tradujo en un crecimiento demográfico explosivo. Partiendo de los entre diez y quince mil que había a mediados de siglo, en las tres décadas siguientes los comanches triplicaron su población. En 1773, Gagnard se enteró, bien a través de los taovaya o de los propios comanches, de que «ascienden a un total de cuatro mil guerreros». Si suponemos que los guerreros representan la mitad de la población masculina total, y que entre los comanches había una proporción más o menos equilibrada de individuos de uno y otro sexo, la cifra de Gagnard arroja una población comanche total de dieciséis mil individuos. Otras fuentes sustentan esta idea de crecimiento acelerado. Según observadores españoles, a mediados de la década de 1780, solo los comanches occidentales eran entre mil seiscientos y mil ochocientos, mientras que una descripción de 1785 afirma que los comanches orientales disponían de dos mil guerreros, lo que se traduciría en una población total de comanches orientales de unos ocho mil. Pero esa misma descripción señala también que los comanches orientales habían perdido algunos años antes dos tercios de sus individuos a causa de la viruela, lo que indica que la población anterior a la epidemia rondaba los veinticuatro mil habitantes. Todo ello supondría que la población comanche *total* a principios de la década de 1780 ascendía o superaba las cuarenta mil personas; una cifra superior a la suma de la población de las colonias españolas de Nuevo México y Texas.^[68]

Los comanches necesitaban una base demográfica muy numerosa para equilibrar sus ambiciones en política exterior, que no dejaron de ser cada vez más entusiastas

hasta que, a finales de la década de 1770, parecían casi incontenibles. En el lapso de un solo año, combatieron con los ute en el interior de la Gran Cuenca, atacaron a los apaches cerca de El Paso y asaltaron aldeas taovaya de la margen oriental de las llanuras de Texas. Seguramente robaron caballos y apresaron esclavos por todo Nuevo México y Texas, enviaron expediciones de asalto al curso bajo del río Grande e impidieron el acceso de los cazadores osage, por el Este, y de los habitantes de Nuevo México, por el Oeste, a los territorios de bisontes de la Comanchería. Auspiciaron una serie de ferias comerciales en la cuenca alta del Arkansas, practicaron trueque con vendedores ambulantes británicos en los ríos Rojo y Brazos y acudieron a los mercados de Taos. En resumen: la política exterior comanche era un ejercicio de equilibrio dinámico y en cambio continuo, que solo podía desarrollar sin miedo a disolverse una nación poderosa desde el punto de vista demográfico.

Si su numerosa población era uno de los pilares del poder comanche, el otro era la organización política. Sin embargo, para las autoridades españolas los comanches eran unos salvajes incapaces de planificar ni organizarse. Perplejos y desconcertados por la alternancia constante de asalto y comercio y violencia y reflexión, calificaron las maniobras comanches como actos pre-políticos nacidos de la «disciplina estrafalaria» o de impulsos innatos como la «crueldad» o la «propensión al robo». Veían poca o ninguna planificación tras las acciones de los comanches. Los especialistas actuales suelen dejarse influir por estas valoraciones, que presentan a los comanches como una suma de tribus autónomas que reaccionaban de forma espontánea a las condiciones locales, en lugar de guiarse por una dirección y planificación centralizadas. No obstante, un análisis más detenido revela que bajo el localismo y el individualismo que inundaba la cultura política comanche había elementos centralizadores contundentes que insuflaban coherencia y coordinación a su política exterior.^[69]

En 1767, justo cuando los comanches occidentales lanzaban su desenfrenada serie de asaltos en Nuevo México, el gobernador De Mendinueta se enteró por un prisionero comanche de que «un bárbaro se ha ascendido a sí mismo en esa nación con la apariencia y los adornos de un reyezuelo». Se decía que ese hombre, Cuerno Verde, tenía «cerca de su persona una guardia de hombres armados, unos pajes que le servían cuando monta y desmonta del caballo y un baldaquín o unas pieles de bisonte para que tome asiento». «Todos le obedecen» y dos «confidentes ejecutan sus órdenes», concluye el informe de De Mendinueta. Doce años más tarde, cuando los asaltos comanches habían destruido casi Nuevo México, Cuerno Verde reapareció en los documentos históricos. En 1779, Juan Bautista de Anza, sucesor de De Mendinueta, lo representaba como «el cruel azote de este reino» y «el jefe de los bárbaros» que habían «exterminado muchos pueblos, matado a centenares de personas y apresado infinidad de prisioneros, que luego sacrificaba a sangre fría». En conjunto, las descripciones de De Mendinueta y De Anza retratan a Cuerno Verde como un hombre de considerable autoridad, cuyo nombre e imagen marcó la política

exterior comanche durante el esencial periodo comprendido entre finales de la década de 1760 y la de 1770.^[70]

Pero De Mendinueta y De Anza seguramente pasaron por alto las sutilezas que definían el alcance y las cualidades de la autoridad de Cuerno Verde. Es poco probable que Cuerno Verde fuera un «reyezuelo», pues la mera idea habría sido ajena a los comanches, organizados en torno al consenso. Por el contrario, Cuerno Verde debió de ser un jefe guerrero jupe, un *mahimiana paraibo*, consolidado también como *paraibo* o líder civil, y que se alzara para dirigir la floreciente industria de asaltos de los comanches occidentales en Nuevo México. Tal vez para los observadores españoles pareciera un señor de la guerra que operaba en un entorno de anarquía política, pero no hay razón alguna para creer que sus medidas no estaban sancionadas y estructuradas por las convenciones de los comanches. La autoridad de Cuerno Verde provenía de las cualidades tradicionales del liderazgo comanche (carisma, valentía y generosidad), que le permitieron crear una amplia red de *tubitsinahaitsInuus* (amigos verdaderos) y *haits* (amistades formales) que, a su vez, debían de ser líderes de rancherías locales. Esa red habría permitido a Cuerno Verde influir en la toma de decisiones, y tal vez incluso dominarla, en los grandes consejos periódicos que habían definido la cultura política comanche, al menos, desde mediados de siglo. Como se expuso en el capítulo anterior, las complejas negociaciones de paz con Nuevo México en 1752 y 1762 habían puesto de manifiesto que los comanches occidentales tenían una organización política compleja, dotada de cargos institucionalizados, una jerarquía de jefes «superiores» y «secundarios» y una serie de reuniones generales por subgrupos.^[71]

En el marco de las posibilidades que le ofrecía esta cultura política y sin extralimitarse, Cuerno Verde se abrió paso hasta alcanzar un cargo de autoridad. Tal vez lograra manipular la política de los comanches occidentales en su beneficio, pero eso no significa que su sistema político careciera de orden u organización. De hecho, más que fomentar la anarquía política, el ascenso de Cuerno Verde parece haber promovido la centralización. En un informe de 1779, De Anza señala que «desde que tomó el mando, su propia nación lo acusa de que les obliga a levantarse en armas y tener que ofrecerse para combatir a los españoles, a causa de un odio que se ha apoderado de él porque su padre, que también ostentó el mismo mando y poder, murió a nuestras manos». Con toda probabilidad, el Cuerno Verde al que se refería De Anza era el hijo del que De Mendinueta había mencionado doce años antes, alternativa que no hace más que reforzar a idea de que entre los comanches occidentales existía una autoridad política consolidada: los jefes no solo poseían un poder considerable, sino que también traspasaban el cargo a sus descendientes.^[72]

En la Comanchería oriental existía una cultura política similar, como descubrieron los españoles a mediados de la década de 1780, cuando dos de sus emisarios realizaron una visita a la región. En lugar del caos político augurado, en la Comanchería oriental encontraron un sistema político estructurado y centralizado.

Los ocho mil comanches orientales en que se estimaba su población se dividían en doce rancherías locales encabezadas por *capitanes o capitanes chiquitos*.^[*] Las rancherías no tenían un número preestablecido de habitantes, o que indica que los jefes locales competían entre sí por reclutar partidarios. En el caso de las sociedades más nómadas, la pertenencia a una banda era algo dinámico, y cada *capitán*^[*] competía con los demás para adquirir la masa crítica de seguidores necesaria para constituir una ranchería activa. Este tipo de fluidez era esencial en los territorios fronterizos del Sudoeste, donde las comunidades tenían que adaptarse a unas circunstancias políticas, económicas y ecológicas en continua transformación. Como las familias y los individuos podían trasladarse libremente entre rancherías, también podían actuar con prontitud para aprovechar oportunidades emergentes de asalto, comercio y diplomacia en las fronteras de la Comanchería, en expansión.

Pero estos elementos difusos de la política de los comanches orientales se contrarrestaban con unas instituciones centralizadoras poderosas. Los observadores españoles señalaban que los jefes locales se consideraban «súbditos» de dos grandes jefes, a quienes escuchaban con «mucho respeto». Los españoles también hablan de consejos principales o generales», en los que se presentaban asuntos políticos relevantes y, si se alcanzaba un consenso, se decidía. Dichos consejos también servían de foro en el que elegir a los grandes jefes, en unas elecciones formales en las que tenían derecho a participar todos los jefes y guerreros comanches orientales. Como muestra de la importancia de los asaltos en la economía comanche oriental a finales de la década de 1770 y principios de la de 1780, el botín de guerra era el criterio fundamental para adquirir la condición de gran jefe: un historial bélico imponente atraía a seguidores, que confiaban en aprovecharse de la asociación con un soldado destacado que, a su vez, podía sacar provecho en las elecciones del apoyo de sus numerosos partidarios.^[73] Por tanto, la organización política de los comanches orientales parece casi una réplica del sistema de los comanches occidentales. Ambos eran al mismo tiempo difusos y centralizados, ambos celebraban consejos formales a gran escala, y ambos depositaban mucho valor en las habilidades militares personales de los líderes.

Los rasgos comunes entre comanches occidentales y orientales llaman la atención sobre el último elemento subyacente al ascenso de los comanches: la cooperación política a gran escala. A primera vista, la nación comanche de finales del siglo XVIII, con sus ramas occidental y oriental diferenciadas, parece sufrir una fractura profunda; de hecho, la nación parecía estar disolviéndose en su nuevo entorno geopolítico, tan extenso. Hasta mediados del siglo XVIII, los tres subgrupos comanches originales (yamparika, jupe y kotsoteka) compartían unas tierras relativamente pequeñas en las llanuras occidentales situadas entre los ríos Arkansas y Rojo. Dada su proximidad territorial, las identidades políticas eran fluidas y las tres divisiones parecían a menudo indiscernibles.^[74] En todo caso, esta solidez político-geográfica estalló en las décadas de 1750 y 1760, cuando varias bandas de kotsoteka (los comanches

orientales) se escindieron del núcleo principal e irrumpieron en las llanuras de Texas. A partir de ese momento, las ambiciones divergentes en política exterior empezaron a orientar a las dos ramas en direcciones opuestas e, incluso, cada vez más distanciadas. Los comanches occidentales modelaron una economía de asaltos y comercio que abarcaba Nuevo México y las llanuras septentrionales, y se vieron atraídos hacia el Norte y el Oeste, tanto desde el punto de vista político como físico. Los comanches orientales se centraron en asaltar Texas y comerciar en la zona del valle del Misisipí, organizándose en torno al Sur y el Este.

Por irónico que resulte, la aparente disolución de la comunidad comanche fue acompañada de un proceso de unificación nacional simultáneo. Aunque la especialización política y económica distanció a los comanches occidentales y orientales entre sí, también contribuyó a volver a reunirlos. A finales de la década de 1770, las dos ramas practicaban entre sí un comercio muy activo alimentado por la disparidad y complementariedad de los recursos que dominaban. Una vez garantizado el acceso a las mercancías europeas a través de las aldeas de mandan y hidatsa, los comanches occidentales suministraban armas de fuego, pólvora, munición, ropa y utensilios de metal -a sus parientes orientales, que no tenían acceso tan directo a los mercados europeos pero, gracias a su proximidad con los ranchos de Texas, contaban con inmensos excedentes de caballos y mulas. Los comanches orientales vendían parte de los excedentes a los occidentales, que luego canalizaban los animales hacia las llanuras centrales y septentrionales a través del núcleo comercial de la cuenca alta del Arkansas, el punto de redistribución de ganado más destacado de todo el subcontinente.^[75]

El comercio entre subgrupos era un medio material de compartir, pero también actuaba, de forma menos evidente, como aglutinante social y político. Las ferias comerciales regulares convocadas por toda la Comanchería ejercían de espacio en el que los comanches alimentaban su sentido de la identidad común. Cuando los comanches occidentales y orientales se daban cita para comerciar, no solo intercambiaban mercancías, sino también costumbres e ideas, así como opiniones políticas. Se casaban entre sí y forjaban lazos personales y de parentesco esenciales, que volvieron a aglutinar a la nación dividida. La unidad de la gran comunidad comanche impresionaba profundamente a los visitantes. «Los cumanches occidentales —escribía uno—, se diferencian de los orientales tan solo en el peinado. Hablan la misma lengua, se consideran hermanos y compañeros y, cuando es preciso, se prestan ayuda en la guerra». Ese mismo año, Estevan Rodríguez Miró, gobernador de Louisiana, envió una descripción similar desde Louisiana. Escribió que los comanches «dominan a todas las tribus vecinas y, aunque se dividan en varias partidas de guerra, o en *pañerías*^[*] o rancherías, todos viven en perfecta amistad».^[76]

Los rasgos comunes y los vínculos, siempre esenciales desde el punto de vista cultural pero, tal vez, con un carácter menos estratégico en las décadas de 1760 y 1770, adquirieron una relevancia crítica tras la década de 1780, cuando un imperio

español con un ímpetu renovado pasó a disputar la hegemonía de los comanches en el Sudoeste. Apoyándose en su larga tradición de solidaridad y socorro mutuo, los comanches moldearon a finales del siglo XVIII una nueva instancia de unidad política, la confederación comanche, que les permitió repeler y, finalmente, derribar la última intentona expansionista de Nueva España.

III

EL ABRAZO

El 25 de febrero de 1786 Juan Bautista de Anza, teniente coronel del Ejército español y gobernador de Nuevo México, aguardaba frente a su palacete preparándose para la ceremonia. Llevaba demasiado tiempo esperando este momento, desde aquel glorioso día en los llanos, siete años antes, cuando tomó entre sus propias manos el tocado de cuernos verdes. El recuerdo de aquella victoria ya se estaba desvaneciendo, lo cual daba un tinte de fracaso a su mandato gubernativo; pero ahora renacía la esperanza. Contempló a los súbditos que abarrotaban la plaza polvorienta (hispanos, indios, *genízaros*^[*], hombres, mujeres y niños) y la hacían hervir de nerviosismo. Luego, la multitud se estremeció, se alborotó y estalló en un grito, y De Anza lo vio. Ecueraçapa, el *capitán general*^[*] de los comanches occidentales, apareció al otro extremo del pasillo que formaba la muchedumbre enfervorizada. El indio avanzó hacia él con lentitud flanqueado por tres ayudantes y escoltado por una columna de soldados españoles y ciudadanos destacados de Santa Fe. Atravesó la plaza con serenidad, desmontó ante De Anza y lo abrazó cortésmente. Fue allí, entre los brazos de un hombre a quien no consideraba más que un salvaje, cuando De Anza supo que habría paz.^[1]

El abrazo reunió a dos hombres y dos naciones, y fue la salvación de Nuevo México. El encuentro de De Anza con Ecueraçapa puso fin a un siglo de guerra intermitente que en la década de 1770 había estado a punto de acabar con el reino de Nuevo México. Durante el resto del dominio español en el subcontinente americano, los comanches occidentales mantuvieron una paz ininterrumpida con los españoles, lo que permitió a Nuevo México restablecerse e, incluso, prosperar. En Texas, donde los comanches orientales y los españoles establecieron un tratado de paz independiente que puso fin a treinta años de derramamientos de sangre casi continuos, se produjo una situación semejante al mismo tiempo.

Pero si el encuentro de De Anza y Ecueraçapa es uno de los episodios capitales del Sudoeste colonial, también es uno de los más enigmáticos. ¿Qué llevó a los comanches a abandonar su ventajosa, política de saqueo y comercio que les había reportado una prosperidad imprevisible y les había otorgado tanto poder en Nuevo México? ¿Y por qué los españoles, que llevaban combatiendo, temiendo y despreciando a los comanches durante generaciones, se alegraron, de repente de aquel abrazo?

Cuando los españoles reflejaron en crónicas posteriores los acontecimientos de mediados de la década de 1780 que obraron una transformación tan espectacular,

pensaron que podían explicarlos de forma clara y exhaustiva: nacían del resurgir de la determinación imperial de España. En las décadas de 1760 y 1770, cuando Nuevo México y Texas estaban incluso desmoronándose bajo la presión de los comanches, el núcleo del imperio de España en el Nuevo Mundo había experimentado cierta recuperación paulatina, pero sostenida. Basándose en la reforma general aplicada en el interior de España durante los primeros años del siglo XVIII, Carlos III, el Borbón español más interesado por América, había implantado una serie de medidas para modernizar Nueva España según el espíritu de la Ilustración. El rey Carlos y sus altos cargos trataron de racionalizar la administración, refrenar el poder de la Iglesia, incrementar la afluencia de ingresos a la madre patria, fomentar el crecimiento económico en las regiones más rezagadas del imperio y domeñar las fronteras salvajes y rebeldes. La iniciativa, que en su conjunto se conoce como Reformas Borbónicas, parecía haber otorgado a Nuevo México y Texas capacidad para contener la marea comanche.

En el norte de Nueva España, las Reformas Borbónicas llevaban el sello distintivo de José de Gálvez, quien entre 1765 y 1772 fue visitador general de Nueva España y luego, entre 1776 y 1787, titular de la Secretaría de Indias. Investido de un poder casi ilimitado para modernizar las estructuras administrativas del imperio, De Gálvez instauró y supervisó un paquete de medidas asombroso. Reorganizó los tribunales de justicia, reformó la contribución fiscal y fue un motor esencial de la ordenanza que en 1767 expulsó de Nueva España a los jesuitas, los adversarios potenciales más poderosos de las reformas seculares de Carlos III. Elaboró planes para estimular la circulación de moneda en las provincias septentrionales y subvencionó la producción de plata de la zona a expensas de la de Perú. Racionalizó la sobrecargada burocracia mercantilista, desmanteló el monopolio agobiante que el gremio de comerciantes de Cádiz imponía sobre las importaciones y exportaciones de las colonias americanas y decretó el monopolio real sobre la producción y venta de tabaco y pólvora. Fundó una colonia en el valle de Sonora e inició la colonización de la Alta California.

En 1776, la creación de la Comandancia de las Provincias Internas de la Nueva España (que, en muchos aspectos, fue una medida de urgencia para detener la expansión aparentemente incontenible de los comanches y los apaches en el norte de Nueva España), suscitó entre los niveles más altos de la administración una atención sin igual hacia los territorios septentrionales del imperio. La nueva disposición estratégica asignaba a Nuevo México y Texas un papel crucial para proteger a los distritos de Sonora, Nueva Vizcaya y Coahuila, dedicados a la extracción de plata. Al asediado extremo septentrional llegaron más fondos, ganado y funcionarios de alto rango, sobre todo a Nuevo México, cuya numerosa población y enorme potencial económico sirvieron para que recibiera un trato especial. Se revitalizó el comercio entre el norte de México y las provincias fronterizas, una actividad que había sufrido mucho a finales de la década de 1770 con los ataques comanches y apaches y, a partir de la década de 1780, empezó a transitar la Ruta de Chihuahua entre Nuevo México y

la ciudad de Chihuahua una cantidad de mercancías jamás vista hasta la fecha. En los últimos años del siglo XVIII, los habitantes de Nuevo México enviaban cada año hacia el Sur, a los mercados de Chihuahua, entre quince y veinte mil ovejas y varias toneladas de lana, algodón, paños y alimentos, mientras que partían hacia el Norte, a Nuevo México, infinidad de caravanas inmensas cargadas de diversas manufacturas. Tras casi dos siglos de relativo aislamiento, el extremo septentrional acabó convirtiéndose por fin en un elemento más del tejido económico del imperio.

Gracias a su relevancia estratégica como parachoques de la expansión comanche, Nuevo México y Texas también salieron bien paradas de la reorganización generalizada de las defensas fronterizas, concluida finalmente a finales de la década de 1770» varios años después de que el marqués de Rubí hubiera formulado sus recomendaciones. La nueva organización descansaba sobre un cordón de quince presidios que unían los golfos de México y California en torno al paralelo trece, la auténtica línea fronteriza según Rubí. Al norte de esa línea se abandonaron siete guarniciones. Texas perdió el presidio de Los Adaes (que cedió su condición de capital provincial a San Antonio), pero tanto Santa Fe como San Antonio conservaron sus guarniciones, pese a estar situadas mucho más al norte del cordón trazado por Rubí. Esos dos presidios septentrionales recibieron también amplio respaldo de las arcas reales y, a principios de la década de 1780, disponían de más soldados que cualquier otro de las Provincias Internas.^[2]

La revitalización de la España borbónica se puso a la altura de los comanches en 1779, cuando De Anza, gobernador de Nuevo México desde hacía dos años, decidió plantar batalla a los comanches occidentales en su propio terreno. De Anza, militar de tercera generación, veterano contra los indios, pionero de la ruta terrestre entre Sonora y California y uno de los funcionarios más capacitados de Nueva España, había sido escogido por el Comandante General Teodoro de Croix para pacificar a los comanches y restablecer el orden en el maltrecho y conflictivo extremo septentrional. De Anza reunió a casi seis mil soldados entre guarniciones de presidios, milicias y fuerzas auxiliares indias, y proporcionó a cada uno de ellos un buen caballo. Partió de Santa Fe a mediados de agosto. Cuando la expedición avanzaba hacia los campamentos comanches situados al norte de Taos, se unieron a ella unos doscientos ute y apaches jicarilla, lo que la convirtió en la expedición militar española más numerosa de las enviadas a las llanuras en toda la historia.

Ochocientos soldados de De Anza avanzaron hacia el Norte desde Santa Fe evitando atravesar las llanuras abiertas, y sorprendieron a una ranchería comanche de 120 tiendas en la actual Fountain Creek. Mataron a dieciocho guerreros y treinta mujeres y niños, «estos últimos, que corrían hacia sus padres», y apresaron a treinta y cuatro mujeres y niños. Los prisioneros revelaron una información asombrosa: los soldados de De Anza habían encontrado la ranchería de Cuerno Verde, el «reyezuelo» legendario de los comanches occidentales. Los cautivos también refirieron que Cuerno Verde había partido con unos cincuenta guerreros para atacar Taos. De Anza

vio en ello una oportunidad de asestar un golpe en el corazón de la estructura militar de los comanches occidentales y decidió adentrarse en Nuevo México hasta el lugar del que venían. Dos días después, De Anza se encontró con los comanches que regresaban, «quienes se entregaron a un combate ciego y precipitado». Los comanches repelieron el primer ataque; pero, al día siguiente, las tropas de De Anza dividieron sus fuerzas en dos y cercaron a Cuerno Verde y sus colaboradores más próximos en un barranco. Cuerno Verde murió, junto con «su primogénito y heredero, cuatro de sus capitanes más afamados, un curandero que afirmaba ser inmortal y otros diez indios». De Anza regresó a Santa Fe con más de treinta prisioneros y exhibiendo ante los ciudadanos el tocado verde del jefe comanche abatido. Notificó la importancia de la victoria a sus superiores y envió los tocados de Cuerno Verde y de «su segundo» al comandante general De Croix indicando que eran, «los primeros trofeos con que os rindo tributo desde esta provincia». Los asaltos comanches a Nuevo México se interrumpieron de inmediato, y algunos jefes comanches empezaron a realizar tentativas de paz con De Anza. Mientras que los doce años anteriores habían sido testigos de ataques casi constantes, a partir de 1780 solo hubo incursiones ocasionales. Los españoles pensaban que, de un plumazo, De Anza había puesto fin definitivamente a los asaltos y había sometido a los temibles comanches.^[3]

Sin embargo, un análisis más detenido indica que la victoria de De Anza fue más oportuna por el momento en que se produjo que decisiva desde el punto de vista militar: tuvo lugar justo cuando los comanches atravesaban una serie de crisis, cuyas consecuencias los obligaron a reconsiderar su política hacia los españoles. Los comanches habían gozado de una relativa tranquilidad en sus fronteras durante años pero, a finales de la década de 1770, volvieron a estallar los conflictos. Los kiowa, con quienes los comanches occidentales llevaban comerciando pacíficamente desde mediados de siglo, presionaban a la Comanchería desde las llanuras centrales. Atraídos por el clima cálido y las inmensas manadas de caballos salvajes de las llanuras meridionales, y presionados por la migración hacia el Oeste de los cheyenne, los kiowa penetraron en la cuenca del río Arkansas, dónde libraron enfrentamientos violentos con los comanches yamparika y jupe. También se desataron hostilidades entre los comanches y los pawnee, con lo que se disolvió la alianza forjada desde 1750. Las causas de la ruptura no están claras, pero es posible que ambas naciones chocaran por los privilegios de caza en la cuenca alta del Arkansas, donde se habían agotado las manadas de bisontes durante los años de sequía de mediados de la década de 1770. En los primeros años de la de 1780, la totalidad de la frontera septentrional de la Comanchería se había convertido en un campo de batalla. Y mientras se desataban nuevas guerras en el Norte, seguían activas las antiguas en los demás frentes. Las partidas de caza y de guerra osage siguieron poniendo a prueba la pujanza de la frontera oriental de la Comanchería, y los apaches luchaban con ferocidad para mantener a los comanches al margen de su territorio de incursiones en el sur de Texas. Los primeros años de la década de 1780 también vieron cómo la

expansión en apariencia irrefrenable de los comanches en el territorio ute, al oeste de las Rocosas, se convertía en una retirada.^[4]

Sumidos en tanta guerra, los comanches también sufrieron el golpe de varios reveses económicos y comerciales. Los comanches occidentales no solo vieron cómo se ahogaban en un baño de sangre sus vínculos comerciales tradicionales con los kiowa y los pawnee, sino que también perdieron contacto con los kansa y los iowa, cuyo poderío comercial se vio debilitado por el exceso de caza y las tentativas de los osage de monopolizar el comercio de pieles español procedente de San Luis. Los comanches orientales tuvieron que hacer frente a una crisis comercial parecida. A finales de la década de 1770, tras una rivalidad prolongada, habían sustituido por fin a los wichita como puente comercial para acceder a la cuenca baja del Misisipí... lo que no sirvió más que para ver cómo la cambiante geopolítica imperial asfixiaba los mercados orientales. Recibieron el primer golpe en 1779, cuando España se unió a las trece colonias rebeldes contra Gran Bretaña y tomó la ribera oriental de la cuenca baja del Misisipí, con lo que impedían que los comerciantes británicos penetraran en la Comanchería. Luego, los comerciantes franco-españoles de Louisiana se retiraron de las llanuras para aprovecharse de los beneficios de una guerra que asolaba todo el Misisipí y la costa del Golfo de México. A principios de la década de 1780, el comercio de la cuenca baja del Misisipí con el Oeste casi había desaparecido, lo que despojó de sentido la victoria de los comanches orientales sobre los wichita: ahora eran un puente comercial por el que no se accedía a ningún comercio.^[5]

Pero estos contratiempos militares y económicos parecen nimios en relación con la catástrofe demográfica que se cernió sobre los comanches. En 1780 ó 1781 recayó sobre la Comanchería una epidemia de viruela de alcance continental, lo que causó una destrucción imprevisible entre una población nómada que todavía no se había visto expuesta a la enfermedad y, por ello, constituía un territorio virgen para que el virus se propagara y matara. La epidemia, que afectó al territorio comprendido entre Ciudad de México y la bahía de Hudson y desde el Este asolado por la guerra hasta la costa noroccidental, golpeó en Nueva Orleans el invierno de 1779-1780. Luego, se desplazó hacia el río Rojo, hasta un conjunto de aldeas wichita recién fundadas en su orilla septentrional, y penetró en la Comanchería. La devastación fue inconmensurable. Los comanches orientales afirmaban haber perdido dos tercios de su población, quizá nada menos que mil seiscientos habitantes. La epidemia también, golpeó en Nuevo México, pero no logró propagarse entre los comanches occidentales de las inmediaciones, pues habían huido de la provincia tras el impacto de la victoria de De Anza sobre Cuerno Verde. Pero, aunque se salvara la mitad de la nación comanche, los ecos del horror y la angustia resonaban por toda la Comanchería.^[6]

Fue inmediatamente después de esta catástrofe cuando los comanches empezaron a reconsiderar su política hacia los españoles. Con otros indígenas enemigos acechando sus fronteras, las redes comerciales sumidas en el caos y las rancherías orientales diezmadas por gérmenes extraños, les resultó más práctico, y tal vez

necesario establecer lazos diplomáticos y comerciales más estrechos con las colonias españolas. Los comanches orientales redujeron los asaltos a Texas en el invierno de 1781-1782 y, en 1783, los occidentales iniciaron conversaciones de paz en Santa Fe. [7]

Por suerte para los comanches, su deseo de paz coincidió con un proceso paralelo de reconsideración política en el bando español. Esa evaluación vino desencadenada por las desiguales consecuencias que tuvo para España la declaración de independencia de Estados Unidos. En el tratado de paz firmado en París en 1783, Gran Bretaña devolvía a España las dos Floridas (oriental y occidental), pero también otorgaba a los recién creados Estados Unidos un generoso territorio fronterizo meridional en el paralelo treinta y uno. La medida enfureció a las autoridades españolas, que insistían en que su provincia de Florida Occidental se extendía por el Norte hasta el valle del Tennessee y la confluencia de los ríos Ohio y Misisipí. Ansiosos por tener acceso a la ribera del Misisipí y al comercio de piel meridional, los norteamericanos se negaron a negociar un acuerdo y, así, los españoles se vieron envueltos en una amarga disputa fronteriza con una república de «un pueblo nuevo y enérgico, hostil a toda dominación, que avanza y se multiplica». [8] El Tratado de París creó, por tanto, unos apuros inesperados para los españoles. La adquisición de las Floridas satisfizo su sueño tradicional de forjar un imperio que atravesara todo el subcontinente norteamericano de Este a Oeste y, sin embargo, su posición se sentía más amenazada que nunca.

La actitud al mismo tiempo poderosa y susceptible de España engendró varios planes políticos drásticos con respecto al exterior. Las autoridades españolas cerraron el curso bajo del Misisipí a los barcos estadounidenses con el fin de aislar de los mercados y vías de comunicación a los colonos y agricultores de Kentucky y Tennessee, pero abrieron Louisiana y las Floridas a los emigrantes norteamericanos que prometieran convertirse al catolicismo y ser vasallos del rey. Pero la mezcla de recluir e invitar a integrarse a los norteamericanos no era más que una medida de emergencia: la principal táctica de España para mantener a raya la expansión de Estados Unidos fue una nueva política hacia los indios, secularizada. [9]

A falta de poderío demográfico y militar para contener a los norteamericanos, las autoridades españolas se lanzaron a alzar a ambos lados del valle del Misisipí amplias barreras protectoras de indios leales con el fin de poner freno a la expansión estadounidense, en apariencia inminente, hacia las Grandes Llanuras y el norte de México. En lugar de emplear la conversión y la coerción, piedras angulares recurrentes de la política de España hacia los indios, se instruyó a los agentes para que recurrieran a tratados, comercio y regalos para ganarse la lealtad de los indios. Al este del Misisipí, los funcionarios negociaron en 1784 acuerdos con los creek, los alabama, los choctaw, los chickasaw y los semínola, con lo que establecieron una extensa red de alianzas con los indios que abarcaba gran parte del territorio en disputa con Estados Unidos. Carlos III nombró entonces virrey de Nueva España a Bernardo

de Gálvez, el célebre gobernador de Louisiana durante la declaración de independencia de Estados Unidos y sobrino de José de Gálvez. La jurisdicción de De Gálvez se amplió a las Provincias Internas, Louisiana, las Floridas y Cuba, con la esperanza de que aquel joven y enérgico representante español estructurara todos esos dominios en una frontera unificada con Estados Unidos.^[10]

En mayo de 1785, De Gálvez envió una carta al gobernador de Texas, Domingo Cabello, exigiéndole que emulara los logros diplomáticos recientes obtenidos por España con los indios meridionales en la orilla occidental del Misisipí. Los únicos frutos que Cabello podía mostrar en ese momento eran una serie de conversaciones de paz fallidas con los taovaya y los tawakoni. De inmediato, empezó a preparar una misión diplomática con destino a la Comanchería y escogió a dos emisarios: Pedro Vial, un herrero de origen francés y comerciante con los indios que había vivido varios años entre los taovaya antes de regresar, hacía poco, a Texas; y Francisco Xavier Chaves, un *vecino*^[*] de Nuevo México que había sido apresado por los comanches cuando tenía ocho años y había sido intercambiado con los taovaya cuando su madre adoptiva comanche murió, dieciséis años más tarde. Vial conocía en profundidad el entorno político y económico de las llanuras meridionales, mientras que Chaves hablaba con fluidez la lengua de los taovaya y los comanches. Cabello asignó a Vial y Chaves dos criados, seis caballos, cuatro mulas, regalos por valor de cuatrocientos pesos y un encargo poco alentador: negociar un tratado de paz con los comanches orientales, que llevaban décadas asaltando y saqueando Texas.^[11]

Guiados por una delegación taovaya que estaba visitando a los nacogdoche, Vial y Chaves llegaron a finales de agosto a una extensa ranchería comanche que se extendía por una amplia llanura junto al río Rojo. Cuando los emisarios se aproximaron a la aldea comanche, se vieron inmersos en una diplomacia indígena meticulosamente orquestada en la que los gestos, el contacto físico, las manifestaciones verbales y los rituales estaban cargados de significados profundos. Unos doscientos comanches que avanzaban en fila de a dos salieron de la ranchería exhibiendo sus armas. Vial y Chaves desplegaron una bandera española, los comanches descargaron una salva de disparos y, luego, abrazaron a los visitantes. Vial, Chaves y los guías taovaya fueron escoltados hasta la tienda del *capitán*^[*] de la ranchería, que puso los animales y los bienes bajo su protección y agasajó a los visitantes con diversas carnes con *papas*^[*]. Cuando Vial y Chaves anunciaron el propósito de la visita, la aldea comanche empezó a transformarse en sede de una reunión multitudinaria. Se lanzaron flechas en todas direcciones para reunir a las rancherías dispersas de comanches orientales y, al cabo de una semana, acudieron diez. Entre los recién llegados había «dos sobresalientes *capitanes*^[*] de la nación»: Camisa de Hierro, así llamado porque vestía una cota de malla que había arrebatado a un jefe apache vencido, y Cabeza Rapada, que se había afeitado la mitad del cuero cabelludo y llevaba muy largo el de la otra mitad. Vial convocó a los *jefes* o *capitanes*

chiquitos^[*] de las ocho rancherías restantes y señaló que todos ellos «iban acompañados de indios *principales*^[*] de más edad y de muchos jóvenes».^[12]

En presencia de la mayoría de sus miembros, los comanches orientales auspiciaron varias reuniones consecutivas. Según reflejó Vial, abrieron una ventana luminosa sobre el arte de gobierno comanche. En la primera participaron Vial, Chaves, los dos jefes taovaya (Guersec y Eschas) y una delegación de ancianos y jefes comanches. Mal y Chaves les regalaron tabaco, paños, cuchillos, bermellón y cuentas, y manifestaron el deseo de paz de España. Sin embargo, los comanches se mostraron cautelosos y exigieron saber si los españoles «habían traído alguna enfermedad que aniquilara a su nación». Una vez convencidos de que los visitantes estaban sanos y se podía celebrar una gran reunión, los jefes «dieron orden a sus portavoces de que hicieran correr la voz entre todos los miembros de sus grupos respectivos con la instrucción de que se reunieran al caer la noche en el lugar establecido para celebrar consejo». «A partir de ese momento —según palabras de Vial—, se desató una algarabía de gritos por el día y un susurro de voces por la noche». Al amanecer, los comanches habían decidido celebrar un consejo general «para que todos pudieran escuchar de nuestra boca los motivos de nuestra llegada».^[13]

El consejo general impresionó mucho a Vial por su meticulosa ritualidad, su libertad de participación (pese a la composición jerárquica) y su mera envergadura. Vial señaló que «con la bandera española izada en un mástil muy alto expusimos la propuesta en un círculo muy grande que habían formado los indios sentándose en el suelo en cuatro hileras, alcanzando, a nuestro juicio, una cifra de unos setecientos». Las hileras interiores del perímetro estaban ocupadas por los dos grandes jefes, los jefes de cada una de las rancherías y guerreros veteranos y jóvenes, y estaban rodeados por «infinidad de hombres, mujeres y niños, en pie». El consejo estuvo presidido por Camisa de Hierro y Cabeza Rapada, que presentaron a los emisarios «con educación y cortesía» y los hicieron «sentarse junto a ellos en la primera fila del centro del círculo». Tras el «indispensable» preludio ritual de fumar juntos, Vial transmitió su mensaje «en la lengua de los taovaya, que todos los cumanches comprenden y hablan muy bien».^[14]

Vial empezó refiriéndose a Chaves, quien, dada su condición de antiguo prisionero y comanche de adopción, encarnaba la posibilidad de establecer relaciones políticas basadas en el parentesco entre comanches y españoles. Luego, advirtió a los comanches que estaban a punto de quedar excluidos de la red de comercio, regalos y amistad que Texas estaba forjando con otras naciones indias. Refirió que él mismo y Chaves habían llorado ante el «Capitán Grande» (el gobernador Cabello) para suplicarle que ampliara la alianza a los comanches, pues insistían en que «eran un pueblo bueno, muy generoso y muy buen amigo [...] de sus amigos». Por último, Vial expuso la oferta de paz hecha personalmente por Cabello, que se basaba en cuatro pilares: guerra generalizada contra los apaches, cese de todas las demás

hostilidades, comercio mutuo y regalos políticos. «No solo quiero que sean mis amigos, sino también de todas las naciones que son amigas mías, y que si desean entregarse al placer de guerrear, hagan la guerra contra los apaches y los lipán, que me roban muchos caballos y mulas. [...] Tenderé mi mano y trataré de «darles todo lo que pueda. Y, por último, si fueran buenos amigos, ordenaría a los comerciantes que acudieran a sus campamentos para suministrarles todos los bienes que necesitaran, a cambio de pieles o de cualesquiera artículos que vendan los comerciantes. Y, además «de eso, cada vez que me dirija a este presidio de San Antonio, como hago cada año, trataré de que los *capitanes*^[*] y *principales*^[*] de la nación cumanche acudan también para que les entregue un pequeño regalo con el que no duden de la alta consideración que siento por ellos».^[15]

Cuando Vial concluyó, Guersec ocupó la zona central para corroborar la afirmación de Vial de que se había producido un verdadero cambio en la política española hacia los indios. El taovaya afirmaba que Cabello se había comprometido a entregar regalos y ofrecer un comercio sin restricciones que incluía armas de fuego, pólvora y munición. Al igual que Vial, Guersec hizo una advertencia: «Sabed que es más importante para nosotros mantener la amistad con los españoles que con vosotros [...] Si seguís comportándoos «de forma absurda, os volveremos la espalda y nos uniremos a los españoles que, al fin y al cabo, atienden nuestras necesidades». Las palabras de Guersec debieron de tocar la fibra sensible de los comanches, que ya habían perdido la mayor parte de sus vínculos comerciales y, ahora, corrían peligro de quedar excluidos de la coalición entre españoles y taovaya.^[16]

Tras el discurso de Guersec, que «conmocionó a todos los comanches del corro», se suspendió la reunión. A Vial le parecía que las diez rancherías reunidas se fundieron en un único organismo en busca de consenso. «Los portavoces pasaron el resto del día [...] hablando con sus grupos respectivos para que comprendieran todo lo que habíamos expuesto. Por la noche, volvió a suceder lo mismo. Todos los corredores de la *ranchería*^[*] estaban tan abarrotados de hogueras que pensamos que ninguno de ellos podría dormir». Los dos jefes taovaya también participaron en las conversaciones y celebraron un consejo privado con Camisa de Hierro, Cabeza Rapada y los jefes de cada una de las rancherías. Al amanecer, «todos los *capitanes* y *principales*^[*] comanches habían acordado firmar la paz».^[17] Volvió a convocarse el gran consejo, cada uno de los comanches ocupó el mismo lugar que antes y volvieron a repetirse las ceremonias de la víspera. Camisa de Hierro profirió entonces una réplica formal a la oferta de España. Subrayó que los comanches entendían lo que constituía una paz aceptable e inscribieron el acuerdo en un marco de parentesco.

Hemos escuchado con gozo las sensatas palabras que nos ha dirigido vuestro padre, el Capitán Grande de San Antonio, y hemos guardado en el corazón. Tranquilizados, apreciamos que todas las veces que nos habéis hablado, no nos habéis inquietado.

[...] Por consiguiente, olvidando los asesinatos que los españoles han cometido contra nuestros padres, hijos y hermanos, nos alegramos mucho, sobre todo de saber que a nuestro padre, el Capitán Grande de San Antonio, no le agradan los apache ni los lipán, contra quienes guerreamos cada vez que nos encontramos. Y así, a partir de ahora, la guerra contra nuestros hermanos españoles ha concluido. No verán nuestras huellas en los alrededores de San Antonio, pues no les causaremos ningún daño ni les robaremos. Y así, ya hemos escogido a tres *capitanes chiquitos*^[*] de nuestra nación para que vayan con vos a ver qué recepción dispensa nuestro padre, el Capitán Grande, y qué les dice sobre el modo en que debemos iniciar la paz que hemos acordado sellar con él para demostrar el afecto que sentimos por los españoles.^[18]

Camisa de Hierro puso como condición de paz a los españoles que no intervinieran en la relación entre comanches y apaches: «seguiremos dispuestos a forjar una paz duradera cuando nuestro padre, el Capitán Grande de San Antonio, lo acepte sin reservas y nos garantice como única condición facilitamos el paso [a través de Texas] y no oponerse a que guerreemos contra los apaches lipán, nuestros enemigos ancestrales». Cuando el jefe concluyó su declaración, «empezó a retorcer todo el paño que le habíamos entregado y llevaba puesto y, al tiempo, todos los integrantes del círculo y quienes estaban en las filas posteriores estallaron en un griterío que nos dejó sordos durante bastante rato». Vial había comprendido que aquella manifestación era «una señal de que todos los miembros de la nación aceptaban y consentían en la paz». Dos días después, Vial y Chaves emprendieron viaje de regreso a San Antonio con tres *capitanes*^[*] comanches.^[19]

Se brindó un recibimiento muy cordial a los tres embajadores comanches que llegaron a San Antonio. Se les hizo desfilar por las calles más importantes de la ciudad y el propio Cabello les dio la bienvenida en el palacio gubernamental. Pocos días después, se cerró un tratado formal, una versión más elaborada del acuerdo preliminar establecido en la Comanchería. Según parece, como Cabello se tomó muy en serio la idea de Vial de que los comanches serían pacíficos solo «si reciben el equivalente a lo que obtienen con el pillaje [...] al que se dedican estando en guerra», prometió entregar todos los años a los jefes comanches regalos «en prueba de nuestra buena amistad». También prometió enviar comerciantes autorizados «que les suministren mercancías a cambio de pieles». Los emisarios comanches, por su parte, prometieron que su nación cesaría toda hostilidad contra Texas, devolvería los prisioneros españoles texanos y evitaría interaccionar con los enemigos de España. Por insistencia de Camisa de Hierro, la guerra contra los apaches se discutió explícitamente en el tratado, que estipulaba que comanches y españoles actuarían como hermanos contra los apaches, el enemigo común. Se otorgaba plena libertad a los comanches para guerrear contra los apaches en Texas, pues el tratado solo especificaba que debían solicitar autorización del gobierno de Texas si pretendían

perseguir a los lipán y los mescalero hasta Coahuila.^[20]

Al cabo de tres semanas de conversaciones, los delegados comanches partieron ataviados con uniformes militares españoles, portando bastones de mando y una bandera blanca con una cruz borgoñona y escoltados por cuarenta y dos soldados españoles. Durante el otoño y el invierno, visitaron San Antonio otros jefes comanches para afianzar la paz. Sus *travois* llegaban cargados de cueros, pieles y carne con la que pretendían comerciar, y solían acudir acompañados por sus familias. También ofrecieron a las autoridades españolas esclavos apaches apresados en Sonora, con lo que se adelantaron a las transformaciones geopolíticas generalizadas que produciría enseguida la alianza entre comanches y españoles en los territorios fronterizos del norte de Nueva España. Cuando Cabello descubrió que era preciso «tratarlos con cariño y coherencia, pues son muy sensibles y no tolerarán la menor rudeza», abrió las puertas de la capital al pueblo que hacía pocos años había estado a punto de borrar de la tierra la colonia. En su residencia celebró banquetes con los jefes comanches, los cubrió de regalos y erigió para sus familias una cabaña de caña y adobe de casi cincuenta metros de longitud junto al río San Antonio, donde los indios pudieran disfrutar del baño a diario.^[21]

Mientras las relaciones entre comanches y españoles adquirían un rumbo nuevo en el Este, el gobernador De Anza, en Nuevo México, se esforzaba por iniciar conversaciones de paz definitivas con los comanches occidentales. La impresión causada por su victoria ante Cuerno Verde se había desvanecido hacía mucho, y aunque un gran número de comanches comerciaba otra vez en Taos, el proceso de paz se había estancado. En octubre de 1785, una partida comercial comanche reveló el motivo del estancamiento: incapaces de acordar una política común hacia los españoles, los comanches occidentales se habían escindido en dos bandos enfrentados. La mayor parte de los jefes y las rancherías kotsoteka estaban a favor de una paz generalizada con Nuevo México, pero encontraban la oposición de los jefes, que habían tomado el poder gracias a su capacidad de comandar incursiones victoriosas en Nuevo México. Parte de la resistencia había desaparecido con la muerte de Cuerno Verde, pero otro jefe muy poderoso, Toroblanco, se había puesto al frente de la facción belicosa. Toroblanco gozaba de mucho apoyo entre los comanches yamparika y jupe, y la facción pacífica perdía terreno. De Anza envió el mensaje de que no iniciaría negociaciones a menos que los comanches occidentales se sometieran a un único jefe capaz de representarlos a todos. Para mantener abiertas las vías de diálogo, la partida comanche devolvió a dos prisioneros de Nuevo México y dejó voluntariamente como rehenes de los españoles a otros dos de sus miembros.^[22]

Sin embargo, a finales del otoño de 1785, la facción pacífica de mayoría kotsoteka recibió un estímulo cuando llegó a la Comanchería occidental la noticia del

tratado de los comanches orientales con Texas. Es posible que quien la diera a conocer fuera Camisa de Hierro, que se había reunido con Vial y Chaves en septiembre y había prometido informar de las conversaciones «a los yamberica, nuestros camaradas y hermanos». En noviembre, seiscientas tiendas de comanches occidentales, unos seis mil habitantes, se reunieron en la zona de Big Timbers, junto al río Arkansas, para preparar las conversaciones de paz con De Anza. Un jefe kotsoteka llamado Ecueraçapa fue escogido como enviado de los comanches occidentales a Nuevo México. A juicio de Pedro Garrido, un funcionario español que sintetizó los informes de los habitantes de Nuevo México para el comandante de las Provincias Internas, Ecueraçapa fue elegido «para buscar un nuevo ajuste y acuerdo de su comercio en Nuevo México» reuniéndose «directamente con el gobernador para eliminar obstáculos disuasorios».^[23]

Ecueraçapa disponía de un bagaje exclusivo para ejercer el papel de intermediario entre los comanches occidentales y los españoles. De hecho, es posible que el Ecueraçapa de los comanches occidentales y el Camisa de Hierro de los orientales fueran la misma persona: los españoles de Nuevo México conocían también a Ecueraçapa por el nombre de Cota de Malla, y algunos funcionarios españoles afirmaban que Ecueraçapa/Cota de Malla eran la misma persona que Camisa de Hierro; tal vez «Ecueraçapa» fuera un derivado de las palabras españolas *cuera* y *capa*. Así, Ecueraçapa habría sido un enviado de los comanches orientales que se convirtió en representante de los occidentales y atravesó la Comanchería con la experiencia acumulada en acuerdos anteriores con los agentes coloniales españoles. Según Garrido, Ecueraçapa «no tenía igual en logros militares» y, lo que es más importante, se distinguía «por su habilidad e inteligencia en cuestiones políticas». Debido tal vez a que era un recién llegado a la Comanchería occidental, adoptó medidas decisivas para consolidar su autoridad. Se dice que advirtió al consejo que lo escogió de que si los demás jefes comanches occidentales lo abandonaban, «se sumaría al bando español». Poco después, unos kotsoteka asesinaron a Toroblanco y eliminaron la facción belicosa. A continuación, según palabras de Garrido, los seguidores de Toroblanco «se incorporaron al bando dominante de los cuchanecs [kotsoteka], salvo algunos que pertenecían a la [...] [ranchería] del capitán fallecido, que se escindieron en un pequeño grupo para cometer fechorías».^[24]

En diciembre, se le presentó a Ecueraçapa una oportunidad imprevista de iniciar conversaciones de paz con los españoles. Un indio de una partida de caza española que se dirigía a las llanuras se separó del grupo principal y fue «apresado por los espías de Ecueraçapa., que lo confundió con un pagano por su atuendo». Al enterarse de que aquel hombre, José Chiquito, hablaba la lengua de los comanches, decidió utilizarlo como intermediario. Celebró cuatro consejos consecutivos para estudiar los detalles de las conversaciones de paz y, una vez alcanzado un acuerdo con los demás jefes, envió a Chiquito y a otros dos comanches para informar a De Anza de que él llegaría a Santa Fe poco después.^[25]

El anuncio conmocionó al Sudoeste, donde las noticias viajaban con rapidez a través de las redes comerciales y de parentesco. Los colonos de la frontera de Nuevo México estaban extasiados ante la perspectiva de una paz que pusiera fin al sufrimiento prolongado de las acometidas comanches. «La noticia de los acontecimientos recorrió con rapidez los pueblos de la provincia —escribió Garrido—, dada la circunstancia de que no se conocían ejemplos anteriores, y se propagó entre los habitantes la idea de que se alcanzaría una paz temporal con la nación comanche». En enero de 1786, un grupo de comanches occidentales atacó Pecos en lo que demostró ser el último estertor de la facción belicosa. Los kotsoteka siguieron a los malhechores y Ecueraçapa ejecutó personalmente a su líder. Luego, envió a Santa Fe una delegación para disculparse por la ofensa y para que transmitiera la noticia de la ejecución como rito de compensación.^[26]

La noticia de la inminencia de las negociaciones entre comanches y españoles también llegó a los ute, indignados por la nueva política española. Como habían mantenido con Nuevo México una alianza estable y beneficiosa para ambas partes desde mediados del siglo (sustentada en el miedo común a los comanches), ahora temían que el acercamiento entre comanches y españoles los marginara y expusiera a la violencia de aquellos. En enero de 1786 se presentaron en Santa Fe Moara y Pinto, «dos de sus jefes más respetados». Se reunieron con De Anza y «manifestaron acaloradamente su oposición a la tentativa de paz, exponiendo los argumentos más vengativos e incluso ultrajantes y salvajes para ahogarla, llegando incluso a afirmar ante De Anza que preferían rebeldes poco fiables y habituales antes que amigos siempre obedientes y fieles». Garrido refería que «estaban tan enfurecidos que, durante las más de cuatro horas que estuvieron repitiendo sus argumentos, no quisieron fumar ni aceptar regalos». De Anza prestó atención a los agravios de los jefes e insistió en que el rey «no podía evitar extender su gracia sobre todo aquel que la suplicara» y, finalmente, «prometió transmitir a los comanches su reflexión en prueba del aprecio que sentía por su amistad leal y antigua». Invitó a los delegados ute a quedarse en Santa Fe para asistir a las negociaciones con Ecueraçapa.^[27]

Cuando Ecueraçapa llegó a Santa Fe el 25 de febrero de 1786, en la ciudad se podía masticar la tensión y la expectación. De Anza brindó al jefe indio una bienvenida oficial y Ecueraçapa le respondió desplegando la ornamentada representación social que culminó en el trascendental abrazo ante la puerta del Palacio del Gobernador. Sin embargo, en el interior del palacio, las negociaciones fueron más prácticas que ceremoniosas. Ecueraçapa llegó equipado con un programa minucioso aprobado en las asambleas masivas de los comanches occidentales. (Asimismo, parece ser que los emisarios comanches habían discutido posibles condiciones de paz en Taos y en otras aldeas fronterizas muy vinculadas a la Comanchería.) El plan, expuesto «en nombre de todo su pueblo», emanaba del problema principal que los comanches occidentales afrontaban a mediados de la década de 1780: la acuciante falta de artículos derivada de la interrupción del

comercio. Como habían perdido los lazos comerciales en el Norte y el Este, trataban ahora de dominar las redes comerciales y los recursos de los territorios fronterizos del Sudoeste.^[28]

Ecueraacapa buscaba una «paz nueva y mejor cimentada» con Nuevo México y, para ese fin, exigía una serie de concesiones a los españoles: el derecho de «establecerse y vivir a poca distancia de los asentamientos españoles», «la creación de ferias y el establecimiento de libre comercio con Pecos», y «libertad para atravesar Pecos y llegar a Santa Fe» con el fin de cultivar «la amistad mutua y el comercio». Por último, proponía declarar una guerra conjunta contra «el enemigo común, los apaches». En conjunto, las condiciones habrían otorgado a los comanches el monopolio virtual sobre los mercados del este de Nuevo México: ya tenían asegurado el acceso a las ferias de Taos y, ahora, Pecos y Santa Fe quedarían incluidas en su ámbito comercial. Así pues, el intercambio sin trabas era el principio fundamental de la paz, y la idea de forjar una alianza militar contra los apaches también se derivaba de este interés. Si bien la mayoría de los grupos apaches habían huido de las llanuras, todavía seguían viviendo en las inmediaciones de Pecos y Santa Fe unas cuantas bandas de apaches jicarilla que comprometían el acceso de los comanches a las aldeas fronterizas de Nuevo México. Las aldeas jicarilla también impedían que los comanches penetraran en el fabuloso territorio de caza situado al oeste del río Pecos, donde en invierno se congregaban las manadas de bisontes. Al reclamar el derecho a «establecerse y vivir a poca distancia» de los asentamientos españoles, Ecueraacapa presionaba a De Anza en realidad para que reconociera el dominio de los comanches sobre todas esas zonas fronterizas y territorios de caza esenciales. Demandaba que los españoles firmaran un compromiso inequívoco con los comanches, suprimieran toda clase de apoyo a los apaches y, si era necesario, los ayudaran a expulsar a los apaches que quedaban en las inmediaciones de Pecos y Santa Fe.^[29]

Una vez establecido el marco general para la paz, Ecueraacapa pasó a los detalles. Pidió a De Anza que respondiera formalmente a su oferta en la aldea más oriental, la de Pecos, donde los demás jefes comanches ya estaban reunidos. Pidió también al gobernador que Le asignara «en ese mismo momento un regalo o credencial» de su condición ante los españoles, con el fin de que «pudiera demostrar a las rancherías dispersas que toda la nación quedaba incluida en la paz». Parece ser que aquí el programa político de Ecueraacapa se mezclaba con un plan personal: quería exponer las condiciones del tratado en público y someterlas a la censura de sus seguidores utilizando el espacio público al mismo tiempo para afianzar su poder entre los comanches occidentales.^[30]

Las conversaciones se habían desarrollado en presencia de siete delegados ute, y la reunión concluyó cuando Ecueraacapa y los representantes de los ute establecieron un acuerdo de paz. Se cimentó «según sus costumbres»: los dos bandos intercambiaron ropas para limpiar la relación de malestar y hacer renacer el lazo de parentesco desgastado. El acuerdo, que ponía fin a más de treinta años de guerra

intermitente entre comanches y ute, se vuelve inteligible en el contexto de las condiciones impuestas por Ecueraçapa a De Anza. Si había que garantizar a los comanches acceso sin restricciones a las ferias de Pecos y Santa Fe, en el centro de Nuevo México, habría menos necesidad de mantener alejados a los ute de los mercados del norte de Nuevo México. El interés del comercio comanche estaba a punto de desplazarse hacia el Sur, lo que dejaba más espacio vital a los ute en los territorios fronterizos septentrionales de Nuevo México. Los jefes comanches afirmaron después, durante el proceso de paz, que «las ventajas que habían obtenido [de los españoles] servirían para estimularlos a seguir [...] comerciando con mayor entusiasmo y trasladando la mayor parte de sus ferias, cuando no todas, al pueblo de Pecos».^[31]

De Anza, el famoso asesino de Cuerno Verde, se vio eclipsado por la diplomacia asertiva de Ecueraçapa, que había tratado al gobernador como a un igual, cuando no como a un auténtica superior. Confundido, el gobernador improvisó. Convocó una reunión formal e invitó a Ecueraçapa a un encuentro personal en privado. Garrido expuso más adelante que, impresionado por el «talento, la sensatez y el sobresaliente genio de este capitán, la idea política [se le] había ocurrido a De Anza; se la habían propuesto antes, pero nunca se había hecho efectiva en casos semejantes. Es decir, que mediante su persona, elevándolo por encima de los demás de su misma clase, él podría, quizá, someter sutilmente a toda la nación al dominio del rey sin utilizar métodos violentos contrarios a sus intenciones soberanas». Apartados de la vista de todos, De Anza instó a Ecueraçapa a «hacerse cargo del gobierno y la dirección absoluta de los intereses de su nación». Apelando a lo que, a su juicio, era la afición de los indios por la política personal, prometió condecorar a Ecueraçapa «con una medalla con el busto real» a cambio de que el jefe diera al gobernador «muestras de sumisión y fidelidad al rey». La respuesta de Ecueraçapa fue cortés, pero evasiva. Aceptó la medalla, pero insistió en que habría trabajado «por la realización de todo lo que De Anza le proponía [...] aun cuando no se hubiera prestado a ayudarle a alcanzar el mando general». Dicho de otro modo: Ecueraçapa aceptó la imposición de la medalla como gesto honorífico que simbolizaba su posición social y el respeto de De Anza hacia su autoridad, pero rechazaba con sutileza la intromisión del gobernador en la política comanche. Al reafirmar su propio papel, fijó unos límites estrictos para la afianza.^[32]

De acuerdo con la petición de Ecueraçapa, la reunión se trasladó luego a Pecos, donde se habían congregado centenares de comanches kotsoteka para escuchar el resultado de las conversaciones. Cuando llegó De Anza, el asentamiento no parecía tanto una aldea de los indios pueblo como una ranchería comanche. Condujeron al gobernador al interior de un inmenso campamento comanche situado en el centro de la ciudad, donde se alineaban unos doscientos kotsoteka para abrazarlo «con una manifestación de afecto y respeto excesivos a las que —en palabras de un Garrido estupefacto—, apenas les daba derecho su rango y posición». Los abrazos que

Garrido consideró una exhibición de cercanía y emotividad impropias y descorteses constituían en realidad un ritual de adhesión fundamental con el que se pretendía traducir el contacto físico en lazos personales sobre los que descansaran las relaciones diplomáticas.^[33] Por tanto, tras la ceremonia, once jefes y treinta y un dirigentes kotsoteka, recibieron a De Anza en una descomunal tienda de cuero, que fue sede de la reunión. Rodeados por los dirigentes, los jefes «se sentaron, por orden [...], en primer lugar, Ecueraçapa, seguido a continuación por Tosacondata [Grulla Blanca], Tosapoy [Camino Blanco], Hichapat [Ardiloso], Paraginanchi [Orejas de Venado Alasan], Cuetaninaveni [El Maltratado], Quihuaneantime [El Roe a su Amo], Sohuacat [Muchos Pimientos], Canaguaipe [Amugerado flaco], Pisimampat [Zapato Podrido], Toyamancare [Sentado en la Sierra] y Tichinalla [Juega Feo]». Tosapoy, que ejerció de *tekwawapi*, o portavoz de los kotsoteka, reiteró el principal interés de los comanches y solicitó a estos y a los españoles que «se comportaran con las manifestaciones y el afecto de los niños y con equidad y justicia en el particular asunto del comercio». Para invocar a esta afinidad incondicional, Tosapoy reconoció arrepentido su «disputa con un español de los presentes». Luego «sentó (en sus rodillas) a un indígena de Santa Fe a quien habían [tenido] [...] prisionero once años».

Con el adecuado ritual establecido mediante la creación de un espacio social, De Anza pronunció su respuesta formal a las condiciones de paz de Ecueraçapa. Las aceptó una por una, pero lo hizo «en el nombre del rey, cuyo fabuloso poder estaba a punto de imponerles». Entregó a Ecueraçapa su bastón de mando (en lugar de la medalla que le propuso con el busto del rey de España) y manifestó el deseo de que el jefe lo mostrara a «las rancherías ausentes» como «la prueba más indubitable de que había acordado la paz». Sin embargo, en un acto cargado de simbolismo, Ecueraçapa pidió que se entregara el bastón «a Tosacondata, el segundo en autoridad, a quien desde aquel momento le encomendaba portar y exhibir el emblema allá donde se lo aconsejara las circunstancias». Los comanches pusieron fin a las conversaciones haciendo «en el suelo un agujero que rellenaron con varias ceremonias para acompañarlo. En él (según dicen que es costumbre entre ellos) enterraron también la guerra por su parte».^[34]

Al día siguiente, a petición de los comanches, De Anza auspició una feria comercial. En sintonía con las condiciones del acuerdo, el gobernador ordenó a los habitantes de Pecos que se abstuvieran de cometer «los excesos vividos en acontecimientos similares». También modificó en beneficio de los comanches un arancel que databa de 1754, y especificó que no recibirían uno, sino dos *belduques*^[*] por cada piel de bisonte y trece por un caballo corriente. Para imponer el orden, De Anza «trazó dos líneas, de tal forma que cada una de las partes, situadas detrás de cada una, pudieran exhibir, exponer y llevar al intermedio los artículos que tenían para intercambiar con el otro». Visiblemente «agradecidos» por el acuerdo, los comanches intercambiaron más de seiscientas pieles de bisonte, quince caballos, tres

mosquetes y «muchos cargamentos de carne y sebo» por pan duro y utensilios de hierro.^[35]

Aquel mercado selló el resultado de las negociaciones, pues tenía algo más que un significado material. Al regular los precios y prometer el imperio de la «norma justa» en las ferias, De Anza había suscrito, al menos superficialmente, la idea comanche de que el comercio era algo más que un mecanismo para lucrarse; era una vía para compartir. Además, al tratar de satisfacer las necesidades de los comanches mediante el comercio, reforzaba sin querer la propia alianza política, pues en la cultura comanche los lazos económicos no estaban divorciados de los políticos. El intercambio sostenido era un requisito para el mantenimiento de la paz, y solo se podía mantener una alianza entre pueblos que satisficieran las necesidades de los otros, tanto políticas como materiales. Es significativo que, cuando concluyó el trueque y se clausuró la feria, los jefes comanches dijieran a De Anza «que ahora comprendían mejor que nunca las garantías de paz y que, en virtud de la justicia y la simpatía vertidas en ella, iban a ser fieles eternamente».^[36] Como habían hecho con el gobernador Tomás Vélez de Cachupín hacía una generación, los comanches mostraron a De Anza cuál era el proceso para forjar una paz duradera. Y, al igual que hiciera Cachupín antes que él, De Anza hizo todo lo posible para promover las ambiciones imperiales de España en el marco de los parámetros de la lógica cultural comanche, por imperfecta que hubiera sido su forma de interpretarlos.

El tratado comanche fue una baza trascendental para De Anza y le otorgó apoyos para entablar negociaciones con los poderosos navajos, que dominaban un territorio inmenso al oeste de Nuevo México. En marzo de 1786, tan solo unas semanas después de la finalización de las conversaciones con los comanches, De Anza invitó a los jefes navajos a una conferencia de paz. El objetivo era pacificarlos obligándolos a renegar de su alianza con los apaches gileño, y ya había sentado las bases para la acción un año antes, cuando prohibió toda clase de comercio entre los navajos y los habitantes de Nuevo México. Ahora acudieron ochenta navajos para reunirse con él en Santa Fe, donde, curiosamente, también estuvo presente una reducida delegación comanche. Cuando se iniciaron las conversaciones entre De Anza y los jefes navajos en el Palacio del Gobernador, dos comanches, a petición de De Anza, entraron inopinadamente «de tal modo que los navajos, al verlos, quedaran impresionados por el temor y el respeto que sentían hacia esta otra nación, igualmente guerrera». Según el informe de Garrido, uno de los comanches solicitó que los navajos se aliaran con España si no querían que «la fuerza de los comanches como aliados y amigos fieles de los españoles se desatara y los exterminara. Los amenazó y aterrorizó hasta tal extremo que, con idéntica sumisión [ofrecida] al gobernador, respondieron a los comanches que no incumplirían nada de lo que acordaran». Los navajos suscribieron un acuerdo por el que prometían romper sus lazos con los apaches gileño, formar una alianza militar con España y firmar un pacto de no agresión con los comanches. La distensión fronteriza resultante, engendrada por los comanches, servía en igual

medida a los intereses de los comanches y de los españoles: si los comanches iban a establecer lazos comerciales más estrechos con Nuevo México, necesitaban que la colonia fuera segura y próspera.^[37]

El tratado entre españoles, navajos y comanches culminó una campaña de diplomacia intercultural que, en un lapso de dos años, reordenó el paisaje cultural y geopolítico del Sudoeste. Mientras que antes habían sido la violencia y las disputas las que habían definido las relaciones entre los grupos, ahora, las cuatro naciones principales de la región (españoles, comanches, navajos y ute) se daban cita en la diplomacia y el comercio. La nueva coalición multipolar fue posible gracias a la alianza entre comanches y españoles, pero ocupó su lugar gracias a la animadversión compartida contra los apaches, los grandes perdedores de la reordenación geopolítica. Excluidos del círculo estrecho formado por el comercio, la conciliación y el parentesco, los apaches quedaron al margen como enemigos de todos. Solo los apaches jicarilla, capaces siempre de adaptarse, lograron penetrar en la red de alianzas y mantener un apoyo reducido en las quebradas de la cordillera Sangre de Cristo, cerca de Picurís. Pero eran individuos marginados de la red, que vivían lejos de los núcleos políticos y comerciales de Nuevo México, y sus relaciones políticas y económicas con los españoles estaban subordinadas a las necesidades y demandas de los comanches.^[38]

Una vez que Nuevo México y Texas parecían estar protegidas mediante los tratados con los comanches, las autoridades españolas volvieron a centrar la vacilante política del imperio hacia los apaches en torno al programa de exterminio que el marqués de Rubí había defendido dos décadas antes. El virrey Bernardo de Gálvez anunció en 1786 que era «muy partidario de la destrucción de los apaches», y autorizó una guerra genocida contra todos los apaches que se negaran a someterse al dominio español. Explicaba que «la felicidad de las Provincias Internas reside en la sumisión voluntaria o forzosa de los apaches, o en su exterminio absoluto». Los españoles emprendieron campañas coordinadas con sus aliados indios pima y opata contra diversos grupos apaches de Sonora y Nueva Vizcaya, e incrementaron la presión militar sobre los apaches gileño y mescalero en el sur de Nuevo México. En las provincias septentrionales, las autoridades españolas empezaron a ofrecer recompensas por los pares de orejas de apaches y prometían entregar a los comanches un caballo embriado y dos *belduques*^[*] por cada prisionero apache que llevaran a Santa Fe.^[39]

Una vez formalizados los tratados en 1785 y 1786, comanches y españoles se entregaron con diligencia a cultivar y ensanchar la paz que estabilizó el Sudoeste. A principios de mayo de 1786, cuando el acuerdo entre Nuevo México y los comanches llevaba dos meses de vigencia, Tosacondata, el lugarteniente de Ecueracapa, informó en Santa Fe de que había recorrido la Comanchería occidental visitando rancherías

kotsoteka, jupe y yamparika. «En todas ellas proclamó la paz y exhibió el bastón de mando en prueba de su fiabilidad», y todas acogieron el bastón «como señal indudable» de que aceptaban la paz. De Anza, que utilizaba ahora un lenguaje que combinaba ideas comanches de parentesco metafórico con conceptos del orden patriarcal, respondió que «contemplaba con la ternura de un padre la rapidez con la que avanzaban hacia su propia felicidad».^[40]

A finales de la primavera y principios del verano llegaron a Pecos y Santa Fe varias embajadas jupe y yamparika para reunirse personalmente con De Anza y manifestar su apoyo a una paz nacida de un pacto limitado entre españoles y kotsoteka. Igual que había sucedido durante el mandato del gobernador Cachupín, una generación antes, empezó a aflorar de las reuniones un incipiente espacio común de compromiso y tolerancia mutuos. Las autoridades españolas se congratulaban de que los visitantes comanches «mostraran grandes deseos de comprender nuestra lengua, de adaptarse a nuestras costumbres en todo aquello que pudieran imitar, incluso cuestiones religiosas». Por su parte, los españoles gastaron más de seiscientos pesos en alimentar y alojar a los comanches y «en la distribución expresa de regalos y manifestaciones de afecto».^[41]

Las visitas frecuentes a Nuevo México reflejaban el principio comanche de que las relaciones entre sociedades deberían fraguarse y fortalecerse mediante la interacción estrecha y cara a cara. Los comanches habían empezado a acostumbrar a los españoles al parentesco metafórico, cuyos actos estaban más orientados por obligaciones familiares que por compromisos políticos. La personalización de la relación entre comanches y españoles mediante el parentesco ficticio culminó a finales de mayo de 1786, cuando Paraginanchi, un capitán kotsoteka, llevó a Santa Fe a Tahuchimpia, el tercero y menor de los hijos de Ecueraçapa, de veinte años, afirmando que su padre «rogaba encarecidamente a De Anza que instruyera a su hijo en la lengua y las costumbres de los españoles como si se tratara de su propio hijo». De Anza, ya versado en la diplomacia comanche, aceptó la petición de Ecueraçapa y prometió tratar al joven «como a su propio hijo».^[42]

La alianza entre Nuevo México y los comanches occidentales, cuyo núcleo era ahora el estrecho lazo personal entre Ecueraçapa y De Anza, ganó aceptación generalizada en ambos bandos. En julio, Ecueraçapa viajó a Santa Fe, donde informó a De Anza de que los comanches occidentales reconocerían formalmente muy pronto su condición de «Jefe Supremo». Por parte española, Jacobo Ugarte y Loyola, el recién elegido comandante general de las Provincias Internas, aprobó el acuerdo de De Anza con Ecueraçapa. Pero Ugarte también añadió algunas cláusulas a las estipulaciones del tratado, pues le parecía demasiado indulgente. Ordenó a De Anza buscar modos de inducir a los comanches a que se establecieran en aldeas agrícolas permanentes próximas a Nuevo México para que «pudieran olvidarse de la caza». Encomendó al gobernador que concediera a Ecueraçapa un salario anual de doscientos pesos y, de acuerdo con las expectativas españolas de gobierno jerárquico,

quería que De Anza convenciera a los comanches kotsoteka, jupe y yamparika de que eligieran cada uno a un teniente general subordinado a Ecueraçapa, todos los cuales recibirían cien pesos anuales de los españoles. Finalmente, Ugarte abordó la espinosa cuestión política y cultural de los prisioneros y los esclavos. Exigía que los comanches devolvieran a todos sus prisioneros cristianos sin compensación alguna, pero autorizó a De Anza a que pagara rescates por todos los cautivos apaches menores de catorce años. Según Ugarte, este «pensamiento valioso y cristiano» favorecería que los comanches «preservaran [la] vida de los menores de la antedicha edad», pero el argumento humanitario no hacía referencia alguna al hecho de que los niños indios eran bienes muy deseados a ambos lados de la frontera septentrional de Nueva España. Deliberadamente o no, el decreto encubierto de Ugarte sancionaba la pervivencia de la arcana tradición del *rescate*^[*] en los territorios fronterizos de españoles y comanches.^[43]

El proceso de paz concluyó el invierno de 1786-1787. En noviembre, De Anza viajó a la Comanchería, donde asistió a un consejo masivo de los comanches occidentales que nombraba a Ecueraçapa «capitán general» y, a Tosacondata, su lugarteniente. Los comanches ratificaron una modificación del tratado que incluía las cláusulas añadidas por Ugarte. Pocas semanas después, Oxamaguea, el hijo de Ecueraçapa, y Tosacondata encabezaron una delegación comanche de nueve hombres y dos mujeres que acudieron al cuartel general de Ugarte en la ciudad de Chihuahua, donde el comandante general ratificó el tratado de paz e impuso a cada uno de los comanches una medalla y un mosquete en reconocimiento a su cargo. En abril de 1787, De Anza viajó por última vez a la Comanchería para asistir al acto en que se reconocía formalmente a Ecueraçapa y Tosacondata como general y teniente general de los kotsoteka y a Paruanarimuca [Arnés de Oso] teniente general de los jupe y los yamparika.^[44]

Luego, en julio de 1787, el jefe Paruanarimuca se presentó en Santa Fe con una proposición asombrosa: quería que los españoles construyeran para su pueblo un *establecimiento fijado*^[*] en la cuenca alta del río Arkansas, cerca de las Rocosas. La idea de disponer de un asentamiento fijo provenía seguramente de otro periodo de sequía que propagó el hambre en la Comanchería: parece ser que Paruanarimuca confiaba en crear un almacén de suministro permanente en la Comanchería que sirviera de ayuda a sus seguidores en épocas de apuro. Sin embargo, De Anza percibió en la angustia de Paruanarimuca una oportunidad de materializar la iniciativa de ingeniería cultural de Ugarte: amoldar a los comanches al papel de agricultores sedentarios. Envió a un maestro de obras y a treinta trabajadores para que construyeran casas de adobe, corrales para ovejas y establos para bueyes en la cuenca alta del Arkansas, el nicho seleccionado para el proyecto de urbanización comanche. Cuando, en otoño, De Anza fue destinado a Sonora, Ugarte ordenó a su sucesor, Femando de la Concha, que se asegurara de que los jupe participaban en las tareas de construcción para que «naciera en ellos afecto hacia sus propiedades». Las labores de

construcción fueron lentas y caras, pues costaron a Nuevo México casi setecientos pesos, más del 10 por 100 del presupuesto anual para asuntos indios. A principios del invierno, en la aldea, todavía inacabada, se habían establecido infinidad de familias jupe, lo que impulsó a De la Concha a alegrarse porque «la disposición de la nación comanche es tan buena que suscribirá cualquier propuesta que se le haga con amabilidad, afecto y unos cuantos regalos». El asentamiento podría haberse convertido en un vínculo importante entre Nuevo México y la Comanchería de no haber sido porque la esposa predilecta de Paruanarimuca falleció repentinamente en enero de 1788. El jefe y sus seguidores abandonaron de inmediato la aldea, que ahora consideraban inhabitable, pues podía estar infectada por una enfermedad mortal. Las autoridades españolas les suplicaron que volvieran, pero no sirvió de nada.^[45]

Por espectacular que fuera el experimento de asentamiento como prueba de la creciente proximidad entre comanches y españoles, las ferias fronterizas constituían el corazón y los pilares de la unión. Las autoridades españolas abrieron las aldeas fronterizas de Nuevo México a los comanches, que se entregaron a un intercambio energético para satisfacer la demanda acumulada de importaciones europeas. Los comanches jupe y yamparika comerciaban en Taos, donde, según la orden vigente del virrey De Gálvez, «jamás se les debía negar lo que pidieran». Los kotsoteka centraban su actividad comercial en Picurís y, sobre todo, Pecos, que muy pronto empezó a rivalizar con Taos como principal vía de acceso a la Comanchería desde Nuevo México. Además de grandes cantidades de provisiones, los comanches obtenían en las ferias gran variedad de artículos de lujo y manufacturas (azúcar en rama, cigarrillos, tijeras, jabón, espejos, alforjas, hachuelas, hachas de guerra, lanzas, cuchillos, paños escarlata, mantones, capas, índigo y bermellón), que llegaban a Nuevo México desde Chihuahua a través de la Ruta de Chihuahua. A cambio, los comanches ofrecían «prisioneros indios de uno y otro sexo, mulas, mocasines, potros, caballos españoles, toda clase de pieles y carne de bisonte», y tal cantidad de caballos que muy pronto empezó a decirse que Taos y Pecos tenían «un número considerable». Los comanches y los españoles también compartían recursos al margen del mercado. Entre 1787 y 1789, por ejemplo, Nuevo México donó casi trescientas fanegas de grano a los comanches, que atravesaban los apuros de una sequía y se desvivían por mantener el hambre a raya en sus campamentos.^[46]

Del mismo modo que los españoles permitieron acceder a los comanches a Nuevo México, estos desbloquearon el acceso a las llanuras para los habitantes de esa región. Permitieron a los ciboleros, los cazadores de bisontes de Nuevo México, acceder a los territorios de caza de la Comanchería y, muy pronto, grandes caravanas de *carretas*^[*] de dos ruedas se dirigían cada año hacia el Este desde diferentes ciudades fronterizas de Nuevo México. En sus largos viajes, los ciboleros comerciaban con los comanches, a quienes suministraban pan, harina, azúcar y cuentas a cambio de la autorización para cazar bisontes. El gobernador De la Concha respaldó formalmente esas actividades comerciales en 1789 autorizando a los

comerciantes de Nuevo México a viajar a la Comanchería, so pretexto de que contribuían a acumular «conocimientos exhaustivos de las guaridas y tierras en las que se localizan [los comanches], con el fin de disponer de esta ventaja para la guerra en caso de que sufra alguna alteración la paz establecida». Los comerciantes ambulantes de Nuevo México se llamaron en un principio *llaneros o viageros*^[*] pero, más adelante, se les conocería simplemente como comancheros.^[47]

Al tiempo que ensanchaban los lazos políticos y económicos, los comanches y los españoles libraron una guerra conjunta contra los apaches. Las autoridades españolas equiparon a las partidas de guerreros comanches con caballos y armas de fuego y les indicaron la localización de campamentos apaches remotos. Entre 1786 y 1788, comanches y españoles unieron sus fuerzas, al menos, en cinco campañas importantes contra los apaches, con las que arrasaron aldeas gileño y mimbrenño por todo Nuevo México. Simultáneamente, los comanches también atacaron a los apaches por su cuenta y tomaron prisioneros, a los que incorporaban a sus filas o vendían a las autoridades españolas de Nuevo México o Texas que, a su vez, enviaban esclavos apaches con grilletes a campos de trabajo del centro de México y plantaciones de azúcar del Caribe. Antes de que finalizara la década, los apaches gileño y mimbrenño huyeron masivamente a Sonora y Nueva Vizcaya, donde no hicieron más que encontrarse con la coalición que habían creado los españoles contra ellos con los pima y los opata. Atrapados entre dos frentes hostiles, muchos grupos apaches buscaron la paz con los españoles, lo que permitió a Nueva España gozar por fin de cierta dosis de tranquilidad en los territorios fronterizos septentrionales. Por lo que se refiere a los comanches, la capitulación supuso la materialización de la idea de Ecuerecapa: habían eliminado la presencia de los apaches de sus fronteras y territorios de caza y monopolizaban los mercados orientales de Nuevo México.^[48]

Mientras tanto, en los territorios fronterizos de Texas con los comanches se producía un proceso similar, aunque menos intenso, de conciliación y cooperación intercultural. La alianza política entre comanches orientales y españoles nunca alcanzó las cotas de sintonía de los comanches occidentales con Nuevo México, en parte porque el Comandante General Ugarte había asignado a Nuevo México el papel protagonista en la diplomacia comanche y, en parte, porque Cabeza Rapada, el poderoso gran jefe de los comanches orientales, murió en 1786 dejando un vacío de poder temporal y cierta confusión política en la Comanchería oriental. Así pues, a diferencia de lo que sucedía en Nuevo México, las autoridades españolas de Texas solo mantenían contactos esporádicos con la dirección comanche y tenían un conocimiento limitado de sus mandatarios. Entre la Comanchería oriental y la Texas española no había ningún equivalente del lazo unificador de Ecuerecapa con De Anza.^[49]

No obstante, en la frontera de Texas con los comanches prosperaba el comercio. Los comerciantes españoles frecuentaban las rancherías comanches, y los convoyes comanches visitaban las ciudades fronterizas de Texas. Solo en 1806 visitaron San

Antonio y Nacogdoches dos millares de comanches para intercambiar derivados del bisonte y prisioneros apaches por caballos, *belduques*^[*] ropa y utensilios de hierro. Al igual que en Nuevo México, las autoridades españolas regularon los precios en las ferias y repartieron abundantes regalos (medallas, bastones de mando, uniformes, banderas, tabaco y armas de fuego) entre los jefes comanches, quienes, a su vez, prometieron respetar la paz en la provincia. Los comanches llegaron incluso a invitar a los españoles a restablecer la misión de San Saba como almacén comercial de la Comanchería oriental.^[50]

Como hicieron en buena medida sus parientes occidentales con Nuevo México, los comanches orientales iniciaron una cooperación militar estrecha con Texas. La colaboración recibió un impulso particularmente vigoroso debido a la recuperación de los apaches lipán, que poco a poco habían reconstruido su poderío económico y militar a principios de la década de 1780, un momento en el que la viruela asolaba a los comanches y la Guerra de Independencia Estadounidense preocupaba a los españoles. Como sus enemigos estaban momentáneamente debilitados o distraídos, los apaches lipán robaban caballos y mulas en Coahuila, Nuevo León y Nuevo Santander; intercambiaban el ganado robado por alimento y manufacturas en las ciudades españolas ribereñas del curso bajo del río Grande; y obtenían armas de fuego en el curso bajo del Misisipí a través de intermediarios indígenas. Los apaches lipán, fortalecidos, realizaron otra tentativa de ingreso en las llanuras septentrionales de bisontes. Su acometida fue tan impetuosa que los comanches convencieron a los taovaya de que se trasladaran hacia el Sur, desde el río Rojo, hasta llegar al río Pedernales, donde sus nuevas aldeas ejercerían de baluarte de la Comanchería oriental.^[51]

Las renovadas fuerzas de los apaches lipán presionaron a los comanches orientales, los wichita y la Texas española para firmar una alianza contra ellos. A principios de 1786, los comanches y los wichita realizaron varios ataques conjuntos e independientes contra los apaches lipán y sus aliados, los mescalero, todos los cuales recibieron apoyo de las autoridades españolas, que les suministraron provisiones, caballos y armas de fuego, así como información sobre el paradero de las rancherías lipán. En 1789 y 1790, los españoles entraron en guerra por un breve lapso de tiempo sumándose a los comanches y los wichita en los ataques a las rancherías lipán próximas a San Antonio. Una serie de ataques comanches posteriores acabó con el poderío de los apaches lipán. En una reedición de los sucesos de la década de 1750, los apaches lipán se replegaron hacia el río Grande y, al igual que hicieron los gileño y mimbrenño en el lejano Oeste, muchos buscaron la paz y solicitaron protección a los españoles.^[52]

De modo que, a principios de la década de 1790, el norte de Nueva España había ingresado en una nueva era. Los apaches que llevaban sembrando el caos en una gran extensión del imperio español desde mediados de siglo parecían estar en paz. Desde Sonora hasta el sur de Texas, diferentes grupos apaches aceptaron posiciones

subordinadas bajo el mando español y se asentaron en *establecimientos de paz*^[*] donde vivirían en ciudades próximas a presidios y misiones y aprenderían bajo la tutela y el control españoles las artes civilizadas de la agricultura, la ganadería y el autogobierno. En 1793 había ocho *establecimientos*^[*] en Sonora, Nueva Vizcaya, Coahuila y Nuevo México que albergaban a unos dos mil apaches. Más al Norte, los fabulosos navajos vivían en paz con Nuevo México tras haber roto sus vínculos con los apaches gileño, con quienes se habían dedicado varias décadas a asaltar la colonia. Además, los ute, los apaches jicarilla y los wichita habían firmado acuerdos con los españoles, quienes, a su vez, habían modificado su actitud paternalista y agresiva y la habían sustituido por la diplomacia y el comercio.^[53]

Pero la transformación más espectacular se produjo en las llanuras fronterizas en las que el imperio español sufría fricciones con la Comanchería. Mientras que en las décadas de 1760 y 1770 los comanches habían tratado a Nuevo México y Texas casi como si fueran posesiones coloniales, hasta el punto de llegar casi a aniquilarlas, ahora la coexistencia y la cooperación parecían definir las relaciones entre comanches y españoles. Cosas que hacía tan solo unos años habrían sido inconcebibles, parecieron de repente de lo más normal. Las autoridades españolas suministraban armas de fuego, uniformes y bastones de mando a los jefes comanches que, por su parte, prometían lealtad a su «padre», el rey de España. Los hijos de la élite comanche vivían entre los españoles para aprender sus costumbres y su lengua, y varios comanches aceptaron ser bautizados en Nuevo México. Las autoridades españolas alimentaban a sus aliados comanches en épocas de vacas flacas y los habitantes de Nuevo México cazaban bisontes en territorio comanche. Pedro Vial y otros exploradores españoles trazaron rutas a través de la Comanchería para conectar San Antonio y Santa Fe, aisladas entre sí hasta la fecha, y los comanches acampaban libremente en el interior de las fronteras de Texas y Nuevo México. Las partidas de guerra de españoles, comanches y navajos patrullaban desde Texas hasta Nueva Vizcaya para convertir la expansión de la Apachería en un repliegue, y las autoridades de Nueva Vizcaya creían que había llegado el momento de empezar a enviar misioneros a los comanches.^[54]

Si se echaba un vistazo a la Comanchería, Nuevo México y Texas, parecían haberse fusionado en una única entidad política y económica, a través de cuyas fronteras, que unían dos naciones en lugar de separarlas, fluían con dinamismo los pueblos, las mercancías, las costumbres y las ideas. Como informó un visitante español de la Comanchería en 1786, los comanches «dicen que ahora los comanches son españoles y, los españoles, comanches».^[55]

Pero la imagen de que las zonas fronterizas entre comanches y españoles eran un territorio intermedio en construcción era solo aparente, un artificio muy trabajado. Bajo la capa de amistad, adaptación y respeto mutuos tenía lugar una evolución

distinta. Las autoridades españolas trabajaban metódicamente para someter a los comanches a la dependencia y el vasallaje empleando las mismas leyes e instituciones (regalos, comercio y colaboración política y militar) que, en apariencia, creaban un espacio común entre naciones. El abrazo que los españoles brindaban a los comanches era paternalista y de apoyo, pero también cínico, calculado, contenido y potencialmente asfixiante. Cuando los funcionarios borbónicos se presentaban como padres de los comanches, lo hacían para mandar, no para negociar. No pretendían ser tanto figuras paternas benévolas como patriarcas autoritarios.

Los planes de controlar a los indios mediante el comercio y la diplomacia personal no eran nuevos para los administradores españoles. Las autoridades más progresistas llevaban debatiendo desde mediados de siglo si la combinación de guerra y comercio era el instrumento idóneo para controlar a los indios cuando empezó a difundirse por las colonias un manuscrito anónimo. Se trataba de *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, y los funcionarios de fronteras como Cachupín, Cabello o De Anza habían improvisado y experimentado con estrategias nuevas al enfrentarse a indios independientes y poderosos que se negaban a someterse a las armas españolas. Pero las nuevas medidas no se recogieron en el norte de Nueva España hasta 1786, cuando el virrey Bernardo de Gálvez promulgó sus célebres *Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain* [Instrucciones para el gobierno de las Provincias Internas de Nueva España].^[56]

Las *Instrucciones* de 1786 se basaban y profundizaban en las orientaciones provisionales de José de Gálvez de 1772; pero Bernardo de Gálvez añadió a las órdenes de su tío un toque cínico y explotador singular. Siendo gobernador de Louisiana entre 1777 y 1783, De Gálvez había conocido de primera mano cómo los agentes coloniales franceses utilizaban los regalos y el comercio para crear dependencia entre los indios, y había acabado por convencerse de que el modelo francés también permitiría a España alcanzar lo que denominaba «paz mediante engaño». Sus *Instrucciones* propugnaban el comercio sin restricciones con los indios como instrumento de control. Reiterando la creencia generalizada de que los indios asaltaban las colonias españolas porque eran nómadas saqueadores y, por tanto, vivían en la pobreza crónica, De Gálvez señalaba que la caza y la guerra «no bastan para satisfacer las necesidades básicas de la existencia y, por tanto, si no roban, mueren de hambre y de miseria». Pero sostenía que el primitivismo y la pobreza también volvían a los indios vulnerables a la manipulación externa: «El interés por el comercio envuelve y ciega los deseos del hombre; y mi deseo es comerciar con los indios». Se explicaba: «Obtendremos beneficios satisfaciendo sus deseos. Al rey le costará menos de lo que se gasta en la actualidad en reforzar considerable e inútilmente las guarniciones de soldados. Los indios no pueden vivir sin nuestra ayuda. Guerrearán entre sí para nosotros y dejándose llevar por sus tendencias belicosas, o tal vez mejoren sus costumbres siguiendo nuestro buen ejemplo, abrazando voluntariamente nuestra religión y el vasallaje. Y con ello conservarán la

fe en la tregua».^[57]

De Gálvez también autorizó la venta de armas de fuego a los indios aduciendo que su uso debilitaría su capacidad de combate, ya que los mosquetes que se cargan por el cañón eran menos efectivos que el arco, que «siempre está listo para usarse». Detalladas hasta el histrionismo, las *Instrucciones* de De Gálvez especificaban que las armas de fuego debían tener «cerrojos frágiles que no fueran de la mejor aleación» y cañones largos, pues «serían más incómodas para realizar largos viajes a caballo, por lo que se deteriorarían continuamente y sería necesario arreglarlas o sustituirlas». Sostenía que, así, defenderían de los españoles para repararlas y sustituirlas. Cuando los indios «empiecen a olvidar la destreza en el manejo del arco», auguraba, no solo perderían su garra militar; para abastecerse continuamente de armas de fuego, pólvora y balas, «se verían obligados a reclamar nuestra amistad y ayuda». Y si surgen hostilidades, bastaría con que los españoles negaran el suministro de pólvora y plomo a los indios.^[58]

Animados por las *Instrucciones* de De Gálvez, los españoles adoptaron también la estrategia de remodelar el sistema de gobierno indígena, de tal modo que fuera susceptible de verse influido por la manipulación externa. En lugar de tratar de incorporar o albergar a las sociedades indígenas, el nuevo objetivo era transformarlas en una entidad que los agentes españoles pudieran comprender, gestionar y controlar. En Texas y Nuevo México, donde los españoles vivían casi sepultados por unos comanches nómadas y ostensiblemente desorganizados, la estrategia de imponer reformas políticas se convirtió en la piedra angular de la diplomacia fronteriza. Las autoridades borbónicas habían pensado en un principio que los jefes comanches con más autoridad eran necesarios para aunar a unos indios rebeldes en los tratados de paz; pero, una vez formalizados los acuerdos, rediseñaron la centralización política para convertirla en una herramienta para someter a sus nuevos aliados. Inspirados por las ideas pragmáticas de una Nueva España consolidada, la administración borbónica concluyó que nunca podrían llevar el imperio a la Comanchería. Por tanto, decidieron acercar a los comanches al imperio.

Las autoridades borbónicas aplicaron la presión centralizadora de forma más sistemática a los comanches occidentales, cuya lealtad consideraban esencial mantener para la supervivencia de Nuevo México y, por extensión, de las provincias del norte de Nueva España, dedicadas a la extracción minera de plata. De Anza fue el primero que articuló esta política en 1786, cuando defendió que, al elevar a Ecueraçapa «sobre el resto de los de su clase», los españoles lograrían someter al vasallaje a la totalidad de la nación comanche. La idea era crear una estructura jerárquica bien definida que abarcara desde los grandes jefes hasta la base de la sociedad comanche mediante la distribución estratégica de regalos políticos. En consecuencia, las autoridades españolas de Texas y Nuevo México canalizaron infinidad de regalos entre los comanches a través de Ecueraçapa y de otros grandes jefes, con la esperanza de instaurar un flujo descendente que emanara desde las

autoridades españolas y llegara a los grandes jefes, los jefes de tribus locales y los comanches de a pie y, a la inversa, una red de dependencia ascendente en cuya cima estaría el rey de España. La institución de jefaturas principales, como señalaba Pedro Garrido, era «el instrumento más adecuado y deseable para el mantenimiento de una paz nueva; no solo para garantizar la continuidad de la bienvenida paz, sino también para someter a la belicosa nación comanche al dominio del rey».^[59]

Para promover aún más entre los comanches la centralización, las autoridades españolas dispusieron también una jerarquía de regalos informales para los diferentes intermediarios comerciales. De Gálvez especificaba que los jefes de bandas, los *paraibo*, recibieran quince o veinte pesos en «artículos, tabaco, provisiones, etcétera» cada vez que visitaran Nuevo México; mientras que los jefes de las familias individuales no recibieran regalos más que por valor de uno o dos pesos. Las facturas de finales del siglo XVIII revelan una escala aún más matizada, según la cual los receptores se dividían en cinco categorías: generales, capitanes, capitancillos, guerreros y mujeres y niños. Aunque los españoles repartieron regalos entre varias naciones indias a partir de 1786, los comanches, en virtud de su número y su poderío militar, recibieron un trato especial. En un escrito de 1794, el gobernador De la Concha de Nuevo México refería que «es habitual regalar [a los visitantes indios] algo de ropa, sombreros, espejos, pintura naranja, índigo, cuchillos, cigarros, pan de azúcar y otras cosas. Para estos regalos se debe dar prioridad a los comanches, siempre que no estén en presencia de las demás tribus, pues en ese caso la distribución debe ser equitativa para que no se aprecie ningún favoritismo ni se susciten celos». Para supervisar que los regalos obraban el efecto político deseado, los españoles enviaron a la Comanchería emisarios especiales («intérpretes»). De la Concha sostenía que era necesario tener continuamente un agente en la Comanchería «para observarlos y dar cuenta de sus movimientos».^[60]

La medida parecía tener éxito en la Comanchería occidental, más incluso de lo que esperaban los españoles. A juicio de las autoridades españolas, los regalos y la orientación saneaban el sistema político de los comanches occidentales de caos e inestabilidad, pues convertían a un pueblo anteriormente anárquico en una comunidad política centralizada y estructurada, más dócil y controlable. Los españoles creían que, a partir de 1786, los comanches occidentales estaban bajo el mando de Ecueraacapa, cuya actitud, a su vez, dependía de los regalos y el respaldo de los españoles. También parecía que el cargo de una gran jefatura se había convertido en una institución permanente en la Comanchería occidental. Cuando Ecueraacapa murió en una expedición de saqueo contra los pawnee en 1793, un consejo de los comanches occidentales designó a Encanaguané [Zorro Rojo] gran jefe «por aclamación universal». Encanaguané fue sucedido en el cargo en 1797 por Canaguaipe, quien, a su vez, fue sucedido en 1805 por Quegüe. Al igual que Ecueraacapa, Encanaguané, Canaguaipe y Quegüe eran todos kotsoteka. En 1812, se decía que ostentaba el cargo Tahuchimpia, el hijo de Ecueraacapa que había regresado

de Nuevo México al cabo de siete años, aunque las fuentes españolas reconocieron como general kotsoteka a Quegüe hasta que murió en 1818. Tahuchimpia fue sucedido por Cordero, que representaba a los comanches orientales bajo el nombre de Sargento-Cordero. A excepción de Cordero, todos los grandes jefes pidieron a las autoridades españolas que reconocieran formalmente su cargo y prometieron lealtad a España. Y, durante su mandato, los comanches occidentales mantuvieron la paz con Nuevo México sin quebrantarla.^[61]

Todo aquello convenció a las autoridades borbónicas del éxito de la nueva política hacia los indios. En su imaginación, la reforma política y la paz estaban intrínsecamente vinculadas: los comanches respetaban los acuerdos porque estaban controlados por unos dirigentes poderosos que, a su vez, se adscribían personalmente al sistema imperial español. Los regalos y la microgestión minuciosa parecían haber domado a los feroces y formidables comanches reduciéndolos a súbditos obedientes y acomodaticios. Según alardeaba De la Concha en 1794, «todos los demás jefes y los miembros de esta tribu reconocen [a Encanaguané y su lugarteniente jupe, Paruanaranimuco] como tales [grandes jefes] y los obedecen a su modo (según sus propias palabras), escuchan su consego [sic] y lo siguen de buen grado». En un escrito redactado cinco años más tarde, José María Cortés, teniente del Real Cuerpo de Ingenieros, informaba de que los comanches «están comandados por un general y un lugarteniente escogidos por multitud de votos de compatriotas [...] Atienden el consejo del general con la misma subordinación y lo siguen con la misma buena fe que los indios profesan a los tratados». Muchos historiadores han coincidido en interpretar estos informes autocomplacientes en sentido literal.^[62]

Pero el aspecto externo de las acciones políticas y su sentido interno no necesariamente coincidían. El cargo de jefe supremo único y la cadena de mando que lo acompañaba de jefes principales y secundarios eran ideas novedosas, importaciones españolas en la política comanche, pero no quiere decir que la organización política de los comanches hubiera perdido autonomía o se hubiera convertido en un mero apéndice del imperio español. En realidad, la reordenación del sistema político de los comanches occidentales se entiende mejor como una reacción pragmática a la transformación radical de la situación estratégica.

La Nueva España de finales de la época de los Borbones estaba experimentando una recuperación espectacular, que en Nuevo México se dejaba sentir en el florecimiento del comercio de larga distancia con Chihuahua, el crecimiento demográfico y económico acelerado y la imposición cada vez mayor de una política exterior. Ante una potencia imperial revitalizada de repente en sus fronteras, los comanches occidentales reaccionaron creando un sistema político de marcado carácter jerárquico, capitaneado por unos jefes con mucho poder que podían tratar como iguales con unos agentes coloniales españoles muy decididos. Estimulado por las Reformas Borbónicas, Nuevo México dejó de ser un erial a finales del siglo XVIII para convertirse en una economía regional dinámica, y los comanches tenían que

encontrar formas de canalizar tanta vitalidad en beneficio propio. Para ello, hicieron lo que las sociedades de pastoreo no sedentarias y políticamente flexibles han hecho en todos los momentos de la historia: modificar su organización interna para reflejar (pero no necesariamente copiar) la evolución de una sociedad estatal vecina.^[63]

Además, la idea del sometimiento de los comanches mediante la manipulación externa ignora la cultura, los significados que los comanches asignaban a sus acciones e instituciones políticas. Cuando los grandes jefes comanches prometían ser vasallos fieles de su «padre», el rey de España, no hablaban de subordinación, sino más bien de los lazos familiares de apoyo mutuo que debían constituir el núcleo de una relación sostenida. Pese a las aseveraciones de los españoles, los comanches consideraban que la jefatura principal no era un cargo político auténtico sino, más bien, un instrumento para arrancar a los españoles favores económicos y políticos. Lejos de ser títeres de los españoles, los grandes jefes comanches occidentales desempeñaron un doble papel. Satisfacían las expectativas de los españoles manteniendo la ilusión de una jerarquía centralizada y rígida con el fin de asegurarse el acceso a los mercados y racionalizar la distribución de regalos, pero no hacían el menor esfuerzo por intervenir en la política interna de las numerosas rancherías locales. Más que implantar los objetivos imperiales de España, los subvirtieron.

Cuando negociaban con las autoridades españolas de los centros coloniales de Nuevo México, Ecueraçapa y los demás grandes jefes proyectaban una imagen de autoridad inflexible; portaban bastones de mando, llevaban uniformes y medallas españolas y prometían siempre controlar a sus partidarios. Sin embargo, en cuestiones internas, apartados de la observación directa de los españoles, se comportaban como solía esperarse de un típico jefe comanche, que era más un árbitro que un autócrata. De hecho, Ecueraçapa parecía sentirse incómodo en su nuevo papel desde el principio, como indica su insistencia durante las conversaciones de Pecos en que se entregara el bastón de mando de De Anza a Tosacondata. Ese acto debe interpretarse en el contexto de la tradición política comanche de dirección colectiva y difusa: era una tentativa de compartir el poder con otros jefes. Ecueraçapa siguió respetando las convenciones políticas comanches incluso después de ser elegido formalmente «capitán general». Representaba a la nación comanche en las negociaciones diplomáticas de alto nivel con las autoridades españolas, pero no hay pruebas de que desempeñara papel alguno en la política interior de los jupe o los yamparica. Cuando se reunía con los colonos españoles, Ecueraçapa era un comandante en jefe supremo; en la Comanchería, seguía siendo un típico jefe kotsoteka con una autoridad limitada y definida con claridad.^[64]

El doble papel de los principales jefes de los comanches occidentales acabó siendo aún más evidente tras la muerte de Ecueraçapa en 1793. A diferencia de este, ninguno de sus seguidores parece haber mandado emisarios a recorrer la Comanchería para certificar su condición entre todos los grupos. La práctica misma bastaba para reducir su cargo a un mero título honorífico, pues el poder sin presencia

física carecía de sentido entre los comanches, que creían que la autoridad solo se podía ejercer y revalidar mediante la interacción directa cara a cara. Los sucesores de Ecueraacapa también ignoraron el plan español de establecer una jerarquía rígida en la que los lugartenientes generales jupe y yamparika estuvieran subordinados a los jefes supremos kotsoteka. Todos los jefes principales kotsoteka (Ecueraacapa, Encanaguané, Canaguaipe, Quegüe, Tahuchimpia y Cordero) suscribieron la difusa tradición de la política comanche y se abstuvieron de intervenir en los asuntos internos de otros grupos. De hecho, el Comandante General Ugarte había augurado en 1787 que los yamparika y los jupe no aceptarían subordinarse a los grandes jefes kotsoteka.^[65]

Como rechazaban la exigencia española de centralización política, los comanches jupe y yamparika trataban directamente con las autoridades de España. Las presionaron incluso para que reconocieran a sus grandes jefes. En 1805, por ejemplo, tres capitanes yamparika acudieron a Santa Fe y pidieron al gobernador Joaquín Real Alencaster que reconociera al jefe Somiquaso como «general» de los yamparika, «como Guegue [lo es] de los cuchanticas [comanches kotsoteka]». En otras palabras, los yamparika insistían en que los grandes jefes de los kotsoteka y los suyos no fueran los mismos; y cuando Alencaster accedió a su petición, no se hizo mención a que Somiquaso estuviera subordinado a Quegüe. También es significativo que los yamparika acompañaran su petición del nombramiento de Somiquaso con una larga lista de demandas: querían que Alencaster «los vistiera y les entregara regalos», «liberara a determinados prisioneros y criminales» y «les construyera casas de madera en torno a una plaza» junto al río Colorado. Esta última petición, al igual que el experimento de San Carlos dos décadas antes, parece haber venido desencadenada por un periodo de sequía y la consiguiente necesidad de garantizar ayuda española adicional. El gobernador agasajó a los visitantes con regalos, les prometió enviar constructores y, finalmente, les ofreció comercio sin restricciones en condiciones favorables: «Al entregar el bastón al general [comanche], hice que me diera su palabra de que vendrían todos los años a comerciar y yo le prometí justicia en el intercambio de [sus] artículos por todos [los nuestros] que desearan, diciéndole que era un buen modo de evitar disgustos».^[66]

En última instancia, los intentos de manipulación política por parte de los españoles se debilitaron ante las persistentes tradiciones de la cultura política comanche. Las autoridades borbónicas insistían en calificar a los jefes supremos de marionetas, cuya mera existencia dependía del apoyo español; pero, en realidad, todos los grandes jefes de los comanches occidentales ingresaron en la arena de la política exterior como jefes consolidados que ya gozaban de apoyo generalizado en la Comanchería. Las autoridades españolas siempre se enteraban de su nombramiento después de que se hubiera producido, y lo único que pedían los comanches era que reconocieran la autoridad de los jefes con los regalos adecuados. La certificación española no era una exigencia para que los comanches obtuvieran la jefatura.^[67] Los grandes jefes de los comanches occidentales maniobraban en el espacio diplomático

existente entre el imperio español y la Comanchería, pero no eran creaciones de los españoles.

Y, aun cuando las autoridades españolas lograran ejercer cierta influencia sobre algunos jefes comanches occidentales mediante regalos y títulos, la cultura política comanche contenía mecanismos intrínsecos que volvían a la nación relativamente inmune a ese tipo de manipulación externa. La máxima de que las decisiones importantes debían tomarse por consenso actuaba como pantalla de protección eficaz contra las injerencias externas. Jefes tan carismáticos y poderosos como Ecuerecapa podían ejercer una influencia considerable frente a una política divisiva o conjunta de varios grupos, pero ni siquiera ellos podían imponer medidas, pues la cultura política comanche exigía que todas las decisiones importantes fueran unánimes. Los comanches realizaron un esfuerzo considerable para insistir en este aspecto ante las autoridades españolas permitiéndoles asistir a los grandes consejos que tomaron la decisión última sobre asuntos tan destacados como el tratado de 1786 entre Nuevo México y los comanches. La tradición de pertenencia flexible a diferentes tribus reforzaba el efecto filtrante de la política de consenso, pues si un jefe trataba de imponer una decisión que parecía viciada, corría el riesgo de perder su prestigio y, con él, el apoyo político. Si los comanches percibían corrupción en sus jefes, sencillamente se apartaban de ellos.^[68] Así pues, bajo las apariencias, persistía la naturaleza difusa del sistema político de los comanches occidentales.

Los comanches modificaron sus estructuras políticas para acomodarse a las presiones ejercidas por un imperio español reforzado, pero lo hacían en el marco de los parámetros de su cultura tradicional. Como habían hecho al menos desde mediados del siglo XVIII (y, seguramente, desde que se trasladaran a las llanuras meridionales), se dispersaron en infinidad de rancherías, que se reunían por grupos periódicamente para deliberar sobre asuntos relevantes que afectaran al conjunto de la comunidad. Los grandes jefes que tenían acceso a las autoridades españolas presentaban las iniciativas de los colonos en esos consejos, pero era la gran masa concurrente la que decidía cuál debía ser la respuesta que había que dar.^[69]

La estrategia borbónica de manipulación política fracasó de forma aún más evidente en Texas, donde las autoridades españolas actuaban en un escenario geopolítico más complejo y delicado y con menos financiación que sus homologas de Nuevo México. Mientras que Nuevo México estaba rodeada de tres grandes naciones indígenas (los comanches, los navajos y los ute), Texas guardaba el equilibrio entre dos grandes potencias indígenas (los comanches y los wichita) e infinidad de grupos más reducidos, como los akokisa, los tejas, los tonkawa y los karankawa. Aquella situación imponía unas exigencias abrumadoras a los limitados recursos imperiales de Texas; en 1795, por ejemplo, treinta y tres naciones solicitaron amistad, comercio y regalos españoles en San Antonio, que solo tenía acceso a una fracción reducida de la riqueza de Santa Fe. Nuevo México gastaba cada año entre cuatro y seis mil pesos en diplomacia india o «gastos de paz», pero Texas solía disponer de una suma inferior a

la mitad para abastecer a sus numerosos aliados indios. Además, las ferias comerciales eran más humildes en Texas, que carecía del acceso de su homóloga occidental a los prósperos mercados de Chihuahua y, por tanto, padecía escasez crónica de armas de fuego, utensilios de hierro y demás mercancías valiosas. Como Texas podía ofrecer pocos incentivos materiales, los comanches orientales apenas sentían necesidad de apaciguar a los españoles con la apariencia de un gobierno centralizado. Las autoridades de Texas realizaban esfuerzos denodados por acceder a la élite política de la Comanchería oriental, pero las tentativas estaban destinadas a fracasar: durante todo el mandato de España en el Sudoeste, sus maniobras se limitaron a apoyar a un reducido número de jefes locales comanches.^[70]

El triunfo de los comanches a la hora de neutralizar la interferencia española significó que el espacio intercultural existente entre las dos naciones se convertiría en un campo de batalla de voluntades acerca del significado de la alianza. Las autoridades borbónicas trataban de adherir a los comanches al imperio español como vasallos políticos pero, para los españoles, que daban importancia al estatus, la idea de tratar a unos indígenas analfabetos y nómadas como iguales resultaba inconcebible. Por su parte, los comanches consideraban la alianza como un pacto entre iguales y buscaban la fusión en el ámbito de lo social y la autonomía en el de lo político. El lenguaje que empleaban ambas partes para explicar su relación refleja la discordancia. Las autoridades españolas utilizaban metáforas paterno-filiales patriarcales y el calificativo cariñoso de «niños» para referirse a los comanches, mientras que los jefes comanches hablaban de su pueblo y de los españoles como si fueran hermanos unidos por lazos y obligaciones de afinidad. Al representarse como padres, las autoridades españolas aspiraban al mando, pero los comanches esperaban que actuaran como hermanos que atendieran sus necesidades. Este debate sobre las palabras y los significados permanecía en buena medida oculto, y afloraba únicamente cuando las autoridades españolas, guiadas por la convicción de que podían dar órdenes a los niños-indios, presionaban a los comanches para que adoptaran cursos de acción contrarios a sus intereses.^[71]

Una serie de acontecimientos y episodios sucedidos en la última década y media del siglo XVIII reveló a las autoridades españolas lo tenue que era su influencia sobre los comanches. El primero se produjo a finales de la década de 1780, cuando las autoridades trataron de resolver la cuestión de los prisioneros y su trata. Las condiciones del acuerdo obligaban a los comanches a devolver todos los prisioneros hispanos pero, cuando las autoridades españolas quisieron hacerlo valer, los comanches entendieron (o malinterpretaron de forma deliberada) que la exigencia era una oferta para pagar rescate por los cautivos. Sí devolvieron a Texas y Nuevo México a las mujeres y los niños, pero los españoles tuvieron que pagar sumas desorbitadas que llegaron a ascender hasta a ocho caballos por prisionero. Los

comanches también realizaron bajo protección española asaltos esporádicos a las misiones de Coahuila y a los *establecimientos de paz*^[*] apaches, tal vez para capturar prisioneras para el tráfico ilegal de esclavos, que no había disminuido lo más mínimo en la Louisiana española. En 1790, tras reiteradas iniciativas de paz de los apaches faraone, gileño, natagé y mimbrenño, el gobernador De la Concha volvió a convocar a varias tribus de los cuatro grupos a Nuevo México con la esperanza de que se convirtieran en agricultores sedentarios en El Sabinal, una pequeña comunidad española situada 65 kilómetros al sur de Albuquerque. Sin embargo, parece que los comanches consideraban que el experimento de la reserva era una amenaza para sus intereses comerciales, que desde 1786 giraban en torno al control exclusivo de los mercados de Nuevo México. Ignorando las objeciones de los españoles, asaltaron El Sabinal durante cuatro años hasta que fue prácticamente abandonado.^[72]

Las campañas militares conjuntas contra los apaches constituían otro espacio en el que las autoridades españolas vieron seriamente comprometida su influencia sobre los comanches. En 1790, De la Concha solicitó a los jefes de los comanches occidentales que le suministraran hombres para otra campaña militar conjunta; en esta ocasión, contra los asentamientos apaches próximos al Gran Recodo del río Grande. Sin embargo, en aquel momento la mayoría de los apaches se habían alejado mucho de la esfera de influencia de los comanches y ya no representaban una amenaza para sus intereses. Los jefes denegaron la petición de De la Concha y, en cambio, le pidieron que aportara tropas para una incursión contra los pawnee en las llanuras centrales. La propuesta contravenía la política de Nueva España hacia los indios, que concentraba la fuerza militar española contra los apaches y evitaba conflictos con otras naciones indígenas; pero, en todo caso, De la Concha aceptó y explicó después que «si no hubiéramos accedido a su petición, habríamos suscitado unas rencillas que podrían haber tenido consecuencias lamentables». La expedición fue un fracaso. Bajo el mando de los comanches, un fenómeno inusual, las tropas auxiliares españolas (una guarnición de 20 hombres, entre *vecinos*^[*] y soldados) perturbaron las maniobras habituales de un grupo de 340 comanches que operaba al mismo tiempo como ejército y como aldea móvil. Finalmente, tras una serie de disputas reiteradas, Ecuercapá y Paruanarimuca ordenaron volver a Nuevo México a los soldados españoles. Aquello supuso el final efectivo de la cooperación militar entre comanches y españoles. En 1797, el gobernador Chacón realizó una última tentativa de recabar ayuda militar de la Comanchería cuando pidió al jefe Canaguaipe hombres para luchar contra los apaches mescalero que asaltaban las inmediaciones de El Paso. El gobernador les ofreció a cambio armas de fuego y víveres en abundancia, pero la oferta fue rechazada de plano por el capitán kotsoteka, que afirmaba que sus guerreros estaban preparándose para emprender sus propias campañas militares.^[73]

Para las autoridades españolas resultó aún más alarmante la guerra no autorizada que los comanches declararon a los ute y los navajos a principios de la década de 1790. La paz entre comanches, ute y navajos se había roto poco después de alcanzada

en 1786; según parece porque los ute y los navajos temían que la unión de comanches y españoles los marginara y les impidiera acceder a los mercados de Nuevo México: De la Concha apuntó con laconismo algunos años más tarde que los ute «odian a los comanches por su actual amistad con nosotros». La insistente sequía de finales de la década de 1780 también alimentó la rivalidad por los recursos locales e indujo a los navajos y los ute a emprender campañas de saqueo en la Comanchería. Las autoridades españolas trataron de aplacar a los comanches recuperando caballos robados y prisioneros, pero en 1792 los comanches declararon la guerra a navajos y ute ignorando las súplicas de paz de los españoles. Esta maniobra independiente no solo revelaba la falacia de la sumisión comanche al dominio español, sino que amenazaba con volver a convertir Nuevo México en territorio de guerra. En 1793, De la Concha se lamentaba: «Las consecuencias que puede llegar a sufrir la provincia si los comanches no contienen la ira justificada que sienten hacia los navajos son penosas ya que, para buscarlos y atacarlos en su paradero, [los comanches] se verán obligados a atravesar el centro de Nuevo México, con lo que perturbarán la tranquilidad alcanzada hasta la fecha».^[74]

Tras los lamentos se esconde una verdad más profunda, que quedaría cada vez más patente a principios del siglo XIX: serían los comanches, y no los españoles, quienes establecerían los límites de la alianza y determinarían su naturaleza. Los comanches formularían su relación con los colonos españoles a través de sus intereses e imponiendo sus condiciones, y el Sudoeste seguiría siendo un territorio de poder en disputa, en el que las relaciones entre naciones se determinarían sobre el terreno, y no en núcleos coloniales remotos. Y de esta configuración nacería un orden imperial que los españoles jamás habrían podido imaginar: el imperio comanche.

IV

EL IMPERIO DE LAS LLANURAS

La primera mitad del siglo XIX fue la era de la expansión imperial norteamericana en el Sudoeste. Alimentada por un próspero crecimiento industrial, tecnológico y demográfico, e impulsada por el nacionalismo chovinista de la doctrina del destino manifiesto, Estados Unidos se abrió paso desde el valle del Misisipí hasta el río Grande comprando territorio, combatiendo para arrebatarlo o anexionándose, quebrantando reivindicaciones imperiales de España, avasallando a la República de México y desposeyendo a docenas de sociedades indígenas. La expansión se inició en 1803 mediante la compra de Louisiana, que duplicaba más o menos la extensión de la nación, y fue seguida, en una rápida sucesión, por la fundación en 1836 de la República de Texas, de predominio blanco, su anexión como tal república nueve años más tarde, y la incorporación mercantil del estado mexicano de Nuevo México. La expansión culminó en la guerra entre México y Estados Unidos de 1846-1848, tras la cual Estados Unidos compró Nuevo México y California por quince millones de dólares y amplió su territorio hasta el río Grande haciéndose cargo del pago de los tres millones de dólares que sus ciudadanos reclamaban a México. Finalmente, en 1853, Estados Unidos adquirió una franja de tierra mexicana situada al sur del río Gila, con lo que llevó su frontera hasta lo que hoy día son el sur de Arizona y el sudoeste de Nuevo México.

Pero este periodo no se caracteriza únicamente por el aumento del poder norteamericano, pues también fue testigo de la reanudación del impulso expansionista de los comanches. Al desarrollar e intensificar las estrategias de política exterior que habían alimentado la expansión antes del paréntesis de mediados de la década de 1780, en los albores del siglo XIX, en conjunción con un imperio norteamericano emergente, los comanches forjaron en las llanuras meridionales y el Sudoeste otro imperio flexible pero imponente. A finales de la década de 1840, cuando Estados Unidos se disponía a desbancar a México del Sudoeste mediante la guerra, los comanches alcanzaron el cénit de su poderío. Habían revitalizado su extinta red comercial y de alianzas y se habían expandido hasta convertirse en un imperio mercantil inmenso, que les permitió integrar economías ajenas a sus circuitos comerciales y controlar el flujo de mercancías esenciales en el sur del subcontinente. Al igual que los imperialistas norteamericanos, los comanches eran actores poderosos, capaces de transformar sociedades y remodelar historias.

Tal vez suene inverosímil. ¿Cómo es posible que una región como el Sudoeste, por amplia que fuera, albergara dos proyectos imperiales simultáneos y victoriosos? ¿Es que la expansión de una fuerza no incidía inevitablemente en la de la otra, hasta anularla en última instancia? Pero en el Sudoeste de principios del siglo XIX no regía

la lógica tradicional de suma cero, ya que la expansión comanche y estadounidense nacían de impulsos independientes y avanzaban en planos divergentes. La política de poder comanche se orientaba a ensanchar el acceso de la nación a territorios de caza, emplazamientos comerciales, regalos, tributos y esclavos; mientras que la expansión estadounidense, modelada por una amarga disputa secesionista en relación con la esclavitud, incidía en la obtención de derechos territoriales formales y desplazaba las fronteras de la nación hacia el Pacífico. Los comanches anhelaban los recursos de la tierra, y los norteamericanos querían títulos de propiedad. La expansión comanche y estadounidense, diferenciadas por objetivos y estrategias, no representaban ninguna amenaza letal mutua. De hecho, como expondré en los dos próximos capítulos, ambos procesos de expansión no chocaron, sino que *co-evolucionaron* y se alimentaron de los éxitos del otro.

Tanto en este capítulo como en el próximo, desarrollaré cuál era la forma y la función del imperio comanche; aquí me ocuparé del poder político, económico y cultural de los comanches en las Grandes Llanuras y, en el capítulo 5, analizaré su política exterior en el Sudoeste. Ambos capítulos se basan en la idea de que la expansión estadounidense en el Sudoeste se cimentaba en el precedente comanche. Los comanches son los protagonistas de la historia y el empuje de los norteamericanos hacia el Oeste representa una trama marginal, según la cual intervinieron, a menudo sin saberlo, para apoderarse de territorios que ya habían sido sometidos y debilitados por los comanches. La narración no ignora las enormes ambiciones imperiales y los recursos de Estados Unidos, pero muestra que el asombroso éxito del imperialismo norteamericano en el Sudoeste solo se puede entender si se inscribe en el contexto del imperialismo indígena que le precedió.

Pero, en los inicios, en los primeros años del siglo XIX, parecía que el futuro imperial del Sudoeste no pertenecía ni a los comanches ni a Estados Unidos. Nueva España, revitalizada por las Reformas Borbónicas y reforzada por una política indigenista dinámica, estaba decidida a controlar la región y sus habitantes. Las autoridades españolas concibieron una gran extensión imperial hacia el interior y prendieron sus ilusiones en la nación comanche. Al igual que los iroqueses para los británicos, los comanches eran para la España borbónica el representante indio a través del cual se podía reclamar y comandar un inmenso imperio continental.

En 1800, las autoridades españolas de Nuevo México y Texas creían tener un dominio consolidado sobre la nación comanche. Las ferias proliferaban a ambos lados de la frontera, desde Taos hasta Natchitoches, y las delegaciones comanches solían quedarse varias semanas en Santa Fe y San Antonio, donde interactuaban con libertad con los habitantes hispanos e indios. Cuando recogían el tributo anual de regalos, los jefes comanches renovaban de forma mecánica su lealtad a Nueva España, con lo que proyectaban la imagen de que eran aliados fieles. Fernando de la

Concha, gobernador de Nuevo México, escribió lo siguiente en 1794: «En esta tribu se puede encontrar la fe en los tratados que suscribe, constancia y hospitalidad sinceras y costumbres moderadas [...] La necesidad que nos impulsa a entregarles armas y munición sin límites los vuelve dependientes de nosotros». Las autoridades españolas de principios del siglo XIX que, tan solo unos años antes, calificaban a los comanches como unos salvajes «inconstantes y traicioneros», los habían convertido en aliados ideales, casi en el paradigma de bárbaros nobles. Pedro Bautista Pino, representante de Nuevo México en las Cortes Españolas, escribió un breve tratado sobre la «idea de los comanches», en el que se maravillaba ante el «talle majestuoso», la «apariencia elegante» y el «aire marcial manifiesto» presente en cualquier comanche. Tras condenar la crueldad y la falta de compasión de los apaches (un contrapunto dialéctico necesario), Pino afirmaba convencido que «con muy poco esfuerzo por nuestra parte [...] la nación comanche [...] se unirá a los españoles».^[1]

Para la Texas española, la unión era un asunto de vida o muerte casi en sentido literal, pues la región protegía a la colonia de los asaltos comanches, que habían causado estragos inimaginables en la década de 1770 y principios de la de 1780 y estuvieron a punto de destruir el sector agrícola, tan esencial. Los ranchos empezaron a recuperarse a finales del siglo XVIII gracias a la paz con los comanches, pero los colonos vivían con el temor constante de que se reanudaran los ataques. Desde un punto de vista geoestratégico más amplio, la alianza con los comanches protegía a la totalidad del norte de Nueva España de una posible invasión de Estados Unidos, un país joven y expansivo. En teoría, la función de barrera protectora correspondía al territorio de Louisiana, pero la colonia, demasiado extensa y desmembrada, era abiertamente incapaz de cumplirla. De hecho, Louisiana se había convertido más en un imán que en una barrera para los norteamericanos, que tenían menos ataduras de finales del siglo XVIII, cuando las autoridades españolas, dado el fracaso de la tentativa de poblar la provincia con inmigrantes procedentes de otras colonias españolas, abrieron sus fronteras a los colonos estadounidenses. En 1795, Madrid había llegado a la conclusión de que todo propósito de defender Louisiana para que no cayera en manos norteamericanas era vano, e inició los preparativos para vender a Francia la colonia que tanto dinero le costaba. Mientras los administradores de los Borbones se entregaban a un juego de mesa imperial con Louisiana, el papel de parachoques volvía a recaer sobre Texas. Para cumplir con tan noble misión, la colonia relativamente despoblada tenía que mantener bajo su influencia a una masa crítica de indios con el fin de alzar una barrera de nativos proespañoles que contribuyera a compensar el incipiente poder norteamericano. La alianza con los comanches orientales, el grupo indio más poderoso de los territorios fronterizos de Texas, con diferencia, constituyó el núcleo de la barrera.^[2]

Pero la alianza con los comanches era más precaria de lo que creían las autoridades españolas. Los comanches orientales (al igual que sus parientes de la Comanchería occidental) jamás habían brindado a España la lealtad que los

administradores borbónicos esperaban. Ofrecieron a los españoles amistad, pero no conformidad. Comerciaran con los españoles y aceptaban los regalos pactados, pero guardaban con celo su autonomía política. Las autoridades españolas empezaron a caer en la cuenta casi inmediatamente después de los tratados de 1785-1786. Los comanches se negaban a devolver a cautivos españoles sin obtener un rescate, declinaban la solicitud de participar en campañas militares conjuntas que no promovieran sus intereses y realizaban incursiones no autorizadas en las reservas apaches, con lo que pusieron en peligro el frágil proceso de paz entre apaches y españoles. Este tipo de acciones puso a prueba la consistencia y los límites de la alianza, pero las autoridades españolas, que obraban con prudencia para no perder unos aliados esenciales, solían ignorar o perdonar las transgresiones. De hecho, Jacobo Ugarte, el comandante general de las Provincias Internas, había sugerido expresamente al gobernador de Nuevo México que «puede darse el caso de que sea conveniente mostrar clemencia aun cuando seamos nosotros las víctimas del delito [...] pues la inflexibilidad por parte de Su Señoría puede causar algún altercado importante. La prudencia exige que sea preferible la indulgencia a la reparación de la ofensa».^[3]

A finales de la década de 1790 surgió un desafío más sutil pero, en última instancia, más grave para la alianza entre españoles y comanches, cuando los comerciantes y agentes norteamericanos que operaban fuera de la Louisiana española empezaron a penetrar en las llanuras meridionales. Eludiendo a las autoridades españolas de Louisiana (y, a veces, en connivencia con ellas), los comerciantes ambulantes norteamericanos se infiltraban en el disputado espacio fronterizo entre la Texas española y Estados Unidos para, desde allí, avanzar hacia la Comanchería oriental. La llegada de los norteamericanos supuso una prueba de fuego para el pacto entre los comanches orientales y Texas, pues el tratado de 1785 auguraba el avance hacia el Oeste de Estados Unidos y prohibía expresamente que los comanches trataran con agentes norteamericanos. Las autoridades españolas esperaban que los comanches orientales cumplieran el tratado, mantuvieran la lealtad a Texas y desterraran a los intrusos. Confiaban en ello no solo porque los comanches hubieran firmado un acuerdo político, sino también porque los regalos y la generosidad de los españoles les obligaban a hacerlo.

Sin embargo, los norteamericanos no aparecieron en forma de conquistadores con armas de fuego y estandartes, sino como comerciantes portadores de artículos y regalos, y los comanches orientales los recibieron de buen grado como socios comerciales en potencia, sencillamente, los comanches entendían el vínculo entre regalos y política de un modo distinto a los españoles. Los administradores borbónicos insistían en que los regalos eran objetos contractuales que establecían un lazo político y una alianza bilateral exclusiva, mientras que, para los comanches, los regalos tenían, sobre todo, un significado social. Las autoridades borbónicas insistían en que los regalos españoles impedían que los comanches comerciaran con otras

raciones, pero se trataba de una interpretación estrecha de la lealtad y la amistad que no tenía fácil traducción en la visión del mundo comanche. Si los extranjeros que penetraban en la Comanchería (ya fueran norteamericanos, franceses, o cualesquiera otros) estaban dispuestos a suscribir las costumbres y expectativas de los comanches, estos no tenían ningún motivo para rechazarlos. De hecho, como se verá en las páginas que siguen, al exigir a los comanches orientales que escogieran entre la fidelidad a España y la hospitalidad con los norteamericanos, las autoridades de Texas terminaron de echar a perder la alianza con la nación comanche.

Y así, permitiendo simplemente entrar a los norteamericanos recién llegados, los comanches orientales empezaron a desprenderse de su incómoda y reciente alianza con España y buscaron los mercados y la riqueza norteamericanos. Fue un cambio trascendental que alteró la historia del Sudoeste. Al establecer lazos comerciales con los norteamericanos y vincular su economía caballar y de bisontes a la economía capitalista emergente de Estados Unidos, los comanches desencadenaron una expansión comercial sostenida que, en última instancia, invadió la Comanchería. Las autoridades españolas tardaron algún tiempo en detectar la transformación, y bastante más en reaccionar. Cuando en 1799 José Cortés aplaudió la lealtad comanche a España, los comanches orientales ya habían trabado un comercio activo con los norteamericanos que se dirigían al Oeste, y cuando, trece años después, Pino se hizo eco del elogio de Cortés, los comanches orientales ya habían convertido sus rancherías en un lugar de intercambio próspero entre el Sudoeste y los mercados estadounidenses. Cuando la era colonial española llegó a su fin en 1821, la totalidad de la nación comanche había dejado de girar en torno a los españoles. Los indios presidían ahora un inmenso imperio comercial que abarcaba las Grandes Llanuras desde el valle del río Grande hasta los del Misisipí y el Missouri, y buscaban mercados, riqueza, aliados y poder en el Norte y el Este.

El primer norteamericano conocido que se bañó en las aguas comerciales de la Comanchería fue Philip Nolan, un ambicioso empresario de Kentucky que había emigrado a finales de la década de 1780 a Nueva Orleans, donde se dio cuenta de que al oeste de las Grandes Llanuras se avecinaban oportunidades económicas más ventajosas. En 1791 obtuvo autorización del gobernador de Louisiana para capturar caballos salvajes en Texas y, durante los diez años siguientes, encabezó cinco expediciones importantes en el Oeste, partiendo habitualmente desde Nacogdoches, una ciudad fronteriza entre Texas y Louisiana que, poco después de su fundación, en 1779, se había convertido en un eje primordial del contrabando. Nolan llevó infinidad de caballos a los mercados y los soldados de Louisiana, pero también comerció mucho con los indios de las llanuras meridionales. En 1799 regresó con mil doscientos caballos salvajes e indios, con lo que contagió a Natchez y otros asentamientos fronterizos de una fiebre comercial que atrajo a las llanuras a gran

cantidad de comerciantes norteamericanos. Pero las actividades de Nolan también tenían un sustrato político. Era el protegido del general James Wilkinson, otrora espía español y, desde 1798, comandante del Departamento Meridional del Ejército de Estados Unidos. Aunque seguía conspirando con agentes españoles, Wilkinson fomentó con entusiasmo la exploración y el filibusterismo estadounidenses en el Sudoeste bajo el patrocinio del vicepresidente Thomas Jefferson.^[4]

Al reparar en el error cometido autorizando a Nolan, las autoridades españolas dejaron de expedir autorizaciones en 1799 pero, ni esa medida, ni la muerte de Nolan a manos de soldados españoles en 1801, frenaron el impulso hacia el Oeste de los norteamericanos, que contaron con el apoyo firme de Wilkinson y de Washington D. C. El respaldo no hizo más que intensificarse tras la Compra de Louisiana, que difuminó la frontera entre la Texas española y la Louisiana estadounidense y, a juicio de los norteamericanos, la convirtió en un territorio propicio para el saqueo. El Acuerdo sobre Territorio Neutral de 1806, por el que Wilkinson y el teniente coronel Simón de Herrera establecieron una zona desmilitarizada entre el río Sabine y el Arroyo Hondo, próximo a Natchitoches, no hizo más que sumarse a la confusión y la disputa. Instado por Wilkinson (que, desde 1805, era gobernador del recién creado Territorio de Louisiana) y por otros agentes estadounidenses, en los primeros años del siglo XIX penetraron en los territorios en disputa de los ríos Rojo y Brazos varias caravanas comerciales y, a título individual, algunos comerciantes norteamericanos.^[5]

Visto desde el valle del Misisipí, el avance hacia el Oeste de los comerciantes norteamericanos dio pie a la creación de la «Frontera Comercial de Texas», un territorio entregado a una actividad mercantil frenética que abarcaba desde el río Arkansas hasta la costa del Golfo de México. Sin embargo, para los comanches orientales, la expansión comercial estadounidense no constituía la creación de algo tan dramático como una frontera nueva. Más bien, recrudesció su vieja rivalidad con los wichita por los privilegios comerciales. Antes, a finales de la década de 1770, los comanches orientales habían estado a punto de sustituir a la confederación wichita como vía de acceso al comercio de las llanuras de Texas pero, en la década de 1780, aminoraron la presión cuando la viruela devastó sus rancherías y las convulsiones revolucionarias del Este interrumpieron el comercio con el Oeste desde el valle del Misisipí. Pero, a finales de la década de 1780, los comanches volvieron a interactuar y a comerciar pacíficamente con los wichita. El cese de las hostilidades comanches permitió que los wichita recuperaran fuerzas y, cuando llegaron los comerciantes norteamericanos, volvieron a ocupar una posición susceptible de dominar el comercio entre Este y Oeste. A partir de finales de la década de 1790, los comerciantes estadounidenses visitaban todos los años las aldeas wichita del río Rojo, donde llevaban armas de fuego, utensilios de metal y paños, intercambiaban regalos y creaban lazos políticos y de parentesco muy sólidos.^[6]

Al igual que en la década de 1770, los wichita impidieron el acceso de los comanches a los mercados orientales y, como habían hecho antes, exigían lo que los

comanches consideraban un precio abusivo por ejercer de intermediarios comerciales. Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en la década de 1770, los comanches se mostraron reacios a recurrir a la fuerza, en buena medida porque en su frontera nororiental se había planteado una situación militar amenazadora: los osage habían vuelto a embarcarse en otra oleada expansionista. En esta ocasión, de todos modos, la agresión de los osage en el Oeste vino desencadenada por las pérdidas territoriales sufridas en el Este. En la década de 1790, la expansión de las fronteras de los colonos angloamericanos en el Sudoeste supuso el exilio de gran número de choctaw, cherokee, delaware y shawnee al oeste del Misisipí, donde protagonizaron choques violentos con los osage, lo que obligó a trasladar varias aldeas más cerca de la Comanchería. Al mismo tiempo, la política de inmigración de España en Louisiana, muy liberal, atrajo a miles de habitantes de Kentucky y Tennessee al curso bajo del Missouri, donde establecieron haciendas en los territorios de caza tradicionales de los osage, lo que obligó a muchos a replegarse hacia tierras de comanches y wichita. Contener esta invasión osage pasó a ser una prioridad estratégica de los comanches orientales durante toda la década de 1830, para lo que necesitaban el apoyo militar y material de los wichita para abordar esa tarea.^[7]

Por consiguiente, en lugar de tratar de franquear la barrera comercial de los wichita por la fuerza, los comanches trataron de sortearla mediante la diplomacia. Durante la década de 1790, reconstruyeron su alianza con los wichita y visitaron sus aldeas en son de paz para comerciar. Luego, en 1807, enviaron una delegación numerosa a Natchitoches, el asentamiento estadounidense más occidental de los territorios adquiridos mediante la Compra de Louisiana, con la esperanza de convencer a los agentes de que les enviaran comerciantes. La delegación fue recibida con entusiasmo por el doctor John Sibley, el agente indio del «Territorio de Orleans y la región situada al sur del río Arkansas», a quien el Congreso había encomendado apartar a los indios de las llanuras meridionales de la influencia española para atraerlos hacia la norteamericana. Armado con un presupuesto generoso de tres mil dólares con los que vencer a los nativos, Sibley realizó una serie de escenificaciones rituales para exhibir la riqueza, munificencia y atención de los norteamericanos. Gratificó a los visitantes comanches con armas de fuego, pólvora, plomo, bermellón, mantas, herramientas de metal y uniformes oficiales. Luego, en presencia de jefes comanches, wichita, caddo y tonkawa, y ante «los rescoldos de la pipa y el consejo», pronunció un discurso memorable en el que, con las oportunas dosis de amnesia histórica, reivindicaba el indigenismo de los norteamericanos. «No ha pasado tanto tiempo desde que nuestros antepasados llegaron desde el otro lado de las grandes aguas como para que no lo recordemos —afirmaba—. Nosotros somos indígenas de la misma tierra que vosotros; en otras palabras, somos indios blancos y, por tanto, deberíamos sentir y vivir como hermanos y buenos vecinos». También abordó el contexto geopolítico general: «no estamos en guerra con España; por consiguiente, no deseamos, ni os pedimos, que seáis menos amigos suyos que nuestros; el mundo es lo

bastante ancho para todos, y todos debemos habitarlo como hermanos».^[8]

Al proclamar su buena disposición para tratar a los comanches como parientes absteniéndose de interferir en las relaciones entre comanches y españoles, y haciendo gala de una largueza excepcional, Sibley demostraba la voluntad de los estadounidenses de ajustarse al orden cultural comanche. Uno de los jefes comanches le respondió afirmando que le «complacía enormemente» ver que los norteamericanos eran «nuestros nuevos vecinos». Sin embargo, la cuestión práctica del comercio ocupaba un lugar preponderante en el calendario comanche, y el jefe pasó a explicar de inmediato que el deseo de los comanches de obtener tecnología europea creaba unos mercados muy propicios para los artículos norteamericanos: «tenemos necesidad de mercancías y siempre nos alegrará comerciar con ustedes en condiciones amistosas [...] Ustedes tienen todo lo que necesitamos».^[9]

Lo que estimulaba esa necesidad no solo eran las armas de fuego y la pólvora que permitían a los comanches mantener a raya a los osage y demás enemigos. Como llevaban utilizando tecnología europea varias generaciones, habían acabado por depender de su disponibilidad y uso para infinidad de actividades cotidianas; se habían vuelto dependientes de los artículos de importación desde para cortar carne hasta para cocinarla, pasando por abrigarse y embellecerse. La Texas española no había logrado satisfacer sus necesidades, complejas y siempre en aumento, y los comanches orientales depositaban ahora su confianza en Estados Unidos. Para dejárselo claro a Sibley, le hicieron comprender que los españoles habían «impuesto» su comercio a los comanches. Dos meses después, otra delegación comanche visitó Natchitoches con la esperanza de hacer arrancar el comercio. El jefe de la comitiva (cuyo nombre no quedó registrado) prometió a Sibley que los comerciantes norteamericanos serían «bien tratados» y que la larga travesía hasta las rancherías comanches les reportaría muchos beneficios, pues «para ellos los caballos y las mulas eran como la hierba, de la que disponían en tanta abundancia», y porque «tenían asimismo pieles de bison curtiduras y sabían dónde había gran cantidad de menas de plata».^[10]

Así, los comanches orientales iniciaron una maniobra agresiva para establecer relaciones comerciales con Estados Unidos y, para conseguirlo, parecían estar dispuestos a sacrificar la alianza con España. Sibley se regocijaba de que uno de sus jefes hubiera puesto una bandera española a sus pies afirmando que los comanches «estaban muy deseosos de tener nuestra bandera y les daba igual que gustara o disgustara a España, y que si yo le entregaba una, ondearía por toda la nación de habla hietan y todos darían la vida por defenderla antes de que se la arrebataran». Sibley sostenía que aquello no era una proeza baladí, pues los comanches dominaban todas las tierras desde las inmediaciones de San Antonio hasta el río Missouri y, de Este a Oeste, desde las aldeas wichita del otro lado de las Rocosas. Pero la euforia de Sibley respecto a su golpe maestro oculta una realidad más sombría. Le habían encomendado que convenciera a los indios de que trasladaran su lealtad de Nueva

España a Estados Unidos pero, por asombroso que resulte, parecía que eran los comanches quienes llevaban la iniciativa: tiraban de Estados Unidos hacia el Oeste para introducirlos en su vasta esfera de poder, que los norteamericanos apenas eran capaces de comprender y, menos aún, de manipular. De hecho, el propio Wilkinson sostenía dos años antes que, si Estados Unidos quería poner un pie en el Sudoeste, no podría lograrlo más que llegando a un acuerdo con los comanches, «la nación salvaje más poderosa de este continente, [la que] tiene en su mano facilitar o impedir nuestro avance sobre Nuevo México, en caso de que en algún momento fuera necesario dar ese paso».^[11]

En consecuencia, en el verano de 1808, Sibley equipó y autorizó a Anthony Glass, un comerciante destacado de Louisiana, a encabezar una expedición de once hombres al territorio del río Rojo. Glass pasó dos meses en las aldeas comerciales wichita situadas junto al río pero, a finales del otoño, decidió avanzar más al Oeste y llegar hasta los comanches. Aferrándose a su ubicación privilegiada, los wichita, primero, suplicaron a los norteamericanos que no avanzaran y, luego, trataron de confundir a su avanzadilla de reconocimiento para que no llegara a las rancherías comanches. Sin embargo, Glass y sus hombres siguieron avanzando y gozaron de una lucrativa temporada comercial en la Comanchería. Desplazándose de una ranchería a otra, la expedición de Glass se transformó en una feria ambulante que no dejaba de aumentar de envergadura a medida que iban sumándose comanches al grupo. En el lapso de un mes, el mercado ambulante de Glass albergó varios centenares de comanches que compraban todos los artículos que los norteamericanos ofrecían. El éxito de Glass atrajo a otros agentes comerciales estadounidenses, impacientes por aprovechar el ingente potencial mercantil de la Comanchería. En 1810, se decía que los norteamericanos gestionaban un asentamiento comercial junto al río Colorado y se relacionaban con varios jefes comanches orientales destacados.^[12]

Así pues, los comerciantes norteamericanos ya habían empezado a sortear las aldeas wichita y a trasladar sus operaciones cuando, en 1811, la confederación wichita recibió un golpe que la dejó paralizada. Awahakei, quien desde hacía mucho era el gran jefe de la confederación, moría en el campo de batalla a manos de los osage. Incapaces de ponerse de acuerdo sobre quién debía sucederle y bajo la presión osage en el Norte, los wichita abandonaron sus aldeas junto al río Rojo y se dispersaron por las praderas meridionales. Algunos marcharon hacia el Oeste y buscaron refugio entre los comanches, con lo que iniciaron un proceso de fusión paulatina de comunidades. Otras bandas se congregaron en nueve pequeñas aldeas junto a los ríos Brazos, Navasota y Trinity y se encerraron en grandes terraplenes y refugios defensivos.^[13]

Una vez desaparecido el bloqueo de los wichita, el comercio comanche experimentó un periodo de auge. A partir de los primeros años de la década de 1810, las caravanas comerciales norteamericanas procedentes del recién creado estado de Louisiana frecuentaban las rancherías de los comanches orientales junto al curso

medio de los ríos Rojo y Brazos, que se habían convertido en el núcleo del comercio estadounidense en las llanuras meridionales. En 1818, W. A. Trimble, comandante de la sección occidental del Distrito 8 del Ejército de Estados Unidos, informaba de que los comanches orientales «desarrollan con los comerciantes del río Rojo un intercambio voluminoso de caballos y mulas, a los que atrapan en las llanuras o arrebatan a los españoles». Otro observador apuntaba que los comanches orientales «en pocos años, se están convirtiendo en unos expertos en armas de fuego, pues se han nutrido de comerciantes de Estados Unidos mediante el intercambio de caballos y mulas, que los indios, de vez en cuando, arrebatan a los asentamientos españoles». El gobernador Antonio Martínez, de Texas, que seguía las evoluciones desde una perspectiva distinta, informaba frustrado y desconsolado de que «el tráfico entre comanches y comerciantes del interior prosigue sin interrupción, y [que] están llegando armas, municiones y demás pertrechos de guerra».^[14]

Los comanches también establecieron lazos comerciales con los revolucionarios e instigadores españoles y norteamericanos que, tras una revuelta que triunfó durante un breve lapso de tiempo en Texas, en 1812 y 1813, se refugiaron en Natchitoches y convirtieron el destacamento de la frontera en una entidad política casi independiente de los territorios fronterizos entre comanches y Texas. Decididos aún a combatir el régimen español, los rebeldes refugiados empezaron a actuar como intermediarios entre los comanches y los comerciantes norteamericanos transportando armas de fuego, munición y pólvora al Oeste y caballos y mulas hacia el Este. Nemesio Salcedo, comandante general de las Provincias Internas, lamentaba en 1813 que este contrabando socavara abiertamente el «comercio nacional» de España en Texas. En 1818, el tráfico había creado «un camino a Natchitoches muy transitado a través de regiones no colonizadas».^[15]

Luego, en 1821, el imperio americano de España se desmoronó, y la confusión subsiguiente en el Sudoeste abrió las compuertas del comercio entre los comanches y Estados Unidos. Tan solo un año después, Stephen F. Austin informaba de que las rancherías de los comanches orientales se habían convertido en el nexo de tres rutas comerciales consolidadas que las conectaban con los mercados estadounidenses del valle del Misisipí. La ruta más septentrional unía la Comanchería oriental con San Luis a través de una cadena de intermediarios indígenas. Por debajo, se encontraba el canal del río Rojo, que encauzaba a los comerciantes de Vicksburg, Natchez, Baton Rouge y Nueva Orleans hacia el corazón de la Comanchería oriental. La más transitada era la más meridional, que llevaba desde la Comanchería oriental hasta Nacogdoches, que casi había desaparecido durante la revuelta de Texas de 1812-1813 y luego, al igual que Natchitoches, se convirtió en refugio de comerciantes y filibusteros norteamericanos. Dados los estrechos lazos de Natchitoches y Nueva Orleans, Nacogdoches se convirtió en una comunidad comercial de primer orden que, a principios de la década de 1820, presumía de un volumen de negocio anual de 90.000 dólares.^[16]

El recién nacido gobierno mexicano trató de mantener alejados a los mercachifles norteamericanos del territorio que consideraban suelo mexicano, pero controlar la porosa frontera entre Texas y Louisiana excedía de su capacidad. En 1823, dos comisionados especiales aconsejaron a Ciudad de México que desplegara de inmediato doscientos soldados en Nacogdoches para repeler el próspero contrabando norteamericano con los indios. Los soldados jamás llegaron, y los inmigrantes y comerciantes blancos siguieron acudiendo a Nacogdoches y la Comanchería. Aquel comercio ilícito era tan lucrativo que atrajo a gran número de comanches yamparika, que se trasladaron al Este. En la década de 1820, esos inmigrantes comanches habían adquirido una identidad nueva como tenewa (los que viven río abajo) y crearon una organización política diferenciada en el curso medio del río Rojo, donde se unieron a los comanches kotsoteka del Este en el comercio con los norteamericanos.^[17]

Las rancherías comanches orientales establecidas junto a los ríos Rojo y Brazos se encontraban ahora en medio del tránsito de ida y vuelta a las llanuras meridionales, un lugar bullicioso en el que la demanda, en apariencia inagotable, de ganado de la frontera de colonos norteamericanos encontraba un abastecimiento igualmente ilimitado: las descomunales manadas de caballos del Sudoeste. Volviéndose hacia el Este, las rancherías comanches se aseguraron un extenso territorio interior con forma triangular que se extendía desde las praderas meridionales hacia San Louis y Nueva Orleans y penetraba en las plantaciones y granjas de Missouri, Kentucky, Tennessee, Louisiana y Misisipí. Hacia el Oeste, constituían la punta de un cauce comercial ancho que trasladaba ganado para satisfacer la demanda y la riqueza orientales. Al ser a un tiempo mercaderes y guardianes, los comanches ya no tenían que viajar para comerciar; podían limitarse a esperar en sus rancherías la llegada de los convoyes comerciales norteamericanos. Aquello causó una impresión profunda en el científico francés Jean Louis Berlandier, quien a finales de la década de 1820 visitó la Comanchería e informó de que los comerciantes norteamericanos «llevan sus mercancías directamente a las rancherías [comanches] y [...] no solo obtienen allí las pieles que les venden, sino también las mulas y los caballos que [los indios] han robado a los vecinos [de Texas]». ^[18]

La puerta de acceso de los comanches orientales también atrajo a otras naciones indias. Una de ellas fue la de los panismaha, una rama pawnee de tres mil miembros que, a finales del siglo XVIII, había escapado a la expansión lakota del curso bajo del Missouri y había huido al del río Rojo. Una vez realojados en el Sur, los panismaha forjaron una alianza con los wichita, sus parientes lingüísticos y culturales, pero se inclinaron muy pronto hacia los comanches, más poderosos. Se decía que enviaron «600 hombres bien armados» a una ceremonia de paz en 1822, tras la cual empezaron a realizar travesías comerciales regulares remontando el curso de los ríos Rojo, Brazos y Colorado. Los panismaha fueron un aditamento esencial en la red comercial comanche. Mientras que los comerciantes norteamericanos abastecían a los comanches de armas de fuego, pólvora, balas y paños, los panismaha les ofrecían

maíz, calabazas y otros alimentos esenciales. Y, lo más importante, los panismaha vendían mosquetes británicos de alta calidad, con el cañón bien torneado, que obtenían de sus parientes pawnee que, a su vez, los recibían de los comerciantes de pieles británicos de orillas del Missouri. En la década de 1820, un visitante que evaluó los acuerdos comerciales de los comanches quedó impresionado por la complementariedad de sus vínculos y la atracción que ejercían sus mercados: «Los aguaje [...] venden armas de fuego de fabricación británica, las favoritas de los comanches. Los angloamericanos los abastecen de munición. Los aguaje recorren un largo trecho hasta el río Brazos para comerciar con los comanches. Estos últimos no acuden a los asentamientos aguaje». Según otro observador, el volumen de este comercio de armas bastaba para mantener a los comanches «abastecidos en abundancia de armas de fuego» y servía para que se sintieran «igual de cómodos con el mosquete, el arco o la lanza».^[19]

El sistema comercial de los comanches orientales operó de forma ininterrumpida durante la década de 1820 pero, en la siguiente, sufrió cambios dramáticos. Con la aprobación en 1830 de la Ley de Traslado Forzoso de los Indios (Indian Removal Act), el gobierno de Estados Unidos inició el realojo generalizado de los indios orientales de las inmediaciones del valle del Misisipí (la denominada frontera india permanente), al que se conoció como Territorio Indio, en las actuales Oklahoma y Kansas. La política de expulsión llevó hasta allí a millares de indios, lo que alumbró a una entidad geopolítica profundamente volátil en las fronteras de la Comanchería. Los pueblos más numerosos de los trasladados, los cherokee, los creek, los chickasaw y los choctaw, recalaron en las zonas meridional y occidental del Territorio Indio donde, en torno a las montañas wichita, se solapaba con la periferia oriental de la Comanchería. Centenares de cherokee, delaware, shawnee y kickapoo expulsados atravesaron también el río Rojo hasta llegar a Texas, donde las autoridades mexicanas les concedían títulos de propiedad de tierras si ejercían de centinelas fronterizos para proteger la provincia de los asaltantes comanches e impedir que los comerciantes norteamericanos ilegales penetraran en la Comanchería.^[20]

El enfrentamiento sería inmediato y, al parecer, inevitable. Abatidos por las perspectivas agrarias en una Oklahoma subhúmeda, muchos grupos de inmigrantes empezaron a experimentar con la caza de bisontes. Las bandas más occidentales de los delaware, los kickapoo y los shawnee desarrollaron la típica economía de las praderas dedicada a la agricultura y el saqueo, y empezaron a emprender expediciones de caza regulares a las llanuras, donde se aprovechaban de las reservas de bisontes de la Comanchería. Los comanches respondieron a las incursiones atacando a los intrusos y adentrándose mucho en el Territorio Indio para reclamar venganza, robar maíz, ganado y tomar prisioneros. La mortalidad aumentó en ambos bandos. Los combates también interrumpieron el comercio entre comanches y norteamericanos, que llevaba dos décadas de prosperidad en las llanuras meridionales. Incapaces de atravesar el muro de inmigrantes indios y desanimados

por la escalada de violencia, los comerciantes estadounidenses suprimieron las expediciones a la Comanchería desde el valle del Misisipí.^[21]

Al mudarse a la otra orilla del Misisipí, las naciones inmigrantes habían invadido el dominio de los comanches pero, lo que era aún más importante, habían ingresado en un territorio fronterizo antiguo en el que la fuerza de gravedad comercial solía reunir a los pueblos. Su ubicación entre una Comanchería rica en ganado y unos territorios de Missouri y Arkansas ansiosos de obtenerlo invitaba a los indios desplazados a convertirse en intermediarios que facilitarían el traslado de bienes entre los núcleos de riqueza circundantes. Al igual que hicieron antes que ellos los wichita, los franceses y los norteamericanos, varias naciones inmigrantes respondieron. En 1834 y 1835 se les presentó una oportunidad diplomática propicia de adscribirse a la red comercial comanche cuando el gobierno estadounidense auspició dos encuentros políticos a gran escala entre los comanches, sus aliados, y los indios inmigrantes, con la esperanza de poner fin a la violencia que amenazaba con dar al traste con la política de realojo de los indios en su conjunto. En agosto de 1835, unos siete mil comanches y sus aliados wichita se reunieron en Camp Holmes, cerca del río Canadian, donde diecinueve jefes comanches firmaron un tratado y aceptaron abrir a las tribus inmigrantes los territorios «situados al oeste de la franja de Cross Timbers». A cambio, esperaban comerciar.^[22]

Los indios inmigrantes no defraudaron y, al cabo de pocos años, la región fronteriza situada entre la Comanchería y el Territorio Indio se había convertido en sede de un comercio floreciente. Pese a estar desarraigados y desplazados, los indios trasladados seguían generando unos excedentes fabulosos de manufacturas y productos agrícolas, que tenían mucho interés en intercambiar por los artículos de las llanuras que requerían para sobrevivir en su nuevo hogar.^[23] Los comanches auspiciaron reuniones intertribales masivas junto a los ríos Rojo y Brazos y en las Salt Plains (llanuras salinas) del centro y norte de Oklahoma, enviando emisarios a menudo al Territorio Indio para anunciar la proximidad de alguna feria. Los convoyes comerciales cherokee, choctaw, chickasaw, creek y seminola frecuentaban las rancherías comanches, adonde llevaban maíz, trigo, patatas, tabaco, bermellón, collares de conchas y abalorios, cuentas, pólvora, plomo y rifles dispensados por el gobierno. A cambio, recibían vestidos, pieles, carne, sal, caballos y mulas, parte de los cuales volvían a intercambiar con los colonos norteamericanos de Missouri, Arkansas y Louisiana. A veces, los delaware, kickapoo y shawnee, seminómadas y con más movilidad, ejercían de intermediarios trasladando mercancías entre el Territorio Indio y la Comanchería. Aquel comercio próspero también atrajo hacia la órbita de la Comanchería a otros grupos marginales. Los quapaw, que habían fundado un refugio entre los cherokee, asistían a menudo a las ferias y, en 1843, los omaha enviaron una delegación comercial a la Comanchería oriental desde sus aldeas de la actual Nebraska. Se decía que los omaha habían cambiado todas sus armas de fuego y sus balas por caballos comanches, que necesitaban para defenderse de la expansión

de los lakota.

La dinámica de los intercambios era un reflejo del comercio directo entre comanches y norteamericanos que había suplantado, pero había un elemento nuevo muy relevante: el comercio de esclavos. Los cherokee, choctaw, chickasaw, creek y semínola desplazados habían llevado consigo unos cinco mil esclavos negros, y la esclavitud persistió en el Territorio Indio cuando la élite esclavista y hacendada se dispuso a reconstruir la economía del algodón y el tabaco, orientada al comercio. La situación creó unos mercados fiables para los esclavistas comanches, que ahora eran dueños de amplios dominios de asalto en Texas y el norte de México. Más improvisado que organizado, el tráfico de esclavos ofrecía múltiples oportunidades a quienes lo practicaban. Los indios desplazados adquirían mexicanos y angloamericanos secuestrados y esclavos negros de los comanches, bien para incrementar su mano de obra, bien para revenderlos a los agentes indios norteamericanos, que solían pagar rescate por los cautivos que les ofrecían, sobre todo si tenían piel blanca. Unas veces, los comanches sorteaban a los intermediarios y llevaban a los prisioneros directamente a las autoridades estadounidenses de Fort Gibson u otros puestos fronterizos y, otras, recurrían a intermediarios comancheros que, a continuación, los entregaban a agentes norteamericanos. De vez en cuando, los comanches raptaban incluso a esclavos negros de los cherokee, los chickasaw, los choctaw o los creek, y se los vendían a los delaware, los kickapoo o los shawnee. También apresaban a esclavos negros huidos del Territorio Indio para incorporarlos a sus filas.^[24]

Junto con la pacificación de las relaciones entre comanches e indios orientales se desarrolló otro proceso de paz esencial: los comanches orientales establecieron una alianza con los osage, con quienes llevaban en guerra desde el siglo XVIII. La conciliación nació del desplome súbito de la suerte de los osage. En la década de 1820 y principios de la de 1830, tras años de combates atroces contra los cherokee, los osage entregaron la mayor parte de los territorios en que tradicionalmente vivían, situados en las actuales Missouri, Kansas y Oklahoma, y trasladaron sus aldeas hacia el Oeste, más cerca de la Comanchería. Cercados entre dos entidades geopolíticas agresivas y en expansión (la Comanchería y el Territorio Indio), los osage se amontonaron en una franja de tierra muy estrecha situada entre los ríos Verdigris y Arkansas, en el noroeste de Oklahoma. Según un observador, la merma de su poder era una fuente tan acusada de «angustia» para los osage «que muy a menudo, cuando sabían que los patoka [comanches] estaban en las inmediaciones del río Arkansas, alteraban el rumbo ordinario de sus cacerías para no atravesarlo, pues, en la otra orilla, vivirían en estado de guerra continuo». Arrinconados y en declive, los osage empezaron a buscar acomodo con los comanches y encontraron una vía diplomática en las conversaciones de paz que Estados Unidos auspició entre los comanches y los indios inmigrantes. Los representantes de los comanches y los osage se reunieron en Fort Gibson en 1834 y formalizaron un tratado de paz en Camp Holmes en 1835. «La

mitad de mi cuerpo pertenece a los osage, y la otra mitad a los comanches —afirmó en consejo el jefe comanche Ishacoly para aludir al sentimiento de parentesco con enemigos tradicionales—, y el resto lo guardaré cerca del corazón».^[25]

Con la paz, llegó el comercio. Los comanches orientales abrieron sus territorios de caza en el Este a los osage, quienes, a su vez, mantuvieron abierta su vía de acceso a las manadas de bisontes suministrando mercancías norteamericanas a sus nuevos aliados. Aunque las presiones y los agentes patógenos de los indios orientales desplazados habían erosionado la hegemonía de los osage en las praderas meridionales obligándolos a abandonar su antiguo hogar en las inmediaciones del río Arkansas, la nación osage seguía controlando el comercio en varios puestos norteamericanos de Missouri. Al igual que los indios inmigrantes, los osage habían pasado a ser intermediarios entre Estados Unidos y los mercados comanches. En 1838, Victor Tixier, un viajero francés, daba noticia de un intercambio floreciente. Los comanches, «incapaces ya de obtener ninguna manufactura de los blancos [...] trabaron amistad con los osage, que trataban con frecuencia y facilidad al pueblo civilizado y obtenían sin dificultad alguna lo que los patoka necesitaban. El comercio se inició tras la guerra; todos los años, el día de luna llena de julio marca el momento de reunión de las dos naciones. Los osage llevan pintura roja, utensilios de cocina, mantas, paños y hierro, y los patoka les entregan a cambio caballos que ellos mismos crían, mulas robadas a los texanos, toda clase de pieles, etcétera».^[26]

La cita anual se celebraba en la confluencia de los ríos Arkansas y Cimarrón con el Big Salt, afluente del Brazos, donde se decía que en 1843 «la totalidad de los comanches» estuvo esperando a los comerciantes osage. La cantidad de artículos intercambiados en las reuniones podía ser asombrosa. En 1845, el *Arkansas Intelligencer* informaba de que los osage habían comprado a los comanches veinte niños cautivos blancos, una transacción que les reportaría artículos por valor de varios miles de dólares si los entregaban a los agentes norteamericanos a cambio de un rescate. Dos años más tarde, se decía que los osage adquirieron mil quinientas mulas a los comanches orientales junto con un surtido de armas de fuego, pólvora, munición, mantas, paño azul y tela de algodón. El valor de la transacción se estimaba en sesenta mil dólares, equivalente actual de varios centenares de miles. Como comerciantes y guardianes, los comanches todavía tenían otra posibilidad de incrementar los márgenes de beneficio; según un agente estadounidense de los indios, podían revender armas osage a los socios comerciales mexicanos e indios a un precio tres veces superior. Para situar el alcance de las transacciones, el volumen medio anual del comercio en Santa Fe, la iniciativa económica más voluminosa del Oeste norteamericano a principios del siglo XIX, se cifraba en la década de 1840 en unos doscientos mil dólares.^[27]

La estabilización de las relaciones entre comanches, tribus inmigrantes y osage también permitió restablecer los lazos comerciales directos entre los comanches orientales y los norteamericanos. Como la frontera oriental de la Comanchería dejó

de ser un territorio en disputa para convertirse en una zona comercial, los comerciantes norteamericanos regresaron. Entre ellos había vendedores ambulantes célebres como Josiah Gregg; pero, a diferencia de lo que sucedía antes, los estadounidenses establecieron ahora estaciones comerciales permanentes, con la esperanza de aprovechar la expansión comercial que desarrollaban los comanches con sus aliados indios. Holland Coffee, un comerciante anglotexano, fundó un almacén comercial fortificado en el río Rojo, justo al este de la Comanchería y, a finales de la década de 1830, comerciaba regularmente con los comanches, los cherokee, los choctaw, los delaware y los shawnee. Se decía que facilitaba municiones a los comanches todos los días y los animaba a asaltar asentamientos mexicanos para robar caballos y mulas. Auguste Chouteau, miembro de una eminente familia de San Louis dedicada al comercio de pieles, estableció un puesto en el curso medio del río South Canadian, en el límite oriental de la Comanchería, y Abel Warren erigió un almacén en Cache Creek, dentro de las fronteras de la Comanchería.^[28]

La aparición de estos puestos comerciales junto a la Comanchería y en el interior de sus fronteras inauguró un nuevo capítulo de la historia económica de los comanches: el origen de la producción mercantil de pieles de bisonte a gran escala. Los puestos representaban un mercado seguro para las pieles, que encontraban mercados receptivos en Texas y en Estados Unidos, al este del Misisipí, hasta donde se transportaban en caravanas de suministro regulares. Los comanches llevaban muchas generaciones comerciando con carne y pieles de bisonte, pero los intercambios se habían circunscrito sobre todo al trueque local para la subsistencia. Ahora, el bisonte de la Comanchería pasaba a ser un animal de empresa, al que se despiezaba para comercializar su piel en mercados industriales remotos. No tuvo que pasar mucho tiempo para que las manadas empezaran a dar muestras de sobreexplotación.^[29]

Aunque la paz y el comercio tenían ramificaciones ecológicas no deseadas, también tuvieron repercusiones geopolíticas inesperadas y trascendentales. Visto desde la perspectiva de Washington D. C., el hecho de que el frente oriental de la Comanchería dejara de ser un campo de batalla para convertirse en una zona comercial próspera suponía que el traslado de las naciones indígenas del Este hacia el Territorio Indio podía proseguir. Y, con ello, también continuaría el incesante avance hacia el Oeste del reino del algodón y la frontera de su colonización.

Mientras tanto, en la Comanchería occidental tenía lugar una expansión comercial paralela que, al igual que en la oriental, vino desencadenada por el avance hacia el Oeste de los comerciantes y mercados norteamericanos. Los intercambios entre comanches occidentales y estadounidenses empezaron siendo probablemente una filial de los que desarrollaban los comanches orientales con los norteamericanos: algunos de los comerciantes radicados en Louisiana que visitaban la Comanchería

oriental a partir de la década de 1790 prosiguieron hacia el Oeste en busca de nuevos mercados para sus productos. Pero los grupos comanches occidentales de tierras altas, los yamparika y los jupe de la cuenca alta del Arkansas, también atraían a comerciantes ambulantes norteamericanos directamente desde San Louis y otros asentamientos del curso medio del Misisipí y el curso bajo del Missouri. En 1796 llegó a las autoridades españolas de Natchitoches el rumor de que un grupo de comerciantes norteamericanos había construido un blocao entre los comanches yamparika, lo que encendió el temor a que Estados Unidos se dispusiera a invadir Nueva España a través de la Comanchería.^[30]

La compra de Louisiana, que según la interpretación radical de Washington se extendía hasta el río Grande y las Rocosas, agitó el incipiente interés norteamericano por las posibilidades comerciales del Sudoeste. Decenas de comerciantes y tramperos norteamericanos partieron rumbo a las llanuras y las Rocosas respectivamente, remontando los ríos Arkansas, Canadian y Rojo para adentrarse en la Comanchería occidental, donde su presencia y sus artículos, sobre todo las armas de fuego y la pólvora, eran recibidos con ansia. Vigilados por la mirada atenta de las autoridades españolas, el próspero comercio entre comanches occidentales y norteamericanos se convirtió a principios del siglo XIX en uno de los secretos peor guardados de los territorios fronterizos del Sudoeste. En 1804, por ejemplo, Manuel Merino y Moreno, secretario de la Comandancia General de las Provincias Internas, informaba de que los comanches occidentales llevaban armas de fuego con «marcas que no dejan lugar a duda de haber sido fabricadas en Londres», un signo revelador de sus vínculos con los circuitos comerciales estadounidenses.^[31]

Los informes alarmaron a las autoridades españolas de Santa Fe que, una vez más, se vieron sumidas en la encrucijada habitual: una potencia colonial rival amenazaba los intereses españoles extendiendo sus actividades comerciales al interior de la Comanchería. Aunque el comercio norteamericano violaba con claridad el tratado de 1786, las autoridades borbónicas se mostraban reacias a presionar a los comanches, pues temían que la insistencia los aproximara más a Estados Unidos. Por el contrario, mantuvieron activas las ferias fronterizas y siguieron ofreciendo tasas de intercambio favorables y regalos en abundancia con la esperanza de mantener todos los vínculos posibles con los comanches. Entre 1790 y 1815 visitaban Santa Fe cada año un promedio de un centenar de comanches, que recaudaban regalos por valor de miles de pesos. Se asignaba a los jefes comanches aposentos especiales para invitados, y los gobernadores sentaban a su mesa a la élite comanche, a la que servían vino y con la que compartían alimentos ceremoniales. La ciudad disponía de un almacén general en el que los comanches podían comprar paños, bermellón y otros artículos de lujo, y los jefes recibían como regalo incluso armas de fuego, que seguían escaseando en Nuevo México.^[32]

Los regalos, las ferias y las condiciones de intercambio favorables contribuyeron a mantener los lazos diplomáticos entre Nuevo México y la Comanchería pero, en un

plano más abstracto, convirtieron la política de España hacia los indios en una caricatura de su intención original. Los regalos apenas tenían ahora el significado que los legisladores españoles les atribuían. Más que un atractivo que adhiriera a los comanches a España como aliados fieles, acabaron siendo pagos para tratar de comprar a los comanches una lealtad que no estaban dispuestos a rendir. Sin embargo, pese a la abundancia de evidencias, muchas autoridades españolas se negaban a renunciar a la idea de que los comanches obedecían. En un escrito de 1812, Pino insistía en que «la situación de paz y amistad continuada, de la máxima importancia para mantener a raya a otras tribus, ha sido finito del reducido número de regalos que se les ha entregado. Al principio, los comanches creían que tenían que corresponder. Trajeron todas las pieles más exquisitas que pudieron reunir con el fin de superar la munificencia de nuestros presentes. Cuando se les informó de que los favores recibidos en nombre de nuestro rey no tenían que ser correspondidos, quedaron enormemente perplejos. Así se les puso en deuda con nosotros».^[33]

Las palabras de Pino subrayan los argumentos poco realistas de la política de España hacia los indios, que había establecido un flujo sustancial de regalos unilaterales desde Nuevo México hacia los comanches, quienes aceptaban los bienes materiales pero rechazaban sus implicaciones políticas. Dos informes españoles de 1818 revelan con precisión hasta qué punto se había quedado sin objetivos la política española hacia los comanches. En el primero, Facundo Melgares, gobernador de Nuevo México, se quejaba amargamente de que albergar a una partida de un millar de comanches le había exigido hacer tantos regalos que carecía de artículos para gratificar a otras naciones indias. Pero los regalos servían de muy poco para obtener el abrazo de los comanches en exclusiva, como ilustra el segundo informe. Los indios «que viven al este de las montañas, junto a las aguas del Arkansas —escribía un observador anónimo refiriéndose sin duda a los comanches—, mantienen contacto frecuente con los ingleses [es decir, con los comerciantes canadienses] y norteamericanos» y «hacen todo lo posible por atraer a los comerciantes de esas dos naciones». Los legisladores españoles, concluía, se vieron atrapados en una situación excluyente muy delicada y debían comprometerse a buscar «medios de abastecer» a los comanches: «pues no cabe duda de que, en manos de uno u otro gobierno, los salvajes obtendrían medios de defensa o medios de ataque importantes».^[34]

Quizá las autoridades españolas se sintieron presionadas para administrar más regalos a la Comanchería con el fin de contrarrestar la influencia estadounidense, pero es probable que no hubiera existido cantidad suficiente de regalos para convencerlos de que rompieran sus lazos con los estadounidenses, que estaban dispuestos a actuar en el marco de los parámetros culturales comanches y ofrecer regalos. La experiencia de Thomas James, uno de los pioneros de la Ruta de Santa Fe, es un caso pertinente e iluminador. James realizó su primera expedición comercial a la Comanchería occidental en 1821, un viaje desde San Louis hasta el saliente de Texas, donde encontró un conjunto de rancherías comanches. A petición de los jefes

comanches, James hizo varias rondas de distribución de regalos, en las que dispensó mercancías por valor de varios miles de dólares. Sin embargo, ajeno a las sinuosidades del protocolo comanche, trató de salvar la mayor parte de sus bienes para abastecer los mercados de Nuevo México y desatendió la demanda de regalos que hacían los jefes. Cuando James insistió en proseguir hasta Santa Fe con los artículos que le quedaban, lo detuvieron a él y a sus hombres y los amenazaron de muerte. Pero, a pesar de los reiterados errores de apreciación, los regalos habían conseguido que los principales jefes comanches depositaran su confianza en James. Volvió a visitar la Comanchería al año siguiente, fue adoptado simbólicamente por un jefe poderoso y compró más de trescientos animales de primera calidad, una transacción que en San Louis ascendía a un valor de varios miles de dólares. El propio James calificaba sus viajes a la Comanchería como una gran aventura en la que estuvo a punto de rozar la muerte varias veces pero, en realidad, se trataba de una historia de inmersión en una lógica cultural nueva. Los jefes comanches no extorsionaban o abusaban tanto de James, como enseñaban al recién llegado de forma interesada (y no siempre paciente) a negociar con los formalismos rituales y la etiqueta cultural comanches.^[35]

Así pues, pese a las protestas de los españoles, el comercio entre comanches y norteamericanos permaneció incólume, pero el desmoronamiento del imperio español en 1821 convirtió el goteo de comerciantes norteamericanos en un torrente. Las autoridades mexicanas derogaron de inmediato la legislación comercial restrictiva del imperio español y abrieron Nuevo México a los mercados y comerciantes estadounidenses. El resultado fue el comercio de Santa Fe, una iniciativa comercial floreciente que giraba en torno a las caravanas comerciales habituales entre Missouri y Nuevo México. La principal arteria de este flujo comercial, la Ruta de Santa Fe, atravesaba la Comanchería occidental siguiendo el curso del río Arkansas hasta su cabecera para, a continuación, poner rumbo al Sudoeste por Nuevo México. En las décadas de 1820, 1830 y 1840, atravesaban la Comanchería cada año mercancías por valor de decenas de miles de dólares, pero una parte sustancial se quedaba en ella. Los comanches exigían una compensación por garantizar el derecho de paso, y los viajeros solían entablar comercio con ellos. Algunos, como Thomas James, descubrieron que los caballos y las pieles de la Comanchería eran más apetecibles que las mulas y las pieles de Nuevo México, y viajaban al Oeste para comerciar expresamente con los comanches. James estaba de vuelta en la Comanchería occidental en 1822 y, en esta ocasión, interpretó el protocolo indígena con destreza. Según refería, el intercambio seguía una estructura rígida, que diferenciaba con claridad la entrega de regalos y el comercio real:

Preparé la situación de trueque regalándoles, como es costumbre, cuchillos, tabaco, paños para perneras, etcétera que, si bien constituían una pila inmensa al reunirlos, no lucían tanto cuando se distribuyeron entre toda la

banda. Luego, empezamos a comerciar. Pedían doce artículos por un caballo. Entregué cuatro metros de tela de algodón británica a 5,50 dólares el metro, y dos de calicó a 62,5 centavos equivalentes a tres, y un cuchillo, pedernal, tabaco, un espejo y otros artículos sirvieron para hacer los honores. Ale trajeron algunos caballos que había rechazado al precio estipulado. Después, sacaron otros ejemplares verdaderamente exquisitos, que en San Louis valdrían, al menos, cien dólares cada uno. Compré diecisiete, pero no adquirí ninguno más por ese precio, pues el resto era de inferior calidad. La negativa enfureció al jefe, que dijo que debía comprarlos y, al perseverar en mi intención, mandó retirarse a los indios que me acompañaban y me dejaron solo. Al cabo de un rato, regresó con la petición de que le comprara algunas pieles de bisonte y de castor, a lo que accedí. Se marchó y, enseguida, regresaron las mujeres con las pieles, de las que compré un número muy superior al que deseaba tener en mi poder.

James pasó varios días con los comanches, donde participó en una serie de ferias similares. Fumó de la pipa ceremonial con sus anfitriones, uno de los jefes lo adoptó como hermano y, finalmente, regresó a San Louis con caballos y pieles por valor de más de dos mil dólares, una proeza que muy pocos convoyes comerciales norteamericanos con destino en Nuevo México podrían igualar. El éxito comercial de James era asombroso, pero no único en el espacio intermedio entre los mercados mexicanos y norteamericanos. En 1838, dieciséis años después de la apertura del comercio con Santa Fe, un periódico texano informaba de que varios comerciantes estadounidenses de Arkansas y Missouri se mostraban muy activos en la Comanchería occidental, donde explotaban intensamente la «inmensa» abundancia de caballos comanches. Más que una ruta comercial, la Comanchería occidental formaba parte sustantiva de una institución comercial multinacional y muy próspera que vinculaba las economías de Estados Unidos, el norte de México y la Comanchería.^[36]

Sin embargo, a pesar de que los vínculos eran duraderos, Nuevo México adquiría una posición cada vez más periférica con respecto a los comanches. Del mismo modo que el comercio y los mercados norteamericanos habían apartado a los comanches orientales de la esfera de influencia de Texas, también el comercio estadounidense llevó a los comanches occidentales a volver la espalda a Nuevo México. Y, como sucediera en la Comanchería oriental, la reorientación política y económica de los comanches occidentales se vio acelerada por la aparición de nuevas relaciones comerciales con otras naciones indias de las llanuras. A principios del siglo XIX, al tiempo que forjaban lazos con comerciantes estadounidenses, los comanches occidentales empezaron a restablecer con sus vecinos indígenas los vínculos comerciales, que se habían deshinchado durante el periodo de guerras intertribales de la década de 1780. El primer paso en esta senda fue la conclusión de las guerras pawnee, que llevaban causando estragos durante más de una década y arrebataron la

vida a dirigentes comanches tan sobresalientes como Ecueracapa o Hachaxas. El proceso de paz se inició en 1793, cuando Encanaguané, el sucesor de Ecueracapa en la jefatura de los comanches occidentales, convenció al gobernador de Nuevo México, Fernando de la Concha, de que enviara a Pedro Vial al Norte para que negociara una tregua entre comanches y pawnee. Vial, embajador experimentado en territorios fronterizos, viajó a las aldeas pawnee del río Kansas donde, según Zenon Trudeau, subgobernador de la Alta Louisiana, «entregó una medalla, un juego completo de paños y otros regalos al jefe [pawnee]». El gesto contribuyó a «tapar» las muertes causadas por los comanches y «supuso que se estableciera la paz [...] como se deseaba». En apariencia, el comercio desempeñó un papel esencial en los acontecimientos y, una vez concluidas las conversaciones de paz, Vial encabezó un convoy comercial que partió del territorio pawnee hacia la Comanchería. Poco después, los pawnee empezaron a realizar viajes comerciales regulares hacia el Sur, lo que brindó a los comanches occidentales acceso a las manufacturas que los pawnee obtenían de comerciantes españoles y norteamericanos, que actuaban (y competían por clientes indígenas) en el curso bajo del Missouri. Aunque sufrieron interrupciones frecuentes por estallidos de violencia que exigían una mediación cuidadosa, la conexión entre comanches y pawnee se prolongó hasta bien entrada la década de 1840.^[37]

Mientras tanto, los comanches occidentales ya habían iniciado conversaciones de paz con los kiowa y los apache naishan (también conocidos como apaches kiowa o apaches de las llanuras), un reducido grupo de hablantes de la lengua atabascana que, a diferencia de la mayoría de los apaches, huyó de la expansión comanche hacia el Norte, al valle del Missouri, donde se unieron a la nación kiowa. Los comanches y los kiowa habían sido socios comerciales en las décadas de 1760 y 1770, pero la alianza se había deshecho en la tumultuosa década de 1780. Las tradiciones kiowa refieren que el restablecimiento de las relaciones pacíficas se inició en 1790, pero no se puso en marcha un proceso de paz más amplio hasta 1806, cuando los grupos yamparika y kiowa se encontraron sin esperarlo en la ciudad fronteriza de Nuevo México de San Miguel del Vado, donde un colono español organizó una reunión. Según las tradiciones kiowa, Guik'áte [Lobo Acostado], el segundo gran jefe kiowa en la jerarquía, proclamó su deseo de paz. Päréiyä [Temeroso del Agua], el jefe yamparika, replicó que el asunto «habría que pensarlo con toda la tribu» e invitó a Guik'áte a visitar la principal aldea yamparika junto al río Brazos. Acompañado por un cautivo comanche que estaba con el grupo kiowa, Guik'áte siguió a Päréiyä hasta la ranchería yamparika, donde pasó el verano cazando y celebrando fiestas con sus anfitriones. En otoño, llegó a la ranchería yamparika una delegación kiowa muy numerosa, y ambos grupos firmaron la paz, que quedó sancionada con un meticuloso intercambio de regalos y una fiesta de tres días. Una vez más, el parentesco logró la paz: Guik'áte se casó con la hija de Somiquaso, el gran jefe yamparika recién elegido, y trasladó su tipi con los yamparika. El proceso de paz se extendió luego a

otros grupos comanches y yamparika, todos los cuales ratificaron el tratado.^[38]

La alianza resultante fue la más sólida y duradera de la historia de los comanches. Una vez consolidada la paz, los kiowa y los naishan. se mudaron de las llanuras centrales a la zona central y septentrional de la Comanchería, con lo que lograron acceder a climas más suaves y pastos más fértiles para los caballos en las llanuras meridionales. Además, para los naishan, la alianza significaba regresar a la tierra natal de los antepasados de las llanuras meridionales, que habían abandonado casi un siglo antes a causa de la expansión comanche. La alianza reportaba a los comanches ventajas políticas evidentes. La colaboración con las naciones kiowa y naishan, relativamente poco numerosas (de unos mil doscientos y trescientos miembros, respectivamente), incrementaba su peso político sin ejercer una presión excesiva sobre los recursos de la Comanchería. Los comanches incorporaron a ambos grupos en su campaña de protección de las fronteras frente a los ute, por el Oeste, y los osage, por el Este. Sin embargo, el núcleo de la unión era el comercio. Los tres grupos se entregaron a un intercambio muy activo que llevaba implícita cierta división del trabajo bien diferenciada: los kiowa y los naishan actuaban como intermediarios entre los comanches de la cuenca alta del Arkansas y las aldeas mandan e hidatsa del curso medio del Missouri, donde llevaban caballos y mulas hacia el Norte y utensilios de metal y mosquetes británicos de cañón corto y primera calidad a las rancherías comanches. Era un acuerdo lucrativo para los comanches, de cuyo ganado había mucha demanda en las llanuras septentrionales, escasas de caballos. En los primeros años del siglo XIX, el precio ordinario de un caballo español robado en las aldeas del curso medio del Missouri era «un arma de fuego, cien cargas de pólvora y balas, un cuchillo y algunas baratijas».^[39]

El principal cauce de intercambio de los comanches occidentales por el Norte se convirtió muy pronto en un eje esencial de la red comercial de los indios de las llanuras, un conducto fundamental cuyo interior trasvasaba de un extremo a otro mercancías de primer orden. Pero la prosperidad del comercio también atraía competidores, sobre todo los aliados cheyenne y arapaho de las llanuras septentrionales. Expulsadas de su hogar en las inmediaciones de las Black Hills [Colinas Negras] por la expansión de los lakota en torno a 1800, varias bandas cheyenne y arapaho se trasladaron al Sur, a las llanuras de la zona central, donde, poco a poco, expulsaron a los kiowa y los naishan del nicho comercial de intermediarios e ingresaron en la creciente red de alianzas comerciales y pacíficas de los comanches. En 1820, una expedición estadounidense de exploración comandada por Stephen H. Long se enteró de la existencia de un campamento mixto de comanches occidentales, kiowa, naishan, cheyenne y arapaho en la cuenca alta del río Arkansas y, un año más tarde, otra expedición norteamericana dirigida por Jacob Fowler se topó en la zona de las Big Timbers del Arkansas con una reunión comercial masiva auspiciada por los comanches orientales en la que había unos cinco mil kiowa, naishan, cheyenne y arapaho, además de muchos comerciantes españoles de

Taos. Si acaso, el cambio de intermediarios favorecía a los comanches occidentales. Los cheyenne emergieron a principios del siglo XIX como intermediarios muy especializados que llevaban caballos comanches no solo hasta los aldeanos de la cuenca alta del Missouri, sino también a los poderosos pies negros.^[40]



4. *Comanche yamparika*. Acuarela de Lino Sánchez y Tapia, h. 1836. Un comanche exhibe un mosquete, un morral de pólvora, un hacha de metal y una lanza con punta metálica. El imperio comercial de larga distancia de los comanches les dio acceso a infinidad de mercados y manufacturas europeas diversas, lo que los convirtió en socios comerciales atractivos para grupos indios próximos y remotos. Por cortesía del Museo Gilcrease, Tulsa, Oklahoma.

Aquel sistema comercial de los comanches occidentales, ya efervescente de por sí, recibió un impulso adicional cuando estableció lazos comerciales con sus parientes shoshone. Los shoshone y los comanches, otrora un único pueblo, se habían escindido a finales del siglo XVII cuando los primeros abandonaron las llanuras centrales rumbo al Norte y, los últimos, se desplazaron hacia el Sur. Sin embargo, en 1800, los shoshone retrocedieron de las llanuras septentrionales por la presión de los pies negros y los crow, bien armados, y atravesaron la cordillera de las Rocosas para

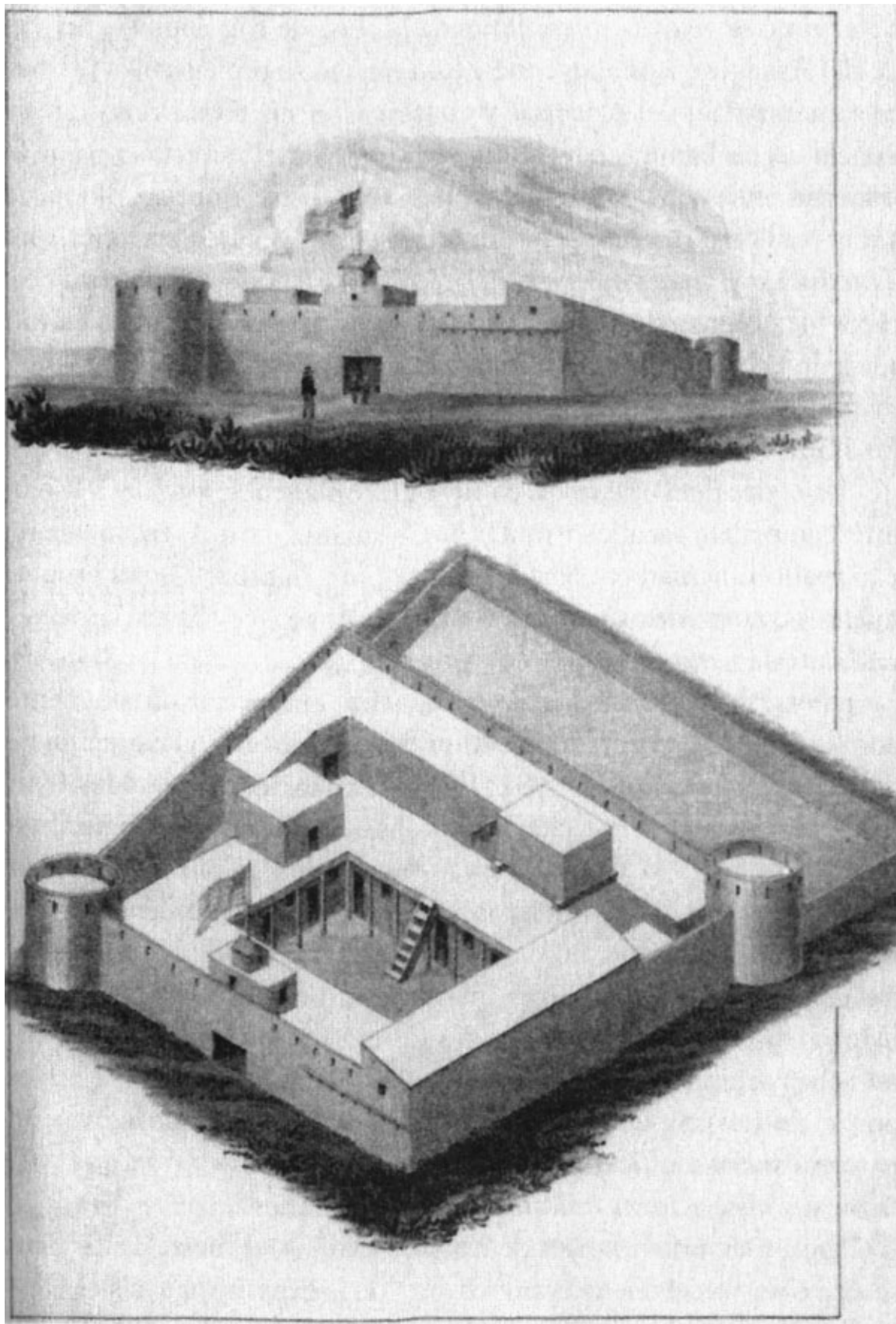
llegar a las montañas de Montana y Wyoming. Los shoshone, a quienes sus enemigos habían aislado del comercio de pieles canadienses y del territorio de bisontes de las llanuras septentrionales, se dirigieron al Sur y trataron de restablecer sus lazos con los comanches. A principios de la década de 1820, tanto la expedición de Long como la de Fowler encontraron shoshone entre los muchos grupos que asistían a las ferias comerciales de los comanches occidentales en la cuenca alta del Arkansas. La principal atracción para los shoshone debió de ser el suministro de armas de fuego de los comanches: en 1802, un viajero los había visto esconderse «de sus enemigos en cuevas», incapaces de responder con sus pequeños arcos y cachiporras a los grupos armados de pies negros. A cambio de las muy necesarias armas, los shoshone consiguieron entregar gran número de caballos, pues alimentaban cabañas inmensas en los valles profundos y abrigados de las montañas Rocosas en que vivían. Los shoshone no eran los únicos grupos del Norte más lejano que se vieron atraídos por la esfera comercial de la Comanchería. Cuando las aldeas comerciales de mandan e hidatsa, junto al curso medio del Missouri, empezaron a decaer a principios del siglo XIX, los crow también empezaron a enviar convoyes comerciales a los comanches desde sus tierras, en las llanuras noroccidentales.^[41]

De manera que, a principios del siglo XIX, los comanches gestionaban una vez más un núcleo comercial floreciente en la cuenca alta del Arkansas, con lazos comerciales que se extendían por un territorio inmenso, vinculaban a Nuevo México, los centros de distribución mercantil del valle del Misisipí, las ciudadelas comerciales de los mandan y los hidatsa y las abundantes reservas de caballos de las Rocosas. Los convoyes comerciales de pawnee, kiowa, naishan, cheyenne, arapaho, shoshone, crow, norteamericanos y habitantes de Nuevo México frecuentaban las rancherías de los comanches occidentales, que estacionalmente se transformaban en mercados cosmopolitas vibrantes en los que yamparika, jupe y kotsoteka podían trocar caballos por armas de fuego, pieles por tejidos y carne por maíz. Los meses de invierno, cuando los indios de las llanuras viajaban hacia el Sur y el Oeste en busca de calor y bisontes, constituían la principal temporada comercial y, en diciembre, enero y febrero se podían encontrar aldeas comerciales inmensas diseminadas a lo largo de muchos kilómetros del valle cerrado y protector del río Arkansas. Esas aldeas comerciales, emplazamientos de una actividad mercantil intensa y concentrada, también eran símbolo de que la configuración económica de las Grandes Llanuras giraba cada vez más en torno a los comanches.

Pero entonces, justo cuando los comanches orientales iban a atravesar una crisis económica a causa de la Ley de Traslado Forzoso de los Indios (Indian Removal Act), los comanches occidentales también padecieron un repentino cambio de suerte. A finales de la década de 1820, los cheyenne y los arapaho rompieron bruscamente los lazos diplomáticos y comerciales con los comanches occidentales e irrumpieron por la fuerza en la cuenca alta del Arkansas. Lo hicieron, en parte, porque los acuerdos económicos vigentes en las llanuras centrales ya no les daban sustento. Las

oleadas reiteradas de epidemias y asaltos de los lakota habían sumido a las aldeas comerciales de los mandan y los hidatsa en una decadencia acusada que, a su vez, redujo los beneficios que cheyenne y arapaho podían obtener ejerciendo de intermediarios entre el curso medio del Missouri y la Comanchería. Obligados a buscar una estrategia económica nueva, los cheyenne y los arapaho empezaron a avanzar sobre el territorio comanche, atraídos por sus poderosos alicientes económicos: clima hospitalario, pastizales exuberantes para los caballos y proximidad de los mercados fronterizos con Nuevo México. Los cheyenne y los arapaho no fueron los únicos que apostaron por penetrar en la Comanchería. En tomo a 1830 forjaron una alianza con dos comerciantes destacados de San Louis, Charles y William Bent, que regentaban una pequeña estación comercial dedicada a las pieles cerca de Pike's Peak. Lobo Amarillo, un jefe cheyenne, se dirigió a los Bent y les pidió que trasladaran su establecimiento a las inmediaciones de la zona de Big Timbers, junto al río Arkansas. Plenamente conscientes de que la región tenía una larga historia como eje comercial, y convencidos por las promesas de que Lobo Amarillo los protegería, los Bent se sumaron a la invasión de la Comanchería como vendedores de armas para los cheyenne y los arapaho.^[42]

Los combates duraron varios años, durante los cuales los Bent construyeron un fuerte de adobe de dos plantas. imponente, en la ribera septentrional del río Arkansas, pocos kilómetros más arriba de la zona de Big Timbers, justo frente a la esquina noroccidental de la Comanchería. Pero, al igual que en la frontera de la Comanchería con el Territorio Indio, los intereses económicos mutuos llevaron poco a poco a las coaliciones rivales a la conciliación. En la primavera de 1839, cuando aumentaban las bajas en ambos bandos, los cheyenne hicieron un llamamiento para alcanzar la paz enviando mensajeros a los comanches y los kiowa, quienes, a su vez, despacharon a una delegación naishan para que alcanzara un armisticio. Las conversaciones preliminares se celebraron al año siguiente cerca de la desembocadura del arroyo Two Butte Creek en el Arkansas, donde los jefes de las cinco naciones fumaron la pipa ceremonial y sepultaron la guerra. La paz definitiva se estableció pocos meses más tarde, en un consejo masivo celebrado cerca del fuerte de los Bent. El comercio, que antes de que estallaran las hostilidades había congregado a cinco naciones, fue el punto fundamental de la discusión. Las negociaciones se prolongaron dos días e incluyeron varias rondas de entregas meticulosas de regalos en las que los comanches y los kiowa se desprendieron de centenares de caballos y mulas. Los regalos aplacaron a quienes se dolían por haber perdido parientes y ocultaron las bajas de la guerra, pero también sirvieron para enmarcar las futuras relaciones entre naciones. Una vez concluido el intercambio de regalos, uno de los jefes cheyenne proclamó: «Ahora hemos construido la paz y hemos terminado de hacemos regalos; mañana empezaremos a comerciar. Vuestro pueblo puede venir aquí y tratar de adquirir lo que les interese, y mi pueblo acudirá a vuestro campamento a comerciar».^[43]



5. Fuerte de los Bent. A partir de un mensaje del presidente de Estados Unidos: de conformidad con una resolución del Senado por la que se informa de una expedición dirigida por el teniente Abert a la cuenca alta del río Arkansas y por el país de los indios comanche, en otoño del año 1845, 29 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 438. Por cortesía de la Yale Collection of Western Americana, Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de Beinecke.

La «Gran Paz» de 1840 fue una hazaña diplomática trascendental que generó una alianza duradera entre comanches, kiowa, naishan, cheyenne y arapaho y remodeló la geopolítica de la zona central y meridional de las Grandes Llanuras. Como acuerdo territorial, determinó la ocupación conjunta de la zona de Big Timbers del valle del Arkansas. Los cheyenne y los arapaho se replegaron a la ribera septentrional del Arkansas y conservaron sus territorios de residencia en las llanuras centrales, pero también el derecho a pasar el invierno en la zona de Big Timbers. Como pacto político, dio lugar a una coalición flexible, pero duradera, entre las cinco naciones, que a mediados y finales del siglo XIX combatirían codo a codo para cercar a los colonos de Texas y al Ejército de Estados Unidos. Como acuerdo económico, puso en marcha una asociación comercial muy próspera que, en última instancia, acabaría por amparar también a los Bent.^[44]

Bajo este nuevo acuerdo comercial, comanches, kiowa y naishan intercambiaban caballos y mulas por las manufacturas que cheyenne y arapaho obtenían en Fort Laramie, Fort Lupton y otros asentamientos comerciales nacidos en las décadas de 1830 y 1840 en las llanuras centrales, tras el colapso del comercio de castores de las Rocosas. La paz también permitió a los comanches comerciar directamente con los Bent. Los Bent habían empezado a dedicarse al comercio de ganado desde el pánico de 1837, la crisis financiera en Estados Unidos, y se mostraban impacientes por ensanchar su territorio de abastecimiento hasta la Comanchería, donde abundaban los caballos. Entre 1842 y 1845, mantuvieron una sede logística moderadamente rentable en la bifurcación meridional del río Canadian y, durante el invierno de 1845-1846, otra instalación mayor, «Adobe Walls» [Muros de Adobe], al norte del río Canadian. Sin embargo, los comanches centraban sus actividades en el fuerte de los Bent, atraídos por la abundancia de sus almacenes, los precios normalizados y un entorno social multicultural. En 1841, los Bent esperaban que visitaran sus instalaciones mil quinientos comanches.^[45]

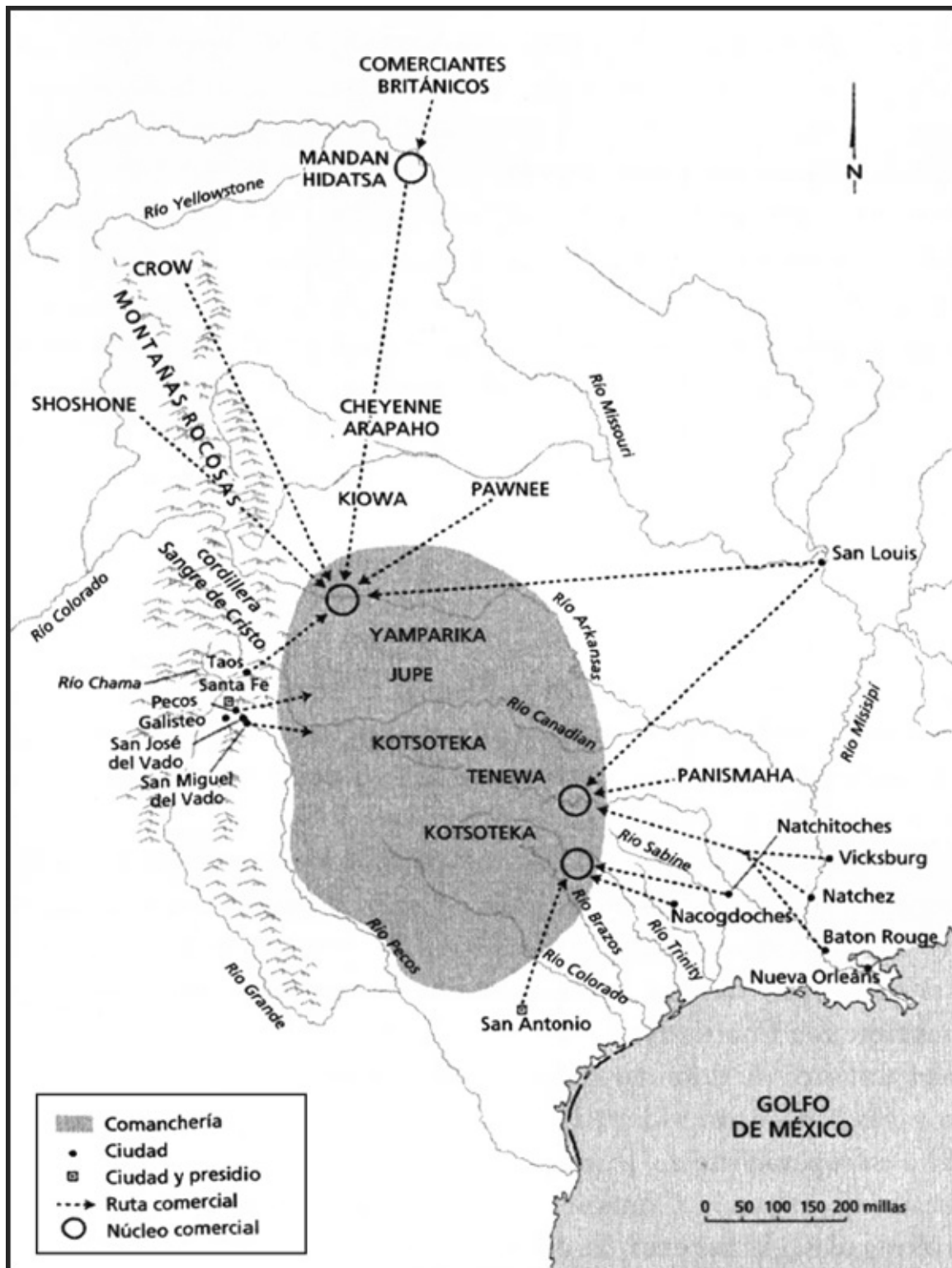
En la memoria histórica de Estados Unidos, el fuerte de los Bent se alza como un elemento vanguardista de la expansión hacia el Oeste. Era el puesto fronterizo pionero que presentó las instituciones y la ideología del capitalismo moderno a los indios de las llanuras y al Nuevo México de la etapa mexicana, con lo que preparó el terreno para la conquista estadounidense del Sudoeste. Sin embargo, para los comanches, el fuerte de los Bent representaba simplemente otro centro comercial, un conducto que facilitaba el movimiento de mercancías entre la Comanchería y otros mercados lejanos. Gracias al fuerte de los Bent, los comanches occidentales obtuvieron una vía de acceso segura a los inmensos mercados norteamericanos y, al igual que sus parientes de la Comanchería oriental, se convirtieron en los principales abastecedores de una cadena comercial muy larga que canalizaba caballos y mulas hasta las fronteras de colonos y agricultores de Missouri, Arkansas, Illinois, Kentucky y Tennessee, en expansión. Los comanches también intercambiaban cautivos mexicanos, a quienes los Bent utilizaban en el fuerte como pastores y

peones, así como gran cantidad de pieles de bisonte, que encontraban unos mercados muy receptivos en los núcleos urbanos del Este. El flujo de ganado, pieles y cautivos encontraba equivalente en la considerable afluencia de diversos alimentos esenciales, artesanías y manufacturas. Abastecido por caravanas de suministros regulares procedentes de Nuevo México y Missouri, el fuerte de los Bent trasvasaba a la Comanchería artículos de varios mercados diferentes: maíz de los indios pueblo y mantones españoles de Nuevo México; mantas del territorio navajo; cuentas de las aldeas iroquesas; melaza de Nueva Orleans; y café, harina, cuchillos, cafeteras, ollas y hierro laminado de todo Estados Unidos. Y lo que era aún más importante: el fuerte de los Bent suministraba gran cantidad de plomo, pólvora, pistolas y mosquetes británicos de primera clase; lo necesario para que los comanches tuvieran bien armados centenares de guerreros y para que extendieran su hegemonía militar desde el interior del Sudoeste hasta México.^[46]

Las redes comerciales gemelas de los comanches orientales y occidentales (la primera, una vía de acceso orientada al Este y, la segunda, un núcleo comercial con múltiples ramificaciones) conformaban un imperio mercantil impresionante. Con una red muy tupida de rutas de intercambio de corta, media y larga distancia, que atravesaba el subcontinente formando arcos desde la cuenca alta del río Grande hacia las llanuras septentrionales, el valle del Misisipí y Texas, conectaba la Comanchería con varios ecosistemas, economías y dominios de recursos diferentes. Y, a la vez que salía de sus límites para unir a la Comanchería con las regiones circundantes, cumplía con regularidad con el comercio y el intercambio social y, todos los veranos, se veía a miles de comanches girando en torno al centro de la Comanchería para asistir a consejos políticos abiertos a toda la comunidad, que duplicaban la asistencia de las ferias comerciales. En consecuencia, los artículos de importación que llegaban a la Comanchería en sus diferentes puntos de intercambio también circulaban por el interior, lo que garantizaba que las herramientas y fuentes del poder (armas, metal y maíz) estuvieran accesibles por todo el territorio.^[47]

La hegemonía comercial supuso prosperidad y, como era de esperar, seguridad. Al igual que otros sistemas comerciales indígenas del continente americano, la red comercial de los comanches se insertaba en una trama social. Los comanches celebraban fiestas, fumaban la pipa ceremonial e intercambiaban regalos con extranjeros, a quienes consideraban algo más que socios comerciales: eran parientes ficticios socialmente obligados a satisfacer las necesidades del otro compartiendo elementos materiales. La afinidad era el medio a través del cual los comanches organizaban los intercambios más allá de sus fronteras, y su emporio comercial puede considerarse un inmenso círculo de parentesco en el que los intercambios ceremoniales de palabras, alimentos, regalos y esposas conferían estabilidad a los espacios entre sociedades y situaban muy alto el umbral de la violencia colectiva. Los

comanches lucharon con los indios expulsados del Este y con la coalición de cheyenne y arapaho a principios de la década de 1830, pero la matanza de aquellos años fue algo excepcional: para lo habitual en la época, la Comanchería de principios del siglo XIX era un lugar seguro para vivir. Como los iroqueses, en el Noreste, los comanches vincularon a su órbita infinidad de grupos indios y no indios como socios comerciales, aliados políticos y parientes metafóricos, con lo que se involucraron de una red humana protectora. El proceso exhibía su manifestación más espectacular en las reuniones masivas entre grupos por toda la cuenca alta del Arkansas, donde millares de comanches, kiowa, naishan, cheyenne, arapaho, shoshone, norteamericanos y comancheros de Nuevo México se daban cita periódicamente para comerciar, relacionarse y negociar asuntos políticos, con lo que crearon mundos multiétnicos efímeros en el borde septentrional de la Comanchería.^[48]



6. El imperio comercial comanche a principios del siglo XIX. Mapa de Bill Nelson.

El comercio y el parentesco contribuyeron a forjar y mantener la paz, pero también el poder, la coerción y la dependencia. Los comanches alimentaron la paz en sus fronteras con una diplomacia activa, pero también mantuvieron la estabilidad gracias a su capacidad de influir en otras sociedades y regir las relaciones entre ellas. Al dominar las principales arterias comerciales de Norte a Sur y de Este a Oeste en las llanuras meridionales y el Sudoeste, los comanches lograron regular el flujo de

mercancías esenciales en un área muy extensa y ampliar su esfera de influencia mucho más allá de sus fronteras. Infinidad de grupos indígenas de los alrededores de la Comanchería (cheyenne, pawnee, mandan e hidatsa, en las llanuras centrales y septentrionales; wichita y caddo, en las praderas meridionales; y las naciones inmigrantes del Territorio Indio) necesitaban la aportación constante de caballos domados y mulas para sobrevivir económicamente, y todos recurrían a la Comanchería para satisfacer la necesidad. La situación situó a los comanches en una posición extraordinariamente poderosa: al controlar la difusión de animales desde el Sudoeste, rico en ganado, hacia el Norte y el Este, consiguieron controlar literalmente la evolución tecnológica, económica y militar del interior de América del Norte.

La posición privilegiada de los comanches suscitaba sin duda resentimiento entre sus aliados, pero también fomentaba las relaciones pacíficas. En marcado contraste con las llanuras septentrionales, que quedaron sumidas en unas guerras intertribales prolongadas y sangrientas a finales del siglo XVIII, cuando los diferentes grupos rivales trataban de dominar las múltiples cadenas comerciales de la región, las llanuras meridionales seguían gozando de una calma relativa: a excepción de la intromisión de cheyenne y arapaho en la década de 1830, la Comanchería no padeció guerras comerciales prolongadas. Al parecer, la diferencia residía en el monopolio comanche sobre el comercio de caballos. Aunque sus socios comerciales pudieran haber detestado depender de los proveedores comanches, muy pocos estaban dispuestos a poner en peligro el acceso a las reservas de ganado de la Comanchería iniciando una guerra comercial incierta. Del mismo modo que la multipolaridad alimentaba la inestabilidad en las llanuras septentrionales, la apolaridad promovía la estabilidad en la Comanchería y sus intermediaciones.^[49]

La hegemonía comercial protegía a la Comanchería de las agresiones externas, y permitió a los comanches proyectar su influencia al exterior de la Comanchería, pues el poderío político y económico sólido se traducía de inmediato en formas más suaves y sutiles de poderío cultural. Dependientes de la riqueza de la Comanchería y, al mismo tiempo, deslumbradas por ella, muchas sociedades limítrofes emularon y adoptaron aspectos de la cultura comanche. Por ejemplo, la tradición cheyenne indica una imitación exhaustiva de los comanches, que abarcaba desde tradiciones ecuestres hasta técnicas elementales de la cultura nómada. Una descripción refiere una reunión entre los comanches, a caballo, y los cheyenne, todavía a pie. Los cheyenne estaban a la vez estupefactos y vacilantes ante aquel acontecimiento singular: «Jamás habíamos oído hablar de caballos —decía un jefe cheyenne—. Quizá Maheo [el Padre Creador] no quisiera que los tuviéramos». Los comanches, impacientes por establecer relaciones comerciales, asumieron el papel de defensores: «¿Por qué no le preguntáis? » —dijo un comanche—. “Comerciaremos con vosotros, si tenéis miedo a ir y conseguirlos [en Nuevo México]”». Los cheyenne lo hicieron y Maheo bendijo su decisión de hacerlo, tras lo cual «los comanches se quedaron con los cheyenne cuatro días más y sus mujeres enseñaron a las cheyenne qué tipo de madera debía

utilizarse para los postes de los tipis, cómo cortar y coser un tipi, cómo atar los postes a los caballos y cargarlos con los tipis y otras cosas necesarias».^[50]

Tal vez este tipo de historias no haya sido siempre exacta en sentido literal, pero su significado reside en otro lugar: más que de hechos habituales, indica que los indios comprendían cuáles eran las tendencias históricas determinantes. Grupos como los cheyenne o los ponca debieron de obtener sus primeros caballos de los intermediarios nómadas de las llanuras septentrionales, pero su historia subraya el ejemplo y la orientación que les brindaron los comanches, cuya cultura de pastoreo, espectacularmente eficaz, representaba el ideal para las sociedades indígenas de todas las Grandes Llanuras.^[51] Los caballos se propagaron por las Grandes Llanuras desde varias fuentes de origen (Texas, Nuevo México, las montañas Rocosas, el valle del Misisipí e, incluso, Canadá), pero la población solía mirar hacia el Sur, a la Comanchería, para aprender a utilizarlos mejor.

La influencia cultural de los comanches no se circunscribía a asuntos ecuestres, sino que afectaba a elementos tan dispares como las ceremonias religiosas, las sociedades militares, los accesorios para el atuendo, los peinados y el armamento. Para los euroamericanos, el signo más revelador del poderío cultural de los comanches era la difusión de su lengua por todo el Sudoeste y las Grandes Llanuras. En los primeros años del siglo XVIII, los comanches podían desarrollar la mayor parte de sus negocios en las ferias fronterizas de Nuevo México en su propia lengua, y muchos de los comancheros y ciboleros que visitaban la Comanchería para comerciar y cazar hablaban la lengua comanche con fluidez. La difusión de la lengua comanche se aceleró a principios del siglo XIX, cuando los comanches extendieron su alcance comercial por todo el subcontinente y conectaron con una población cada vez mayor. Varios observadores euroamericanos señalaban con naturalidad que los indios del sureste y el centro de las Grandes Llanuras utilizaban la lengua comanche en sus interacciones comerciales y diplomáticas, y las tradiciones orales nativas atestiguan que los comanches pusieron en cuestión que la lengua de signos fuera la lengua universal para relacionarse. Así pues, para gran parte de la sección central de América del Norte, la lengua comanche era lo que la jerga chinook o chinuco para el Noroeste o el mobilian, una lengua franca de origen choctaw para el valle del Misisipí: una lengua franca comercial. Cuando los pueblos y sociedades se encuentran y se mezclan en las fronteras, la elección de la lengua que hablan suele ser un indicador preciso de la correlación de fuerzas: los grupos económica y políticamente más débiles suelen adoptar palabras, expresiones e, incluso, la sintaxis de los más fuertes. Así también la ascendencia de la lengua comanche denota una realidad más global: al haber ejercido una influencia económica, política y cultural sin parangón, los comanches remodelaban el subcontinente a su imagen y semejanza.^[52]

Por consiguiente, la Comanchería estaba rodeada de una esfera de penetración cultural amplia que llevaba el sello inconfundible de la influencia comanche. La

gente que poblaba esos territorios estaba vinculada a la nación comanche como aliados, subordinados y socios comerciales, y abrazaban más o menos los elementos de la cultura comanche. Pero la difusión cultural era solo una de las facetas de un proceso mucho más intensivo e inclusivo de «comancherización»: gran parte de las etnias forasteras adscritas a la órbita comanche emigrarían finalmente a la Comanchería, seducidos por la prosperidad y la seguridad. Los inmigrantes tomaron muchas rutas distintas para entrar en la Comanchería, pero todas confluían en un único proceso. Tanto si los recién llegados se mezclaban con la sociedad comanche convirtiéndose de forma efectiva en comanches naturalizados, como si adoptaban una posición de subordinación como aliados recientes o conservaban dosis mayores de autonomía política y cultural, el efecto final de su llegada fue la transformación de la Comanchería, que dejó de ser un dominio nacional homogéneo desde el punto de vista étnico para convertirse en un ámbito imperial multicultural y estratificado desde el punto de vista político.

La asimilación masiva de etnias extranjeras en la Comanchería comenzó con los kiowa y los naishan. Ambos, aliados fieles, emigraron a la Comanchería en las dos primeras décadas del siglo XIX, después de haber perdido su nicho comercial de intermediarios en las llanuras centrales en favor de los cheyenne y los arapaho. Fijaron su residencia en la cuenca alta de los ríos Canadian y Rojo donde, en el corazón mismo de la Comanchería, empezaron a mezclarse paulatinamente con los comanches. Los tres grupos acampaban y cazaban juntos, se casaban entre sí y solían unir sus fuerzas en las expediciones de asalto y las campañas militares defensivas. Según un observador, algunos naishan «se establecieron en aldeas comanches», y los kiowa solían ser tomados por comanches, «pues, a veces, comparten campamentos». Los tres grupos rendían culto juntos e intercambiaron costumbres, rituales y creencias; los comanches, que, en apariencia, no practicaban la Danza del Sol antes de 1800, participaron en esta ceremonia kiowa y, con el tiempo, crearon su propia versión del ritual kiowa.

La escasez de fuentes de principios del siglo XIX sobre los kiowa y los naishan impide determinar hasta qué punto se incorporaron ambas naciones al sistema político comanche, pero también hay datos elocuentes: aun cuando los kiowa y los naishan mantuvieran una organización política independiente con consejos y jefes tribales, se amoldaron en buena medida a los designios políticos de los comanches. Mientras que los comanches se involucraron cada vez más en rivalidades y luchas de poder interimperiales, los kiowa y los naishan siguieron siendo agentes más locales que raras veces aparecían en las consideraciones diplomáticas de las potencias coloniales, sobre todo durante el primer tercio del siglo XIX. A veces, los kiowa desempeñaban un papel central en la diplomacia entre indios (negociaron la gran paz de 1840 junto con los comanches), pero los comanches solían representar tanto a los naishan como a los kiowa en las reuniones políticas de alto nivel con las potencias coloniales. Algunas fuentes euroamericanas califican a los kiowa y los naishan como

una más de las «tribus» o «pueblos» de la nación o confederación comanche. Tal como lo entendían los euroamericanos de la época, los kiowa y los naishan vivían en las llanuras meridionales bajo los auspicios y la dominación parcial de los comanches. En una escala de privilegios y participación que irradiaba desde el centro, los kiowa y los naishan eran los más próximos al núcleo del imperio.^[53]

En algún momento posterior al año 1800, los comanches también aceptaron en su redil a los charitica, un grupo arapaho procedente de las llanuras centrales. Al igual que muchos otros que se aproximaron a la Comanchería, lo que atrajo en un principio a los charitica fue la abundancia de caballos en la región y el clima favorable para la cría de animales. Antes de trasladarse a las llanuras meridionales, los charitica tenían pocos caballos y utilizaban perros capones para tirar de sus pertenencias pero, una vez en la Comanchería, revelaron ser «tan buenos jinetes como sus aliados». En el transcurso de las décadas de 1810 y 1820, los charitica cortaron sus lazos con el cuerpo principal de los arapaho, cruzaron el río Arkansas para entrar en la Comanchería y se amalgamaron con la nación comanche. En 1828, el general Manuel de Mier y Terán, líder en aquel momento de una expedición científica y fronteriza a Texas, escribió que hacía unos quince años que los charitica se habían establecido allí, procedentes del Norte, y que «los comanches los habían admitido. Hoy día son idénticos y viven en campamentos conjuntos». Berlandier informaba de que los charitica «solían vivir entre los comanches [...], de quienes son buenos amigos», y que «se parecen a los comanches por su atuendo y sus adornos de guerra, pero se diferencian en las costumbres y el lenguaje, que es mucho más rudo y menos armonioso». Ruiz subrayaba la naturaleza jerárquica de la relación. «Los charitica suelen robar caballos; a mi juicio, son el pueblo más bárbaro. Hasta sus mejores amigos corren peligro cuando visitan un campamento charitica si en ese momento no hay comanches presentes. Los comanches ejercen cierta influencia sobre los charitica, y estos últimos no se atreven a hacer determinadas cosas en su presencia». A mediados de siglo se consideraba que los charitica formaban parte de la nación comanche.^[54]

Los wichita siguieron otro camino distinto para entrar en la Comanchería. Los comanches y los wichita, otrora aliados comerciales y militares muy estrechos, se enfrentaron con violencia a finales del siglo XVIII por los derechos comerciales. Pero cuando el poder de los wichita se desvaneció a principios de la década de 1810, los comanches cambiaron el signo de su política y trataron de forjar relaciones de cooperación. Los taovaya, tawakoni y waco se aproximaron poco a poco a la Comanchería y se incorporaron a una alianza que acabó siendo cada vez más desigual. Los comanches comerciaban con los tres grupos, a quienes suministraban caballos y derivados del bisonte a cambio de productos agrícolas, mientras que, al mismo tiempo, cercenaban su autonomía. Impedían que los wichita comerciaran directamente con los norteamericanos y los representaban en las reuniones políticas con España, México y la República de Texas. En la década de 1840, la política

exterior wichita se había subordinado a la dirección comanche. Cuando las autoridades de Texas se dirigieron a los tawakoni en 1844 con la intención de negociar un tratado de paz, su jefe retrocedió de inmediato: «No puedo decir si firmaré la paz [...] hasta que vea a los comanches pues, de lo contrario, mentiría. Mi pueblo hará lo que hagan ellos». Los comanches también utilizaron las aldeas taovaya, tawakoni y waco como depósitos de suministros, que reabastecían sus reservas de alimentos y empleaban para reclutar guerreros antes de lanzar ataques en Texas; y algunas autoridades mexicanas creían que los comanches presionaban a los tawakoni para que realizaran los asaltos en su nombre. Las aldeas taovaya, tawakoni y waco también ejercían de escudo protector de la Comanchería que amortiguara los golpes de las represalias coloniales. Todo el mundo consideraba que los wichita eran ladrones irredimibles y «los peores» indios de Texas, idea que algunos jefes comanches promovieron de forma deliberada. «Los wichita son como perros — afirmó el jefe Pahayuko en 1845—. Roban. Es como alimentar bien por la noche a un perro que te robará la comida antes de que amanezca. Así es como son los wichita». Aunque no fueron saqueadores tan eficaces como los comanches, los wichita padecieron algunas de las represalias más sangrientas a manos de las tropas mexicanas y las milicias anglotexanas.^[55]

Con el paso del tiempo, los comanches asimilaron en su territorio a la totalidad de bandas wichita, lo que hizo realidad dos propósitos inmediatos: eliminó los últimos restos de la barrera comercial que los wichita imponían a los mercados orientales y permitió que los comanches reclutaran guerreros contra los osage, su principal enemigo. En 1811, tras el colapso de las grandes aldeas taovaya y tawakoni junto al río Rojo, John Sibley informaba de que una parte de los refugiados taovaya «se había unido a una banda de vagabundos» comanches. A medida que el poder de los wichita fue disminuyendo en los años posteriores, casi todas sus bandas buscaron protección en el interior de la expansiva frontera de la Comanchería, lo que confirmó el liderazgo de los comanches como aliados recientes y, en parte, los incorporó al cuerpo político comanche. Berlandier calificaba a tres de las cuatro tribus wichita (taovaya, tawakoni y waco) como subordinados de los comanches, «pueblos menores a quienes la pobreza o el miedo ha llevado a buscar su protección», y las autoridades mexicanas indicaban que la nación comanche «se ha vuelto muy fuerte con las nueve naciones que se han subordinado a ella» (algunas eran, sin duda, grupos de wichita). Josiah Gregg escribía en la década de 1830 que los comanches «solían mantener buenas relaciones con las tribus diminutas del Sur, a las que, en realidad, parecen tener como vasallos»; y el viajero Thomas J. Farnham informaba de que los comanches «guardan una relación de conquistadores con las tribus del Sur». Aunque los propios comanches nunca llamaron explícitamente «subordinados» ni «vasallos» a los taovaya, tawakoni o waco, los tres grupos estaban bajo su poderosa influencia. Con la autonomía cercenada, el espacio geopolítico mermado y las oportunidades económicas comprometidas, se habían vuelto dependientes del imperio comanche.^[56]

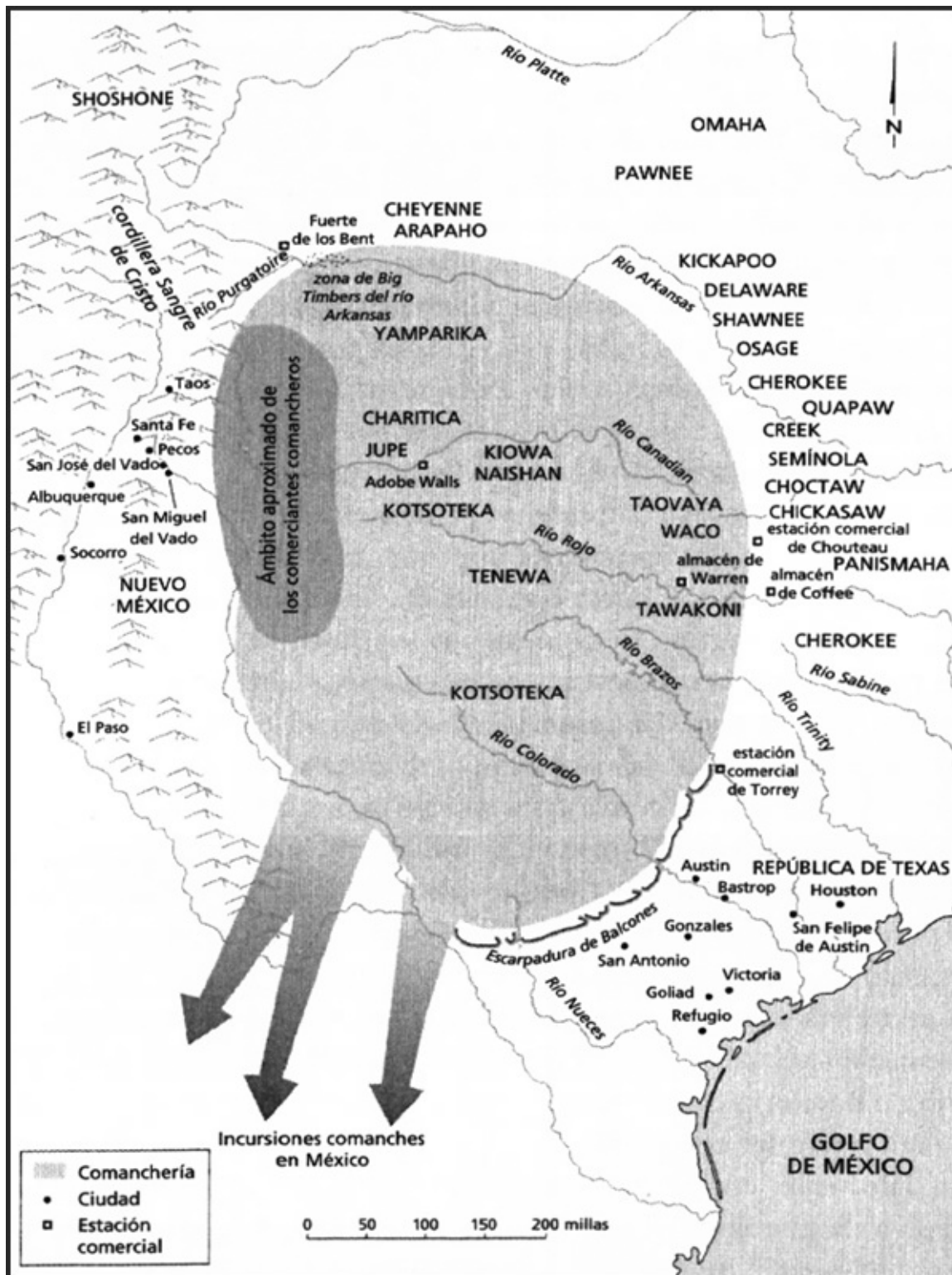
Además de la asimilación generalizada de grupos étnicos, parece haber existido una corriente casi continua de inmigrantes, refugiados, renegados y exiliados de sociedades vecinas al interior de la Comanchería. Un número incalculable de wichita, caddo, apaches, pawnee, shoshone, cherokee, chickasaw, choctaw, delaware, shawnee, seminola, quapaw y esclavos negros del Territorio Indio abandonaron voluntariamente sus comunidades para unirse a la nación comanche, cada vez más multiétnica, atraídos sin duda por su prosperidad y seguridad crecientes. Ni siquiera las colonias españolas eran inmunes a la atracción de la Comanchería. Los indios y los *genízaros*^[*] huían de las duras condiciones de explotación y de la restricción de oportunidades de Nuevo México y Texas fugándose a la Comanchería, como hicieron infinidad de ciudadanos pobres y marginados.

Se sabe poco de los procesos de asimilación reales; a diferencia de los cautivos por los que a veces se pagaba un rescate para devolverlos a sus parientes, los inmigrantes voluntarios solían desaparecer de los documentos históricos una vez que ingresaban en la Comanchería. Sin embargo, parece ser que la mayoría de ellos se casaba con miembros de una familia comanche, adoptaba sus costumbres y su lengua, renunciaba a los signos externos de su anterior identidad y, por último, se «comanchizaba». A veces quedaba algún rasgo físico, como percibió Sibley en 1807 cuando en las rancherías comanches que visitaba reparó en que había varias personas de «pelo castaño claro o caoba y ojos azules o gris claro». Medio siglo más tarde, la inmigración voluntaria y la asimilación étnica habían transformado el tejido mismo de la sociedad comanche, lo que llevó al agente indio de Texas Robert S. Neighbors a escribir que «en este momento, hay muy pocos comanches de pura sangre».^[57]

En términos netamente materialistas, la afluencia de inmigrantes a la Comanchería es fácil de explicar. Tanto si se contemplaba desde la zona central de las Grandes Llanuras, más al Norte, desde el territorio wichita o el Territorio Indio, en el Este, desde la Texas española o mexicana, en el Sur, o desde Nuevo México, por el Oeste, la Comanchería parecía un lugar seguro, dinámico y próspero. Según le dijo el indio Post Oak Jim a un etnógrafo en 1933, las gentes de las sociedades próximas «solían penetrar a hurtadillas [en las rancherías comanches] para entregarse; llegaban de tribus pobres en las que no había comida suficiente». Los españoles, los mexicanos y los indios pueblo de Nuevo México y Texas buscaban asilo en la Comanchería por diversos motivos, huyendo de la persecución política, la opresión religiosa, la pobreza o la esclavitud. Dicho de otro modo: la gente se intercambiaba (intercambiaba su cuerpo y su trabajo) a cambio de la protección y la riqueza que los lazos de parentesco con los comanches ponían a su disposición. Pero, aunque la inmigración se fundaba en impulsos materiales, también era un proceso social y psicológico. Ese proceso queda en buena medida fuera de nuestro alcance porque las fuentes guardan silencio al respecto (las autoridades españolas, por ejemplo, eliminaron sencillamente el problema de la emigración al exterior calificando de «perversos» a los renegados que los abandonaban para vivir con los *salvajes*),^[*] pero

es posible delinear su perfil aproximado.^[58]

El paso a la Comanchería no era necesariamente una caminata hacia lo desconocido. Los wichita, los charitica, los mexicanos y los demás pueblos que se introducían en la Comanchería y vivían en el seno de su seductora esfera cultural solían estar aclimatados a la forma de vida, costumbres, tradiciones y lengua comanches. Trasládarse a la Comanchería tampoco suponía necesariamente negociar las barreras raciales, pues los comanches no definían el mundo en colores. Para los comanches de principios del siglo XIX, la raza era, en esencia, una concepción política. Hablaban de la desconfianza y el odio hacia los blancos (*taiboo?s*), pero siempre era en un contexto geopolítico específico y, por lo general, refiriéndose a los colonos anglotexanos que los cercaban. Eran la conducta y las creencias lo que determinaban quién sería aceptado en la Comanchería y podía convertirse en comanche, y no los linajes de sangre. Si un recién llegado de origen hispano, inglés, caddo o cualquier otro estaba dispuesto y era capaz de adoptar el código de conducta adecuado, sería aceptado como miembro de la comunidad. Era más importante actuar como un comanche que parecerlo: honrar las obligaciones derivadas del parentesco, respetar las normas del campamento, cumplir con los tabúes, ceder a la regla del consenso, suscribir los papeles sexuales aceptados y cooperar en los asuntos comunitarios. Un observador mexicano escribía en 1828 que «cuando guerrear con nosotros, si los mexicanos están en sus campamentos, los comanches no les harán daño para mostrar que quien vive con ellos es su amigo, al margen de cuál sea su nacionalidad».^[59]



7. La Comanchería imperial y su red de alianzas en las décadas de 1830 y 1840. Mapa de Bill Nelson.

Si la sociedad comanche acogió de buen grado a los recién llegados, también los mantuvo una vez que se establecieron. Los comanches naturalizados no portaban ningún estigma visible de sus antecedentes y, en apariencia, encontraron pocos obstáculos para la satisfacción y el ascenso social. Podían casarse con comanches, ingresar en redes de parentesco y alcanzar puestos de poder. En 1834, el artista norteamericano George Catlin visitó la Comanchería con una misión de paz

estadounidense y pintó un retrato de His-oo-sanches, «uno de los guerreros más importantes de la tribu». Hasta que concluyó el cuadro, Catlin no reparó en que el modelo era en realidad Jesús Sánchez, un vástago de una unión entre una comanche y un español.^[60] Como muestran otros episodios similares al de Jesús Sánchez, los forasteros abrazaban la identidad comanche precisamente porque era, al mismo tiempo, distintiva, acomodaticia y negociable. Tal vez los comanches utilizaran un lenguaje que tuviera matices nacionalistas y trasluciera un orgullo étnico muy marcado, pero eran permisivos a la hora de determinar quién podía reclamar la pertenencia a su comunidad. En décadas posteriores del siglo XIX, cuando la expansión estadounidense amenazó su existencia, los comanches trataron de construir una alianza antiestadounidense panindia apelando a la raza (un concepto más excluyente que el de tribu o nación) pero, a comienzos del siglo, todavía creían que cualquiera podía ser comanche.

¿Por qué, entonces, abrieron las fronteras a una afluencia tan masiva de pueblos nuevos y prácticas, creencias y lenguas extranjeras? Del mismo modo que muchos pueblos que atravesaban la frontera para entrar en la Comanchería aducían infinidad de motivos para hacerlo, también los comanches los aceptaban por un amplio abanico de razones. Los recién llegados suministraban a los comanches información sobre tierras y mercados remotos, sistemas defensivos de fronteras coloniales y oportunidades de asaltarlas. Introducían ideas novedosas sobre la cría de animales, explicaban la evolución de enfermedades exóticas y, tal vez, proporcionaban curas nuevas; y presentaban técnicas innovadoras para reparar armas de fuego o sanar las heridas que causaban. Algunos grupos acabaron por actuar como intermediarios comerciales, trasladando artículos entre la Comanchería y mercados lejanos, mientras que otros producían maíz y artículos de primera necesidad que no estaban disponibles en la Comanchería. Algunos, simplemente por mudarse a la Comanchería, les facilitaban un acceso más directo a mercados y recursos circundantes.



8. *His-oo-san-ches (Guerrero comanche)*. Óleo sobre lienzo de George Catlin, 1834. Por cortesía de la Yale Collection of Western Americana, Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de Beinecke.

Sin embargo, en última instancia, la absorción étnica a gran escala era una necesidad que no nacía tanto del cálculo estratégico como de avatares demográficos. La red comercial comanche de larga distancia abría sus comunidades a nuevos mercados, pero también a gérmenes letales que viajaban con los comerciantes que afluían de todos los puntos cardinales. Tras el primer estallido devastador de viruela en 1780-1781, los comanches fueron golpeados por oleadas reiteradas de enfermedades. La viruela irrumpió como epidemia importante en los años 1799, 1808, 1816, 1839, 1848 y 1851, y en 1849 asoló la Comanchería un virus del cólera muy resistente. Las epidemias se cobraban millares de vidas y asestaban grandes dentelladas en la base de la pirámide demográfica. Quizá la cota demográfica comanche más alta girara en torno a los cuarenta mil habitantes a finales de la década de 1770, pero casi todas las estimaciones de las décadas de 1820 y 1830 la sitúan entre los veinte y los treinta mil. Además, el descenso se produjo cuando las comunidades limítrofes con la Comanchería experimentaban un crecimiento continuo y, en ocasiones, explosivo. El crecimiento natural y la inmigración procedente de Estados Unidos dispararon la población de Nuevo México desde los treinta y un mil habitantes de 1790 hasta los cuarenta y dos mil de 1821 y unos sesenta y cinco mil en 1846. En Texas, un aluvión de inmigrantes norteamericanos con sus esclavos aumentó la población desde los aproximadamente dos mil habitantes de principios de la década de 1820 hasta los cerca de cuarenta mil en 1836. El Territorio Indio, nutrido a base de traslados continuos, albergaba en 1832 unos veinte mil indios.^[61]

Bajo semejantes condiciones, la asimilación de personas, grupos e, incluso, naciones enteras a la Comanchería acabó por convertirse en un asunto de

mantenimiento del poder político y económico. Por una parte, los recién llegados eran mano de obra esencial que sustentaba la floreciente economía de pastoreo de la Comanchería mientras las mujeres alumbraban hijos para la comunidad. Un observador de mediados del siglo XIX escribió que los propios comanches creían que habían «aumentado mucho en número [...] gracias a la conexión con otras pequeñas bandas de las praderas». Por otra parte, las nuevas naciones residentes en la Comanchería actuaban como aliados en la guerra y como barreras cuando esas mismas guerras recaían sobre la Comanchería. Las aldeas wichita protegieron la frontera oriental de la Comanchería durante los asaltos osage, y la meridional contra los colonos y soldados anglotexanos, mientras que los kiowa soportaron el castigo desproporcionado de los ataques cheyenne y arapaho durante la lucha por la cuenca del Arkansas. En términos más abstractos, el mero volumen de pueblos auspiciados concedió a los comanches un valor añadido sustancial e impulsó sus relaciones diplomáticas con los euroamericanos, un aspecto que tampoco escapaba a los agentes coloniales, los propios comanches, ni todos aquellos atrapados entre medias. A juicio de muchos euroamericanos, negociar con los comanches solía suponer ceder a sus demandas o correr el riesgo de tener que enfrentarse a una amplia coalición intertribal encabezada por ellos.^[62]

La buena disposición de los demás pueblos para volverse comanches representa una manifestación sorprendente del poderío y el prestigio internacional de los comanches. Causó una impresión profunda en visitantes estadounidenses como Josiah Gregg, que afirmaba que los comanches «no reconocen fronteras, pero se autodenominan los señores de todas las praderas; mientras que todos los demás no son más que “inquilinos cuando les place”». Sin embargo, para los habitantes españoles y mexicanos, la atracción gravitatoria de la Comanchería era una fuente de temor y envidia. En 1828, tras la firma de un tratado de fronteras con Estados Unidos a principios de año, el gobierno mexicano envió una Comisión de Límites al mando del general Manuel de Mier y Terán para determinar las fronteras septentrional y oriental de Texas. También se encomendó a la comisión sondear la actitud de las tribus de Texas y explorar las posibilidades de incorporar a los indios de las llanuras a «la familia mexicana» y, si se establecían allí y abrazaban el catolicismo, como ciudadanos de la República.

La situación de Texas impresionó a la comisión. Los inmigrantes norteamericanos afluían masivamente desde el Este y difuminaban la línea fronteriza que separaba Texas y Louisiana, y los comanches estaban incorporando posibles indios aliados de México por toda la provincia. «Las tribus más débiles que no preocupan lo más mínimo a los comanches se suman mediante una alianza —señalaba Terán—. Al permitirles vivir distribuidos de forma independiente en campamentos de doscientas o trescientas personas, los comanches les enseñan sus costumbres marciales y los

ayudan a mejorar su situación». Al teniente José María Sánchez le pareció débil la presencia mexicana en Texas y refirió, sin dar crédito a lo que veía, que los comanches absorbían y asimilaban en sus filas sistemáticamente a otras sociedades indígenas. Para él, los comanches parecían un pueblo hegemónico en expansión que imponía su identidad a otros grupos, a los que mantenía bajo un régimen paternalista. El «deseo de acrecentar su comunidad —escribió—, vuelve a los comanches muy considerados con las pequeñas tribus con las que mantienen relaciones amistosas protegiéndolas, enseñándoles sus hábitos y costumbres y, finalmente, fusionándolas a su nación. Por este motivo, los comanches son la más numerosa [de las naciones indígenas] que se puede encontrar en Texas».^[63]

V

LA GRAN COMANCHERÍA

Al igual que la mayoría de los imperios, el comanche terna muchas caras. Visto desde el Norte y el Este, era un imperio comercial y diplomático, un entramado transnacional en expansión que irradiaba prestigio y poder, absorbía etnias forasteras en su redil multicultural y atraía a sociedades vecinas a su órbita como aliadas y subordinadas. Sin embargo, visto desde el Sudoeste y desde México, los comanches ofrecían un rostro muy distinto. Aquí se vivían directamente fricciones con las fronteras coloniales europeas, y su táctica solía fundarse en la violencia y la explotación. Era un imperio que marginaba, aislaba y dividía a las colonias españolas y mexicanas, degradándolas, en cierto sentido, de su condición imperial al rango de periferia. Pero, pese a ser distintas, las caras opuestas del imperio comanche estaban conectadas, formaban parte de un todo integrado. Los comanches soldaban los pilares de su poder buscando en el Norte y el Este los vastos recursos políticos y económicos de las Grandes Llanuras y de su orilla del Misisipí. Fue allí, en entornos muy alejados de las oportunidades y riesgos del Sudoeste colonial, donde encontraron los aliados, los subordinados y los mercados sobre los que cimentar su ascendencia imperial en el Sudoeste y el norte de México.

En este capítulo me propongo exponer cómo la hegemonía de los comanches en las llanuras conformó su política hacia los regímenes coloniales. La red de alianzas y el comercio comanche de larga distancia, sustentados más por la mediación y el influjo cultural que por la fuerza o la coerción, pacificaron sus fronteras septentrionales y orientales liberando recursos para plantar cara a la España borbónica expansionista en el Oeste y el Sur. Sometieron sistemáticamente a Texas a la extorsión de los tributos, el saqueo de recursos y la captura de esclavos, lo que situó a la colonia al borde del colapso pero comerciaron pacíficamente en Nuevo México, utilizándola como fuente para obtener regalos políticos y como mercado que absorbiera excedentes. Estas medidas abortaron las perspectivas prometedoras de la época borbónica y, en última instancia, disiparon el sistema imperial de España en el extremo septentrional. Así, aislado del interior y sus recursos por los comanches, Nuevo México pasó a girar en torno a la Comanchería desde el punto de vista económico, político e, incluso, cultural, aun cuando Texas casi desfalleciera bajo la presión comanche.

El México independiente heredó en 1821 una frontera maltrecha y fragmentada en el Norte, y aquella nación novata no consiguió recomponerla. Nuevo México prosiguió con su deriva hacia la Comanchería, distanciándose del resto de México, mientras que Texas, en un intento de sobrevivir condenado al fracaso, abrió sus fronteras a la inmigración estadounidense. La fundación de la República de Texas

supuso una amenaza grave para los comanches pero, por irónico que resulte, también estimuló una de las ampliaciones más espectaculares de su régimen. Mientras los comanches se esforzaban por preservar sus fronteras con la República de la Estrella Solitaria mediante la guerra y la diplomacia, desplazaron las operaciones de asalto fundadas en criterios mercantiles al sur del río Grande, con lo que convirtieron casi todo el norte de México en un vasto territorio interior del que extraer recursos mediante el saqueo. Ese territorio interior sometido fue el que el ejército de Estados Unidos invadió y conquistó entre los años 1846 y 1848.

De manera que este capítulo se ocupa de cómo los comanches utilizaron y ejercieron el poder, pero también de cómo concibieron, gestionaron y crearon el espacio en que hacerlo. Los comanches se negaban a reconocer límites nacionales e internacionales tal como los definían los euroamericanos. No trataron a Nueva España y a México como dominios imperiales indivisos, sino como una suma de entidades discretas, y diseñaron medidas diferenciadas para Nuevo México, Texas y otros estados coloniales. Con ello, impusieron una geometría espacial alternativa sobre lo que los historiadores han denominado los territorios fronterizos español y mexicano. Los cartógrafos españoles y mexicanos dibujaban siempre el extremo septentrional como una parte inseparable, cohesionada e intacta de Nueva España o México, pero también se puede considerar que Nuevo México y Texas formaban parte de un dominio comanche en expansión, o Gran Comanchería. Ya fuera mediante explotación violenta diplomacia coercitiva, dependencia económica o lazos culturales estrechos, Nuevo México y Texas vivían irremisiblemente ligados a la Comanchería, cuya esfera de influencia efectiva, cuando no los límites políticos reales, se extendía hasta mucho más allá del sur y el oeste de su núcleo central, situado en las llanuras meridionales. La composición de este capítulo está concebida para resaltar este hecho geográfico oculto. En lugar de seguir la ordenación temporal ortodoxa, según la cual se divide la historia del Sudoeste en periodos español, mexicano y norteamericano, he adoptado un enfoque espacial con el fin de sacar a la luz las estructuras, divisiones y continuidad geopolíticas impuestas por los comanches. Este enfoque revela el proyecto del imperio comanche.

En la primavera de 1803, cuando la Compra de Louisiana despertó al fantasma de la invasión del imperio de España en Norteamérica por parte de Estados Unidos, la provincia fronteriza de Texas ya vivía atenazada por el miedo. Los comanches orientales, que habían formalizado una alianza con la colonia en 1785 y respetaron la paz durante una década, volvían a saquear. Los ataques se prolongaron ocho años y sembraron el terror en toda la provincia. Los jefes comanches solían acudir a San Antonio para disculparse por los asaltos y, de vez en cuando, devolver algún caballo robado; pero parecían no estar dispuestos a poner freno a la violencia o ser incapaces de hacerlo.

El problema se debía, en parte, a que la violencia había adquirido tintes personales. En 1801, los españoles mataron en San Antonio al hijo del jefe Blanco, un dirigente local yamparika y, desde ese momento, Blanco asumió la ejecución de una venganza personal contra los texanos. La situación se desbocó en la primavera de 1802 cuando los seguidores de Blanco atacaron en las llanuras a una partida de caza española. Los cazadores que huyeron se cobraron una venganza arbitraria sobre un comanche solitario con el que se encontraron por casualidad, cuya cabellera llevaron a Juan Bautista Elguézabal, gobernador de San Antonio. En marzo de 1803, Elguézabal trató de aliviar la tensión convocando a los jefes comanches a un consejo en San Antonio, pero la reunión concluyó de forma insatisfactoria. El envío de mercancías procedentes del Sur se había retrasado y el gobernador solo pudo ofrecer a los jefes unos pocos regalos.^[1]

Pasado un mes, Estados Unidos compró Louisiana a Francia, lo que desencadenó una disputa encendida sobre los límites del territorio adquirido. España insistía en que Louisiana no abarcaba más allá de la orilla occidental del Misisipí y las ciudades de Nueva Orleans y San Louis, mientras que Estados Unidos aseveraba que se extendía hasta la cresta de las montañas Rocosas y el río Grande, lo que incluía la mitad de Nuevo México y toda Texas. Las autoridades españolas llevaban temiendo algún tiempo que Philip Nolan y otros agentes comerciales norteamericanos que operaban en las llanuras meridionales hubieran promovido sentimientos antiespañoles, y la disputa por Louisiana incrementó la angustia hasta convertirla en una fiebre. Con Estados Unidos cuestionando las reivindicaciones imperiales españolas al norte de río Grande y los comanches reanudando los ataques en toda la frontera, Texas se convirtió de repente en la colonia española en América más valiosa y vulnerable.^[2]

La escalada de violencia, que sembró incertidumbre geopolítica, causó una inquietud profunda en Texas, donde todavía estaba muy fresca en la memoria la matanza de la oleada de asaltos comanches anteriores. Las autoridades parecían impotentes. No solo carecían del vigor militar para repeler los asaltos, sino que sabían que las medidas duras comportaban el riesgo de distanciar a los comanches y arrojarlos en brazos de los norteamericanos. Al final, a los administradores españoles solo les quedaba una alternativa viable: canalizar una parte importante de los muy necesarios fondos que las Reformas Borbónicas habían puesto a su disposición en hacer regalos a los comanches, con la esperanza de despertar la suficiente buena voluntad para evitar derramamientos de sangre. Alimentados por el miedo, el volumen de regalos a los indios en Texas aumentó hasta el punto de que, en 1810, la colonia invirtió casi cuatro mil pesos en diplomacia con los indios, entregando regalos (armas, utensilios de metal, paños, tabaco, comida o bermellón) a más de mil trescientos visitantes comanches. La generosidad de las entregas, que casi arruinó las arcas de San Antonio y llevó a un gobernador a acusar a los comanches de «ansias de riqueza», sí contribuyó a poner freno a los ataques durante periodos breves. Los comanches intensificaban o reducían los asaltos a la provincia según la disponibilidad

de regalos. Con la sombra imborrable de la posibilidad de violencia, la entrega de regalos diplomáticos se convirtió en el pago invariable de un tributo para paliar la vulnerabilidad de la colonia.^[3]

Casi todos los funcionarios españoles se negaban a reconocer esta incómoda inversión de las relaciones de poder e insistían en calificar los pagos como regalos o caridad; y los comanches, que los consideraban un símbolo de los lazos sociales, jamás articularon de forma explícita la relación entre la paz y los regalos. Sin embargo, como la relación descansaba sobre el filo de la violencia, era de carácter inconfundiblemente tributaria. En el verano de 1803, tras dos años de asaltos que sembraron el pánico por toda Texas, visitaron San Antonio para comerciar y recoger regalos más de mil cien comanches. La generosidad de las entregas se prolongó durante los dos años posteriores y, en 1806, los españoles agasajaron a más de dos mil comanches en San Antonio. En 1808, Texas solicitó a Ciudad de México regalos para los indios por valor de más de siete mil pesos. A cambio de toda la prodigalidad, los jefes comanches presionaron a sus seguidores para que pusieran fin a los ataques, y llegaron incluso a ofrecer ayuda a España en un posible conflicto fronterizo con Estados Unidos. Sargento, un jefe muy poderoso, acompañó su nombre con el apellido del gobernador de Texas y recorrió la Comanchería con el apelativo de Sargento-Cordero para respaldar la paz y recuperar caballos robados. Lo que los comanches no hicieron fue corresponder a la generosidad de España. La única contrapartida que ofrecían era abstenerse de ejercer la violencia. Como gozaban de una posición de poder muy ventajosa en Texas, parece que situaban a los españoles en un espacio social ambiguo en el que no eran lo bastante amigos suyos, pero tampoco enemigos declarados.^[4]

La paz no duró más que lo que duró la distribución de regalos.

El estallido de la Revuelta de Hidalgo en México en el otoño de 1810 interrumpió el flujo de financiación de las provincias septentrionales y socavó la política texana de comprar la paz. Cuando la entrega de regalos menguó, los comanches reanudaron los ataques y asaltaron y extorsionaron mediante tributos al conjunto de la colonia, desde el río San Saba hasta el río Grande. Las autoridades españolas se desvivían por acumular regalos suficientes para restablecer unas relaciones amistosas y, en el verano y el otoño de 1811, los jefes comanches Sargento-Cordero, Chihuahua, Paruaquita e Yzazat visitaron San Antonio y alimentaron la creencia de los españoles en que la paz era posible. Luego, sin embargo, las autoridades cometieron un error diplomático que distanció al conjunto de la nación comanche. El Sordo, un afamado jefe guerrero de los tenewa que mantenía lazos estrechos con los tawakoni y los taovaya, acudió a San Antonio para informar de los asaltos llevados a cabo por los wichita, sus rivales. El Sordo llegó desarmado y acompañado de su familia esgrimiendo una bandera blanca, pero las autoridades españolas lo detuvieron y encarcelaron, lo que indicaba que el miedo no dejaba de aumentar. El incidente diplomático puso fin a una paz artificial. Hasta el Sargento-Cordero abandonó su

actitud proespañola y se sumó a las demás rancherías comanches para atacar Texas. En 1817 volvió a aparecer en los documentos históricos (con el simple nombre de Cordero) en Natchitoches, donde trató de establecer relaciones diplomáticas y comerciales con los norteamericanos.^[5]

La ruptura de la paz entre comanches y españoles se produjo exactamente cuando el comercio de ganado entre comanches y norteamericanos empezaba a ser un gran negocio, y las consecuencias fueron catastróficas para Texas. Los comerciantes estadounidenses planteaban una demanda en apariencia insaciable de caballos y mulas, y la ruptura de la alianza española permitió a los comanches satisfacerla saqueando Texas con impunidad. El pillaje sistemático comenzó en el invierno de 1811-1812, cuando los comanches «acumularon un gran número de animales, tanto caballos como mulas, y sembraron el terror y la devastación en este sector productivo de la provincia de Texas y en las fronteras de las demás». Aunque Nemesio Salcedo, comandante general de las Provincias Internas, había logrado reclutar varios cientos de milicianos, las guarniciones de los presidios de Texas no pudieron sellar la frontera. A principios de agosto, después de que los comanches se llevaran más de doscientos caballos de San Marcos, el gobernador de Texas, Manuel María de Salcedo, propuso lanzar una serie de campañas contra ellos... lo que denegó su tío, el comandante general, que insistía en que «la guerra contra los comanches siempre se ha considerado el peor mal que podía acontecer a la provincia».^[6]

Salcedo, el comandante, consiguió repeler el mal de una guerra declarada contra los comanches, pero no fue capaz de prever otro mal que estaba a punto de cernirse sobre Texas. En agosto de 1812, cuando los Salcedo discutían sobre la situación con los comanches, un destacamento de revolucionarios y filibusteros mexicanos y norteamericanos invadió Nacogdoches para desatar una revuelta contra el régimen español. De repente, los texanos se vieron atrapados en un conflicto con dos frentes. La revuelta, que fracasó en última instancia, duró un año, y sus consecuencias dejaron a Texas vulnerable y desprotegida ante los asaltantes comanches. El ejército real del imperio llevó a cabo una purga violenta en San Antonio y Nacogdoches y redujo los efectivos de la colonia en varios centenares, y la Corona española prohibió que los colonos llevaran armas, con lo que, sin querer, mermó la capacidad de defender la provincia de los asaltos de los indios. Y luego se acabó el dinero, lo que supuso una catástrofe. Las repercusiones de la invasión napoleónica de la Península Ibérica en 1808 y las posteriores rebeliones por toda Nueva España habían comprometido recursos, lo que obligó a las autoridades de Texas a reducir los regalos a los comanches. Ahora que el comercio de ganado entre comanches y norteamericanos atravesaba su fase de expansión, Texas estaba condenada a la destrucción. Enseguida, los comanches se dedicaron a asaltar desde San Antonio hasta río Grande, atacando convoyes de suministro, arrasando ranchos, matando agricultores mientras trabajaban y masacrando manadas enteras de ganado. En 1814, Texas agonizaba. Tras haber perdido miles de animales en beneficio de la

Comanchería, carecía casi por completo de ganado, y el gobernador ordenó que se abandonaran los ranchos de las inmediaciones de San Antonio. La comida escaseaba, los soldados se quedaban sin suministros y paga y los colonos empezaron a huir.^[7]

El año 1816 trajo más noticias alarmantes: los comanches habían firmado una tregua con el grupo de apaches lipán encabezado por El Cojo, lo que puso fin a más de sesenta años de enfrentamientos intermitentes. Las autoridades españolas llevaban trabajando desde la década de 1770 para debilitar a los apaches lipán y aislarlos de los demás grupos indios del sur de Texas y el norte de Coahuila. Temían que la alianza con un grupo indio poderoso convirtiera las aldeas lipán de ambas orillas del río Grande, que ocupaban una posición estratégica, en una vía de acceso para la invasión a través de la protuberancia geográfica meridional de Texas, y la tregua de los comanches hizo realidad sus peores temores. La alianza entre comanches y apaches lipán no sobreviviría hasta más allá de los primeros años de la década de 1820 pero, durante los pocos años que duró, permitió a los comanches someter a casi toda Texas al pillaje generalizado.^[8]

Con la tregua, los apaches lipán de El Cojo obtuvieron privilegios de caza en el sur de la Comanchería y, a cambio, permitieron pasar a su territorio a los comanches, que rápidamente ampliaron los asaltos en busca de recursos y cautivos al curso bajo del río Grande y las muchas aldeas y haciendas de sus alrededores. Según un observador, los apaches lipán también «ejercían de guías para los comanches, puesto que conocían los caminos, las aldeas y las armas, en perjuicio de todas las poblaciones que habitaban las inmediaciones del río Bravo del Norte». Texas sufrió aquel verano el embate continuo de los ataques y, al año siguiente, una monumental partida de asalto compuesta por más de un millar de guerreros (con toda probabilidad, una iniciativa conjunta de comanches y apaches lipán) arrasó la ciudad de Refugio, próxima a la costa del Golfo de México, donde robó unos diez mil caballos y mulas, masacró vacas, ovejas y cabras y mató a varios colonos. En 1818, Antonio Martínez, gobernador de Texas, se desesperaba porque «no pasa un solo día sin que [los comanches] cometan alguna fechoría o ataque».

Las milicias españolas y las guarniciones de los presidios se mostraban impotentes ante la guerra de guerrillas comanche. Aprovechando su movilidad y el conocimiento del terreno, ambos muy superiores, los comanches concentraban una fuerza avasalladora sobre un objetivo y huían antes de que se organizara la contraofensiva, a veces quemando las praderas para impedir que los persiguieran las guarniciones. Luego, se reagrupaban en algún lugar seguro y atacaban otro objetivo. Como cazaban al tiempo que se desplazaban, podían repetir el ciclo varias veces antes de replegarse a las inmensidades de la Comanchería. El único modo de contenerlos habría sido librar la guerra en su propia casa, pero el ejército septentrional de España, debilitado por la falta de recursos, se había limitado a adoptar una actitud enteramente defensiva: desde la ofensiva de Juan Bautista de Anza en 1779, ninguna expedición militar española había penetrado en la

Comanchería. El consejo de San Antonio suplicaba en vano a las autoridades de la provincia que lanzaran una gran campaña de castigo contra los comanches.^[9]

Texas pasó sus últimos años de dominación española como territorio interior de asaltos comanches, quienes la utilizaban como almacén en su sistema de producción de ganado concebido para la exportación. Pese a todas sus finalidades prácticas, la provincia había dejado de actuar como colonia española. Sus contactos con el resto de Nueva España quedaban interrumpidos a menudo, pues los comerciantes y viajeros se negaban a utilizar los caminos por miedo a encontrarse con partidas guerreras comanches. Su economía agrícola y ganadera, otrora próspera, estaba deshecha, y los colonos veían limitadas sus actividades a las de la mera subsistencia. El ganado se dejaba sin marcar y se abandonaba porque los colonos carecían de caballos para reagruparlos y porque las concentraciones de manadas atraían a los asaltantes. Las industrias de cuero, textil y azucarera desaparecieron por completo. El número de colonos españoles descendió desde los aproximadamente cuatro mil de 1803 hasta los apenas dos mil en 1821. Nacogdoches sobrevivía pendiente de un hilo, y San Antonio, el corazón económico de la provincia, estaba asediada por la coalición de comanches y apaches lipán.^[10]

Los comanches ejercían un monopolio casi virtual de la violencia en sus relaciones con Texas. Las tropas españolas se desmoralizaban por los continuos «ataques de los salvajes, que cada vez son más temerarios», y estaban «en constante movimiento» por toda la frontera, lo que dejaba a sus caballos en un «estado deplorable», «tan débiles y exhaustos que ni siquiera se pueden ensillar». Sin la ayuda de refuerzos masivos procedentes de Ciudad de México, el gobernador Martínez advertía en 1819 que «esta provincia quedará destruida sin darse cuenta por la falta de habitantes, [...] pues nadie desea vivir en ella por miedo y por el peligro, y porque los pocos habitantes actuales mueren poco a poco a manos de los salvajes». La destrucción dejó un legado perdurable en Texas, como señalaba un alto cargo mexicano a mediados de la década de 1830: «a principios de 1810 hubo una invasión terrible de indios salvajes, que destruyeron gran parte del ganado e, incluso, propiedades, arrasando muchos de los asentamientos situados a cierta distancia de los núcleos de población. La decadencia de Bexar, Bahía del Espíritu Santo [Goliad] y Nacogdoches, los únicos asentamientos mexicanos que habían logrado subsistir en medio de las calamidades, data de aquella época y, a menos que se remedien sus desgracias, desaparecerán por completo».^[11]

Una devastación de semejante magnitud requiere una explicación. ¿Por qué los comanches adoptaron hacia Texas una política de agresión tan incesante? Y ¿por qué destruyeron casi una colonia que prácticamente no representaba para ellos ninguna amenaza política o militar? No creían que los texanos fueran un pueblo inferior desde el punto de vista racial o cultural y, de hecho, al principio los consideraron aliados y parientes; así pues, ¿por qué se mostraban tan deseosos de despojarlos de todas sus posesiones? La explicación dominante de la época era al mismo tiempo perspicaz y

mecanicista: la violencia comanche se alimentaba de los regalos, los bienes y las armas de fuego que afluían a la Comanchería desde Estados Unidos. Las autoridades españolas acabaron por creer que eran los mercados y las maquinaciones norteamericanos lo que distanciaba a los comanches de los españoles y fomentaba la violencia en Texas. La idea de que la práctica destrucción de Texas era, en última instancia, obra de los agentes fronterizos norteamericanos, que suministraban a los comanches el motivo (un mercado para el ganado) y los medios para los asaltos (armas de fuego), quedó grabada con el paso del tiempo en la conciencia colectiva de Texas. El empresario Stephen F. Austin, que se presentaba como una víctima de la rapacidad de los norteamericanos, condenaba el comercio entre estos y los comanches porque lo consideraba «una especie de piratería territorial», mediante la cual «los comerciantes de Estados Unidos equipan las expediciones comanches [...] que guerrear con esta nación [Texas], y no solo las abastecen de armas y municiones para librar la guerra, sino que las contratan para saquear las fronteras cuando adquieren los frutos del pillaje». Como veían la intención de los norteamericanos tras todas las acciones comanches, las gentes de la época relegaron el dominio comanche a un mero subproducto de la expansión capitalista de Estados Unidos.^[12]

Aunque los comanches se aproximaban activamente y, a veces, de forma agresiva a los mercados norteamericanos (con lo que, sin proponérselo, inducían a que Estados Unidos invadiera el Sudoeste), la relación entre los mercados y los asaltos no era tan directa como indican las descripciones de la época. Donde los colonos entendían que los bienes y regalos de los norteamericanos eran una técnica de una especie de guerra por poderes que enviaba a guerreros comanches a Texas, los comanches interpretaban esos artículos como símbolo de un lazo social. Aunque la riqueza de los norteamericanos los persuadía de que atacaran Texas, la causa y el efecto se articulaban a través de la política cultural del parentesco, la cooperación y la violencia. El comercio sin restricciones y la generosidad de los regalos atraían a los comanches hacia los norteamericanos, que actuaban como verdaderos parientes; y los alejaban de los españoles, que no conseguían igualar la generosidad de los estadounidenses. Comparados con los comerciantes norteamericanos, que les facilitaban armas de fuego de primera calidad, pólvora y municiones, los españoles parecían tacaños, irrespetuosos, desentendidos y poco afectuosos.

En 1808, un año después de que el agente estadounidense John Sibley hubiera cortejado a los comanches en Natchitoches y los comanches hubieran sustituido la bandera española por otra de Estados Unidos, a las autoridades españolas de San Antonio les pareció que sus lazos con los comanches estaban en peligro. El gobernador, Manuel Antonio Cordero y Bustamante, envió al capitán Francisco Amangual, un oficial veterano de sesenta y nueve años, a resucitar la alianza. Amangual se reunió junto al río Colorado con Sofais, un destacado jefe comanche de los comanches orientales, y pronunció un discurso vehemente. Reafirmó «el amor de nuestro padre y rey» por los comanches y los instó a mantener «la lealtad y fidelidad»

al rey. Les aconsejó que «no comerciaron con ninguna otra nación que pudiera tentarlos, pues su objetivo no era otro que el de apartarlos de su lealtad a nosotros». Los comanches respondieron que «se consideraban españoles», y Amangual, pese a las reservas que tuviera sobre la sinceridad de la declaración, llevó el mensaje a San Antonio. Pero había que alimentar continuamente aquel sentimiento de afinidad con actos de generosidad que otorgaran significado tangible a abstracciones como la lealtad y el amor y, para los comanches, los actos de los españoles eran cada vez más deficientes.^[13]

Los comanches se sintieron particularmente ofendidos por la incapacidad de los españoles de suministrarles armas de fuego, que no solo tenían un valor militar inmenso, sino que también se atesoraban como artículos de prestigio relevantes y símbolos de la autoridad dominante. Los envíos de armas procedentes de Ciudad de México a Texas solían ser poco fiables. En 1806, por ejemplo, los mosquetes destinados a los aliados indios tenían un calibre superior a lo habitual y los comanches se negaron a aceptarlos porque eran difíciles de manejar a caballo. Para compensar estos problemas, el gobierno español autorizó gran parte del comercio indio de Nacogdoches con el almacén comercial de William Barr y Samuel Davenport, dos antiguos ciudadanos estadounidenses que adquirirían la inmensa mayoría de sus suministros de armas en Natchitoches. Pero, en 1808, cuando se intensificó la rivalidad entre España y Estados Unidos, los agentes norteamericanos de Natchitoches dejaron de abastecer a Barr y Davenport, que ahora eran incapaces de suministrar armas de fuego a los aliados indios de España. Cuando, dos años más tarde, los jefes de los comanches orientales Chihuahua y El Sordo visitaron San Antonio, quedaron decepcionados por los españoles porque «no les daban mosquetes» y no «les dejaban comerciar con los norteamericanos». Advirtieron al gobernador que la gente que mostraba semejante indiferencia ante sus necesidades no eran «amigos». Como no eran capaces de desempeñar el papel de parientes generosos, las autoridades españolas se apartaban sin darse cuenta de los comanches y, cuando trataron de impedir que comerciaron con los estadounidenses que les ofrecían bienes y artículos sin restricciones, la ya endeble relación se rompió.^[14]

Pero el éxito de los norteamericanos entre los comanches es susceptible de otra interpretación, más vulgar. Los estadounidenses no necesariamente comprendían la cultura comanche mejor que los españoles. Más bien, su adhesión plena a las convenciones comanches pudo haber sido, al menos en parte, un accidente fortuito que se hizo posible gracias a la estructuración del comercio con los comanches. El comercio entre los comanches y la Texas española se producía sobre todo en San Antonio y Nacogdoches, donde los comanches visitaban ferias y almacenes en los que, hasta la tumultuosa década de 1810, abundaban las mercancías. Cuando los visitantes comanches se marchaban, es probable que a los comerciantes españoles les siguieran quedando infinidad de existencias. Por el contrario, el comercio entre comanches y norteamericanos descansaba sobre agentes itinerantes que se

aventuraban en la Comanchería desde puestos fronterizos remotos y pasaban largos periodos de tiempo en rancherías comanches, con la esperanza de vender todos los artículos antes de regresar a su hogar. Así, la logística elemental de su negocio llevaba a los norteamericanos a comportarse como parientes auténticos. A diferencia de las autoridades españolas, ellos vivían, viajaban, comían y dormían con los comanches y, además, compartían sin limitaciones.^[15]

Así pues, la violencia comanche en Texas presentaba un elemento sociocultural diferenciado que se articulaba a través de la política del parentesco. Y, sin embargo, los observadores de la época acertaban cuando decían que los asaltos tenían motivaciones materiales. Tal vez los comanches reaccionaran castigando a los texanos porque eran malos parientes, ya que no respetaban su sentido del orden cultural; pero la razón principal para atacar Texas era comercial: necesitaban poder acceder de forma continua a caballos y mulas con el fin de seguir gozando del privilegio de acceso a los mercados estadounidenses, la única fuente fiable de manufacturas en el Sudoeste de principios del siglo XIX.

Pero, una vez más, las cosas no eran tan sencillas. ¿Por qué asaltar Texas cuando la Comanchería ya estaba abarrotada de caballos salvajes y ofrecía las mejores condiciones de América del Norte para criar caballos? Los comanches sí se aprovecharon de este potencial ecológico y criaron unas manadas de caballos inmensas, pero seguían prefiriendo alimentar gran parte del comercio con animales robados. Existían motivos económicos, ecológicos y culturales contundentes. Los caballos salvajes podían convertirse en caballos de caza superiores, pero domarlos era un proceso difícil y laborioso, mientras que el pillaje suministraba caballos domesticados y listos para la venta, que alcanzaban precios más altos en los mercados orientales. Saquear también reportaba infinidad de mulas que, gracias a su longevidad y su capacidad de soportar el calor, eran los animales de tiro predilectos en el Sur Profundo, donde, en última instancia, se vendía gran parte del ganado comanche.^[16]

De hecho, el vínculo entre saqueo de ganado y comercio era tan estrecho que los comanches tenían dos grupos de animales diferentes para satisfacer de forma específica las necesidades económicas y las culturales. Canalizaban rápidamente los caballos y las mulas robados hacia las rutas comerciales, pero raras veces despachaban los caballos mustang (salvajes) o los ejemplares criados por ellos mismos, a los que se entrenaba expresamente para llevar a cabo diferentes tareas, desde tirar de *travois* hasta cazar o guerrear. A estos animales se les trataba casi como si fueran miembros de la familia, tal como descubrió un oficial norteamericano a principios de la década de 1850. Sanaco, un jefe de los comanches orientales, se negó a vender su caballo favorito al norteamericano aduciendo que «sería una calamidad para toda su banda, pues la velocidad del ejemplar solía ser necesaria para garantizar el éxito de la cacería de bisontes [...] Además, decía “lo quiero mucho” (mientras acariciaba a su preferido en el cuello)».^[17]

Cuando México se independizó de España en 1821, heredó con Texas una provincia en quiebra cuya ruinoso situación ponía en peligro la existencia misma de aquella nación en mantillas. Mientras el parachoques de Texas se tambaleaba al borde del colapso debido a la presión comanche, el norte de México estaba expuesto a una invasión de Estados Unidos, cuyos ciudadanos ya habían violado las zonas fronterizas del curso de los ríos Sabine y Rojo. Aunque Ciudad de México se preocupaba por el tumultuoso centro de la nación, era consciente de la urgente necesidad de reconstruir Texas y ordenó a las autoridades fronterizas que trataran de buscar cierta conciliación con los comanches.^[18]

Y así, en septiembre de 1821, en una aldea wichita de orillas del río Brazos, una delegación de oficiales mexicanos se reunió con los jefes comanches Barbaquista, Pisinampe y Quenoc. Los jefes comanches escucharon mientras los emisarios informaban del desplazamiento del poder hacia Ciudad de México, pero se negaron a firmar ningún tratado porque no les impresionaron mucho los regalos. Las autoridades mexicanas volvieron a intentarlo dos meses más tarde, cuando José Francisco Ruiz, ahora como oficial del ejército mexicano, viajó a la Comanchería oriental y presentó una oferta de paz a un consejo de ancianos presidido por los grandes jefes, al que asistieron unos cinco mil comanches. El consejo alcanzó un consenso al cabo de tres días de deliberación, y en el verano de 1822 el «anciano» Písínampe, «padre» de los comanches orientales, encabezó una delegación de jefes que acudió a San Antonio para formalizar la tregua. Ese mismo año, poco después, Ojos Colorados, «un general de la nación comanche», firmó un tratado de paz con el gobernador de Nueva Vizcaya, Mariano Urrea, y reconoció al nuevo gobierno de México. Las artimañas diplomáticas de México culminaron en otoño de 1822, cuando sus soldados escoltaron a una delegación comanche encabezada por el jefe Guonique hasta Ciudad de México. Guonique asistió a la toma de posesión de Agustín Iturbide como emperador y, más adelante, formalizó un tratado de paz entre «el Imperio Mexicano y la Nación Comanche».^[19]

Al margen de este altisonante titular, el tratado denotaba la necesidad desesperada de Ciudad de México de llegar a un acuerdo con los comanches, que controlaban el equilibrio de poder en los territorios fronterizos del extremo septentrional de México. El gobierno ofrecía a los comanches en San Antonio comercio libre de impuestos con «seda, lana, algodón, maquinaria, alimentos, pieles, herramientas de diversas profesiones, todo tipo de manufacturas, caballos, mulas, toros, ovejas y cabras» y, refiriéndose a los norteamericanos, les pedían que notificaran a las autoridades mexicanas «las personas que llegaban a su territorio para explorarlo». A los comanches se les pedía que devolvieran a los prisioneros mexicanos «a excepción de quienes deseen quedarse», y se les invitaba a enviar «doce jóvenes cada cuatro años para que pudieran educarse en la corte en asuntos científicos y artísticos para los que mejor dotados estén». El tratado concedía a los comanches el derecho a reunir

caballos salvajes cerca de los asentamientos mexicanos e, incluso, les prometía una recompensa fija por «cualquier caballo herrado» que capturaran. Por último, se autorizó a la nación comanche a designar un emisario-intérprete que residiera de forma permanente en San Antonio y tuviera acceso directo al secretario de Estado mexicano. Complacidos por aquellas condiciones tan generosas, el jefe Guonique prometió que, si España trataba de reconquistar México (una amenaza que siguió pendiendo durante la década de 1820), los comanches aplastarían la tentativa «con el mosquete, la lanza y la flecha». Para dejar patente a los mexicanos que eran ellos quienes ejercían el poder en el Sudoeste, se jactaba de que los comanches orientales podían movilizar «en un plazo de seis meses [...] unos efectivos de veintisiete mil hombres» para proteger a México de sus enemigos.^[20]

El tratado generó en las fronteras una de las muchas tentativas de adaptación recurrentes, pero breves, entre los comanches y la colonia. Los jefes comanches acumulaban regalos e incluso aceptaban nombramientos honoríficos de las milicias mexicanas; oficiales mexicanos como Ruiz visitaban la Comanchería para fomentar los esenciales lazos personales entre las dos naciones; y el comercio fronterizo prosperó en San Antonio y Nacogdoches. El científico y viajero francés Jean Louis Berlandier informaba de que los comanches orientales visitaban el presidio de Nacogdoches «en caravanas de varios centenares, ya que están en paz con la guarnición, para vender pieles de bisontes (cubiertas de pintura), grasa de oso, carne seca y ahumada y, sobre todo, pieles [...] Ver la plaza de una ciudad cubierta con las tiendas de una tribu es como ver una pequeña feria, con todo el ajetreo y el bullicio de un bazar que se desplegara ante ellos».^[21]

Pero, tal como indica el informe de Berlandier, los asaltos persistieron. Los mexicanos dieron por supuesto que el tratado afectaría a todas sus comunidades; los comanches, no. Reproduciendo las medidas tomadas hacia el Nuevo México español en las décadas de 1760 y 1770 y hacia la Texas española en las de 1800 y 1810, los comanches alternaron los asaltos y el comercio con la Texas mexicana. Saqueaban granjas y ranchos en busca de ganado y prisioneros, pero comerciaban pacíficamente en San Antonio y Nacogdoches. Como no encontraban contradicción en sus actos, esperaban que los mexicanos respetaran el protocolo comanche en todos sus detalles cada vez que visitaban la provincia para comerciar. A juicio de Berlandier, parecía que esperaban ser tratados con los honores y las delicadezas debidas a un poder supremo:

Llegaron, a la vez, nada menos que dos o tres centenares de estos indios, con sus esposas y niños muy pequeños. Cada vez que llegaban así, acompañados de su prole, la visita era una demostración de paz, amistad y confianza; mientras que, cuando solo los acompañaban un puñado de mujeres, era porque venían en son de guerra [...] Cuando una banda de nativos semejante se aproxima a un presidio, instala el campamento a una legua de

distancia y envía a un mensajero para avisar de su llegada y pedir permiso para entrar. A veces, las tropas de la guarnición montan a caballo y salen a escoltarlos. La entrada formal es, en esos casos, bastante singular. Mientras suenan los clarines, se ve a todos los indios con un porte altivo, montados entre hileras de caballería con los sables en alto en señal de saludo. He visto a uno de estos grupos de comanches agraviado porque no salía ninguna escolta a recibirlos. El desaire bastaba para que decidieran no entrar siquiera en el presidio.^[22]

En el transcurso de la década de 1820, el equilibrio entre adaptación y antagonismo se inclinaba en favor del segundo. En parte, se debía a la inconsistencia de la política de México hacia los indios. Pese al generoso desembolso de regalos, y a la promesa detallada de entregarles más que formularon durante las conversaciones de paz, Ciudad de México demoró el envío de los fondos necesarios al Norte, lo que llevó a Rafael González, gobernador de los recién unificados estados de Texas y Coahuila, a advertir en 1824 de que la falta de regalos y bienes en la provincia estaba a punto de desencadenar «el fracaso absoluto de la paz». Muy pronto, los comanches y sus aliados se dedicaban al saqueo por toda Texas y Coahuila, convirtiendo los asentamientos del curso bajo del río Grande en un mundo espantoso «en el que las viudas y los huérfanos lloran la muerte de sus seres queridos» y «el cautiverio de los hijos e hijas apresados». A finales de la década de 1820 hubo más fondos para las provincias septentrionales, pero a la república mexicana, políticamente inestable y económicamente depauperada, le costaba mantener un flujo de dinero constante y de un volumen adecuado. Cuando la afluencia de regalos fluctuaba, también lo hacían las relaciones en la frontera; los comanches intensificaban o reducían las actividades de pillaje en consonancia con la disponibilidad de regalos.^[23]

Pero, del mismo modo que sucedió durante el periodo español, los ataques también recibían el estímulo de la necesidad de los comanches de alimentar su economía comercial, que en la década de 1820 acabó entrelazándose cada vez más con los mercados estadounidenses y creció con rapidez. En 1826, el *Natchitoches Courier* informaba con toda naturalidad de que los norteamericanos practicaban un «comercio muy amplio y, a menudo, muy lucrativo» con los comanches, que «reciben el apoyo de mercancías a cambio de los caballos y mulas que roban a los habitantes de la provincia [de Texas]». Los vendedores ambulantes norteamericanos proporcionaban a los comanches mercados casi infinitos para sus bienes robados, al tiempo que les suministraban armas que procuraban más eficacia a sus ataques. Dolorosamente consciente del vínculo existente entre el comercio con los norteamericanos y los asaltos comanches de Texas, el secretario de Estado de México pidió en 1826 al ministro de Estados Unidos en México que suprimiera el comercio de ganado, calificando a los norteamericanos que acudían al Oeste de «mercaderes de sangre que ponen herramientas de muerte en manos de esos bárbaros».^[24]

Al igual que sus predecesores españoles, las autoridades mexicanas banalizaron la violencia comanche y la redujeron a un mero subconjunto del imperialismo norteamericano. Fue un error de apreciación que desembocó en un error de cálculo monumental. A juicio de las autoridades de San Antonio, Saltillo y Ciudad de México, los incesantes ataques comanches en Texas amenazaban con convertir a la provincia en una presa fácil para Estados Unidos, que clamaba que las tierras del Oeste acogieran a su creciente población y satisficieran su demanda de materias primas, en apariencia inagotable. Ante lo que consideraban una amenaza combinada de agresión comanche y expansión norteamericana, el Congreso de México adoptó en otoño de 1824 una medida desesperada: permitió acceder a las provincias septentrionales a la inmigración extranjera, con la esperanza de eliminar ambas amenazas fronterizas de un solo golpe.

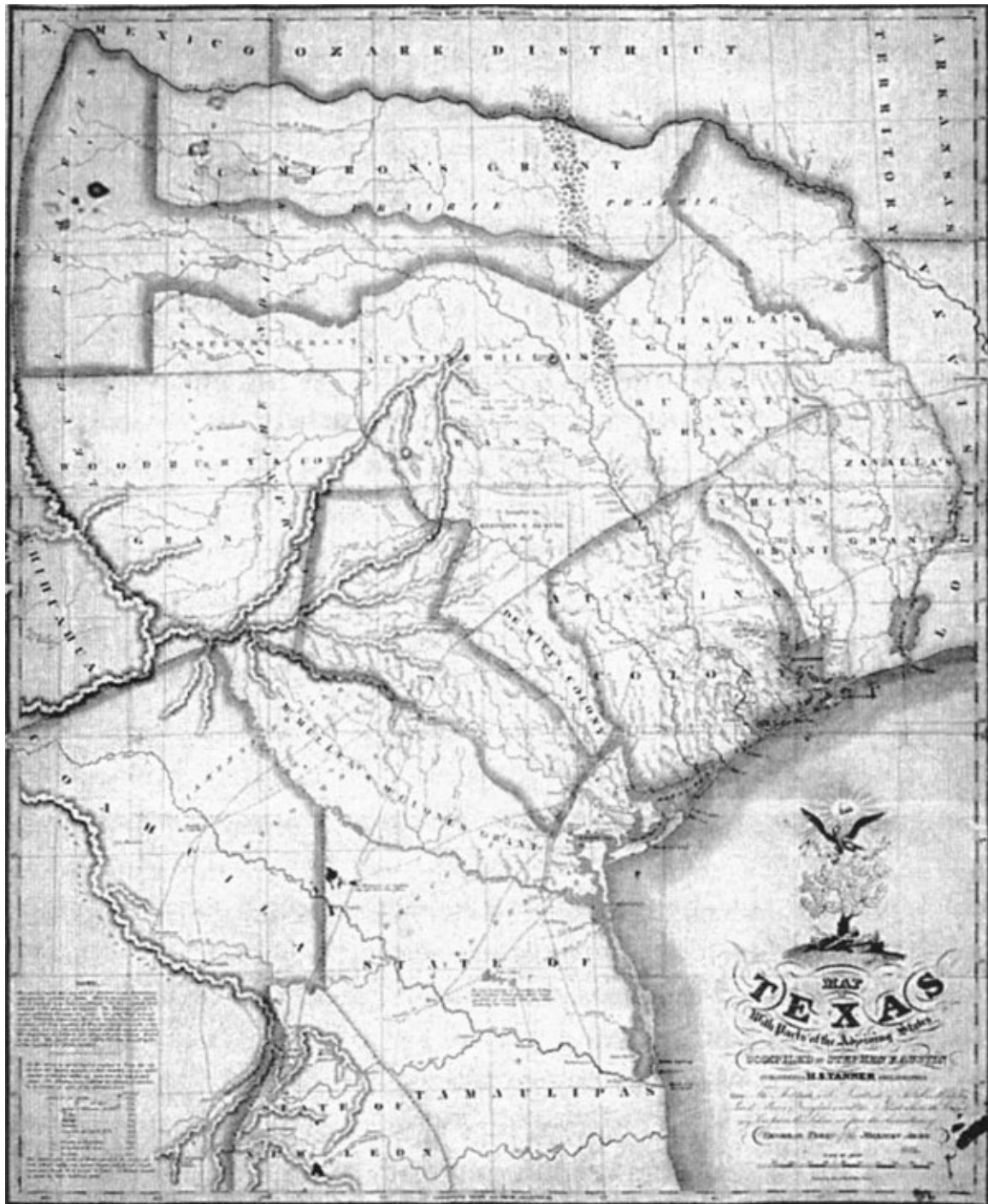
Tras la nueva política se escondía el cálculo de que unas concesiones territoriales generosas y la exención de impuestos convertirían a los *norteamericanos*^[*] cercados en súbditos mexicanos leales. Dicho de otro modo: México intentó contrarrestar la colonización norteamericana absorbiendo a los propios colonizadores en el cuerpo de la nación. En marzo de 1825, los órganos legislativos de Coahuila y Texas aprobaron la nueva ley y abrieron sus fronteras a todo forastero dispuesto a aceptar la ley mexicana y el culto al dios cristiano. Rápidamente, el estado firmó unas dos docenas de contratos con *empresarios*^[*] los agentes de inmigración responsables de seleccionar y traer a los colonos, asignar tierras y velar por el cumplimiento de las leyes mexicanas. El otro objetivo de la ley de inmigración era utilizar las colonias norteamericanas como escudos protectores frente a los comanches. Las ayudas concedidas a los empresarios afectaban a casi la totalidad de Texas al oeste, el norte y el este de San Antonio, protegiendo (al menos, en teoría) regiones vitales del estado frente a las invasiones comanches. La mayor de las colonias de empresarios, el grupo de cinco concesiones adyacentes de Stephen F. Austin, se extendería finalmente desde la costa del Golfo de México hasta unos trescientos veinte kilómetros al noreste de San Antonio.^[25]

Lejos de alzar barreras de protección fronterizas, las nuevas colonias anglófonas fueron, en sus primeros años de existencia, muy frágiles y vulnerables. Creadas mediante concesiones desordenadas, estaban dispersas, aisladas y eran presa fácil de las partidas guerreras comanches, que tenían mucha movilidad. Más que en escudos protectores frente a los comanches, acabaron convirtiéndose en blancos para los indios. Desanimado por el futuro de sus planes de asentamiento, y plenamente consciente de la dinámica geopolítica de la economía de comercio y asalto de los comanches, Austin se quejó al gobierno mexicano en 1830 de que la paz con los comanches sería imposible mientras en Estados Unidos hubiera mercado para los caballos robados en Texas. Al comprar el ganado comanche, esgrimía, los comerciantes norteamericanos habían «contratado» de hecho a los comanches «para que llevaran a cabo una guerra de pillaje contra las fronteras de Texas, Quahuila y

Nuevo Santander, donde robaban caballos y mulas». Pero ni siquiera el propio Austin era consciente de lo vulnerable que era su colonia: las autoridades de Texas sospechaban que parte de los colonos del propio Austin estaban involucrados en el contrabando de ganado y de armas con los indios.^[26]

Austin, rico y bien relacionado, consiguió en última instancia organizar una milicia efectiva o escuadrones de «soldados», que aportaron cierta dosis de protección frente a los ataques comanches; a mediados de la década de 1830, la colonia presumía de tener más de ocho mil colonos, extensas plantaciones de algodón, un servicio postal regular y una capital muy dinámica, San Felipe de Austin, con tres mil habitantes y cuatro escuelas. Sin embargo, la inmensa mayoría de los inmigrantes norteamericanos aprendió enseguida a evitar el violento interior de Texas y, por el contrario, se estableció en las inmediaciones de Nacogdoches y junto a la costa del Golfo de México. Aquello dejó a la zona de Texas en torno a San Antonio, controlada por texanos de origen hispanomexicano, abierta de par en par a los asaltos comanches, cuyo complejo militar tenía ahora alcance internacional. Combatían con armas de fuego norteamericanas y británicas y reclutaban tropas auxiliares entre los kiowa, los naishan, los apaches, los wichita y otros indios desplazados. Utilizaban las aldeas wichita del río Brazos como escalas en sus incursiones de saqueo de larga distancia, y sus numerosos cautivos mexicanos proporcionaban información esencial sobre aquellas tierras desconocidas.^[27]

A partir de mediados de la década de 1820, los comanches gestionaron gran parte de la Texas mexicana como un apéndice colonial. En 1824 y 1825, varias bandas guerreras multiétnicas procedentes de la Comanchería asaltaron toda Texas y penetraron en Coahuila en busca de caballos y prisioneros, donde mataron a los colonos que ofrecían resistencia. Se decía que muchas de esas bandas utilizaban como guías a los campesinos mexicanos apresados. San Antonio pasó de la indefensión a la humillación: en junio de 1825, un grupo de 330 hombres, mujeres y niños comanches entró en la capital y la saqueó sin prisas durante seis días. Los ataques se prolongaron durante el año siguiente pero, en 1827, en San Antonio, los jefes comanches enterraron la guerra con el general Anastasio Bustamante, el mando militar de las Provincias Internas de Oriente. Las autoridades mexicanas trabajaban frenéticamente para garantizar que hubiera regalos suficientes para alargar la tregua y convertirla en una paz duradera, y cuando el jefe tenewa Paruakevitsi [Pequeño Oso] visitó San Antonio al año siguiente con la intención de «renovar los lazos de amistad», las autoridades «[le] dieron un baño de regalos». Los comanches se entregaron al comercio fronterizo activo visitando asentamientos desde Nacogdoches hasta Aguaverde, y sus jefes acudían regularmente a San Antonio para recoger regalos y promover la paz.^[28]



9. Mapa de Texas de Stephen F. Austin, 1835. Publicado por H. S. Tanner. El mapa refleja el proceso de «desposesión cartográfica». Los euroamericanos redujeron y deslegitimaron el poder y las reivindicaciones territoriales de los habitantes indios mediante la cartografía. Si bien los comanches dominaban gran parte del territorio reflejado en el mapa de Austin, se los presenta casi como si no tuvieran tierras: la Comanchería se ha disuelto en las concesiones de tierras a empresarios anglotexanos y los comanches parecen vagar por las llanuras meridionales, sin apego a la tierra ni al paisaje político. Por cortesía del Center for American History, Universidad de Texas en Austin.

Pero, como si se tratara de un reflejo fiel de los acontecimientos del final del periodo español, la distribución de regalos se transformó enseguida en pago de tributos, pues los comanches solo respetaban la paz mientras hubiera regalos. Mirabeau Buonaparte Lamar, futuro presidente de la República de Texas, señalaba que los mexicanos «solían tener que comprar la paz a los comanches, que acudían a

Bexar [San Antonio] con regularidad, todos los años, para recibir el tributo anual». La situación alcanzó el punto más lúgubre en San Antonio en 1832, cuando una partida de quinientos comanches entró en la capital y extorsionó y torturó a sus habitantes durante varios días sin que les molestaran los soldados mexicanos de la guarnición próxima, que no intervinieron. Además, cuando se marchaban, obligaron a los soldados deshonrados a que los escoltaran hasta la Comanchería, pues había en las inmediaciones una partida de guerra shawnee. El incidente acabó con los fondos de San Antonio para costear regalos, y los comanches respondieron con una oleada de asaltos prolongada y desenfrenada que se prolongó hasta 1834; luego, la reanudación de la entrega de regalos volvió a desencadenar un breve interludio de tranquilidad. En pocas palabras: la entrega de regalos se había convertido en un requisito para la paz, lo que convertía a los texanos en súbditos de los comanches imperialistas. Tadeo Ortiz, un reformista y colonizador mexicano, pensaba que la situación era intolerable, «un insulto y una degradación del honor de la nación». «Se gastan millones de pesos^[*] en [...] treguas imposibles —aducía irritado—, creadas de forma ignominiosa en nombre de la paz [...] Se compra la buena voluntad [de los indios] con infinidad de regalos a costa de la población, a la que no dejan de insultar, asesinar y despojar de sus propiedades».^[29]



10. *Plaza militar - San Antonio, Texas*. Grabado sobre acero de James D. Smillie, a partir de un dibujo de Arthur Schott. Antes de que Estados Unidos se anexionara Texas en 1845, San Antonio rindió vasallaje virtual mediante tributos durante varias décadas al imperio comanche. Procedente del Departamento del Interior de Estados Unidos, *Report on the United States and Mexican Boundary Survey, Made under the Direction of the Secretary of the Interior, by William H. Emmy, Major First*

Aunque no servía para obtener más que una protección imperfecta, la política de comprar la paz concedió a las regiones de Texas dominadas por texanos hispanomexicanos, esenciales, los necesarios, aunque breves, descansos de violencia. Los colonos que habían buscado protección en los núcleos urbanos empezaron a regresar al campo y revitalizaron la industria ranchera de la provincia, que casi había desaparecido con los asaltos sufridos entre los años 1811 y 1821. El número de ranchos activos en el corredor de San Antonio-Goliad ascendió de los once de 1825 a los ochenta de 1833, y varios oligarcas texanos de origen hispano erigieron haciendas enormes con múltiples edificios y fortificaciones meticulosas. Pero la medida también produjo el efecto no deseado de reorientar los asaltos comanches hacia otros departamentos mexicanos septentrionales. En 1830, mientras los comanches comerciaban pacíficamente en San Antonio, los municipios del curso bajo del río Grande informaban de asaltos comanches intensos. En 1833, Berlandier refería que los comanches «libraban una guerra atroz contra los pacíficos habitantes del estado de Chihuahua». «Arrasaron varias haciendas de Nuevo León, contigua a la capital. Cerca de Matamoros han llegado nada menos que hasta las orillas del río Bravo, donde cometieron infinidad de atrocidades». Los jefes comanches solían desvincularse de los ataques en el Sur para conservar el acceso a los regalos pero, a veces, se descubría el ardid. En 1834, Berlandier encontró en San Antonio a un jefe comanche que culpaba de los asaltos de Chihuahua a «unos cuantos exaltados», pero enseguida descubrió que el jefe también había participado en ellos, «pues todos y cada uno de los caballos que llevaba habían sido robados en las haciendas de la región a la que me había advertido que no acudiera».^[30]

A mediados de la década de 1830, estaba claro que la política de Texas hacia los indios era un fracaso absoluto. La decisión de abrirla a los inmigrantes norteamericanos no había funcionado. En lugar de trasladarse al interior para proteger de los ataques comanches las zonas centrales de la provincia en torno a San Antonio, la mayoría de los norteamericanos se quedó al este del río Colorado, más allá del territorio comanche, desde donde podía acceder con facilidad a Louisiana, su principal centro comercial. El resultado fue la escisión de Texas en dos mitades diferenciadas y cada vez más separadas. La mitad oriental, dominada por norteamericanos, experimentó un crecimiento constante y desarrolló una industria algodonera floreciente y orientada a la exportación que, en 1835, abarcaba casi veinte núcleos urbanos nuevos. Esta mitad formaba parte de México únicamente sobre el papel. Sus principales lazos económicos y políticos se orientaban hacia el Este, a los poderosos almacenes mercantiles de Nueva Orleans, y sus colonos solían no hablar español, tener esclavos (pese a la aversión generalizada en México ante esta práctica) y alimentaban sentimientos separatistas.^[31]

Mientras tanto, la mitad occidental, dominada por los texanos hispanos, se hundía en el subdesarrollo. Cuando los asaltos y la violencia envolvieron grandes extensiones del oeste y el sur de Texas, a principios de la década de 1830, las iniciativas económicas básicas empezaron a abandonar su actividad. Las aldeas y granjas quedaron despojadas de ganado y la renaciente industria de los ranchos volvió a tambalearse. La agricultura se deterioró cuando los agricultores se negaron a trabajar en los campos susceptibles de ser atacados. Laredo, en el curso bajo del río Grande, perdió un sexto de su población entre 1828 y 1831 a causa de los ataques comanches y la viruela, y Goliad, ya debilitada por las incursiones, estuvo a punto de desaparecer en 1834 por una epidemia de cólera. Los colonos vivían con miedo constante y casi muertos de hambre incluso en San Antonio, donde, en palabras de un observador, «no se puede sembrar nada por culpa de los comanches y los tahuacano [tawakoni], que suelen hostigar la ciudad incluso en tiempos de paz». Las aldeas se replegaban hacia el interior y se aislaban, ya que los colonos «raras veces se alejan más de un par de kilómetros de la ciudad a causa de los indios». Los principales caminos que conducían a San Antonio solían estar bloqueados, y Berlandier viajó por rutas desiertas jalonadas de cruces que señalaban los lugares «donde los comanches habían matado a viajeros o ganaderos». El camino que unía Coahuila con Texas atravesaba «una tierra deshabitada» gobernada por los saqueadores indios, y los lazos comerciales y políticos entre Texas y Nuevo México no existían más que a título nominal. Cuando Berlandier evaluó el impacto a largo plazo de los asaltos comanches sobre el oeste y el sur de Texas, dibujó la imagen de un territorio preso, decadente y psicológicamente deformado: «Su guerra contra los criollos en México, como aliados de los apaches lipán, sembró el terror entre los colonos de ambos lados de las fronteras [...] Luego, los asaltos se volvieron casi continuos y las guarniciones siempre estaban sitiadas. Los campos se dejaban sin cultivar y, con frecuencia, hasta los agricultores solitarios eran asesinados en medio de sus haciendas. Los comanches devastaron la mayor parte de los estados interiores orientales tan a conciencia que, allí, muchas familias siguen viviendo en la pobreza».^[32]

Fue esta Texas dividida la que, en 1835, se rebeló contra el gobierno central y, en 1836, se convirtió en república independiente con lazos estrechos con Estados Unidos. La Revolución de Texas fue el producto de varios problemas que venían de muy atrás y adquirieron primacía en 1834 y 1835, cuando el caudillo militar Antonio López de Santa Anna asumió en Ciudad de México el poder de un dictador e impuso una legislación nacional conservadora conocida como «Las Siete Leyes». Las Siete Leyes pusieron fin al periodo federalista de México y marcaron el preludio de un régimen centralizado y tendente a restringir los derechos y la soberanía de los estados. Aquel momento trascendental polarizó Texas y agudizó unas tensiones ya acusadas sobre la esclavitud, la exención de impuestos y la inmigración (en 1830 se

había prohibido la inmigración desde Estados Unidos), que acabaron por suscitar violencia. Cuando las fuerzas centralistas penetraron en Texas en otoño de 1835 para refrenar a la provincia renegada, encontraron una resistencia organizada de la que formaba parte la inmensa mayoría de los colonos norteamericanos y muchos miembros destacados de la élite de texanos hispanomexicanos. En noviembre, las delegaciones de doce comunidades de Texas se reunieron en San Felipe de Austin, proclamaron su lealtad a la constitución federalista de 1824 y rompieron los lazos con el régimen centralista.

Quizá la independencia de Texas viniera predeterminada por la geografía (sencillamente, Texas estaba demasiado lejos de Ciudad de México y demasiado cerca de Estados Unidos), pero el suceso no se puede comprender por entero más que en un contexto más general que tenga en cuenta el poder y la presencia abrumadores de los comanches en la provincia en los años previos a la revuelta. La necesidad de proteger el norte de México frente a los ataques de los comanches había sido un elemento esencial de las leyes de colonización de 1824 y 1825, que abrieron las compuertas de Texas a la inmigración norteamericana; y la amenaza comanche siguió siendo un asunto candente hasta bien entrada la década de 1830, cuando Texas rompió sus lazos con México. En 1832, cuando los delegados de las comunidades de Texas se reunieron en San Felipe de Austin y solicitaron a Ciudad de México la independencia de Texas y Coahuila (una medida que rozaba la traición), se quejaban amargamente de la incapacidad manifiesta de la lejana capital del estado en Saltillo para abordar la cuestión comanche: «Estas comunidades [Jaén, San Marcos, Trinidad y el Presidio de San Saba] han desaparecido por completo; en algunas, ha muerto hasta el último de sus habitantes [...] Muchos de los primeros colonos y sus descendientes han muerto a manos de los bárbaros [...] La amenaza del exterminio absoluto a causa del nuevo alzamiento comanche se cierne sobre todos y cada uno de nosotros».^[33]

Muchos oligarcas texanos de origen hispano compartían la preocupación, pues su bienestar económico había acabado por depender de la industria algodonera anglotexana y del acceso ilimitado a los mercados estadounidenses. Estaban profundamente indignados por la incapacidad del gobierno federal de destinar fondos y soldados con los que Texas pudiera haberse protegido de los ataques indios. El gobierno centralista de Santa Anna no solo hacía caso omiso de estos sentimientos, sino que siguió adelante con el plan de disolver las milicias del estado, salvaguarda de la soberanía. Si el plan tenía éxito, habría dejado gran parte de Texas abierta de par en par a los ataques comanches, y la decisión del gobierno federal al respecto distanció a muchos líderes texanos hispanomexicanos y los empujó a apoyar la revuelta. La independencia de México seguía siendo una idea extraña, casi imposible de digerir para casi todos los texanos de origen hispano, que no se hacían ilusiones sobre cuál sería su posición política en una Texas independiente; pero la medida del gobierno centralista los obligó a rebelarse para tratar de salvarse.^[34]

Los comanches representaban una amenaza potencialmente letal para los colonos norteamericanos pero, en términos más abstractos, también constituían un complemento político valioso para que los norteamericanos recién llegados justificaran su rebelión contra la autoridad de México y la posterior toma del poder en Texas. Del mismo modo que los anglotexanos estaban convencidos de que los texanos de origen hispano se sometían sin hacer nada a las medidas dictatoriales de Santa Anna, la incapacidad de México de repeler a los comanches era, a su juicio, otro signo de la degradación del carácter mexicano: su presunta estupidez, docilidad, letargo y falta de virilidad. Los anglotexanos culpaban a los hombres mexicanos de infinidad de defectos irreparables: no habían logrado garantizar las propiedades ante los comanches, habían rendido tributos a unos salvajes paganos con tal de salvarse, habían entregado mujeres y niños al cautiverio indio, y habían dejado el territorio de Texas en manos de seres primitivos y, con ello, lo habían convertido en un erial. Los anglotexanos sostenían que estos defectos mostraban una senda moral evidente en la historia: México no podía, ni merecía, conservar Texas. Y, como era de esperar, la relación de defectos de los mexicanos se entendía, a la inversa, como una relación de virtudes de los norteamericanos. William H. Wharton, un político anglotexano destacado, escribió en los primeros días de la revuelta un panfleto que llevaba por subtítulo las siguientes palabras: «Exposición de las causas que han provocado la actual guerra con México». En él justificaba la rebelión exponiendo que lo que los inmigrantes norteamericanos habían recibido de México no eran tanto concesiones de tierras como una selva conquistada e infrautilizada por los indios. Donde a los mexicanos «perezosos» y atemorizados «no se les podía convencer de que se adentraran en la jungla de Texas», los vigorosos pioneros norteamericanos habían seguido avanzando. Y así, «bajo la sonrisa de un cielo benigno», los colonos norteamericanos «vencían todos los obstáculos naturales, expulsaban a los salvajes que infestaban el país, reducían el bosque a tierras de cultivo y arrancaban una sonrisa del desierto. De ello se desprende que las tierras de Texas, pese a que fueron entregadas nominalmente, han sido de hecho y sin duda compradas».^[35]

En la mitología nacional emergente de la República de Texas, los inmigrantes norteamericanos *se ganaron* Texas porque solo ellos eran portadores de la virilidad y el vigor marcial capaz de arrebatarse la tierra a los comanches y la barbarie. (Esta opinión negaba oportunamente el hecho de que las colonias norteamericanas habían evitado, en general, el territorio comanche; también omitía el hecho de que, tras la debacle de El Alamo, Sam Houston había tratado denodadamente de imponerse a los comanches, y que los convenció de que frenaran el avance de Santa Anna.) Cuando el levantamiento culminó en independencia, la convicción de que los mexicanos habían perdido los derechos sobre Texas por su incapacidad para defenderla de los indios cristalizó en un dogma. «¡México nunca puede conquistar Texas! », escribió Mary Austin Holley, prima de Stephen Austin y autora de la primera historia de Texas en lengua inglesa, escrita en 1836. «La sangre y la iniciativa norteamericanas han

salvado al páramo de Texas [...] Lo repito una y otra vez. México nunca puede conquistar Texas».^[36]

Mientras tanto, en los territorios fronterizos de Nuevo México, las relaciones entre los comanches y las potencias coloniales seguían un curso distinto. Mientras que la violencia y la explotación acabaron por definir la política de los comanches orientales hacia la Texas española y mexicana, los comanches occidentales mantuvieron una paz ininterrumpida con Nuevo México desde 1786 hasta el final del periodo colonial español. Pero eso no significa que las relaciones entre el Nuevo México español y los comanches occidentales estuvieran exentas de disputas pues, tras una fina capa de tranquilidad, comanches y colonos vivían enzarzados en una rivalidad intensa. Solo tangencialmente se trataba de una rivalidad originada por la típica lucha entre indios y blancos por el sometimiento, la supervivencia y el control del territorio; más bien, era una rivalidad esencialmente imperial, con múltiples planos, por la influencia política, el control de la mano de obra y los recursos y los ámbitos de influencia cultural. El resultado fue una amalgama económica, política y cultural generalizada que atravesaba fronteras étnicas y suscribían activamente los comanches y las grandes masas de Nuevo México, pero aborrecían las élites españolas y, más tarde, las mexicanas.

Tras el hito del tratado de paz de 1786 entre el jefe Ecuera y el gobernador Juan Bautista de Anza, las autoridades españolas pensaban que el sometimiento absoluto de los comanches occidentales no era más que cuestión de tiempo. Los arquitectos de la política de Nuevo México hacia los indios tenían un plan detallado para los comanches occidentales, que consistía en hacerlos dependientes de los regalos y los bienes españoles, aislarlos de Estados Unidos y, en última instancia, hispanizarlos. Una vez logrado, se podrían llevar a cabo proyectos imperiales aún más grandiosos. Las autoridades borbónicas pretendían utilizar la alianza comanche para ampliar el alcance de España hasta lo más profundo del interior de América del Norte, con el fin de impedir que Estados Unidos expandiera sus dominios hacia el Oeste. Imaginaban el corazón de América del Norte como escenario de una telaraña humana anclada con firmeza en Nuevo México mediante los comanches, poderosos, pero obedientes.^[37]

Sin embargo, en el curso de los primeros años del siglo XIX afloraría una dinámica casi diametralmente opuesta: sería Nuevo México el que acabaría siendo dependiente, estando aislado y transformándose desde el punto de vista cultural bajo el creciente poder de los comanches. En lugar de convertirse en instrumento de la expansión imperial de España, los comanches occidentales acabaron por ser un obstáculo para él. Desobedecieron las restricciones impuestas por España, se negaron a aceptar el papel de aliado subordinado y siguieron actuando con independencia según su propio criterio. Establecieron lazos con los comerciantes norteamericanos y tejieron un sistema de alianzas y comercio imponente que, poco a poco, fue cubriendo el subcontinente. En 1810, el centro neurálgico real del Sudoeste no era Santa Fe, sino

las rancherías de los comanches occidentales del curso alto de los ríos Arkansas, Rojo y Brazos, donde pueblos de infinidad de naciones se reunían para intercambiar artículos, forjar y alimentar alianzas políticas y organizar campañas militares multiétnicas a gran escala. Los lazos económicos y políticos de Nuevo México con la Comanchería permanecieron vivos, pero habían acabado por reflejar dependencia de la nación comanche, y no control.

En muchos aspectos, la ascendencia de los comanches con respecto a Nuevo México era directamente un asunto de envergadura y alcance económicos. La Comanchería dejaba pequeña a la colonia, cuya densidad de población era muy alta pero tenía muy poca capacidad de imponerse en el espacio, y la tupida red de intercambios de larga distancia de los comanches aisló casi por completo a Nuevo México del interior de América del Norte. Al lado de la Comanchería, Nuevo México parecía mermado y aislado. Su alcance político y económico no pasaba del límite de la Comanchería en las llanuras del subcontinente, e incluso allí, era superficial. El frágil control de España sobre el interior de América del Norte traslucía los vagos conocimientos geográficos de sus oficiales sobre las Grandes Llanuras. En 1804, cuando la Compra de Louisiana y la expedición de Lewis y Clark alimentaron el temor de la expansión norteamericana, las autoridades españolas temían con angustia que los agentes estadounidenses se estuvieran preparando para invadir el norte de Nueva España a través del río Missouri, pues pensaban que brindaba una vía de acceso fácil a Nuevo México. Como la amenaza norteamericana concentró el enfoque geopolítico de los administradores españoles, la idea de que el interior pudiera estar controlado por los españoles pareció de repente una mera falacia, como indicaba Charles Dehault Delassus desde San Louis, que ahora era una ciudad estadounidense: «tal vez resulte que esos indios, que son amigos de los españoles [ahora], se vuelvan sus enemigos incitados por los norteamericanos».^[38]

Además, en lo que suponía un revés para los designios de España, Nuevo México dependía cada vez más de la Comanchería para obtener recursos esenciales. Un comercio fronterizo muy animado unió las economías de los comanches y los habitantes de Nuevo México: ambos dependían de los productos del otro y experimentaron un crecimiento sostenido. Las exportaciones comanches (caballos, mulas, carne, pieles, esclavos y sal) revitalizaban la economía de subsistencia de Nuevo México, y las mejoras que las Reformas Borbónicas supusieron para Nuevo México inauguraron nuevas perspectivas comerciales para los comanches. La expansión del comercio con Chihuahua reportó cantidades imprevisibles de productos españoles para Nuevo México, lo que permitió a sus habitantes suministrar a los comanches manufacturas de primera calidad. Los habitantes de Nuevo México también crearon una industria artesanal muy dinámica que producía calcetines de lana, mantas y tejidos, tanto para el mercado de Chihuahua como para el comanche. Y lo que quizá fuera más importante: la paz con los comanches permitió que los habitantes de Nuevo México recuperaran y reconstruyeran aldeas, granjas y pastos

que habían sido destruidos o abandonados durante la prolongada oleada de asaltos de las décadas de 1760 y 1770. Pecos resurgió como el ave Fénix, y surgieron otros núcleos de población vibrantes en el valle de Mora y en torno a Taos, Abiquiu y Albuquerque. Estas comunidades, auténticas creaciones fronterizas, producían grandes cantidades de maíz, alubias y caballos, tanto para uso doméstico como para comerciar con los comanches.^[39]

Pero el mutualismo de las relaciones entre comanches y habitantes de Nuevo México flaqueó a partir de 1800. La expansión comercial de los comanches occidentales en las llanuras alivió su dependencia de los mercados de Nuevo México y, al mismo tiempo, aisló a la colonia de las praderas y sus recursos. Los planes, tan meticulosamente elaborados por los españoles para inducir la dependencia de los comanches mediante la venta de tecnología inferior, se desmoronaron cuando los indios ampliaron sus redes comerciales al otro lado de las llanuras y accedieron a las armas de fuego británicas, de primera calidad. Y los lazos comerciales que unían a la Comanchería con mercados remotos del Este y el Norte también contribuyeron a aislar a Nuevo México del interior. A principios del siglo XIX, los comanches ejercían el monopolio virtual sobre el comercio terrestre de Nuevo México, pues los únicos grupos de indios de las llanuras que comerciaban en Nuevo México eran los kiowa y los naishan, e incluso ellos lo hacían de forma esporádica y, con toda probabilidad, bajo el control comanche. La situación ponía en un aprieto a Nuevo México: necesitaban comerciar con los comanches más que los propios indios. El Nuevo México español, al igual que las comunidades de indios pueblo que acogía, siempre había dependido mucho de los productos de las llanuras, pero ahora la colonia dependía casi por entero de los comanches para acceder a esas exportaciones. Al otro lado de la frontera oriental, desde Taos hasta Albuquerque, las ciudades fronterizas buscaban a la Comanchería para satisfacer las necesidades que las mantenían con vida.

Quizás el signo más tangible de la creciente influencia económica de los comanches fuera la cambiante geografía comercial de la frontera entre Nuevo México y los comanches. Al principio, los convoyes comerciales comanches frecuentaban las ciudades fronterizas de Nuevo México; pero, con el paso del tiempo, el comercio empezó a desplazarse desde Taos, Pecos y Picurís hacia la Comanchería. La atracción comercial decreciente del valle del río Grande quedó de manifiesto en la primera década del siglo XIX, cuando el número de visitas comanches a Pecos y Santa Fe sufrió un descenso acusado. Los comanches trasladaron sus actividades comerciales más al Este y más cerca de sus rancherías y las repartieron entre las aldeas fronterizas nuevas que nacían en la vertiente oriental de la cordillera Sangre de Cristo. En 1803, el gobernador Fernando Chacón describió esas aldeas fronterizas como lugares de un intercambio efervescente: «Los artículos que ofrecen los españoles a los citados indios nómadas son caballos, sillas de montar, *anqueras*^[*] (cobertores de cuero para la grupa de los caballos), bocados, hachetas, hachas de guerra, lanzas, cuchillos,

tijeras, paño escarlata, mantones, capas, prendas de lana, índigo, bermellón, espejos [...] pan de azúcar, tabaco indígena, maíz molido y en espiga, pan y fruta fresca o seca. A cambio, los nómadas entregaban prisioneros de uno y otro sexo, mulas, mocasines, potros, caballos mustang, toda clase de pieles y carne de bisonte».^[40]

En 1810, San Miguel del Vado y San José del Vado, situadas en el valle de los ríos Pecos y Mora, habían sustituido a Taos y Pecos como vías de acceso principales a la Comanchería desde Nuevo México. Además de por su facilidad de acceso, los comanches se sentían atraídos hacia estas aldeas orientales por su composición étnica peculiar. Muchos de sus habitantes eran *genízaros*^[*] personas que habían vivido en cautividad con los comanches antes de que los habitantes de Nuevo México pagaran algún rescate por ellas. Aunque oficialmente eran súbditos españoles, los *genízaros*^[*] solían conservar apego hacia sus antiguos amos. Como habían sido apresados de niños y se habían criado en cautividad con los comanches, los consideraban parientes lejanos y, muchos de ellos, trababan lazos de parentesco nuevos impulsados por esos sentimientos: los matrimonios entre *genízaras*^[*] y varones comanches eran habituales y, a principios del siglo XIX, varios comanches se mudaron a San Miguel del Vado. Ligados a la Comanchería por vínculos históricos, familiares y económicos profundos, San Miguel del Vado, San José del Vado, La Cuesta y otros asentamientos orientales solo se inscribían en el Nuevo México colonial de forma superficial. Cuando las autoridades españolas otorgaron las concesiones, imaginaron que serían avanzadillas que protegerían la provincia frente a los comanches y proyectarían el poder de España hacia el interior de la Comanchería: pero la ilusión se desvaneció enseguida. La aparición de los asentamientos *genízaros*^[*] no significaba la expansión de Nuevo México hacia el dominio comanche sino, más bien, la persistente atracción que sentía la colonia por el poderío económico y cultural de la Comanchería.^[41]

De hecho, a medida que las relaciones entre las nuevas aldeas y los comanches se consolidaron, las rutas que llevaban comanches hacia el Oeste, a Nuevo México, se transformaron en grandes vías para las expediciones comerciales que tomaban rumbo al Este desde Nuevo México para llegar a la Comanchería. En 1789, el gobernador Fernando de la Concha había autorizado a los habitantes de Nuevo México a visitar a los comanches para comerciar, con la esperanza de que esas interacciones permitieran a las autoridades españolas conocer mejor las evoluciones sufridas en el interior de la Comanchería; pero no fue hasta principios del siglo XIX cuando el comercio comanchero afloró como iniciativa económica diferenciada. El comercio comanchero inicial era un negocio fluido y, a menudo, improvisado por el que partidas reducidas de habitantes de Nuevo México vagaban sin rumbo por El Llano Estacado con sus *carretas*^[*] con la esperanza de encontrar bandas migratorias comanches; pero, en todo caso, se trataba de un comercio muy dinámico. En 1814, por ejemplo, dos comancheros recorrieron El Llano Estacado durante dos meses, en los que intercambiaron cuarenta y seis mantones, doscientos cincuenta kilos de provisiones y

gran cantidad de tabaco por veinte caballos y mulas y entre trescientos y cuatrocientos kilos de carne y manteca. La mayor parte de los comancheros se dirigían a los ríos Canadian y Rojo, a los que se podía acceder con facilidad desde San Miguel del Vado y otras aldeas orientales; pero también frecuentaban el núcleo comercial de los comanches orientales en la cuenca alta del Arkansas. En 1810, por ejemplo, más de doscientos habitantes de Nuevo México viajaron hasta el río Arkansas y, diez años más tarde, la expedición de Stephen H. Long encontró una ruta bien señalizada que llevaba desde la cuenca alta del Arkansas hasta Taos siguiendo el valle del río Purgatoire.^[42]

El comercio comanchero era una institución fronteriza nacida para satisfacer las necesidades de dos sociedades que vivían a ambos lados de un abismo cultural que se estrechaba. Para los comanches, el comercio presentaba varias ventajas. Acortaba la distancia que tenían que recorrer para comerciar y les permitía evitar las cepas de gérmenes que prosperaban en los núcleos urbanos de Nuevo México. Al concentrar el comercio en sus propias rancherías, los comanches también podían ejercer mayor control sobre las condiciones, la mecánica y las modalidades del intercambio. Por lo que se refiere a los habitantes de Nuevo México, comerciar en la Comanchería les facilitaba un acceso más directo a la inmensa riqueza que canalizaban las redes comerciales de los comanches. Al trasladar el comercio a las llanuras, los habitantes de Nuevo México también podían eludir el control del gobierno, evitar impuestos y dedicarse a formas ilícitas de intercambio, como el contrabando de ganado marcado que los comanches habían robado en Texas y Nueva Vizcaya. Este tipo de comercio sumergido raras veces aparece en los documentos de Nuevo México, pero un observador norteamericano señalaba a finales de la década de 1810 que los comanches «trafican a pequeña escala con los españoles de Santa Fe, de quienes reciben mantas, cuchillos y tabaco, a cambio de las mulas y los caballos que arrebatan a los españoles en las provincias contiguas» de Texas y Nueva Vizcaya.^[43]

Los vínculos cada vez más profundos entre el este de Nuevo México y la Comanchería oriental suscitaban pánico entre los administradores españoles, que temían que el comercio fronterizo con la Comanchería pudiera desfigurar la totalidad de la estructura económica de la colonia. Cuando el gobernador Chacón realizó una inspección de la situación económica de Nuevo México en 1803, quedó horrorizado al enterarse de que los lazos económicos más fuertes de muchos asentamientos locales se extendieran hacia el Este, por la Comanchería. Era una transformación perturbadora para las élites españolas, que confiaban construir en Nuevo México una economía excedentaria ordenada para, a continuación, conectarla a los centros mercantiles de Chihuahua y Ciudad de México. Pero, como descubrió Chacón, gran parte de la riqueza de Nuevo México no se vertía hacia el Sur, siguiendo la Ruta de Chihuahua, sino que se filtraba hacia el Este, a la Comanchería. Indignado, comparó el caos del comercio provincial oficial con el orden del comercio comanche: «El comercio interior [de Nuevo México] está en manos de entre doce y catorce

comerciantes [locales] que, ni están debidamente autorizados, ni están muy versados en asuntos de negocios [...] El resto de la ciudadanía lo conforma un número tan abultado de pequeños comerciantes, que se dedican sin cesar a vender e intercambiar todo aquello que caiga en sus manos. Los jueces del lugar se ven obligados a mediar en estos intercambios [que se desarrollan mediante] conductas maliciosas y engañosas o mala fe. La formalidad solo impera en el comercio desarrollado con los indios nómadas (*Naciones gentiles*)^[*] un proceso de negociación permanente realizado en lenguaje de signos».^[44]

De todos modos, las autoridades españolas se preocupaban más por la influencia social y cultural de los comanches sobre Nuevo México que por su influjo económico. Al mismo tiempo que algunos administradores seguían alimentando el plan de hispanización de los comanches, el este de Nuevo México se mezclaba rápidamente en la Comanchería. A principios del siglo XIX, la lengua comanche se hablaba de forma generalizada en la frontera oriental de Nuevo México; y en ciudades fronterizas como Taos o San Miguel del Vado se podían escuchar a menudo expresiones comanches mezcladas con otras españolas. Además, las pautas de subsistencia en el este de Nuevo México llevaban un sello comanche muy marcado. Cuando los administradores españoles otorgaron concesiones de tierras a nuevos asentamientos en el este de Nuevo México, a principios y mediados del siglo XVIII, los consideraban núcleos que acabarían convirtiéndose en grandes centros urbanos y agrícolas al estilo español, con calles rectas y plazas centrales. Pero la investigación realizada en 1803 sobre la economía de la provincia asombró a las autoridades; a excepción de los indios pueblo, los habitantes de Nuevo México «apenas se dedicaban a la agricultura». En el este de Nuevo México, la caza de bisontes estaba imponiéndose. A principios de la década de 1810, los aldeanos del Este recogían entre diez y doce mil bisontes al año del Llano Estacado (lo bastante para satisfacer las necesidades de subsistencia de varios miles de personas) y la figura del cibolero o cazador de bisontes emergía como paradigma cultural de la frontera de Nuevo México. Los ciboleros, en su mayoría habitantes que no podían acceder a carnes de animales domésticos, realizaban dos excursiones de caza anuales a las llanuras. La primera, en el mes de junio, solía ser una labor relativamente rápida; pero la cacería de otoño, llevada a cabo tras la recolección del maíz, era una actividad a gran escala en la que solían implicarse familias enteras y se podía prolongar varios meses.^[45]

Los largos viajes para cazar y comerciar en la Comanchería promovieron inevitablemente la creación de lazos estrechos con los comanches, lo que desembocó en préstamos culturales abundantes. Los ciboleros vivían, en esencia, como indios nómadas que seguían a los bisontes en caravanas numerosas. El comerciante norteamericano Josiah Gregg describía que cazaban «como indios salvajes, principalmente a caballo, y con arco y flecha, o lanza, con las que llenan pronto los carros y mulas. No encuentran dificultad alguna para curar la carne, ni siquiera en pleno verano, cortándola en finas lonchas y extendiéndolas o colgándolas al sol; o, si

tienen prisa, soasándola. Durante el proceso de curación, suelen seguir la práctica india de golpear o pisar las lonchas pues, según ellos, contribuye a que se conserve». Además, los comancheros también estaban bajo la influencia comanche. Cuando Jacob Fowler visitó en 1821 la feria comercial de los comanches occidentales en el curso alto del Arkansas, encontró una partida de comancheros «españoles» cuyos integrantes «iban pintados como los indios en día de mercado». A muchos observadores del siglo XIX les resultaba imposible distinguir entre sí a los ciboleros, los comancheros y los propios comanches.^[46] En la mentalidad de las autoridades españolas, los abundantes préstamos materiales y culturales no eran más que el primer paso de un proceso de degradación más profundo de Nuevo México. El gobernador De la Concha no hacía más que mofarse de los aldeanos orientales de la colonia, a los que consideraba forasteros poco fiables impregnados de la cultura comanche. «Bajo una apariencia fingida de ignorancia o tosquedad, ocultan la malicia más retorcida. Es un raro espécimen en el que los vicios de robar y mentir no se dan juntos por casualidad». Ajuicio del gobernador, la causa de la degeneración del carácter era «la dispersión de los asentamientos, la mala crianza derivada de ella [y] la proximidad y el comercio con las tribus bárbaras con las que se mezclan».^[47]

De la Concha consideraba que lo más perturbador era que los aldeanos albergaban sentimientos separatistas. Cuando autorizaban la creación de nuevas aldeas en las inmediaciones de la Comanchería, las autoridades españolas esperaban que los colonos organizaran milicias para defender la frontera de posibles asaltos comanches. La investigación de De la Concha reveló un hecho muy distinto. Observó que había nada menos que dos mil aldeanos orientales que desafiaban a la autoridad real, cosa que atribuyó a «su deseo de vivir sin sujeción y en libertad absoluta, a imitación de las tribus salvajes que ven a su alrededor». «Adoran la distancia que les confiere independencia —proseguía—, y aunque reconocen las ventajas de su unión [con el Nuevo México español], fingen no comprenderlas para adaptar la libertad y el desaliño que ven y aprecian en sus vecinos, los indios salvajes». Mirando al Este desde Santa Fe, a De la Concha le resultaba difícil afirmar dónde terminaba Nuevo México y dónde empezaba la Comanchería. Recomendaba un remedio radical que indicaba la angustia que sentía: «el traslado de más de dos mil trabajadores a otra zona sería muy útil para la sociedad y el estado». En el Nuevo México de principios del siglo XIX parecía estar a punto de hacerse realidad el principal temor de los españoles: verse consumidos desde el punto de vista cultural por los *bárbaros*.^[48] [*]

Los administradores españoles tomaron conciencia de la firmeza de los lazos económicos y culturales existentes entre el este de Nuevo México y los comanches (y, a la inversa, de lo endebles que eran los vínculos entre los asentamientos fronterizos y Santa Fe) en 1805, cuando el recién nombrado gobernador Joaquín del Real Alencaster trató de controlar y aprovechar el comercio entre habitantes de Nuevo México y comanches instaurando un nuevo sistema de autorizaciones e impuestos. Los colonos de San Miguel del Vado y San José del Vado, enojados por la

intromisión en su medio de vida, lograron desafiar al gobernador, equipar una expedición comercial con rumbo a la Comanchería para retarlo y, si era necesario, unirse a otras aldeas fronterizas en la oposición a Santa Fe. Se decía que algunos viajaron incluso a la Comanchería para incitar a los comanches a rebelarse contra las autoridades españolas. Los conspiradores fueron apresados antes de que pudieran llevar a cabo otras medidas, pero su detención no hizo más que alentar más tumultos. Una multitud de colonos iracundos de varias aldeas se desplazó a Santa Fe y amenazó con desencadenar una rebelión, lo que obligó a un Alencaster humillado a derogar la medida. El sucesor de Alencaster, Alberto Maynez, suavizó más la normativa y expidió un sistema de salvoconductos muy poco rígido que permitió a los comerciantes de Nuevo México aventurarse en la Comanchería prácticamente sin trabas.^[49]

La última década de Nuevo México como colonia española estuvo marcada por la creciente influencia comanche en el interior de sus fronteras. A medida que los espasmos revolucionarios fueron atenazando la zona central del imperio a partir de 1810 y ponían en cuestión la capacidad de Ciudad de México para apoyar a las provincias fronterizas, Nuevo México fue volviéndose cada vez más dependiente de los comanches para obtener recursos y protección. Sus colonos comerciaban con la Comanchería con tal entusiasmo que sus prolongadas ausencias de casa dejaban la frontera vulnerable a los ataques de los ute y los apache, y sus autoridades recompensaban a las delegaciones comanches con generosos regalos que, en realidad, la colonia no podía permitirse hacer por temor a que la interrupción de los pagos impulsara a los comanches a reanudar los ataques y, quizás, unirse a los norteamericanos para acometer la temida invasión de México.^[50]

La inquebrantable actitud en favor de los comanches aisló a Nuevo México de las demás colonias españolas. Mientras las comunidades de Nuevo México se aferraban a la Comanchería reproduciendo su cultura y su economía como la doble hélice del ADN, los asaltantes comanches explotaban y devastaban grandes áreas de Texas, el norte de Coahuila y el norte de Nuevo Santander. Poco a poco, los comanches dividieron el vasto arco septentrional de Nueva España, desde el río Nueces hasta la cuenca alta del río Grande, en zonas diferenciadas: asaltaban en una región, recaudaban tributos en otra, comerciaban en una tercera y vendían los artículos españoles robados en una cuarta. Los administradores españoles jamás consiguieron ofrecer una respuesta uniforme a esta avalancha, fracaso que, al mismo tiempo, denotaba la indefensión de Nueva España ante el poder de los comanches y la exponía a mayor explotación. Un observador señalaba a finales de la década de 1810 que la política comanche había fragmentado la frontera septentrional de Nueva España casi hasta el punto de volverla inexistente: «Los comanches se han vuelto tan temibles para los españoles, que los gobernadores de las diferentes provincias fronterizas han creído necesario tratar con ellos de forma independiente. Suelen estar en guerra con una provincia y en paz con otra; y cuando regresan cargados de

botines, después de saquear y masacrar las fronteras de una provincia, precedidos de los caballos y, a menudo, también de los prisioneros que han obtenido, van a otra para recibir regalos tomando como única precaución dejar parte del botín, sobre todo los prisioneros, a cierta distancia de los asentamientos».^[51]

La prodigalidad de los regalos y un comercio clandestino que no excluía las mercancías españolas robadas permitió a los habitantes de Nuevo México mantener relaciones estables con los comanches hasta el final del periodo colonial español; pero la transferencia al régimen mexicano desencadenó un cambio dramático. Después de haber mantenido una paz ininterrumpida con Nuevo México durante treinta y cinco años, los comanches empezaron a asaltar de nuevo la provincia. El primer fogonazo de violencia se produjo en agosto de 1821, tan solo unos meses después de la independencia de México, y las causas son reveladoras. Las autoridades mexicanas de Santa Fe negaron a una de las habituales delegaciones de visita la entrega de regalos acostumbrada (que, al parecer, los comanches habían acabado por considerar un privilegio a perpetuidad), y la contrariada partida comanche se vengó en los asentamientos próximos, donde saqueó varias casas, mató vacas y ovejas y violó a dos mujeres. El gobernador Facundo Melgares presionó a otros distritos para que realizaran donativos para los regalos de los indios si no querían que se desencadenara «la muerte y la desolación», pero aquellas medidas de emergencia apenas sirvieron para eliminar el problema estructural, de mayor calado. Como la nueva nación mexicana carecía de fondos, no logró mantener la distribución de regalos que había contribuido a mantener la paz durante el periodo colonial español. Dolorosamente conscientes de la relación entre regalos y paz, las autoridades españolas se desvivieron por arañar dinero suficiente para hacer regalos, pero el esfuerzo se vio socavado por el escaso apoyo recibido del gobierno central, que ahora estaba más preocupado por las luchas de poder internas entre el autoproclamado emperador Iturbide, el congreso y los insurrectos, encabezados por los generales Santa Anna y Guadalupe Victoria. En 1822, las autoridades de Santa Fe se habían visto obligadas a pedir un préstamo de más de seis mil pesos al sector privado para hacer regalos a los indios, pero no recibieron ningún presupuesto adicional de Ciudad de México para compensarlo.^[52]

En los años posteriores, cuando el flujo de regalos de Nuevo México a la Comanchería oscilaba, también lo hacía la intensidad y el ritmo de los ataques comanches a la provincia. Las relaciones siguieron deteriorándose durante los años inmediatamente posteriores a 1820 y, a mediados de la década, la situación empeoró tanto que el gobierno federal tenía motivos para temer que los habitantes de Nuevo México pudieran rebelarse si no recibían mayor protección contra los indios. Santa Fe recibió en 1826 menos de setecientos pesos para regalos (apenas suficiente para gratificar a los muchos vecinos indios de Nuevo México) y, al año siguiente, los

comanches asaltaron la frontera desde Taos hasta Abiquiu. Pero en 1827, tras la estela de la fallida Rebelión de Fredonia en Texas, el general Anastasio Bustamante difundió una declaración de tregua entre los comanches. En agosto de 1828, los embajadores de Nuevo México se reunieron con unos seiscientos comanches occidentales en el río Gallians y asistieron a la elección de Toro Hechicero como gran jefe y la ratificación de un tratado formal de paz. Los comanches prometían dejar de atacar con la condición de que volviera a haber regalos en Nuevo México, y en 1829, Paruakevitsi, el destacado jefe tenewa, se reunió con las autoridades mexicanas cerca de Bosque Redondo, suscribió la declaración de paz de Bustamante y recibió muchos regalos. Pero en 1830 los fondos volvían a escasear, lo que obligó al gobernador José Antonio Chaves a suplicar a los jefes comanches que aceptaran menos regalos y respetaran la paz, cosa que no sirvió de nada. Sobre Nuevo México y la vecina Chihuahua se desató semejante oleada de violencia que las autoridades mexicanas rompieron todos los lazos comerciales con la Comanchería y declararon la guerra abiertamente a los comanches.^[53]

Fue en esta coyuntura de escalada de la violencia comanche cuando Nuevo México empezó a desgajarse de Ciudad de México. La colonia había empezado a volver la espalda al centro de México para mirar hacia el poder y la riqueza de la Comanchería durante el final del periodo colonial español, y el auge del comercio de una Santa Fe dominada por los norteamericanos a partir de 1822 había acelerado esa reorientación hacia el Este. Pero no fue hasta 1830 cuando Nuevo México empezó a desvincularse políticamente del resto de México. Atemorizados por la perspectiva de que se desatara una campaña de asaltos generalizada, los habitantes de Nuevo México dieron prioridad al egoísmo y siguieron entregando regalos y comerciando con los comanches, ignorando que sus actos alimentaban la violencia en otros lugares de México. Los comanches lo interpretaron como una autorización para realizar incursiones en Chihuahua y Coahuila en busca de caballos, mulas y, luego, venderle los animales a los habitantes de Nuevo México, que parecían decididos a mantener abiertas sus líneas comerciales con la Comanchería. En 1831, tras un episodio de violencia en una cita comercial junto a la frontera comanche, las autoridades mexicanas de Santa Fe prohibieron el comercio comanchero por considerarlo «perjudicial para el orden», pero el embargo apenas sirvió para eliminar una institución que había acabado por formar parte esencial del universo económico y social de Nuevo México. De hecho, solo un año después, el capitán José María Ronquillo insistía en que la adquisición de caballos en la Comanchería debería convertirse en política oficial, aduciendo que Nuevo México necesitaba más caballos para defenderse contra los asaltantes navajo de la frontera noroccidental de la provincia. Ronquillo era plenamente consciente de que los comanches se dedicaban a robar ganado en Chihuahua y que comprárselos podría fomentar los asaltos, pero, en todo caso, fomentó el comercio. Los habitantes de Nuevo México se habían resignado a comprar la paz a los comanches, aun cuando significara causar muerte y

sufrimiento en otras zonas del norte de México.^[54]

Estas maniobras independientes tropezaron con el ambicioso proyecto de Ciudad de México de forjar una nación, que adquirió fuerza a partir de 1830. En 1835, el poder político en Ciudad de México se desplazó de los federalistas liberales a los centralistas conservadores, un cambio trascendental que desencadenó de inmediato una revuelta secesionista en Texas y otra federalista en California.

Nuevo México siguió los mismos pasos en agosto de 1837, cuando estalló una rebelión armada en Río Arriba. Provocada en parte por desigualdades de clase, la Rebelión de Chimayó fue una revuelta popular con todas las de la ley contra los planes centralistas de establecer un impuesto directo e introducir reformas religiosas a escala nacional. También había un elemento fronterizo en la revuelta, pues el impuesto directo habría interferido con el alma de los aldeanos orientales: el comercio comanche. Los rebeldes, en su mayoría *vecinos*, *mestizos*,^[*] criollos e indios pueblo pobres, capturaron y decapitaron al gobernador Albino Pérez y nombraron en su lugar a José González, un cibolero de Taos. Consiguieron tomar casi todo el norte de Nuevo México antes de ser aplastados por un «Ejército de Liberación» encabezado por Manuel Armijo. La represión del movimiento Chimayó, junto con la pérdida de Texas un año antes por parte de México, se tradujo en una hemorragia de retórica patriótica en Nuevo México y desencadenó una campaña nacionalista para preservar el catolicismo y la cultura mexicana.^[55] Pero la campaña no aproximó a la provincia al resto de México, ni desde el punto de vista político, ni económico.

En realidad, si acaso, no sirvió más que para ahondar en el cisma, pues la década de 1830 también fue testigo del crecimiento del comercio comanchero hasta convertirse en una institución económica de primer orden que ligaba con firmeza la economía de Nuevo México a la de los comanches, y arrastraba inexorablemente a la provincia aún más lejos del resto de México. Esta expansión del comercio comanchero nacía de la mudable geopolítica de la Comanchería: los comanches occidentales habían perdido temporalmente el control del lucrativo núcleo comercial de la cuenca alta del Arkansas en favor del bloque invasor formado por cheyenne, arapaho y norteamericanos, y recurrieron a Nuevo México como fuente alternativa de importaciones esenciales. Los habitantes de Nuevo México aprovecharon la oportunidad, y la década de 1830 y los primeros años de la de 1840 vieron cómo los comancheros realizaban viajes anuales periódicos hasta la Comanchería, surcando rutas bien señalizadas, para traer armas de fuego, pólvora, mantones, azúcar moreno, maíz, tortillas de trigo y pan duro horneado expresamente para ese fin. A cambio de las armas y los alimentos, tan esenciales, los comanches entregaban pieles de bison, de oso y, sobre todo, caballos y mulas, muy codiciadas entre los habitantes de Nuevo México, que se habían entregado al comercio terrestre a gran escala con Estados Unidos. Los comancheros, muchos de ellos *genízaros*^[*] con sólidos lazos culturales con la Comanchería, encontraban pocos reparos para hacer negocios con animales

robados y marcados en México. Antes de que concluyera la década, los comanches volvían a utilizar Nuevo México como mercado para los botines de guerra arrebatados en cualquier otro lugar del norte del país. Josiah Gregg escribió lo siguiente: «Aunque están en guerra continua con el sur de la República, durante muchos años los comanches han cultivado la paz con los habitantes de Nuevo México [...], porque es deseable [...] conservar algún lugar amigable con el que mantener relaciones y comercio amistosos. Por tanto, las partidas de comanches penetraban a veces en los asentamientos de Nuevo México con fines comerciales; mientras que en todas las épocas del año se lanzan sobre las praderas bandas numerosas de habitantes de Nuevo México, conocidos como *comancheros*,^[*] equipados con armas, municiones, baratijas, provisiones y demás artículos, para intercambiarlos por mulas y los diferentes frutos obtenidos del saqueo en el Sur».^[56]

Era como si Nuevo México hubiera desarrollado cierta inmunidad ante los designios y decretos de Ciudad de México, una situación que en 1840 adquirió forma política concreta al más alto nivel. Ese año, las autoridades federales ordenaron al gobernador de Nuevo México, Manuel Armijo, que suprimiera el comercio de ganado con los indios de las fronteras de la provincia, incluidos los comanches. Armijo rechazó de plano la orden y la calificó de irracional. Sostenía que si se prohibía el comercio, los comanches perderían el interés por mantener la paz con Nuevo México y declararían la guerra abiertamente, cosa que la provincia no podría soportar. Además, advertía de que el comercio de ganado era el principal mercado de Nuevo México para obtener cultivos a gran escala, y que era tan esencial para los indios pueblo que suprimirlo comportaba el riesgo de desencadenar una revuelta general. La prohibición se olvidó poco a poco pero, un año después, el general Mariano Arista ordenó a Armijo que se uniera a Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila en una campaña unificada (y sin precedentes) contra los comanches. Aquel ambicioso plan suponía llevar la guerra a la Comanchería con dos mil soldados, al tiempo que se solicitaba un armisticio con los rebeldes de Texas. Una vez más, Armijo se negó insistiendo en que Nuevo México no sobreviviría a una guerra declarada contra los comanches y, una vez más, las autoridades federales capitularon.^[57]

En ese momento, Nuevo México se había distanciado de Ciudad de México hasta tal punto que sus lazos políticos con la Comanchería empezaban a parecer más estrechos. En 1844, una delegación comanche visitó Santa Fe y le dijo a Mariano Martínez, gobernador de Nuevo México en ese momento, que trescientos guerreros comanches estaban a punto de invadir Chihuahua. En lugar de tratar de presionar a los jefes para abortar el ataque, Martínez les envió regalos y remitió una carta de advertencia sobre la inminencia del asalto a su homólogo de Chihuahua. Un año después, los administradores de Nuevo México denegaron otro llamamiento para emprender una campaña general contra los comanches, con lo que completaron su distanciamiento de Ciudad de México y su política hacia los indios. En su tentativa de proteger a una provincia tan vulnerable (y sus propias posiciones en su seno), las

élites de Nuevo México se habían visto obligadas a escoger entre apaciguar a uno de los dos centros imperiales y, en la mayor parte de las ocasiones, se inclinaban a favor de la Comanchería.^[58]

En este contexto, la historia del Nuevo México mexicano se convierte en un contrapunto dramático de la Texas mexicana. Mientras que Texas se desmembraba violentamente de México a partir de 1835, Nuevo México siguió en el redil mexicano hasta el final de la guerra entre México y Estados Unidos, en 1848. La Rebelión de Chimayó puso a prueba la entereza del gobierno federal en Nuevo México, y el comercio de Santa Fe, dominado por norteamericanos, ejerció de vanguardia del «proceso inconsciente de conquista económica»; pero ninguno de los dos procesos generó un movimiento secesionista poderoso. Las trayectorias divergentes de Texas y Nuevo México como provincias mexicanas debían mucho a la geografía y la demografía: Nuevo México estaba protegido del abrazo expansionista de Estados Unidos mediante un aislamiento relativo, que lo convertía en un destino menos atractivo para los inmigrantes norteamericanos, y mediante su población hispana, más numerosa, que garantizaba que los norteamericanos que emigraran allí siguieran siendo minoría. Además, aun cuando los empresarios norteamericanos ejercieran de agentes de la expansión capitalista y anticiparan la asimilación de Nuevo México por parte de Estados Unidos, muchos de ellos se casaban con la aristocracia local, con lo que se integraban en las redes de parentesco mexicanas y se convertían en algo bastante distinto de los anglotexanos aislacionistas y preocupados por la integridad de la raza, quienes, casualmente, calificaban a los mexicanos de «raza híbrida, inferior incluso a la de los negros». En términos más generales, la relativa inmunidad de Nuevo México frente a la influencia norteamericana reflejaba el persistente poder de la Iglesia Católica, que mantenía una posición sólida en el territorio y emergió como poderoso agente nacional que regulaba el acceso de los habitantes de origen extranjero al matrimonio, la ciudadanía y la tierra.^[59]

Pero, aunque resulte convincente, la dicotomía que planteaba una Texas titubeante y un Nuevo México inquebrantable es una simplificación, pues pasa por alto la penetrante, aun cuando a menudo tácita, influencia de los comanches sobre los habitantes de Nuevo México. Íntimos, violentos, explotadores y mutualistas al mismo tiempo, los lazos de los habitantes de Nuevo México con los comanches les obligaban y seducían al mismo tiempo a actuar y organizarse de formas a menudo deplorables y, de vez en cuando, catastróficas para el resto de México. De hecho, parece razonable preguntar hasta qué punto seguían siendo súbditos mexicanos unos habitantes de Nuevo México que pagaban tributos a una nación comanche en guerra con el resto del norte de México, que se beneficiaban con el contrabando de mercancías que los comanches habían robado en otros departamentos mexicanos, que desafiaban abiertamente las instrucciones federales de cortar los lazos no autorizados con la Comanchería y cuyo modo de vida estaba empapado de influencias comanches.

El 2 de marzo de 1836, en Washington-on-the-Brazos, una región de Texas, los delegados de más de cuarenta comunidades texanas aprobaron en votación independizarse de México. Las autoridades mexicanas esperaban la rebelión, pues el ejército y los revolucionarios texanos habían librado varios enfrentamientos violentos en el transcurso de los nueve meses anteriores y, en el momento en que se produjo la declaración de independencia, el general Antonio López de Santa Anna tenía sitiada a la guarnición de San Antonio con más de dos mil soldados. Luego, hubo más batallas (en El Alamo, Goliad y San Jacinto), pero el ejército texano se impuso y, el 14 de mayo, Santa Anna firmó el Tratado de Velasco, por el que reconocía la independencia de Texas y prometía retirar las tropas mexicanas por detrás de la línea del río Grande. El gobierno de México se negó a ratificar el tratado y prosiguió la guerra otros nueve meses, pero Texas se consideraba ya una república independiente. El futuro del Sudoeste quedaba de repente en suspenso. ¿Podría México recuperar Texas y restablecer la unidad nacional? ¿Podría conservar Nuevo México y repeler a los texanos que afirmaban que la frontera occidental de su república llegaba hasta el río Grande? ¿Se anexionaría Texas Estados Unidos, o habría dos naciones anglosajonas al oeste del Misisipí? ¿Y cómo resolvería la nueva república lo que acaso fuera su problema más acuciante: la guerra contra los comanches que había heredado de México?

La República de Texas era una anomalía política, una nación independiente que no esperaba (ni deseaba demasiado) seguir siéndolo. Adelantándose a una anexión rápida por parte de Estados Unidos, mantuvo abierta su frontera oriental y aceptaba millares de inmigrantes norteamericanos cada año. Su gobierno, hecho a imagen y semejanza del estadounidense, solo tenía fuerza sobre el papel y, muy pronto, demostró ser incapaz de asumir un crecimiento demográfico y material tan fabuloso. No se podía hablar de hacienda pública, ni de sistema fiscal o economía monetaria. Desde el punto de vista geográfico, la república era un mosaico de elementos dispares y, en muchos aspectos, incompatibles. Prevalecía la división en un reino algodonero próspero y de mayoría anglosajona y una Texas poblada por hispanomexicanos, pobre y apiñada en torno a San Antonio y Goliad; pero, a finales de la década de 1830, cuando aumentó la afluencia de inmigrantes de Estados Unidos, emergió otra subzona diferenciada: una frontera septentrional convulsa y habitada por agricultores de subsistencia pobres y ansiosos de tierras. Texas, en resumen, estaba desmembrada y era expansionista, volátil y autodestructiva en potencia. Esos mismos eran los rasgos de su política hacia los indios.^[60]

Las relaciones entre la República de la Estrella Solitaria y los comanches fueron erráticas desde el primer momento. Sam Houston, el primer presidente electo de forma ordinaria, creía que el destino de la república giraba en torno a la cuestión india. En primer lugar, trató de promover una guerra generalizada contra los indios para atraer al Ejército de Estados Unidos a Texas y acelerar la anexión; pero, cuando el plan se vino abajo, trabajó con vehemencia para formalizar las relaciones con los

indios. A diferencia de las autoridades texanas más sobresalientes, Houston, que estaba casado con una mestiza cherokee y había vivido muchos años en territorio indio, creía que Texas solo gozaría de paz si la república hacía concesiones a las naciones indias. Firmó tratados con los cherokee y los shawnee en otoño de 1836 y, en diciembre de ese mismo año, envió emisarios a la Comanchería. Versado en diplomacia india, prometió a los comanches las tres condiciones que exigían para mantener relaciones pacíficas: regalos, comercio y diplomacia cara a cara. «Podéis dejarnos tener caballos, mulas y pieles de bisontes a cambio de pintura, tabaco, mantas y otros artículos que os harán felices —prometía en su mensaje—. Cuando la hierba crezca en primavera, debéis venir a verme con vuestros jefes y os haré regalos a todos».^[61]

Pero mientras Houston trataba de ganarse a los comanches con la diplomacia, la asamblea legislativa de Texas abrió todas las tierras de los indios a la colonización de los blancos, haciendo caso omiso del veto presidencial. La frontera de los colonos saltó los ríos Brazos, Colorado y Guadalupe hasta llegar a los territorios de caza comanches, y las relaciones entre Texas y los comanches degeneraron en violencia. Los comanches asaltaban las haciendas nuevas, mataban a los colonos, robaban caballos y mulas y hacían prisioneros, y las milicias de Texas patrullaban la frontera matando a comanches. En un intento de restablecer la paz, Houston envió emisarios a la Comanchería en marzo de 1838. Alarmados por el fervor y la capacidad de expansión ostensibles en la república, los comanches abandonaban ahora la idea tradicional de que los límites fueran flexibles y exigían que los territorios de ambas naciones estuvieran separados por una línea fronteriza establecida mediante un tratado. Los emisarios señalaban que «reclaman todo el territorio situado al norte y el oeste de las Montañas de Guadalupe, desde el río Rojo hasta el río Grande, cuya superficie equivale casi a la cuarta parte del territorio de Texas». Los emisarios, a quienes la legislación texana impedía ceder tierras de la república, eludieron el tema y las conversaciones quedaron inconclusas. Pero las partidas comerciales de Texas visitaron la Comanchería en primavera y, en el mes de mayo, los comanches firmaron un «Tratado de Paz y Amistad» en la recién fundada ciudad de Houston.^[62]

Sin embargo, a finales de 1838, Houston perdió las elecciones presidenciales en favor de Mirabeau B. Lamar, que renunció de inmediato a la política conciliatoria de su predecesor hacia los indios. Pensando en un imperio independiente que, finalmente, se expandiera hasta el océano Pacífico, autorizó a la Expedición Texana de Santa Fe para que desviara una parte del comercio terrestre estadounidense desde Santa Fe hasta Texas y, si podía, ocupara la mitad oriental de Nuevo México. Para resolver el problema indio, Lamar reclutó nueve compañías de voluntarios y tropas de asalto a caballo, que condujeron a los cherokee, los shawnee, los delaware y los kickapoo al norte del río Rojo. En el frente noroccidental, Lamar envió exploradores a los territorios indios y trasladó la capital a Waterloo (rebautizada poco después con el nombre de Austin), en la periferia del territorio comanche. Impulsada en parte por

el ansia de tierras y, en parte, por el miedo y el odio virulento a todo lo mexicano y lo indio, Texas declaró una guerra genocida a los comanches. Las tropas de Lamar, los primeros no indios que llevaron la guerra a la Comanchería desde la invasión de Juan Bautista de Anza en 1779, apresaban a bandas comanches, en las que mataban indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños. Los comanches respondieron arrasando granjas, matando ganado, tomando prisioneros y asesinando a colonos, cuyos cadáveres mutilaban. Sus ataques penetraron mucho en Texas y sitiaron San Antonio. Una oleada de racismo muy venenoso asoló la frontera texana, donde se acabó calificando a los indios como «negros rojos» o «caníbales salvajes de los bosques».^[63]

En enero de 1840, tras una epidemia de viruela devastadora que arrasó la Comanchería, los comanches reclamaron la paz y enviaron representantes a San Antonio. Para revivir las antiguas simpatías, devolvieron a un joven blanco y expusieron que su nación había «rechazado las ofertas de los centralistas [mexicanos], que disponen de emisarios y se esfuerzan por estimular la revuelta generalizada». Las autoridades texanas presionaron a los comanches para que devolvieran a todos los prisioneros blancos e invitaron a sus grandes jefes a que les hicieran una visita. Mientras tanto, el secretario de guerra de Texas, Albert Sidney Johnston, ordenó a los oficiales de San Antonio que recalcaran a los comanches que debían evitar todos los asentamientos de Texas y permitir a las autoridades texanas «dictar las condiciones» de su residencia. Ordenó a los oficiales que, si los comanches no entregaban prisioneros, tomaran como rehenes a sus delegados. En marzo, Muguara, un poderoso jefe de los comanches orientales, encabezó una comitiva de sesenta y cinco personas entre hombres, mujeres y niños hasta San Antonio, pero solo llevaban un prisionero, una joven de dieciséis años. Los jefes y los capitanes fueron conducidos a la prisión local, habilitada con una sala de reuniones. Cuando el jefe Muguara se negó a entregar más cautivos aduciendo que estaban retenidos en las rancherías de otros jefes, los soldados abrieron fuego a bocajarro y mataron a doce. En las calles de San Antonio recibieron disparos otros veinticuatro comanches, y otros treinta fueron hechos prisioneros.^[64]

En las semanas posteriores, los comanches intercambiaron en San Antonio prisioneros anglosajones y mexicanos por los suyos, pero la matanza los había dejado consternados y enfurecidos. El verano trajo las represalias. Entre quinientos y setecientos guerreros, bajo el mando de Potsanaquahip [Jiba de Bisonte] y, seguramente, equipados con armas de fuego obtenidas en el fuerte de los Bent, peinaron el río Guadalupe matando, saqueando y quemando todo lo que encontraron a su paso hasta la costa del Golfo de México, donde atacaron y saquearon las ciudades de Victoria y Linnville. A su regreso, la partida fue interceptada en Plum Creek por los soldados de Texas y las tropas auxiliares indias. Armados con revólveres Colt, los soldados abatieron a varios guerreros. En octubre, los voluntarios de Texas emboscaron una ranchería comanche situada al norte del río Colorado,

mataron a 140 hombres, mujeres y niños y se apoderaron de 500 caballos. En invierno, la mayoría de los comanches se había replegado hacia el Norte, con lo que dejaron miles de kilómetros cuadrados despejados para los colonos de Texas.^[65]

Pero entonces, el péndulo de la política de Texas hacia los indios volvió a oscilar. La guerra había dejado a texanos y comanches igualmente exhaustos. La campaña trienal de Lamar había segado infinidad de vidas, vaciado las arcas de la república y arruinado su credibilidad. Se rumoreaba que los agentes mexicanos habían instigado a los comanches para que avanzaran hacia la costa del Golfo de México y que estaban tratando de sumar fuerzas con otros indios de las llanuras para invadir Texas. Y, aunque la frontera de Texas había penetrado en la Comanchería, estaba claro que no estaría segura sin un tratado de paz sólido con los comanches, que podían hacer incursiones en Texas y sitiar y saquear sus ciudades más importantes. Lamar, cuya popularidad había caído tanto entre la facción favorable a la anexión como entre la élite de hacendados y comerciantes que soportaban la carga económica de la guerra contra los indios, perdió las elecciones de 1841 contra Houston. Este se dedicó a restablecer los lazos diplomáticos con los comanches. Envío emisarios pacíficos a la Comanchería y fundó varios almacenes patrocinados por el gobierno en Austin, San Antonio, New Braunfels y cerca de la actual Waco, donde los comanches pudieran obtener manufacturas, cobrar rescates por prisioneros anglosajones para obtener beneficios generosos y recoger regalos que contribuyeran a olvidar los muertos y mantener la paz. Traslado la capital desde Austin hasta Houston, mucho más lejos de la Comanchería, y disolvió casi todas las compañías de soldados, lo que dejaba en suspenso la expansión fronteriza y permitía a los comanches reclamar territorios perdidos. Alejados del derramamiento de sangre, el horror y el odio de los años del mandato de Lamar, nació un compromiso frágil por el que ambos bandos, por sus fines estratégicos particulares, fueron encontrando acomodo.^[66]

No obstante, formalizar un tratado de paz demostró ser una tarea más ardua, ya que la masacre de la sala de reuniones había vuelto a los comanches cautelosos y cínicos. A principios de 1843 declinaron una invitación para entablar conversaciones de paz afirmando que «los huesos de sus hermanos masacrados en San Antonio se habían aparecido en el Camino y les habían obstaculizado el paso», y ahora exigían que se trazara una línea fronteriza bien definida que separara Texas de la Comanchería. Pero, a finales del otoño, el jefe Mopechucopé [Viejo Búho] envió un mensaje en el que especificaba que el tratado tendría que indicar que la línea fronteriza discurría desde Cross Timbers hasta la confluencia de los ríos Colorado y San Saba y, «desde allí, en línea recta hasta río Grande». Era una exigencia que ninguna autoridad de Texas podía conceder, pues la legislación texana no otorgaba títulos de tierras a los indios; pero Houston, sorteando la ley, respondió que estaba dispuesto a discutir la propuesta de frontera. En otoño de 1844, los comanches se reunieron finalmente con Houston y sus representantes en Tehuacana Creek, cerca de la estación comercial de Torreys. También asistieron representantes de los cherokees,

los delaware, los shawnee, los caddo, los waco y los apaches lipán, a quienes Houston quería incluir en las negociaciones de paz.^[67]

Cuando empezaron las conversaciones, los comanches marcaron el rumbo y el tono. Potsanaquahip, el delegado principal comanche, proclamó su deseo de paz pero, para sorpresa de Houston, también proponía otra línea fronteriza: el límite que había propuesto Mopechucope antes estaba «demasiado lejos del país». Potsanaquahip exigía que el nuevo trazado arrancara en el extremo meridional de Cross Timbers, a «unos cuantos días de viaje» de Austin, para luego discurrir hacia el Sudoeste bordeando San Antonio y, por último, seguir el camino de San Antonio hasta el río Grande. Dicho de otro modo, el jefe reclamaba la totalidad de Texas salvo un cinturón de 200 kilómetros junto a la costa del Golfo de México, insistiendo en que su pueblo necesitaba las tierras para los bisontes y los caballos salvajes. Pero Potsanaquahip también tenía un programa de carácter imperial. «Quiero que mis amigos —afirmaba—, estos otros indios, se establezcan en la frontera y cultiven maíz y yo pueda visitarlos con frecuencia», en lo que era una tentativa aparente de crear una barrera de aldeas que protegiera a la Comanchería de Texas al tiempo que le sirviera de almacenes de abastecimiento.^[68]

Las demandas cada vez más amplias de Potsanaquahip enfurecieron a Houston y le obligaron a eliminar la cláusula de la frontera de la redacción final del tratado, en la que solo se alude a la misma en tiempo futuro: debía «marcarse y trazarse» más adelante. Pero el enfoque maximalista de Potsanaquahip podría haber sido una táctica negociadora predeterminada para obtener lo que los comanches consideraban suyo desde hacía mucho. El Tratado de Tehuacana Creek no especificaba un límite preciso, sino que afirmaba implícitamente que la sucesión de almacenes comerciales indios de Comanche Peak y del curso medio del río Brazos y el curso bajo del San Sabá se debía considerar la línea de demarcación que separaba a las dos naciones. Dicha línea se encontraba mucho más al Norte y al Oeste que la propuesta por Potsanaquahip, pero seguía fielmente la frontera histórica meridional de la Comanchería, lo que otorgaba a los comanches el núcleo territorial tradicional de las llanuras.^[69]

El Tratado de Tehuacana fue el preludio de una delicada distensión imperial entre los comanches y Texas. Texas siguió auspiciando almacenes comerciales en los que los comanches pudieran vender sus excedentes; comprar utensilios de hierro, tejidos y harina, y encontrar herreros que repararan sus armas de fuego. El gobierno de Texas invirtió sumas ingentes en regalos y obligó a sus comerciantes a cumplir el protocolo comanche, y los comanches prácticamente dejaron de saquear Texas. Utilizando a los delaware como mensajeros, los comanches y los texanos convocaban consejos con frecuencia para forjar nuevos acuerdos geopolíticos que satisficieran las necesidades de su incipiente alianza. Mopechucope prometió ejercer su poder para impedir que los wichita asaltaran Texas y propuso una política nueva hacia los apaches lipán, cuya presencia en las inmediaciones de San Antonio atraía a las bandas guerreras comanches por debajo de la línea delimitadora: todos los apaches lipán debían ser

trasladados más al Norte, al interior de la Comanchería, donde vivirían bajo el control de los comanches. Las autoridades texanas, por su parte, expidieron salvoconductos que permitían a las partidas guerreras comanches atravesar Texas sin que les molestaran para llegar a México. Cuando Estados Unidos y Texas dieron pasos para la anexión en 1844-1845, la cuestión comanche ocupó un lugar preponderante en el proceso: los condados occidentales de la república votaron a favor de la anexión, en buena medida porque confiaban en que el Ejército de Estados Unidos neutralizara a los comanches y los expulsara del estado. Pero, en mayo de 1846, tres meses después de la transferencia formal de la autoridad desde la república hasta el recién fundado estado, los delegados estadounidenses firmaron un tratado con los comanches por el que prometían proseguir con la distribución de regalos en Texas. En junio, una comisión comanche encabezada por el jefe Santa Anna visitó Washington y, al año siguiente, el gobernador de Texas, James Pinchney Henderson, ratificó el límite territorial estableciendo una zona neutral de 50 kilómetros por encima de los asentamientos más septentrionales del estado.^[70]

Así pues, en 1847, la frontera meridional de la Comanchería estaba casi exactamente donde estaba desde hacía diez años. Al imponer una línea fronteriza formal, los comanches habían arrancado una concesión importante de Texas, mucho más rica y poblada: si bien los mapas oficiales no lo mostraban, los texanos habían renunciado casi a la mitad del territorio que reclamaban a la nación comanche. Pero, además, los comanches habían llegado a un acuerdo. Al imponer una frontera fija, abandonaron de hecho el privilegio que se arrogaban de asaltar Texas para obtener ganado y esclavos y extorsionarla con impuestos, que habían sustentado su crecimiento económico durante casi una centuria. Aunque fuera por un breve lapso de tiempo, Texas se transformó: dejó de ser una frontera volátil, tributaria y sometida a ataques para convertirse en un territorio cercado de coexistencia internacional con unas líneas bien demarcadas. Era una concesión de los comanches, pero se la podían permitir, pues ya habían construido un territorio interior nuevo y mucho más extenso para realizar asaltos por debajo del río Grande.

Una vez que conquistaron las llanuras meridionales en el siglo XVIII, los comanches expandieron su dominio de forma lenta y paulatina. Los asaltos sistemáticos en busca de ganado y cautivos en Texas y Nuevo México podían considerarse una especie de expansión territorial, ya que les permitieron controlar gran parte de los bienes generadores de ingresos del Sudoeste colonial; pero las incursiones nunca se convirtieron en ocupación permanente. Los comanches hicieron experimentos en otros frentes para ampliar sus territorios más allá de las praderas, sobre todo en la década de 1770, cuando penetraron en el territorio de los ute, más allá de las Rocosas; pero ese tipo de campañas no reportaron éxitos duraderos y acababan siendo abandonadas siempre. Al parecer, los comanches habían alcanzado su límite natural

de expansión. Todo lo que se habían acostumbrado a necesitar (territorios de caza, pastos, mercados y lugares de asalto) estaba muy a mano, lo que volvía innecesaria y potencialmente contraproducente cualquier expansión adicional.

Pero luego, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, la Comanchería se desbordó de sus límites en las llanuras. Mediante operaciones en lugares muy alejados y cierta dosis de violencia masiva, crearon una nueva economía de asaltos en el norte de México, al sur del río Grande. Intensificaron el alcance y el radio de sus actividades de pillaje hasta convertir las vastas extensiones del extremo septentrional de México en un dominio de obtención de recursos mediante el saqueo: las bandas guerreras utilizaban tan exhaustivamente los recursos móviles de la región (caballos, mulas, ganado vacuno y prisioneros) y eliminaban la resistencia local hasta tal extremo que, en términos económicos y militares, gran parte del norte de México se convirtió en un apéndice de la Gran Comanchería. En la década de 1830, las gentes de la época empezaban a referirse al norte de México como una posesión colonial comanche. Los responsables de la política india de la República de Texas concluyeron en 1837 que «los comanches [son] los enemigos naturales de los mexicanos, a cuyos *cuidadores de ganado* discriminan y desprecian y de cuyas tierras obtienen esclavos». Otro observador señaló que «afirman que no hacen más que tratar de evitar la destrucción de toda la nación [de los mexicanos], porque reaccionan suministrándoles caballos. Y parecen llevar la afirmación a la práctica, pues no es inusual que una partida de comanches cruce el río Grande y siembre el terror allá donde vaya ahuyentando a gran cantidad de animales».^[71]

Las partidas de guerra comanches presionaron por primera vez al sur del río Grande a finales de la década de 1770 y, en las cuatro décadas siguientes, asaltaron la región de forma intermitente. Había varios motivos que los atraían tan al Sur. Parece que algunos asaltos eran operaciones de destrucción y matanza orientadas a debilitar las aldeas apaches del sur de Nuevo México y Texas y, con ello, impedir que las partidas de guerra y caza de los apaches lipán y mescalero penetraran en los territorios de comercio y asalto disputados en torno a San Antonio. Los comanches también apresaban apaches, que alcanzaban un precio muy alto en San Antonio, Santa Fe y Nacogdoches, y cuya esclavización apuntalaba la alianza entre comanches y españoles. Algunas partidas de guerra comanches tenían como blanco destacamentos españoles y arrancaban regalos de los presidios españoles situados junto al río Grande, con lo que ampliaron su territorio tributario hasta mucho más al sur de sus fronteras. Para los comanches occidentales, que habían mantenido una paz ininterrumpida con Nuevo México entre 1786 y 1821, las incursiones abrían la posibilidad de forjar una nueva economía de asalto en el Sur.^[72]

Los asaltos se incrementaron de forma significativa en 1816, cuando los comanches y los apaches lipán formaron una alianza de corta duración. La tregua concedía a los comanches acceso prácticamente sin restricciones al curso bajo del río Grande y a los asentamientos españoles de sus orillas y más al Sur. Durante varios

años, los comanches y los apaches lipán asaltaron Laredo, Revilla y otras aldeas ribereñas del río Grande para obtener caballos y prisioneros y, de vez en cuando, penetraban más al sur del valle para atacar las haciendas acaudaladas de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Texas se convirtió en una vía de tránsito de las partidas de guerra comanches. «Los comanches se ven obligados a atravesar este país para ir a saquear las fronteras de las Provincias Internas», señalaba un observador en 1818 apreciando el carácter regular de las actividades: «Tienen allí algún territorio de acampada habitual, en lugares donde encuentran agua y algo de pasto para los caballos. Se conoce a esta ruta con el nombre de *Chemin de Guerre des Comanches*. Las partidas de guerra, que raramente se componen de menos de doscientos o trescientos hombres, apenas la abandonan». Luego, sin embargo, disminuyeron los asaltos en México. En 1822, los comanches firmaron un tratado nacional en Ciudad de México y otro provincial en San Antonio y, durante cierto tiempo, se abstuvieron de saquear asentamientos mexicanos. La alianza entre comanches y apaches lipán se deshizo ese mismo año cuando estos últimos, por motivos que desconocemos, mataron a varios comanches que se habían casado en aldeas lipán. Durante los años siguientes, los comanches estuvieron preocupados por una «guerra amarga» contra los apaches lipán.^[73]

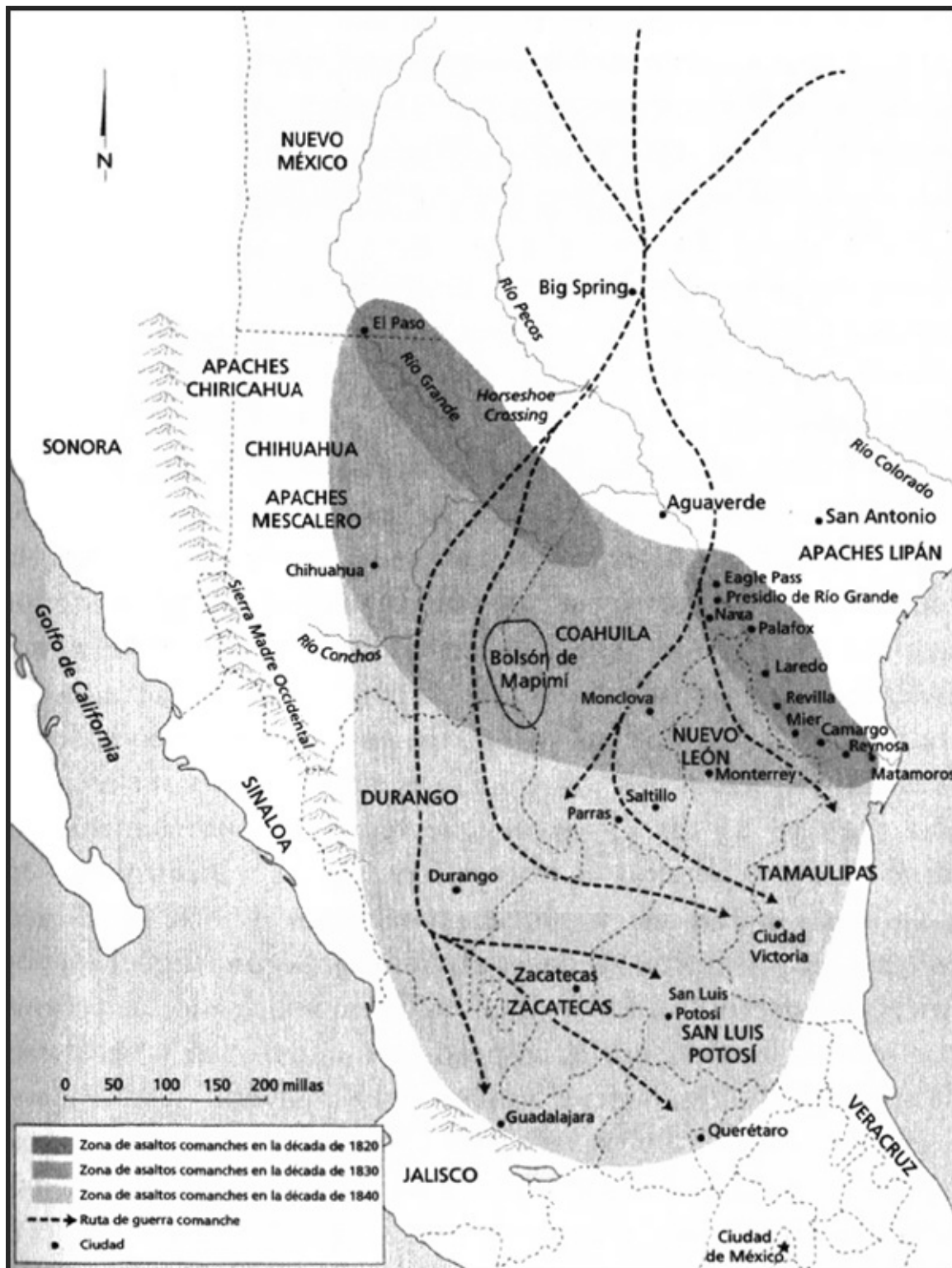
Los asaltos generalizados se reanudaron en 1825 y 1826. Acompañados por kiowa y guiados, según parece, por prisioneros mexicanos, los comanches occidentales y orientales enviaron varias partidas de guerra al Sur, donde castigaron la frontera del río Grande desde El Paso hasta Coahuila. A partir de ese momento, los ataques aumentaron de forma continua hasta que, finalmente, englobaron gran parte del norte de México. En 1828, los comanches arrasaron la recién construida ciudadela militar de Palafox, en el curso bajo del río Grande, donde mataron a casi todos sus habitantes. Pocos años después, «envalentonados por el endeble sistema defensivo de los mexicanos», sus partidas de guerra cruzaron el río Grande en varios puntos. Se hicieron con el control de las rutas de guerra apaches desde Matamoros hasta el norte de Chihuahua, con lo que obligaron a los apaches lipán y mescalero a desplazar sus actividades de asalto hacia el Oeste, el Sur y el Norte.

A finales de la década de 1830, los comanches estaban haciendo «avances continuos en el conjunto de la frontera oriental de México, desde Chihuahua hasta la costa; apropiándose de una cantidad inmensa de caballos y mulas y matando o apresando a los ciudadanos que encontraban». Desplazándose por toda Texas a su antojo, reclamaban como propia la totalidad de la franja occidental hasta el río Grande: en palabras de un anglotexano, «la fracción más rica, fértil y deseable de la República». Los asaltos volvieron a recrudecerse en 1840 y 1841, cuando las partidas de guerra a gran escala volvieron a penetrar en México y, muy pronto, la red de asaltos comanches abarcaba gran parte de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí. Cuando en 1846 estalló la guerra entre mexicanos y estadounidenses, las bandas guerreras comanches habían llegado a

la zona tropical de México. Se mostraron muy activas en Jalisco; atacaron, al menos en una ocasión, la ciudad de Querétaro, situada 215 kilómetros al norte de Ciudad de México; y sus rutas de guerra llegaban hasta 1.600 kilómetros desde el centro de la Comanchería, casi hasta el grado de latitud quince.^[74]

No es difícil adivinar una intención estratégica en una expansión tan espectacular. Como casi todas las potencias imperiales, los comanches se esforzaron por separar en el interior de sus dominios las zonas de conflicto de las pacíficas. Al trasladar el centro geográfico de las actividades de asalto muy hacia el Sur (y muy lejos de sus fronteras) lograron reducir la posibilidad de recibir campañas de castigo en la Comanchería. En este sentido, la expansión podía entenderse como una medida defensiva, una tentativa de trasladar la violencia a un lugar remoto. Cuanto más se adentraran los comanches en México, más seguros podían sentirse en sus tierras.^[75]

Visto desde una óptica distinta, el avance de los comanches en el norte de México nacía de la vitalidad y la vulnerabilidad simultáneas de su complejo de poder. A principios del siglo XIX, la Comanchería era un mercado tupido y dinámico, el centro de un imperio comercial de largo alcance que abarcaba gran parte del corazón de América del Norte. El sistema de bombeo comercial comanche enviaba cantidades ingentes de caballos y mulas hacia el Norte y el Este; los suficientes para sustentar a las numerosas sociedades ecuestres del centro, el norte y el este de las Grandes Llanuras y para contribuir a la expansión de asentamientos norteamericanos hacia el Oeste de la frontera. A cambio de sus servicios comerciales globales, los comanches importaban productos hortícolas suficientes para mantener a una población de entre veinte y treinta mil habitantes, así como la cantidad de armas de fuego, plomo y pólvora necesaria para defender un amplio territorio, tanto de enemigos indígenas como de la creciente y expansionista República de Texas.



11. Territorio de asaltos comanches en el interior del norte de México. Mapa de Bill Nelson.

Pero ese sistema de intercambios floreciente se acercaba con rapidez a los límites de su fundamento productivo. Como los comanches reservaban para sí la gran mayoría de los caballos que domaban, la viabilidad de la red comercial dependía del robo continuo de ejemplares. Pero en la década de 1820, los territorios tradicionales de asalto se habían agotado, o bien no estaban accesibles. Décadas de pillaje intermitente habían dejado maltrecha la economía ganadera de Texas, mientras que

Nuevo México, sede de ataques intensos en las décadas de 1760 y 1770, se había vinculado a la Comanchería mediante una relación tributaria. Los comanches siguieron realizando ataques esporádicos en Texas en las décadas de 1820 y 1830, pero los beneficios no lograban satisfacer su expansiva demanda de ganado, que se disparó a finales de la década de 1830 y principios de la de 1840, cuando empezaron a comerciar con las naciones más pobladas del Territorio Indio. Para mantener operativo el sistema comercial, los comanches necesitaban territorios de asalto nuevos y sin agotar, y los encontraron en el norte de México. El capitán del ejército estadounidense Randolph B. Marcy percibía un vínculo directo entre el comercio con los indios desplazados a la fuerza y los asaltos en México. En 1849 apuntaba que «una serie de indios delaware, shawnee y kickapoo llevan varios años dedicados al comercio con los indios de las praderas, que tienen cierta tendencia a superar los esfuerzos de las autoridades militares a la hora de contener el expolio de los ciudadanos de las provincias septentrionales de México».^[76]

Además de por el ganado, los comanches presionaban al sur del río Grande en busca de esclavos apaches y mexicanos. El antiguo tráfico de esclavos hacia el Este casi se había venido abajo con la adquisición de Louisiana por parte de Estados Unidos y la posterior aparición en la provincia de la esclavitud de sirvientes negros a gran escala, pero los comanches todavía podían encontrar mercados lucrativos para mujeres y niños cautivos en Nuevo México y Texas. Además, devastados por tres epidemias sucesivas de viruela en los años 1799, 1808 y 1816, los comanches tenían que complementar su mano de obra con levas de trabajo forzosas. Se transformaron en esclavistas a gran escala, y lo hicieron peinando el norte de México en busca de prisioneros (véase el capítulo 6). Según Miguel Ramos Arizpe, un sacerdote y diplomático muy bien informado, las provincias septentrionales de México perdieron entre 1816 y 1821 más de dos mil hombres, mujeres y niños en el cautiverio de los indios. Según apuntaba otro observador, los comanches «son extraordinariamente aficionados a robar los bienes más queridos de sus enemigos. A las niñas se las busca con la máxima avidez y se las adopta o desposa».^[77]

Así, los asaltos comanches generaron un flujo masivo de propiedades desde México hacia el Norte, a la Comanchería y sus canales comerciales, situación que favorecían muchos grupos interesados de América del Norte. Los hermanos Bent animaban a los comanches a asaltar los asentamientos de México, como también hizo Holland Coffee, que «les aconsejó ir al interior, matar mexicanos y traerle sus caballos y mulas». A finales de la década de 1830, la opinión generalizada era que los «capitalistas emprendedores [norteamericanos]» habían creado estaciones comerciales en la frontera de Texas con los comanches con el fin de explotar el «botín inmenso» que los comanches, «la más rica y poderosa de las naciones más salvajes de América del Norte», estaban extrayendo del norte de México. Las autoridades de Texas facilitaban a las partidas de guerra comanches el acceso al territorio del estado con la esperanza de orientar los asaltos hacia México, e incluso

suministraban ternera y otras provisiones a las que se dirigían hacia el Sur. A mediados de la década de 1840, el acuerdo se había consolidado hasta el punto de que el jefe Pahayuko [Hombre Amoroso] pudo pedir a los Texas Rangers que acompañaran a su banda «a luchar contra [sic] los mexicanos». Las autoridades de Nuevo México solían mirar a otro lado cuando sus súbditos adquirían caballos y mulas arrebatadas a otras provincias mexicanas, y se decía, incluso, que algunos habitantes de Nuevo México se unían a las partidas de guerra de comanches que iban rumbo al sur del río Grande. Desde el punto de vista de Chihuahua, Coahuila, Nuevo León o Tamaulipas, era fácil percibir que había nacido una coalición depravada formada por indios, norteamericanos y habitantes de Nuevo México para explotar y debilitar el norte de México.^[78]

Los ataques comanches en el norte de México eran una verdadera industria. En la década de 1830, el único camino que atravesaba Texas se había convertido en una cuadrícula de rutas de guerra transitadas. Empezaban en la actual Big Spring, un pozo artesiano próximo a la cabecera del río Colorado, que ejercía de escala en la que, en primavera, se reunían las partidas comanches y kiowa venidas de toda la Comanchería para descansar y abreviar sus caballos antes de seguir camino hacia el Sur. Desde Big Spring, dos ramas principales canalizaban los asaltantes hacia el Sur. Las dos grandes rutas se dividían en cuatro cerca de río Grande y, luego, se hundían en México bordeando las ciudades y fuertes importantes. Desde los ramales principales partían infinidad de líneas laterales, que tendían una telaraña sobre gran parte de Nuevo México, lo que permitía a los comanches adaptarse a las variaciones del clima, la disponibilidad de caza y la competencia de los apaches. A lo largo de las rutas y en sus inmediaciones, los comanches conocían muchísimos lugares para abreviar, puestos de vigilancia, lugares de descanso y campamentos excelentes con pastos de invierno.^[79]

Una vez al sur del río Grande, las partidas de guerra comanches solían acampar y citarse en el Bolsón de Mapimí, una meseta desértica y escasamente poblada encajada en medio de las cordilleras escarpadas y bosques montañosos del sur de Chihuahua, el oeste de Coahuila y el norte de Durango. Al Bolsón de Mapimí se podía acceder con facilidad desde las rutas occidentales y centrales, y ofrecía a los comanches y sus manadas un refugio de clima benigno, manantiales naturales, arroyos claros, lagos estacionales y trincheras al abrigo de rocas para acampar. A partir de la década de 1830, los ataques en México empezaron a adoptar la forma de migraciones estacionales. Las bandas guerreras comanches empezaron a acompañarse de familias enteras y a prolongar sus estancias durante varias estaciones, con lo que convirtieron al anteriormente desolado Bolsón de Mapimí en una colonia permanente y autosuficiente. Igual que en la Comanchería propiamente dicha, los comanches pasaban el tiempo cazando para subsistir, recolectando alimentos silvestres y criando y alimentando niños y, como también sucedía en las llanuras meridionales, el Bolsón de Mapimí estaba jalonado de rancherías comanches extensas y en lenta migración

asentadas junto a los arroyos y los valles fluviales con manadas de caballos muy numerosas. Los comanches amurallaban sus lugares de acampada predilectos, como Laguna de Jaco, con parapetos, y sus abultadas manadas de caballos y mulas bloqueaban anchos caminos del terreno. Para los visitantes norteamericanos o mexicanos ocasionales, la región tenía un inquietante aire de paisaje colonizado. Un observador escribió que «en el otoño y el invierno, su casa es [...] el *Bolsón de Mapimí*, una ancha depresión encerrada entre altas montañas por el Oeste. Allí gozan de la posesión ininterrumpida de un terreno muy amplio, desde donde llevan a cabo sus incursiones en el corazón de México».^[80]

La meseta del Bolsón, en parte colonia asentada y, en parte, zona de escala, era el nido desde el que las partidas de guerra comanches se desplegaban hacia el Oeste, el Este y el Sur y lanzaban campañas de gran alcance por todo el norte de México. Unas veces en pequeños grupos y, otras, en grandes bandas, se desplazaban de un objetivo a otro viviendo de la tierra mientras saqueaban ranchos, haciendas, aldeas, ciudades y expoliaban comunidades. Ahuyentaban manadas enteras de caballos y mulas; apresaban mujeres y niños; y mataban vacas, cerdos, ovejas y cabras para alimentarse. Para eliminar la resistencia, mataban a los mexicanos varones, quemaban casas, destruían almacenes de alimentos y mataban a los animales que no podían llevarse o no necesitaban. Una vez que las partidas acumulaban un botín suficiente, regresaban a pasar el invierno al Bolsón, en espera de que la hierba creciera junto a los caminos para mantener sus descomunales manadas.

Las excursiones se planificaban y organizaban con meticulosidad. En 1847, el jefe Potsanaquahip dejó estupefacto a una autoridad estadounidense explicándole que iba a llevar a su banda a Parras, en Chihuahua, e identificando con detalle las aldeas que iba a asaltar en el viaje de regreso. Varios observadores mexicanos señalaban que las partidas de guerra comanches que se desplazaban de forma aparentemente aleatoria eran, en realidad, unidades muy disciplinadas y organizadas al mando de «generales» y «capitanes», que ejercían la autoridad absoluta sobre todos sus miembros durante la campaña. «Cuando marchan en formación de guerra —escribió Berlandier—, los exploradores y los espías van en cabeza; luego, les sigue el jefe de la tribu, al frente de su pueblo; y al final van las mujeres. Si el enemigo realiza un ataque sorpresa en un campamento del camino, las mujeres protegen a la prole, con flechas y cuchillos si es necesario, y luchan hasta la muerte si no pueden darse a la fuga. Los caballos de guerra nunca se montan en la ruta de desplazamiento, salvo cuando se aproxima el enemigo. Cada guerrero comanche tiene tres o cuatro caballos para el camino». Después de un ataque, las bandas guerreras comanches solían dispersarse para confundir a sus perseguidores. Desaparecían en los innumerables cañones de Sierra Madre para reunirse después en el Bolsón de Mapimí. Si les atacaba un grupo más numeroso que ellos y no podían huir, empleaban a los cautivos para negociar que les dejaran regresar sanos y salvos a la Comanchería.^[81]

Las operaciones podían ser extraordinariamente lucrativas. Si bien los apaches

llevaban décadas saqueando el norte de México, muchas zonas se habían salvado y, ahora, ofrecían a los asaltantes comanches unos blancos en buena medida inexplorados. En el lapso de nueve días de enero de 1835, por ejemplo, los comanches robaron dos mil caballos en la ciudad de Chihuahua y sus inmediaciones y, en junio, tras una serie de ataques reiterados durante la primavera, varios centenares de guerreros comanches «arrasaron» Rancho de las Animas, cerca de Parral, donde quemaron varios edificios, destruyeron graneros y tomaron treinta y nueve prisioneros. En total, el este de Chihuahua perdió varios miles de caballos y centenares de prisioneros en un lapso de cinco meses. El gobernador de Chihuahua reclutó a un millar de voluntarios para perseguirlos, pero no logró apresar a los culpables. En el norte de Nuevo León y Tamaulipas se desarrolló una secuencia de acontecimientos similares tras la Revolución de Texas. Como los soldados mexicanos estaban preocupados por los rebeldes de Texas, los comanches emprendieron una oleada de asaltos. Agotaron las manadas de caballos y mulas de Laredo y Matamoros; tomaron numerosos prisioneros; quemaron casas y campos de cultivo; y mataron manadas enteras de vacas, ovejas y cabras. Ahuyentaron a los habitantes de los ranchos mexicanos recién construidos en la franja estratégicamente delicada situada entre los ríos Grande y Nueces, que reivindicaban por igual México y la República de Texas. Los ataques se prolongaron durante finales de la década de 1830, con lo que las aldeas del curso bajo del río Grande quedaron en 1841 reducidas a «un estado triste y miserable».^[82]

A finales de la década de 1830, los asaltos se habían convertido en un gran negocio por todo el norte de México. Un informe indicaba que, entre 1835 y 1845, solo Coahuila había perdido casi cuatrocientos prisioneros y unas treinta y cinco mil cabezas de ganado a manos de asaltantes indios, mientras que habían muerto casi mil doscientos defendiendo su vida y su medio de subsistencia. Otro informe, de 1841, aseguraba que una partida de guerra comanche de entre doscientos y trescientos guerreros había cruzado el río Grande hacia el Norte con dieciocho mil cabezas de ganado mexicano, dejando trescientas bajas a su paso. Tal vez el informe exagerara, pero otras evidencias indican que los comanches solían regresar de México con unas manadas tan abultadas que eran casi ingobernables. Horseshoe Crossing, junto al río Pecos, lugar predilecto de acampada para las partidas comanches que regresaban, estaba abarrotado de esqueletos desperdigados de caballos y mulas. Agotados por el largo viaje y desatendidos por unos pastores sobrecargados de ejemplares, los animales bebían en exceso y morían a centenares.^[83]

Lejos de ser víctimas pasivas, los *fronterizos*^[*] mexicanos luchaban sin cesar, tanto con armas como con la palabra, para proteger sus vidas, tierras y bienes. Las autoridades del Norte rechazaban las aspiraciones de los legisladores nacionales, en absoluto realistas, de incorporar a los comanches a la «familia mexicana» y, por el contrario, proyectaban de ellos una imagen de bárbaros forasteros, extraños y bestiales que tenían que ser eliminados en nombre de la civilización, la religión y la

honra nacional. Los habitantes más ricos del Norte convertían sus haciendas en auténticas fortalezas y organizaban pequeños ejércitos privados; las milicias locales vigilaban los caminos y los límites de la ciudad, y los soldados de la provincia preparaban en las rutas comanches unas emboscadas que, a veces, infligían en el enemigo un número de bajas importante; solo en 1844, los comanches perdieron unos ciento cincuenta hombres en cuatro enfrentamientos distintos con soldados mexicanos. Y, mientras cada uno de los departamentos se esforzaba en alzar defensas locales, el gobierno federal trataba de plantear soluciones estratégicas de mayor calado. Ciudad de México nombró a tres comandantes generales para coordinar las defensas del norte de México y envió un destacamento militar a Nacogdoches para expulsar a los vendedores ambulantes norteamericanos, cuyos artículos fomentaban los ataques comanches en México. Ofreció pequeñas concesiones de tierras y exenciones fiscales a los miembros de las milicias ciudadanas que hicieran gala de especial valor en la batalla, y trató de reclutar a apaches lipán para combatir a los comanches. En 1843, Santa Anna invitó incluso a los jesuitas a regresar a México para que reconstruyeran sus misiones por toda la frontera septentrional y ejercieran una influencia civilizadora sobre los indios saqueadores.^[84]

Pero, en última instancia, la expansión comanche al sur del río Grande, parecida a una avalancha, era un reflejo de la debilidad de México. Pese a la creatividad exhibida en todas sus contramedidas, los mexicanos solían ser impotentes ante la guerra de guerrillas comanche. Casi todas las granjas, ranchos y aldeas del norte de México eran pequeños y estaban aislados e infradotados de personal: eran presas fáciles para unos asaltantes a caballo, bien organizados y con mucha movilidad. Las haciendas grandes también eran vulnerables, pues su mera envergadura las volvía muy difíciles de defender contra los ataques relámpago. La Hacienda de la Encarnación, en el sur de Coahuila, perdió seiscientos caballos y mulas entre 1840 y 1845, y el rancho fortificado de La Zarca, en el norte de Durango, perdió seiscientos caballos solo en marzo de 1844. Las defensas fronterizas por todo el norte de México estaban en una situación lamentable. Las unidades de milicias voluntarias estaban mal alimentadas, mal entrenadas y solían tener poca disciplina, mientras que los soldados provinciales padecían escasez crónica de caballos de calidad, armas de fuego y municiones. El anticuado sistema de presidios, un residuo del periodo español, estaba en decadencia, socavado por la predilección de Ciudad de México de reforzar el núcleo del país a expensas del perímetro. La popularidad del servicio militar se vino abajo en el extremo septentrional, lo que obligó a los presidios a abastecer sus filas con convictos y vagabundos. Las autoridades locales suplicaban a Ciudad de México que revitalizara el sistema de presidios y enviara al Norte más soldados, caballos y armas; pero el gobierno federal, en quiebra permanente, tardó en reaccionar. El resultado de la negligencia federal fueron escenas de *fronterizos*^[*] lastimeros enfrentándose con arcos, flechas, hondas y piedras a bandas guerreras comanches armadas hasta los dientes.^[85]

Así pues, desde el punto de vista militar, gran parte del extremo septentrional mexicano siguió siendo campo libre para los comanches. Josiah Gregg, que tenía una opinión muy baja de la pericia militar de los mexicanos, subrayaba que los soldados mexicanos vacilaban a la hora de enfrentarse a los comanches, mejor armados y con mucha movilidad y que, a veces, solo se les perseguía para guardar las apariencias. «Se ha dicho con razón —escribió—, que durante una de esas “persecuciones audaces”, una banda de comanches se había detenido en las afueras de una aldea situada junto al río Conchos, habían puesto a pastar sus caballos en los campos de trigo y se habían echado cómodamente una *siesta*^[*] deseosos, al parecer, de plantar cara a sus perseguidores; pero que, después de haberse quedado allí casi todo el día, se marcharon sin haber tenido el placer de verlos». Las gentes de la época pensaban que los comanches evitaron destruir más el norte de México solo porque les abastecía de caballos.^[86]

Por consiguiente, fue por desesperación por lo que Sonora, Chihuahua y Durango aprobaron leyes que ofrecían recompensas abultadas por las cabelleras de indio. Las leyes establecían una escala de pagos con precios que iban desde los veinticinco hasta un centenar de pesos, dependiendo del sexo y la edad de la víctima, y afirmaban que el botín recuperado a los indios caídos se entregaría a los vencedores. Las autoridades del estado contrataban con tanta frecuencia a extranjeros residentes en territorio mexicano para que mataran a asaltantes indios que, a finales de la década de 1830, había casi una fiebre de guerra de recompensas por todo el norte de México. Ciudad de México desautorizó las recompensas por cabelleras por considerarla una medida excesiva y desagradable, pero se mostró incapaz de erradicar la práctica (o, tal vez, poco dispuesta a hacerlo). Las guerras de cabelleras devastaron a los apaches que, a diferencia de los comanches, no podían eludir huyendo hacia el Norte a los escuadrones de mercenarios que iban en busca de cabelleras. James Kirker, el más destacado de estos caballeros de fortuna, concentró sus actividades pseudoempresariales exclusivamente en los apaches, de los que llevó más de quinientas cabelleras a las autoridades de Chihuahua en 1847; pero evitó a los comanches, mejor armados y con mayor movilidad. De hecho, cuando a finales de la década de 1830 las recompensas por cabelleras se convirtieron en práctica consolidada en Chihuahua, los comanches también empezaron a dar caza a apaches para recabar el premio establecido, una corona con una oreja en cada extremo.^[87]

El único modo viable de repeler a los comanches, cuyas actividades en el norte de México adquirirían proporciones imperiales, habría sido una serie de campañas interestatales coordinadas, cuyo blanco fueran tanto las rancherías comanches de México como la propia Comanchería. Pero los legisladores nacionales, aunque estaban agobiados por los informes amargos y angustiosos procedentes del Norte, se negaron a considerar que la invasión comanche representara una amenaza para el régimen. Temiendo que Estados Unidos y Gran Bretaña alimentaran planes de invadir y tomar México, creían que los ataques indios eran un problema local que exigía

soluciones locales. Ciudad de México instó a los *fronterizos*^[*] a proveerse de sus propias defensas y no hizo más que tentativas esporádicas de enfrentarse a los comanches en un frente más unificado. El esfuerzo más ambicioso, el plan de 1841 del general Arista de realizar una gran invasión de la Comanchería, también fue uno de los más iluminadores por su futilidad. La campaña nunca llegó a despegar, en buena medida porque el gobernador de Nuevo México, Manuel Armijo, se negó a participar en ella por miedo a las represalias comanches. Ciudad de México no reprimió ni destituyó a Armijo.^[88]

En realidad, el gobierno federal no solo relegó el creciente problema indio al plano local, sino que también obstaculizó, aunque fuera sin pretenderlo, las tentativas locales de organizar una defensa efectiva. Muchas comunidades de *fronterizos*^[*] trataron de poner en común sus escasos recursos organizando actividades defensivas y punitivas conjuntas, que vieron mermadas por el propósito de las políticas federales. Las aldeas septentrionales de Tamaulipas experimentaron con las campañas colectivas a principios de la década de 1830, pero las tentativas se volvieron cada vez más difíciles tras la Revolución de Texas. A finales de la década de 1830, por ejemplo, las autoridades de Matamoros se quejaban amargamente de que la ciudad había aportado tantos caballos, bueyes, carretas y criados a las campañas contra los rebeldes de Texas que sus Habitantes tenían dificultades para desempeñar labores de mera subsistencia, por no hablar ya de alzar una defensa efectiva contra los indios. Este tipo de disputas sobre prioridades militares se daba a veces en el seno de los estados. En 1841, las aldeas del norte de Tamaulipas solicitaron a la asamblea legislativa la exención del servicio militar aduciendo que constituían la primera línea defensiva contra los comanches. El gobierno del estado rechazó la petición y, además, negó toda clase de ayuda para combatir a los indios, lo que suscitó un profundo resentimiento en las comunidades fronterizas que tanta presión sufrían.^[89]

Cuando quedó claro que el gobierno federal no quería o no podía ofrecer una solución global al problema de los indios, los departamentos septentrionales empezaron a poner en práctica políticas independientes. Trataron de repeler la agresión comanche de cualquier modo imaginable, lo que solía significar adoptar estrategias que se limitaban a desviar la violencia a otro lugar. Nuevo México sentó el precedente a principios de la década de 1820, cuando empezó a comprar la paz a los comanches con comercio y regalos; y otros departamentos le imitaron muy pronto. En 1824, el Presidio de Río Grande, en Coahuila, empezó a recoger alimentos de los asentamientos circundantes para aplacar a las partidas de guerra comanches que estaban empezando a invadir el norte de México. Esta política reportó a Coahuila cierta dosis de protección, pero dirigía los asaltos comanches a la vecina Chihuahua, lo que desencadenó una reacción en cadena destructiva que, finalmente, arrasó casi la provincia.^[90]

En 1826, los asaltos habían causado muchas bajas en el norte de Chihuahua, lo que impulsó al comandante general Gaspar Ochoa a invitar a los jefes comanches

Paruaquita y Cordero a celebrar conversaciones de paz en la ciudad de Chihuahua. Ochoa propuso un trato «para poner fin al horror de la guerra en el seno de la gran extensión de nuestras fronteras», y Paruaquita y Cordero aceptaron. Desesperado por proteger a una provincia atormentada, Ochoa prometió a los comanches regalos anuales en Santa Fe y San Antonio y les pidió que obtuvieran un salvoconducto antes de entrar en Chihuahua. Pero los esfuerzos de Ochoa quedaron mermados por Coahuila y Texas, cuyos ciudadanos siguieron comerciando con bienes robados en Chihuahua. Las autoridades de Texas trataron de sofocar el contrabando prohibiendo a sus súbditos que adquirieran a los comanches ganado marcado; a veces, sin embargo, se entregaban ellos mismos al tráfico ilegal. Para alimentar sus medidas, las autoridades afirmaban que los comanches no vendían, sino que «devolvían» botines obtenidos en Chihuahua y que su «buena fe» merecía ser recompensada con regalos. El giro de Coahuila hacia la órbita comanche se completó en 1830, cuando Saltillo empezó a suministrar dinero, alimentos, ropa y tabaco a las bandas guerreras comanches. Al igual que habían hecho antes Santa Fe y San Antonio, Saltillo accedió a pagar tributos a los comanches para eludir la violencia. En 1834, Chihuahua se sumó finalmente a Nuevo México, Texas y Coahuila en la aportación de tributos. Sus autoridades firmaron un tratado con los comanches en El Paso y les prometieron ayuda militar contra los apaches con la esperanza de desviar la violencia a otra parte. La tentativa no tuvo más que un éxito parcial. Los comanches lanzaron una guerra de asaltos contra los apaches mescalero y coyotero en el noroeste de Chihuahua, lo que dio un respiro a los colonos mexicanos de la región, pero también pasaron a asaltar los asentamientos mexicanos en el centro y el sur de Chihuahua.^[91]

La independencia de Texas en 1836 alteró el contexto geoestratégico en el que actuaban los habitantes del norte de México, pero no modificó su política hacia los comanches, que siguió inscribiéndose en el marco del interés personal. Tras la Revolución de Texas, las autoridades de Coahuila firmaron dos tratados más con los comanches, con la esperanza de encauzar su poderío militar contra la república rebelde. El primer tratado, de 1838, establecía la aldea de Nava como espacio comercial y, el segundo, firmado cinco años después, abrió Aguaverde, en Coahuila, y Laredo, en el norte de Tamaulipas, a los comerciantes comanches. Los comanches también obtuvieron privilegios de caza generalizados en Coahuila. Sin embargo, contrariamente a los designios mexicanos, los tratados y concesiones no trasladaron el campo de batalla comanche hacia el Norte, a Texas, sino hacia el Sur, al centro de México. Los comanches llevaron sus ataques al sur de Coahuila, Durango y Zacatecas, y luego daban salida a los frutos del saqueo en Nava, Aguaverde y Laredo. En otoño de 1844, los asaltos se habían vuelto tan graves que el general Arista determinó que comerciar con los comanches era una ofensa capital. Algunas comunidades de *fronterizos*^[*] respetaron la ley, con lo que se expusieron a sufrir represalias de los comanches: a finales de 1845, el jefe Santa Anna explicó a las autoridades de Texas que «la causa de la guerra [reciente] con México era que los

españoles habían incumplido un acuerdo establecido desde hacía varios años».^[92]

Los comanches asaltaron el norte de México durante casi un siglo, pero el momento culminante fue a principios y mediados de la década de 1840. No por casualidad, aquellos años supusieron también la cumbre de su imperio comercial con sede en las llanuras. Los comanches orientales asimilaron en su red comercial a varias naciones desplazadas al Territorio Indio, iniciaron una colaboración mercantil muy lucrativa con los osage y aceptaron tener en sus fronteras: estaciones comerciales angloamericanas. Los comanches occidentales firmaron la paz e iniciaron relaciones comerciales con los cheyenne y los arapaho, se entregaron al comercio a gran escala en el fuerte de los Bent y convirtieron el comercio comanchero en una institución comercial de primer orden. Todos estos circuitos mercantiles giraban en torno a los caballos y las mulas, con lo que se creó una demanda casi insaciable de ganado mexicano robado. «Cas: todos los animales [intercambiados] han sido robados a los mexicanos —señalaba el capitán Marcy—, «y como el número de ellos que ceden debe ser sustituido mediante nuevas remesas de los de sus víctimas, todo lo que los comerciantes obtienen produce, como es natural, el consiguiente incremento en el volumen de la depredación». Además, la expansión comercial de las llanuras coincidió con el apaciguamiento de las relaciones entre Texas y los comanches, que impedía a estos últimos robar en la República de la Estrella Solitaria y liberaba hombres y recursos para los asaltos de larga distancia al sur del río Grande.^[93]

El resultado fue una «guerra sin cuartel y destructiva» en el norte de México. A partir de 1840, los comanches, junto con sus aliados kiowa, enviaban cada año varias expediciones importantes al sur del río Grande. Las campañas eran apreciablemente más numerosas que en los años anteriores, y solían participar en ellas entre doscientos y un millar de guerreros. Las bandas guerreras masivas abarcaban más territorio que antes, golpeaban Corpus Christi, unos 240 kilómetros al norte del río Grande para, a continuación, penetrar en el sur de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí y Jalisco, donde ingresaban en un universo nuevo de selvas y serranías de mayor altitud. Tal vez para debilitar las defensas locales, las primeras expediciones al extremo meridional fueron inusualmente devastadoras; en otoño de 1840 murieron unos trescientos mexicanos. Tras una demostración de poder tan espectacular, se impuso una mecánica agotadora. Con las líneas muy extendidas, los comanches vivían del enemigo, mataban a sus vacas y ovejas y atacaban convoyes de mercancías cargados de víveres y minerales. Sus maniobras sinuosas y en profundidad interrumpían líneas de comunicación y comercio esenciales; pusieron en peligro las ciudades mineras de Durango, Zacatecas y San Luis Potosí; y saquearon el campo hasta el extremo de que se volvió difícil atender los cultivos. Desde el norte de Nuevo León hasta el sur de Durango, las comunidades se vieron reducidas a actuar en el plano de la mera subsistencia o por debajo de ella.^[94]

Los comanches trataban ahora el norte de México y sus ranchos fabulosamente ricos como almacenes virtuales. En 1846, James Josiah Webb, un comerciante de

Missouri, presenció cómo cercaron veinticinco mil cabezas de ganado en la ciudad de Durango «amenazando y atacando a los soldados, que permanecían a la defensiva tras sus barricadas». George Ruxton, explorador inglés y autor de crónicas de viajes que recibió gran parte de la información de los mexicanos, refería que las bandas guerreras comanches se desplazaban a través de siete estados mexicanos prácticamente sin encontrar oposición. Tras haber recorrido caminos poco transitados «con hierba demasiado crecida» y flanqueados por interminables «desiertos de la frontera», unas regiones que «eran devastadas por los comanches cada año», se detuvo para manifestar su asombro: «Parece increíble que no se tome ninguna medida para proteger el país de esta invasión, que no pilla a sus habitantes por sorpresa ni desprevenidos, sino que se produce en estaciones periódicas y determinadas y procede de puntos conocidos. No cabe duda de que los soldados se utilizan *a título nominal* para vigilar a los indios, pero raras veces los atacan, pese a que los comanches les dan toda clase de oportunidades».^[95]

Si Ruxton carecía de respuestas, se debía a que no podía ver la imagen completa: los comanches habían convertido gran parte de México en un paisaje «minero» semicolonizado del que podían extraer recursos a bajo coste. «Más allá de los alrededores más próximos de las ciudades —informaba Gregg—, la totalidad del país, desde Nuevo México hasta las fronteras de Durango, está casi despoblada por completo. Las haciendas y ranchos han sido en su mayoría abandonados y, la población, recluida principalmente en las ciudades y pueblos». Otro informe señalaba que las partidas de guerra comanches habían invadido Durango «en todos sus rincones» y habían reducido a sus ciudadanos a «una situación deplorable y de la máxima gravedad». En 1841, Saltillo y sus alrededores perdieron 1. 149 caballos, 1. 062 cabezas de ganado y a 46 personas, y la asamblea legislativa de Chihuahua se lamentaba de que «seguimos la senda que nos marcan [...] con el látigo; cultivamos la tierra donde quieren y en las cantidades que necesitan, utilizamos lo que nos dejan hasta el momento en que les apetece llevárselo, y ocupamos la tierra mientras nos lo permiten». La ruta a Chihuahua, vital, se había convertido en una ruta de saqueo india, el comercio estaba paralizado y las minas languidecían abandonadas. En 1846, Ruxton escribía que los comanches «están ahora [...] invadiendo la totalidad del departamento de Durango y Chihuahua, han interrumpido todas las comunicaciones y han vencido en dos batallas campales a las tropas regulares interpuestas contra ellos. Más de diez mil caballos y mulas ya han sido arrebatados [entre el otoño de 1845 y el de 1846], y apenas queda una hacienda o rancho en la frontera que no haya recibido su visita, y cuyos habitantes no hayan sido asesinados o apresados en cualquier lugar. Los caminos son intransitables, todo el tráfico está interrumpido, los ranchos están atrincherados y los habitantes temen atravesar sus puertas. Los correos y transportes importantes viajan de noche, evitando los caminos, y los servicios de inteligencia sufren matanzas y hostigamientos diarios».^[96]

Cuando las partidas de guerra comanches regresaban a casa por fin con caravanas

de cautivos, caballos y mulas, las rutas de guerra que los habían llevado hacia el Sur les servían de autopistas comerciales. Podían detenerse en ciudades, ranchos o presidios mexicanos en el norte de Coahuila, Chihuahua y Nuevo México, y comerciar pacíficamente con el botín mexicano todavía caliente para obtener alimentos, armas de fuego y manufacturas. Por todo Chihuahua, el sur de Nuevo México y el de Texas, podían vender también ganado robado a los contrabandistas y traficantes de armas norteamericanos, que penetraban en el Sur desde Santa Fe, El Paso, San Antonio y Goliad, con la esperanza de aprovechar el descomunal flujo de riqueza que discurría desde México hacia el Norte.^[97]

Las décadas de asaltos comanches en Texas y el norte de México (que desde finales de la década de 1820 coincidieron con el aumento del pillaje de los apaches en Sonora, Chihuahua y Durango) dejaron un legado persistente en todo el subcontinente. La escalada de violencia dejó a México peligrosamente debilitada durante unos años críticos de su historia, pues se solaparon con la creciente presión estadounidense en la frontera mexicana. Las consecuencias fueron catastróficas para la república en ciernes: entre 1835 y 1848, México perdió más de la mitad de su territorio en favor de Estados Unidos. Los historiadores suelen atribuir la capitulación de México a la superioridad material y militar manifiesta de Estados Unidos, pero pasan por alto un elemento trascendental: la expansión de los indios americanos que allanó el camino a la angloamericana. La conquista estadounidense del Sudoeste recibió la ayuda significativa del hecho de que los comanches y los apaches ya habían desestabilizado el extremo septentrional de México. Los apaches habían devastado amplias franjas del noroeste de México, pero los comanches dejaron la huella más profunda. En cada fase importante de su expansión, Estados Unidos absorbió tierras maduras para la conquista gracias a los comanches que, por su parte, no tenían interés en adquirir control político directo sobre territorios extranjeros.^[98]

Tras la Revolución de Texas, Ciudad de México se negó a aceptar la pérdida y la consideró un departamento mexicano bajo el mandato provisional de un gobierno rebelde. Pero justo cuando la amenaza comanche había llevado a Texas a autorizar la inmigración de Estados Unidos, que la condujo a una independencia de predominio anglófono, la violencia comanche obstaculizaba las tentativas de México de recuperar su dominio perdido. México realizó varios intentos de reconquista, pero los tumultos de los asaltos comanches en los estados contiguos (Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas) y, sobre todo, en la disputada Nueces Strip, impidieron al ejército mexicano organizar una campaña sostenida. Las autoridades de la República de Texas, conscientes de la dinámica, ofrecieron a las partidas de guerra comanches la posibilidad de viajar sin restricciones a través de su territorio. La violencia comanche también frustró las esperanzas de México de recuperar Texas desde el interior. Los ciudadanos de las aldeas ribereñas del río Grande se habían distanciado del gobierno central, que no había logrado protegerlos de las incursiones comanches y se negaba una y otra vez a suministrarles hombres, caballos y alimentos para las operaciones

federales. Además, a finales de 1839, justo cuando México trató de llevar una campaña en Texas, Antonio Canales, el comandante de las fuerzas federalistas en Tamaulipas, instigó una revuelta secesionista para crear una república fronteriza independiente con Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y el sur de Texas. El plan recibió el apoyo generalizado de los *fronterizos*,^[*] decepcionados, y las tropas centralistas no lograron sofocarla hasta la primavera de 1840. A continuación, el Ejército de México se vio obligado a declarar una guerra de reconquista en un campo de batalla diezmado y rebelde, tentativa condenada al fracaso desde el primer momento.^[99]

Los vínculos entre la política del poder comanche y la expansión estadounidense culminaron en la guerra entre México y Estados Unidos, tan desigual que Ulysses S. Grant la calificó de «una de las más injustas de las libradas en la historia entre una nación fuerte y otra débil». La inocente afirmación de Grant suponía reconocer el sorprendente desequilibrio de poder entre las dos repúblicas (la guerra enfrentó a una nación en proceso de industrialización acelerado de unos dieciocho millones de habitantes contra otra joven y agrícola, asediada por la inestabilidad política crónica y con unas economías locales muy frágiles), pero pasaba por alto el hecho subyacente de que los comanches habían agudizado casi todas las debilidades de México mediante sus medidas de poder en el curso del río Grande y más allá. Cuando los soldados estadounidenses avanzaron al Sur del río Grande en 1846, lo hicieron siguiendo a los guerreros comanches que habían asaltado la zona durante décadas, sabotando el proyecto mexicano de construcción de una nación en el extremo septentrional y, sin querer, preparando el terreno para la invasión estadounidense. Este suele ser un aspecto olvidado en las descripciones modernas de la guerra, pero que no pasaba desapercibido para las gentes de la época. En 1848, por ejemplo, la asamblea legislativa de Chihuahua explicó la derrota de México señalando que su mitad septentrional llevaba años siendo arrasada por las bandas de guerreros indios. Se mofaba diciendo que aquel erial de saqueos era «un escenario valioso», incluso para que Estados Unidos exhibiera su poderío.^[100]

Por mucho que los norteamericanos despreciaran a los mexicanos por ceder al régimen de los salvajes, la campaña civilizadora que llevaban a cabo con su propio estilo en México estaba muy entrelazada con la política del poder comanche. Cuando estalló la guerra en la primavera de 1846, la principal iniciativa militar de México no fue construir defensas contra el inminente ataque estadounidense sino, más bien, tratar, en vano, de construir una serie de fuertes, desde Matamoros hasta El Paso, para contener las incursiones comanches. Además, en otoño de 1845, los comanches llevaron a cabo una serie de ataques muy destructivos en el corazón de Durango y Zacatecas, con lo que comprometieron a tropas mexicanas en el centro de la nación en un momento en que eran necesarias en sus fronteras. La desigual capacidad de Estados Unidos y México para librar la guerra quedó bien patente en marzo de 1846, cuando el general Zachary Taylor condujo a las tropas estadounidenses desde Corpus

Christi hacia la ribera septentrional del río Grande y afirmó la soberanía estadounidense sobre la disputada Nueces Strip. México protestó con contundencia e insistió en que el ejército de ocupación de Taylor había penetrado en suelo mexicano en el momento en que atravesó la Nueces Strip, pero al norte del río Grande no había presencia mexicana significativa para respaldar tal afirmación. Taylor se había encaramado en un vacío de poder creado por los comanches, y México tendría que hacer frente al ejército invasor no en la Nueces Strip, sino en medio de unos asentamientos civiles vulnerables a orillas del río Grande.^[101]

Cuando, en el verano y el otoño de 1846, las tropas estadounidenses penetraron más en el norte de México, llegaron a la zona de fractura del poder de los indios norteamericanos. El Ejército de Estados Unidos penetró hacia el Sur por caminos abandonados y abarrotados de cadáveres, avanzando por un paisaje fantasmal de aldeas arrasadas, campos de cultivo deteriorados, corrales sin caballos y manadas de ganado abandonadas. Se enfrentaron a una caballería mexicana montada sobre «caballos pequeños, miserables y medio muertos de hambre» y a unas tropas que carecían de monturas y bestias de carga para establecer líneas de suministro y desplazar artillería. Los pocos presidios que moteaban aquel erial estaban casi desfallecidos. La incapacidad para repeler la depredación india había mermado aún más el interés de Ciudad de México por mantenerlos, y la moral de las tropas estaba por los suelos y degradada por unas condiciones de vida penosas, la escasez de alimentos, los salarios bajos y un pánico mortal a los ataques comanches. Los doscientos soldados del Presidio de Río Grande se retiraron a Monclova sin ofrecer resistencia, con lo que dejaron atravesar el río Grande a las tropas estadounidenses sin molestarlas cerca de Eagle Pass [Paso del Aguila], una vía de acceso a México clave para los comanches. Era como si el norte de México ya estuviera derrotado cuando comenzó la invasión estadounidense. Si el desmoronamiento de México en 1847 fue rápido y absoluto, se debió a que el país tuvo que combatir a dos potencias invasoras al mismo tiempo.^[102]

Si la política del poder comanche volvió el norte de México vulnerable a la invasión estadounidense desde el punto de vista militar y material, también lo dejó susceptible política y psicológicamente a la ocupación estadounidense. Décadas de explotación y manipulación incesante por parte de los comanches habían debilitado de forma trascendental los departamentos del norte, así como el apoyo de Ciudad de México. En vísperas de la invasión estadounidense, el norte de México estaba desestabilizado, agotado y, al parecer, no reaccionaba a las órdenes de las autoridades federales, que se habían negado a tratar los asaltos comanches como una crisis de ámbito nacional que exigiera una respuesta del mismo calado. El norte de México, asolado por la guerra, también acusaba una división profunda, hasta el punto de que se podría preguntar si el propio México no se habría convertido en una mera reunión de provincias semiautónomas. La mayoría de las provincias septentrionales otorgaban poco valor a las medidas emanadas de la remota y negligente Ciudad de México y

albergaban antipatías mutuas arraigadas. El antagonismo había cristalizado con el paso de las décadas de violencia comanche, cuando la mayor parte de las provincias adoptaron medidas basadas en el interés particular, que solían llevar destrucción a las comunidades vecinas. (Parece que los propios comanches eran plenamente conscientes de la situación: un prisionero anglófono retenido en la Comanchería informaba de que los comanches, cuando planificaban una invasión a gran escala en México a finales de la década de 1830, «esperaban que se les sumaran gran número de mexicanos desafectos al gobierno».) Todo esto corroía el ya frágil sentido de identidad común hasta el punto de que no era infrecuente que los oficiales de alto rango se alegraran abiertamente cuando las partidas guerreras comanches se marchaban de sus departamentos rumbo a los vecinos. En 1846, el norte de México era una recopilación de comunidades desconectadas y con lealtades e identidades ambiguas.^[103]

Así pues, no debe extrañarnos que las tropas estadounidenses encontraran poca resistencia local en su avance hacia el Sur. Apoyándose en una larga tradición forjada bajo la violencia comanche, muchas comunidades septentrionales de México antepusieron el instinto de conservación y cooperaron con los invasores. Vendían suministros a los soldados estadounidenses, alquilaban terrenos para acampar y ejercían de guías. El Ejército de México combatió con fiereza en Resaca de la Palma y Buena Vista, pero Matamoros, Monclova, Parras, Mier, Camargo y Santa Fe se rindieron sin pelear. En una Matamoros ocupada, los oficiales del Ejército de Estados Unidos cenaban en casa de los mexicanos de clase media y los soldados recibían clases de español de los habitantes. En el curso bajo del río Grande, en las villas de Reynosa y Mier, los oficiales mexicanos solicitaron al general Taylor que enviara tropas estadounidenses para proteger los asentamientos de los asaltantes comanches, y en Chihuahua, el general William Worth envió a sus dragones a proteger aldeas de la depredación comanche. En Tamaulipas, los soldados estadounidenses avasallaron a Antonio Canales, que todavía trataba de forjar una república independiente en el noreste de México, con lo que obstaculizaba el esfuerzo de guerra de México.

La fraternidad de los rebeldes del norte de México con los invasores ocultaba una amargura feroz contra el gobierno federal, que había sido incompetente y, tal como se percibía en el Norte, no había estado dispuesto a invertir recursos en reforzar la frontera contra las incursiones indias. Percibieron el crecimiento descontrolado del poder comanche como una señal de la indiferencia de Ciudad de México, que es lo que era. El régimen centralista que asumió el poder en 1835 nunca se había tomado en serio la amenaza india y, en realidad, había reducido el armamento y la dotación de las milicias locales para debilitar el poder de los estados, con lo que dejaba de hecho el Norte a merced de los asaltantes indios. Así, cuando la angustiada Ciudad de México hizo un llamamiento a los habitantes del Norte en 1846 y 1847, muchos se negaron a unirse a la lucha contra los estadounidenses.^[104]

Al darse cuenta, los legisladores y mandos estadounidenses se proclamaron

libertadores de la opresión comanche. El departamento de guerra asignó al general Taylor la lectura de una proclama en las ciudades conquistadas (en traducción simultánea al español), cuyos pasajes fundamentales rememoraban el largo sufrimiento de los mexicanos bajo el terror comanche y la incapacidad de Ciudad de México de aliviar su desgracia. «Vuestro ejército y vuestros gobernantes extorsionan al pueblo mediante unos impuestos gravosos, unos préstamos forzosos y unas incautaciones militares de dinero que mantienen a los usurpadores en el poder. Como estáis desarmados, vivís indefensos y sois presa fácil de los cumanches salvajes, que no solo destruyen vuestra vida y vuestras propiedades, sino que llevan al cautiverio, más penoso aún que la muerte, a vuestras esposas e hijos. Son vuestros mandos militares quienes os han dejado en esta situación deplorable [...] Nuestro deseo es liberaros de los déspotas, hacer retroceder a los cumanches salvajes, impedir la reanudación de sus ataques y obligarlos a devolver del cautiverio a vuestras queridas esposas e hijos, tanto tiempo alejados». Ribeteada con alusiones a la degradación femenina y a las afrentas al honor masculino, la proclama de Taylor se hacía eco de la retórica de las élites *norteamericano*^[*] asediadas, que se sentían abandonadas y discriminadas por Ciudad de México. En junio de 1846, sin enterarse de que el presidente James K. Polk ya había declarado la guerra a México, Donaciano Vigil se dirigió a la asamblea de Nuevo México para detallar las atrocidades que la negligencia de Ciudad de México había desencadenado en las provincias septentrionales: «He oído informes que hablan de tribus bárbaras: del número de mexicanos cautivos y, sobre todo, de mexicanas jóvenes que atienden los placeres bestiales de los indios bárbaros; del trato brutal que reciben [...] Esos informes me producen escalofríos de pánico [...] tanto más cuando contemplo cuál será el destino de muchas personas a las que aprecio si no se toman medidas oportunas para protegerlas de semejantes desgracias degradantes».^[105]

Cualquiera que fuese el impacto real de las proclamas del Ejército de Estados Unidos, la insurgencia popular generalizada contra los *norteamericanos*^[*] estalló en el norte de México solo cuando la ocupación se había convertido en un hecho, y estuvo inspirada casi siempre por los excesos y las intromisiones de los oficiales estadounidenses. Pero la retórica de la liberación no se dirigía solo a los mexicanos. Su público real, en cierto sentido, eran los propios estadounidenses, a quienes se manipulaba para que vieran la guerra a través de una óptica racial con un sesgo moral. Los altos cargos de Estados Unidos insistían en que la guerra estaba justificada e incluso obligaba a usurpar territorios de los mexicanos mestizos e ineptos, que no solo no habían logrado civilizar el terreno, sino que habían perdido gran parte del mismo en favor de los comanches salvajes. La conquista de México, tal como había sido diseñada y presentada por los legisladores estadounidenses, se transformó en una cruzada ideológica para frenar el avance de la barbarie, extender los dominios de la paz y purificar un paisaje envilecido desde el punto de vista racial.^[106]

El acontecimiento emblemático de la guerra entre Estados Unidos y México no fue la Batalla de Buena Vista o la de Ciudad de México, sino la toma incruenta de Nuevo México. En el momento en que el ejército del Oeste del general Stephen W. Kearny entró en Santa Fe en agosto de 1846 (sin la oposición del gobernador Armijo, que huyó a Chihuahua, ni de cuatro mil voluntarios de Nuevo México, que huyeron en desbandada inmediatamente después de la fuga de Armijo), Nuevo México era en muchos aspectos una provincia mexicana únicamente sobre el papel. Su autopsia revelaba una provincia huérfana, abandonada por España y descuidada por el gobierno mexicano: en palabras de uno de sus habitantes, «una madrastra miserable para nosotros». Ignorada y aislada, Nuevo México, por así decirlo, había vuelto la espalda al centro de México y había abrazado las influencias y la riqueza extranjeras hasta adoptar la senda que, finalmente, desembocó en la rendición pacífica de Santa Fe en 1846.^[107]

Pero, contrariamente a la opinión convencional, la separación de Nuevo México del resto de México no comenzó en 1821, cuando abrió sus fronteras a las mercancías y mercados norteamericanos; había empezado tres décadas y media antes, en 1786, cuando Nueva España estableció una alianza diplomática y comercial global con los comanches. Esa alianza unió a Nuevo México con la Comanchería mediante lazos políticos, económicos y culturales estrechos y, poco a poco, la apartó de las demás colonias españolas. Aunque Texas languidciera durante la última fase del periodo colonial español por haberse convertido casi en un estado tributario del imperio comanche, las comunidades fronterizas de Nuevo México se aproximaban cada vez más a la Comanchería. Conectaron su economía rezagada a los circuitos comerciales expansivos de la Comanchería, adoptaron las influencias culturales comanches, hicieron negocios con el ganado robado en Texas y Coahuila y defendieron con firmeza sus lazos con los comanches frente a las interferencias de Ciudad de México o Santa Fe.

En 1821, Nuevo México era, con diferencia, la colonia más poblada y próspera de España en América del Norte, y debía gran parte de su posición de privilegio a sus lazos específicos con los comanches. Desconectada ya en parte del resto de México en 1821, Nuevo México aceleró su alejamiento de la órbita de Ciudad de México durante el periodo de dominación mexicano, cuando se vio sometida a las presiones y la atracción *tanto* de la Comanchería como de Estados Unidos. Una vez que los comanches empezaron a asaltar de forma sistemática el norte de México, a mediados de la década de 1820, y cuando los habitantes de Nuevo México adoptaron la medida de comprar la paz para protegerse, la provincia inició un alejamiento paulatino, pero irrevocable, del cuerpo político mexicano. Durante el cuarto de siglo de gobierno mexicano, los habitantes de Nuevo México se desvivieron por preservar su alianza con los comanches y, al hacerlo, se distanciaron de otras provincias septentrionales mexicanas que estaban en guerra con estos últimos.

Esa erosión de los lazos políticos fue acompañada de una reorientación

económica arrolladora, que fue testigo de cómo Nuevo México desplazaba su sistema comercial desde el Sur hacia el Este. Los asaltos comanches al sur del río Grande hicieron desaparecer las antiguas líneas de suministro económico entre Ciudad de México y la frontera septentrional, lo que impulsó a Nuevo México a intensificar su dependencia respecto a los mercados y bienes de la Comanchería y Estados Unidos. Ciudad de México combatió esta deriva y trató de influir en la frontera septentrional con instituciones, reglamentos y ritos de carácter nacional, pero no pudo hacer nada para contrarrestar la fuerza gravitatoria conjunta de la Comanchería y Estados Unidos. A mediados de la década de 1840, justo antes de que comenzara la guerra entre mexicanos y estadounidenses, los habitantes de Nuevo México de todos los estratos sociales desafiaban abiertamente al gobierno centralista de Ciudad de México, cuyo proyecto nacionalista consideraban contradictorio con sus intereses económicos y políticos, que llevaban tanto tiempo adheridos al poder y la riqueza que afluían desde el Este.

VI

HIJOS DEL SOL

Detrás de los actos e instituciones espectaculares que hacían de los comanches una potencia imperial, había hazañas cotidianas incalculables. Tal vez esas actividades mundanales (ancianos debatiendo en consejos prolongados, mujeres gobernando viviendas de múltiples estancias, esclavos curtiendo pieles, adolescentes cuidando caballos o jóvenes compitiendo por el reconocimiento) carecieran del calado imperial inmediato de los asaltos a larga distancia o los tratados internacionales y ferias comerciales, pero no eran menos esenciales: constituían los cimientos del imperio comanche. Este sustrato cotidiano será el tema principal de este capítulo, que se detiene en el complejo de poder comanche visto desde dentro y explora las adaptaciones internas que convirtieron a los comanches en un grupo tan dominante en el exterior. Aquí formulo dos preguntas conexas: ¿cómo se organizaron los comanches para incrementar su poder exterior? O, a la inversa, ¿cómo la expansión exterior les obligó a realizar ajustes en la organización económica, política y social?

Los comanches fueron una nación en estado de transformación continua y, a veces, descontrolada; una sociedad que se reinventaba con mucha creatividad mientras luchaba por asimilar presiones externas; y un pueblo imperial que saboreaba y sufría al mismo tiempo su poderío recién descubierto. El dominio externo de los comanches descansaba sobre una serie de equilibrios internos que lo mantuvieron oscilando entre la caza y el pastoreo, la producción mercantil y la mera subsistencia, el localismo y la centralización, el igualitarismo y la desigualdad, la ambición individual y la solidaridad con el grupo y la esclavitud y la asimilación. El equilibrio y reajuste internos sustentaron la hegemonía comanche, pero también fueron precarios y peligrosos: la sociedad comanche era un organismo muy inquieto amenazado continuamente por el caos político, el recalentamiento económico y el conflicto entre sociedades. Los riesgos acabarían por perseguir a los comanches en años posteriores del siglo XIX, pero durante unos ciento cincuenta años, el equilibrio y el reajuste cumplieron su misión y alimentaron una expansión y dominio sostenidos.

Para los comanches, el caballo era lo que los barcos, las armas de fuego o el oro para las potencias imperiales europeas: un medio de transporte que comprimía el espacio para darle una envergadura conquistable, un instrumento bélico que les permitió ejercer mucho más poder del que su número habría hecho pensar, y una mercancía codiciada en torno a la cual se podía forjar un imperio comercial. Durante su periodo de ascenso y dominio a finales del siglo XVIII y principios del XIX, los comanches tenían casi cuatro caballos per cápita, cifra que atestigua la prosperidad de una

economía de pastoreo. Las necesidades básicas de la caza y el transporte en los pastizales de las Grandes Llanuras exigían un promedio de un caballo por persona: una familia comanche de diez miembros necesitaba tener dos caballos de carreras para la caza, los asaltos y la guerra, tres o cuatro de carga (o mulas) para transportar el tipi y los enseres domésticos; y entre cuatro y seis animales para las mujeres y los niños. Si bien casi todas las sociedades de las llanuras tenían que hacer frente a dificultades continuas para satisfacer la exigencia mínima de tener un caballo per cápita, los comanches tenían, en promedio, casi tres animales adicionales por persona, o unos treinta por familia. En cifras absolutas, suponía una reserva inmensa de ganado excedentario. Los comanches, que a finales del siglo XVIII y principios del XIX debieron de ser un total de entre treinta y cuarenta mil individuos, podrían haber poseído entre 90.000 y 120.000 caballos suplementarios.^[1]

Los comanches necesitaban esa cifra ingente, en parte, porque los caballos eran una modalidad de riqueza muy incierta. Siempre perdían animales durante las estaciones frías, y las bajas eran especialmente importantes si a un invierno crudo seguía una primavera seca, lo que prolongaba durante varios meses la escasez de agua y nutrientes esenciales. Los asaltantes enemigos, los lobos y los parásitos se apoderaban de sus manadas y, si la caza fallaba, los comanches solían recurrir a la carne de caballo, lo que diezmaba sus propias manadas.^[2] Pero la finalidad principal de tener excedentes abultados de animales era comercial. Durante más de un siglo, la Comanchería ejerció de sistema de bombeo comercial que desplazaba miles de caballos y mulas al año hacia el centro, el norte y el este de las Grandes Llanuras, así como al otro lado del valle del Misisipí, hasta más allá de Louisiana y Missouri. Una gran parte del subcontinente dependía de la Comanchería para importar animales, y los comanches necesitaban tener un superávit inmenso para satisfacer la demanda.

Los comanches gozaban de una posición casi perfecta para producir estos excedentes. La proximidad y la facilidad de acceso a los distritos de cría de caballos de Texas, Nuevo México y el norte de México les permitían obtener animales con relativa comodidad. Además, había unos dos millones de caballos salvajes vagando por el interior y las fronteras de la Comanchería, lo que constituía casi un pozo sin fondo de riqueza aprovechable. Y, lo que era aún más esencial: la ubicación meridional y el clima templado de la Comanchería permitían a los comanches mantener las manadas con menos esfuerzo y mucho más éxito que las sociedades indias del norte de las llanuras. No era casual que los comanches forjaran su imperio en las llanuras meridionales al sur del valle del Arkansas, pues ese río establecía una frontera ecológica e institucional, al norte de la cual las condiciones climatológicas se volvían cada vez más desfavorables para las culturas de pastoreo y ecuestres. Las llanuras meridionales, con una estación de crecimiento larga, abundancia de pastos e inviernos relativamente suaves, constituían un entorno ideal para una cultura comercial que extrajera caballos del Sur y los enviara al Norte; y los comanches convirtieron esa ventaja ecológica en un éxito comercial espectacular.

Pero la hegemonía comercial de los comanches no se basaba sin más en la mera recolección de recursos naturales para obtener beneficio económico. Para alzar y mantener su prodigiosa riqueza animal, tuvieron que implantar cambios económicos y sociales de gran alcance que, a veces, contradecían radicalmente las prácticas existentes. Por paradójico que resulte, la mayor ventaja de la utilización de los caballos (el hecho de que son herbívoros) era también la mayor desventaja. Al digerir la hierba, los caballos transformaban la energía solar en fuerza animal fácil de aprovechar, pero la conversión solo se producía si los comanches satisfacían las vastas necesidades de alimento de los caballos. Además, las grandes manadas de équidos representaban una especie de anomalía para los cazadores, que estaban acostumbrados a organizar sus movimientos, las pautas de trabajo y el ciclo vital anual en tomo a los hábitos del bisonte. Los caballos reforzaban la capacidad de los comanches de explotar las manadas de bisontes, pero atenderlos exigía realizar adaptaciones que entraban en conflicto con las exigencias de la caza. Todo aquello se resumió en un reto monumental: para mantener sanas y hacer crecer las manadas de caballos, tuvieron que transformar su economía especializada en asaltos en una economía mixta de caza y pastoreo.^[3]

El desplazamiento hacia el pastoreo se volvió perceptible a mediados del siglo XVIII. En 1750, Felipe de Sandoval, un explorador y comerciante francés, señalaba que las rancherías comanches del valle del Arkansas habían adoptado el rasgo esencial del pastoreo: estructuraban el calendario y el destino de sus movimientos para adaptarse a las necesidades de agua y forraje de sus caballos. «En lugares distintos —escribió—, había muchas rancherías que, según las estaciones, se desplazan de vez en cuando en busca de pastos, madera, agua y bisontes». Veinte años después, Pedro Vial vinculaba explícitamente en un escrito el nomadismo comanche con el pastoreo caballar: «La nación cumanche no tiene *rancherías*^[*] fijas porque tiene muchos caballos, para los que es necesario encontrar pasto». Como señalaba Anthony Glass en 1807, la necesidad de proteger las manadas contra los asaltos enemigos complicaba aún más la búsqueda incesante de pastizales. Escribió que los comanches amarraban casi todos sus caballos en el interior del círculo de acampada con «sogas hechas de piel de bisonte», lo que «hacía imposible quedarse en el mismo sitio más de un breve lapso de tiempo, pues se comían la hierba enseguida». Al parecer, las rancherías comanches desplazaban los campamentos al cabo de entre dos y cinco días, abandonando pastos agotados en los que «el suelo está segado por todas partes y se han comido la hierba hasta dejarla muy corta». Tal vez para aliviar los efectos nocivos del exceso de pastoreo, empezaron a experimentar con la trashumancia y a desplazar las manadas cíclicamente entre los pastos de zonas de montaña, más frías, en verano, y los valles, de menor altitud y más cálidos, en invierno. En 1776, un observador español se enteró de que, durante la estación cálida, los comanches occidentales solían llevar «un millar de animales, o más» a las tierras altas de la cordillera Sangre de Cristo, donde los apacentaban en una extensa zona

pantanosas próximas a Taos «en la que no falta forraje».^[4]

El cuidado intensivo de animales, con la interminable búsqueda de pastos y el equilibrio inestable entre máximo aprovechamiento de la manada y sobreexplotación de los pastizales, obligó a los comanches a modificar su organización social básica. Un caballo medio requiere diez kilos de hierba al día en un año normal, lo que significa que una rancharía comanche con un millar de caballos habría agotado cada día la hierba de una extensión de casi tres hectáreas. En realidad, la extensión necesaria era aún mayor, pues los caballos comen hierba de forma selectiva y suelen trasladarse a zonas aún vírgenes antes que comer hierba que no sea su predilecta; se ha estimado que, en las llanuras, los caballos consumían menos de la mitad de la hierba disponible antes de desplazarse a otra extensión sin explotar. Y las estimaciones solo sirven para los años normales. En los años de sequía, el rendimiento medio por hectárea disminuía, lo que obligaba a los animales a pastar en un radio más amplio. Cuando las precipitaciones descendían de la media anual de 500 milímetros a 250, el crecimiento de la hierba caía hasta un 15 por 100 de lo habitual.^[5]

Esta realidad ecológica desencadenó un cambio profundo en la estructura social comanche. Mientras la vertiente ganadera de su economía siguió expandiéndose, los comanches tuvieron que controlar meticulosamente la envergadura de sus rancharías, pues las grandes concentraciones de animales y seres humanos agotarían enseguida el forraje y el agua de las inmediaciones de los campamentos. Así, desembocaron en un proceso acelerado de división social, puesto que la población comanche total crecía con rapidez. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, había entre treinta y cuarenta mil comanches, y una rancharía ordinaria albergaba seguramente a unas doscientas cincuenta personas; o, lo que es más pertinente en este momento, aproximadamente un millar de caballos y mulas.^[6] Cuando creció la población comanche, el número de rancharías se multiplicó. Athanase de Mézières registró esta evolución en 1772. Escribió que los comanches «se dividen en infinidad de pequeñas bandas con la finalidad de buscar mejores pastos para sus caballos y ganado [bisontes] para alimentarse».^[7] En el momento culminante de su poder, a principios del siglo XIX, la nación comanche se componía más o menos de un centenar de rancharías dispersas por toda la Comanchería para optimizar el uso del forraje existente.

Mientras reajustaban las tradiciones nómadas y la organización social para adaptarse a la transición hacia la ganadería, los comanches también remodelaron las pautas de trabajo para satisfacer las nuevas demandas económicas. A principios del siglo XVIII, la sustitución de los métodos de caza a pie por la persecución a caballo había transformado la cacería de bisontes, que dejó de ser una actividad laboriosa y de trabajo intensivo para convertirse en otra muy eficiente y rentable, con lo que se liberaron grandes cantidades de mano de obra. Casi toda esa mano de obra liberada fue absorbida por la cría de caballos que, en términos de inversión de trabajo, se

convirtió en el año 1800 en la principal actividad económica de los comanches. Si las culturas de pastoreo se definen como pueblos que consumen gran parte de su tiempo y energía en actividades como cuidar, alimentar y entrenar caballos domésticos, los comanches del siglo XIX eran una sociedad típicamente de pastoreo. En este sentido, no diferían mucho de pueblos pastores tan célebres como los hunos o los mongoles.

Al igual que muchas otras sociedades de pastores, los comanches desarrollaron una división social del trabajo estricta y basada en el género y la edad. Por lo general, los varones adultos, jefes de grandes familias, tomaban las decisiones estratégicas en relación con el traslado del campamento y las zonas de pasto; pero la ardua labor diaria de arrear a los animales se encomendaba a los adolescentes. Los chicos trabajaban con los animales todos los días y constituían el auténtico núcleo ganadero de la comunidad comanche. En 1849, el capitán Randolph B. Marcy percibió esta división del trabajo en una ranchería de unos trescientos habitantes y casi dos mil quinientos caballos y mulas. Los jefes de la familia asignaban 150 animales a cada joven, que cumplía su obligación «con la vigilancia y atención más estrictas». La diligencia era conveniente, pues atender a los animales comportaba una serie de obligaciones difíciles. Había que proteger a los caballos de los depredadores, trasladarlos entre diferentes pastizales y darles de beber dos o tres veces al día. Había que curarlos de la deshidratación, las heridas, las úlceras en los cascos y las llagas causadas por las sillas. La atención diaria solía concluir llevando a los más valiosos a la zona de acampada, donde se dejaban bajo vigilancia por la noche. La imagen etnográfica romántica de unos jóvenes comanches que se pasan el día jugando, divirtiéndose y aprendiendo las destrezas y el arte de la guerra tenía muy poco que ver con la realidad social de la Comanchería imperial y su orientación mercantil.^[8]

La atención diaria a las manadas se volvía aún más onerosa durante el invierno, cuando las bajas temperaturas, los vientos gélidos y la disminución de los recursos mermaban la fortaleza de los caballos. La atención invernal era relativamente fácil siempre que hubiera hierbas aletargadas; pero cuando se agotaba el recurso, era necesario realizar un esfuerzo considerable para impedir que las manadas se murieran de hambre. Cada día, los jóvenes llevaban a los animales más lejos del campamento en busca de hierba fresca, hasta que era la propia ranchería la que se trasladaba. En los inviernos más crudos, cuando las bajas temperaturas y una gruesa capa de nieve impedían pacer a los caballos, los pastores tenían que suministrarles forraje adicional. Los pastores comanches desbrozaban grandes extensiones de terreno para el pasto, recolectaban corteza de chopo americano, el principal alimento de emergencia, y alimentaban a los caballos con ramas peladas o trozos de tronco. Cuando Marcy exploraba el valle del río Rojo en 1852, apreció el uso generalizado del chopo americano entre los pastores comanches y kiowa: «vimos en diferente estadio de degradación los muñones de los árboles que han cortado de año en año; algunos podridos por completo y otros cortados el pasado invierno. El mezquite y la grama suministran pasto a sus animales durante gran parte del invierno; y el chopo

americano es un recurso inagotable cuando no hay hierba».^[9]

Para atender a las manadas, los chicos solían recibir ayuda de las mujeres, que añadían esta laboriosa tarea a su ya larga lista de faenas.

Según los papeles asignados a cada sexo, las mujeres son responsables de la cría de los niños, el tratamiento de la carne y otra serie de obligaciones, que van desde la construcción del tipi hasta cocinar. También curtían las miles de pieles de bisonte que los comanches llevaban cada año al mercado. Sin embargo, cuando las manadas de caballos crecieron, las mujeres fueron implicándose cada vez más en diversas actividades de pastoreo. Como señalaba John Sibley, las faenas domésticas y ganaderas consumían el tiempo diario de las mujeres comanches: «Parecen estar continua y penosamente ocupadas curtiendo pieles de bisonte [...], recolectando leña, atendiendo y vigilando caballos y mulas, cocinando, confeccionando dogales y sogas de piel, levantando y reparando las tiendas y fabricando sillas de monta y de carga, etcétera, etcétera».^[10]

La aportación combinada del trabajo de jóvenes y mujeres permitía a los varones eludir las tareas ganaderas diarias y concentrarse en otras actividades anexas más especializadas. Eran responsables de la labor de organizar los desplazamientos del campamento y seleccionar los lugares de pasto, esencial para los nómadas. Jean Louis Berlandier, que en 1828 viajó durante una semana con una ranchería de los comanches orientales, apuntaba que el jefe, «en el papel de orador, empezó al menos una hora antes del amanecer a dirigirse a la totalidad de la tribu en voz alta», dándoles «órdenes sobre lo que había que hacer, la hora de la marcha y el lugar en el que iban a acampar». Los varones también capturaban y domaban caballos salvajes (una tarea difícil y muy especializada que llevaba semanas) y atendían a los caballos especiales de guerra y de caza, con lo que dedicaban muchísimo tiempo a cepillar, acicalar, almohazar y entrenar a estos valiosos ejemplares cuyas cualidades determinaban en buena medida la viabilidad económica de una familia y el éxito de un varón como fuente de sustento. Sin embargo, la responsabilidad que más tiempo les robaba era la de las incursiones para obtener ganado. Los preparativos eran meticulosos y requerían planificación estratégica, reclutamiento de participantes y celebración de rituales específicos. Una vez alcanzados los objetivos, las partidas de asaltantes solían pasar varios días valorando la situación para asegurar los mejores resultados con el menor número posible de bajas. El acto del robo solía ser un ataque relámpago sorpresa, preferiblemente a medianoche y con luz de luna; pero podían tardar varios días, o incluso semanas, en regresar a casa, pues tal vez las partidas que lograran su objetivo regresaban con centenares de animales, conduciendo una manada ingobernable durante cientos de kilómetros, a menudo de día y de noche, sin interrupción, para desembarazarse de los perseguidores.^[11]

Los comanches desarrollaron un enfoque peculiar de los asaltos y similar al de un negocio: lo consideraban sobre todo un acto productivo, un medio para alimentar de caballos, mulas y burros una economía de pastoreo de orientación mercantil.

Controlaban la intensidad de las actividades de saqueo para garantizar un suministro constante, y evitaban despojar de caballos y mulas zonas enteras de Nuevo México y Texas, dejando siempre en los ranchos y granjas animales suficientes para que la producción de ganado siguiera siendo viable. La estrategia era evidente en Texas, donde llevaron a cabo asaltos muy lucrativos desde la década de 1760 hasta los primeros años de la de 1830, cuando el descenso de beneficios les obligó a desplazar las actividades al sur del río Grande. Los comanches, en resumen, consideraban los ranchos, misiones y asentamientos españoles y mexicanos un recurso económico que había que explotar, en lugar de destruir. Por irónico que resultara para los españoles y mexicanos de la época, Texas pasó tres cuartos de siglo siendo para la Comanchería un depósito de ganado meticulosamente gestionado.

Pero resaltar la destreza y la prudencia de los comanches en los asaltos puede ocultar una faceta esencial de su economía de pastoreo: la producción propia. Los comanches dependieron casi en exclusiva de los asaltos en las primeras fases de adquisición de caballos pero, con el tiempo, acabaron siendo hábiles criadores capaces de producir un incremento sostenido de la envergadura de las manadas y de manipular la resistencia, la velocidad, el tamaño y el color de sus ejemplares. Producían animales con cualidades diferenciadas para la guerra, la caza y el tiro, y distinguían al menos entre diecisiete tipos de caballos distintos solo en relación con el color. De Mézières señalaba en 1778 que los comanches se habían vuelto «diestros en el cuidado de los caballos, a cuya cría se dedican» y, a principios del siglo XIX, todo el mundo consideraba que los caballos y mulas comanches eran de mejor calidad que el ganado español o mexicano. «Su riqueza consistía en caballos y mulas; los que crían ellos, suelen ser de categoría superior», escribía un observador al tiempo que señalaba que, mientras que los comanches venden de buena gana el ganado mexicano robado, «apenas se les puede convencer de que vendan sus mejores caballos». Theodore Ayrault Dodge, un oficial del Ejército de Estados Unidos que viajó por todo el Oeste y visitó la Comanchería a mediados del siglo XIX, escribió lo siguiente: «El comanche sobresale en un aspecto en particular. Sabe más de caballos y de cómo criarlos que cualquier otro indio. Está particularmente entusiasmado y dotado para montar un caballo pinto o picazo, y nunca conserva más que un semental picazo. Selecciona bien los ponis y, cuando los cría, hace gala de más sensatez de la que uno creería. El corolario es que el comanche es mucho menos cruel con sus bestias y, aunque empieza a utilizarlos cuando tienen un año, los ponis suelen durar mucho».^[12]

Como criadores, los comanches empleaban múltiples técnicas. Castraban a las mejores monturas para mejorar su resistencia y docilidad, y descartaban a los animales más débiles dejándolos morir en invierno o, simplemente, comiéndoselos. Introducían variaciones genéticas mediante la selección sistemática: por lo general, solo permitían que se aparearan con las hembras determinados sementales, y castraban a los demás. El fruto de todas esas técnicas fue el caballo comanche, bien proporcionado, sereno y ágil, que sobresalía en la caza de bisontes y en la guerra.

Durante las guerras con los españoles y el Ejército de Estados Unidos, solían eludir las columnas de caballería con sus veloces monturas, que dejaban atrás a los caballos euroamericanos, más corpulentos.^[13]

A principios del siglo XIX, los comanches ampliaron su economía de pastoreo de los caballos a las mulas. Cuando George Catlin visitó un numeroso campamento de comanches orientales en 1834, calculó que un tercio de la sustanciosa manada de aquel grupo estaba compuesta por mulas, lo que indica que los comanches no solo apresaban los híbridos en los asentamientos coloniales, sino que habían adquirido suficientes mulos para criar los propios. Estos animales, con un lomo poderoso, patas cortas y paso seguro incluso en terreno accidentado, se adaptaban mejor al tiro y la carga que los caballos, más delicados. Las mulas alcanzaban un precio muy alto en los mercados de las llanuras (el precio habitual era de dos caballos por una mula) y los comanches obtenían espléndidos beneficios comerciando con ellos. Pero la adquisición de mulas también puede interpretarse como una estrategia de pastoreo que permitió a los comanches adaptarse al clima de la Comanchería, propenso a la sequía. Las mulas soportan mejor la deshidratación, se adaptan mejor al pasto y sobreviven con menos nutrientes que los caballos, cualidades que las convertían en una alternativa deseable para los pastores comanches, que trataban de minimizar los efectos de las fluctuaciones climáticas sobre la producción de ganado. Mediante la diversificación sistemática de las manadas, lograron reducir el número global de pérdidas y convertir la Comanchería en una empresa de pastoreo boyante.^[14]

La conversión al pastoreo transformó la Comanchería en un núcleo de producción expansivo, pero fue difícil, exigente y arriesgada. Al orientar los movimientos y pautas de trabajo en torno a las necesidades de pasto de las manadas, parecían haber comprometido gravemente su capacidad de seguir y cazar bisontes, el puntal de su economía de subsistencia, que exigía desplegar una conducta nómada específica: el pastoreo se basaba en los movimientos frecuentes, a veces casi constantes, mientras que la caza requería migraciones más radicales, salpicadas de periodos relativamente largos de inmovilidad. Los caballos y los bisontes también competían por recursos y entornos idénticos (hierba, agua y valles fluviales), lo que dejaba en precario desde el punto de vista ecológico a cualquier sistema económico que dependiera de ambas especies.^[15]

Pero, en lugar de aferrarse a una situación económica de punto muerto, lograron entrelazar (sin duda, mediante ensayo y error) el pastoreo intensivo y la dedicación plena a la caza en una economía dual bien engrasada. Cuando adoptaron el pastoreo, habían perfeccionado la caza a caballo hasta el extremo de que les resultaba razonablemente fácil combinarla con los quehaceres ganaderos. La clave era la movilidad. El bison tiene un radio de migración relativamente corto, y los cazadores comanches con caballos bien dotados podían llegar con bastante facilidad a las manadas, aun cuando no las siguieran tan de cerca como los cazadores más especializados. Los caballos también les permitían transportar gran cantidad de carne

dsecada y en conserva (penmican), con lo que podían prolongar los descansos que hacían entre cacerías y aliviaban la necesidad de tener que permanecer cerca de las manadas de bisontes. El clima favorable les acompañaba. Su ubicación en el extremo meridional de las Grandes Llanuras les brindaba una temporada de caza excepcionalmente larga, lo que les permitía repartir las actividades de subsistencia entre varios meses. La creciente eficacia cazadora, unida al clima favorable, les permitió concentrar las actividades de caza en campañas frecuentes pero rápidas, que les proporcionaban comida suficiente para casi todo el año. Vivían la mayor parte del año en función de las condiciones impuestas por los caballos; no tanto como cazadores que utilizaran caballos, sino como ganaderos que también se dedicaban a cazar.^[16]

Los comanches habían vuelto del revés su economía y su sociedad para adaptarse a la cría de animales, pero no bastaba. El pastoreo intensivo les permitió criar más ganado para alimentar sus redes comerciales, en expansión; pero también absorbía gran cantidad de tiempo y energía, desviando mano de obra de otros sectores económicos. Cuando las familias siguieron ampliando sus manadas, padecieron sin remedio escasez de mano de obra y estuvieron a punto de comprometer su capacidad de producir alimento, pieles y otros artículos. Algunas familias no lograron adquirir más caballos y mulas, o decidieron no hacerlo, de los que pudieran mantener con comodidad; pero otras buscaron modos de aumentar la mano de obra disponible, la producción mercantil y la riqueza. Encontraron una solución en la poliginia y la esclavitud.

La poliginia, un sistema matrimonial en el que los hombres tienen varias esposas, era una práctica tradicional entre los comanches, pero aumentó de forma espectacular bajo la presión del incremento de la producción mercantil, que concedía mucha importancia al trabajo de las mujeres. La caza, los asaltos y la cría de caballos, las principales actividades productivas de los varones, acentuaban la audacia y la asunción de riesgos; mientras que las actividades femeninas de curtido de pieles, procesamiento de carne y cría de caballos fomentaban la destreza manual. Como un varón podía obtener caballos y pieles más deprisa y con menos esfuerzo del que invertía una mujer para alimentarlos, atenderlos y procesar su carne, los varones empezaron a tener varias esposas para aumentar la mano de obra. La poliginia se generalizó a principios del siglo XVIII y, desde ese momento, no dejó de extenderse. El gobernador de Texas, Domingo Cabello y Robles, escribió en 1786 que los varones comanches tienen a veces cuatro esposas; Pedro Bautista Pino señalaba en 1812 que «los hombres distinguidos suelen tener nada menos que siete esposas»; y Juan Antonio Padilla informaba, ocho años después, de que algunos varones comanches tenían ocho esposas. Josiah Gregg apuntaba que los varones destacados de las décadas de 1830 y 1840 podían tener entre ocho y diez esposas; y, a mediados

del siglo XIX, Robert Neighbors escribió que algunos hombres ricos tenían más de diez esposas.^[17]

La poliginia fue el medio fundamental para movilizar fuerza de trabajo femenina para la producción interior y un mercado en expansión. En torno a 1804, Manuel Merino y Moreno, funcionario español, dejó escrito el vínculo explícito existente entre la poliginia y el incremento de la demanda de mano de obra: «La práctica de la poligamia, o de mantener varias esposas, es habitual entre los comanches [...] Se emplea [a las mujeres adicionales] [...] en la tarea de curtir pieles, atender caballos y cargar a los animales con las tiendas y enseres cada vez que trasladan sus *rancherías*^[*] desde un territorio a otro». Pocos años después, David G. Burnet realizaba un comentario similar. Las mujeres de los matrimonios poligínicos, escribía, «son literalmente “cortadoras de leña y acarreadoras de agua” para sus maridos dominantes y altaneros. Se les impone toda clase de trabajo doméstico hasta un extremo inusual, incluso entre los salvajes». Berlandier escribió que se empleaba a las mujeres como trabajadoras, incluso, durante las expediciones de asalto de larga distancia: «se espera que las pocas mujeres que los acompañan se adapten a la relación de sus esposos y amigos, sin contar con el cuidado de los caballos y la ayuda para cargar lo que quiera que los hombres hayan robado».^[18]

Al relegar a las mujeres al cuidado de los caballos, el curtido de pieles y el curado de carne, la poliginia parece haber producido un marcado descenso de su posición social general. Las mujeres comanches trabajaban extraordinariamente duro, pero recibían pocas compensaciones materiales o sociales. José María Sánchez, un oficial mexicano, escribió a finales de la década de 1820 que las mujeres comanches «son auténticas esclavas para los hombres, que se ocupan únicamente de la guerra y la caza. Las esposas acarrear los animales muertos, cortan y curan la carne, curten las pieles, hacen la ropa y las armas de los hombres y atienden a los caballos». Según Burnet, la explotación de la mano de obra femenina se tradujo en una degradación social general: «[Las mujeres comanches], a quienes se tiene en muy poca estima, prestan mucha menor atención a los adornos personales que los hombres y, con la degradación de su condición social, parecen no haber conservado más que muy poca estima por sí mismas. Son personas llamativamente mugrientas y con una moral tan degradada, en apariencia, como su propia constitución física». Esta degradación social nacía de la misma dinámica que había socavado la posición de las mujeres en muchas sociedades no agrícolas discriminadas por el sexo, donde los varones dominan la esfera pública y, las mujeres, la doméstica. En esas sociedades, las mujeres suelen llevar la carga de la producción mercantil; pero los productos finales pertenecen a los varones, que pueden recabar el prestigio emanado del control y la redistribución de artículos esenciales de la producción de riqueza.^[19]

Cuando los matrimonios poligínicos se volvieron habituales, los varones comanches empezaron a ver a sus esposas no tanto como compañeras, sino más bien como trabajadoras. Las esposas adicionales eran responsables de las tareas

domésticas más pesadas, como curtir pieles, curar carne y atender a los caballos en invierno, y solían trabajar bajo la supervisión de la primera esposa, la respetada matrona de la casa. La expansión de la poliginia también reforzó el control de los varones sobre la propia institución matrimonial. A principios del siglo XIX, muchos matrimonios los concertaba el padre o el hermano de la novia, quien a menudo no podía rechazar al marido escogido. Quizá Berlandier haya exagerado la naturaleza contractual de los matrimonios, pero captó la esencia de la transformación: «el matrimonio entre los comanches es una adquisición hecha por el varón, más que un contrato entre dos individuos. La poligamia es la norma, y un hombre solo se casa para incrementar el número de sirvientas». Además de transformar el matrimonio para que dejara de ser un vínculo emocional y se convirtiera más bien en una inversión económica, la poliginia tuvo otras consecuencias prácticas adversas sobre la población femenina. A medida que se fue incrementando la demanda de mano de obra femenina, las jóvenes se casaban antes; con frecuencia, antes incluso de alcanzar la pubertad. Muchos padres comanches trataban de casar a varias hijas con el mismo hombre, con lo que confiaban en presionar al yerno para que las tratara mejor; pero el inconveniente práctico era que los contratos matrimoniales solían hacerse cuando las jóvenes todavía estaban en los primeros años de la adolescencia.^[20]

Cuando escribían sobre las mujeres indígenas americanas, los observadores euroamericanos solían proyectar sus expectativas culturales sobre unas sociedades que actuaban bajo unos criterios radicalmente distintos, y su conclusión solía quedar distorsionada por el ideal occidental de que se debía recluir y proteger a las mujeres. Además, como, por regla general, registraban solo lo que se veía a simple vista, los observadores blancos raras veces escribían sobre aspectos más recónditos de la esfera doméstica, donde las mujeres ejercían una autoridad moral considerable. En la vivienda, apartadas de la mirada de los euroamericanos, las mujeres eran quienes tomaban las decisiones principales. Una *paraiboo?*, o primera esposa veterana, controlaba la distribución de alimento y gobernaba a las esposas adicionales y los esclavos, al tiempo que disfrutaba de los privilegios de la riqueza. «Tal vez sea el alivio de trabajo que representan los esclavos —escribió Gregg— lo que haya contribuido a elevar a las mujeres comanches por encima de muchas otras de las tribus más septentrionales». Las mujeres dirigían la crianza de los niños, poseían caballos de carga y podían comerciar con una pequeña parte de las pieles y la carne que producían para el mercado. Las mujeres de matrimonios poligínicos que eran hermanas encontraban apoyo emocional mutuo, y las que se casaban con maridos violentos o poco rentables solían fugarse con amantes o incumplir sus obligaciones domésticas, hasta que el marido se divorciaba de ellas.^[21]

Y sin embargo, el tema que preside todos los comentarios de la época (que la escalada de la poliginia tenía un efecto negativo sobre la condición de las mujeres) es incuestionablemente cierto. Las innumerables esposas adicionales de los matrimonios poligínicos formaban una nueva subclase de trabajadores serviles explotados en la

sociedad comanche, que orientaba su propia constitución a la producción de excedentes para el mercado.

El aumento de la poligamia fue acompañado del de la esclavitud. Ambas instituciones tenían una génesis común (nacieron para paliar la escasez de mano de obra crónica derivada de la producción mercantil) y mantenían un vínculo funcional: muchas esclavas se incorporaban finalmente a las familias comanches como esposas trabajadoras. En los términos más esenciales, la poliginia y la esclavitud nacían de unos cimientos culturales e ideológicos comunes: ambas reflejaban un sistema patriarcal más general que descansaba sobre el control masculino y la subordinación de las mujeres y los niños, y tendía a reducir a mujeres y niños a objetos de honor, rivalidad y militarismo masculino.^[22]

Los comanches habían saqueado otras sociedades indias para obtener prisioneros mucho antes de tener contacto con los europeos y, a principios del siglo XVIII, se habían convertido en los principales traficantes de esclavos de la mitad Sur del subcontinente. Sin embargo, esa servidumbre humana no se convirtió en una institución a gran escala en la Comanchería hasta el año 1800. Los comanches realizaban cacerías de esclavos frecuentes en Texas y el norte de México durante la segunda y la tercera década del nuevo siglo y, muy pronto, emergieron como los esclavistas más importantes del Sudoeste.

José Francisco Ruiz, que pasó varios años recluido en la Comanchería oriental en la década de 1810, informaba de que sus anfitriones tenían más de novecientos «prisioneros de uno y otro sexo». Un informe mexicano de 1823 afirma que los comanches orientales «tenían en su poder como prisioneros» más de «dos mil, quinientos de los cuales son de toda clase, sexo y edad»; y Berlandier, a principios de 1830, apuntaba en sus escritos que tenían «entre quinientos y seiscientos» cautivos criollos, cifra que no incluía los centenares de esclavos apresados entre los osage y demás naciones indias enemigas. Así pues, las estimaciones varían mucho, pero todas apuntan a que la población esclava de la Comanchería oriental había aumentado con rapidez. Como la población total de comanches orientales a principios del siglo XIX giraba en torno a los diez mil individuos, la proporción de esclavos debió de haber oscilado entre el 10 y el 25 por 100. La información sobre la Comanchería occidental es más escasa, pero las fuentes de que disponemos hacen pensar que la esclavitud también se generalizó allí. En 1850, por ejemplo, un habitante de Nuevo México de San Miguel del Vado informaba de la visita hecha a una ranchería de los comanches occidentales, en la que «había casi tantos esclavos mexicanos, mujeres y niños, como indios». Del informe se hacía eco George Bent, que conocía a fondo la cultura de los indios de las llanuras y recordaba que «casi todas las familias» comanches «tenían uno o dos prisioneros mexicanos». La conjetura de Bent situaría la cifra de población esclava total de la nación en varios millares, que es lo que Waddy Thompson, un enviado texano al México de principios de 1840, creía que era la realidad: «en este momento, no hay menos de cinco mil mexicanos esclavos de los comanches».^[23]

Varias fuerzas confluyeron para dar lugar a este aumento del cautiverio y la esclavitud. Una era la idea tradicional, pero todavía persistente, de que los prisioneros eran cauces o moneda de cambio simbólicos. Los comanches sometían a torturas rituales y mataban a algunos prisioneros para vengar la muerte de miembros de su comunidad caídos en combate, buscando consuelo para los parientes dolidos y reafirmación de su superioridad sobre los enemigos. Ruiz informaba de que las ancianas pedían «al guerrero el pelo de enemigo muerto (la cabellera de la víctima se exhibe en un lugar destacado de la casa del guerrero)». Luego, las mujeres «exhibían la cabellera por toda la aldea» mientras los hombres, a caballo, cantaban, gritaban y disparaban sus armas. Las mujeres lloraban por «los muertos recientes, sobre todo las madres que habían perdido a un hijo». Pero los prisioneros no solo eran vehículos simbólicos para la venganza; también podían convertirse en canales simbólicos para la paz. El intercambio de prisioneros solía marcar las negociaciones diplomáticas entre los comanches y las potencias coloniales, contribuyendo a resolver agravios y sanar heridas emocionales.^[24]

Otro motivo persistente tras la esclavitud comanche era el valor de los prisioneros como capital humano comercializable o inversiones para obtener *rescates*^[*] Los fabulosos mercados de esclavos de Nuevo México y la Louisiana francesa habían disminuido o desaparecido con el desmoronamiento de los viejos imperios, pero los comanches siguieron apresando cautivos en Texas, Nuevo México y el interior de México con la intención de volver a vendérselos a sus sociedades de origen o, si no, a los agentes del gobierno estadounidense en el Territorio Indio. La mayoría de los prisioneros a quienes se rescataba eran mujeres españolas y mexicanas (el control sobre las mujeres todavía predominaba en el entorno social del Sudoeste, masculino y presidido por el tema del honor), pero los comanches también cobraban rescate por varones españoles y mexicanos «de cierta edad que, de algún modo, han logrado salvarse de la ira de sus amos». Un observador de la época señalaba que, cuando los comanches llevaban a estos prisioneros a aldeas fronterizas para cobrar el *rescate*^[*] «los colonos se apresura[ba]n a pagarlo y a liberar a uno de los suyos, ofreciendo alguna baratija o, tal vez, una mula, un arma de fuego o cualquier otro objeto que el propietario considere digno del escaso valor que un prisionero cristiano tiene entre los salvajes». Como los cautivos españoles y mexicanos eran mercancías de gran valor futuro, se les trataba particularmente bien. «Los prisioneros criollos apresados por los indios en acciones de guerra contra aldeas y guarniciones fronterizas reciben un trato justo en comparación con el que se dispensa a los miembros de los pueblos enemigos».^[25] Si bien los motivos comerciales y culturales tradicionales siguieron conformando y estimulando la esclavitud en la Comanchería, la institución sufrió un cambio fundamental a principios del siglo XIX, cuando los comanches experimentaron un crecimiento económico y comercial acelerado. Su nueva economía dual de caza y pastoreo orientados al intercambio tenía una necesidad enorme de mano de obra, que solo se podía satisfacer mediante la esclavitud y fomentaba una nueva concepción de

la servidumbre: los comanches empezaron a ver a los cautivos no tanto como instrumentos de intercambio y retribución, sino como trabajadores a quienes se podía utilizar para producir ganado y pieles con las que comerciar. Así pues, bajo la presión cada vez mayor de los mercados, asignaron un nuevo rostro a los sistemas esclavistas indígenas del Sudoeste: practicaban la esclavitud con fines económicos manifiestos.

Las enfermedades epidémicas que asolaron la Comanchería a principios del siglo XIX otorgaron una urgencia particular a la transición hacia una esclavitud impulsada por la economía, creando una necesidad inminente de sustituir con prisioneros a los muertos y reponer las redes de parentesco devastadas. Los comanches depositaban un valor especial sobre las prisioneras, a las que se podía utilizar, junto con las mujeres comanches de matrimonios poligínicos, para atender caballos, curtir pieles, curar carne, cocinar y embalar enseres cuando trasladaban el campamento. Los comanches ponían a trabajar a las mujeres casi inmediatamente después de capturarlas, y utilizaban diferentes métodos para incrementar su productividad: desde la violencia física hasta la exigencia de una cuota mínima mensual de pieles acabadas. A las prisioneras también se les obligaba a ofrecer servicios domésticos y sexuales, y las que tenían antepasados europeos se incorporaban a la fuerza reproductiva de los comanches como madres potenciales de niños que pudieran ser más resistentes a los gérmenes europeos. También se apreciaba mucho a los varones adolescentes porque, como señalaba un observador, se les podía obligar a «desempeñar tareas de baja categoría que suelen desarrollar las indias». Otro apuntaba que «tienen varios (esclavos) mexicanos» y «utilizan a los jóvenes para apacentar a los animales». Sobre todo, las mujeres y niños mexicanos acabaron convirtiéndose en un elemento central del sistema laboral comanche, pues desempeñaban tareas que una nación económicamente expansiva y demográficamente estancada no podía realizar por sí sola.^[26]

Los comanches consideraban que los varones adultos eran prisioneros que se adaptaban peor a la nueva vida de esclavos y, por tanto, eran menos propensos a convertirlos en trabajadores. En las cacerías de esclavos de México, un observador creía que «solían matar a los hombres sobre el terreno, mientras que se llevaban a las mujeres y los niños pequeños para hacerlos esclavos». Pero si el varón apresado poseía algún talento especial, los comanches lo empleaban de inmediato en tareas como fabricar sillas de montar, reparar armas de fuego, preparar armas y utensilios de metal o domar caballos salvajes. Depositaban un valor especial en los prisioneros alfabetizados, que podían traducir despachos interceptados o servir como intérpretes en reuniones diplomáticas con agentes coloniales. También utilizaban a los prisioneros mexicanos para que hicieran de guías en las incursiones en asentamientos coloniales, con lo que explotaban su conocimiento detallado de rasgos geográficos y pautas de asentamiento. George Bent creía que muchos niños cautivos, después de haber sido pastores varios años, acababan siendo «guerreros ordinarios» y, como tales, representaban una incorporación importante a la economía de saqueo de los

comanches. Los comanches permitían incluso que los prisioneros cautivos encabezaran partidas de guerra, con lo que aprovechaban los persistentes lazos de estos jefes de guerra «auxiliares» con los campesinos mexicanos, cuya lealtad solía descansar más cerca de los comanches que de la élite colonial: «Algunos de esos jefes de guerra auxiliares tenían amigos entre los peones de México, y se enteraban por estos amigos de dónde se podían encontrar las mejores manadas de caballos y mulas, así como de los movimientos de las tropas mexicanas. Al hacer uso de esta información, los peones solían encaminar a sus partidas de guerra al corazón de los asentamientos mexicanos y hacían grandes redadas de saqueo».^[27]

La presencia en la Comanchería de miles de personas esclavas planteaba un reto desalentador para una sociedad no coercitiva que carecía de mecanismos institucionalizados para controlar a una población no libre numerosa. Los comanches nunca trazaron una línea muy clara entre amos y esclavos, y no disponían ni de los medios necesarios para imponer la sumisión incondicional, ni de una ideología racista para someter mentalmente a la población esclava. Pero el sistema esclavista comanche duró y se expandió, escapando en gran medida a los obstáculos potenciales del crecimiento: discordia social, fugas y aumento de una subclase descontenta. Por paradójico que resulte, los comanches fueron capaces de sortear los escollos de la esclavitud a gran escala porque no renunciaron a sus ideas tradicionales sobre la institución esclavista en sí. En lugar de tratar de contener al pueblo forastero con un sistema rígido de control y castigo, se aferraron a la tradición y siguieron manteniendo una institución esclavista maleable. Pese a su envergadura, su inmensa relevancia económica y el énfasis sobre el trabajo, la esclavitud comanche siguió siendo bastante distinta de los sistemas esclavistas orientados a la posesión de enseres.

Si bien se fundía en parte con los sistemas de parentesco y cautividad más antiguos y flexibles, la esclavitud de los comanches era, en esencia, un sistema de explotación coercitivo e impulsado por la economía: una extensión del poder imperial. La mayoría de las personas esclavizadas se esforzaban y, a menudo, se cargaban de trabajo en la atención a los caballos, la elaboración de pieles y otras faenas intensivas, que reducían su vida a una rutina tediosa y agotadora. «Su situación siempre es más difícil de soportar que la de las mujeres patoka [comanche]», señalaba Victor Tixier, el viajero francés, refiriéndose a las mujeres prisioneras: «en la vivienda, tienen que realizar las tareas más desagradables». Rachel Plummer, una mujer de origen inglés apresada en Texas, recordaba que el curtido de pieles la tenía «ocupada todo el día, de sol a sol»: «Solía tener que acarrear todo el día la piel de bisonte para acabarla mientras me ocupaba de los caballos». Si los esclavos varones no cualificados lograban salvarse de la muerte cuando los apresaban, tenían que hacer frente a una violencia y explotación rayana en la mutilación simbólica. «A los prisioneros varones se les maltrata espantosamente — escribió Tixier—. «Se les obliga a realizar el trabajo que se supone que solo hacen las

mujeres. Por sí solo, eso ya es una muestra de desprecio; además, se les obliga a entrenar caballos supuestamente indomables».^[28]

A todos los prisioneros se les hacía pasar también por una fase de adoctrinamiento, a menudo brutal, durante la cual se libraban de su identidad anterior y, en cierto sentido, se convertían en una tábula rasa desde el punto de vista social. Los comanches despojaban a todos los prisioneros nuevos de todo vestigio de su vida anterior rebautizándolos y vistiéndolos con atuendo comanche. Obligaban a los varones a cumplir con la práctica de arrancarse el vello facial, y dejaban a los niños desnudos para que se les curtiera la piel. A veces, tatuaban el rostro de los prisioneros más jóvenes. Para la mayor parte de los prisioneros, los primeros días en la Comanchería estaban llenos de espanto y humillación infligidos mediante golpes, azotes, mutilaciones y hambre. «La suerte de las mujeres [capturadas] es atroz — escribió Berlandier—, aunque solo sea porque las indígenas de su mismo sexo se divierten torturándolas y golpeándolas sin razón a cada instante». Lo que a Berlandier le parecía un acto de crueldad gratuita era, en realidad, un ritual de transición meticuloso, un proceso de «alienación natal» que dejaba a las prisioneras absolutamente indefensas y dependientes emocionalmente de sus nuevos amos, mediante el cual se las separaba de sus sociedades de origen. Para los comanches, los prisioneros torturados eran personas muertas desde el punto de vista social que podían renacer como comanches.^[29]

Administrar este tipo de muerte social podía llegar a adoptar formas extremadamente violentas, sobre todo si el prisionero era un varón adulto apresado en una batalla que hubiera arrojado bajas comanches. Burnet escribió que a uno de esos cautivos «se le arrojó al centro [de la aldea] mientras la muchedumbre enfervorizada formaba círculos a su alrededor y le atacaba con garrotes, trallas, cuchillos, jabalinas y teas, con una ira desatada y desmedida, obligándolo, al mismo tiempo, a sumar su voz a la del coro infernal, a bailar y cantar y a agitar el poste hediondo con las cabelleras sangrientas de sus compatriotas hasta que se derrumbaba en el suelo». Pero la descripción de Burnet continúa: «Si, por casualidad, sobrevive a tan cruda iniciación, se le exime luego del castigo corporal, se le considera un miembro de la sociedad *sub conditionis* y se le asigna como esclavo a la familia del guerrero que lo capturó, donde se le suele tratar con humanidad». Esta paradójica afirmación (según la cual la pertenencia a la sociedad coexiste y se entrelaza con la condición de esclavo) encierra un rasgo fundamental del sistema esclavista comanche. La servidumbre humana en la Comanchería no era una institución rígida e innegociable, sino un continuo social fluido, amplio e intrínsecamente ambiguo que ofrecía a los prisioneros infinidad de papeles y espacios con diferente grado de libertad, privilegio y servidumbre.^[30]

Los comanches consideraban que algunos esclavos eran una propiedad inalienable, a quienes trataban, y con quienes comerciaban, pues eran mercancías que se podían vender, comprar u ofrecer como regalo. Pero los comanches también

reconocían a los esclavos personales, a los siervos de sangre, que estaban adscritos a comanches concretos mediante una alianza de sangre patrimonial. Cada vez que se vendía a uno de estos esclavos, se celebraba una ceremonia en la que se extraía sangre de la mano o el brazo del esclavo con el fin de afirmar el lazo pseudofilial y patriarcal entre el esclavo y su propietario. Como señalaba Burnet, los comanches tenían fama de tratar a sus esclavos con compasión, y muchos encontraron cierta dosis de confort emocional y aceptación social en medio del dolor y el horror del cautiverio. Según un observador, las mujeres prisioneras podían ser «esclavas abyectas», pero gozaban de cierta protección contra la violencia. Los esclavos varones podían comerciar con su talento para obtener un trato justo, y muchas prisioneras encontraban protección física y psicológica entre las mujeres comanches, cuyo apego por afinidad las protegía de la violencia sexual mediante el tabú del incesto. Sarah Ann Horn, una prisionera anglotexana capturada en 1834, describió más adelante que fue adoptada informalmente por una anciana viuda que la hizo trabajar mucho como curtidora de pieles, pero que también la protegía contra las violaciones. Según Horn, era «una excepción a la regla general de estos seres despiadados y, con sus actos de amabilidad y sus modales serenos, contribuyó muchísimo a reconciliarme con mi destino». El jefe Is-sa-keep [Hombro de Lobo] hablaba en 1849 de unos vínculos profundos cuando los agentes estadounidenses le presionaron para que liberara a sus prisioneros mexicanos. El jefe afirmaba que la exigencia «le producía mucho dolor».^[31] Y, lo que es más importante: la esclavitud no era necesariamente una condición permanente en la Comanchería. Gran parte de los esclavos acababan siendo adoptados por familias comanches que hubieran perdido algún miembro a causa de la enfermedad, la guerra o cualquier otra desgracia. Estos individuos integrados se convertían en *kwuhupus*, que significa literalmente «mi cautivo». Carecemos de cifras precisas, pero es posible que tan solo una minoría de esclavos siguiera siendo un auténtico esclavo o *tiri? aiwapIs*.^[32]

Para las mujeres adultas, la principal vía de acceso a la adopción era el matrimonio, que las convertía en esposas, madres y miembros de la tribu de pleno derecho. «A las prisioneras suelen convertirlas en esposas», señalaba Gregg, y gran parte de las esposas adicionales de las viviendas poligínicas comanches de principios del siglo XIX eran antiguas esclavas. Ya fueran de origen indio o euroamericano, se las consideraba comanches puras. Los niños prisioneros eran adoptados por familias como hijos o hijas, según parece sin ninguna alharaca ritual, pero también «sin distinción de color o nación». Para las niñas, la línea que separaba la adopción del matrimonio no siempre estaba clara, ya que algunas de ellas se quedaban con familias anticipando la condición de esposa. Cuando Wahawma compró a otro comanche a Hekiyani'i, una prisionera mexicana, le dijo: «cuando crezcas, serás mi esposa». Para los chicos, la edad era esencial para determinar su destino, según refirió a los etnógrafos en 1933 Tasúra, un anciano comanche: «adoptábamos a prisioneros jóvenes en la familia, [pero] a los mayores los hacíamos esclavos». Tal vez este

criterio viniera determinado por cuestiones de índole práctica (cuanto más pequeño era el niño, más fácil era de asimilar), pero los euroamericanos veían en ello una significación simbólica más profunda. Berlandier escribió con una angustia ostensible que los niños capturados en Texas y otros asentamientos coloniales «se criaban con mucho cuidado». Sus ideas acaban siendo las de una persona cuya concepción original de los indios, los europeos, la identidad y el poder se han anulado de forma violenta. Se lamentaba de que los niños blancos prisioneros «crecen con unos tutores [comanches] tan buenos, que acaban siendo tan activos y malvados que la población de la guarnición teme a esos prisioneros más que a los propios indios [...] Los principios de la vida vagabunda que se inculca a estos niños son tan conciencizados que, cuando alcanzan cierta edad, son los peores enemigos de los pueblos de sus antepasados».^[33]



12. *La española (una prisionera)*. Acuarela de James Abert. Esta adolescente fue apresada en 1841 por un joven comanche, Little Mountain, que se la regaló a su padre. A partir de un mensaje del presidente de Estados Unidos: de conformidad con una resolución del Senado por la que se informa de una expedición dirigida por el teniente Aben a la cuenca alta del río. Arkansas y por el país de los indios comanche, en otoño del año 1845, 29 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 438. Por cortesía de la Yale Collection of Western Americana, Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de Beinecke.

Los inconvenientes de la asimilación eran nimios para los varones adultos, pero a

algunos se les asimilaba mediante la tradicional ceremonia de reemplazo, según la cual el prisionero heredaba el espacio social vacante de un comanche enfermo. Si un candidato a la sustitución resistía y sobrevivía a la «iniciación severa» descrita por Burnet, asumía las responsabilidades y obligaciones del miembro perdido de la familia y se convertía en un pariente. Estas sustituciones tenían un significado biológico y emocional: restablecían el linaje fracturado y consolaban a los parientes que habían perdido a alguien asegurándoles cierta continuidad social. «El prisionero adoptado en la tribu reconoce como padre al hombre que lo secuestró y lo lleva a su familia —escribió Berlandier—. En ese momento, le cambian el nombre y lo tratan con ternura, como si fuera realmente el hombre que murió en combate». Los adultos no asimilados mediante el ritual de sustitución estaban condenados a pasar sus días como *tiri? aiwapIs* o esclavos corrientes y trabajadores manuales y, sin embargo, podían encontrar incluso algún modo de realzar su valor cultural. Varios *tiri? aiwapIs* obtuvieron aceptación social mediante hazañas de guerra o tras años de servicio fiel, y algunos se ganaron incluso el derecho a casarse, convertirse en comanches y proseguir su linaje. «A los prisioneros se les conceden derechos y privilegios después de que se sumen a una batalla con la tribu —señalaba Ruiz—, y, sobre todo, si se distinguen en el combate». También apuntaba que era más fácil que los prisioneros indios obtuvieran privilegios sociales antes que los blancos, seguramente porque estaban mejor equipados culturalmente para satisfacer las expectativas de los comanches.^[34]

Sin embargo, la adopción no borraba por completo la condición de extranjero, ni tampoco desembocaba en aceptación social incondicional. Los comanches trazaban una distinción muy clara entre *numuruboraru*, «nacidos de padres comanches», y *numunaitu*, quienes «viven como los comanches»; y la mayoría de los cautivos adoptados desarrollaban su vida en una especie de limbo social en el que eran, al mismo tiempo, miembros de la sociedad y trabajadores serviles. Los comanches utilizaban el término peyorativo de «esposa de faena» para las prisioneras que se incorporaban a viviendas poligínicas como trabajadoras y esposas, y se decía que adoptaban niños cautivos «como una especie de servidumbre filial». Según Tixier, «a los chicos jóvenes los acoge o adopta en cierto modo un valiente, a quien sirven en calidad de escudero o esclavo. Cuando crecen, se les concede cierta libertad, pues no pueden echar de menos a una familia que apenas han conocido». Pero, aun cuando la asimilación no borrara el estigma social asociado a la antigua condición de esclavo, sí facilitaba el acceso a ciertos privilegios sociales elementales, como el derecho a casarse o a tener propiedades. Según apuntaba un observador de la época, lo que más vinculaba a los esclavos adoptivos «a estas hordas vagabundas es el hecho de que, tal vez, obtengan el derecho a casarse. Cuando lo consiguen, no pierden el menor tiempo en tomar varias esposas y establecerse como si hubieran vuelto a nacer».^[35]

Este tipo de esclavitud blanda, según la cual se desplazaba la línea divisoria entre el amo y el esclavo, tenía un inconveniente manifiesto: dado que muchos esclavos,

cuando no la mayoría, eran, en última instancia, adoptados o asimilados, los comanches tenían que salir continuamente de cacería para hacer más prisioneros que realizaran labores de baja categoría y prestaran servicios degradantes. Los esclavos eran un recurso que se evaporaba continuamente en la Comanchería, y los comanches tenían que invertir grandes cantidades de tiempo y energía en renovarlo.

Luego, una vez más, la maleabilidad de la esclavitud comanche la convertía en una institución social notablemente estable. El hecho de que concedieran a sus esclavos privilegios generales (incluida la libertad) impedía que la esclavitud se convirtiera en una fuerza perturbadora desde el punto de vista social. Solo había fugas de vez en cuando, y casi todos los esclavos acababan siendo miembros productivos de la sociedad y, al menos en apariencia, estaban contentos de serlo. «Los chicos españoles de entre diez y quince años —escribió Burnet— acabarán tan reconciliados con su cautiverio [...] que solo se les diferenciará de sus homólogos salvajes por las ligeras variaciones de la naturaleza». Los euroamericanos de la época también creían que los prisioneros criollos de los comanches «están tan felices con esa vida que muchos han olvidado su lengua materna, no desean regresar a la civilización y aborrecen las aldeas de sus familias y amigos». Los prisioneros criollos, que sin duda procedían de la esfera más baja de las sociedades coloniales, habían descubierto un espacio de oportunidad inesperado entre los comanches y parecían haber encontrado la servidumbre casi liberadora: «Estos prisioneros no regresan a sus hogares —señalaba un observador— porque la vida nómada y los matrimonios que han contraído les otorgan una independencia que aprecian; y no porque sus amos los vigilen tan de cerca que no puedan huir». Otro observador señalaba que los comanches «juzgan sabiamente» que el privilegio de casarse «es un incentivo poderoso para mantener [a los cautivos] con la tribu y, así, incrementar su número». Aunque los comanches capturaban a la mayoría de los esclavos en Texas y el norte de México, nunca surgió un sustrato de descontentos hispano-mexicanos que pudiera haberse rebelado contra el régimen. Al contrario, George Bent sostenía que los lazos familiares y emocionales entre los comanches y sus prisioneros eran tan profundos que los cautivos rescatados solían huir para regresar a la Comanchería.^[36]

Sin embargo, todos los epítetos que pudiéramos asignar a la esclavitud comanche (blanda, flexible, voluntaria) no consiguen reflejar la dimensión humana plena y los costes de la institución. Mientras remontaba el río Canadian hasta Santa Fe en 1839, Gregg encontró en una ranchería comanche a un joven mexicano prisionero que tenía «diez o doce años, [y] cuya nacionalidad apenas podía adivinarse bajo su atuendo indio». Cuando se enteró por el chico, que todavía hablaba inglés, de que era de Parral, le ofreció pagar el rescate y devolverlo con sus parientes. Pero el joven vaciló un instante y replicó «con tono afectado» que se había vuelto demasiado bruto viviendo entre los cristianos. Gregg también refería la historia de una mujer mexicana de Matamoros que se había negado a ser rescatada, pese a que habían ofrecido mil dólares por su libertad. «Envió noticia a su padre de que la habían desfigurado con

los tatuajes; de que estaba casada y, quizás, *enceinte* (embarazada); y que, en estas circunstancias, sería más desgraciada si regresaba con su padre que si se quedaba donde estaba».^[37]

Se trataba de historias recurrentes. Debió de haber infinidad de episodios similares a los de este joven y esta mujer: los de ciudadanos cautivos que habían decidido vivir su vida entre los comanches en un exilio sereno y autoimpuesto, sirviendo a personas que no eran sus amos, pero tampoco parientes, realizando trabajos duros, reproduciéndose y muriendo por un imperio que alimentaba la destrucción de sus lugares de origen, que jamás volverían a ver.

Se cuenta que el jefe indio A Big Fat Fall by Tripping [Gordo Zancadilleado] tenía mil quinientos caballos, pero que estaba tan obeso que no podía montar ninguno y debía desplazarse en *travois*. Tal vez sorprenda que un hombre tan gordo alcanzara una posición de liderazgo en una sociedad célebre por sus destrezas marciales, pero distaba mucho de ser algo excepcional. En 1834, George Catlin encontró al gran jefe de los tenewa, Tabequana [Águila de Sol] en el ramal septentrional del río Rojo, durante las conversaciones de paz con Estados Unidos. Pintó un retrato del jefe y, fascinado, describió su aspecto físico con detalle carnal: «había una inmensa masa de carne, Ta-wah-que-nah (Tabequana) [...], a quien adelantaron como jefe de la tribu [...] Aquel hombre enorme, cuyas carnes sin duda pesan ciento cincuenta kilos, o más, se tomó con una calma maravillosa el ejercicio de su autoridad temporal». En 1843, los representantes del gobierno de Texas negociaron con otro gran jefe tenewa poderoso, Pahayuko, un hombre «grande y corpulento que pesaba [...] más de cien kilos, con una agradable expresión de tolerancia, rebosante de buen humor y jovialidad» y, seis años más tarde, el capitán Marcy fue recibido junto al río Rojo por un jefe comanche de quien no se daba el nombre, pero se decía que era «un anciano muy corpulento». A Tutsayatuhoit [Perro de las Praderas Negro], el jefe yamparika que desempeñó un papel crucial en las conversaciones de paz con los kiowa en 1806, los comanches le recuerdan como un hombre no solo de «una estatura gigantesca, sino también de enorme anchura».^[38]

A Big Fat Fall by Tripping [Gordo Zancadilleado], Tabequana [Águila de Sol], Pahayuko [Hombre Amoroso] y Tutsayatuhoit [Perro de las Praderas Negro], todos ellos ricos, poderosos, ampulosos y físicamente imponentes, representaban a la nueva élite que comandaba la sociedad comanche a principios del siglo XIX. Eran demasiado corpulentos para distinguirse en la guerra, la vía de acceso tradicional para adquirir prestigio y poder en las sociedades de los indios de las llanuras, pero su envergadura no les impidió alcanzar la cima de la jerarquía comanche. Para observadores de la época como Catlin, eran meras curiosidades, hombres con sobrepeso que dirigían una nación de guerreros soberbios desde el punto de vista físico; pero el volumen de aquellos hombres tiene algo más que mera significación anecdótica. Encarna la

esencia de transformaciones complejas que modificaron la sociedad comanche durante el cénit de su poder. Su ascenso refleja una nueva realidad social en la que la riqueza material y el poder político habían quedado estrechamente entrelazados, y en la que la pasividad y la benevolencia serena podían reportar más prestigio que la ambición y la diligencia declaradas.



13. *Montaña de rocas, segundo jefe de la tribu (comanche)*. Óleo sobre lienzo de George Catlin, 1834. Por cortesía del Smithsonian American Art Museum, Washington D. C. / Art Resource, Nueva York.

Exactamente igual que el ascenso de la hegemonía comanche fue posible gracias a los caballos, así también la nueva élite basó su posición privilegiada en la abundancia de caballos. Una familia comanche media de principios del siglo XIX poseía entre veinte y treinta caballos y mulas; pero las familias más ricas (casi, por norma, las de las viviendas con un número mayor de miembros, capaces de movilizar la mayor parte del trabajo) podían llegar a poseer una cifra dos, tres o, incluso, diez veces superior. Burnet, que recabó información sobre los comanches, sobre todo, en la década de 1810, escribió que «los individuos industriosos y emprendedores poseerán a veces entre cien y trescientas mulas y caballos, fruto de botines de guerra», y Marcy señaló a finales de la década de 1840 que «los ladrones de caballos con más éxito poseen entre cincuenta y doscientos animales». Hay informes de comanches que poseían manadas colosales de varios millares.^[39]

Los comanches siempre consideraron que sus caballos eran una propiedad privada (el nombre que daban al animal era *puku* o *puc*, «el caballo personal») y las manadas descomunales representaban para sus propietarios una fuente inmensa de

capital económico, político y social. Los caballos eran la herramienta que permitía a los hombres capturar más ganado y esclavos en las incursiones, así como el medio de producción que multiplicaba la capacidad productiva de una familia. Los hombres con manadas abultadas podían mantener a grandes familias numerosas (*numunahkahnis*) y varios esclavos, que aportaban mano de obra adicional para la caza, el pastoreo y otras faenas domésticas. Los caballos también suministraban la moneda de cambio social que les proporcionaba acceso a las mujeres. Los comanches eran una sociedad rica en mujeres casaderas, en la que se esperaba que los novios compensaran a los futuros suegros con regalos. Aunque la mayoría de los hombres podía, en última instancia, pagar la dote requerida (uno o dos caballos de primera categoría), solo los más ricos podían multiplicar el precio varias veces y acumular mano de obra sustancial de esposas adicionales. Los propietarios de caballos más ricos podían invertir así sus bienes en adquirir varios esclavos y esposas para preparar pieles, carne y otras mercancías que, a su vez, les permitían dominar el comercio de exportaciones e importaciones, que tanta riqueza generaba. Aunque casi todos los varones comanches participaban en el comercio, el de mayor escala era privilegio de los mayores propietarios de caballos, con numerosos esclavos y esposas.^[40]

Pocos hombres se hacían multimillonarios, la élite de la élite. Por lo general, los varones maduros, de cincuenta, sesenta o setenta años, acumulaban riqueza suficiente para convertir a sus *numunahkahnis* en auténticas manufactorías. Disponían de los medios para adquirir y adoptar numerosos esclavos personales y *kwuhupus*, y tenían varias esposas que no solo trabajaban, sino que podían alimentar y atender a multitud de niños cautivos. Aunque casi todos los *numunahkahnis* comanches tenían dos o tres esclavos, los más ricos disponían de varias docenas. Los ancianos poligínicos más sobresalientes también tenían varias hijas casaderas que atraían a los pretendientes y sus generosos regalos, y varios hijos, que cazaban y asaltaban por ellos. En 1849, Marcy se encontró con un anciano jefe de los comanches orientales, Is-sa-keep, que le explicó al capitán los ingredientes de su posición social: «Era padre de cuatro hijos, de quienes decía que eran los jóvenes más elegantes que se podía encontrar; que eran una magnífica fuente de satisfacción para él, en su ancianidad, y que podían robar más caballos que cualquier otro joven de su banda».^[41]

Pertenecer a la nueva aristocracia significaba ser capaz de mantener muchos y muy diversos *numunahkahnis*, entre los que había varias esposas, hijos, esclavos, siervos y adoptados; pero también significaba poder afirmar que otros varones comanches eran dependientes. Los miembros prósperos de la élite prestaban monturas de carreras a jóvenes sin caballo a cambio de una parte del botín, con lo que, en la práctica, empleaban a jóvenes como braceros. También podían casar a sus hijas con varones menos consumados, que pagaban la dote con trabajo atendiendo a sus suegros como siervos en deuda, a veces durante años. Si un hombre tenía varias hijas casadas, podía haber logrado dejar de cazar, ya que la costumbre obligaba a sus yernos a abastecerle de carne incluso después de que el matrimonio fuera efectivo.

Los parientes de sangre también se convertían a veces en pseudotrabajadores. Los varones ricos y poligínicos de la élite eran famosos por entregar una de sus esposas a hermanos menores y con menos prestigio a cambio de que trabajaran para la vivienda como cazadores y ladrones de caballos.^[42]

Los miembros con más éxito de la élite podían retirarse casi por completo del trabajo físico para acabar convirtiéndose en una especie de anomalía en lo que, en esencia, todavía era una economía intensiva de saqueadores. Eran protocapitalistas en lo que se considera fundamentalmente una sociedad no capitalista, unos «grandes hombres» fabulosamente ricos cuyas amplias redes de personas dependientes y cuyo acceso privilegiado a los medios de producción les permitían hacer que otras personas realizaran para ellos trabajos serviles. Podían movilizar el trabajo de varios esclavos, esposas adicionales y marginados, que cazaban, atendían a los caballos, realizaban incursiones o preparaban alimentos y pieles para ellos mediante la coerción o con la esperanza de mejorar sus perspectivas asociándose a ellos. De hecho, podían generar más riqueza limitándose tan solo a controlar la riqueza, una posición de ocio privilegiado en la que la destreza física ya no era un requisito para el éxito económico. Podían abandonar la vida de guerrero y cazador, engordar y cargar con su masa corporal como una señal de honor y privilegio masculinos. Abandonaban el atuendo guerrero al uso, compuesto por una camisa y unos pantalones de gamuza, y daban a conocer su rango mediante una exhibición extravagante de bienes y ropa ostentosa, entre la que había abrigos vistosos, uniformes militares, pantalones occidentales, corbatines o fajines de piel. Para manifestar dominio sobre las mujeres y control sobre el trabajo, cortaban el pelo de las prisioneras y se lo ponían como extensiones. «Algunos jefes [...] llevan el pelo de entre doce o catorce esposas al mismo tiempo —escribía un observador—, [el pelo] les cuelga casi hasta el suelo y se embadurnan con una capa tan densa de grasa y barro rojizo, con los que sustituyen al bermellón, que apenas pueden llevar un sombrero de talla doble a la ordinaria».^[43]

Cuando los hombres alcanzaban una posición que les permitía gozar de un ocio próspero, estaban en situación de acumular un poder político considerable. Como ya no tenían que demostrar su valía en competiciones agresivas con otros varones, podían mostrar indiferencia hacia su prestigio personal y preocuparse más por el bienestar del grupo, un rasgo que los comanches consideraban esencial en un jefe. El exceso de riqueza también permitía a los varones de la élite exhibir otra virtud fundamental del liderazgo: la generosidad. Como poseían varias hijas y esposas adicionales, podían ceder la pretensión de conseguir mujeres a solteros o hermanos no casados, y así ayudar a otros varones a adquirir esposa. Y si formaban parte de los pocos escogidos que tenían varias docenas de caballos extra, podían entregar animales a los más pobres a cambio de apoyo y lealtad políticos. Estos actos de magnificencia podían interpretarse como generosidad compulsiva (la inversa del consumo compulsivo), mediante la cual los individuos proclamaban su dignidad social y su superioridad. Sin embargo, al mismo tiempo, los actos de generosidad

promovían la solidaridad con el grupo y la estabilidad, pues reportaban a los donantes autoridad moral para indicar a los demás lo que debían hacer.^[44]

Un hombre que colmaba de regalos distribuyéndolos con buen criterio podía acabar convirtiéndose en un *paraibo* y fundar su propia ranchería que, en realidad, era una reunión de familias adscritas a un solo gran hombre y a sus *numunahkahnis* mediante unos lazos superpuestos de generosidad, dependencia, lealtad y patrocinio. Los varones comanches no medían su poder político por el número de personas subordinadas, sino por la extensión de las redes de bienestar que podían mantener. Las rancherías comanches se identificaban, por lo general, con el nombre de su jefe, que mantenía unida la comunidad mediante prácticas de bienestar. Los *paraibo* más poderosos podían convencer a los demás de que adscribieran sus rancherías a la suya y aceptaran el papel subordinado de jefes secundarios o, como los llamaban los españoles, *capitanes chiquitos*^[*]. Por ejemplo, el célebre Ecueraacapa encabezaba un grupo de 157 viviendas, tal vez unas mil quinientas personas, que era una amalgama de varias rancherías; y el poderoso jefe *tenewa Paruakevitsi* tenía tres jefes secundarios en su ranchería.^[45]

Si los jefes de las rancherías mayores constituían el escalón superior de la sociedad comanche, el extremo inferior estaba compuesto por jóvenes con pocos caballos, o ninguno. La acumulación de una manada sustancial era un proceso lento y extenuante, y la mayoría de los varones pasaba varios años en esta posición modesta. Al igual que casi todas las sociedades saqueadoras, la de los comanches concedía mucho valor a la independencia individual y esperaba que los jóvenes forjaran su propia fortuna; hasta los hijos de los varones de la élite tenían que dedicar años a capturar ganado, pues se consideraba inadecuado que pidieran a sus padres que les suministraran caballos. Y apresar caballos no representaba para los jóvenes una vía de acceso tan rápida a la riqueza y la posición social como se podría suponer. Las normas de la comunidad dictaban que los veteranos que encabezaban partidas de guerra eran los primeros en escoger su parte del botín; los más jóvenes tenían suerte si podían conseguir unos cuantos de poca calidad. Además, los jóvenes solían entregar todos o casi todos los que obtenían a los padres de una novia potencial con la esperanza de ganarse el derecho de iniciar el cortejo. Quienes más éxito tenían en los asaltos recibían presiones para entregar una parte de los frutos del saqueo a mujeres solteras en la *Shakedown Dance*, una danza ritual, y algunos jóvenes entregaban una y otra vez todos los caballos apesados para dar a conocer su destreza y la seguridad en sí mismos que tenían como asaltantes.^[46]

La falta de caballos excluía a los jóvenes de actividades esenciales que reportaban riqueza, respeto y prestigio. Tenían que tomar prestados animales de veteranos y pagarlos con una parte de la matanza o el botín, lo que, a su vez, les impedía acumular un excedente de animales y pieles con fines comerciales. Las armas de fuego de primera calidad, los utensilios de metal, las mantas y demás artículos de importación estaban casi fuera de su alcance. El matrimonio no era tampoco más que

una perspectiva remota. No solo la escalada de la poliginia mermaba el plantel de esposas potenciales, sino que los jóvenes carecían de caballos con los que pagar la dote. Pobres y sin perspectivas, resultaban indeseables para las adolescentes solteras y sus padres, que eran plenamente conscientes de la carga que representaba el matrimonio y sopesaban minuciosamente sus opciones antes de concertarlo. Al sortear el delicado equilibrio entre emociones e intereses, muchas mujeres comanches no comprometidas consideraban el matrimonio como un vehículo para adquirir nobleza y rechazaban a los pretendientes con menos prestigio.^[47]

Excluidos del matrimonio, los jóvenes sin caballos o con pocos veían gravemente comprometido su acceso al reconocimiento social pleno. Los comanches consideraban que el matrimonio era tanto un símbolo del honor masculino como un medio para alcanzarlo, además de que confirmaba la capacidad de un varón de reclamar mujeres y defender su posición frente a los demás; y los solteros, o *tuibihtsi?s*, quedaban al margen del círculo del respeto. Los españoles los llamaban *gandules*^[*] puesto que vivían en bandas íntegramente masculinas en las afueras de las rancherías, dormían en refugios provisionales, subsistían a base de pequeños animales y servían como cazadores y asaltantes a veteranos acaudalados. Muchos varones comanches pasaban más de una década en este espacio social intermedio, esforzándose por acumular los caballos suficientes para adquirir una esposa y mantener una familia: mientras que la mayoría de las mujeres se casaban en la adolescencia, los hombres no solían hacerlo hasta que tenían casi treinta años. Los *tuibihtsi?s*, sin privilegios, necesitados y ambiciosos, conformaban un grupo de trabajadores con mucha disponibilidad cuya explotación permitía a la élite aumentar sus manadas y su riqueza.^[48]

Entre ambos extremos había un amplio segmento de tipos sociales intermedios: todas las familias de varones de mediana edad que habían obtenido suficientes caballos para que se los considerara estables, aun cuando no fueran demasiado ricos. Poseían suficientes caballos corredores para cazar y asaltar, y un número de caballos de carga para llevar montada a una familia extensa. Una pequeña reserva de animales excedentarios les permitía participar en el comercio de importación y exportación, que tanta riqueza generaba, y proclamarse jefes potenciales de grandes familias poligínicas. Como gozaban del prestigio de la madurez plena que acompañaba al matrimonio, se distanciaban de los solteros y emulaban el estilo de vida de la élite. Aunque no podían retirarse por completo del trabajo activo, las labores de sus esposas les permitían especializarse en la caza y el saqueo. Eran hombres como estos a los que el capitán Marcy se refería cuando escribió sobre un «guerrero de las praderas [que] no realiza ninguna tarea degradante; su única ocupación es la guerra y la persecución. Sus esposas, a las que aprecia poco más que a su caballo, realizan todas las labores tediosas. Se dedica a la caza, fuma su pipa, come y duerme, y así pasa la vida y, a su juicio, él mismo es el soberano más señorial e independiente del universo». Pero la influencia social de estos varones tenía límites. Si bien gozaban del

prestigio y la autonomía personal que confería el matrimonio, los varones del estrato social intermedio eran superados en categoría y poder por la élite veterana, que poseía varias esposas y sirvientes, dominaba el mercado matrimonial como donantes de esposas y monopolizaba los cargos de liderazgo.^[49]

A principios del siglo XIX, la inyección de caballos de propiedad privada y riqueza había convertido a los comanches en una sociedad estratificada con distinciones muy marcadas de prestigio y privilegio entre individuos y familias. La riqueza, la posición social y el poder habían acabado fundiéndose, lo que dio pie a que aumentaran las desigualdades estructuradas en torno a la edad, el matrimonio y el acceso disparado a las mujeres y el trabajo. Pero estas fisuras sociales nunca cristalizaron en una sociedad de clases rígida con grupos formales. La sociedad comanche se había vuelto más jerárquica, pero conservaba su flexibilidad tradicional, que reducía la distancia social entre la élite y los comanches de a pie e interfería con un sistema de clases pleno. Esto fue consecuencia de varios factores, el principal de los cuales era una mentalidad individualista, antigua y persistente: la opinión de que cada hombre y mujer tenía que demostrar su valía moral mediante logros personales. Aunque había casos de hijos que sucedían a padres como *paraibo* (el ejemplo más famoso es el de los dos Cuerno Verde de finales del siglo XVIII), la actitud general era que las posiciones de privilegio había que ganárselas, no se heredaban. Los grandes hombres comanches se habían hecho a sí mismos y no habían nacido en familias ricas y poderosas, sino que despuntaron poco a poco entre las masas. Como concluía un observador, «todo hombre se esfuerza por alcanzar la posición más alta que le permitan sus méritos».^[50]

Estos elementos meritocráticos iban acompañados de la creencia en que la posición social de un hombre no era algo inamovible, sino que siempre se podía impugnar. Un varón comanche tenía que reafirmar su posición y su hombría una y otra vez con los demás varones, que convertían la posición social en un rasgo que nunca se dejaba de negociar. La escala social por la que ascendían o descendían los varones de acuerdo con los vaivenes de su fortuna y reputación personal no era algo fijo, lo que mantenía abiertas las puertas de la movilidad social. Esas puertas existían incluso para los antiguos esclavos: no había techo para los *numunaitus*. Tal vez los esclavos adoptados acarrearán el estigma de no haber nacido entre los comanches, pero no había ningún obstáculo institucional que les impidiera implicarse en el robo de caballos, la acumulación de propiedades y la adquisición de varias esposas o, incluso, sus propios esclavos.^[51]

Este carácter dual de la sociedad comanche, la coexistencia de una segmentación cada vez más profunda y una plasticidad persistente, alimentaba una competitividad social atroz. Las oportunidades para ascender de forma espectacular en la escala social, junto con el riesgo omnipresente de descender, enfrentaban entre sí a grupos de prestigio y varones de diferente edad. Los varones comanches, sobre todo los jóvenes solteros que todavía no habían sobresalido en la batalla, eran

extremadamente sensibles a su posición y ansiaban mejorarla con respecto a los demás, a quienes, por fuerza, consideraban rivales. La sociedad solo podía sostener un determinado número de posiciones de privilegio, y había un plantel muy numeroso de marginados, hombres que no gozaban de aceptación social plena. Actuando en el marco de los parámetros claros de la excelencia y el fracaso, los jóvenes comanches estaban condicionados culturalmente para ser ambiciosos, agresivos y competitivos.

La competitividad adoptaba muchas formas. Un varón de clase baja con ambiciones podía robar el caballo de un veterano, o herirlo, o seducir a una de sus esposas. Aunque era técnicamente ilícito, este tipo de actos era bastante frecuente: los etnógrafos posteriores descubrieron que los comanches habían desarrollado un procedimiento estándar para resolver las disputas relacionadas con el adulterio o las laceraciones y el robo de caballos. Como los comanches esperaban que los veteranos hicieran gala de majestuosidad, compostura y buena disposición a disculpar las ofensas, un individuo agraviado no podía recurrir a la violencia declarada sin perder prestigio. Tal vez pudiera castigar a su esposa adúltera mutilándola o matándola sin sentir culpa, pero se esperaba que persiguiera a los infractores y exigiera *nanuwoku*, una compensación material que solía pagarse en caballos, mulas o armas de fuego. En la mayor parte de los casos, el infractor aceptaba pagar y se zanjaba el asunto. Todo estaba estructurado y era previsible, lo que hace pensar que los comanches toleraban las afrentas como un mecanismo liberador de tensiones que ofrecía a los varones de baja posición social una vía alternativa para destacar. El acto de desafiar era una representación social, una escenificación de la preocupación por el estatus, que permitía a los miembros menos privilegiados de la sociedad comanche gestionar sus emociones y su vida social. Las afrentas invertían provisionalmente la jerarquía social prevaleciente y aliviaban las tensiones y la presión psicológica nacidas de una desigualdad cada vez mayor; mientras que los *nanuwoku* reafirmaban simbólicamente el orden social basado en los papeles bien definidos de los veteranos y los jóvenes.^[52]

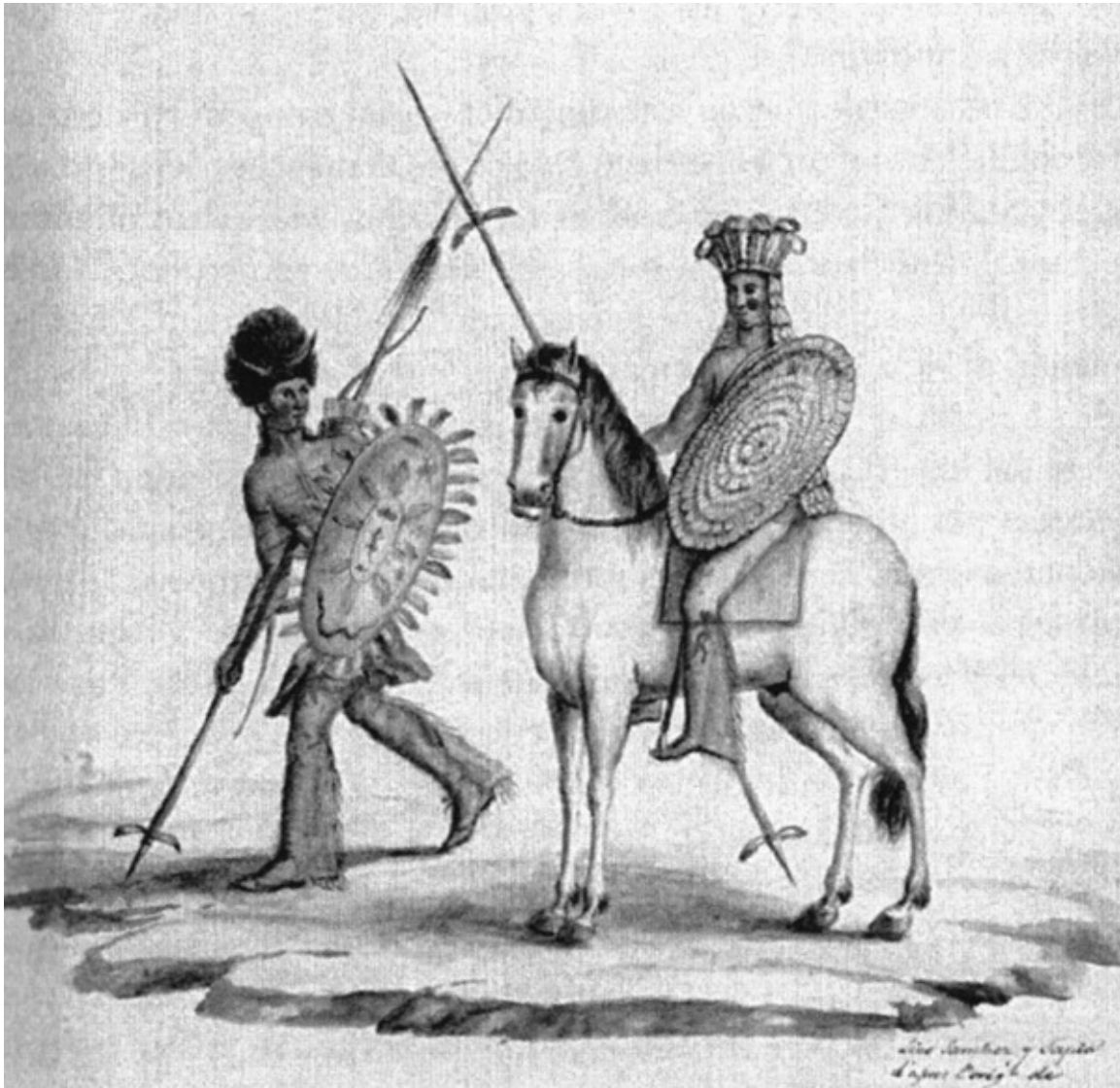
No obstante, el espacio fundamental para la competitividad social era el campo de batalla. Los veteranos de la élite podían retirarse de la guerra de forma efectiva pero, para los jóvenes, una carrera militar seguía siendo el vehículo más eficaz para ascender en la escala social. Al distinguirse en el combate (siendo reconocidos como *tekwuniwapis* o valientes), obtenían un capital simbólico que les reportaba honor; y apresando caballos y esclavos acumulaban un capital tangible que les daba acceso a mujeres y los aproximaba al reconocimiento social pleno. Marcy señalaba que, para los jóvenes, una carrera militar era un requisito para cualquier tipo de reconocimiento social: «a un joven que no ha realizado una o más de estas expediciones [de asalto] en México no se le otorga más que una reputación escasa».^[53]

Los comanches animaban activamente a los jóvenes a que fueran competitivos en la guerra. Valoraban el egoísmo de los ancianos, pero esperaban que los jóvenes se preocuparan por mostrar su valía como guerreros. Al igual que casi todas las sociedades indias de las llanuras, la de los comanches disponía de un mecanismo

institucionalizado para reconocer y clasificar los honores de guerra: el recuento de hazañas, que refrendaba acciones militares tan audaces como el combate cuerpo a cuerpo o matar a gran número de personas. Los puntos obtenidos mediante hazañas aceleraban el ascenso de un hombre en la escala social, pues servían como proclamación pública de su destreza militar y de su valor potencial como esposo y mantenedor, y constituían un incentivo poderoso para que los jóvenes demostraran su valía en la batalla. Las hazañas militares podían servir incluso de atajo para el matrimonio. Según informaba un observador de la época, los padres, a veces, entregaban a una de sus hijas a un guerrero distinguido, en apariencia sin pedir dote. [54]

Los preparativos para la guerra culminaban en rituales de danza y canto muy elaborados, en los que los ancianos creaban un frente sólido y unificado para explotar la inseguridad social y el instinto de competitividad de los más jóvenes. «Los que van a pie caminan en dos filas de a uno formando un largo pasillo —informaba Ruiz—. Los jefes avanzan por el medio, ataviados con sus mejores galas y acompañados de sus mejores guerreros y sus hijos [...] Los ancianos que han sido valientes en su juventud marchan por el exterior de la formación individual y narran sus hazañas del pasado en voz alta, aconsejando a los más jóvenes que mueran antes que cometer un acto de cobardía». En estos rituales de guerra ocupaba un lugar preponderante la obtención del derecho a adquirir mujeres, la señal definitiva del honor masculino. Ruiz escribía que los ancianos «instan a las mujeres a que se casen únicamente con quienes son valientes y audaces en la batalla, y a que rechacen al guerrero cobarde. Así es como los ancianos no dejan de arengar a la asamblea y de recorrer el campamento». [55]

La ambición y la inseguridad de los jóvenes ante este tipo de presión social contribuye a explicar una de las manifestaciones más espectaculares de la cultura militar comanche: los Lobos. Los Lobos era una sociedad de élite compuesta de guerreros destacados que habían establecido obligaciones militares, un atuendo de gala y determinadas ceremonias, y que estaban dispuestos a asumir riesgos extremos en la batalla. En palabras de Ruiz, sus miembros avanzaban por separado, llevaban «gran profusión de adornos que solo ellos podían utilizar, incluyendo unos cinturones de piel de lobo que llegan hasta el suelo [...] A los Lobos no se les permite abandonar el campo de batalla, ni siquiera cuando se ven muy superados en número. Tienen la obligación de morir antes que ceder terreno, aunque los demás guerreros estén en franca retirada». Un miembro sobresaliente de los Lobos gozaba de un respeto inmenso, además del acceso privilegiado a mujeres. «Cuando regresan victoriosos de una campaña —señalaba otro observador—, dan comienzo danzas improvisadas a las que solo se invita a las solteras, que tienen orden de satisfacer todos los deseos de los guerreros victoriosos». [56]



14. *Comanches occidentales con atuendo de guerra*. Acuarela de Lino Sánchez, y Tapia, h. 1836. El complejo militar comanche se alimentaba de una competitividad atroz entre los jóvenes por la adquisición de caballos, mujeres, prestigio y honor viril. Muchos guerreros llevaban tocados trenzados con el cabello de sus esposas y prisioneros. Por cortesía del Museo Gilcrease, Tulsa, Oklahoma.

Así pues, las normas culturales de los comanches profesaban un culto guerrero muy estructurado y competitivo, que impulsaba a los jóvenes a asumir riesgos extremos con el fin de ganar reconocimiento social. Siempre es delicado atribuir una planificación deliberada a las tradiciones culturales y los rituales sociales pero, en el caso del culto guerrero de los comanches, parece verosímil concederle intención estratégica. Al hacer énfasis en que la destreza en el combate era una marca de la valía social de un hombre, el culto al guerrero restaba importancia al cuestionamiento de la posición social como vía de ascenso social, y contribuía a orientar los efectos perturbadores de la rivalidad masculina hacia el exterior de la comunidad comanche, o contra los grupos enemigos. Si el capitán Marcy estaba en lo cierto cuando señalaba que «la única ambición [de los jóvenes comanches] consiste en ser capaces de plantar cara con éxito [...] al enemigo en la guerra»,^[57] no es porque fueran intrínsecamente violentos, sino porque estaban desesperados por atravesar las líneas de fractura social

que separaban la soltería del matrimonio, la pobreza de la prosperidad y las tareas tediosas del tiempo de ocio. Se obsesionaban con la guerra para que algún día, quizá, no tuvieran que volver a combatir.

La reconstrucción de esta dinámica social competitiva ilumina las condiciones y presiones bajo las que los comanches del siglo XIX alcanzaban la madurez, se casaban, tenían hijos y buscaban plenitud personal; pero la dinámica social también tiene consecuencias más generales: en su seno se puede encontrar también una causa fundamental del ascenso y la expansión continuada del imperio comanche. Si había una fuerza interna omnicomprendiva que explicara el auge del imperio comanche, era la incesante competitividad de los varones por obtener prestigio. La captura violenta de ganado y prisioneros mediante el pillaje representaba para los varones la senda principal para ganar aceptación social: les daba acceso a riqueza y mujeres y los elevaba hacia el reconocimiento social pleno. Para los varones comanches, asaltar era una cuestión de vida o muerte social, y era esa mezcla de angustia y ambición cruda lo que los impulsaba a arriesgar su vida una y otra vez para obtener botines, a dedicar gran parte de su vida a los rigurosos asaltos y a viajar centenares de kilómetros para penetrar en México y encontrar oportunidades nuevas de saquear. Los comanches se entregaron a la batalla y construyeron vastos territorios para realizar incursiones porque su nación necesitaba pastos, territorios que los protegieran, esclavos, mercancías y comercio; pero lo hacían porque sus jóvenes necesitaban demostrar su valía como esposos y mantenedores.

La competitividad para obtener prestigio individual y los asaltos a gran escala estaban íntimamente entrelazados en la sociedad comanche, pero no quiere decir que la industria del asalto fuera un mero reflejo de la ambición individual descamada, ni un impulso social ciego. La competitividad entre varones por el prestigio servía como un motor poderoso para llevar a cabo acciones externas violentas, pero su empuje estaba supervisado y controlado por instituciones de orden superior que orientaban la política exterior comanche. Los comanches nunca desarrollaron un sistema de toma de decisiones unitario al estilo de un Estado, pero sus cambiantes estructuras políticas eran lo bastante sólidas para utilizar el impulso competitivo de los jóvenes en aras del bien de la nación y lo bastante cohesionadas para incorporar la economía del bandidaje a una política diplomática y militar coordinada. Era asimismo un proceso psicológico y político, que comportaba un diálogo creativo y, en ocasiones, tirante, entre el interés individual y la solidaridad del grupo, y que nos lleva al núcleo mismo del sistema político que formó el imperio más duradero en el Sudoeste colonial.

La unidad política básica de los comanches era la ranchería, una red de grandes familias aliadas o con lazos de parentesco. La ranchería, un producto sólido nacido de fuerzas económicas, ecológicas y políticas, era lo bastante ágil para perseguir a las manadas de bisontes en migración, lo bastante pequeña para no agotar los pastos

locales con sus propias manadas, y lo bastante grande para organizar defensas locales. Las rancherías actuaban desde muchos puntos de vista como unidades políticas independientes que tomaban decisiones autónomas sobre el traslado del campamento, las normas de residencia y el comercio y los asaltos a pequeña escala. Era el grupo social principal con el que se identificaban las personas, si bien los individuos y las familias cambiaban de banda local. Casi todos los matrimonios se concertaban en el seno de las rancherías, y los recién casados solían vivir en la casa del marido, cerca de sus padres.^[58]

Las rancherías se mantenían unidas mediante lazos de afinidad y estaban dirigidas conjuntamente por *paraibo* y consejos de adultos. Las rancherías no escogían sus *paraibo* en elecciones formales, sino que, por el contrario, reconocían poco a poco a la persona que exhibía los atributos ideales de un jefe. Los comanches depositaban mucho valor sobre la imagen y determinaban la valía moral de una persona por su capacidad de suscribir códigos de conducta comunes. En condiciones ideales, un *paraibo* había demostrado su destreza diplomática en la acción, había acumulado una fortuna personal y se había desprendido de parte de ella. La riqueza, si se gestionaba de un modo socialmente aceptable, constituía una senda eficaz para alcanzar el liderazgo, y un buen *paraibo* entregaba más que otros hombres. Cultivaba relaciones patriarcales con sus seguidores poniendo en común sus recursos en épocas de necesidad, y su generosidad vinculaba a otros jefes de familias a la suya como *haits* (amigos formales), que quedaban en deuda con él, o como *tubitsinahaitsInuus* (verdaderos amigos). Un buen *paraibo*, en pocas palabras, entendía la aritmética social de la riqueza: cuando acaparaba, dividía a las personas; cuando distribuía, las reunía. «Dada la liberalidad con la que disponían de sus bienes en todas las ocasiones que lo merecían —escribió el agente indio Robert S. Neighbors refiriéndose a los grandes hombres comanches—, inducían a creer que adquirirían propiedades con la mera finalidad de entregárselas a los demás».^[59]

Las rancherías comanches eran comunidades estrechamente ligadas por linajes de parentesco próximos y entrelazados, pero sus pautas de liderazgo eran asombrosamente fluidas y difusas. «La autoridad de sus jefes es bastante más nominal que positiva, con un carácter más asesor que obligatorio», concluía Burnet a principios del siglo XIX. Los *paraibo* parecían sin duda poderosos. Casi todos tenían heraldos personales, que proclamaban sus decisiones por todo el campamento, y algunos disponían de un grupo de jóvenes que ejercían de ayudantes y guardaespaldas. Pero su poder formal siempre estaba limitado. Más que dictar sentencias, los *paraibo* intermediaban y guiaban más con el ejemplo que dando órdenes. Mantenían unida la ranchería arbitrando en disputas, pero no tenían la potestad de juzgar o impartir sentencia. Utilizaban su denso conocimiento ecológico para decidir cuándo y dónde se trasladaba el campamento, con lo que salvaguardaban la viabilidad ecológica del grupo, y su *puha*, su poder sanador, protegía a la ranchería de las enfermedades, el hambre y los conflictos. Pero no podían obligar a sus

seguidores a quedarse en la ranchería: todo aquel que estuviera descontento con su *paraibo*, sencillamente, se trasladaba a otra banda. Y si el número de descontentos superaba un umbral crítico, era el propio *paraibo* el expulsado. Si un jefe «caía en desgracia por un acto de cobardía o mala administración —escribió Marcy—, [sus seguidores] no vacilaban en deponerlo y situar en su puesto a alguien más competente». Para el comisario de asuntos indios de la República de Texas, los comanches representaban «la democracia más perfecta que había sobre la faz de la tierra; todo se gestiona mediante asambleas de base, y la gente tiene derecho a destituir a un jefe y elegir sucesor a su antojo».^[60]

Pero los *paraibo* no eran jefes que carecieran de autoridad. Un escenario en el que ejercían un poder considerable era el consejo de la banda, que se ocupaba de asuntos como las campañas militares generales, el reparto del botín obtenido en operaciones a gran escala, el momento y el lugar de las cacerías estivales y los servicios religiosos de la comunidad. A todos los adultos se les permitía participar e intervenir, pero las reuniones estaban presididas por *paraibo*, que solían auspiciar los consejos en sus propios tipis y coreografiaban meticulosamente los procedimientos. Como señalaba Ruiz, «el jefe ocupa el asiento principal y envía al portavoz a informar [a] todos los guerreros de que acudan al consejo de la pipa [...] Se sitúa a un centinela en la puerta y entran de uno en uno y dicen “he venido, ¿dónde me siento?”. El jefe le responde si es a izquierda o derecha, según corresponda, y entra y se sienta [;] cada uno que va entrando se va despojando de los adornos y la ropa que lleve y los deposita en un recinto de la parte trasera de la tienda».^[61]

Al despojarse de los adornos personales, los consejos restaban énfasis al engrandecimiento personal y subrayaban la armonía. Siempre buscaban el consenso, orientando al máximo sus decisiones hacia el sentir público prevaleciente. Pero, en la práctica, los consensos solían ser reducidos, pues solo implicaban a los *paraibo* y a unos cuantos veteranos, cuyas familias e intereses estaban estrechamente ligados entre sí. La mayoría de los asistentes tenía poca influencia en la decisión. «Una vez que los ancianos habían manifestado su opinión —refieren las descripciones etnológicas—, los hombres de mediana edad exponían la suya y, tal vez, los más jóvenes dijeran incluso algunas palabras». Las tensiones generacionales eran palpables. Marcy escribió que los ancianos utilizaban los consejos como un mecanismo para «moldear el ímpetu de los guerreros jóvenes y ambiciosos», y los representantes de la República de Texas señalaron en 1845 una frustración patente entre los guerreros comanches jóvenes. Un oficial informaba de que el jefe Mopechucopé aconsejaba a los jóvenes la reconciliación preguntando «a todos y cada uno si estaban a favor de la paz. Algunos respondieron que importaba muy poco si lo estaban o no, pues debían acatar la opinión de los ancianos». Y, sin embargo, según afirma la tradición oral, los jóvenes consideraban «sacrosantas» las decisiones del consejo. Tal vez obedecieran al consejo «más por miedo a despertar la ira de los jefes y el descontento de las fuerzas sobrenaturales», que por una idea abstracta de

obediencia política, pero el resultado era idéntico: los *paraibo* y sus partidarios dominaban las rancherías y los asuntos diplomáticos y militares.^[62]

Los *paraibo* también dominaban el territorio económicamente esencial, pero socialmente delicado, del comercio exterior. Al igual que los jefes de otras sociedades muy estructuradas de indios de las llanuras, poseían el poder sancionado por la cultura de decidir cuándo, dónde y cómo se celebraba el comercio, así como qué se intercambiaba y a qué precio. Cuando una partida comercial extranjera llegaba a una ranchería comanche, el jefe era llevado a la vivienda del *paraibo* donde, según M. C. Fisher, el jefe «lo acoge como invitado y ordena a sus indios que descarguen sus caballos y transporten todos sus bienes, mantas y utensilios de cocina a la vivienda establecida para su recepción». Esta práctica permitía a los *paraibo* examinar las mercancías de los visitantes y acogerlos bajo su protección personal. La siguiente fase incluía celebrar, fumar e intercambiar regalos, lo que contribuía a transformar al visitante en un pariente metafórico. Los *paraibo* solían aceptar regalos antes de comerciar para, luego, redistribuirlos entre sus seguidores, un privilegio que les reportaba un prestigio enorme. Por último, los *paraibo* establecían la lista de bienes intercambiables y negociaban el precio. A continuación, anunciaban al visitante en el campamento, con lo que autorizaban el comercio. Si las cosas transcurrían según el protocolo adecuado, el intercambio era una mera formalidad. «En el comercio comanche —escribió Gregg—, el principal problema consiste en fijar el precio del primer animal. Como suelen determinarlo los jefes, suele suceder que a una mula le siga otra y que el precio se cobre sin mayores reparos».^[63]

Los *paraibo* actuaban entonces como mediadores y barreras entre sus seguidores y los extranjeros, regulando el espacio social en el que los bienes cambiaban de manos. Al supervisar personalmente las negociaciones previas al comercio, lograban eliminar los intentos de los comerciantes euroamericanos de elevar los precios y preservaban la capacidad negociadora de sus rancherías. Los *paraibo* impedían asimismo la entrada de alcohol en las rancherías con la simple medida de circunscribir las conversaciones previas a sus alojamientos, donde siempre eliminaban el alcohol de la lista de bienes autorizados. Como los comerciantes extranjeros tenían poco o ningún contacto con su clientela comanche hasta que comenzaba el trueque efectivo, eran incapaces de incorporar al comercio ese artículo que tanta adicción producía. Los comanches, igual que los pawnee, cuyos jefes ejercían un control similar sobre el comercio extranjero, siguieron siendo un pueblo excepcionalmente abstemio hasta finales del siglo XIX.^[64]

De manera similar, los *paraibo* controlaban a sus seguidores durante las ferias para ofrecer un entorno seguro a los comerciantes extranjeros. Si era necesario, recurrían a la violencia y azotaban e intimidaban a los disidentes para que obedecieran. Las experiencias de Thomas James vuelven a ser reveladoras. Cuando los jóvenes comanches le robaron algunos caballos, James informó al *paraibo*, que lo adoptó como hermano. De inmediato, el jefe «montó a caballo, fusta en mano y, al

cabo de unas dos horas, regresó con dos caballos robados. Por la tarde le devolvió un tercer caballo y, por la noche, se presentó con el cuarto». El jefe, cuya autoridad había sido desafiada, la reafirmó con ira: «Tema la fusta manchada de sangre y el semblante contraído por la furia. Tenía el ánimo de hacer temblar a los hombres ante él». «Una vez que me devolvió el último caballo —recordaba James aliviado—, escuché su voz en todos los lugares del campamento proclamando lo que el intérprete me dijo que era una advertencia para proteger mis propiedades. “Tus caballos son tuyos —dijo—, y puedes venderlos o quedártelos, como más te plazca”».^[65]

Si el comercio era una actividad estructurada y controlada de arriba a abajo entre los comanches, también lo eran los asaltos. Los jóvenes ambiciosos y sin privilegios podían lanzar ataques no autorizados, con los que desafiaban a *paraibo* y ancianos, y los guerreros veteranos y poderosos que se sentían limitados por las medidas consensuadas, tomaban a veces la iniciativa por cuenta propia y fundaban rancherías orientadas a atacar con jóvenes descontentos. Pero este tipo de incidentes era excepcional. La de los asaltos comanches parecía toda una industria por su envergadura, pero también por la organización: era una institución ejecutada por muchos y dirigida por unos pocos. Aunque, en teoría, cualquier hombre con una hoja de servicios de guerra prestigiosa podía comandar una partida de guerra, en la práctica, solo unos pocos veteranos poseían suficiente influencia personal para emprender una expedición importante. Algunos *paraibo* actuaban como jefes guerreros, pero la mayoría renunciaba a las operaciones de saqueo a gran escala en favor de jefes guerreros especializados, *mahimiana paraibo* que, por lo general, eran hombres de mediana edad cuyas renombradas hazañas militares les permitían reclutar a numerosos seguidores. Los jefes guerreros tenían autoridad casi absoluta sobre las campañas que dirigían. Decidían los objetivos del asalto, asignaban un papel a cada miembro del grupo, planificaban el ataque y decidían cómo se repartía el botín. Bajo su dirección, las partidas de asaltantes (que solían incluir a centenares de hombres y mujeres) actuaban como entidades políticas autónomas que seguían su propio calendario durante su existencia provisional.^[66]

Todo esto resultaba profundamente desconcertante para los agentes coloniales, que pasaban miedo en las inmediaciones de las fronteras comanches. Esos mismos *paraibo* que en los entornos diplomáticos y comerciales actuaban como autócratas virtuales, parecían curiosamente débiles en la guerra y los asaltos o, incluso, quedaban excluidos de ellos. Las autoridades coloniales lo interpretaban como un signo de desorden político y se burlaban de la «autoridad impotente» y la falta de valor de los jefes comanches, pero es posible que los comanches cultivaran de forma deliberada cierta dicotomía de poder con fines políticos. El principal reto político extranjero de los comanches a finales del siglo XVIII y principios del XIX era no conducir a todos sus compatriotas bajo una política de guerra y paz unificada sino, más bien, hallar modos de organizar un mosaico de medidas de asalto, comercio y recaudación de impuestos. El liderazgo dual de los jefes civiles y guerreros facilitaba

el esfuerzo.

Los comanches fundaron su política de asaltos, comercio y tributos en el poder militar puro y duro y en la amenaza de la violencia, pero esta actitud también tenía una dimensión política más abstracta. La disposición mediante la cual los *paraibo* controlaban el comercio y la diplomacia, pero raras veces interferían con los asaltos, concedía a los comanches un espacio de maniobra fabuloso, lo que les permitía mantener abiertas todas sus alternativas estratégicas. Cuando las autoridades coloniales inquirían a los *paraibo* sobre los asaltos y los presionaban para que respetaran los acuerdos de paz vigentes, los jefes solían excusarse afirmando ser incapaces de contener a los guerreros y sus jefes. Las autoridades coloniales insistían, suplicaban y reprendían a los *paraibo*, pero raras veces los culpaban de traición manifiesta o les retiraban los privilegios comerciales y los regalos pues, como los propios *paraibo* se apresuraban a señalar, su incapacidad para poner freno a los asaltos nacía de restricciones institucionales, no de una decisión personal.

El gobernador Tomás Vélez de Cachupín se desesperó ante este tipo de maniobras en 1750, cuando, en medio de una de las primeras oleadas de asaltos comanches en Nuevo México, reprobó a los *paraibo* supuestamente pacíficos por las actividades de bandidaje de sus seguidores. Los jefes eludían las acusaciones «culpando a otros miembros de su nación y diciendo que, entre ellos, hay capitanes belicosos que cometen esos desmanes y, otros, con buena disposición e incapaces de impedirlos». Cachupín, sentando un precedente fatídico, aceptó de mala gana la explicación y permitió que continuaran el comercio y los regalos, aun cuando los asaltos se recrudecieron. Casi un siglo después, David G. Burnet, el primer presidente de la República de Texas, compartía la frustración de Cachupín ante ese liderazgo dual: «Un capitán comandará a sus bien dispuestos seguidores a que roben y masacren, mientras que otro, y quizás el gran jefe de todos, se abstendrá de las incursiones y manifestará amistad por las víctimas del asalto». Otros observadores señalaban que los jefes comanches se eximían de responsabilidad insistiendo en que sus seguidores se movían libremente entre rancherías y, por tanto, quedaban al margen de su autoridad; y algunos otros culpaban abiertamente del engaño a los jefes. G. W. Bonnell, el comisario de asuntos indios de la República de Texas, escribió que los jefes comanches firmaban con México pequeños tratados sin límites tan solo para «recibir *regalos*, y dejan a sus enemigos al margen de su protección y les dan más oportunidades de cometer actos de rapiña o saqueo». El oficial del Ejército de Estados Unidos H. G. Catlett informaba igualmente en 1849 de lo siguiente: los *paraibo* comanches devolvían a veces caballos a Texas, «pero, evidentemente, como un mero ardid para disimular su ambigüedad». A juicio de estos oficiales decepcionados, la imagen de impotencia de los *paraibo* era un subterfugio encaminado a confundir a los agentes coloniales y mantener abiertas las vías de intercambio en medio del pillaje y la violencia.^[67]

La exasperación indefensa de Bonnell y Catlett era conocida para infinidad de

autoridades coloniales del Sudoeste, que no lograron comprender ni contener a los comanches. Los comanches desviaban la mirada inquisidora de los agentes coloniales mediante su tradicional cultura política, en la que había una dicotomía de poder y los jefes podían ser, al mismo tiempo, fuertes y débiles, y la pertenencia al grupo era flexible. La nación comanche, un inmenso grupo de bandas relativamente autónomas que se organizaba de forma fluida y multipolar, parecía formidable y fragmentada, estructurada y amorfa, incomprensible e inexpugnable al mismo tiempo. Vista desde fuera, la nación comanche era una entidad amorfa que carecía de un núcleo bien delimitado y claro con el que negociar (o al que eliminar) y de una estructura interna explícita que volviera predecibles sus acciones en el exterior. Al parecer, los comanches eran tan dominantes no a pesar de su organización social informal y casi atomista, sino a causa de ella.

La estructura social difusa, tan esencial para la heterogeneidad de la política exterior comanche, también podía ser un handicap. La escisión social incipiente, el hecho de que los comanches vivieran y se identificaran con numerosas rancherías locales, erosionaba inevitablemente el sentido de identidad común y amenazaba con disolver la nación en un mosaico de fragmentos aislados e independientes. Este riesgo se volvió más agudo a principios del siglo XIX, cuando los comanches consolidaron su hegemonía por todo el sur del subcontinente. Los elementos esenciales de su complejo de poder (el comercio y la red de alianzas, con sus múltiples facetas, la expansión de los territorios interiores de pillaje y piratería, o el mantenimiento de estados tributarios y clientes) exigían planificación y gobierno centralizados. Para hacer realidad su candidatura a la dominación imperial y, al mismo tiempo, sobrevivir a ella, se hizo necesario, por tanto, que encontraran modos de engarzar elementos dispersos de su nación en una entidad política más coherente. Esta necesidad generó la confederación comanche.

La confederación comanche no era un sistema político corporativo (no tenía fueros, ni ejército, ni jefe supremo), sino más bien una organización cíclica que reunía periódicamente a las muchas unidades que componían la comunidad comanche. Se puede entender como un proceso político recurrente por el que los jefes locales y de divisiones se reunían en consejos para discutir sobre preocupaciones comunes a las divisiones, minimizar los riesgos de fragmentación social y manifestar y reforzar su sentido de la unidad nacional. Este tipo de consejos a gran escala había formado parte de la organización política comanche, al menos, desde mediados del siglo XVIII, pero parece haber adquirido un nuevo sentido y relevancia durante el ascenso de los comanches, a partir del año 1800. Aunque eran esporádicas, las reuniones de cada división y entre varias de ellas proporcionaban un espacio para la cooperación nacional y un mecanismo para que las numerosas rancherías compartieran la carga y los frutos de la expansión.^[68]

Las reuniones a gran escala nacían de la movilidad intrínseca de la nación comanche. En su búsqueda constante de pastos, agua, abrigo y caza, las rancherías tendían a romper sus lazos con los confines exteriores de la Comanchería y pasar a girar en torno a su centro, donde los inviernos eran relativamente suaves y llevaderos para los caballos, y donde el bisonte se daba cita a finales del invierno para aparearse. Pese a que las rancherías y divisiones tenían identidades geográficas distintas, los comanches consideraban que la Comanchería era un dominio común disponible para todos. «La máxima armonía subsiste entre varias bandas —señalaba Burnet—. No tienen asignado un límite claro, ni tampoco ninguna parte reclama con respecto a otra ninguna soberanía exclusiva sobre la sección concreta del territorio que la costumbre parece haber asignado a su uso y ocupación más específicos». Señalaba que los yamparika «suelen mezclarse con los comanches [orientales], entre quienes se les puede encontrar», y que los tenewa «suelen mezclarse con los yamparacks cuando atraviesan el extremo meridional de su territorio».^[69]

Casi todas las asambleas celebradas entre múltiples divisiones se desarrollaban en el interior y las inmediaciones de un pequeño territorio delimitado por tres elevaciones: las Medicine Mounds, una hilera de cuatro montañas cónicas situadas al noroeste de Texas; las montañas wichita, una cadena montañosa de cien kilómetros de longitud situada a dos días de viaje hacia el Nordeste desde Medicine Mounds; y la Escarpadura de Caprock, un desfiladero muy pronunciado y escarpado que separa las tierras altas del Llano Estacado de las llanuras de Texas, a menor altura. Este círculo era un espacio sagrado en el que los comanches de todas las rancherías y divisiones se reunían y expresaban. (A veces, también participaban los aliados de la nación comanche.) Unas sociedades guardianas expresamente creadas para ello (al parecer, una innovación posterior al año 1800) mantenían el orden en los inmensos campamentos, en los que, durante semanas, millares de personas cazaban, celebraban, bailaban y buscaban energías sanadoras juntas. Intercambiaban bienes e información, con lo que reforzaban la idea de que la Comanchería era un único espacio económico, y se casaban personas de diferentes divisiones, con lo que creaban redes de parentesco que fluían desde la cuenca alta del Arkansas hasta el sur de las llanuras de Texas. Reconstruyendo su linaje a través de dos o tres divisiones distintas, muchos jefes comanches destacados eran pruebas vivientes de estas alianzas transversales.^[70]

Las reuniones culminaban en grandes consejos políticos, en los que se podían presentar a un foro global asuntos internos, diplomáticos y militares de importancia vital. Las rancherías reunidas decidían sobre tratados, privilegios comerciales y campañas ofensivas y defensivas relevantes, o elegían a los jefes principales que los representaran en negociaciones diplomáticas con forasteros. Y aunque delegaban el poder, los consejos también controlaban su ejercicio. Eran ocasiones para la regulación social, en las que las medidas de los jefes locales y de cada división se exponían para la aprobación pública: todo aquel *paraibo* o jefe principal cuyas acciones no recabaran la aprobación colectiva estaba condenado a perder prestigio,

seguidores e influencia.^[71]

Los grandes consejos eran de asistencia masiva, pero ordenados, jerárquicos y democráticos al mismo tiempo. Podían contar con centenares de participantes, dispuestos en varios círculos concéntricos, en los que las mujeres y los solteros ocupaban la zona perimetral, los ancianos destacados se sentaban junto a la escena central, y los jefes principales orientaban el funcionamiento, lo que garantizaba que se respetaran los ritos y protocolos. «Con el fin de negociar un asunto importante o recibir una comunicación relevante de otra tribu —informaba un observador en 1836—, el jefe principal siempre convoca en su tribu a los jefes secundarios para celebrar un consejo general en el que cada uno ocupa un asiento correspondiente a su jerarquía y, tras muchos rituales propios de ellos para estas ocasiones, se introduce la pipa ceremonial en la asamblea y, una vez que ha pasado de uno a otro y que cada uno ha dado una “chupada”, el jefe principal da a conocer el objeto de la convocatoria [...] Los resultados del consejo se proclaman a todas las tribus por orden del jefe principal a través de una persona llamada “Talolero” (orador), nombrado entonces para ese fin».^[72]

De todos modos, al final, el papel de los jefes principales era más ceremonial que de autoridad. Investidos de un poder poco formal (o no consensuado), eran portavoces que articulaban la defensa de los intereses comunes en la diplomacia, la defensa, el comercio y la guerra. Cuando se establecía el orden del día de una reunión, el gran consejo iniciaba las deliberaciones para forjar un consenso. Si el consenso se mostraba esquivo, el consejo se subdividía en múltiples grupos no formales, en los que los *paraibo* y los ancianos de las rancherías reunidas se encontraban y se mezclaban para buscar una solución negociada. Cuando se alcanzaba el acuerdo, el jefe principal lo presentaba al consejo y lo exponía a la crítica y la aprobación o el rechazo explícito. En este sentido, los grandes consejos eran espacios políticos abiertos que contribuían a legitimar las políticas ante las masas. Los jefes principales tenían poco espacio de maniobra al margen de la política sancionada en público. En 1843, por ejemplo, los representantes de la República de Texas agasajaron al gran jefe tenewa Pahayuko con regalos con la intención de convencerlo de que firmara un tratado de no agresión, pero Pahayuko afirmó que no se podía firmar tal acuerdo sin consultar a los demás jefes de su división. Para frustración de las autoridades, dijo que había que escuchar a todos los *paraibo* tenewa para «que no se diga que he mentado».^[73]

La cooperación política entre múltiples divisiones fomentaba una cultura y una visión del mundo comunes que, a su vez, nacía de ellas. Con independencia de los antecedentes de cada división, todos los comanches compartían determinados ideales centrales sobre cuál era la organización social y política adecuada; todos sabían, por ejemplo, que la riqueza tenía sentido social únicamente cuando se distribuía, que el poder significaba más bien dar consejos que órdenes, y que la vida social individual se definía por un abanico siempre creciente de obligaciones debidas al parentesco.

También compartían una cultura legal colectiva, así como un sistema informal de legislación privada que reconocía los delitos y sanciones universales y permitía a los individuos obtener retribución en todas las bandas, con independencia de las líneas divisorias entre grupos. Había, en resumen, un modo adecuado de ser comanche: un conjunto de creencias y conductas mediante las cuales los comanches ordenaban su conocimiento del mundo y de sí mismos. Burnet apuntó que «al margen de la laxitud extrema del conjunto de su economía de gobierno, y de la exención absoluta de restricciones legales [formales], conviven con un grado de armonía digna de las sociedades más exquisitas y mejor organizadas».^[74]

Junto con las prácticas y sensibilidades sociales, políticas y legales compartidas, los comanches encontraron un territorio cultural común en la religión. Los primeros etnógrafos describían las creencias y prácticas religiosas comanches como algo «definido con vaguedad y casi desprovisto por completo de estructuras ceremoniales», y retrataban a los comanches como un pueblo «poco interesado en erigir un corpus coherente de creencias». Pero otros estudios más recientes han demostrado que, bajo la diversidad de rituales locales, había un núcleo religioso estructurado. El ciclo vital de los comanches estaba puntuado por rituales comunes a todas las rancherías y divisiones. La confianza en la *puha* atravesaba toda la comunidad, y los miembros de todas las rancherías aspiraban a tener visiones, entrenaban sus destrezas extrasensoriales y visitaban la sepultura de individuos poderosos con el fin de convertirse en *puhakatus* o «poseedores de poder». Había sociedades de danza, médicas o militares reconocidas (algunas de las cuales habían sido «absorbidas» a otras naciones durante la guerra) que compartían la *puha* y atraían a miembros de varias divisiones, tanto masculinos como femeninos. Los lazos que estas sociedades generaban entre sus miembros rivalizaban en profundidad y duración con los vínculos biológicos.^[75]

En última instancia, al margen de la banda o división a que estuvieran afiliados, todos los comanches eran Hijos del Sol. Durante su exilio prolongado entre los comanches, Ruiz escribió por extenso acerca de su religión heliocentrista uniforme: «El conjunto de la nación comanche cree en la existencia de un ser supremo, que es el Sol. Lo llaman “el padre del universo”. Todos los rituales religiosos giran en torno al culto al Sol. Las puertas de sus viviendas y tiendas miran al Este para que el Sol los ilumine cuando sale y puedan adorarlo. [...] Consideran a la Tierra la madre de todos los seres vivos y la fuerza de sustentación, que recibe ayuda del Sol, quien, a su vez, les da calor. Se cree que el Sol puede verlo todo “desde fuera”. Si un comanche quiere que sus iguales le crean, invoca al Sol y a la Tierra como testigos de su juramento». Las reuniones entre divisiones solían culminar con la ceremonia de la Danza del Sol, que reflejaba el carácter inclusivo e integrado de la sociedad comanche: para la ceremonia, habían tomado prestadas muchas canciones y danzas de otras naciones. Este tipo de creencias colectivas e instituciones religiosas eran, al mismo tiempo, requisito para una interacción sostenida en toda la comunidad y fruto

de ella. Cada vez que los comanches se reunían en Medicine Mounds o cualquier otro lugar sagrado, renovaban la percepción de su nación y reafirmaban su sentido de la identidad como pueblo, los numunu, que compartía visiones similares sobre cosmología, responsabilidad humana y buena sociedad.^[76]

Este sentido de la unidad y la pertenencia impresionó a observadores euroamericanos como Manuel Merino, que en 1804 subrayó que las divisiones comanches «conforman una unión estrecha» y «comparten un destino común». Burnet, que escribió más de cuarenta años después, señalaba que los comanches pertenecían a varias divisiones pero eran, «en esencia, un pueblo: hablan la misma lengua y tienen las mismas costumbres y peculiaridades, así como idénticos intereses tribales». Advertía a los legisladores estadounidenses de que entrar en conflicto con una división comanche «supondría un conflicto con todas; pues si se presiona a los grupos comanches que habitan más al Sur, se aglutinarían y unirían con sus iguales, que asumirán el conflicto como propio sin detenerse a averiguar sobre su justicia o conveniencia». Coincidiendo con Burnet, el agente Neighbors escribió que los comanches «parecen mantener un vínculo poderoso en la semejanza de costumbres y lengua, y suelen unirse en la guerra o el consejo». El breve comentario de Neighbors marca una distinción fundamental. Más que tratarse de acontecimientos simbólicos para actuar en función de una identidad colectiva, los consejos generales constituían un mecanismo político que encaminaba los muchos elementos de la nación comanche en torno a una órbita común, entrelazándolos en una confederación política capaz de proyectar un frente unificado ante rivales y aliados.^[77]

La unidad se manifestaba de forma más tangible en la guerra. La ubicuidad de la estrategia relámpago comanche para obtener ganado y esclavos en las fronteras coloniales había ensombrecido el hecho de que libraron muchas guerras nacionales que solían nacer de disputas territoriales sobre privilegios de caza y recolección y, a menudo, suponían matanza y destrucción generalizadas. Las responsabilidades del parentesco, la obligación de vengar a los parientes caídos y proteger a los vivos, desencadenaban esas guerras y, a veces, las prolongaban durante generaciones. «Sus padres les inculcan el ideal de venganza desde su más tierna infancia —apuntaba Berlandier—. También están tan absolutamente acostumbrados a la vehemencia de esta pasión que la invocan continuamente para incitar a sus compatriotas a tomar las armas». Cuando los forasteros mataban a sus miembros, la respuesta de los comanches era decisiva, ritual y colectiva. Como percibió Ruiz, organizar una gran campaña militar entre varias bandas dependía, en esencia, de invocar la piedad del mayor número de jefes locales y, luego, llamar a la guerra a sus respectivas redes de parentesco: «Los comanches están dispuestos a vengar la muerte de uno de sus guerreros. [Los parientes de un guerrero caído] entran en los campamentos indios [...] gritando e instando a los moradores a acompañarlos. [...] Todo aquel jefe que acepta participar en el asalto invita a sus parientes a acompañarlo».^[78]

Aunque las campañas de venganza particulares de determinados grupos de

parentesco siguieron intensificándose durante ciclos de retribución reiterados, la dinámica violenta llegaba a transmitirse oralmente de unos grupos a otros y acababa convirtiéndose en una guerra a gran escala que implicaba a la totalidad de las divisiones comanches y sus aliados no comanches. Mientras sucedía esto, Berlandier escribió que la guerra se había convertido en un asunto del conjunto de la confederación y sus dispositivos de coordinación: «Cuando la contienda es general y la totalidad del pueblo se reúne en sus respectivas tribus para ponerse en pie de guerra, interviene la autoridad pública. Los jefes se reúnen en consejo y se autoriza a los ancianos a brindar las lecciones extraídas de su dilatada experiencia. Se discute el asunto a fondo, con sagacidad y prudencia, y se sopesan con meticulosidad las ventajas e inconvenientes. Si la decisión es favorable a la guerra, en primer lugar se fijan los puntos de reunión y, luego, la estrategia y la táctica a seguir contra el enemigo en todas las circunstancias previsibles». En este tipo de campañas nacionales, que solían implicar a varios millares de guerreros, los comanches utilizaban una estructura de mando rígida, si bien provisional: «En esas grandes expediciones que afectan a pueblos enteros —decía Berlandier—, se asigna el mando a los capitanes más experimentados de cada tribu [...] Pese a que las jefaturas tribales puedan participar y, de hecho, participen en las campañas, deben obedecer al jefe provisional en los aspectos relativos a la guerra durante todo su transcurso». Estas campañas ordenadas y centralizadas eran la columna vertebral militar del imperio comanche y abarcaban desde la nación pawnee, de la zona central de las llanuras, o la frontera osage, en las praderas meridionales, hasta el interior de México.^[79]

Las campañas a gran escala estaban encerradas entre el paréntesis de unas ceremonias alambicadas que fomentaban los valores colectivos y convertían a la agrupación de bandas en un ejército provisional. Las campañas pancomanches se iniciaban con consejos de guerra en los que participaban jefes y exploradores escogidos de las rancherías, que acordaban objetivos y estrategias e intercambiaban ruegos de *ayuda* mutua. La sociedad de los Lobos, y otras agrupaciones similares de guerreros, desempeñaban un papel central en los consejos, donde mantenían el orden, evocaban el espíritu marcial mediante danzas de guerra y conferían a todos los integrantes un sentido de la cohesión que trascendía las fronteras entre divisiones. Cada paso se envolvía en rituales de parentesco, honor y retribución. Un observador de la época escribió que «cuando llega otra ranchería» a uno de los puntos de reunión establecido, «el capitán y los guerreros de la tribu, engalanados con plumas y cubiertos con adornos de guerra, montan a caballo y forman dos hileras, para cuya formación realizan una gira por los campamentos de quienes ya han llegado, cantando mientras se aproximan [...] La tribu anfitriona responde a la visita con una ceremonia de la misma especie, y la escena se repite en los campamentos de todas las tribus que han acudido [...] A veces, las reuniones se celebran a una o dos leguas de distancia del enemigo. Otras, son acontecimientos de primera magnitud que se prolongan durante dos o tres meses, con el fin de que todo el mundo tenga la

oportunidad de acudir; mientras tanto, prevalece la máxima armonía entre todas las tribus». Una campaña victoriosa concluía con celebraciones en las que los vencedores alimentaban su identidad colectiva mediante rituales de violencia: «Los comanches tienen la costumbre de ayudar a las rancherías vecinas a compartir la victoria recién cosechada por una de sus tribus. Envían a los vecinos un brazo o una pierna de la víctima para que puedan celebrar su propio festival. Un hombre que ha matado a un enemigo también puede regalarle a otro la cabellera que le ha arrancado, para luego recibir todos los honores y entregar los regalos». La exhibición de partes del cuerpo del enemigo por toda la Comanchería era algo más que una ceremonia sangrienta de la victoria; era una representación simbólica de solidaridad que ponía en escena el poder y la unidad de los numunu ante los enemigos comunes derrotados.^[80]

Los comanches actuaban al unísono en la guerra, y también en la diplomacia. Antes de 1850, la nación comanche suscribió varios tratados importantes con las potencias coloniales, todos y cada uno de los cuales fue precedido de consejos entre varias divisiones que aceptaron las condiciones y determinaron quiénes serían los delegados bajo la orientación de los ancianos. Un ejemplo de estos procesos diplomáticos inclusivos es el tratado de 1822 con México, que fue suscrito tanto por los kotsoteka como por los tenewa. Según un informe mexicano, los comanches, «persuadidos por la opinión del anciano Pitsinampa [Pisinampe], a quien veneran como a un padre», decidió buscar la paz con México. «Para ese fin, en la segunda mitad del mes de marzo del pasado año de 1822, celebraron un consejo de grandes jefes, capitanes y ancianos, al que asistieron cinco mil personas». El gran consejo se inició con «discursos paternales de Pitsinampa», tras lo cual se discutió durante tres días el problema de la paz. Finalmente, el consejo «decidió, por unanimidad, que [...] uno de sus grandes jefes se adelantara a negociar la paz bajo las condiciones que le parecieran más adecuadas y útiles para la nación comanche». Ese jefe, Guonique, viajó a Ciudad de México, donde, armado con «el poder plenipotenciario que le había conferido la nación», negoció un tratado compuesto de catorce puntos que era enormemente favorable para los comanches. La tradición oral indica que los comanches también contaban con una sociedad concreta, los Grandes Caballos, responsable de concluir tratados de paz con otras naciones indias.^[81]

Al igual que cualquier otra sociedad compleja, la de los comanches no siempre se manifestaba con una única voz. De hecho, a veces resultaba abiertamente cacofónica: había jefes disidentes que se oponían a acuerdos mayoritarios y, en ocasiones, algunos dirigentes competían ferozmente por la influencia política en el seno de las divisiones. Pero la dirección de los comanches se esforzaba una y otra vez, bien por neutralizar, bien por asimilar este tipo de conflictos y forjar consensos duraderos para respaldar su política exterior. El ejemplo supremo de toda esta diplomacia unificada es la cantidad de periodos de paz prolongados de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Según sostiene un especialista muy perspicaz, la paz era para los indios americanos, sobre todo, un asunto de mentalidad, un estado mental alimentado por

palabras, rituales y buenos pensamientos,^[82] pero para los comanches, tan numerosos y dispersos, también era, cuando no principalmente, un proceso político que comportaba consulta, coordinación y mediación constantes. A través de su estructura política integrada y de múltiples niveles, la nación comanche mantuvo una paz duradera con los kiowa y los naishan desde 1806, y con los osage desde 1838. Vivieron en armonía con los wichita desde la década de 1810 hasta la era de las reservas, y respetaron treguas de décadas de duración con los pawnee. A principios del siglo XIX, mantuvieron una paz de siete años con los apaches, con quienes llevaban en guerra más de un siglo. Y durante los cuarenta años del emblemático tratado de paz alcanzado entre el jefe Ecuercapá y el gobernador De Anza en 1786, ningún comanche había quebrantado la paz con Nuevo México.

Eran logros diplomáticos notables en un mundo colonial errático en el que las alianzas, enemistades y equilibrios de poder solían desplazarse de forma brusca y frecuente, y atestiguan la sofisticación del arte de gobierno pancomanche. La información y las iniciativas fluían constantemente desde las rancherías hacia los consejos de las divisiones y generales, donde se censuraban los actos de los jefes locales y se formulaban las líneas maestras de la política exterior. No era fácil, pues la construcción de políticas de guerra y de paz para toda la nación exigía algo más que reunir a gran número de personas en un momento y lugar determinados. Hubo de remodelarse toda una cultura política. Los *paraibo* tenían que comprometerse a obedecer y ejecutar políticas que no necesariamente defendían. Las bandas tenían que perder cierto grado de su preciada autonomía en favor de la confederación y su maquinaria administrativa. Un pueblo célebre por su individualismo exacerbado y su espíritu igualitario tenía que subordinarse a las órdenes y normas emanadas desde arriba.

La nueva cultura política centralizada generó acuerdos amplios sobre asuntos fundamentales, pero no erradicó la autonomía local tradicional, ni convirtió a los comanches en un grupo monolítico. Los grandes consejos decidían solo sobre la guerra y la paz generalizadas, en ausencia de lo cual las rancherías tenían libertad para determinar sus relaciones con los demás pueblos como mejor consideraran. Los ideales nucleares de autonomía personal y libertad de asociación persistieron y empaparon al conjunto de la comunidad: del mismo modo que los individuos podían cambiar de banda sin límites, también las rancherías en su conjunto podían alternar las divisiones en que se inscribían. En los albores del siglo XIX, la Comanchería era un caleidoscopio humano cuyas partículas (bandas, familias e individuos) revoloteaban constantemente en busca de oportunidades políticas y económicas nuevas en las zonas más remotas de sus dominios, alternando a menudo su afiliación. A veces, como cuando los yamparika de El Sordo se trasladaron a la Comanchería oriental y se reinventaron como tenewa, nacían divisiones absolutamente nuevas y, a veces, se disolvían las antiguas. Los jupe desaparecieron de los documentos históricos a principios del siglo XIX, seguramente como consecuencia de la fusión de

varias divisiones comanches.^[83]

La flexibilidad social sostenida fue tan esencial para la hegemonía comanche como las nuevas instituciones políticas centralizadas.

La fluidez de la pertenencia a los grupos confirió a la nación comanche una elasticidad extraordinaria al permitir a sus elementos fusionarse, disolverse o volver a reunirse para adoptar configuraciones diversas, según exigieran las demandas externas. La libertad de asociación también operaba como válvula de seguridad política: los individuos y bandas a los que resultaba difícil amoldarse a las políticas de su división podían, sencillamente, trasladarse a otra. La unificación política global y la fluidez local, además, no eran necesariamente movimientos contradictorios. El desplazamiento continuo de personas y bandas convirtió a las rancherías y divisiones en entidades bastante poco rígidas, pero la movilidad también contribuía a anudar al conjunto de la comunidad: cada reubicación en el exterior de una ranchería o división generaba un nuevo lazo de parentesco que trascendía las fronteras sociales y políticas existentes. Este equilibrio creativo entre flexibilidad y unidad no escapó a la atención de las autoridades coloniales, cuyos proyectos imperiales se habían forjado con unas burocracias agobiantes y unos súbditos rebeldes. Fernando de la Concha, el gobernador de Nuevo México a finales del siglo XVIII, que trató en vano de poner orden en su caótica colonia, debió de haber descrito con un rencor desconcertado la organización política de sus vecinos de Nuevo México, ostensiblemente salvajes: «Se ponen de acuerdo a la perfección, y las disputas internas jamás superan los límites de pequeñas discrepancias entre individuos. Las cuatro divisiones viven estrechamente unidas, y suele suceder que los de una se vayan a vivir a otra, con lo que los intereses son comunes y comparten un mismo destino».^[84]

Según evidencian los registros históricos, los nómadas pueden eludir, resistir, detener, sostener, explotar, desestabilizar y destruir imperios. También son capaces de forjar imperios propios muy duraderos, pero solo si modifican la esencia de su ser y se vuelven menos nómadas. El nomadismo parece intrínsecamente incompatible con la construcción de un imperio. Los imperios prosperan con estructuras y estabilidad, mientras que los nómadas, al menos los que podemos encontrar en casi todos los estudios académicos, son cambiantes y se dividen en facciones. Sus instituciones, igual que su propio modo de vida, tienden a ser fluidas y efímeras, y carecen de los elementos clásicos de los imperios, como la estructura estatal o una agricultura excedentaria. De hecho, para preservar su poderío, casi todos los imperios nómadas desarrollan, con el paso del tiempo, instituciones de gobierno estables y una producción que requeriría, al menos, cierto sedentarismo estacional.^[85]

También hicieron así los comanches aunque, a primera vista, pueda parecer inverosímil. Nos han enseñado a percibir a los comanches como el paradigma del nomadismo, como los amos vagabundos de las llanuras meridionales, pero vivían casi

la mitad de cada año en grandes aldeas casi inmóviles. Las aldeas eran una respuesta a los escollos ecológicos que planteaba el entorno de las Grandes Llanuras, y su misión principal era facilitar la caza y el pastoreo. Pero también cumplían otra función: eran sedes de poder y centros de producción que sustentaban a un imperio. Para comprender cómo incorporaron las estancias prolongadas en aldeas a un modo de vida preponderantemente nómada (dicho de otro modo, para entender cómo combinaron la plasticidad del nomadismo con la rigidez imperial), es preciso volver a analizar su ciclo de vida anual, la pauta de convergencia y dispersión estacional, el intrincado encaje de actividades domésticas diversas y política exterior, y la mezcla creativa de movilidad y sedentarismo.

El ciclo anual comanche comenzaba y terminaba en la época de paso del otoño al invierno, que marcaba el cambio de una estación dominada por las actividades de política exterior a otra presidida por la actividad interior. A finales de noviembre, tras la gran campaña de cacerías de otoño, las rancherías comanches abandonaban las llanuras despejadas y acudían a los valles fluviales boscosos para establecer los campamentos de invierno. La migración era reflejo fiel de las costumbres de los bisontes, que se retiraban a los bosques ribereños para pasar los meses fríos; pero también venía motivada por las exigencias de la nueva economía de pastoreo: necesitaban el abrigo, el agua, la hierba y la corteza de chopo americano de los lechos de los ríos para alimentar a sus abultadas manadas de caballos y mulas durante la estación fría.

Los valles fluviales que, en esencia, eran una extensión del entorno boscoso oriental en un clima semiárido, invitaban a los comanches a llevar una existencia que tenía poco que ver con el estereotipo de los nómadas a caballo. Una vez establecidos junto a los arroyos, a principios o mediados de diciembre, las rancherías quedaban prácticamente inmóviles durante varios meses, desplazándose tan solo cuando los pastos o los chopos americanos se agotaban, o cuando los excrementos de los animales o los residuos del campamento se convertían en un riesgo para la salud. Los varones repartían su tiempo entre la manufactura de utensilios y unas cacerías breves, pero frecuentes: la reunión de los bisontes en los valles fluviales les ahorraba tener que hacer excursiones más largas. Un visitante apuntaba que un campamento de novecientas viviendas situado en el curso alto del Arkansas consumía unos cien bisontes diarios, lo que hace pensar que cada familia mataba un animal, más o menos, cada nueve días. Como los campamentos eran más o menos estacionarios, las mujeres se dedicaban a trabajar las gruesas y suntuosas pieles de invierno para comercializarlas. Los asaltos y la guerra no se interrumpían, pero ahora giraban en torno a campañas de pequeña escala. Las rancherías meridionales, cuyos caballos sufrían menos por la estación fría que las de sus parientes más septentrionales, solían llevar a cabo durante el invierno incursiones de asaltos menores en Texas. En el frente oriental de la Comanchería, las rancherías realizaban campañas defensivas esporádicas en el marco de la guerra contra los osage y expediciones de caza durante

los meses de noviembre, diciembre y enero.^[86]

Para la mayoría de las sociedades indias de las llanuras, el invierno era una época de dispersión social: las tribus se dividían en bandas, y las bandas se desperdigaban por el territorio tratando de ensanchar su ámbito de recursos en una época en la que la naturaleza rendía poco. Sin embargo, en el caso de los comanches, solía suceder lo contrario. Los valles fluviales de la Comanchería eran largos y fértiles, y podían mantener a congregaciones masivas de animales y seres humanos. Los tramos de los ríos Arkansas, North Canadian, Canadian, Rojo, Brazos y Colorado se transformaban casi todos los inviernos en uno de los lugares más poblados de los albores del Oeste norteamericano. Los campamentos comanches de invierno, que albergaban a millares de habitantes y animales durante meses ininterrumpidos, parecían ciudades más que campamentos nómadas provisionales. Una aldea grande ocupaba varios kilómetros de la ribera de un arroyo, flanqueada por puntos de vigilancia que, por lo general, eran cumbres naturales de cierta altitud, y contenía diversas estructuras para celebrar consejos políticos, ceremonias religiosas, tareas domésticas y satisfacer las necesidades de alojamiento. En lugares como Paint Rock, junto al río Conchos, unos pictogramas espectaculares adornaban los riscos y los muros de los desfiladeros, y nos ha quedado incluso un informe de una aldea protegida por un foso circular, empalizadas de estacas y un «pequeño baluarte en el centro». Los comanches regresaban año tras año a sus lugares predilectos, con lo que alteraban profundamente los ecosistemas locales. La necesidad voraz de leña de las aldeas dejaba grandes tramos de los valles ribereños sin árboles, y los muchos caballos y mulas que poseían solían pacer la hierba hasta su base y agotaban irreparablemente el crecimiento de los chopos americanos.^[87]

Las aldeas invernales eran una innovación ecológica que ayudaba a los comanches a explotar el bisonte y mantener a sus caballos durante la estación fría, pero también actuaban como sede de dos instituciones imperiales esenciales: los consejos políticos generales y el comercio extranjero voluminoso. La mayoría de las reuniones entre divisiones, o de alguna de ellas, se celebraban en los campamentos de invierno, que ofrecían unas condiciones favorables para tomar decisiones con un respaldo amplio y forjar consensos: unas rancherías numerosas, relativamente inmóviles y agrupadas durante varios meses constituían una oportunidad administrativa única para una nación de nómadas. Visto desde otra perspectiva, los campamentos de invierno de la Comanchería eran concentraciones masivas de riqueza (caballos, mulas, pieles, carne y esclavos) que atraían a los comerciantes extranjeros. El territorio invernal principal de la cuenca alta del Arkansas y el río Rojo se transformaba de forma rutinaria en ferias comerciales inmensas y multiétnicas en las que cambiaban de mano gran cantidad de mercancías. Muchas sociedades vecinas organizaban sus propias migraciones estacionales en torno a estas ferias de invierno anuales.

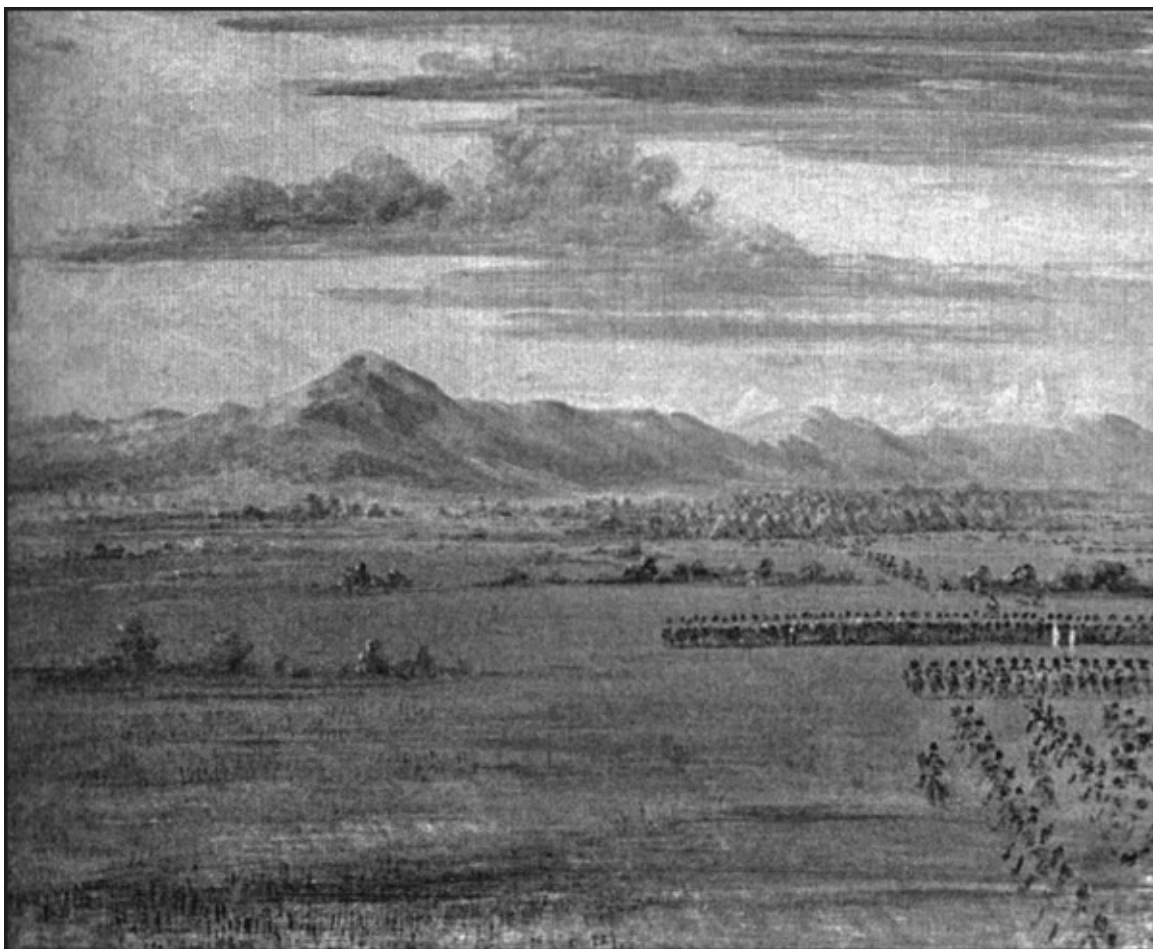
Los comanches no salían de los valles fluviales hasta principios o mediados de

abril, momento en que comenzaba la mitad migratoria de su ciclo anual. Lo que más les preocupaba en ese momento era engordar a sus caballos y mulas, escuálidos, con los retoños de los pastos, para cuyo fin las aldeas de invierno se dividían en múltiples rancherías pequeñas para maximizar las zonas de pasto. Las rancherías se desplazaban con frecuencia en busca de pastizales frescos y lugares con disponibilidad de agua y sal, y coordinaban meticulosamente sus movimientos para evitar solaparse. Solían quemar grandes extensiones de hierba para favorecer su crecimiento acelerado. Las actividades de pastoreo estaban moteadas de breves cacerías orientadas a reabastecerse de alimento, así como de incursiones ocasionales para obtener ganado con el que reemplazar las bajas del invierno. En junio, una vez que los caballos habían recuperado la fuerza, y cuando los bisontes empezaban a reunirse para el celo, los comanches llevaban a cabo la cacería estival. Durante unas semanas de mucho ajeteo se centraban casi exclusivamente en la caza, la preparación de la carne, la piel, el curtido y el curado. A diferencia de lo que sucedía en invierno, el procesamiento de las pieles era ahora una actividad, sobre todo, de subsistencia, pues las pieles del verano tenían poco valor de cambio, pero podían convertirse en cubiertas para los tipis, calzas o mocasines.^[88]

Tras el periodo de caza estival, la política exterior adquiría preponderancia. Durante los meses de junio, julio y principios de agosto, alternaban las incursiones fronterizas a pequeña escala con la recaudación de tributos y las visitas comerciales a Nuevo México y Texas que, tras el descanso del invierno, se convertían casi en una propiedad comanche. A principios y mediados del verano llegaba también el momento en que las rancherías dispersas se reunían en campamentos inmensos para emprender campañas a gran escala contra enemigos comunes. Estas operaciones anuales estaban encaminadas a preservar zonas neutrales en torno a la Comanchería pero, como han señalado algunos observadores muy inteligentes, las campañas estivales generalizadas en las naciones osage y pawnee servían asimismo como expediciones de caza, que ampliaban provisionalmente el dominio de los comanches sobre los bisontes hasta la zona central y oriental de las Grandes Llanuras. El final del verano volvía a ser testigo de otra ampliación temporal de la Comanchería, cuando los asaltantes comanches irrumpían en México. El final del mes de agosto y el de septiembre conformaban el periodo de lluvias en el norte de México, lo que permitía a las bandas guerreras mantener sus inmensas manadas de ganado robado durante la ampliación de las incursiones. Los asaltos se producían con tanta puntualidad que el mes de septiembre acabó por conocerse en todo el Sudoeste como la Luna Comanche o de México. Durante esa temporada tan violenta, los mexicanos sabían que tenían que situar una serie de centinelas en la cima de las colinas para alertar a las aldeas de la llegada de bandas guerreras.^[89]

Aunque los comanches parecían estar repartidos por todo el mapa durante los meses de verano, la Comanchería en su conjunto no permanecía inactiva. Las mujeres, los chicos y los esclavos se ocupaban de la economía de subsistencia y

pastoreo y, en la retaguardia, quedaban hombres suficientes para organizar la defensa, la diplomacia y el comercio. Los convoyes comerciales extranjeros acudían con regularidad, atraídos por las prósperas ferias comerciales que los comanches auspiciaban en todo su territorio y por el suministro fresco de cautivos y ganado colonial robado.^[90] Al igual que en invierno, había aldeas grandes y efervescentes, construcciones urbanas provisionales alineadas en torno a las principales arterias fluviales de la Comanchería. Encontrar estos escenarios urbanos en un paisaje estepario en apariencia desierto solía ser una experiencia desorientadora para los visitantes euroamericanos. A la expedición de dragones estadounidenses de 1835, bajo el mando del coronel Henry Dodge, se le encomendó la tarea de impresionar a los indios de las llanuras con su vigor militar y su fanfarria organizativa; pero cuando, a mediados de junio, los soldados llegaron a un gran asentamiento comanche junto al Cache Creek, cerca de las montañas wichita, fueron los norteamericanos quienes quedaron sobrecogidos. Uno de sus miembros, George Catlin, nos dejó una descripción de la ceremonia de bienvenida de los comanches, que comenzó siendo una exhibición intimidatoria de proezas marciales pero, cuando se aproximaba al final, se suavizó con una manifestación pública de amistad:



15. *Guerreros comanches enarbolando una bandera blanca para recibir a los dragones*. Oleo sobre lienzo de George Catlin, 1834-1835. Por cortesía del Smithsonian American Art Museum, Washington, D. C. / Art Resource, Nueva York.

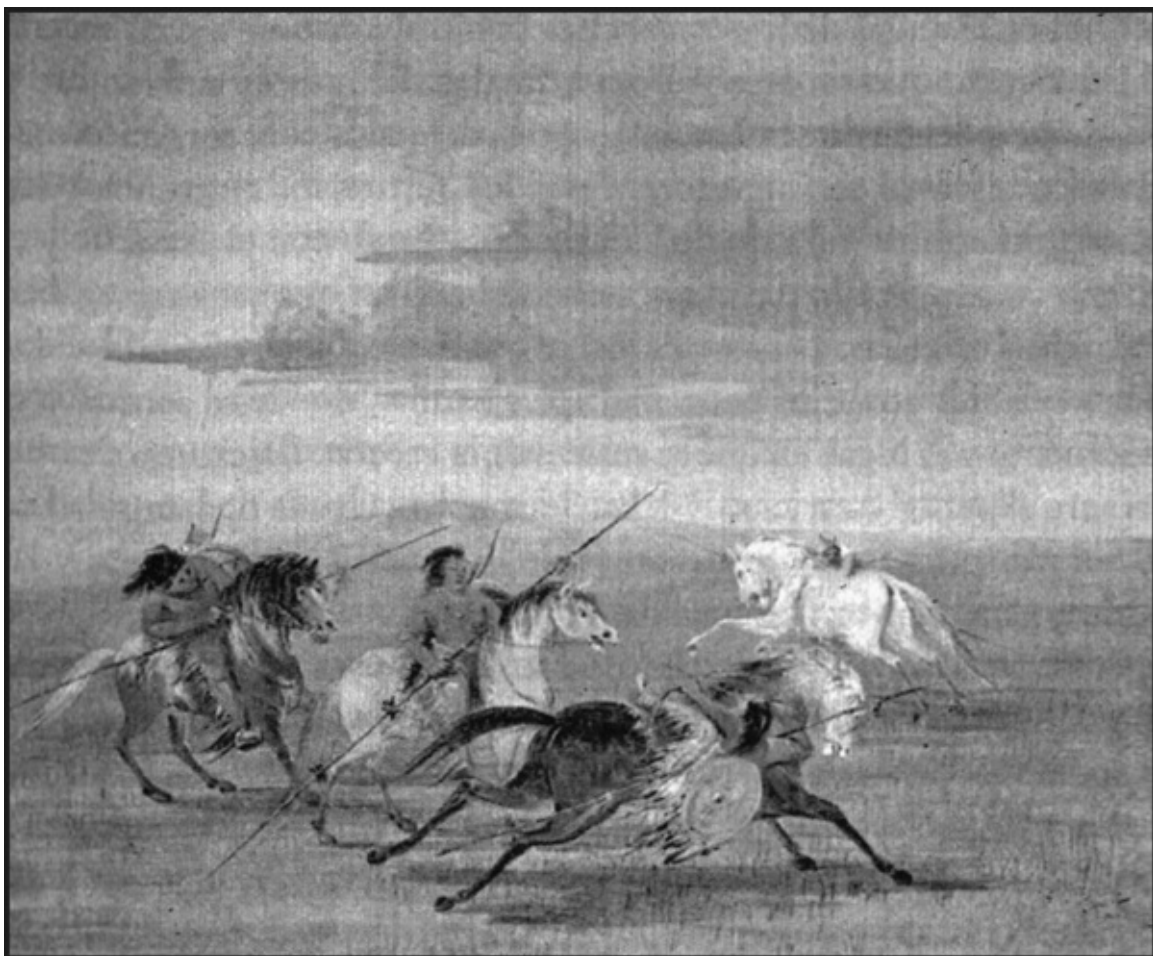
Salieron a recibirnos al galope varios cientos de sus valientes guerreros [...] Mientras espoleaban a sus caballos, formaron enseguida una línea y «se vistieron» como una caballería disciplinada [...] Luego, formaron dos líneas enfrentadas, separadas entre sí por veinte o treinta metros, como si fueran enemigos irreconciliables que jamás se hubieran visto; y, para impecable mérito de los Comanches, a quienes el mundo siempre había contemplado como un pueblo asesino y hostil, se presentaron todos así, con la cabeza descubierta y sin ninguna clase de armamento, para recibir a una partida guerrera armada hasta los dientes, que irrumpía en medio del campo [...] Galoparon y nos miraron a la cara, sin mueca alguna de miedo o consternación, sino con expresión evidente de alegría y placer impaciente, para estrechar nuestra mano con el aserto desnudo que había hecho a los jefes el coronel Dodge de que «venimos a hacerles una visita amistosa».^[91]



16. *Aldea comanche, mujeres curtiendo pieles y secando carne*. Óleo sobre lienzo de George Catlin, 1834-1835. Por cortesía del Smithsonian American Art Museum, Washington D. C. / Art Resource, Nueva York.

Los norteamericanos habían conseguido entrar en el santuario de la Comanchería: el campamento al que llegaron era la aldea principal de los comanches orientales, donde se habían reunido las rancherías de varias divisiones. Había entre seiscientos y ochocientos tipis adornados y formados en largas líneas paralelas, lo que confería al asentamiento el aspecto de una rejilla de calles e hileras de viviendas. El cauce de un arroyo cercano, «moteado de caballos y mulas», se había convertido en un inmenso territorio de pasto. La totalidad del complejo, «con sus miles de salvajes, caballos, perros y asentamientos al aire libre y viviendas», vibraba de actividad. Los chicos y

los esclavos iban y venían de la aldea al arroyo, turnándose para vigilar, atender y abrevar a las manadas, mientras que las mujeres y los esclavos acarreaban leña, reunían semillas, recogían fruta, arrancaban raíces, curaban carne o trabajaban pieles. Los costillares enteros de carne y las pieles curtidas se alineaban junto a las hileras de tipis, lo que evidenciaba una producción para uso interno y mercantil floreciente. Algunos hombres participaban o apostaban en carreras de caballos y otros juegos colectivos; otros, ponían a punto sus habilidades guerreras en ejercicios interminables que recreaban la destreza militar que había contribuido a expandir el dominio imperial de los comanches hasta más allá del Trópico de Cáncer. Los guerreros jóvenes dejaron a Catlin «absolutamente estupefacto» montando a caballo en horizontal bajo el cuerpo de los caballos al galope, «protegidos de forma eficaz de las armas de [sus] enemigos» y disparando flechas por debajo del cuello del caballo. Pero también había cosas que eludían el escrutinio de Catlin. No lo invitaron a las ceremonias religiosas que acompañaban a las grandes reuniones en aldeas, y no pudo presenciar los actos políticos que tuvieron lugar tras la puerta cerrada de los tipis: los rituales nocturnos de la pipa en los que se analizaban asuntos cotidianos de la aldea, o los consejos más formales en los que se decidía sobre cuestiones políticas relevantes. Allí, en resumen, había uno de esos centros neurálgicos administrativos y económicos provisionales que conformaban y sustentaban el imperio comanche.^[92]



El ciclo anual de los comanches finalizaba con una gran cacería de invierno, que se desarrollaba a finales del mes de noviembre y principios del de diciembre, justo antes de que la concentración masiva de bisontes se fragmentara por los territorios ribereños y los osos iniciaran su periodo de hibernación. Junto con el invierno y el pleno verano, era la tercera ocasión del año en que se congregaban en aldeas extensas. Las rancherías se reunían en lugares establecidos para celebrar consejos entre múltiples bandas, donde se acordaba el momento y el lugar en que se realizaría la cacería. La cacería de otoño era el puntal nutricional del ciclo anual, la última oportunidad de acumular proteínas y grasas antes de la estación de la escasez, y las aldeas generalizaban las medidas para asegurar su éxito. Un grupo de guerreros distinguidos ejercían de comisarios para garantizar que nadie alertaba a las presas de forma prematura, y un cazador jefe dirigía a los demás jinetes en persecuciones colectivas coordinadas. Las mujeres y los esclavos despiezaban las reses en el lugar de la matanza y transportaban los pedazos de carne a las aldeas, que durante unas cuantas semanas parecían plantas de procesamiento de carne. Cuando se había elaborado y almacenado suficiente cantidad de carne y sebo de bisonte y grasa de oso, las rancherías se dirigían hacia los valles fluviales para atender a las obligaciones y retos comunitarios.^[93]

A principios del siglo XIX, la Comanchería no era el mismo lugar que un siglo o, incluso, un siglo y medio antes. Había elementos básicos que persistían en el modo en que los comanches se relacionaban entre sí y con el mundo, pero el tempo y la textura de su vida había cambiado irremisiblemente. A un comanche de principios del siglo XVIII, la Comanchería de principios del siglo XIX le resultaría al mismo tiempo familiar y desconcertante. Los dos mundos tenían mucho en común (caballos, esclavos, ricos, pobres, *paraibo*, jefes guerreros), pero el universo posterior estaba enormemente magnificado. Las manadas de caballos eran colosales y, por todas partes, había esclavos o antiguos esclavos asimilados. La antigua economía de bandidaje estructurada en torno a la subsistencia había sido sustituida por una economía dual de mercado centrada en la caza y el pastoreo, que presentaba unos rasgos capitalistas embrionarios como la concentración de la propiedad de los medios de producción, una división del trabajo compleja orientada a la producción mercantil y un cuadro de miembros privilegiados que utilizaba su riqueza para producir más riqueza. La sociedad relativamente igualitaria había cedido ante una configuración según la cual había sitio para grupos productivos segmentados por el sexo y la etnia, así como una amplia gradación en relación con las propiedades y los privilegios. El poder político se había concentrado y, curiosamente, dividido al mismo tiempo, entre

jefes civiles y guerreros, y los consejos de varias divisiones aunaban ahora tanto a una nación como a un imperio.

Colectivamente, los cambios representaban el clásico proceso de intensificación interna que atraviesan las sociedades que se expanden con mucha rapidez: se recalibra la economía, se exacerbaban las desigualdades, se acentúan las brechas sociales y se realinean las fuerzas del poder político.^[94] Este tipo de reajustes ayudó a los comanches a afrontar los innumerables retos derivados de forjar un imperio, pero tuvo un coste. La nueva economía ponía en peligro la estabilidad ecológica de la Comanchería, y la institucionalización de la esclavitud sacudió sus cimientos sociales. La brecha que se abría entre los pobres y los más prósperos socavó la solidaridad comunitaria y alimentó una rivalidad masculina atroz por las mujeres y los caballos. Las relaciones entre los sexos se deterioraron cuando los varones empezaron a casar a sus hijas con pretendientes poligínicos casados ya con muchas esposas, que eran más bien trabajadoras. Pero la sociedad comanche conservó su cohesión flexible, su capacidad de absorber y transformarse sin perder sus principios centrales. La esclavitud siguió inscrita en las relaciones de parentesco y nunca se convirtió en un sistema de bienes socialmente divisivo. Una concepción persistente de la generosidad como virtud social sobresaliente contribuía a aliviar los efectos desintegradores del engrandecimiento individual y la jerarquización social del conjunto de la comunidad. Un culto guerrero arraigado canalizaba la competitividad masculina agresiva hacia el exterior de la Comanchería. A medida que el siglo XIX fue avanzando lentamente hacia su punto medio, parecía que los comanches lograrían sobrevivir a su expansión. No tenían forma de saber que la hierba que crecía bajo sus pies estaba a punto de secarse.

VII

HAMBRE

La guerra entre México y Estados Unidos marcó el apogeo del poder comanche, el gozne sobre el que comenzaron a invertirse ciento cincuenta años de expansión. Aunque pocos norteamericanos lo reconocían, la guerra de 1846 fue una demostración tanto del poderío comanche como estadounidense. Washington sostenía que la ocupación de territorio mexicano se debía únicamente al cumplimiento del destino manifiesto de Estados Unidos pero, sobre el terreno, donde la fuerza militar suponía algo más que retórica política, la conquista parecía deberse más a las ventajas previsibles que a la predestinación manifiesta: los norteamericanos que entraron en México en nombre del destino y la democracia lo hicieron siguiendo los pasos de los comanches, cuya expansión había allanado el camino de la suya. Y, sin embargo, cuando el polvo se asentó y se firmaron los tratados de paz, los comanches descubrieron que se los consideraba un pueblo conquistado.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo marcó el comienzo de un nuevo orden en el Sudoeste. Estados Unidos aseguraba su posición en Texas y se anexionaba Nuevo México, con lo que extendía sus posesiones desde el río Nueces hasta el río Grande. En el artículo 11 del tratado, Estados Unidos aceptaba vigilar la frontera con el fin de impedir que los asaltantes indios cruzaran el río Grande para penetrar en México. Para los comanches era incomprensible: su territorio natal había quedado sumido por completo entre las fronteras de una nación inmensamente más poderosa, que pretendía encerrarlos y amarrarlos. Esa presión, impuesta por los soldados, los agentes federales y los colonos belicosos estadounidenses, comenzó inmediatamente después de que terminara la guerra entre México y Estados Unidos, y aumentó paulatinamente hasta la Guerra de Secesión, momento en que sus secuelas ofrecieron un breve respiro.

Pero cuando los norteamericanos reanudaron su avance expansionista a finales de la década de 1860, los comanches, junto con más de veinte naciones indias de las llanuras, fueron barridos de un plumazo. Con brusquedad y casi sin esfuerzo, Estados Unidos derrotó a los formidables comanches.

Esta interpretación del declive de los comanches alberga cierta simetría cronológica y causal, pero la impresión de que la expansión norteamericana y el colapso de los comanches son procesos relacionados es engañosa. Estados Unidos destruiría en última instancia el modo de vida de los comanches y los confinaría en una reserva, pero la expansión norteamericana no fue lo que desencadenó la decadencia. Cuando Estados Unidos se impuso por la fuerza en el Sudoeste a partir de 1846, los comanches vivían al mismo tiempo en la cima de su poderío y al borde del colapso. Durante décadas, y de forma casi imperceptible, se habían estado

cocinando varios problemas económicos y ecológicos intrínsecos que estallaron en una crisis generalizada en los últimos años de la década de 1840. La crisis situó a los comanches en una espiral de decadencia; cuando llegó el momento crítico en que entraron en contacto con Estados Unidos, en la década de 1850, ya habían dejado de ser una potencia imperial.

En 1849, cuando el capitán del Ejército de los Estados Unidos Randolph B. Marcy amplió su recorrido de exploración de las llanuras meridionales hasta la Comanchería, le impresionó la sensación de poderío intransigente de los comanches. Se creían «la nación más poderosa de la existencia», en palabras de aquel oficial perplejo, «y la relación de hechos que contradice esta idea [...] no hace más que dejar en ridículo al narrador». Marcy consideraba que los comanches estaban locos, que ignoraban maravillas como la máquina de vapor o el telégrafo, pero tenían toda clase de motivos para sentirse seguros. Eran prósperos y poderosos. Si bien las epidemias habían diezmando su número, la población rondaba casi los veinte mil individuos, lo que los convertía, con diferencia, en la nación india más populosa de las llanuras centrales y meridionales. Todavía había en la Comanchería una cifra estimada de entre seiscientos y ochocientos esclavos mexicanos, así como infinidad de cautivos indios. Las diferentes bandas comanches tenían, en conjunto, una cifra muy superior a cien mil caballos y mulas, más que todos los demás nómadas de las llanuras juntos, y la red de alianzas comanches abarcaba más de veinte grupos étnicos distintos, que enviaban periódicamente emisarios comerciales a la Comanchería con armas de fuego, metales, alimentos y artículos de lujo. Había varios grupos adscritos a los comanches en calidad de socios comerciales, aliados subalternos o satélites políticos. Estos datos y cifras denotan un poder imponente pero, de forma no tan apreciable, también son portadores de un significado más lóbrego. Aluden a los costes del imperio, y hacen pensar que la economía comanche había sobrepasado los límites del crecimiento ecológico sostenible.^[1]

La Comanchería era una tierra de riquezas inmensas y de manadas enormes de bisontes, que suministraba a los comanches un pozo, en apariencia sin fondo, de pieles, proteínas y grasa; pero semejante abundancia descansaba sobre unos cimientos ecológicos inestables: la Comanchería era el paraíso de los cazadores, pero solo para un número de habitantes limitado. Los cálculos basados en la eficiencia de utilización del territorio por parte del ganado a principios del siglo XX en las llanuras meridionales indican que la Comanchería del siglo XIX podía alimentar a unos siete millones de bisontes. Estas manadas descomunales prosperaban en las praderas tupidas y nutritivas de la Comanchería, pero también corrían riesgos graves: los lobos mataban a gran número de crías, las quemadas de pastos aniquilaban poblaciones enteras y las manadas de bisontes se ahogaban al tratar de atravesar ríos helados en invierno. El margen fundamental, la diferencia entre la mortalidad y la capacidad de

reproducción del bisonte era, por consiguiente, bastante estrecho. Los bisontes actuales se reproducen a una tasa media anual de entre el 18 y el 20 por 100, mientras que las bajas anuales de bisontes en el siglo XIX debidas a causas no humanas (mortalidad natural, accidentes o depredación) pueden estimarse en un 15 por 100. Basándonos en estas cifras, los comanches y sus aliados podían matar a unos 280.000 bisontes al año sin agotar las manadas.^[2]

Aunque la cifra parece sustancial a primera vista, apunta una posibilidad asombrosa: los comanches vivieron en desequilibrio con las manadas de bisontes durante gran parte de comienzos del siglo XIX, con lo que erosionaron poco a poco el fundamento ecológico de su modo de vida. Se calcula que los cazadores de las llanuras a tiempo completo necesitaban una media anual de 6,5 bisontes por persona para procurarse alimento, abrigo y ropa, lo que significa que los comanches y sus aliados mataban unos 175.000 ejemplares al año únicamente para subsistir. Además, aunque eran primera y principalmente comerciantes de caballos, también producían pieles, carne y sebo de bisonte para comercializarlos. A principios del siglo XIX, la producción comercial raras veces superaría, con toda probabilidad, las 25.000 cabezas; pero las prácticas de caza agravaron mucho el deterioro. Como casi todos los indios de las llanuras, los comanches realizaban sus cacerías para ofrecer los productos en el mercado en invierno, cuando las pieles eran más gruesas y valiosas, y preferían matar a ejemplares de entre dos y cinco años porque la piel era más fina y se trabajaba con más facilidad. Como los bisontes alumbran sus primeras crías cuando tienen tres o cuatro años y el periodo de gestación suele extenderse desde mediados de julio hasta principios de abril, mataron a un número desproporcionado de ejemplares preñados, con lo que mermaron la capacidad reproductora de las manadas.^[3]

Para empeorar las cosas, la ambición comercial de los comanches los instigaba a abrir sus territorios de caza a los forasteros. Durante gran parte del siglo XVIII, los comanches restringieron el acceso de los forasteros a sus territorios de caza, pero esa actitud medioambiental se volvió cada vez más difícil de mantener a medida que se fueron multiplicando sus vínculos comerciales. Una por una, fueron deshaciéndose de las zonas de protección neutrales que rodeaban a la Comanchería, con lo que, sin darse cuenta, privaron a los bisontes de sus santuarios esenciales. En este sentido, fueron particularmente adversas las negociaciones de Camp Holmes de 1835, por las que los comanches garantizaban a los osage y a las populosas tribus inmigrantes del Territorio Indio el acceso a sus tierras a cambio de privilegios comerciales. Desanimados por la esterilidad de las tierras del Territorio Indio, los cherokee, los chickasaw, los choctaw y los creek (todos ellos, muy numerosos) se entregaron a la caza activa del bisonte, y muchas bandas de delaware, shawnee y kickapoo acabaron siendo cazadores expertos. Junto con los osage, los indios trasladados llevaban a cabo sus cacerías en el principal territorio de bisontes de la cuenca alta de los ríos Canadian y Rojo, en el corazón de la Comanchería oriental. En 1841, la población de

bisontes de la región disminuía con rapidez.^[4]

Al mismo tiempo, en el extremo occidental de la Comanchería, los ciboleros, los cazadores de bisontes de Nuevo México que habían obtenido privilegios de caza en la Comanchería tras el tratado de paz de 1786 entre españoles y comanches, realizaban expediciones de caza anuales al Llano Estacado, donde capturaban una cifra estimada de 25.000 cabezas por temporada. Las manadas de bisontes vieron incrementada aún más la presión que recibían con la paz de 1840 entre comanches, kiowa, naishan, cheyenne y arapaho, que dio acceso al norte de la Comanchería a los cazadores cheyenne y arapaho, que se entregaron al comercio de pieles a gran escala en el fuerte de los Bent, junto al río Arkansas. Los cheyenne y los arapaho suministraban decenas de miles de pieles al fuerte de los Bent y, posiblemente, obtenían gran parte de ellas en la Comanchería. En total, a principios de la década de 1840, decenas de miles de bisontes de la Comanchería morían cada año a manos de pueblos que no vivían en la región.^[5]

El impacto conjunto de la cacería de subsistencia y mercantil de los comanches y sus aliados probablemente se aproximaba, y algunos años superaba, la tasa anual sostenible de matanza de 280.000 cabezas, lo que dejaba a las manadas de bisontes en un equilibrio inestable. Ese equilibrio se volvió aún más frágil con la floreciente economía de pastoreo caballar de los comanches. La dieta de caballos y bisontes se solapa en un 80 por 100, y ambas especies tienen unas exigencias de agua similares, lo que las convierte en ecológicamente incompatibles. Y lo que es aún más peliagudo: ambas especies podían sobrevivir a los crudos inviernos de las llanuras únicamente retirándose a los valles fluviales, donde encontraban agua, abrigo y chopos americanos para obtener alimento de emergencia. Pero los hábitats ribereños adecuados escaseaban cada vez más. Para satisfacer las necesidades crecientes de pasto de sus cada vez mayores manadas domésticas, los comanches no dejaron de convertir nichos de tierras bajas en territorios de pasto, con lo que congestionaron poco a poco los valles fluviales de la Comanchería. A mediados del siglo XIX, se podían ver extensos campamentos de invierno y manadas de caballos que ocupaban docenas de kilómetros de asentamientos invernales estratégicos, que explotaban lugares de pasto y aprovisionamiento de agua esenciales y obligaban a los bisontes a replegarse a zonas más pobres.^[6]

La mayoría de estas zonas se encontraban en la cabecera de ríos importantes, alejadas de los principales territorios de caza e invernales de los comanches; pero cuando el bisonte se vio atraído por aquellos entornos de la periferia, también encontraron cerrado el paso. La Comanchería meridional próxima a la frontera de Texas era hogar de manadas inmensas de caballos salvajes, que prácticamente se habían apropiado de los valles fluviales y los recursos de la región. En la franja occidental del Llano Estacado, en la cabecera de los ríos Canadian, Rojo y Brazos y sus afluentes, el bisonte tenía que competir por la hierba, el agua y el abrigo con miles de ovejas que cada año conducían allí los *pastores*^[*] de Nuevo México. Y lo

que tal vez fuera más desastroso: a principios de la década de 1840, los cargamentos de la Ruta de Santa Fe se convirtieron en una industria a gran escala. Una caravana comercial ordinaria se componía de unas dos docenas de carretas de carga y varios centenares de bueyes y mulas, y cada año la recorrían de un lado a otro centenares de ellas siguiendo el corredor del Arkansas, destruyendo vegetación, contaminando arroyos, acelerando la erosión y expulsando a los bisontes de los últimos nichos ecológicos que les quedaban en el valle. También es posible que el ganado de los comerciantes introdujera en las manadas de bisontes el ántrax, la brucelosis y otras enfermedades bovinas.^[7]

Bandeando numerosas presiones, la población de bisontes de la Comanchería perdió capacidad de mantener su número. Tal vez las manadas no dejaron de disminuir desde los primeros años del siglo XIX, primero de forma lenta e intermitente y, luego, de un modo más rápido y sostenido. En la década de 1840, las manadas menguaban ostensiblemente en toda la región. En 1843, una autoridad mexicana de Taos advirtió que el bisonte se extinguiría muy pronto como especie y, pocos años más tarde, otro observador señaló que «es un hecho singular que en los últimos dos años el bisonte ha abandonado por completo las praderas, que se extienden desde las montañas hasta más de ciento sesenta kilómetros curso abajo del Arkansas».^[8] El núcleo de la población de bisontes de la Comanchería soportaba presiones muy fuertes, aminoradas en cierto modo por el hecho de que la década de 1830 y los primeros años de la de 1840 fueron inusualmente húmedos en las llanuras meridionales. Aquellas precipitaciones superiores a la media mantuvieron el prolífico crecimiento de la hierba, que mitigó los problemas del bisonte. Pero luego, de repente, las lluvias dejaron de caer y se desencadenó una auténtica crisis.

En 1845, un periodo de sequía largo e intenso empezó a azotar la Comanchería. En torno a 1850, volvió a llover un poco, pero la sequía se reanudó y duró, con diferente intensidad, hasta mediados de la década de 1860. Cuando no llovía o solo lloviznaba un poco, los arroyos, estanques y manantiales se secaban, y los ríos mermaban hasta convertirse en un hilo de agua. Las hierbas acumulaban nutrientes en sus raíces más profundas, pero crecían atrofiadas, y el inmenso y exuberante envoltorio de cubierta herbácea de la Comanchería se convirtió en una capa parduzca y sin vida. Fue una época difícil para los comanches, y catastrófica para el bisonte. Para proteger a los caballos y protegerse a sí mismos de la deshidratación y la muerte por inanición, los comanches se dirigieron a los pocos lugares en los que había agua y forraje, con lo que impidieron que los bisontes accedieran a sus refugios de tiempos de sequía. Presionados, primero, por la competitividad para paecer y la depredación humana y condenados, después, a soportar la sequía sin los recursos esenciales de los valles fluviales, las manadas de bisontes de la Comanchería sucumbieron. Moría un número asombroso de cabezas, y manadas enteras abandonaban la Comanchería en busca de alivio en las condiciones climáticas más húmedas y frías del Norte y el Este. En 1847, cuando informaba de la situación de las llanuras occidentales de Texas, el

agente indio Robert Neighbors escribió lo siguiente: «El bisonte y las demás especies de caza han desaparecido casi por completo». Dos años más tarde, el capitán Marcy informaba de que el bisonte «raras veces se dirige al sur del río Rojo, y su territorio en las zonas orientales y occidentales también ha disminuido mucho. [...] En la actualidad, se refugian en una estrecha franja de tierra situada entre los asentamientos periféricos y la base de las montañas Rocosas». Es imposible determinar con exactitud cuántos animales perecieron, pero no es inverosímil que en 1860 la población total se hubiera reducido a 3, 5 millones.^[9]

Aunque el desencadenante de la crisis de los bisontes fuera una oscilación climática inesperada, las acciones de los comanches habían contribuido a agravar los daños. Al monopolizar las cuencas de los ríos con los caballos, matar gran número de bisontes para subsistir y comerciar y abrir los territorios de caza a otros grupos, los comanches habían debilitado de forma crítica la viabilidad de la población de bisontes, con lo que la volvieron vulnerable a los contratiempos ecológicos. Dada la naturaleza intrínsecamente impredecible del entorno de las llanuras y la conducta ecológica del bisonte (las manadas siempre descendían y repuntaban), habría sido muy difícil distinguir una de las fluctuaciones recurrentes de una caída más continuada. Además, las acciones de los comanches siguieron siendo ecológicamente inconsistentes incluso después de que las manadas hubieran empezado a menguar con rapidez, a finales de la década de 1840. Tomaron medidas para preservar las manadas, insistiendo, por ejemplo, en que los ciboleros se acompañaran de menos animales de carga en sus cacerías y redujeran la cantidad de pieles y carne que transportaban a Nuevo México. De todos modos, al mismo tiempo, los comanches siguieron matando a gran número de bisontes con fines comerciales. En 1855, John W. Whitfield, el agente indio de la cuenca alta del Arkansas, informaba de que los 3.200 comanches que vivían junto al río mataban cada año a 30.000 bisontes, pese a que estaban «confinados en una región de la que la especie había desaparecido casi por completo». Esas matanzas se traducen en una media de 9,3 bisontes per cápita, casi más de tres animales por persona de lo necesario para mantener la cacería de subsistencia. Whitfield apuntaba que a los animales adicionales se los mataba por la piel, que se vendía a los comerciantes norteamericanos.^[10]

Quizá los comanches malinterpretaran sencillamente las señales de alerta ecológica. El deterioro del ecosistema del bisonte de la Comanchería hasta dejarlo en un nivel de subsistencia casi crítico fue consecuencia de tantos factores, y se produjo de forma tan paulatina, que el carácter inevitable de la catástrofe solo se aprecia con claridad de forma retrospectiva. Además, aun cuando el número de bisontes hubiera disminuido visiblemente en la década de 1850, los comanches podrían haber pensado que se avecinaba una de las fluctuaciones cíclicas inducidas por la sequía inherente al ecosistema del bisonte de las llanuras, y que solía remitir de forma automática cuando se restablecían las condiciones de humedad. A mediados del siglo XIX, la comunidad comanche ya había sobrevivido a varios periodos intensos de sequía en las llanuras

meridionales y, en todas las ocasiones, incluso después de las sequías reiteradas de las décadas de 1770 y 1780, las manadas de bisontes se habían recuperado gracias a su excepcional tasa de fertilidad. En realidad, parece que el bisonte es una especie tan prolífica que tenía una propensión crónica a sobrepasar la capacidad de carga de las llanuras, y que la depredación humana actuaba como medida preventiva esencial contra el crecimiento insostenible. Así pues, en términos de gestión de la caza, el riesgo principal para los cazadores de bisontes no había sido necesariamente la escasez, sino la sobreabundancia de presas. Este dato también podría explicar por qué las sociedades de los indios de las llanuras desarrollaron relativamente pocos tabúes contra el abuso de la caza, y por qué los cazadores, cuyo modo de vida descansaba sobre el bisonte, incurrían de forma habitual en actos de despilfarro, como aprovechar solo las mejores piezas de los animales más grandes.^[11]

Todo lo anterior no significa que los comanches sacrificaran a los bisontes por obtener un beneficio económico con poca visión de futuro. La incapacidad de los comanches para implantar una política de conservación sistemática también nacía de un conflicto de motivaciones complejo, en el que intervenían intereses ecológicos, económicos y religiosos. Cuando las manadas empezaron a menguar en la década de 1840, los comanches no podían detener sin más sus cacerías comerciales para dar un respiro a las manadas agotadas. Llevaban generaciones intercambiando los frutos de la caza por productos agrícolas, y se habían vuelto absolutamente dependientes de la situación. Necesitaban el maíz, las judías y la calabaza que importaban tanto como el bisonte y, para conseguirlos, tenían que seguir echando mano de las manadas, que se reducían. Otra solución hipotéticamente posible para los comanches habría sido reducir la envergadura de las manadas de caballos para dejar espacio al bisonte, pero esa alternativa se volvía imposible debido a imperativos económicos y militares, más acuciantes. Al igual que el bisonte, los caballos eran artículos esenciales que les daban acceso a un conjunto de artículos de importación distinto, pero igualmente vital: armas de fuego, munición, pólvora y metales. En torno a mediados del siglo XIX, la presión externa sufrida en las fronteras de la Comanchería aumentaba con rapidez. Los colonos y los rancheros de Texas, las tribus inmigrantes procedentes del Territorio Indio y los comerciantes y colonos venidos por tierra desde el este de Estados Unidos se sentían, todos ellos, atraídos por las llanuras meridionales, lo que obligó a los comanches a mantener tal cual el tamaño de las manadas de caballos y la actividad de su sistema comercial; aun cuando la medida supusiera agotar la base de sus recursos. Los comanches necesitaban la carne y la piel de los bisontes para sobrevivir a largo plazo pero, a corto plazo, era más relevante disponer del mayor número posible de guerreros bien armados y con buenas montas.

Por último, la cosmovisión espiritual de los comanches les había impedido encontrar un equilibrio ecológico. La mayoría de los indios de las llanuras creía que el bienestar de los bisontes no estaba tan ligado a la utilización que hacía el ser humano, sino a una especie de gestión ritual de las manadas. Los controles sociales

para impedir el abuso de la caza formaban una parte importante de su política medioambiental, pero importaban menos que las ceremonias que, por sí solas, garantizaban, a su juicio, el regreso del bisonte y la renovación de las manadas. Un elemento esencial de esta creencia era la convicción de que los bisontes tenían un origen sobrenatural y, por tanto, que su número era infinito. El coronel Richard Irving Dodge escribió que los indios de las llanuras «creían firmemente que el bisonte nacía en número infinito en un país subterráneo; que todas las primaveras, por unas aberturas semejantes a cuevas situadas en algún lugar de “El Llano Estacado” o “Staked Plain” de Texas, salían a la superficie los excedentes, como las abejas de una colmena, para llegar a este país». Los comanches creían que el éxito de los cazadores dependía de las oraciones y de las pipas ceremoniales que se fumarán, y su tradición oral refiere que los bisontes podían adoptar forma humana, presentarse entre los comanches hambrientos y conducirlos hasta las grandes manadas donde realizar las cacerías.^[12]

La creencia en el origen y las cualidades sobrenaturales del bisonte pudo haber tenido consecuencias a largo plazo sobre el modo en que los comanches reaccionaron ante la merma de los ejemplares. Si bien no cabe duda de que comprendían a fondo la dinámica de las poblaciones salvajes y las causas medioambientales y antropogénicas de la mortalidad del bisonte, también creían que su abundancia se debía, en última instancia, al dominio de lo sobrenatural. Ambos conjuntos de creencias se contradecían solo en apariencia, pues la conservación suponía mantener una relación integral con los animales mediante ceremonias y rituales, en lugar de sondeando el número real de ejemplares o la densidad de población de la especie. Así pues, la raíz del desastre residía en que los comanches tal vez se dieran cuenta de que las manadas de bisontes menguaban, pero seguían estando convencidos de que, siempre que se respetaran los rituales adecuados, habría bisontes. Como fueron incapaces de predecir la extinción del bisonte, tampoco lograron concebir una política para conservarlo.^[13]

El colapso de la población de bisontes fue una catástrofe ecológica y económica para los comanches. En 1852, Horace Capron, un agente indio especial de Texas, encontró a setecientos comanches en la cuenca alta del río Conchos «que padecían hambre extrema, al borde de la inanición». Los jefes dijeron: «Matan y ahuyentan la caza, nuestra fuente de dependencia principal, y nos vemos obligados a acudir a las porciones de terreno más estériles y yermas de [las llanuras] a pasar hambre. Vemos que no nos queda más que el exterminio y esperamos el desenlace con una indiferencia impasible. Dadnos un país al que podamos llamar nuestro, donde podamos enterrar en paz a nuestra gente». Tres años después, el agente Whitfield informaba de que la desaparición de los bisontes de los «páramos estériles» de la cuenca alta del Arkansas había obligado a los hambrientos comanches a comerse tantos caballos y mulas que las manadas se reducían a un ritmo alarmante. La

economía comanche perdía su función principal: el pueblo que había gozado de un siglo de crecimiento económico casi continuo, de repente, no podía alimentarse.^[14]

La crisis de subsistencia alimentaba una crisis comercial acelerada y, a su vez, se nutría de ella. Los comanches se esforzaban por mantener sus redes comerciales, pero los vínculos de intercambio fueron disolviéndose uno por uno. Desanimados por el descenso de los beneficios, los comerciantes de pieles norteamericanos cerraron a mediados de la década de 1850 todas las estaciones situadas junto a la frontera de Texas. Al Norte, los Bent quemaron su puesto comercial a orillas del río Canadian en 1846, y cuando la epidemia de cólera de 1849 devastó a sus clientes indios, hicieron volar por los aires el fabuloso fuerte de Arkansas. Aferrándose al sueño de forjar un emporio duradero en las llanuras, William Bent construyó en 1853 otro puesto más en el valle del Arkansas, a unos sesenta kilómetros curso abajo de donde se encontraba el antiguo, pero el nuevo establecimiento nunca gozó de la prosperidad de su predecesor. Las poblaciones de bisontes también habían descendido de forma espectacular en las llanuras centrales, al norte del Arkansas (en buena medida, por las mismas razones que en la Comanchería), lo que dejó a la estación comercial en medio de un descomunal cementerio de animales. Además, el incremento del tráfico y la migración desde otros lugares hacia el corredor del Arkansas atemorizó a la caza y destruyó la vida vegetal, lo que enfureció a los indios que vivían allí y socavó el territorio intermedio comercial y diplomático en el que habían prosperado los Bent. Con la escalada de la tensión entre los comerciantes norteamericanos y los indios, William Bent cerró su estación comercial en 1860, con lo que puso fin a casi 150 años de comercio comanche organizado en el valle del Arkansas.^[15]

Las relaciones comerciales de los comanches con sus aliados indios también se desmoronaron. A finales de la década de 1850, los cheyenne y los arapaho abandonaron poco a poco el desierto valle del Arkansas y se trasladaron hacia el Norte, a los valles de los ríos Platte y Smoky Hill, donde trataron de labrarse un modo de vida a base de robar ganado y obtener comida de los viajeros que atravesaban la zona. Dejaron de comerciar con los comanches. Varias bandas kiowa y naishan abandonaron también las llanuras meridionales para marcharse a las centrales, donde buscaron protección mediante una alianza con los cheyenne, los arapaho y los lakota. Los wichita también se distanciaron poco a poco de la órbita comanche. Incapaces ya de subsistir con la caza, se establecieron a mediados de la década de 1850 en una reserva junto al río Brazos, donde instalaron su casa, desbrozaron campos y empezaron a criar cerdos y vacas. Su comercio con los comanches se circunscribía a intercambios clandestinos de comida y pieles en la periferia de la reserva, lejos del alcance del control de los agentes estadounidenses. Pero, de vez en cuando, aquellos comanches depauperados también asaltaban la reserva para obtener maíz, vacas y caballos, lo que impulsó a muchos wichita a incorporarse como exploradores y auxiliares a las expediciones comanches del Ejército de Estados Unidos.^[16]

Las relaciones de los comanches con las tribus trasladadas degeneraron de forma rápida y violenta. Cuando las manadas de bisontes menguaron, los comanches y sus aliados se volvieron cada vez más intolerantes con las partidas de caza que ponían rumbo al Oeste desde el Territorio Indio. Luego, en junio de 1854, la Oficina de Asuntos Indios de Estados Unidos y los indios inmigrantes formalizaron una serie de tratados que abrían el Territorio de Kansas a la colonización de los blancos y desplazaban a millares de indios a la zona central y occidental del Territorio Indio, al borde mismo de la Comanchería. Poco después, estalló un conflicto generalizado cuando mil quinientos comanches, kiowa, naishan, wichita y osage unieron sus fuerzas «para “barrer” de la frontera a todos los indios que encontraran en las llanuras». Aquel numeroso ejército descendió por el río Smoky Hill hacia el Territorio Indio, pero sufrió una derrota aplastante contra un grupo mucho menor de indios sauk y fox, que mataron a más de un centenar de guerreros con sus rifles norteamericanos. A partir de ese momento, tanto las tribus trasladadas como los comanches reclamaron como propios los bisontes que quedaban, y la zona fronteriza entre ambos (principalmente, la totalidad de la franja occidental de la actual Oklahoma, entre los meridianos 98 y 100) acabó convirtiéndose en un terreno sangriento. En 1855, tan solo unos cuantos meses después del fracaso de la tentativa conjunta de derrotar a los indios inmigrantes, las relaciones entre comanches y osage degeneraron en violencia por los privilegios de caza.^[17]

A finales de la década de 1850, el gran imperio comercial comanche se había desvanecido. El comercio de los comancheros era la única faceta que quedaba del otrora imponente sistema comercial, y hasta esa hebra se deshilachaba. El Tratado de Guadalupe Hidalgo obligaba a Estados Unidos a impedir las incursiones indias en México, suprimir el contrabando en la frontera y reclamar y repatriar a los prisioneros mexicanos cautivos de los indios. Pero vigilar una frontera tan larga demostró ser militarmente imposible (o, sencillamente, demasiado caro) y las autoridades federales pasaron, por el contrario, a socavar el empuje económico subyacente a los asaltos comanches eliminando los mercados donde ofrecían los botines. En 1850, James S. Calhoun, el agente indio y futuro gobernador de Nuevo México, instauró un sistema de autorizaciones muy riguroso para los comancheros, que les obligaba a pagar unas tasas muy elevadas por la licencia comercial y les prohibía vender municiones. Además, para cumplir las dos obligaciones que, según el tratado, Estados Unidos tenía con México, y reducir los beneficios de los comancheros, Calhoun envió emisarios a la Comanchería para comprar a todos los prisioneros cautivos que encontrara. En 1851, los agentes habían liberado a unos veinte prisioneros mexicanos, lo que hizo mella en el negocio de los comancheros.^[18]

En este contexto de incertidumbre creciente, llegaron a Santa Fe noticias desconcertantes: uno de los grandes jefes de las rancherías comanches asentadas en el norte de México había formalizado un pacto con el gobierno mexicano y «se mostraba muy dispuesto a formar una Liga con las demás tribus salvajes de Texas y

Nuevo México, con el supuesto propósito de unir las a los mexicanos para expulsar, o exterminar, a los norteamericanos que están en este país». Las autoridades estadounidenses temían que ese jefe comanche estuviera reclutando a indios pueblo para sumarlos a la coalición. La gran alianza se deshizo antes de emprender ninguna acción, pero la mera posibilidad de su existencia alarmó a las autoridades norteamericanas de Nuevo México, que vivían con el miedo constante a una rebelión general de los territorios fronterizos. De todos modos, más que un signo de una actitud antiestadounidense intercultural y generalizada, la alianza abortada entre comanches, mexicanos y habitantes de Nuevo México pudo haber sido una tentativa de remendar lo que ya se estaba descosiendo.^[19]

En 1853, los comanches y los kiowa se enfrentaron con violencia a sus aliados tradicionales de Nuevo México por los derechos de caza del Llano Estacado. Los indios llevaban generaciones tolerando las actividades de caza de los ciboleros de Nuevo México en su territorio, pero la disminución de las manadas de bisontes les hizo cambiar de actitud. Comanches y kiowa empezaron a exigir a los ciboleros que redujeran el número de bestias de carga con que se acompañaban en sus expediciones, que podían llegar a estar formadas por 50 carretas, 150 hombres, mujeres y niños y 500 caballos y mulas. Teniendo en cuenta que las cacerías eran un privilegio antiguo e innegable, los ciboleros se negaron a obedecer y estallaron las hostilidades frontales. Mataron a varios ciboleros y el comercio comanchero experimentó una escalada de violencia. La tensión en la frontera entre Nuevo México y los comanches estuvo a flor de piel durante el resto de la década de 1850, hasta ahogar casi el comercio que durante tres generaciones había ligado estrechamente a la Comanchería con el este de Nuevo México.^[20]

La decadencia del comercio comanchero debilitó y empobreció a los comanches. El acceso a las armas de fuego, las balas y la pólvora se vio gravemente comprometido, pero resultaba aún más perturbador que hubieran perdido la única fuente fiable de maíz y otros productos hortícolas. Fue una catástrofe para un pueblo que ya padecía deficiencias graves de proteínas y grasas y, a finales de la década de 1850, los comanches eran vulnerables a varios tipos de malnutrición, incluido el *kwashiorkor* (déficit de proteínas, sobre todo en los niños pequeños), marasmo (déficit combinado de proteínas y calorías) y cetoacidosis (una deficiencia grave de hidratos de carbono, que sobre todo afecta a las mujeres embarazadas). La malnutrición severa habría bastado para provocar el descenso de la población comanche, pero la combinación de hambre y enfermedades convirtió el declive en un auténtico colapso demográfico. En 1848, cuando llevaban tres años de sequía, la viruela asoló la Comanchería; en 1849, unos viajeros con rumbo a California introdujeron una epidemia virulenta de cólera que se llevó a infinidad de indios, incluidos varios jefes destacados. Y, por último, en 1862, el decimoséptimo año de hambruna, volvió a desatarse la viruela. En las décadas anteriores, la población comanche había repuntado varias veces tras las bajas ocasionadas por las epidemias,

pero la malnutrición y el consiguiente descenso de la fertilidad imposibilitaba ahora la recuperación.^[21]

Los comanches lucharon a la desesperada para evitar la catástrofe. Redujeron el comercio de prisioneros y, en su lugar, los incorporaron a sus familias. En 1853, un observador escribió que las cacerías de esclavos en Nuevo México «tienden a mantener el número de integrantes de la tribu», ya que casi todos los prisioneros se convertían ahora en «maridos de sus hijas y madres de sus hijos». Los comanches también realizaban incursiones en asentamientos fronterizos remotos para obtener maíz, ovejas, cerdos y vacas o, si no, prometían abstenerse de saquear si los habitantes de Nuevo México dejaban de cazar bisontes en las llanuras. ¿Mientras que, antes, la aparición de partidas guerreras comanches en las fronteras coloniales suponía siempre robo de ganado y captura de prisioneros, ahora dejaban en paz a los colonos si les daban carne, fruta o ropa. Los comanches trataron de esquivar el hambre cazando gran número de ciervos, alces y osos, y algunas bandas empezaron incluso a tener ovejas y cabras. La carne de caballo, que antes era estrictamente un alimento de emergencia, se convirtió en un ingrediente básico, y las normas culturales se relajaron para ensanchar la base de subsistencia. El pescado y las aves de corral se consideraban tabú al principio pero, a partir de mediados de siglo, los comanches comían habitualmente ambos, sobre todo durante el momento alimenticio más bajo, en los meses de febrero y marzo, la estación «en la que los bebés lloran de hambre». Quizá todos estos esfuerzos ralentizaran el descenso de población, pero no lo impidieron. A finales de la década de 1840 debía de haber nada menos que veinte mil comanches pero, a mediados de la de 1850, solo quedaban la mitad, o menos.^[22]

La década de 1850, definida por el hambre y la decadencia en la Comanchería, fue un periodo de crecimiento explosivo en Estados Unidos. Los ferrocarriles, las fábricas, la agricultura mecanizada y una inmigración vertiginosa llevaron a la nación a una era de industrialización capitalista que, al mismo tiempo, exigía y sustentaba la expansión sostenida. En 1850, Estados Unidos era un imperio continental que se extendía desde el Atlántico hasta el Pacífico, pero su inmensa zona central, las Grandes Llanuras y los grandes valles situados entre las montañas Rocosas y la cordillera de las Cascadas, quedaba en buena medida más allá del alcance de la explotación; era, en apariencia, un universo incontenible y desordenado de pastizales, desiertos, bisontes e indios. El gobierno federal no sabía qué hacer con este imperio interior afirmado como propio, pues, en ese momento, la expansión había pasado a ser inseparable de los problemas, mucho más escurridizos, de la esclavitud, la escisión y los derechos de los estados miembros de la Unión. Pero, aunque sus dirigentes titubearan, los norteamericanos siguieron presionando y atravesando el valle del Misisipí en busca de nuevas tierras y riquezas.

Y así, en un momento de crisis profunda, los comanches tuvieron que afrontar

una invasión de la que no podían huir, ni podían evitar. La nueva riqueza y poder norteamericanos generados en el Este se filtraron en el Sudoeste con los centenares de miles de colonos, rancheros, mineros, mercaderes, comerciantes, transportistas, soldados y autoridades federales, que acudieron masivamente a Kansas, Colorado, Nuevo México y Texas tras la finalización de la guerra entre Estados Unidos y México. Esta marea humana supuso un giro atroz para los comanches, que ya tenían que hacer frente a demasiados problemas. Además de muertos de hambre y debilitados, ahora también sufrían en las fronteras con los invasores el asedio de un imperio en expansión que esgrimía un poderío militar y económico imprevisto. En el margen de pocos años, su hegemonía en las llanuras meridionales se derrumbó.

La invasión de la Comanchería comenzó con la primera fase de la expansión de Estados Unidos hacia el Oeste: la migración terrestre. En 1849, unos tres mil optimistas que se aglomeraban camino de los yacimientos de oro de California abrieron una ruta terrestre junto al río Canadian, donde encontraron más hierba, madera y agua pura que a lo largo de su homóloga meridional muy transitada, la Ruta de Santa Fe. Debilitados por una epidemia de cólera, los comanches no pudieron hacer nada para detener la invasión, cuya estela dejó una franja de vegetación apisonada y pozos contaminados en el corazón del norte de la Comanchería. La situación empeoró mucho más en el valle del Arkansas, donde el transporte terrestre por la Ruta de Santa Fe maduró hasta convertirse en un gran negocio. En 1853, cuando se esperaba que se desplazaran entre Missouri y Nuevo México unas seiscientas carretas, el gobierno envió a Thomas Fitzpatrick, el célebre trampero, guía y agente indio, para que se reuniera con los comanches y sus aliados con el fin de asegurar aquella arteria crucial mediante tratados.^[23]

El agente Fitzpatrick expuso sus demandas en Fort Atkinson, al suroeste de Kansas, ante seis rancherías yamparika y kotsoteka presentes: se pedía a los indios que permitieran el libre tránsito a través de sus territorios y autorizaran al ejército a señalar caminos y establecer en sus tierras puestos militares y de otra naturaleza. En sintonía con las obligaciones contractuales de Estados Unidos hacia México, Fitzpatrick también exigía que los comanches pusieran fin a las incursiones en México y liberaran a todos los prisioneros mexicanos. Visiblemente consternados, los indios replicaron que los fuertes y los caminos destruían madera, ahuyentaban a la caza y obstaculizaban su movilidad, y se negaron «positiva y claramente» a entregar ningún prisionero, pues insistían en que habían sido asimilados a sus redes de parentesco y «habían acabado por formar parte de su tribu, [...] idénticos a ellos en su modo de vida». Pero, finalmente, todos los jefes firmaron el tratado de 1853, sin duda para poder acceder a las armas y demás alicientes del tratado, que reportaban alivio inmediato a sus desgracias.^[24]

Después de la firma del tratado, los comanches recogieron durante varios años a lo largo del río Arkansas harina, arroz, pan, mantas, armas de fuego de chispa y otros suministros federales, e intercambiaron pieles por comida y utensilios con

comerciantes norteamericanos autorizados. Cobraron un peaje, por lo general en forma de pan, azúcar y café, a los viajeros que transitaban por el valle fluvial pero, en términos generales, se abstuvieron de atacar a los convoyes de inmigrantes. Pero en 1858, cuando se encontró oro en Colorado, el acuerdo se deshizo. En la primavera de 1859, decenas de miles de emigrantes manaban del valle del río Arkansas camino de los campos de oro de las inmediaciones de Denver. A diferencia de los comerciantes de Santa Fe, que en su mayoría tomaban la senda del denominado Cimarrón Cutoff [Atajo o Cruce del Cimarrón] para llegar a Nuevo México, los buscadores de oro seguían el curso del Arkansas hasta la cordillera frontal de las Rocosas, con lo que devastaron la última franja ecológicamente viable del valle. La fiebre del oro había desaparecido casi por completo en 1860, pero la cuenca alta del Arkansas, otrora un refugio para los comanches y sus caballos, se había convertido en una autopista polvorienta y estéril.^[25]

Mientras tanto, en el frente oriental del norte de la Comanchería, las tribus del Territorio Indio proseguían con sus expediciones de caza en el curso alto de los ríos Canadian, Washita, Rojo y Pease, atravesando el debilitado cordón de comanches, kiowa y naishan. Devastados por el hambre, ambos bandos necesitaban los bisontes tan desesperadamente que la rivalidad no consiguió crear un territorio neutral para todos y el noroeste de la Comanchería se convirtió en un inmenso espacio para la matanza. «Si los cazadores de esas tribus [comanches, kiowa y naishan] se aventuran en la región del bisonte —escribió en 1855 el agente indio estadounidense Whitfield—, pueden entrar en contacto en cualquier momento con los indios de la frontera, los osage, los delaware y otros, que reivindican como propios todos los territorios de caza de las tierras por las que deambulan los bisontes». Incapaces de repeler a sus enemigos, más numerosos y mejor armados, los comanches se replegaron hacia el Este, cediendo gran parte de lo que hoy día es el oeste de Oklahoma y el saliente de Texas. En 1855, llegaron procedentes de Texas algunas bandas comanches a Santa Fe, donde pidieron refugio al gobernador en la frontera de Nuevo México, pues «los osage los habían expulsado de su propio país».^[26]

Pero la presión también aumentó en toda la frontera de Nuevo México con los comanches. A mediados de la década de 1850, los norteamericanos recién llegados fundaron varios ranchos de ovejas y vacas en la cuenca alta de los ríos Canadian y Pecos, unas regiones que los comanches consideraban suyas. En 1858, los comanches quemaron un rancho junto al río Canadian y advirtieron a Santa Fe de que no permitirían establecer asentamientos al este del río Gallinas, el límite oriental tradicional de los asentamientos *genízaros*^[*] de Nuevo México. Sin embargo, al año siguiente, las autoridades estadounidenses enviaron una partida de exploración para cartografiar la cuenca alta del río Canadian con el fin de planificar asentamientos. Los comanches apresaron a los exploradores y, tras una reunión fallida con los agentes estadounidenses, llevaron a cabo una serie de ataques en la Ruta de Santa Fe y por todo el frente oriental de Nuevo México. A diferencia de lo que hacían

anteriormente, asestaban golpes indiscriminados y atacaban ranchos norteamericanos, hispanos y de los indios pueblo en Nuevo México. Por su parte, el Ejército de Estados Unidos envió varias expediciones al norte de la Comanchería para perseguir y destruir los campamentos comanches. En mayo de 1861, los comanches firmaron un tratado con los agentes federales de Nuevo México, pero el armisticio no llevaba vigente más que unos días cuando volvieron a atacar los asentamientos de Chaperito, junto al río Gallinas.^[27]

Mientras las fronteras de la Comanchería en el Norte, el Este y el Oeste se volvían cada vez más porosas, la frontera meridional con Texas se abría de par en par. A mediados de siglo, Texas experimentaba un crecimiento espectacular que, en muchos aspectos, fue una extensión de la expansión económica impulsada por el algodón en el sur de Estados Unidos. Los colonos llegados de Alabama, Tennessee, Kentucky, Georgia, Misisipí y Missouri inundaron Texas, cuya población pasó de los 140.000 habitantes de 1847 a los 210.000 en 1850, y a más de 600.000 en 1860. Junto a los ríos anchos y lodosos de las llanuras costeras floreció entonces un nuevo sistema de plantaciones de algodón basadas en la esclavitud, y la agricultura del maíz prosperó en el suelo rico de las praderas de tierras negras. El sector vacuno se expandió desde el sur de Texas hacia la frontera septentrional, alimentado por los mercados de ganado de Nueva Orleans, las Indias Occidentales y California. Casi todos los anglotexanos creían que aquel crecimiento pujante solo estaba limitado por el hecho de que la mitad del estado seguía aún bajo el control de los comanches, inalcanzable e imposible de aprovechar. La colisión era inevitable. Texas acometió una expansión contundente hacia el Norte, y la línea fronteriza que comanches y texanos habían trazado tan meticulosamente a mediados de la década de 1840 para separar a las dos potencias se convirtió en papel mojado.^[28]

La primera fase de la expansión de Texas fue ejecutada por inmigrantes alemanes recién llegados. En 1842, una compañía privada de inmigración dirigida por un grupo de empresarios prusianos obtuvo de la República de Texas una concesión de más de 1, 2 millones de hectáreas entre los ríos Llano y Colorado, todas ellas en territorio comanche, y puso en marcha una campaña enérgica de reclutamiento. En 1845, varios millares de alemanes habían llegado a la costa del Golfo de México, donde descubrieron que la compañía de inmigración había quebrado. Abatidos por el hambre y el tifus junto a una costa húmeda, los colonos potenciales iniciaron una migración trabajosa hacia el Norte y, en 1846, construyeron Fredericksburg en el interior de la frontera meridional de la Comanchería. Los comanches meridionales, a quienes los angloamericanos conocían como penateka (comedores de miel), mataron a los primeros exploradores alemanes pero, en 1847, los colonos consiguieron negociar un tratado con los jefes indios, que permitieron colonizar las tierras del Sur a cambio de regalos por valor de tres mil dólares. A finales de la década de 1840 y en la de 1850, cuando los penateka empobrecidos frecuentaban Fredericksburg para intercambiar sus escasos bienes por comida y mercancías, se habían establecido en

territorio comanche miles de alemanes. En 1860, un segmento importante del sur de la Comanchería se había convertido en territorio agrícola y de pastoreo texanoalemán.^[29]

Por el Este, los penateka toparon con una invasión más desorganizada y amenazadora procedente de Texas. Desde la anexión, los norteamericanos habían afluido a Texas por millares en busca de unas tierras que las «armas gigantescas de Estados Unidos» vaciarían pronto de indios. Los colonos empezaron a violar las tierras de los comanches en una amplia zona situada entre los ríos San Antonio y Trinity, donde avanzaron bajo la protección de los Texas Rangers, que tenían armas, experiencia y una fortaleza adquirida en la frontera comanche durante la guerra entre México y Estados Unidos. Para controlar la inmigración desordenada y proteger a Texas de los comanches y otras naciones de las llanuras, el Ejército de Estados Unidos erigió cinco guarniciones entre los ríos Trinity y Grande. Sin embargo, más que mantener aislados a los texanos y los indios, la presencia protectora de los fuertes animó a los colonos a presionar más lejos, hacia el Oeste y el Norte. En 1850, la frontera había superado el cordón militar que seguía el perímetro arqueado de la Escarpadura de Balcones hasta vulnerar el territorio penateka.^[30] El resultado fue la primera guerra territorial declarada entre comanches y euroamericanos.

Los comanches entraron en aquella guerra debilitados, hambrientos y con fanatismo. La urgencia de proteger hogares y parientes se sumaba a la necesidad de parchear con ganado robado una economía en quiebra, lo que hizo estallar una guerra de asaltos mortífera. Los comanches atacaban a los colonos por toda la expansiva frontera de Texas, al tiempo que se adentraban en el norte de México para saquear. Negando haber «accedido a no guerrear contra los mexicanos», se mofaban del Tratado de Guadalupe Hidalgo y atravesaban el río Grande en tal número que la región fronteriza parecía «infestada» de partidas de guerra. Golpearon aldeas mexicanas por todo el camino hasta Durango y se apoderaron de ganado y prisioneros de los asentamientos kickapoo, semínola y cimarrón, recién creados en el norte de Coahuila. Solo Nuevo León sufrió más de ochocientas incursiones indias entre 1848 y 1870. El único resultado potencialmente positivo para México de la guerra contra Estados Unidos (una frontera internacional rígida y vigilada que frustraría las incursiones comanches al sur del río Grande) se desvaneció con la violencia.^[31]

Igual que antes, las incursiones al otro lado de la frontera mexicana solían ser iniciativas a gran escala que reunían a miembros de varias divisiones comanches. Según informaba el agente Neighbors, las rancherías comanches «mantienen entre sí relación constante, y están igualmente comprometidas con la depredación y las partidas de guerra. Cada vez que un jefe de una banda superior parte hacia México o a cualquier otro punto de nuestra frontera, envían emisarios a las bandas inferiores, cuyos guerreros se unen a los primeros, de tal modo que, en realidad, no son más que un pueblo». Neighbors revelaba que lo que alimentaba las incursiones era el hambre: «no pueden subsistir por ningún otro medio». En realidad, ahora había varias bandas

comanches que vivían de forma permanente en el norte de México, ganándose la vida a duras penas robando ganado y arrancando cabelleras apaches, que en Chihuahua y Durango les reportaban doscientos pesos. En 1851, la jefa comanche, una anciana llamada Tave Peté, la «general y profetisa» de los comanches, y sus nietos Bajo el Sol y Magüe, firmaron un tratado de paz en Chihuahua. Prometieron dejar de asaltar la provincia y aceptaron entregar cabelleras apaches. Mientras tanto, en Nuevo León y Coahuila, los asaltos contribuyeron al estallido de una revuelta separatista generalizada contra el gobierno central, que parecía seguir descuidando las necesidades del Norte.^[32]

Los comanches habían elevado una respuesta militar imponente que recordaba a sus acciones imperiales de antaño, pero Texas también se organizó para la guerra. El estado de Texas creó nuevas compañías de Rangers y las lanzó contra los penateka, mientras que el gobierno federal proseguía con sus esfuerzos de pacificar Texas. Como varios oficiales de alta graduación reclamaban que se aislara o exterminara a los comanches, el ejército construyó en 1852 siete guarniciones fronterizas nuevas para impedir el paso de los comanches a Texas. El nuevo cordón se extendía a lo largo de unos ciento sesenta kilómetros hacia el noroeste desde la anterior línea de guarniciones, y cinco de los fuertes (los de Belknap, Chadbourne, McKavett, Phantom Hill y Mason) estaban bien entrada la frontera de la Comanchería, situados en lugares de abastecimiento de agua en los que las tropas de infantería pudieran interceptar a las partidas de asaltantes que se dirigieran a Texas y México. En otoño de 1853, la frontera de Texas había rodeado a la Comanchería hasta el Comanche Peak, y las incursiones comanches en Texas se redujeron a acciones esporádicas en el curso del río Grande.^[33]

La fuerza de los penateka también se vio mermada por el incremento de facciones entre sus filas. El hambre alimentaba la competitividad por unos recursos menguantes, lo que degradó la solidaridad interna y quebró los acuerdos políticos vigentes. Un observador señalaba que la política penateka se había convertido en una lucha oportunista por los recursos y los partidarios: «Ketumsee es un líder ambicioso y astuto, que despliega una política de gobierno moderada y complaciente hacia sus partidarios, calculada para reforzar su popularidad, y ya ha arrebatado a varios miembros de la banda de Sanaco, que le han jurado lealtad. La situación ha suscitado en ellos un sentimiento de celos y mala voluntad que lleva a todos a desconfiar de la motivación de los demás». Poco a poco, los penateka se dividieron en tres facciones, que se establecieron en lugares contrapuestos del sur de la Comanchería. Sanaco llevó a sus seguidores al curso medio del río Colorado, mientras que Potsanaquahip se estableció mucho más al norte del río Brazos, donde sus bandas se mezclaron con los tenewa de Pahayuko. Solo Ketumsee, que había accedido al poder tras la epidemia de cólera de 1849, se llevó a los jefes Mopechucope y Santa Anna y se quedó en el Sur para tratar de negociar el acceso a la comida y los recursos de Texas para su ranchería, cada vez más reducida.^[34]

La disputa frontal entre los penateka había estallado en 1851, cuando Ketumsee se reunió con agentes indios texanos junto al río San Sabá y pidió a Estados Unidos que «diferenciara una sección o peadzo [sic] de País» para que su pueblo «se estableciera en él y lo cultivara». Al año siguiente, Ketumsee recibió víveres en Fort Graham, volvió a reunirse con agentes federales, liberó a veintisiete prisioneros mexicanos y renovó la solicitud de creación de una reserva. Las iniciativas impresionaron y enfurecieron a los demás jefes, que las interpretaron como un reconocimiento de que Estados Unidos tenía derecho a transferir tierras comanches e impedir las tradicionales incursiones en México para obtener ganado y esclavos, y juraron matar a Ketumsee «por haber abandonado a los prisioneros mexicanos». Antes de que terminara el año, la organización política de los comanches meridionales se había desintegrado. «Sin duda, entre las bandas de comanches hay gran necesidad de una organización gubernamental adecuada», subrayaba el agente indio texano Horace Capron: «aunque proceden originalmente de la misma tribu (los comedores de miel), ahora están divididos en pequeños grupos comandados por jefes distintos, cada uno de los cuales se considera con derecho a ser tratado con idéntico respeto y exige una audiencia independiente».^[35]

La petición que hizo Ketumsee de crear un santuario suscitó poco interés entre los legisladores texanos, que se habían resistido a las demandas reiteradas del gobierno federal de separar tierras para establecer reservas indias. Texas había conservado el control absoluto de su suelo público bajo las condiciones excepcionales de su incorporación a Estados Unidos, y sus políticos pretendían preservar las tierras para sus propios electores, todos los cuales tenían derecho a 260 hectáreas gratuitas. Sin embargo, en 1853, Jefferson Davis, secretario de Guerra, utilizó su considerable influencia política en Texas para convencer al estado de que adoptara la política de crear reservas y, al año siguiente, la asamblea legislativa asignó unas veintiún mil hectáreas a tres de las tribus indias más numerosas que residían en el interior de las fronteras reivindicadas por el estado. A los wichita y los caddo se les adjudicó una reserva de doce mil hectáreas en la cuenca alta del río Brazos y, para los penateka, se reservaron otras nueve mil en el río Clear Fork, afluente del Brazos.^[36]

Robert Neighbors, el agente indio texano de mayor rango, y el capitán Marcy, fueron enviados a convencer a los tres grupos de que se desplazaran a esos lugares. En una reunión con los jefes penateka, Marcy explotó las dificultades económicas de los comanches advirtiéndoles que los bisontes desaparecían tan rápido que «en pocos años, ellos y sus hijos tendrían que confiar la subsistencia a algún otro medio que no fuera la caza [...] Deben aprender a cultivar la tierra». Tanto Sanaco como Ketumsee aceptaron trasladarse al río Clear Fork, donde el último se instaló en una casa de madera y recibió un salario mensual para que no tuviera que cazar. Sanaco abandonó la reserva pronto, pero el hambre atrajo a otras bandas y, al cabo de un año, había en el río Ciar Fork más de quinientos comanches que recibían periódicamente raciones de carne, harina de trigo y de maíz. En 1856, ocho hectáreas de la reserva habían sido

roturadas y cercadas para cultivar, si bien gran parte de la labranza la habían realizado los prisioneros mexicanos de los comanches.^[37]

Las reservas supusieron un punto de inflexión en la política de Texas hacia los indios, pero no lograron resolver los asuntos principales. En las llanuras todavía quedaban miles de comanches, que vivían cada vez más angustiados. Cuando en 1845 se reanudaron los asaltos a gran escala, siempre parecían un caos. Algunas rancherías se dividieron en grupos pequeños que atacaban asentamientos por toda Texas, mientras que otras asaltaban México, donde bordeaban Fort Clark, junto al río Nueces. Las partidas de guerra se desplazaban unas veces a pie, confiando en regresar a lomos de caballos robados y, otras, invadían haciendas de tribus delaware, choctaw o cherokees recién creadas en el Territorio Indio y, a su vez, padecían sus incursiones. Enviaron partidas de guerra al país de los navajos y atacaron a los wichita y los caddo en la reserva del río Brazos en época de cosecha. Se decía que habían «declarado la guerra a todos los pueblos del sur del río Rojo, ya fueran blancos o pieles rojas» y, sin embargo, seguían comerciando con mercaderes ambulantes texanos, como el célebre Jesse Chisholm, para obtener armas de fuego. Asaltaban a los kickapoo y los semínola pero, a veces, también se asociaban con ellos para constituir bandas de asalto multiétnicas. Saqueaban rancherías apaches en el curso del río Grande, pero utilizaban las rancherías de los apaches mescalero como escalas de su ruta hacia México. A veces permitían que un número reducido de apaches lipán residiera en las llanuras y se sumara a sus partidas de guerra. Algunos de los ataques de los que los texanos culpaban a los comanches probablemente eran obra de los waco, de los tawakoni, de mexicanos o de hombres blancos disfrazados de indios.^[38]

En medio de aquel caos, y en ausencia de un objetivo claro, los texanos y el Ejército de Estados Unidos atacaban de forma aleatoria. Las compañías de Rangers y unas milicias texanas organizadas de forma espontánea mataban a todos los indios que encontraban, y se ordenó a los soldados estadounidenses que «*buscaran y atacaran a todas las partidas o bandas [...] tanto si [las depredaciones] eran ostensiblemente atribuibles al conjunto de la banda o únicamente responsabilidad aparente de unos cuantos individuos*». Solo muy poco a poco empezaron a encontrar los texanos lo que creían que era una pauta recurrente. La acumulación de evidencias hacía pensar que casi todos los asaltos indios procedían del norte de la Comanchería, que actuaba como de nido de jefes guerreros comanches tan célebres como Potsanaquahip. «El rasgo más extraño de esta situación —escribió en 1857 el agente Neighbors— es el hecho de que, al mismo tiempo que las bandas comanches [...] expolían a nuestros ciudadanos, saltean por los caminos, destruyen nuestro correo con El Paso, etcétera, un agente del departamento les entrega periódicamente junto al río Arkansas unas voluminosas raciones con toda clase de artículos, armas y munición». A Neighbors le hervía la sangre porque eso «es armarlos y proporcionarles los medios para que sigan desarrollando con eficacia sus incursiones hostiles».^[39]

Neighbors se enteró por los jefes comanches septentrionales de que el objetivo de

las incursiones no era otro que el exterminio de los asentamientos blancos de Texas. Pero las bandas de la propia reserva de Neighbors también estaban implicadas en los asaltos. Se decía que las partidas guerreras procedentes del Norte utilizaban como escala la reserva del río Clear Fork, un lugar donde reclutaban guerreros adicionales, comían y descansaban antes de atacar Texas o México. El propio Neighbors reconocía que no podía «combatir la influencia de la banda de comanches de fuera, ni impedir que los jóvenes abandonen la reserva para sumarse a las incursiones continuas que realizan tanto en nuestra frontera como en la de México». Así pues, las incursiones comanches parecían ser una empresa estacional organizada que giraba en torno a los santuarios angloamericanos de la cuenca alta del Arkansas y el Clear Fork. En 1858, los ataques habían impuesto un peaje muy duro a Texas. Infinidad de ranchos y granjas fueron abandonados en la zona occidental del estado y, en palabras de un observador, el miedo y la incertidumbre «paralizaron los negocios casi por completo».^[40]

Para las autoridades de Estados Unidos y Texas, hallar una pauta de conducta discernible significaba localizar un objetivo contra el que luchar. Los agentes indios suprimieron el reparto de víveres y mercancías junto al río Arkansas con la esperanza de presionar a los comanches para que reconocieran que Texas formaba parte de Estados Unidos, y que entrar en guerra con uno era declararla a los dos. Mientras tanto, el Ejército de Estados Unidos y los Texas Rangers empezaron a pasar a la ofensiva. Hasta 1858, ninguno de los dos se había atrevido a alejarse demasiado de la línea de asentamientos, pero ahora llevaban la guerra hasta el corazón de la Comanchería, a la que convirtieron en un campo de batalla por primera vez desde finales del siglo XVIII. En mayo, un destacamento de cien Texas Rangers y 113 exploradores caddo, wichita y tonkawa sorprendieron a un campamento kotsoteka de setenta viviendas junto al Little Robe Creek, pocos kilómetros al norte del río Canadian. Utilizando escaramuzas de auxiliares indios, los Rangers cargaron contra la aldea. Los comanches huyeron y se dispersaron, y los Rangers mataron a setenta y cuatro guerreros y a dos grandes jefes y tomaron dieciocho prisioneros, «en su mayoría, mujeres y niños». Entre los muertos había un famoso jefe tenewa, Pooheve Quasoo, también conocido como Camisa de Hierro, por la cota de malla que utilizaba en las batallas. Los Rangers cortaron en pedazos la armadura del jefe muerto para quedársela de recuerdo y, posteriormente, enviaron un trozo al gobernador electo de Texas, Hardin R. Runnels, que había prometido poner paz en la frontera.^[41]

A finales de septiembre de 1858, el Segundo de Caballería, que llevaba tres años patrullando la frontera de Texas, duplicó la capacidad de maniobra de los Rangers recorriendo el norte de la Comanchería con 135 exploradores tawakoni, waco, caddo, tonkawa y delaware. Tras una larga marcha nocturna, las tropas tomaron contacto con un extenso campamento comanche disperso junto al cauce de Horse Creek, al oeste de Oklahoma. Los comanches, que se sentían seguros en la zona central de su territorio, no habían dispuesto centinelas y dejaron su manada de caballos sin

vigilancia. Cuando despertaron con los disparos, los caballos ya se habían marchado de estampida, ahuyentados por la carga de la caballería. Inmovilizados, los hombres se atrincheraron en rocas y árboles, desde donde respondieron a las balas y sables con arcos, flechas y cuchillos, mientras que las mujeres y los niños se arrastraban por la orilla del río arriba. El conde Van Dorn, ascendido al rango de mayor del ejército, informó de que sus tropas mataron a cincuenta y seis hombres y dos mujeres y quemaron 120 viviendas con los enseres que contenían. Más tarde, se supo que los comanches (principalmente kotsoteka, junto con una banda de penateka de Potsanaquahip) iban camino del Territorio Indio para participar en un consejo de paz con agentes federales. Van Dorn negó tener noticia del consejo previsto y, la primavera siguiente, comandó al Segundo de Caballería en otro ataque contra el campamento de Potsanaquahip, que en ese momento estaba cerca del río Arkansas, donde mató a cuarenta y nueve y apresó a treinta y siete personas.^[42]

Desmoralizados por las derrotas reiteradas en el corazón de su territorio, los comanches abandonaron las llanuras abiertas y se retiraron hacia el Norte y el Oeste, a los altiplanos y cañones del suroeste de Kansas y los salientes de Oklahoma y Texas. A finales del otoño de 1859, casi todos los comanches y kiowa, unas diez mil personas, se habían agrupado en una franja de tierra situada entre los ríos Arkansas y Canadian, donde ahora afrontaban unas circunstancias sombrías diferentes. El repliegue los privó de los territorios de calidad donde pasaban el invierno, en el Sur, que habían alimentado una economía de pastoreo floreciente, y los confinó en latitudes septentrionales, más frías, donde la vida con los caballos era más precaria. La concentración en un espacio reducido, unida a la muerte de varios *paraibo* destacados, debilitó los sistemas social y político vigentes. Como vivían muy cerca, los yamparika, kotsoteka, tenewa y penateka empezaron a reorganizarse en torno a jefes nuevos, cuya autoridad provenía, en esencia, de la destreza militar, que atraían seguidores que atravesaban todas las líneas divisorias entre tribus, ya casi deshilachadas. La antigua configuración en divisiones separadas geográficamente, pero cohesionadas, empezó a desvanecerse, lo que dio paso a unas formaciones sociales híbridas y más fugaces.^[43]

Mientras tanto, en Texas, la posición de los penateka en la reserva del río Clear Fork se había vuelto insostenible. La opinión pública calificaba a la reserva como una plataforma de lanzamiento de los asaltos comanches en Texas y exigía que fuera expulsada del estado. Enfervorizados por artículos de prensa desenfrenados (muchos de ellos, de la pluma de John R. Baylor, un agente comanche expulsado que luego luchó contra los indios y, después, se convirtió en agitador), los habitantes de la frontera de Texas organizaron patrullas de vigilancia que acampaban en las inmediaciones de las reservas de los ríos Clear Fork y Brazos, desde donde realizaban incursiones nocturnas en los asentamientos indios. Las bandas proclamaron que Cedar Creek, un arrollo afluente del río Brazos, era una «línea mortal» y amenazaban con disparar a todos los indios que vieran al Sur de allí. En la primavera de 1859,

Baylor y sus seguidores exigían que se exterminara a los indios de la reserva, no que se los expulsara, insistiendo en que los indios nunca dejarían de asaltar Texas. Los oficiales del ejército, muchos de los cuales compartían en privado las opiniones de Baylor, se negaron a sofocar la escalada de violencia, con lo que allanaron el camino para forjar el orden social de Texas, según el cual no había lugar para el asentamiento de indios. A finales de julio de 1859, en medio de matanzas indiscriminadas, el agente Neighbors condujo a toda prisa a un grupo de casi un millar de wichita y caddo desde la reserva de Brazos, atravesando el río Rojo, hasta el suroeste del Territorio Indio. Fueron realojados en el Leased District, que pocos años antes había sido arrebatado a los choctaw.^[44]

A finales de 1859, los comanches casi habían desaparecido de Texas. Su marcha dejó un vacío que llenaron rápidamente los colonos, quienes afluyeron en masa a una ancha franja situada entre los ríos Colorado y Trinity. La frontera de colonos y agricultores iba seguida de la de los ranchos, que afloraron enseguida como principal motor de la expansión de Texas. En el curso de la década de 1850, alimentados por una demanda interna de carne cada vez mayor e ignorando las condiciones de sequía, los rancheros de Texas ampliaron poco a poco sus actividades hacia el Norte desde el abarrotado y sobreexplotado núcleo inicial, situado en las llanuras del litoral. Rodeando los abruptos acantilados de la Escarpadura de Balcones, la frontera de los ranchos avanzó poco a poco hacia el Norte, hasta situarse a finales de la década al extremo septentrional de la Escarpadura de Balcones. Allí, la expansión se orientó hacia el Oeste, a las llanuras abiertas del centro de Texas, donde el traslado de las reservas comanche y wichita había dejado libres miles de kilómetros cuadrados de territorio de pasto de primera calidad para la explotación de ganado. En 1860, los condados de Palo Pinto, Erath y Comanche, todos ellos en territorio comanche tradicional, emergieron como núcleo de la actividad ganadera de Texas.^[45]

En 1860, los comanches pasaban apuros angustiosos. Casi cuatrocientos penateka quedaron confinados en una reserva del Territorio Indio, aislados de sus parientes y viviendo como refugiados, y la propia Comanchería se había desgajado en dos mitades. Los rancheros de Nuevo México habían envuelto amplias áreas de su flanco occidental, y las tribus del Territorio Indio habían colonizado los espacios de caza de bisontes de la Comanchería oriental. La inmigración terrestre estaba convirtiendo el valle del Arkansas y el norte de la Comanchería en un erial, y la economía ganadera de los colonos de Texas había engullido gran parte del sur de la Comanchería. En tan solo una década, los comanches habían sufrido una caída vertiginosa desde el dominio hegemónico a la pobreza y el hambre. Los dos grandes pilares de su poderío internacional (los asaltos a larga distancia en México y el comercio de larga distancia por todas las Grandes Llanuras) se habían desmoronado, y el imperio yacía en ruinas. El futuro parecía cada vez más sombrío. En 1860, el periodo de sequía cumplía su decimoquinto año y, en lo que quedaba de la Comanchería, las hierbas estaban quemadas, parduzcas o muertas. Las manadas de bisontes se evaporaban, como

también la esperanza de supervivencia de los comanches en las llanuras.

El estallido de la Guerra de Secesión alivió la presión sobre las fronteras de la Comanchería, pero no frenó la decadencia. Atrapados entre Nuevo México, de la Unión, Texas, confederado, y el Territorio Indio, los comanches enfrentaban a los dos bandos para tratar de arrancar concesiones de ambos. Durante los cuatro años de guerra, negociaron con agentes de la Unión y de la Confederación, pero mantuvieron una apariencia de neutralidad que les permitió recoger provisiones en Fort Cobb, confederado, así como en Fort Wise, de la Unión. El año de 1863 pareció ofrecer una nueva esperanza a los comanches. Asaltaron la frontera de Texas, desprotegida, donde obtuvieron gran cantidad de caballos y vacas, que vendían a tratantes de ganado de la Unión en Nuevo México. Dos de sus jefes, Prick in the Forehad [Picado de Viruela] y Paruasemena [Diez Osos], visitaron Washington para firmar un tratado de paz. Pero fueron breves consuelos en medio de una crisis que ahondaba. La viruela se había llevado infinidad de miembros el año anterior, y la sequía seguía incólume. Y cuando el Senado no ratificó el tratado, estalló una guerra feroz en la frontera de Nuevo México con los comanches. En los primeros años de la década de 1860 tal vez perecieran nada menos que cuatro mil comanches, lo que dejó en 1865 una población total de tan solo cinco mil.^[46]

Pero luego sucedieron dos cosas. Primero, a mediados de la década de 1860 regresaron las lluvias. Pasó la catastrófica sequía que había durado casi una generación, las precipitaciones recuperaron el nivel normal y las hierbas empezaron a sanearse. El descenso en picado de la población de bisontes se ralentizó, lo que devolvió a los comanches la esperanza de supervivencia. En segundo lugar, en 1865, la Confederación se derrumbó y la lucha por la supervivencia de los comanches se convirtió en expansión militar y crecimiento económico. En esencia, el Norte trató al Sur, vencido, como a un consorcio imperial al que había que desmilitarizar, transformar y aprovechar para obtener beneficios. La consecuencia inadvertida de esta actitud fue que Texas volvió a convertirse en un escenario para la política de poder de los comanches.^[47]

La transformación se puso en marcha a mediados de octubre de 1865, seis meses después de la batalla de Appomattox, cuando once jefes comanches se reunieron con una comisión de paz estadounidense en el río Little Arkansas, en el actual sur de Kansas. Los delegados se presentaron con una propuesta: si los comanches aceptaban vivir en paz, devolver a todos los prisioneros y permitir que hubiera fuertes militares en sus tierras, Estados Unidos reconocería su derecho a un territorio que incluyera el oeste de Oklahoma, los salientes de Oklahoma y Texas y una cuña larga y delgada del noroeste de Texas, al sur del saliente. Aunque la propuesta obligaba a los comanches a permanecer en la reserva, el jefe Eagle Drinking [Aguila Bebedora] instó a los demás jefes a aceptarla. Pero también se negaba a ceder tierras. «Tengo mucho cariño

a la tierra en que nací —le dijo a los delegados—. El hombre blanco tiene tierras suficientes. No quiero repartir».

El tratado definitivo, conocido como Tratado de Little Arkansas, reflejaba esta concepción de una Comanchería indivisa. De los once jefes que lo firmaron, nueve eran yamparika, kotsoteka, tenewa o nokoni (vagabundos, una división nueva y reducida que tenía lazos estrechos con los tenewa), cuyo territorio se encontraba dentro de los límites de la reserva propuesta. Las tierras supuestamente cedidas que quedaban fuera de allí pertenecían a una facción emergente denominada kwahada (comedores de berrendo), que vivían muy al Sur, en El Llano Estacado, y no asistieron a las negociaciones de Little Arkansas. El tratado fue impugnado también en el bando norteamericano, pues gran parte de la reserva quedaba dentro de las fronteras que reclamaba el estado de Texas, que nunca reconoció explícitamente las reivindicaciones de los indios sobre las tierras. Sin embargo, el 18 de octubre, los dos bandos firmaron un tratado definitivo, por el cual Estados Unidos reafirmaba el derecho de los comanches sobre unos sesenta y cinco mil kilómetros cuadrados de territorio de Texas.^[48]

Texas fue la gran perdedora del acercamiento entre comanches y estadounidenses. El gobierno federal no solo había utilizado sus tierras para comprar la paz a los comanches, sino que la política de reconstrucción volvió el estado absolutamente vulnerable a la explotación comanche. Washington, que consideraba a Texas un territorio conquistado, envió millares de soldados al estado, pero destinó la mayoría a los núcleos de población orientales para reafirmar la autoridad federal, y a la frontera mexicana para contener posibles ramificaciones de la invasión francesa de México. Los puestos fronterizos de las llanuras del interior no volvieron a dotarse de guarniciones hasta finales de la década de 1860. El gobierno también tenía gran número de personal. El resultado final fue que en 1865 había varios millones de cabezas de ganado desprotegidas deambulando por Texas, sin cercas y listas para llevar. En 1866, el ejército asignó dos regimientos de caballería a la frontera comanche, una medida disuasoria lamentable en una situación abonada estructuralmente para la violencia.^[49]

Ese era el escenario para una oleada de asaltos comanches generalizados que se prolongaron hasta principios de la década de 1870 y devastaron no solo Texas, sino grandes extensiones de Nuevo México, el Territorio Indio y las llanuras centrales. Los ataques supusieron un punto de partida para los comanches. Aquellos asaltantes consumados a caballo se centraban ahora, cada vez más, en el ganado vacuno, al que anteriormente habían ignorado o matado sobre la marcha para obtener comida o por venganza. En 1867, tras dos años de saqueo, Texas había perdido casi cuatro mil caballos y más de treinta mil cabezas de ganado. Las bajas humanas también ascendieron: durante el mismo periodo murieron 162 y fueron apresados 43. Y, otra vez, las bandas guerreras comanches empezaron a atravesar el río Grande para penetrar en México. Los comanches también presionaban hacia el Norte, en el río

Smoky Hill, y hacia el Este, para adentrarse en el Territorio Indio, donde la Guerra de Secesión había dejado divididas y debilitadas a las naciones indias. Avanzaron hacia el este de Nuevo México para saquear y atacar a ocho mil navajos a los que el Ejército de Estados Unidos había trasladado a la fuerza a Bosque Redondo, que los comanches consideraban parte de la Comanchería. Robando caballos, mulas, vacas y haciendo prisioneros, las bandas guerreras comanches dominaron un territorio que abarcaba más de mil trescientos kilómetros de Norte a Sur y más de ochocientos de Este a Oeste.^[50]

Las manadas de los comanches retoñaban. Casi todas las estimaciones de principios del siglo XIX situaban la ratio de caballos por persona entre tres y cuatro animales per cápita pero, a partir de mediados de siglo, muchas bandas tenían entre cinco y diez animales por individuo. Las cifras marcaban un cambio trascendental: los comanches estaban convirtiéndose en pastores con todas las de la ley, cuyo bienestar material dependía de los animales domesticados. La transformación era más visible entre los kwahada, la nueva facción transversal que emergió de las turbulencias políticas de la década de 1850. Cuando Lorenzo Labadi, un agente indio de Nuevo México, inspeccionó el este del Llano Estacado en 1867, encontró un campamento mixto de kwahada y kotsoteka de setecientas viviendas, con unos quince mil caballos y trescientas o cuatrocientas mulas. Criaban «gran parte de su ganado» y tenían más de un millar de vacas. «También tienen ganado de Texas sin numerar —informaba Labadi—, y casi todos los días traen más». En Texas había dieciocho partidas guerreras que saqueaban caballos, mulas y vacas, y una banda muy numerosa comandada por los grandes jefes se había marchado a atacar Bosque Redondo.^[51]

El aumento de las manadas cumplió una doble función. La más inmediata, que contribuyó a parchear la economía de subsistencia devastada por la sequía. El declive de las manadas de bisontes se ralentizó a partir de 1865, pero el nivel que habían alcanzado era tan bajo que los comanches se vieron obligados a buscar fuentes de subsistencia alternativas. Mataban ganado vacuno en los trechos próximos a sus tierras cuando realizaban largas expediciones de caza y, como señaló Labadi, criaron vacas para obtener alimento y pieles. Los caballos también se convirtieron en fuentes de alimento y pieles. George Bent recordaba que los comanches utilizaban «la piel de los caballos como otras tribus de las llanuras utilizaban las de bisonte, para confeccionar ropa, recubrir viviendas, etcétera», e incluso sostenía que acabaron por preferir la carne de caballo a la de bisonte.^[52]

los grandes traslados de ganado de finales de las décadas de 1860, 1870 y 1880, la hacían fácil de conducir desde Texas hasta el encuentro comanchero en El Llano Estacado. La raza *longhorn* era eficiente paciendo, razonablemente sencilla de manejar y, como tenía las patas largas y las pezuñas muy duras, podía recorrer grandes distancias sin agua, o con muy poca, sin perder peso... todo lo cual eran elementos importantes para los comanches, que eran pastores de caballos desde hacía muchas generaciones pero no tenían ninguna experiencia con el ganado bovino doméstico.^[53]

Aquellas *longhorn* fáciles de trasladar encontraron buena acogida en los mercados de Nuevo México, donde los oficiales del Ejército de Estados Unidos invertían poco a poco sus fondos en el comercio comanchero, prosiguiendo con la oscura práctica iniciada durante la Guerra de Secesión. De hecho, en 1866 y 1867, un cártel de oficiales del ejército y magnates del ganado asumió el control de una porción importante del negocio comanchero. Para obtener beneficios, equiparon a las partidas de comancheros con provisiones y mercancías y los protegían de la intervención del gobierno. Pero el aumento de los beneficios también atrajo a *ricos*^[*] élites acaudaladas de Nuevo México que empezaron a auspiciar partidas de comancheros con caballos, bienes y mano de obra, tanto de peones como de esclavos. Durante algún tiempo, los norteamericanos y los *ricos*^[*] compitieron y coexistieron como patrones del comercio comanchero, que se había convertido en una trama de un plan transnacional encubierto en el que los habitantes de Nuevo México, los comerciantes norteamericanos, los oficiales estadounidenses y los comanches se daban cita para aprovechar los beneficios de la explotación de la industria ganadera anglotexana.^[54]

Protegidos del control federal y respaldados por patrones adinerados, los comancheros se agolparon en una cifra imprevisible en el Llano Estacado. En 1866 se decía que estaban «continuamente» entre los kwahada, sus principales proveedores, «suministrándoles bienes, armas [...] en realidad, cualquier cosa [...] que se les antojara». Otro observador comentaba que «este comercio se ha hecho descomunal en los últimos tiempos. Sé de un hombre que desde aquí, en Santa Fe, llevó allí [al Llano Estacado] regalos por valor de unos ciento cincuenta dólares y regresó con un centenar de cabezas de ganado de Texas a cambio».^[55]

Aquel comercio de ochenta años de existencia se transformó en una empresa estructurada con núcleos fijos, un sistema de transporte desarrollado y una base económica firme. Los encuentros azarosos de antaño se sustituyeron por lugares de reunión fijos, donde unas acequias y unos abrigos semisubterráneos de adobe aportaban la infraestructura a la actividad estacional. Los desfiladeros de la zona central y oriental del Llano Estacado estaban salpicados de lugares semejantes, tres de los cuales ejercían de centros neurálgicos en el conjunto del sistema: Las Tecovas, junto a arroyos de caudal perenne cerca de la actual localidad de Amarillo; Las Lenguas, en la cuenca alta del río Pease; y Cañón del Rescate, en las inmediaciones

de la actual Lubbock. Conectados con Nuevo México por una red de caminos para carretas y sendas para cargamentos menores, atraían a centenares de comancheros. Se estima que partieron hacia las llanuras setecientos habitantes de Nuevo México en la temporada de 1867, que culminó en un encuentro masivo donde cuatrocientos comancheros vendieron mercancías a los comanches por valor de veinte mil dólares; un alto cargo informaba de que, cuando se cerró la temporada, Nuevo México estaba atestado de ganado vacuno de Texas.

Las reuniones masivas se prolongaban varios días, durante los cuales cambiaba de mano una cantidad de artículos inmensa. La participación de norteamericanos acaudalados y de *ricos*^[*] había ampliado la cantidad y variedad de mercaderías de los comancheros, entre las que ahora había los artículos tradicionales (sal, pan duro, harina, azúcar, tabaco, mantas y cuchillos) y novedades como whisky, té, dulces, gorras del ejército, revólveres y rifles de diez disparos accionados por palanca. Los comanches pagaban las compras, sobre todo, con ganado vacuno y caballos robados en Texas, pero también ofrecían prisioneros indios y mexicanos, de los que en Nuevo México había «mucha demanda entre los “ricos”^[*] y los novios con posibles», aun cuando el territorio hubiera prohibido toda modalidad de servidumbre y esclavitud involuntaria en consonancia con la Decimotercera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos.^[56]

Los inversores silenciosos, los lugares de encuentro fijos, la variedad de mercancías y el mero volumen de los intercambios apuntan a una transformación fundamental en el comercio comanchero: la antigua institución fronteriza de realizar transacciones cara a cara estaba integrándose en un sistema capitalista de relaciones mercantiles formales. Sin embargo, pese a los rasgos nuevos, el comercio comanchero siguió inscrito en la tradición. Como llevaban haciendo durante generaciones, comanches y comancheros envolvían el intercambio mundanal de bienes materiales en rituales, que renovaban y desarrollaban el sentido de solidaridad y parentesco entre comunidades. El comercio efectivo iba precedido de competiciones de lucha y tiro con arco, carreras de caballos, juegos de apuestas y celebraciones, unas prácticas que permitían a los participantes mantener un contacto personal más estrecho y aliviaban las tensiones del trueque posterior. Si bien algunos observadores de la época afirmaban que la introducción del alcohol y la participación de financieros norteamericanos *ricos*^[*] hinchaba los precios en perjuicio de los comanches, las normas de reciprocidad e interdependencia tradicionales persistían; un prisionero recordaba posteriormente que los comanches apreciaban en especial a los comancheros de los indios pueblo, que «pagaban el ganado vacuno a buen precio» y «eran fieles a su palabra». Así, mediante su compromiso con las formas acostumbradas, los intermediarios comancheros actuaban como colchón protector de los comanches frente a las influencias corruptoras y alienantes del mercado. Y, por último, mientras que un extremo del comercio comanchero se anclaba ahora a la economía capitalista en expansión de los intercambios mercantiles regularizados, el

otro seguía arraigado en la tradición fronteriza de la acción económica violenta y la redistribución. Era un secreto a voces que el ganado y la mano de obra que alimentaba el crecimiento económico de Nuevo México durante la Guerra de Secesión y los años inmediatamente posteriores eran un botín del saqueo en Texas y el norte de México.^[57]

El ganado vacuno de contrabando y el comercio de prisioneros y la violencia que alimentaron en Texas eran una vergüenza hiriente para los agentes federales de Nuevo México, Kansas y el Territorio Indio. No habían logrado contener a los comanches, que hacían caso omiso de los límites de la reserva tal como se definían en el Tratado de Little Arkansas, se negaban a renunciar al tráfico de esclavos y, sin embargo, frecuentaban Fort Lamed, la agencia que tenían asignada cerca del Gran Recodo del río Arkansas, para recoger suministros del gobierno. Informes bochornosos indicaban que Texas estaba desbordada por «las vidas y propiedades robadas por los indios [...] a quienes alimentaban, vestían y armaban los representantes del gobierno de Estados Unidos», lo que ejercía una presión enorme sobre la Oficina de Asuntos Indios y sus agentes. Decididos a extender la emancipación desde el Sur hacia el Sudoeste, los agentes federales exigían una y otra vez que los comanches y kiowa renunciaran a sus prisioneros. Pero, en lugar de erradicar la esclavitud y el comercio de prisioneros, este tipo de actuaciones acabó apoyándolos. Comanches y kiowa sí devolvieron numerosos cautivos a los agentes estadounidenses, pero solo si recibían a cambio el pago en efectivo o en especie de un rescate generoso. En palabras de un agente desesperado, «cada prisionero que se compra a los indios equivale a una autorización para que vuelvan a cometer impunemente el mismo acto. Se jactan de que robar mujeres blancas es un negocio más lucrativo que robar caballos». Los esfuerzos emancipadores de Estados Unidos habían creado para los comanches un nuevo mercado de trata de esclavos, y las medidas leoninas de reconstrucción en Texas generaban una gran base de suministros: la parte occidental del estado, desmilitarizada, quedó abierta de par en par para las partidas comanches de caza de esclavos.^[58]

La disputa sobre los prisioneros era el paradigma de la colisión entre los comanches y Estados Unidos, y precipitó su progresión hacia una guerra declarada. La persistencia de la esclavitud y el tráfico de prisioneros convenció a los legisladores estadounidenses de que el Sudoeste no era lo bastante grande para albergar las economías culturales tradicionales de los territorios fronterizos y el nuevo sistema norteamericano capitalista patrocinado por el Estado y la libertad de elección de trabajo. Perplejas y desanimadas por su propia participación en el negocio de los prisioneros, las autoridades estadounidenses, compuestas en su mayoría por veteranos de la Guerra de Secesión, empezaron a reclamar políticas más duras y, en caso necesario, el exterminio de los indios que traficaban con esclavos. En 1867, cuando le informaron del caso de un chico de trece años de Texas que había sido apresado y por el que los comanches exigían «remuneración», el general William

Tecumseh Sherman, comandante del Ejército de Estados Unidos, respondió que los oficiales no deberían volver a «someterse a la práctica de pagar por los niños robados. Es mejor que la raza india desaparezca».^[59]

El joven prisionero texano pudo haberla hecho aflorar, pero la ira racial de Sherman tenía otras causas más profundas. Los comanches, supuestamente sometidos a vivir en las reservas, seguían asaltando por todo el Sudoeste de Estados Unidos y frustrando los planes del gobierno de modernizar la región. En 1865, cuando estaban al borde del colapso, los comanches experimentaron una recuperación espectacular tras la Guerra de Secesión. Desprendiéndose de lo que se había convertido en una carga y manteniendo y modificando lo que todavía les resultaba útil, lograron idear una economía dinámica y renovada a partir de los fragmentos de la antigua. Restauraron el maltrecho sistema de subsistencia orientándolo hacia el pastoreo intensivo, diversificando la economía, antes centrada en la caza del bisonte, y aceptando las raciones entregadas periódicamente por los estadounidenses. Aprovechándose del caos generalizado (sobre todo en Texas, desarmada y desestructurada tras la Guerra de Secesión), forjaron una próspera red transnacional de saqueo y comercio que los conectó a la vasta economía continental. Habían perdido demasiados integrantes para reconstruir la anterior hegemonía del siglo XIX, pero volvían a expandirse. Solo retrospectivamente podemos considerar evidente que el ascenso no pudiera mantenerse.

El alcance total de la devastación que sembraron los comanches no quedó patente hasta la primavera y el verano de 1867, cuando el gobernador de Texas, John W. Throckmorton, solicitó datos sobre los estragos causados por los indios en todo el estado. Cuando llegaron los informes a la oficina del gobernador, en Austin, se descubrió una imagen alarmante: la frontera cedía en una franja de 480 kilómetros desde el río Rojo hasta San Antonio, lo que dejaba al centro mismo de Texas expuesto al riesgo de destrucción. Los condados de Clay, Montague, Cooke, Jack, Erath, Comanche, Coleman, Comal y Medina declaraban pérdidas de población importantes, pues los colonos huían de los ataques comanches procedentes del Norte y de los de los apaches lipán, del Sur. Las ciudades se desmoronaban, las granjas se abandonaban y las matanzas se habían convertido en una noticia habitual. «Los asesinatos cometidos en nuestra frontera —comentaba un oficial desesperado— son tan frecuentes que no reparan en ellos más que los amigos y conocidos de quienes los sufren, como sucedería con los fallecidos de muerte natural». La industria del ganado vacuno, cuyas perspectivas parecían tan prometedoras en 1860, estaba casi paralizada: «los indios se apoderan prácticamente de todo el ganado que se traslada a través de las llanuras, y aislarán a los criadores de las fronteras de los mercados a los que va destinado su vacuno». Al igual que sucediera medio siglo antes, tanto durante el periodo colonial español como durante el mexicano, Texas se desintegraba bajo la

presión de los comanches.^[60]

VIII

COLAPSO

Una vez finalizada la Guerra de Secesión, las Grandes Llanuras resurgieron como el lugar más violento de América del Norte. Con la paz, los norteamericanos volvieron a recuperar la movilidad y se aglomeraron por millares junto al Misisipí y en las Grandes Llanuras. Para la mayoría de quienes emigraban hacia el Oeste, las Grandes Llanuras representaban un mero obstáculo, una distancia que había que recorrer para acudir hasta los tesoros que aguardaban al otro lado, y ese era el problema. El gobierno federal no hacía más que esfuerzos simbólicos por negociar con las poderosas naciones de indios nómadas de las llanuras occidentales para obtener derechos de paso por sus territorios. Los viajeros acababan siendo intrusos y las matanzas se volvieron algo rutinario. En algunos casos, eran los estadounidenses quienes desencadenaban el baño de sangre; en otros, se incorporaban a las bolsas tradicionales de violencia.

En la época de la posguerra, la frontera entre Texas y los comanches no era más que uno de los muchos lugares de crisis de las Grandes Llanuras. Las fricciones entre indios y blancos en el este de Colorado no dejaron de aumentar durante el otoño de 1864, hasta que estallaron en noviembre, cuando el coronel John Chivington comandó a setecientos milicianos de Colorado para atacar a un grupo pacífico de cheyenne y arapaho en Sand Creek, del que dieron muerte a 130 hombres, mujeres y niños. Enojados por una masacre sufrida sin provocación alguna, los cheyenne y los arapaho recurrieron a sus aliados lakota y declararon la guerra a Estados Unidos. Atacaron convoyes de carretas, diligencias, fuertes militares y ranchos por todo el valle del río Platte y quemaron la ciudad de Julesburg. Los cheyenne, los arapaho y los lakota integrados en la sociedad militar de los Soldados Perro, una facción multitribal muy combativa, se negaron a mantener conversaciones de paz y, en invierno de 1866, la zona central de las llanuras era escenario de violencia desatada. Mientras tanto, los lakota libraban su propia guerra contra el Ejército de Estados Unidos, que había empezado a construir fuertes sin autorización para proteger la Ruta o Sendero Bozeman, que llevaba desde el sureste de Wyoming hasta los campamentos de buscadores de oro de Montana, dividiendo en dos los mejores territorios de caza de los lakota, en la región de Bighorn. El recrudecimiento de un conflicto basado en asaltos, represalias y tentativas vanas de formalizar tratados de paz se convirtió en una guerra absoluta en otoño de 1866 y, en diciembre, los lakota emboscaron y mataron al capitán William Fetterman y a ochenta soldados cerca de Fort Phil Kearny.^[1]

Aquella victoria sensacional, la peor catástrofe del ejército en el Oeste hasta la fecha, catapultó la cuestión india al primer plano de la opinión pública

estadounidense, lo que obligó a Washington a tomar plena conciencia de los disturbios de las llanuras. Como el trauma de la Guerra de Secesión todavía estaba reciente, la opinión pública estadounidense demandaba soluciones humanitarias y no militares, y el Congreso creó una Comisión de Paz para negociar acuerdos con los indios de las llanuras. La comitiva, encabezada por el comisario de asuntos indios Nathaniel Taylor, inspeccionó los aspectos más destacados de las llanuras pero, muy pronto, se centró en la zona intermedia, situada entre los ríos Platte y Arkansas. La construcción del ferrocarril transcontinental estaba muy avanzada, y los valles de los ríos Platte y Kansas eran el lugar previsto para tender los ramales principales de la Union Pacific y la Kansas Pacific.

Para dejar libre este cinturón esencial en aras del desarrollo, los comisarios se dispusieron a reubicar a las naciones indias en dos reservas apartadas de esa ruta. Los lakota, los cheyenne y los arapaho septentrionales y los crow compartirían una reserva en la región de las Black Hills del territorio de Dakota, y los comanches, los kiowa, los naishan y los cheyenne y arapaho meridionales serían agrupados y confinados en la zona occidental del Territorio Indio. La comisión pensó que, una vez diseñada la división de las llanuras en sectores indios y no indios, podía dar comienzo un programa de civilización y asimilación. Protegidos de las influencias occidentales desagradables en el crisol de sus reservas aisladas, se podría enseñar a los indios a vivir en alojamientos fijos, a cultivar el suelo y a hablar, leer y escribir inglés. Tutelados por el gobierno, podrían desembarazarse de todo lo que acompañaba a su identidad tribal y de la carga de su raza para comenzar su larga travesía individual hacia la corriente dominante estadounidense. [2]

En 1867, las incursiones comanches desenfrenadas en Texas y el Territorio Indio y el terror que sembraban los cheyenne y los arapaho en las llanuras centrales dieron prioridad a la reserva meridional. En octubre de 1867, tras varias semanas de una campaña muy agresiva de emisarios del gobierno, se congregaron más de cinco mil comanches, kiowa, naishan, cheyenne y arapaho en Medicine Lodge Creek, unos cien kilómetros al sur de Fort Lamed, para reunirse con una comisión de paz estadounidense. Los kwahada se mantuvieron al margen, pero todas las demás divisiones comanches estuvieron representadas.

El consejo se inició con un intercambio mutuo de cumplidos y declaraciones de buena voluntad pero, cuando comenzaron las conversaciones, quedó patente de inmediato la decisión estadounidense de despojar a las naciones indias de sus regímenes soberanos. Los comisarios extendieron a los comanches y los kiowa las estipulaciones habituales de paz perpetua, pero luego los presionaron para que aceptaran una reserva de casi nueve mil kilómetros cuadrados en el Leased District del Territorio Indio. Allí, ambos grupos tendrían acceso a médicos, herreros, molineros, ingenieros, profesores y escuelas, todo lo cual se inscribía en un programa

intensivo de civilización encaminado a transformarlos en pequeños propietarios alfabetizados al cabo de una generación. Podrían cazar sin salirse de las fronteras del territorio siempre que quedaran bisontes, pero la titularidad de las tierras ajenas a la reserva pasaría a Estados Unidos. A cambio de eliminar la reivindicación de más de 225.000 kilómetros cuadrados, la comisión ofrecía a comanches y kiowa veinticinco mil dólares anuales durante tres décadas. Los cheyenne, arapaho y naishan recibieron ofertas similares.^[3]

La propuesta indignó a los delegados indios y provocó que varios jefes pronunciaran discursos iracundos. Pero, al cabo de una semana, las cinco naciones habían firmado los tratados. Las explicaciones convencionales de este cambio de actitud afirman que los indios no lograron comprender el proceso de construcción del tratado y que se sintieron abrumados por los alicientes que ofrecía el gobierno: los comisarios entregaron regalos por valor de 120.000 dólares, una suma tan abultada que, supuestamente, nubló el juicio de los jefes. Parece que semejante ingenuidad política se encarnaba en Paruasemena, el destacado jefe penateka que había visitado Washington en 1863. A sus setenta y cinco años y, ahora, con gafas, dirigió a la comisión de paz un discurso largo y apasionado que ha ingresado en la mitología estadounidense como prototipo de la oratoria india, una descripción elocuente del dolor de un pueblo vencido ante un mundo sentenciado. Pero bajo la capa de magnificencia estética, contenía un programa político sofisticado que afectó al tratado definitivo hasta un extremo que todavía no se ha valorado del todo.^[4]

Paruasemena dio comienzo a su alocución enumerando los agravios del pasado y rechazó sin rodeos la propuesta de la comisión: «No me gustan algunas cosas que han dicho ustedes». Recordó a los comisarios la poderosa posición negociadora de que gozaba, respaldada por la expansión comanche hacia Texas tras la Guerra de Secesión, y subrayó el poderío militar de su pueblo: «Los comanches no son frágiles ni ciegos, como los cachorros de un perro de una semana. Son fuertes y tienen la vista aguzada, como los caballos adultos. Si lo que querían era eso [que entráramos en guerra contra Texas], eso es lo que hicimos. Las mujeres blancas gritaban y nuestras mujeres se reían». Aceptaba las provisiones que entregaba periódicamente el gobierno, pero rechazaba que se tratara de una compensación por renunciar a tierras. Por su parte, invocó el ideal comanche de afecto mutuo: «Cuando consigo bienes y regalos, yo y mi pueblo nos alegramos, pues indica que [el presidente de Estados Unidos] nos tiene en su pensamiento». Paruasemena rechazaba explícitamente la política de reservas sobre la que descansaba la transferencia de tierras: «Habéis dicho que queréis confinarnos en una reserva, construimos viviendas y cabañas para saunas y baños ceremoniales. No las quiero [...] Quiero morir allí [en las llanuras] y no entre cuatro paredes». Para apuntalar su posición, recordó a la comisión los acuerdos anteriores, que respetaban la reivindicación comanche de concederles todo el territorio de las Grandes Llanuras al sur del río Arkansas, y subrayó la ocupación prolongada de la región por parte de su pueblo: «Conozco cada arroyo y cada bosque

entre el río Grande y el Arkansas. He vivido y cazado por todo ese territorio. Vivo como vivieron mis padres y, al igual que ellos, he vivido feliz. Cuando estuve en Washington el Gran Padre me dijo que todas las tierras comanches eran nuestras y que nadie debía impedirnos vivir en ellas. Así que, ¿por qué nos piden que abandonemos los ríos y el sol y el viento y vivamos en casas».^[5]

Una vez rechazada la transferencia de territorio, Paruasemena elevó una contrapropuesta. Como en los anteriores tratados, los comanches concederían derechos de paso limitados por todo su territorio a cambio de recibir periódicamente provisiones: «No quiero que mi tierra de pastos se manche con más sangre. La quiero limpia y pura, y la deseo tanto así que todo aquel que atravesase mi pueblo encuentre paz cuando entre y se marche cuando salga». En pocas palabras, la propuesta de Paruasemena nacía de la actitud que había orientado la política comanche hacia Estados Unidos desde principios de la década de 1850: estaba dispuesto a realizar pequeñas concesiones para conseguir las anualidades, pero rechazaba de plano las exigencias que pudieran hacer peligrar el modo de vida tradicional comanche.

El acuerdo final, ajado por cierta oscuridad en su significado, por las malas interpretaciones mutuas y por compromisos incómodos, era de los típicos entre indios y estadounidenses. Algunas cláusulas eran conocidas e inequívocas. Los comanches prometían abstenerse de capturar esclavos y atacar a viajeros estadounidenses, autorizaban la construcción de destacamentos militares y permitían que se tendieran líneas ferroviarias junto a los ríos Platte y Smoky Hill. La cuestión del usufructo y la propiedad de la tierra, sin embargo, seguía siendo profundamente problemática. Según habían concebido e interpretaban el tratado los comisarios, al aceptar la reserva, los comanches abandonaban toda reclamación de tierras establecidas como reserva en el Tratado de Little Arkansas de 1865. En esos territorios no conservaban más que un privilegio de caza temporal, que permanecería vigente «mientras el bisonte pascie allí en un número importante que justifique la cacería». Pero, para los comanches, ese privilegio de caza *significaba* propiedad. Mientras que los norteamericanos establecían una diferencia clara entre el usufructo y la propiedad de la tierra, los comanches consideraban que ambos aspectos estaban vinculados inexorablemente; se consideraban custodios que velaban por la tierra para las futuras generaciones simplemente por vivir en ella. Mientras hubiera comanches viviendo en un pedazo de tierra, el ciclo generacional proseguiría, y la tierra seguiría siendo suya.^[6]

Al garantizar el derecho de los comanches a cazar y vivir en las llanuras abiertas al sur del río Arkansas, el tratado parecía más bien sancionar, en lugar de alterar, el *statu quo* vigente. Además, el acuerdo prohibía explícitamente toda clase de asentamientos blancos «en las tierras delimitadas en la vieja reserva [de 1865]», y los signatarios indios mantenían posteriormente que los comisarios habían dado su palabra de impedir que los cazadores norteamericanos entraran en las llanuras meridionales al sur del río Arkansas; desde el punto de vista de los comanches, la

idea de que el tratado les otorgaba derechos territoriales debió de verse reforzada. Además, a excepción del jefe Tosawa, que llevaba viviendo en Territorio Indio desde 1859, todos los jefes comanches se negaban a aceptar viviendas en la reserva, lo que indica que no esperaban que fuera un lugar de residencia, sino una base de abastecimiento estacional. Ansiosos por concluir las conversaciones y trasladarse al Norte para negociar con los lakota y los cheyenne y arapaho septentrionales, los comisarios no insistieron sobre el asunto. Los artículos del tratado solo aludían a una «vivienda» para Tosawa; se esperaba que los demás jefes, sencillamente, convirtieran «la reserva en domicilio permanente y [...] no crearan ningún asentamiento estable en ningún otro lugar».^[7]

Cualesquiera que fuesen las esperanzas alimentadas por los agentes estadounidenses sobre la sumisión de los comanches, se desvanecieron casi de inmediato. En invierno de 1867-1868, varios millares de comanches y kiowa visitaron una agencia provisional situada en el valle de Eureka, cerca de Fort Cobb, al oeste del Territorio Indio, para recoger provisiones; pero tan solo una pequeña parte de los indios se quedó para iniciar una nueva vida en la reserva. La mayoría de los comanches y kiowas partieron hacia las llanuras, donde pasaron el verano y el otoño saqueando ganado y caballos en Texas, Bosque Redondo y el Territorio Indio, y comerciando con los comancheros. Las pérdidas de Texas se calificaban como «casi increíbles». Mientras tanto, los Soldados Perro de los cheyenne proseguían con su guerra de incursiones contra los norteamericanos en Colorado y Kansas, lo que ponía en peligro la construcción del ferrocarril junto a los valles del río Platte y Kansas. Con el proceso de paz hecho jirones, el Senado puso al general William Tecumseh Sherman al frente de la política india y le pidió que erradicara la violencia. En otoño de 1868, Sherman autorizó al general Philip H. Sheridan a que emprendiera una campaña de invierno para desplazar a todos los cheyenne al sur de la línea del río Kansas. A finales de diciembre, un mes después de que el Séptimo de Caballería de George Custer destruyera una aldea cheyenne junto al río Washita, el Tercero de Caballería atacó un campamento comanche en el Soldier Spring, donde mató a veinticinco personas. Sherman ordenó a las agencias comanche y kiowa que se trasladaran a unos cincuenta y cinco kilómetros al sur de Fort Cobb, hasta Cache Creek, donde el ejército construyó una nueva ciudadela, Fort Sill, para vigilar a los indios.^[8]

Luego, la política india de Estados Unidos cambió de forma inesperada. En 1869, el recién elegido presidente Ulysses S. Grant presentó su Política de Paz, que favorecía la educación cristiana frente a la coerción y trasladó a misioneros protestantes para que supervisaran los programas de la reserva. Lawrie Tatum, un cuáquero acérrimo de Iowa, fue nombrado responsable de la agencia comanche y kiowa, y el ejército abandonó la reserva. Los soldados seguían patrullando las llanuras meridionales, pero solo tenían autorización para atacar y detener a los indios a los que se hubiera identificado positivamente como hostiles. No se autorizaba

ninguna detención en el interior de la reserva sin el consentimiento expreso de los agentes indios. En la práctica, las patrullas del ejército podían retener a los asaltantes indios solo si conseguían capturar a una de las partidas comerciales con más movilidad con ganado robado antes de que vendieran los animales a los comancheros, se los comieran o volvieran a marcarlos para asimilarlos a las inmensas manadas comanches.^[9]

Los comanches interpretaron el nuevo enfoque como un mandato de proseguir con sus costumbres y políticas tradicionales. Cazaban, asaltaban y comerciaban en las llanuras y en Texas durante la mayor parte del año pero, en invierno, gran número se desplazaba hasta la agencia para vivir de las raciones periódicas. En cierto sentido, los comanches incorporaron la reserva a su ciclo anual tradicional como si fuera otro valle fluvial: igual que las vegas de los ríos, la reserva proporcionaba comida y abrigo durante los meses fríos y, del mismo modo que los valles fluviales, nunca tuvo el atractivo de las praderas abiertas. La reserva que, en esencia, era un nuevo ámbito de recursos, ayudó a los comanches a preservar su modo de vida nómada en las llanuras, en lugar de aproximarlos a la vida sedentaria.

Para facilitar la alternancia entre la reserva y las llanuras abiertas, los comanches se dividieron en dos facciones geográficamente distintas, pero unidas por un vínculo político. Casi todos los penateka y algunos tenewa se establecieron de forma permanente en la reserva, donde cultivaron lazos estrechos con las autoridades de la agencia; pero la mayoría de los kwahada, yamparika y kotsoteka vivían en las llanuras de Texas y El Llano Estacado, desde donde acudían a la reserva con carácter estacional. Si bien los jefes de la reserva y de fuera de ella se enfrentaban a menudo por la frecuencia y la legitimidad de los asaltos, las bandas y familias individuales podían desplazarse sin trabas entre la agencia y las llanuras y aprovechar los recursos de ambos espacios.^[10]

Los kiowa, naishan, cheyenne y arapaho adoptaron una estrategia similar, y muchas de las bandas de estos indios que no estaban en la reserva se unieron y, en parte, se fundieron, con los kwahada, yamparika y kotsoteka del norte de la Comanchería. Al hacerlo, prosiguieron e intensificaron la larga tradición de mezcla étnica en la Comanchería. A finales de la década de 1860, El Llano Estacado se había convertido en un centro de rancherías intertribales cuyo motor era la común oposición de sus miembros a las políticas modernizadoras y restrictivas de Estados Unidos. Los grupos nuevos estaban al mando de hombres como Satanta [Oso Blanco], Pacer, Quanah Parker, Mowway [Mano Agitada], Paruacoom [Oso Macho] o Tebenanaka [Ruido de Sol], que han ingresado en la mitología de las fronteras como símbolos: los líderes tribales implacables que protegían ardientemente a su pueblo de la marea creciente norteamericana. Pero el papel principal de los jefes también pudo haber sido la dirección colegiada de nuevas comunidades de intereses multitribales que trascendían y, al mismo tiempo, difuminaban las barreras étnicas.^[11]



19. Quanah Parker, jefe de los comanches. Quanah Parker fue uno de los dirigentes comanches más poderosos de la época de la reserva y, podría decirse, el comanche más famoso. Personificó también la dinámica de asimilación étnica que definió la experiencia imperial comanche. Quanah Parker, hijo de Peta Nocona, un jefe comanche, y Ann Cynthia Parker, una cautiva anglotexana, se convirtió en líder destacado a principios de la década de 1870. Su ascenso al poder ilustra las oportunidades que la sociedad multiétnica comanche ofrecía a personas que no eran de pura sangre comanche. Tomado de J. E. Irwin, *Photographs of Kiowa and Comanche Indians* (Chickasha, Territorio Indio, Irwin, h. 1898), carpeta 19. Por cortesía de la Yale Collection of Western Americana, Biblioteca de Manuscritos y Libros Raros de Beinecke.

La estrategia comanche de utilizar la reserva como base de suministro estacional imprimió una tensión enorme al agente Tatum y su experimento cuáquero. Tatum presionaba a la Oficina India para que incrementara las raciones de provisiones y que la reserva resultara más atractiva, y se desvivía por identificar a los asaltantes para negárselas. Sin embargo, los comanches anulaban las tentativas de control con la simple medida de insistir en que todas las raciones se debían entregar a los jefes. Una vez recogidas en la agencia india de Fort Sill, los jefes las redistribuían entre las mujeres, quienes luego se llevaban el alimento y otros artículos a los campamentos, que solían encontrarse en la periferia de la reserva, lo más lejos posible de la agencia. El resultado fue que Tatum trataba solo con unos cuantos jefes; el resto de los comanches le parecía una masa indiferenciada. Protegidos por el anonimato, los guerreros quedaban al margen del escrutinio oficial y podían entrar y salir de la reserva sin encontrar oposición ni hacerse notar. En lugar de que los comanches acabaran inmersos en la vida de la reserva, fue la reserva la que quedó sumida en la economía política comanche. En otoño de 1870, por ejemplo, cuando Tosawa,

Paruasemena y otros jefes de la reserva acudieron a escuchar un mensaje conciliador del Comisario de Asuntos Indios Ely S. Parker, las partidas de guerreros comanches y kiowa llevaron a la agencia a infinidad de prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, para cobrar el rescate. Aunque Tatum se escandalizó, se sentía moralmente obligado a salvar a los prisioneros de lo que consideraba barbarie y una condición femenina abyecta entre los comanches. Liberó a catorce norteamericanos y doce mexicanos, por los que pagó nada menos que cien dólares por persona.^[12]

La élite militar estadounidense contemplaba los incidentes con una frustración cada vez mayor, lo que desencadenó un intercambio verbal vehemente entre el ejército y la Oficina India. El general Sheridan, comandante en aquel momento del Departamento de Missouri, se burlaba de la Política de Paz: «Si un blanco comete un asesinato o un robo, lo ahorcamos o lo enviamos a prisión; si lo hace un indio, tenemos por costumbre regalarle más mantas». Para terminar de exacerbar el malestar del ejército, muchos asaltantes comanches y kiowa utilizaban la reserva no solo como fuente de abastos, sino como refugio. La Política de Paz establecía que las reservas fueran zonas desmilitarizadas sometidas al control exclusivo de la Oficina India, y que las patrullas del ejército no podían perseguir a los asaltantes indios en su interior. Los comanches y los kiowa aprovechaban la laguna de forma sistemática y convirtieron Fort Sill en un enclave protector para sus partidas de saqueadores. La impotencia del ejército alcanzó un punto culminante y simbólico en 1870, cuando los comanches robaron setenta y tres mulas del corral del intendente de Fort Sill. Cuando el comandante informó del incidente al comisario Parker, este le ordenó que no hiciera nada.^[13]

El agente Tatum fue blanco de intensas críticas por sus actos pero, como no estaba dispuesto a reconocer el fracaso de las medidas cuáqueras, culpaba a las deficiencias del sistema de entrega periódica de provisiones: corrupción entre los contratistas, retraso de los envíos y artículos de baja calidad. La argumentación no carecía de fundamento. La Oficina India utilizaba gran parte de los fondos destinados a raciones indias a saldar reclamaciones de daños contra los comanches, lo que producía en Fort Sill una escasez grave de suministros. Pero el mayor problema era una corrupción desaforada, que ocasionaba infinidad de distorsiones: desaparecían fondos, la harina estaba plagada de gusanos, los costales de bacón llevaban piedras y las mercancías de las provisiones periódicas acababan en manos de comerciantes de la agencia, quienes obligaban a los indios a pagar por unos artículos que, supuestamente, debían recibir de (orina gratuita. «¿Qué tenemos que hacer para obtener comida? —preguntaba Tatum en verano de 1869—. Las raciones son insuficientes. Vienen lamidas, como el rocío matutino. Las raciones para siete días se acaban en cuatro».^[14] No obstante, culpar al sistema de entrega de provisiones pasaba por alto lo fundamental: la mayoría de los comanches se negaba a permanecer en la reserva, simplemente, porque podía seguir manteniendo a sus familias al margen de ella. Si bien los agentes federales proclamaban una y otra vez que estaba obsoleta, la

economía de los comanches en el exterior de la reserva seguía siendo viable y generaba mucha atracción hacia las llanuras.

En el paso de la década de 1860 a la de 1870, el ecosistema del bisonte se había estabilizado gracias a la regularización de las lluvias y a la búsqueda sistemática de los comanches de fuentes de sustento alternativas. Además, disponemos de evidencias tentadoras que hacen pensar que los comanches habían encontrado un modo de regular las variaciones del número de bisontes saqueando ganado y consumiendo carne de vaca. En 1872, los agentes federales llevaron a Fort Sill a una delegación de cherokee, creek y semínola para que se reunieran con los comanches, kiowa, naishan, cheyenne y arapaho con la intención de que convencieran a los nómadas de que se convirtieran a la agricultura. Cuando le dijeron que los bisontes desaparecerían pronto, un portavoz yamparika replicó que «todavía quedaban millones de bisontes, y no había peligro en ese aspecto». Pero, si las manadas «flaqueaban», proseguía, «los comanches habían decidido cazar bisontes solo el siguiente invierno, para luego dejarlos uno o dos años de cría sin molestarlos y, mientras tanto, recurrir al ganado de Texas para subsistir». Seguros de la viabilidad y la validez de su medio de vida, los yamparika calificaban a los cherokee, los creek y los semínola como «un hatajo ineficaz y sucio, apenas capaz de ocuparse de sus asuntos». «No tenemos muy buena opinión de ellos», concluía.^[15]

Aunque la caza siguiera siendo viable, los asaltos proliferaban. A finales de la década de 1860, la industria ganadera de Texas experimentó su primera fase de expansión y brindó nuevas oportunidades a los comanches furtivos. Los ranchos de Texas aumentaron de tamaño, pero su envergadura los volvía más difíciles de defender frente a los saqueadores comanches, que podían entrar y salir en los pastos abiertos sin que los vieran. Los primeros traslados de ganado hacia el Norte, a partir de 1867, ofrecían otro blanco para los comanches. Conducidos por un número reducido de *cowboys* y *vaqueros*^[*] las primeras caravanas eran vulnerables a los ataques de la guerrilla, y los asaltantes ahuyentaban a manadas enteras en la Ruta de Goodnight-Loving, que rodeaba la Comanchería por el valle del río Pecos. Según un informe, entre 1866 y 1873 Texas perdió 6. 255 caballos y 11. 395 cabezas de ganado a causa del pillaje de los indios; pero los datos eran incompletos y es posible que las cifras reales fueran varias veces superiores. En 1869, los ciudadanos del Condado de Jack, en el centro de Texas, declaraban haber perdido con el pillaje, solo en el mes de abril, caballos por valor de cincuenta mil dólares; y en 1871, en el lapso de tres meses, los comanches se llevaron más de treinta mil cabezas de ganado de Texas a Nuevo México. Los comanches también saqueaban en el sudoeste del Territorio Indio, cuya franja occidental se encontraba en su principal ruta de guerra para llegar a Texas. La mayoría de los ataques los sufrían los indios inmigrantes (los chickasaw elevaron 123 reclamaciones de daños al agente Tatum entre 1869 y 1873), pero ni siquiera la agencia de Fort Sill estaba a salvo de los asaltantes comanches.^[16]

Como había sucedido antes, el saqueo de ganado estaba estrechamente vinculado

a los mercados de Nuevo México a través el comercio comanchero, si bien Estados Unidos había empezado a adoptar medidas más decididas para ponerle freno. En 1869, al percibir que el comercio comanchero era uno de los recursos esenciales que sustentaba a las rancherías comanches del exterior de la reserva, el general Sheridan ordenó detener a todos los habitantes de Nuevo México a los que se encontrara en las llanuras con ganado y mataran a las manadas. Al cabo de dos años, el ejército había establecido una línea de patrullas en el flanco oriental de Nuevo México, detenido a varios convoyes comerciales y recuperado más de un millar de cabezas de ganado. Pero aunque la presión dañara el comercio entre comanches y comancheros, no lo erradicó. Ambos encontraron formas nuevas de poner en común sus recursos y empezaron a convertir su empresa en una actividad paramilitar clandestina en la que cada vez se difuminaba más la distinción entre productores y compradores. Los comancheros, que para evitar a las patrullas militares junto a las grandes rutas de carromatos se disfrazaban a veces de cazadores de bisontes, utilizaban sendas más angostas y sin señalizar para llegar a los desfiladeros recónditos del Llano Estacado, unos lugares de reunión ocultos donde solían acompañar a los comanches cuando asaltaban Texas. Herman Lehmann, un texano que fue apresado y adoptado por los comanches, recordaba que sesenta habitantes de Nuevo México se unieron a ciento cuarenta comanches para provocar una estampida y apoderarse de «una manada grande que conducían a Kansas». Por su parte, los comanches ofrecían escolta militar a las caravanas de comancheros que regresaban a Nuevo México con manadas de ganado vacuno. Así, aun cuando el espacio de maniobra menguara, comanches y comancheros mantuvieron su relación tradicional. Un comanchero arrestado describía el comercio de principios de la década de 1870 como «un negocio regular». Los emplazamientos clave, Muchoque y Quitaque, todavía estaban operativos y atraían a centenares de comanches para obtener «armas, munición, ropa, harina, pan, azúcar, café, etcétera».^[17]

En las conversaciones de paz de Medicine Lodge de 1867, pocos dignatarios norteamericanos esperaban que los comanches duraran mucho en las llanuras. Los representantes estadounidenses creían que el modo de vida de los indios de las llanuras ya estaba desintegrándose y que Estados Unidos, por tanto, podía permitirse ser generoso. El gobierno estadounidense otorgó a los comanches derecho a residir en sus antiguos territorios mientras hubiera bisontes suficientes para cazar, pero la concesión nacía de la convicción de que, tanto a los bisontes como a la cultura comanche, les quedaban solo unos cuantos años para extinguirse. De hecho, hasta Paruasemena, que tan radicalmente se había opuesto a las demandas de los comisarios, parecía haber perdido la esperanza de sobrevivir a largo plazo en las llanuras. Cuatro años antes había visitado Washington y había visto la inmensa infraestructura que catapultaba a tantos colonos y soldados hacia el Oeste: ciudades,

factorías, ferrocarriles, telegramas, innumerables granjas... «Es demasiado tarde — afirmó—. El hombre blanco se ha adueñado del país que tanto amamos, y solo deseamos deambular por la pradera hasta que muramos».^[18]

Pero, en los albores de la nueva década, no había indicios de capitulación. La Comanchería, que en la mentalidad estadounidense era una unidad política caduca desde 1867, seguía existiendo de hecho. Casi todos los comanches seguían viviendo en las llanuras abiertas, persiguiendo y cazando bisontes, robando y vendiendo caballos y ganado vacuno, capturando y pidiendo rescate por prisioneros. El gobierno estadounidense insistía en que esos comanches eran indios de las reservas que acudían a las llanuras de forma estacional pero, en realidad, los comanches visitaban la reserva de forma estacional y solo en busca de provisiones y refugio. Las cláusulas del Tratado de Medicine Lodge, redactadas de forma imperfecta, afirmaban que los comanches debían limitar a la caza sus actividades fuera de la reserva y no sobrepasar los límites del territorio de los bisontes, pero mantenían su actividad militar y comercial desde el Territorio Indio hasta Nuevo México y desde Kansas hasta el centro de Texas. Si bien su número era inferior a cinco mil, habían reforzado su poderío político y militar creando lazos estrechos con los habitantes de Nuevo México, los kiowa, los naishan, los cheyenne y los arapaho. Algunos comanches creían que habían alcanzado un nuevo equilibrio entre sus necesidades y las del entorno y, dado el extraordinario aumento del ganado robado en Texas en 1871, pudieron haber creído perfectamente que estarían cazando, asaltando y comerciando en el Sudoeste eternamente.^[19]

La existencia de los comanches y sus aliados en las llanuras meridionales entraba en colisión con el deseo de Estados Unidos de convertir las Grandes Llanuras y el Sudoeste a la producción agrícola, la industrialización y el capitalismo no esclavista. El sueño americano de un nuevo imperio de raíles, ranchos, granjas y fronteras estables chocaba frontalmente con la economía política comanche basada en la caza, los asaltos, los rescates y las fronteras difusas. Los entusiastas norteamericanos proclamaban el auge del reino del ganado vacuno en Texas, y las manadas de ovejas estaban a punto de convertirse en un gran negocio en Nuevo México, pero ambas iniciativas estaban limitadas por la incapacidad de expandirse a los territorios del Llano Estacado y el saliente de Texas. En Texas, además, había largos tramos de la frontera de los asentamientos que todavía desaparecían bajo la presión comanche y, en Kansas, decenas de miles de colonos se abarrotaban en la zona oriental del estado para exigir que se expulsara a todos los indios de la cuenca alta del Arkansas y sus alrededores.^[20]

Para las autoridades federales que se ocupaban de los indios, la situación de los comanches era un engorro lacerante: media década después de que la Guerra de Secesión hubiera puesto fin a la esclavitud institucionalizada, los comanches traficaban con seres humanos en suelo estadounidense y con agentes estadounidenses. Los colonos angustiados, los magnates del ganado ovino y vacuno y las autoridades

del gobierno disparaban su frustración contra la Política de Paz que, a su juicio, había debilitado la presión de Estados Unidos sobre los indios, en lugar de reforzarla. Encontraron un aliado poderoso en la élite militar, que desde el principio se había opuesto a la Política de Paz por motivos estratégicos y personales: el fin de la Guerra de Secesión y la consiguiente reducción del ejército había cerrado las vías de acceso a la promoción, que solo podría reabrir otra guerra.^[21]

Quienes se oponían a la Política de Paz encontraron su oportunidad en mayo de 1871, cuando una partida de saqueadores comanches y kiowa atacó una caravana de suministros cerca de Fort Richardson, donde mató y mutiló a siete caravaneros. Los asaltantes evitaron por poco al general Sherman, que realizaba una visita de inspección en Texas. Al enterarse del ataque, cambió de actitud de improviso y ordenó a cuatro compañías de caballería que persiguieran a los asaltantes y, si era necesario, lo hicieran en el interior de la reserva de Fort Sill. Luego irrumpió en Fort Sill para interpelar al agente Tatum. Nervioso, Tatum reconoció que el experimento cuáquero fracasaba. El siguiente día de entrega de raciones, Tatum autorizó a los soldados a que detuvieran a tres jefes kiowa (Satanta [Oso Blanco], Satank [Oso Sentado] y Big Tree [Árbol Grande]) y los envió a Texas para juzgarlos. Con su ideología cuáquera hecha jirones, Tatum pidió al ejército que persiguiera a los kwahada y los kotsoteka en Texas, que les confiscara el ganado robado y los obligara a entrar en la reserva «con toda la amabilidad que permitan las circunstancias». Si bien la Política de Paz siguió siendo la actitud oficial, en las llanuras meridionales se había convertido en papel mojado en otoño de 1871. Tatum fue reemplazado a principios de 1873 por un agente más entregado a los principios cuáqueros pero, en aquel momento, las acciones contundentes ya habían pasado a ser la norma.^[22]

En el momento de planificar las campañas comanches, el Ejército de Estados Unidos logró inspirarse en la experiencia de combatir a los indios de las llanuras, que acumulaba con rapidez. Las guerras con los lakota habían puesto de manifiesto que los soldados regulares, pese a ir armados de revólveres Colt y rifles de repetición Winchester, no podían equipararse a los guerreros indios, muy motivados y con mucha movilidad, con lo que convencieron a la cúpula militar de que el ejército necesitaba una ventaja sustancial de efectivos para derrotar a los indios de las llanuras en el campo de batalla. Pero de efectivos era de lo que, precisamente, carecía el ejército. La opinión pública del Este, cansada de guerra e impaciente por restablecer la normalidad, no estaba dispuesta a financiar las guerras contra los indios en el Oeste. Los jóvenes se mostraban igualmente poco entusiastas: la perspectiva de combatir a los indios por una paga escasa y bajo una disciplina férrea en las remotas Grandes Llanuras atraía a pocos voluntarios. El principal instrumento del ejército en las guerras contra los indios era, por tanto, la caballería ligera, compuesta por diez regimientos que, en total, sumaban unos cinco mil hombres.

Escaso de tropas y receloso de las batallas en campo abierto, el ejército se dedicó a privar a los comanches de abrigo y sustento destruyendo los campamentos de

invierno, los suministros de alimento y las manadas de caballos. A principios de la década de 1870, esta modalidad de guerra total contra poblaciones enteras era una práctica consolidada en el Ejército de Estados Unidos. Sherman había sido uno de sus pioneros contra la Confederación con su «Marcha hacia el Mar», y Sheridan había introducido una versión desnuda de la misma en las llanuras con su campaña del invierno de 1868-1869 contra los cheyenne. La campaña de Sheridan, que culminó en el río Washita, donde el Séptimo de Caballería mató casi a un centenar de comanches no guerreros y ochocientos caballos y mulas, quebrantó la resistencia de los cheyenne en las llanuras centrales. Esa victoria convenció al ejército de que atacar civiles y recursos económicos era el modo más eficaz (y, como acertaba el conflicto, más humano) de someter a los indios. Pero el ejército no podía reproducir sin más contra los comanches la ofensiva frontal de Sheridan, pues ocupaban un territorio muy amplio y disponían de una base de subsistencia más diversificada que los cheyenne. Para someter a los comanches, el ejército se vio obligado a emprender la campaña de guerra total más generalizada y concentrada del Oeste.^[23]

Fue solo entonces, veintitrés años después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, cuando los comanches empezaron a sentir el alcance del poder expansionista estadounidense. Ya habían estado expuestos antes (sobre todo en Texas, cuya expansión territorial en la Comanchería era un corolario de la expansión económica del Sur hacia Texas), pero todo su empuje había sido desviado por varios factores: el relativo desinterés estadounidense por las Grandes Llanuras, la Guerra de Secesión y, por último, la Política de Paz. Así pues, resultó aún más sorprendente cuando en 1871 Estados Unidos desató su poderío militar en la Comanchería. Cualesquiera que fuesen las dificultades que el ejército tuviera que afrontar para movilizar soldados en la guerra contra los indios, las tropas que congregó pudieron hacer uso de los imponentes recursos de su país: una tecnología superior, unas líneas de suministro inagotables, un sistema de comunicaciones desarrollado y un aparato estatal fuerte de eficacia demostrada. Y lo que tal vez fuera más importante, los soldados conformaban la vanguardia de un estado-nación ascendente impulsado por una misión civilizadora y decidido a ensanchar sus límites mediante la conquista y las fronteras exclusivas. El Ejército de Estados Unidos que penetró en la Comanchería era un adversario diferente de cualquier otro al que se hubieran enfrentado los comanches.^[24]

La invasión partió de Texas, el estado con una lista más extensa de agravios comanches. Los asaltos comanches se habían cobrado muchas víctimas humanas y robado mucho ganado desde finales de 1850, con lo que frenaron el crecimiento económico previsto por el estado. Obstaculizados por un muro de violencia comanche, el expansivo reino del ganado de Texas había sorteado las Grandes Llanuras para extenderse hacia otras regiones, menos deseadas, en Nuevo México y las montañas Rocosas. En 1871, los texanos consideraban la situación intolerable. Dado que las ciudades prósperas de la posguerra en el norte del país, como Chicago o

Nueva York, tenían un hambre, en apariencia insaciable, de ternera del Oeste, en Texas bullían unos cinco millones de cabezas de ganado vacuno listas para comercializarse, y la terminal de la Kansas Pacific en Abilene conectaba la demanda septentrional con la oferta de Texas. Lo único que faltaba para que hubiera una auténtica explosión de ganado en Texas era que desaparecieran las trabas en las principales tierras de pasto y las autopistas naturales de las llanuras meridionales, gran parte de las cuales seguían bajo el control de los comanches.

Pero, aunque los texanos se sintieran víctimas de los comanches, también tenían poder y decisión para someterlos. En el estado había varios destacamentos del Ejército de Estados Unidos, a los que instaron a entrar en acción los empresarios ambiciosos y agresivos y millares de colonos de la frontera, impacientes por presenciar la derrota de los comanches. En otoño de 1871, bajo la presión intensa de las autoridades de Texas, el general Sherman ordenó al Cuarto de Caballería y a dos compañías del Undécimo Regimiento de Infantería, un total de seiscientos soldados, que frenaran a los comanches. El coronel Ranald Mackenzie llevó a sus tropas a través del Cañón Blanco para llegar al este del Llano Estacado, donde sus exploradores tonkawa habían localizado a una numerosa banda kwahada comandada por Quanah Parker. Enfrentándose de vez en cuando a pequeños escuadrones indios, la caballería desplazó a los kwahadas al interior del llano hasta que el clima frío los obligó a retirarse. Al llegar la primavera, Mackenzie volvió a intentarlo. Primero, instauró un sistema de patrullas fronterizo muy eficaz, anclado en los recién creados Fort Richardson, Griffin y Concho y, luego, llevó a cabo otra expedición de larga distancia en El Llano Estacado, en esta ocasión con unos trescientos soldados y exploradores tonkawa. Apoyadas por columnas de suministro muy poderosas, las tropas pasaron varios meses siguiendo las rancherías comanches, cartografiando rutas de guerra y localizando emplazamientos de comancheros. Evitando enfrentamientos directos, Mackenzie desgastó a los comanches interrumpiendo su ciclo estacional de actividades. Los indios, continuamente en movimiento, no tenían tiempo para dejar pastar y atender a los caballos, cazar bisontes, desecar carne y preparar pieles para los campamentos de invierno.

En septiembre de 1872, el Cuarto de Caballería atacó por sorpresa en el brazo septentrional del río Rojo un campamento de kwahada y kotsoteka compuesto por 262 tiendas. En un enfrentamiento breve y atroz, los soldados mataron a veinticuatro guerreros, apresaron a más de cien mujeres y niños, se apoderaron de «un gran número de caballos y mulas» y quemaron todas las tiendas, las pieles y los alimentos. Las partidas de asaltantes comanches lograron recuperar casi todos los animales en incursiones nocturnas, pero la batalla los había dejado en la miseria. Habían perdido todas sus reservas de invierno, y el apresamiento de mujeres impedía que las familias llevaran a cabo los preparativos necesarios para la estación fría. Mackenzie llevó a los prisioneros a Fort Concho, en Texas, y envió el mensaje de que no serían devueltos a menos que los comanches dejaran de saquear. La mayoría obedeció y,

como eran incapaces de saciar el hambre con ganado robado, se trasladaron a la reserva. Entre los recién llegados se encontraban Tebenanaka, Paruacoom y otros grandes jefes comanches que antes solo habían visitado la agencia fugazmente.^[25]

Mientras Mackenzie se aproximaba a los comanches en la zona central y meridional del Llano Estacado, el ejército abrió un segundo frente por el oeste del Llano Estacado. Aquí, el objetivo era eliminar el comercio comanchero y aislar a los comanches de su fuente de importación de armamento y alimentos. Imitando las medidas de Mackenzie, el coronel Gordon Granger, comandante del distrito de Nuevo México, mantuvo a sus tropas en el campo durante todo 1872. Recorriendo el llano desde el río Canadian hasta el río Hondo, los soldados detenían a comancheros, desmantelaban campamentos comerciales y mataban ganado robado. Como Granger estaba escaso de efectivos, ordenó que se distribuyeran las armas sobrantes entre un grupo de más de noventa ganaderos texanos, que en el verano de 1872 partieron a recuperar ganado robado; los texanos pasaron tres meses en El Llano Estacado y el este de Nuevo México intimidando a los compradores de ganado y aterrorizando a los ranchos y aldeas que poseían ganado comanchero. El conjunto de las acciones erradicó casi por completo el comercio comanchero. En 1873, solo un puñado de comancheros partía hacia las llanuras, donde trataban en vano de encontrar comanches que, o bien se habían retirado a la reserva, o bien estaban dispersos por todo El Llano Estacado para eludir a las tropas de Mackenzie.^[26]

El año 1873 fue testigo del avance simultáneo de comanches y estadounidenses hacia un enfrentamiento violento y masivo y, al mismo tiempo, una adaptación inestable. Con una cifra de comanches sin precedentes pasando el invierno en Fort Sill, el nivel de violencia cayó en picado en la frontera de Texas. Las bandas comanches de la reserva mostraban cada vez más interés por la agricultura, y los agentes hablaban de un nuevo espíritu de conformidad. En primavera, los comanches habían erigido cincuenta viviendas cerca de Fort Sill. Liberaron a varios prisioneros angloamericanos y mexicanos con la esperanza de recuperar a los parientes reclusos en Fort Concho y, en abril, el ejército liberó a todos los comanches detenidos. Cuando los prisioneros llegaron en junio a Fort Sill, los agentes estadounidenses pudieron observar de primera mano la eficacia del cautiverio para provocar, al mismo tiempo, el conflicto y la conciliación. En una reunión con el oficial que había capturado a los prisioneros, los comanches, una vez recuperados el honor y a sus familias, «dieron un paso adelante y le estrecharon la mano. Algunos, mientras lo abrazaban, le daban las gracias por el cuidado, la atención y la amabilidad generalizada que habían mostrado por sus mujeres e hijos [...] Uno de ellos le dijo incluso que siempre respetaría a un soldado blanco».^[27]

Toda aquella buena voluntad sufrió una dura prueba en otoño de 1873. Poco antes, a petición del secretario del interior, el gobernador de Texas, Edmund Davis, aceptó liberar a los jefes kiowa Satanta [Oso Blanco] y Big Tree [Árbol Grande] (Satank [Oso Sentado] había muerto en una tentativa de fuga) y, en octubre, el

gobernador llevó a los dos a Fort Sill. En una reunión con los jefes kiowa y comanche en un gran consejo celebrado en el fuerte, Davis exigió la sumisión absoluta de ambas naciones. Debían adoptar la agricultura de lleno, abandonar las armas y los caballos y retirarse de las llanuras de Texas de inmediato. Este ultimátum, que en realidad habría anulado el Tratado de Medicine Lodge, enfureció a los indios, quienes insistían en que la transición a la vida en la reserva debía ser gradual. Los agentes federales indios se desmarcaron de las exigencias de Davis y respaldaron a los comanches y los kiowa defendiendo el Tratado de Medicine Lodge, que otorgaba a los indios el derecho a vivir en las llanuras meridionales siempre que las manadas de bisontes les ofrecieran sustento suficiente.^[28]

Pero antes incluso de que los comanches y los agentes federales se unieran para enfrentarse al gobernador Davis en Fort Sill, había dado comienzo una masacre estadounidense contra los bisontes de las llanuras meridionales. El ataque, que hundía sus raíces en el este industrializado del país, se había iniciado tres años antes. En 1870, los curtidores de Filadelfia habían desarrollado un procedimiento químico que convertía las pieles de bisonte en un cuero industrial elástico óptimo para producir correa de maquinaria, una innovación que abrió el camino de la explotación industrial del bisonte de las llanuras. El precio de la piel de bisonte se disparó y, en 1871, centenares de cazadores de pieles se aglomeraron en las Grandes Llanuras para sacar provecho de la expansión occidental más reciente. Haciéndose llamar «contrabandistas de bisontes», estos cazadores profesionales concentraron sus operaciones en las llanuras centrales, de donde hacía poco habían sido expulsados los cheyenne y que estaban conectadas a los mercados del este del país mediante la compañía ferroviaria Kansas Pacific. La matanza fue descomunal y derrochadora y, a finales de 1872, las llanuras centrales estaban casi desprovistas de bisontes. En la primavera de 1873, los cazadores de pieles estaban ansiosos por abrir nuevos campos de matanza en las llanuras meridionales, aun cuando supusiera violar el Tratado de Medicine Lodge, que reservaba las manadas de bisontes situadas al sur del valle del Arkansas para uso exclusivo de los comanches y los kiowa.^[29]

El Ejército de Estados Unidos, que tenía tres fuertes en el valle del río Arkansas, se plantó para proteger a los comanches y los bisontes del exterminio y la asimilación industrial. Pero, cuando llegaron los cazadores de bisontes desde el Norte en la primavera de 1873, las unidades militares de Fort Lyon, Dodge y Larned no hicieron nada para imponer la letra del tratado. En verano, centenares de contrabandistas de bisontes surcaban las llanuras elevadas del sur de Kansas y el saliente de Oklahoma, donde actuaban desde unos campamentos situados en los ríos Cimarrón y North Canadian. En ese momento el ejército había adoptado un papel activo en la aniquilación del bisonte, pues ofrecía protección a los escuadrones de cazadores y los abastecía de equipamiento y munición; como decía un contrabandista maravillado, «todo lo que te hiciera falta, todo lo que quisieras, más de lo que necesitabas».

A finales de año, los cazadores habían llegado al río Canadian, uno de los hábitats

de invierno esenciales para el bisonte. En marzo de 1874, una coalición de comerciantes construyó un complejo de asentamientos llamado Adobe Walls cerca de las ruinas del fuerte de los Bent, en la cuenca alta del río Canadian, para que sirviera de base a los equipos de cazadores. Otros grupos cazaban hacia el Oeste desde Fort Griffin, que se transformó, casi de la noche a la mañana, en una próspera ciudad dedicada al envío de cargamentos. Los comanches, con pocas armas de fuego y munición y dispersos en campamentos de invierno por los cañones y las vegas del Llano Estacado, no ofrecían más que resistencia esporádica. Cuando regresaron a las llanuras abiertas a finales de la primavera, encontraron un paisaje desconocido, un páramo industrial. Donde la tierra no estaba salpicada de cuerpos de bisontes desollados y en descomposición, los contrabandistas estaban aniquilando a las últimas manadas aisladas. Las cacerías de primavera, realizadas en medio de escuadrones de caza norteamericanos, fracasaron. Debilitados ya por las inclemencias del invierno, los comanches sucumbieron al hambre.^[30]

La devastación que los comanches debieron afrontar aquella primavera fue algo más que material. El bisonte era el fundamento de su economía y el eje de su cosmología, y la matanza sistemática sacudió su existencia en lo más íntimo. Ante el colapso económico, social y cultural inmediato, los comanches volvieron la vista al pasado y al exterior. Emulando una dinámica que ya se había desarrollado en numerosas ocasiones en el curso de la expansión de Estados Unidos hacia el Oeste, abrazaron visiones escatológicas y la resistencia panindia para evitar que su mundo desapareciera.

El catalizador fue Isatai, un joven curandero kwahada. Su mensaje, que recibió en estado de trance mediante una visión llena de energía, era al mismo tiempo simbólico y pragmático, pues combinaba una profecía religiosa con un programa político, y guardaba un parecido sorprendente con el movimiento de la Ghost Dance^[*] que arrasaría las Grandes Llanuras quince años más tarde. Isatai pretendía engendrar la restauración del poderío comanche mediante la invocación ritual. Auguraba que si los comanches se reunían para compartir su *puha* (energía sanadora) y ejecutaban la Danza del Sol, eliminarían a los blancos y allanarían el camino para el regreso del bisonte. Decía que podía resucitar a los muertos, detener las balas disparadas y vomitar todos los cartuchos que necesitaran los comanches. Al igual que la religión de la Ghost Dance, el mensaje de Isatai tenía un núcleo indigenista. Decía que naciones como la de los wichita se habían debilitado en la reserva, donde padecían enfermedades, pobreza y degradación. Las únicas vías de supervivencia eran la conservación de las viejas costumbres y la resistencia unificada.^[31]

Las profecías apocalípticas de Isatai encontraron suelo fértil en la desesperación de los comanches. A medida que la noticia de su mensaje se fue propagando por las llanuras meridionales, las bandas empezaron a aproximarse a un lugar de reunión fijado en Elk Creek, cerca de la desembocadura del río North Fork en el río Rojo, el centro de lo que quedaba de Comanchería. La prédica de Isatai también atrajo a

bandas comanches de la reserva, donde las cosas fueron de mal en peor durante el invierno de 1873-1874. Los problemas empezaron cuando el superintendente de la Oficina de Asuntos Indios, presionado por Davis, el gobernador de Texas, decidió suspender la distribución periódica de provisiones hasta que los comanches entregaran a los individuos que habían saqueado asentamientos de Texas. Los jefes lo consideraron una declaración de guerra y, aunque el embargo se derogó muy pronto, el incidente tensó las relaciones. Peor aún, cuando los agentes reanudaron las entregas de provisiones las raciones eran manifiestamente inadecuadas. En mayo, cuando el hambre se extendía por la reserva, la mayoría de los comanches y algunos kiowa se mudaron a Elk Creek. A principios de junio, los indios bailaron la Danza del Sol y, al cabo de unos días, el movimiento de recuperación llegó a los cheyenne y los arapaho de la agencia de Darlington. A mediados de junio, unos setecientos guerreros con sus familias se habían reunido en Elk Creek para exterminar a los blancos y recuperar su modo de vida.^[32]

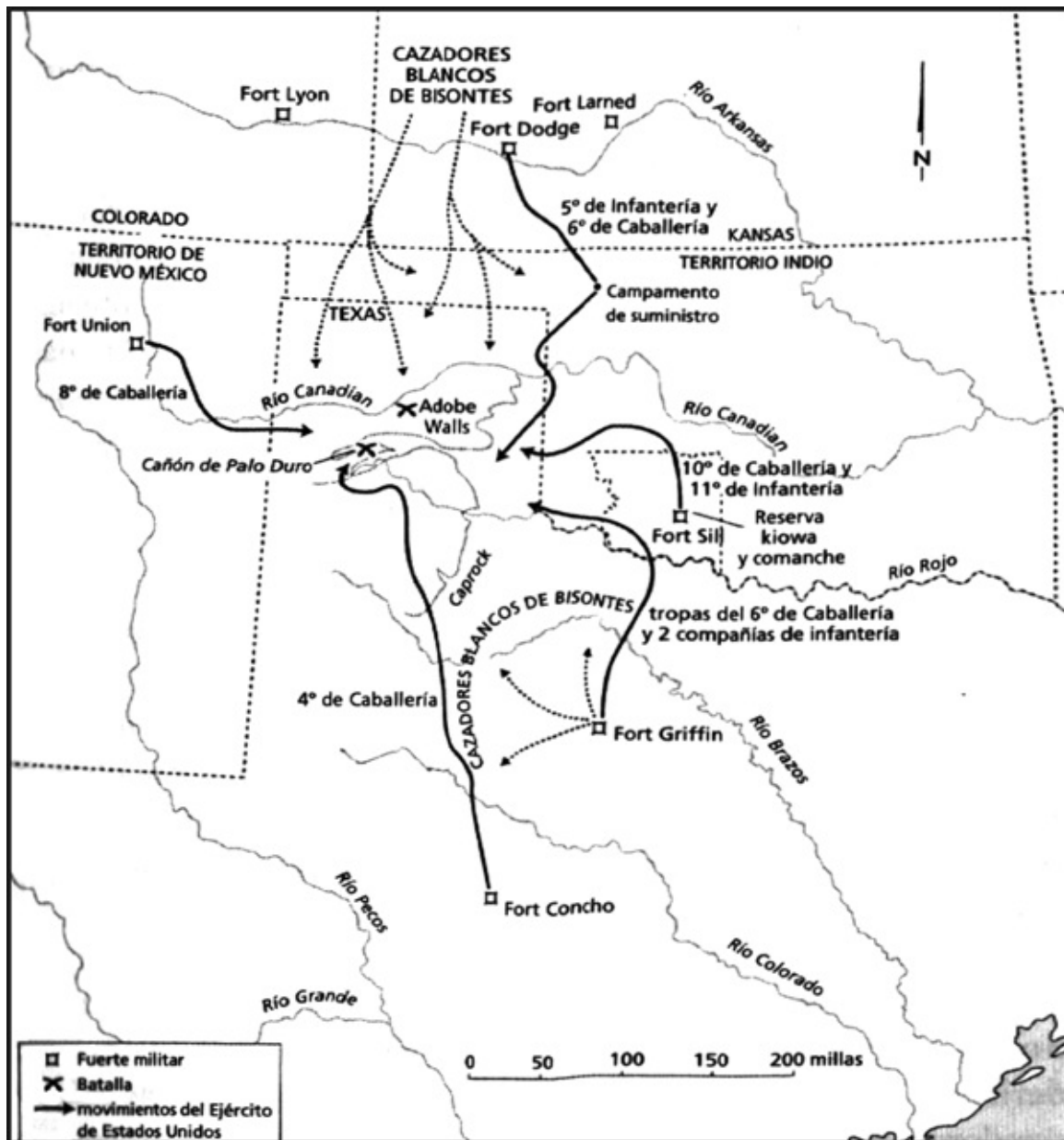
El campamento ceremonial de Elk Creek era lo más parecido que llegaron a crear los indios de las llanuras meridionales a un frente colectivo contra Estados Unidos pero, como la mayoría de las tentativas de resistencia panindia de los siglos XVIII y XIX, estuvo aquejado de disputas y divisiones internas. Aunque los comanches, los kiowa, los cheyenne y los arapaho habían cazado, asaltado y vivido en comunidades multiétnicas desde la década de 1860, todavía se apreciaban las fronteras tribales. Además, en circunstancias tan desesperadas, las diferencias se volvían más rígidas, y no más flexibles, y la incipiente coalición estuvo a punto de irse a pique en la propia cuna de Elk Creek. Las diferentes facciones, cada una de las cuales padecía su particular conjunto de penurias, luchaban por establecer un curso de acción común. Algunos, incluido Quanah Parker, exigían que la coalición atacara las aldeas tonkawa de Fort Griffin para castigar a los tonkawa por ejercer de exploradores para el Ejército de Estados Unidos. Otros, muy probablemente los yamparika, los cheyenne y los arapaho, querían castigar a los cazadores norteamericanos del saliente de Texas. Otros, en su mayoría, seguramente, kwahada, insistían en realizar un ataque coordinado contra los texanos para vengar a los parientes caídos a manos de las tropas de Mackenzie. Unos cuantos jefes penateka, yamparika y nokoni se negaban a cometer ningún acto de violencia y regresaron a la agencia para alertar a los agentes.^[33]

La coalición que finalmente marchó contra los cazadores de bisontes sufría una fractura grave. El amanecer del 27 de junio de 1874, Isatai y Quanah Parker realizaron una carga frontal masiva en Adobe Walls. Pese a que solo se enfrentaban a veintiocho cazadores y una mujer, los indios perdieron enseguida el ímpetu ante los gruesos muros de troncos y adobe del complejo y los rifles de largo alcance y disparo rápido que los cazadores empleaban con los bisontes. Varios guerreros murieron, y cuando el caballo de Isatai murió alcanzado por una bala perdida, el apoyo al curandero se desvaneció. Los indios mantuvieron un cerco poco entusiasta durante

varios días y, poco después, se dispersaron.^[34]

Aunque la batalla en sí no fue concluyente, sus consecuencias fueron catastróficas para el conjunto de los indios aliados. Inmediatamente después del enfrentamiento, los khwahada realizaron una incursión en Texas, mientras que los cheyenne, junto con algunos comanches, atacaron a granjeros, viajeros y destacamentos militares por todo el sur de Kansas y Colorado. La dispersión de la coalición alivió la presión sobre los cazadores de bisontes, lo que les permitió proseguir con las matanzas otra estación. Fort Griffin, en la desembocadura del río Clear Fork en el río Brazos, despuntó como una reserva de pieles de primer orden desde la que los contrabandistas de bisontes abrieron nuevos territorios de caza en las llanuras de Texas. El fuerte militar fue complementado muy pronto por una próspera «Buffalo Town»,^[*] que ejercía de base de abastecimiento para los escuadrones de caza que se dirigían al Norte y el Oeste, así como de núcleo de distribución hacia los mercados del Este. El bisonte de las llanuras meridionales era atacado ahora desde el Norte y desde el Sur. Para empeorar las cosas, 1874 fue un año de sequía, lo que redujo aún más las posibilidades de supervivencia del bisonte.^[35]

La batalla de Adobe Walls afianzó la decisión del gobierno federal de derribar la resistencia india. El presidente Grant y el Departamento del Interior abolieron los últimos restos de la Política de Paz en las llanuras meridionales y destinaron un centenar de soldados a una operación masiva sobre el terreno. Se ordenó a todos los comanches y kiowa que regresaran a la agencia antes del 3 de agosto o, de lo contrario, serían declarados hostiles y abatidos. Cuando concluyó el plazo, todavía quedaban en las llanuras unos dos mil comanches y kiowa. Los generales Sheridan y Sherman enviaron cinco columnas, unos mil cuatrocientos soldados, desde Kansas, el Territorio Indio, Texas y Nuevo México, coordinados para confluir en los santuarios comanches y kiowa de los desfiladeros del río Caprock, en el saliente de Texas. En su avance, las tropas se enfrentaron a los comanches solo en una ocasión, pero la proximidad de su presencia impidió que las bandas en fuga atraparan a los pocos bisontes que quedaban y se prepararan para el invierno.^[36]



20. La invasión de la Comanchería. 1874. Mapa de Bill Nelson.

El 28 de septiembre de 1874, los exploradores tonkawa condujeron al Cuarto de Caballería de Mackenzie hasta el extremo superior del Cañón de Palo Duro, una grieta ancha de más de setenta kilómetros de longitud, en el extremo septentrional del refugio de los comanches en el saliente de Texas. En el lecho del cañón, Mackenzie vio una aldea serpenteante compuesta por varios centenares de kwahada, kiowa y cheyenne, al parecer ignorantes de que se acercaba. Ordenó lanzar un ataque sorpresa. Dispersos en la base del desfiladero, los indios no lograron organizar una defensa unificada. Huyeron a las llanuras abiertas y abandonaron sus posesiones. Mackenzie suspendió la persecución y ordenó destruir el campamento y los enseres. Los soldados apilaron las pieles y los postes de más de doscientos tipis, centenares de pieles y mantas y miles de kilos de carne seca, harina y azúcar en una pila inmensa a la que prendieron fuego. Reunieron más de mil cuatrocientos caballos. Mackenzie entregó 350 animales a los tonkawa e hizo matar al resto.^[37]

El recuento de cadáveres de la batalla del Cañón de Palo Duro reveló que solo había tres comanches muertos. Pero es precisamente la escasez de muertos lo que la convierte en un símbolo tan conmovedor del colapso de los comanches, pues subraya el hecho de que su derrota no fue militar, sino económica. En las batallas con el Ejército de Estados Unidos de principios de la década de 1870, los comanches solo sufrieron unos pocos centenares de bajas, pero su población cayó en picado desde los cuatro o cinco mil individuos en 1870 hasta unos mil quinientos en 1875.^[38] La causa fue el ataque sistemático a la economía comanche que, tras la crisis ocasionada por la sequía a mediados de siglo, se había vuelto insostenible. Los comanches atrapados en el lecho del Cañón de Palo Duro no habían sufrido derrotas decisivas a manos de los soldados estadounidenses, sino que eran una sociedad herida de muerte por la pobreza, la malnutrición y la desaparición del orden cultural. Cuando su economía comercial y de saqueo se extinguió y las manadas de bisontes sucumbieron, la subsistencia quedó reducida a los pocos suministros que llevaban consigo. Mientras huían del Cañón de Palo Duro hacia las llanuras, pudieron ver una gruesa columna de humo elevándose sobre el cañón y, con ella, disiparse en el aire el último vínculo con la independencia.

Después de Palo Duro, la mayoría de las bandas comanches acudieron a la reserva; en esta ocasión, para quedarse. Unas cuantas se negaron a rendirse y se dispersaron por los desfiladeros del saliente de Texas, donde pasaban el invierno subsistiendo a base de raíces y roedores. Ante el hambre, cedieron. Durante el invierno y la primavera, grupos reducidos de comanches avanzaron penosamente hacia Fort Sill, donde se les reconvirtió para una nueva vida. Se les despojó de los caballos, las armas y las posesiones que les quedaban. Las mujeres y niños fueron apartados de sus maridos y padres y alojados en campamentos aislados. A los hombres acusados de delitos concretos se les puso grilletes en espera de someterlos a juicio y deportarlos a Florida. El resto de los guerreros, muchos de los cuales nunca habían estado en la reserva, fueron encerrados en una fábrica de hielo sin techo y sin ventanas. Dormían sobre el suelo de piedra, acurrucados en mantas del Ejército de Estados Unidos. Por las mañanas, recibían las primeras raciones cuando los soldados arrojaban pedazos de carne cruda por encima de las paredes.^[39]

CONCLUSIÓN

LA FORMA DEL PODER

La fábrica de hielo de la agencia de Fort Sill no fue la sepultura de un pueblo (la nación comanche perviviría y, con el tiempo, volvería a prosperar), sino la sepultura de una época. El pasado y el presente se desgajaban de raíz cuando unos pueblos, unos regímenes y unos modos de vida nuevos descendieron sobre las Grandes Llanuras, ahora inquietantemente despojadas de toda señal material o geopolítica de la presencia comanche. Los comanches habían gobernado el Sudoeste durante más de un siglo, pero no dejaron ninguna huella de su dominación. No había fortalezas abandonadas, ni monumentos ruinosos que recordaran a los recién llegados la compleja historia imperial a la que reemplazaban. Con sus planes de forjar un nuevo tipo de imperio a base de ciudades, ferrocarriles, grandes extensiones agrícolas y bienes inmuebles, los norteamericanos se dispusieron a domeñar, mercantilizar y dividir la tierra. Los contrabandistas de bisontes casi los exterminaron de las llanuras meridionales en un lapso de pocos años, y los rancheros de Texas tendieron un laberinto de rutas de ganado que cubría la región. Los colonos convirtieron las estepas abiertas en campos de regadío y granjas cercadas, y los propagandistas y especuladores hacían aparecer como por arte de magia ciudades, autopistas y vías de ferrocarril en los antiguos emplazamientos de campamentos comanches. Con cada capa adicional de progreso estadounidense, el recuerdo de los comanches y su antiguo poder se debilitaba.^[1]

Para los norteamericanos de la costa Este, la nación comanche se desvaneció aún con mayor rapidez. En el verano de 1875, cuando las bandas comanches acudían a Fort Sill para rendirse, Estados Unidos preparaba las celebraciones del centenario de su fundación para exhibir su poderío industrial, su alcance continental y su esforzada unidad nacional. Pero pocos días antes de la apoteosis del 4 de julio llegaron noticias preocupantes del norte de las Grandes Llanuras: los lakota y sus aliados cheyenne y arapaho habían aplastado al Séptimo de Caballería del general Custer, más de doscientos soldados, en el valle del río Little Bighorn, en Montana. A partir de ese momento, la atención de Estados Unidos se vio absorbida por las campañas contra los lakota, que no concluyeron hasta 1890 en el horror de Wounded Knee. En aquel momento, los lakota quedaron grabados en la conciencia nacional como «los bárbaros nobles y malditos» del exitoso espectáculo del Salvaje Oeste de Buffalo Bill. Acabaron siendo emblemas multiuso, enormemente valiosos y vendibles como caja de resonancia de los mudables sentimientos de Estados Unidos hacia los indios norteamericanos y su destino: respeto, terror y remordimiento. Transformados por la ficción hasta el extremo de quedar irreconocibles, la escena siempre maleable de los lakota de Toro Sentado acabó por simbolizar a todos los indios de las Grandes

Llanuras, luego a los de todo el Oeste y, a continuación, a los de toda Norteamérica, mientras que las demás naciones indias fueron desplazadas a los márgenes de la memoria colectiva. Una vez despojados de sus tierras y su estilo de vida tradicionales, los comanches se veían privados ahora de su lugar en la historia.

El descenso del interés popular ahogó el interés académico potencial. En los sesenta años transcurridos desde su confinamiento en la reserva, los comanches suscitaron poca atención académica e inspiraron muy pocos estudios. Los especialistas no los redescubrieron hasta la década de 1930, cuando dos historiadores texanos destacados, Walter Prescott Webb y Rupert Norval Richardson, les concedieron un papel central en sus célebres estudios de las Grandes Llanuras. Sin embargo, los comanches que mostraban Webb y Richardson eran radicalmente distintos de los comanches que los colonos europeos habían conocido en el siglo XVIII y principios del XIX. Donde los españoles y los franceses habían visto comanches en los muy diversos papeles de agentes diplomáticos, saqueadores, aliados, enemigos, comerciantes, cónyuges y parientes, Webb y Richardson los retrataban simplemente como guerreros inspirándose en los documentos de los colonos y soldados estadounidenses de mediados del siglo XIX. Y mientras que las fuentes españolas y mexicanas hablaban del abrumador poder económico, político y cultural de los comanches, Webb y Richardson los presentaban como un obstáculo militar para la predestinada expansión de Estados Unidos por todo el continente.^[2]

Así nació la idea de que los comanches alzaban una barrera para la expansión hacia el Oeste de la frontera estadounidense, una metáfora que los presenta como unos bárbaros que se oponían a la conquista con una destreza militar salvaje pero carecían de otras cualidades que confieren a las sociedades humanas fuerza y resistencia. Transformados en la mente de los estadounidenses de principios del siglo XX, se equiparaba a los comanches con otros obstáculos naturales (la aridez, los desiertos o la distancia) que dificultaron la colonización del Oeste norteamericano. Agresivos e impulsivos, poderosos, pero pasivos, se mezclaron con el entorno natural para crear un impedimento sólido, esencialmente no humano, para el imperio de Estados Unidos.

La tendencia a naturalizar y demonizar al mismo tiempo a los comanches (y, podría decirse, a racionalizar su sumisión definitiva) queda de manifiesto en el discurso de investidura de Webb como presidente de la American Historical Association, en el que recordaba con nostalgia las fuerzas que moldearon sus escritos en su hogar de Texas. «En los terrenos de suelo apisonado y en las colinas de piedra rojiza que los circundaban se apreciaban los rasgos geológicos, mientras que en los pastos se veía la vegetación desértica y toda clase de animales salvajes de las llanuras a excepción del bisonte —reflexionaba—. Los indios, los feroces comanches, se habían marchado hacía tan poco tiempo y habían dejado recuerdos tan vívidos e historias tan desgarradoras que, si me alejaba demasiado, sus fantasmas de piel roja, al acecho desde detrás de cada grupo de árboles y cada collado, me hacían salir

corriendo con los pelos de punta». Una generación después, el novelista Cormac McCarthy ofrecía en *Meridiano de sangre* lo que tal vez fuera la elaboración más perturbadora de los comanches. Describe la matanza de un grupo de filibusteros angloamericanos a manos de unos comanches salvajes que, sin recibir provocación ni dudarlo, actúan con salvajismo y falta de humanidad «arrancando extremidades, cabezas, destripando aquellos raros cuerpos blancos y sosteniendo en alto grandes puñados de vísceras, genitales, algunos de los salvajes tan absolutamente cubiertos de cuajarones que parecían haberse revolcado como perros y algunos que hacían presa de los moribundos y los sodomizaban entre gritos a sus compañeros».^[3]

La metáfora de la barrera no antropocéntrica banalizaba a los comanches como sociedad y, por extensión, abreviaba su papel como agentes históricos. Al reducirlos a una sociedad guerrera primitiva, Webb, Richardson y la veintena de historiadores y no historiadores sobre los que influyeron elaboraron una caricatura de la cultura comanche y su lugar en la historia. Los comanches que aparecían en los estudios históricos a partir de la década de 1930 sembraban el terror en la frontera española y mexicana con asaltos interminables; pero, aparte de eso, se limitaban a ocupar espacio. Con una organización débil y guerreros por naturaleza, carecían de la estructura diplomática, económica y cultural compleja que fija a los pueblos a su entorno y, por el contrario, recurrían a unas incursiones brutales, casi patológicas, para defender su tierra natal. Las narraciones que muestran un tipo de comanches distinto quedaron marginadas. «Los Comanches», el romance de conquista de Nuevo México que recoge la penetrante influencia de los comanches en el entorno político, económico y cultural de los primeros años del Sudoeste, se consideraba folklore local y fue ignorado y despreciado por la corriente dominante de la historiografía.

Así, poco a poco, la naturaleza y el alcance del poder comanche fueron quedando distorsionados. Los recuerdos de los comanches despertaban espanto y respeto en norteamericanos del siglo xx como Webb; no porque evocaran imágenes de un poderío de escala imperial, sino porque aludían a ecos de resistencia indigenista y de violencia primitiva y sin sentido. En 1974, un siglo después de la batalla del Cañón de Palo Duro, T. R. Fehrenbach, otro célebre historiador de Texas, representó a los comanches como «bandas dispersas de vagabundos, nunca una nación», y a su sistema de poder como una «barrera [que] había frenado la penetración europea en las llanuras durante casi dos siglos. No aparecía en los mapas; no tenía forma ni perfil. La barrera comanche era una voluta de humo en el horizonte, cuyos asaltantes aparecían de repente en las crestas montañosas, disparando y gritando al ponerse el sol, sembrando el terror a la luz de la luna estival». Los comanches, concluía, «siguieron siendo orgullosos, salvajes y distantes, decididos a negociar con los europeos imponiendo sus condiciones [...] Tanto si la actitud era deliberada como si era instintiva, este pueblo se convirtió en una barrera poderosa para todos los futuros movimientos por las llanuras».^[4] El retrato que hacía Fehrenbach de esa barrera comanche fantasmagórica era fruto de su época, y mostraba cómo interpretaban los

historiadores el colonialismo y las relaciones entre indios y blancos en los últimos años del siglo xx: el imperialismo europeo hace avanzar la historia; la resistencia india es barbarie cruda y violenta; y las fronteras, cuando los pueblos indígenas intervienen en su trazado, son lugares confusos y burdos.

Mi propósito en este libro ha sido rescatar bajo las capas sesgadas de la memoria histórica a los comanches y mostrarlos como seres humanos con todas las de la ley y agentes históricos de pleno derecho para, con ello, ofrecer una nueva imagen de un capítulo esencial de los albores de la historia de Estados Unidos. En estas páginas he reconstruido la evolución de un complejo de poder comanche que no carecía de forma ni de perfil, de una política exterior comanche que suponía mucho más que saquear y matar y de un pueblo comanche que ni era salvaje, ni carecía de nación. En lugar de limitarse a cuestionar la expansión de los blancos mediante la resistencia agresiva, he tratado de mostrar que los comanches invirtieron la trayectoria colonial prevista mediante una política de poder de múltiples facetas que situó a gran parte del Sudoeste colonial bajo su influencia política, económica y cultural.

¿Cómo sucedió? ¿Cómo es posible que un grupo de cazadores-recolectores nómadas que a principios del siglo xviii ascendía a unos cuantos miles de individuos lograra poner en cuestión y, finalmente, eclipsar las ambiciones de algunos de los imperios más extensos del mundo? ¿Qué confirió ventaja a los comanches en la colisión de culturas? Y, a la inversa, ¿por qué fueron solo los comanches (entre los centenares de naciones indias norteamericanas) quienes consiguieron forjar un imperio que eclipsó y subsumió los dominios coloniales euroamericanos? En los capítulos anteriores he subrayado diversos rasgos mentales y culturales, que abarcaban desde la flexibilidad estratégica de los comanches hasta la buena disposición para abrazar ideas nuevas e innovaciones; pero son rasgos comunes en la mayoría de sociedades indias norteamericanas. ¿Qué fue lo que convirtió a los comanches en algo excepcional?

El instinto del historiador hace pensar que la extraordinaria ascensión de los comanches debió de haber coincidido con cierta debilidad y desinterés paralelos entre los euroamericanos pero, en realidad, los comanches actuaron en uno de los espacios imperiales de América del Norte disputados con mayor ferocidad. El periodo comprendido entre principios del siglo xviii y mediados del siglo xix fue una época de conflictos intensos entre España, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y México por el control del sur de las Grandes Llanuras y el Sudoeste. En la mente de los estrategas de la metrópoli, el territorio situado al oeste del curso bajo del Misisipí, el norte de río Grande y el este de las montañas Rocosas era un territorio fronterizo en el que, tarde o temprano, varios imperios y las naciones-estado emergentes de América del Norte acabarían enfrentándose para determinar sus destinos. El interés euroamericano en aquel territorio fronterizo fue particularmente acusado desde finales del siglo xviii hasta mediados del xix, la época que también fue testigo del

cénit del poder comanche.

En lugar de ser un reflejo de la indiferencia euroamericana, el ascenso de los comanches a la dominación nacía de su cultura adaptativa, de su capacidad para aprovechar los recursos euroamericanos (materiales e inmateriales) en beneficio propio. Al igual que los poderosos iroqueses del Nordeste, los comanches fueron afortunados desde el punto de vista geográfico: su tierra natal ocupaba, al mismo tiempo, un lugar central y periférico. Sumida en las praderas continentales, la Comanchería estaba lejos de las grandes colonias marítimas y apartada de los principales corredores de enfermedades de los cursos de agua muy transitados. Su ubicación interior también significaba que los comanches siempre se encontraban entre dos esferas coloniales rivales: los asentamientos españoles y mexicanos de Nuevo México y Texas se extendían por el Oeste y el Sur, y los destacamentos franceses y norteamericanos del curso bajo del Misisipí ampliaban su esfera de influencia hacia la Comanchería desde el Este. Este escenario geopolítico permitió a los comanches utilizar un régimen imperial como contrapeso cuando negociaba con otro para imponer acuerdos políticos y comerciales u obligar a los euroamericanos a modificar políticas hostiles. Su localización central también les concedió acceso a múltiples mercados coloniales e indígenas, todos los cuales les suministraban una combinación peculiar de mercancías y servicios.^[5]

Pero las condiciones favorables de la geografía solo son un potencial, una oportunidad histórica que se podía transformar en poder tangible gracias a la iniciativa humana. Entre los indios de las Grandes Llanuras, los apaches, los caddo, los wichita y los osage gozaron más o menos de las mismas ventajas geográficas que los comanches, pero nunca las convirtieron en dominio sostenido y omnipresente. La principal diferencia era cultural. Mientras que los recién llegados a las llanuras meridionales y los inmigrantes solían alterar su estilo de vida, los comanches lograron integrar innovaciones con menos dificultad que los agricultores apache, caddo, wichita y osage, semisedentarios. La larga migración desde las llanuras centrales hasta el sur de las Rocosas obligó a los comanches a remodelar sus estrategias económicas y tradiciones sociales, e ingresaron en las llanuras meridionales con un sistema cultural elástico al que se podían añadir elementos nuevos con relativa facilidad.

El más importante fue el caballo. Los caballos bereberes introducidos por los españoles encontraron un hábitat casi ideal en las llanuras meridionales de hierbas ralas (una circunstancia que no se daba en ningún otro lugar de las praderas continentales) y los comanches se aprovecharon al máximo de este hecho singular. Colonizaron el conjunto de la región, expulsaron a los apaches hacia el Oeste y el Sur y se convirtieron en los mayores propietarios de caballos de las Grandes Llanuras. La riqueza animal fue el fundamento del ascenso imperial de los comanches. Los caballos mejoraron su capacidad de desplazamiento y guerrera, lo que les permitió eliminar la ventaja militar española y volver las tornas de la expansión colonial. Los

caballos, que servían tanto de vehículo de transporte como de mercancía de valor, permitieron a los comanches dominar las redes comerciales de larga distancia y ampliar el radio de sus asaltos centenares de kilómetros al sur del río Grande, mucho más allá de las praderas que el núcleo natural de las sociedades cazadoras y de pastoreo de América del Norte. Con los caballos, los comanches podían transmitir información con más eficacia, propagarse por un territorio más amplio y reunirse con más frecuencia. La revolución equina, en resumen, comprimía el tiempo y la distancia y reducía las sobrecogedoras extensiones de las Grandes Llanuras, el Sudoeste y el norte de México a un tamaño susceptible de ser gestionado y dominado por un único régimen político.

Las ramificaciones económicas fueron igualmente profundas. El caballo, una innovación con una capacidad transformadora imprevisible e impredecible, simplificó y diversificó la economía comanche. Inspirados en la eficiencia y el puro espectáculo de la caza a caballo, y animados por un clima favorable de inviernos suaves y una estación de crecimiento larga, los comanches redujeron el sistema recolector y se convirtieron a la caza especializada de bisontes y al pastoreo sistemático de caballos. La economía dual de caza y pastoreo resultante fue el sistema de producción con más energía intensiva que se hubiera visto en las Grandes Llanuras. En el plano más simple, los comanches utilizaban los caballos como utensilios de caza para aprovechar la gran cantidad de biomasa almacenada en las manadas de bisontes; en un plano más profundo, utilizaron la capacidad de los caballos para convertir la vida vegetal en energía muscular para explotar más directamente el depósito de energía termodinámica aparentemente inagotable que se almacenaba en los pastos. La economía del caballo, el bisonte y la hierba también sustentó una economía comercial floreciente, que les dio acceso a otras dos formas de energía cruciales: la de plantas digestibles para seres humanos (verduras y cereales) y los productos de la economía minera y química de Europa (armas de fuego, pólvora y metales).

Al reordenar los flujos de energía en torno a sí, redefinieron el ámbito de lo posible, lo que tuvo repercusiones amplias y profundas. El cuello de botella económico del nomadismo, la necesidad de concentrarse en un puñado de actividades de subsistencia, reventó por completo. Los comanches instituyeron una división del trabajo matizada según la cual las mujeres se especializaron en la producción de alimentos y pieles; los jóvenes en el pastoreo; y los varones adultos en los asaltos, el comercio y la caza. Acabaron siendo propietarios de gran número de esclavos, recurrieron al trabajo forzoso para sustentar una economía de mercado próspera y redistribuyeron recursos de mano de obra en el Sudoeste. Los caballos pusieron en marcha un ciclo de crecimiento sostenido que, en última instancia, se manifestó en un desarrollo demográfico excepcional. La población comanche se multiplicó por diez a principios del siglo XVIII hasta alcanzar los cuarenta mil individuos antes de la primera epidemia de viruela, en los primeros años de la década de 1780, tras lo cual osciló entre los veinte y los treinta mil durante más de sesenta años. Las oleadas

reiteradas de epidemias no redujeron de forma grave el número de comanches hasta finales del siglo XIX, con décadas de retraso con respecto a otras naciones indias de las llanuras meridionales.

Una población numerosa denota un potencial para que el poder se consolide y se expanda, pero también podría convertirse en un handicap que separara a las unidades menores del sistema y las impulsara a actuar de forma independiente. Esa propensión a la fisura fue, de hecho, la debilidad clave de muchas naciones de indios norteamericanos muy poderosas, que en última instancia no lograron unificar sus diversos subgrupos y facciones para combatir a los invasores euroamericanos. Los ejemplos van desde los iroqueses de finales del siglo XVII hasta los cherokees de principios del siglo XIX, los cheyenne y los lakota de finales del siglo XIX y los navajo de principios del siglo XX.^[6]

Además, los comanches lucharon contra fuerzas centrífugas muy fuertes. Las restricciones ecológicas del pastoreo nómada y la caza del bisonte les obligaron a vivir en bandas relativamente reducidas, y el reto estratégico de defender un territorio muy vasto obligó a las bandas a dispersarse por las llanuras meridionales; a finales del siglo XVIII debió de haber unas cien rancherías dispersas por toda la Comanchería. Sin embargo, vinculadas en asociaciones más amplias mediante el parentesco, la hermandad y la cultura común, los comanches nunca perdieron la capacidad de actuar como comunidad. Siguiendo un ciclo anual meticulosamente sincronizado, las rancherías dispersas se reunían cada año para celebrar reuniones políticas incluyentes, que conferían cohesión a la política exterior comanche. Las bandas locales se congregaban para formar divisiones regionales, y los jefes kotsoteka, jupe, yamparika y tenewa acudían periódicamente a reuniones entre varias divisiones para tomar decisiones estratégicas sobre asuntos que afectaban al conjunto de la nación. La evolución hacia un gobierno centralizado pudo haber sido embrionaria, pero las jefaturas comanches consiguieron una y otra vez coordinar comercio y diplomacia, forjar consensos amplios para respaldar tratados, movilizar grandes operaciones militares de varias divisiones y neutralizar las interferencias manipuladoras de las potencias estatales euroamericanas. Los jefes comanches eran agentes locales y regionales en primera instancia, pero, periódicamente, también gobernaban una entidad política de orden superior, la confederación comanche.

Esa organización política híbrida pudo perfectamente haber sido el rasgo que diferenciaba a los comanches. Al combinar impulsos centralizadores con pluralismo local, el sistema político comanche era, al mismo tiempo, formal y flexible. Permitía tomar decisiones concertadas en el plano nacional sin poner en peligro la plasticidad social y estratégica en el plano local. Las numerosas rancherías comanches podían reaccionar con rapidez y creatividad ante las circunstancias siempre cambiantes en torno a la Comanchería en expansión, ya que el único control interno de sus medidas era que pudieran defenderse en los consejos de división y de varias divisiones. E, incluso, esos grandes consejos, sede de la confederación, eran ágiles para adaptarse.

Siempre buscaban el consenso; y no mediante la coerción, sino a través de la mediación cuidadosa (y, a menudo, larga y pesada). Al favorecer la centralización sin burocratizarse, la libertad local sin propiciar la fragmentación nacional, y la discrepancia sin fomentar la disolución, el sistema político de los comanches evitaba en buena medida las disputas internas que perturbaban o paralizaban a muchas de las potencias indias norteamericanas con una organización más rígida.^[7]

En su conjunto, los comanches poseían varios de estos activos esenciales que concedieron ventaja competitiva a los europeos y les permitió conquistar y colonizar gran parte del planeta a partir del siglo XV. De hecho, durante el siglo XVIII y principios del XIX, los comanches solían tener ventaja estratégica, táctica, tecnológica, económica, demográfica y organizativa sobre su principal rival colonial, Nueva España. Su unidad flexible, sus vastas manadas de caballos, sus destrezas en la monta, su abundante arsenal y su capacidad para congregarse a miles de guerreros eran causa de pavor y envidia para los administradores españoles, cuyas alternativas se veían limitadas por unas normas mercantiles sofocantes, unas burocracias agotadoras, una marcada escasez de soldados y armamento de calidad y unos pueblos súbditos que no cooperaban.

Pero, aun cuando los comanches consiguieran invertir la superioridad material, tecnológica y organizativa de Europa, no trataron de utilizar la ventaja para crear un reflejo fiel del imperialismo europeo. Más que conquistadores decididos, eran pluralistas estratégicos que alcanzaban el dominio generalizado mediante políticas difíciles de clasificar. Recurrían a estrategias y operaciones que pueden identificarse fácilmente como expansionistas y explotadoras, pero el orden geopolítico que crearon era, al mismo tiempo, de naturaleza claramente imperialista y claramente indígena. Pero, ¿qué era exactamente imperial y qué no en el complejo de poder comanche? ¿Y qué explica las diferencias?

Los paralelismos entre los comanches y otras potencias imperiales son contundentes. El imperio comanche se basaba en la conquista (su auge supuso la desaparición de la civilización apache, centenaria, de las Grandes Llanuras) y, en su momento culminante, fue una creación prodigiosa de un alcance fabuloso, a veces, subcontinental. Los comanches gestionaban una red comercial y de alianzas que abarcaba e integraba varias esferas ecológicas, económicas y políticas, y redujeron a muchas de las sociedades y regiones limítrofes al papel de meros estados tributarios, mercados de prisioneros y territorios de asalto de los que extraer bienes. Transformaron la Comanchería en un crisol étnico que tenía sitio para un puñado muy diverso de miembros asimilados (aliados jóvenes, esclavos, parientes de adopción y comanches naturalizados) y proyectaron un poder cultural penetrante al exterior de su territorio. Había pueblos remotos que hablaban su lengua y emulaban sus innovaciones económicas y su estilo de vida, y sus normas de guerra, paz,

violencia, intercambio y retribución regían en buena medida la negociación del espacio entre sociedades de lo que los historiadores han denominado los territorios fronterizos *españoles*. Una imagen a vista de pájaro del Sudoeste a principios del siglo XIX habría revelado una Comanchería en expansión que bullía de actividad económica y diversidad de pueblos, una Texas española agotada, por la que se filtraban recursos vitales hacia el Norte mediante el pago de tributos y el saqueo, y un Nuevo México español cuyo frente oriental se disolvía lentamente en la Comanchería. Habría dejado ver una red económica continental creciente y anclada en la Comanchería; un flujo continuo de animales, esclavos y tecnología desde las colonias españolas hasta las rancherías y canales comerciales comanches; y unas llanuras interiores inmensas y divergentes en donde el poder, la prosperidad y los productos de los comanches ejercían de fuerza de la gravitación cultural.

Un ámbito geográfico asombroso, cierta jerarquía entre centro y periferias, unos territorios interiores amplios de los que extraer recursos, la asimilación sistemática de otras etnias, y un multiculturalismo e influencia cultural dinámicos y penetrantes: estos eran los rasgos de una potencia imperial. Pero el complejo de poder comanche difería de los imperios auténticos en varios aspectos importantes. Las diferencias tenían más que ver con la capacidad y la elección y, finalmente, pueden rastrearse hasta los impulsos mismos que desencadenaron en primera instancia la expansión comanche.

Las llanuras meridionales en las que ingresaron los comanches a principios del siglo XVIII eran un mundo ya desestabilizado por las injerencias coloniales. Encerrados en una amarga rivalidad por las praderas que los separaban, los franceses de Louisiana y los españoles de Nuevo México y Texas competían por amarrar a los indios de la región a sus respectivas órbitas de influencia mediante la fuerza y las alianzas estratégicas. Les suministraron nuevas tecnologías de la violencia (armas de fuego, de hierro y caballos) y nuevos estímulos para la agresión (el comercio y los mercados de esclavos), que convirtieron las llanuras meridionales en un lugar volátil y militarizado, en el que la acción social violenta solía ser una necesidad. En este ambiente de conflicto crónico, los recién llegados comanches se esforzaron por labrarse un modo de vida, y su supervivencia y ascenso final al poder fueron fruto de una serie de adaptaciones a presiones y riesgos externos.

En realidad, su primera acción imperial, la conquista de las llanuras meridionales, fue una guerra de dos frentes contra los apaches y los españoles, que formaron una serie de alianzas para repeler la expansión comanche y, en ocasiones, plantearon amenazas graves a los intereses comanches. La industria comanche del saqueo se alimentó del fracaso de las potencias coloniales a la hora de poner a su disposición ganado, armas de fuego y mercancías esenciales mediante el comercio, y el núcleo mismo de su imperio, la gran red comercial y de alianzas, les permitió neutralizar las tentativas de España de crear dependencia a través de medidas comerciales monopolistas y les ayudó a estabilizar las fronteras en una época en la que los efectos

diferidos de la expansión estadounidense (traslado de tribus, caos político y enfermedades) estaban empezando a desestabilizar el Sudoeste. Por último, la irrupción explosiva de los comanches en el norte de México en las décadas de 1830 y 1840 estaba impulsada, en parte, por la reubicación de las tribus del Este al otro lado del Misisipí, la creación de una República de Texas expansionista y la necesidad de compensar con la captura de prisioneros los descensos demográficos causados por las enfermedades. A menudo parecía que los comanches solo podían proteger sus fronteras extendiéndolas.

Pero el imperio comanche fue algo más que una suma de adaptaciones creativas a fuerzas externas: también fue fruto de dinámicas internas muy poderosas, la más importante de las cuales fue una nueva economía de pastoreo, muy próspera. De hecho, si los comanches se hubieran especializado solo en la caza del bisonte, es poco probable que hubieran confeccionado el programa de política exterior expansionista que construyeron. El tipo de pastoreo intensivo que practicaban los comanches giraba en torno a la disponibilidad de tres recursos (forraje, hidratos de carbono y mano de obra) y sus medidas imperiales eran en buena medida un ejercicio para garantizar el acceso a todos ellos. Como las manadas de caballos y mulas domésticas requerían áreas de pasto muy vastas, la creciente economía de pastoreo generó una necesidad voraz de expansión territorial que, en última instancia, los llevó a colonizar todas las planicies de hierba situadas al sur del río Arkansas, una línea de falla ecológica al norte de la cual se volvía cada vez más difícil criar caballos. El pastoreo también involucró a los comanches en unas relaciones de antagonismo con las sociedades agrícolas limítrofes. Como pastores y cazadores especializados, necesitaban tener acceso seguro a productos de importación ricos en hidratos de carbono de las aldeas españolas, mexicanas y wichita, que solían garantizar mediante acciones violentas o amenazando llevarlas a cabo.

Pero el recurso más deseado por los pastores comanches era la mano de obra. Necesitaban un suministro continuo de pastores y demás trabajadores auxiliares para mantener las manadas, lo que finalmente les alentó a crear varias fronteras sucesivas de esclavos: la Apachería, Nuevo México, Texas, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí, a todos los cuales sometieron en un momento u otro a las cacerías de esclavos de los comanches. Además, más allá de la esclavización manifiesta, los comanches adquirían mano de obra forzosa de forma indirecta. Al saquear asentamientos españoles y mexicanos para obtener caballos y mulas domesticados y listos para la venta, imponían una novedosa división del trabajo a gran escala: se especializaron en las lucrativas y poco costosas actividades de inversión en el saqueo de ganado y el comercio, y asignaron la penosa tarea de criar los animales a otros pueblos. En este sentido, el imperialismo comanche era una empresa marcadamente económica. Se alimentaba de la producción mercantil de ganado a gran escala y pretendía explotar la mano de obra de las sociedades urbanas circundantes.

El pastoreo también dio pie a una dinámica social interna que alimentaba la expansión exterior. Al igual que otras muchas sociedades de pastores, los comanches se transformaron en una sociedad jerárquica en la que los hombres acumulaban posesiones materiales, sobre todo caballos y esclavos, para incrementar la riqueza familiar y reforzar su prestigio personal y su influencia política mediante los regalos y los matrimonios ventajosos. Como el pillaje era el medio de acceso más rápido y abundante a caballos y esclavos, la competitividad por la posición social creó un incentivo contundente para las agresiones externas; en este aspecto, la economía de saqueo de ganado y esclavos, un elemento clave del complejo de poder comanche, era una institución social. Sería exagerado afirmar que los comanches llegaron a ser una potencia imperial debido a presiones sociales internas, pero también sería imposible comprender su expansión sin reconocer el empuje motivador de esas presiones.

Pero, si bien el pastoreo estimulaba la expansión de los comanches, también planteó limitaciones a su poder. Como cazadores y pastores que dependían de una organización social móvil y difusa, los comanches carecían tanto de la capacidad como del deseo de someter a otras sociedades al control político directo. Una vez erigida una cultura ecuestre maravillosamente adaptada al entorno de las llanuras, no podían controlar de forma eficaz las tierras que quedaban más allá de las praderas sin abandonar su modo de vida. Así, al igual que los mongoles y otras potencias imperiales nómadas, los comanches no pretendían asimilar otros regímenes políticos en un único marco de referencia imperial. Al contrario, para prosperar como cazadores y pastores, necesitaban que existieran sociedades agrícolas viables junto a sus fronteras que garantizaran el acceso a los hidratos de carbono, el ganado y otros bienes comerciales mediante intercambio, robo o recaudación de tributos. Esa dependencia estructural es la clave de la historia del Sudoeste colonial, pues explica por qué los comanches, incluso en la cima de su poderío, preferían la explotación parasitaria a la sustitución o la asimilación.^[8]

Por consiguiente, los comanches no eran imperialistas conscientes que siguieran un programa expansionista premeditado, ni militares con ansias de conquista y tendencia a someter a las demás sociedades. Consideraron su preponderancia en fases, a menudo respondiendo a las circunstancias según iban surgiendo de un modo que, a primera vista, parece tener poco que ver con la política del poder imperial. Sus acciones estaban conformadas por la vorágine desencadenada por el colonialismo europeo, así como por asuntos tan ostensiblemente apolíticos como los pastos, el agua y el prestigio. El sistema imperial resultante era un reflejo de ese eclecticismo. Se basaba en la dominación flexible y se articulaba mediante un conjunto entrelazado de redes coercitivas y cooperativas entre sociedades, cuya intención era mantener a la Comanchería protegida, próspera y vigorosa. Los comanches ejercían el poder a escala imperial, pero lo hicieron sin adoptar una ideología imperial, ni construir un imperio rígido al estilo europeo.^[9]

Sin embargo, el imperio comanche no fue una entidad meramente conceptual, una construcción de nuestros días impuesta a un pueblo que no la conociera o se identificara con ella. Aunque los comanches no se consideraban una potencia imperial (al menos, no en el sentido en que se entiende hoy día el concepto), no quiere decir que no debamos reconocerla como tal. Al igual que el mundo atlántico, el imperialismo ecológico o el territorio intermedio franco- algonquino junto a los Grandes Lagos, el imperio comanche fue un fenómeno cultural de una naturaleza tan compleja y abstracta y un alcance tan vasto que los observadores de la época solo fueron capaces de comprender, en el mejor de los casos, fragmentos del mismo. Sin embargo, al mismo tiempo, el imperialismo comanche fue un hecho social tangible con una génesis diferenciada, una lógica interna demostrable y una influencia trascendental. Para quienes vivieron en el Sudoeste en el siglo XVIII y principios del siglo XIX, debió de haber sido tan imposible percibir la profundidad y la extensión del imperialismo comanche como escapar a su presa y sus efectos.

Tal como la suele referir la tradición, la historia de la Norteamérica colonial es un relato de expansión metropolitana europea. Jamestown, Boston, Quebec, Nueva Orleans y Santa Fe, productos de concepciones metropolitanas europeas, son los motores de la historia, las sedes de la imposición imperial que envía agentes transformadores (soldados, comerciantes, tecnología, gérmenes, malas hierbas) desde las afueras del continente hacia el interior, enredando reiteradamente a regiones y pueblos nuevos en una red trasatlántica en expansión. Los estudios recientes han corregido la imagen subrayando el papel de los pueblos indios en la construcción de las múltiples fronteras del continente, pero no han revisado el argumento principal de la historia: el poder solo fluye en una dirección, desde los confines imperiales hacia el interior indígena, que no hace más que responder a las fuerzas externas. ¿Cómo encaja la historia del imperio comanche en este modelo? ¿Hasta qué punto se puede crear una narración alternativa de la Norteamérica colonial en la que las fuerzas históricas dominantes emanen del centro del continente, la Comanchería, y se propaguen hacia sus márgenes?

Los elementos para una narración de esta naturaleza son más visibles en los extremos meridional y occidental de la Comanchería, donde los comanches sufrían fricciones con el imperio español y lo golpeaban. Los historiadores suelen considerar a la empresa colonial de España en el extremo septentrional como un fracaso económico y religioso que, no obstante, acabó siendo un éxito geopolítico. Desde esta perspectiva, Nuevo México y Texas no lograron enviar los minerales y los prosélitos que los administradores españoles esperaban recibir de allí, pero sí alcanzaron los objetivos estratégicos de proteger los distritos mineros del norte de México frente a los ataques extranjeros y suministrar alimentos y ganado a las áreas más vitales del imperio.^[10]

Esta interpretación tiene un carácter manifiestamente eurocéntrico e incompleto. Tal vez el norte de Nueva España se hubiera librado de la invasión europea, pero los comanches mantuvieron a Nuevo México y Texas en estado de sitio durante décadas, con lo que redujeron las colonias a pozos económicos que desecaban las venas económicas del imperio español, en lugar de abastecerlas. Peor aún, Nuevo México y Texas fracasaron absolutamente en la misión de proteger de las invasiones extranjeras a los distritos mineros. Francia, Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos nunca saquearon el norte de Nueva España, pero los apaches, a quienes los comanches habían expulsado por la fuerza de las llanuras, saqueaban los distritos de la plata de Nueva Vizcaya y Coahuila prácticamente como se les antojaba. La Gran Apachería, que a finales del siglo XVIII abarcaba un segmento enorme de las Provincias Internas, era, en esencia, un resultado indirecto de la expansión comanche. Luego, a principios del siglo XIX, los propios comanches extendieron su economía de saqueo hacia el sur del río Grande, con lo que causaron graves daños en los distritos de la plata de San Luis Potosí, Parral y Zacatecas. En el marco de la rivalidad imperial euroamericana, Texas y Nuevo México representaban éxitos estratégicos moderados; al margen de ella, eran fracasos estrepitosos.

Además, la estructura económica del lejano Norte español estaba modelada en buena medida por las políticas comanches. El frenazo del desarrollo económico de Texas y Nuevo México suele considerarse fruto de su posición como provincias periféricas del sistema imperial español, pero es más exacta la explicación de que Texas y Nuevo México eran periferias de *dos* regiones principales. Una, el centro de México, que las abastecía de hombres y dinero, pero no lo bastantes para elevarlas a las alturas imperiales, por ejemplo, de la región del Río de la Plata. La otra, la Comanchería, que las expoliaba mediante el robo y los tributos, pero solo hasta el punto en que no corriera peligro su supervivencia. Era esta posición de periferias duales lo que otorgaba a Texas y Nuevo México su peculiar condición mixta de subdesarrollo y resistencia. De manera similar, cualquier esperanza de prosperidad en el lejano Norte español dependía de obtener apoyo de los núcleos del centro de México y comanche. El ejemplo más dramático es el Nuevo México de finales de la era borbónica. Un programa monárquico enérgico de reformas económicas y administrativas revitalizó la provincia maltrecha aliviando su carga fiscal y fomentando el comercio transprovincial, pero la recuperación de Nuevo México tuvo otra fuente igualmente importante: los colonos firmaron una paz con los comanches que, después de décadas de violencia paralizante, permitió a los habitantes de Nuevo México canalizar su energía hacia la construcción del estado, el comercio de larga distancia, la producción de artesanías y el pastoreo.^[11]

La influencia comanche fue algo más que un conjunto de abstracciones económicas de gran escala; la población del norte de Nueva España la sentía en su vida cotidiana, pues el tejido mismo de sus sociedades llevaba el sello indeleble del poder comanche. Texas, que veía el acceso a las tierras cultivables limitado por los

asaltantes comanches, no desarrolló una economía agrícola de amplia base hasta mediados del siglo XIX, sino que evolucionó, por el contrario, hasta convertirse en una economía ranchera socialmente estratificada y dominada por un puñado de familias de élite. Nuevo México, dependiente de los comanches y, al mismo tiempo, explotada por ellos, se descubrió en una trayectoria que, en muchos aspectos, era única entre las colonias de España en América del Norte. Su composición social se fue volviendo cada vez más volátil en el siglo XVIII, cuando la gente se desplazaba por toda la provincia tratando de buscar alivio de los asaltos comanches o, en caso contrario, garantizar el acceso a sus mercados. La tradición feudal de Nueva España, personificada en señores locales muy poderosos, se desvaneció en un reino asolado por la guerra en el que el acceso a las tierras de cultivo estaba restringido por las incursiones comanches, donde las haciendas siguieron siendo relativamente pequeñas y donde las autoridades otorgaban continuamente concesiones en aldeas nuevas para repoblar territorios desiertos por la guerra.

La presencia abrumadora de los comanches también favoreció la mezcla de etnias generalizada y la democratización social de Nuevo México. Reunidos por la común angustia que despertaba la política del poder comanche, los colonos españoles y los indios pueblo suscribieron en el siglo XVIII un modo de coexistencia que se dejaba sentir en el número creciente de matrimonios y asentamientos mixtos (estos últimos, oficialmente prohibidos). La adaptación étnica incipiente se desmoronó durante el periodo de seguridad y prosperidad de la última fase de la época borbónica, cuando los colonos españoles se distanciaron de los indios pueblo. Y, sin embargo, los esfuerzos por hispanizar la totalidad de Nuevo México estaban destinados a fracasar: la paz con los comanches engendró infinidad de aldeas de *genízaros*^[*] en el perímetro oriental de Nuevo México, y esas comunidades empezaron a alejarse de la órbita de Santa Fe para empezar a girar en torno a la Comanchería. Luchando con la sombra de la Comanchería, los españoles fracasaron en la tentativa de construir en Nuevo México un *nuevo México*, una sociedad colonial centralizada y controlada por los españoles.^[12]

Si se examina con detenimiento, la influencia comanche se extendía hasta mucho más allá de los confines de Nuevo México. A finales del siglo XVII, antes de la llegada de los comanches, parecía que los ute estaban llamados a ser el pueblo indio dominante en el Sudoeste, puesto que habían conseguido caballos pronto y habían obtenido ventaja militar respecto a las comunidades vecinas. Las perspectivas de los ute mejoraron aún más a partir de 1700, cuando se aliaron con los recién llegados comanches y se expandieron hacia las llanuras meridionales; pero el acuerdo fracasó a mediados de siglo, cuando los comanches, cada vez más poderosos, se enfrentaron a sus aliados, los expulsaron de las llanuras y los devolvieron a las montañas. Desplazados y vulnerables, los ute cortejaron a otro grupo amenazado por la expansión comanche, el de los españoles, y los atrajeron para formar una unión estrecha que duró hasta el final del periodo colonial español. Un siglo después de que

la expansión iroquesa hubiera obligado a los indios algonquinos y a los franceses a compartir un territorio intermedio en la región de los Grandes Lagos, la expansión comanche engendró el embrión de un territorio común entre los ute y el noroeste de Nuevo México. Impulsados por el miedo común a los comanches, que los habían dejado en una situación de debilidad más o menos semejante, los ute y los españoles establecieron una alianza de consenso basada en los rituales diplomáticos, el comercio activo y la adaptación mutua. La alianza acabó siendo la piedra angular de la estabilidad de Nuevo México en el noroeste y potenció el destino de los ute, pero también tenía una cara más sombría. Como el emergente imperio comanche les había negado el acceso a las llanuras y a los recursos comerciales de que disponían, los ute se entregaron a una cacería desenfrenada de esclavos en la Gran Cuenca, donde apresaron y vendieron a infinidad de mujeres y niños paiute y shoshone cuyo trabajo, alma y carne estaban muy demandados en Nuevo México. Este sistema de captura y comercio de esclavos, que se prolongó hasta bien entrado el siglo XIX, es uno de los corolarios más traumáticos del imperialismo comanche.^[13]

Si las historias del norte de Nueva España o de los grandes valles situados entre las montañas Rocosas y la cordillera de las Cascadas no se pueden entender adecuadamente sin que los comanches ocupen un lugar central, sucede lo mismo con la de las praderas centrales de América del Norte. Si los comanches alteraron la historia del Sudoeste, el norte de México y la Gran Cuenca sacudiendo los cimientos del proyecto colonial español, también modificaron la historia de las Grandes Llanuras mediante su ingenuidad cultural y su concentración de poder. Hacia el Norte, la Comanchería era la cuna de la cultura caballar de los indios de las llanuras, cuyo auge supuso un hito en la historia de los albores del Oeste. La propagación de los caballos y su uso desde el centro de México hasta el Escudo Canadiense o Laurentino, 4. 800 kilómetros, suele citarse como ejemplo destacado de la influencia profundamente transformadora del colonialismo español en el continente americano.^[14] Lo que no se ha comprendido con tanta claridad es el extremo hasta el cual la propagación de la cultura ecuestre se vio modificada y amplificada por los comanches que, en virtud de su ubicación próxima a las reservas de ganado españolas, fueron pioneros de un modo de vida centrado en el caballo que inundó las praderas norteamericanas en el siglo XVIII.

La propagación del caballo por el conjunto de las Grandes Llanuras de los indios norteamericanos no es simplemente la historia de un pueblo impaciente por adquirir una innovación que ofrecía posibilidades estimulantes; fue también un proceso de imitación consciente bajo coacción. Cuando los comanches se reinventaron a sí mismos como cazadores a caballo y pastores nómadas en los primeros años del siglo XVIII, establecieron en las llanuras una nueva pauta de poderío militar y riqueza material, lo que desencadenó una larga secuencia de duplicación y reinención. Como los caballos y el conocimiento de su uso se propagó hacia el Norte desde la Comanchería, todas las tribus de las llanuras, a su vez, se vieron obligadas a

convertirse a la caballería para evitar la marginación militar y económica. La cultura ecuestre irrumpió por todas las praderas y revolucionó las pautas económicas, sociales, políticas y ecológicas vigentes y desvió la historia de la región hacia una nueva senda. En 1800, las llanuras de hierbas ralas del Oeste se habían convertido en el escenario de una civilización nueva y de amplio alcance, en un abanico de sociedades ecuestres victoriosas por diversas razones, todas las cuales eran réplicas del modelo creado por los comanches. La más poderosa y duradera, la de los lakota, reprimió a muchos grupos de indios de las llanuras septentrionales bajo su mandato y defendió la conquista de esas llanuras por parte de Estados Unidos hasta la década de 1880.^[15]

Así pues, en el Norte, el Sur y el Oeste, la esfera de influencia de los comanches se extendía, en diferente grado, desde las llanuras canadienses hasta Nuevo México, Texas y el norte de México. En el frente oriental, por el contrario, el impacto parecería haber sido mucho más superficial. El radio de asalto de los comanches no se extendió más al este de Nacogdoches, y no visitaron Louisiana para comerciar ni mantener relaciones diplomáticas. Para los colonos franceses y españoles del valle del Misisipí del siglo XVIII, los comanches eran más bien una fuente abstracta de abastecimiento de ganado, esclavos y pieles de bison; tal vez sus artículos viajaran hacia el Este, pero no su influencia histórica. Este hecho es coherente con nuestra tendencia a considerar la historia de Estados Unidos como un proceso de afluencia hacia el Oeste, lo que hace parecer irrelevante o, en el mejor de los casos, equivocado todo lo que venga *del* Oeste (personas, mercancías e influencia histórica). Los albores de la historia de Estados Unidos se narran en torno al eje de las latitudes y solo en un sentido: desde el poder y el dinamismo del Este hacia la debilidad y la pasividad del Oeste.

Vista desde la Comanchería, la imagen adolece de un sesgo brutal. Antes de 1800 los comanches formaban una barrera imponente contra la expansión hacia el Este; no de las potencias coloniales europeas, sino de los osage, el pueblo indio preponderante en el este de las Grandes Llanuras. Fortalecidos por el acceso privilegiado a los mercados franceses del valle del Misisipí, a principios del siglo XVIII los osage lanzaron una campaña de conquista enérgica para expandir su territorio y las zonas de caza más allá de una región central situada entre el curso bajo de los ríos Missouri y Arkansas. En el Oeste, sin embargo, la campaña chocó contra el incipiente imperio comanche, que frenó en seco a los osage y los obligó a reorientar sus aspiraciones territoriales hacia el Sur y el Norte. Esta contención y reorientación de la expansión osage convirtió las praderas meridionales, ese cinturón largo y estrecho situado entre el valle del Misisipí y el meridiano noventa y siete, en un terreno congestionado y disputado en el que las políticas de los osage solían determinar la forma y el contenido de las relaciones, y donde los colonos europeos encontraban poco espacio de maniobra.^[16]

Al recluir a los expansionistas osage en el Este, el imperio comanche moldeó a

fondo la historia del colonialismo europeo junto al valle del Misisipí. Sin embargo, todo esto parecería perder relevancia en 1803, cuando la Compra de Louisiana desencadenó la expansión de Estados Unidos hacia el Sudoeste. Damos por sentado que, a partir de entonces, la historia del Sudoeste se define por el apabullante empuje hacia el Oeste de Estados Unidos y la vana resistencia y paulatino repliegue de España y México. Pero, una vez más, la primera impresión es engañosa. Estados Unidos no avanzó sobre un vacío de poder en el Sudoeste, sino más bien sobre el dominio imperial en expansión de los comanches. De hecho, las expansiones comanche y estadounidense se entrelazaron de formas complejas e inesperadas. La reorientación de Nuevo México hacia la economía de Estados Unidos a partir de 1821 se vio acelerada por el deterioro simultáneo de las líneas de abastecimiento económico entre Norte y Sur bajo los ataques comanches al norte de México; aislado del Sur a causa de la agresión india, Nuevo México volvió la espalda a Ciudad de México y se dirigió al Este en busca de beneficios y protección. Esta reorientación radical no fue un movimiento novedoso, sino la intensificación de otro mucho más antiguo. Nuevo México había girado en torno al Este, a la economía dinámica y el poder político de la Comanchería, desde finales del siglo XVIII, cuando las autoridades de los Borbones abrieron la provincia al comercio de los comanches y, a juzgar por los hechos, a su influencia política y cultural. Cuando Estados Unidos empezó a ejercer influencia económica sobre Nuevo México, a principios de la década de 1820, sus habitantes ya habían empezado a poner en duda su lealtad a México.

Aunque Ciudad de México perdió influencia sobre Nuevo México en la época de la independencia de México, pese a todas sus tentativas y buenos propósitos perdió Texas en 1825, cuando los estados de Coahuila y Texas abrieron sus fronteras a la inmigración estadounidense. Esa decisión trascendental se vio influida por varios factores pero, entre ellos, la clave fue una necesidad imperiosa de volver a colonizar las regiones fronterizas de Texas, que habían quedado casi deshabitadas por los asaltos comanches de principios del siglo XIX. Fue un acto desesperado, concebido para que los norteamericanos que viajaban al Oeste dejaran de ser precursores imperiales y se convirtieran en súbditos mexicanos, así como para proteger a una frontera maltrecha contra la violencia comanche; pero fracasó en ambos aspectos. Texas fue invadida por los angloamericanos, que evitaban las rutas de asalto de los comanches pero utilizaban la incapacidad de México para erradicar las incursiones como pretexto político para declarar república independiente al departamento.

La incapacidad de Ciudad de México a la hora de contener a los comanches también frustró sus esperanzas de reconquistar Texas. Durante los años inmediatamente posteriores a la revuelta de Texas, los comanches extendieron sus operaciones de saqueo de ganado y esclavos hasta las profundidades del norte de México, sembrando el caos en siete departamentos. No solo la reconquista de Texas se volvió imposible, sino que la totalidad de la franja septentrional de la nación empezó a quedar fuera de la influencia de Ciudad de México. Los ciudadanos de todo

el Norte estaban molestos por la incapacidad (y la aparente indiferencia) del gobierno federal para repeler los asaltos comanches, y se distanciaron cada vez más de Ciudad de México y de su proyecto de construcción nacional. Los vínculos entre las expansiones estadounidense y comanche alcanzaron el clímax durante la guerra entre México y Estados Unidos. Cuando el Ejército de Estados Unidos avanzó al sur del río Grande en 1846, los comanches ya habían convertido amplios segmentos del corazón de México en un mundo económicamente subdesarrollado, políticamente fragmentado y psicológicamente destrozado, maduro para que lo conquistaran los estadounidenses que, en cierto sentido, vinieron a ocupar lo que era un territorio interior arrebatado a la Gran Comanchería. En el norte de México, el imperialismo estadounidense fue heredero directo del imperialismo comanche.^[17]

La idea de que el imperialismo comanche allanó el camino a la conquista del Sudoeste por parte de Estados Unidos no solo nos obliga a reconsiderar el proceso de expansión estadounidense, sino también a repensar qué significó la expansión y cómo debería interpretarse. Los debates recientes sobre las raíces y realizaciones del imperio norteamericano han revelado una tendencia desconcertante en la historiografía nacional. Resucitando una vez más la persistente falacia de la excepcionalidad estadounidense, muchos historiadores destacados han insistido en que los Estados Unidos de América del siglo XIX no eran una potencia imperial. Los argumentos de este diagnóstico abundan, pero todos descansan sobre la creencia obstinada en que Estados Unidos se expandió por un continente que tenía una densidad de población tan baja que la tierra estaba en esencia desocupada y lista para apoderarse de ella. Según esta tesis, los norteamericanos que viajaban al Oeste no encontraron sociedades indígenas muy organizadas y con mucha densidad de población, lo que, a su vez, significaba que la expansión no era un acto de imperialismo, sino la ocupación de unas tierras semivírgenes. La expansión de Estados Unidos hacia el Oeste estuvo salpicada de actos de imperialismo manifiesto (el más flagrante de los cuales fue la guerra entre México y Estados Unidos) pero, según se dice, no involucraron a los indios norteamericanos.^[18] Esta interpretación dominante contradice radicalmente la perspectiva de este libro. Cuando los norteamericanos invadieron el norte de México en 1846 con eficacia y brutalidad, no solo se enfrentaron a la nación mexicana: se zambulleron en una historia de imperialismo indígena antigua, compleja y todavía en curso.

El legado del imperio comanche está impreso en el mapa político actual de América del Norte, pero también ha dejado su huella en el paisaje étnico norteamericano. El complejo esclavista comanche (la captura, asimilación, mercantilización y rescate de millares de habitantes del norte de México en el siglo XIX) conformó profundamente el proceso de *mestizaje*,^[*] la mezcla y reconfiguración de identidades raciales en el actual Sudoeste de Estados Unidos. Se ha dicho que el cautiverio comanche ejerció un impacto decisivo sobre la articulación de la raza, la nación y la ciudadanía en el Sudoeste porque generó redes transnacionales de

adopción y afiliación, desplazó prisioneros entre categorías supuestamente inamovibles y creó identificaciones étnicas fragmentadas y en conflicto. El tráfico transfronterizo de prisioneros llevado a cabo por los comanches, que se prolongó hasta bien entrada la década de 1870, enmarcó los discursos oficiales *norteamericanos*^[*] sobre el lugar que deberían ocupar los mexicanos en el Sudoeste de Estados Unidos, y fomentó la idea de una identidad mexicana transfronteriza. En la mente de los legisladores estadounidenses que tuvieron contacto directo con los productos humanos del cautiverio comanche (mexicanos que parecían indiscernibles de comanches, o que no eran ni blancos ni indios, o que se negaban a abandonar a sus amos indios y parecían conspirar con los comanches contra la autoridad estadounidense), el mexicanismo acabó entrelazado con el indigenismo y, por tanto, siendo incompatible con la ciudadanía estadounidense y angloamericana. Dicho de otro modo: la Comanchería y su régimen esclavista formó un crisol que forjó la interpretación angloamericana de los mexicanos como una clase mixta, estigmatizada y subordinada.

Para subvertir estos constructos angloamericanos de mezcla e impureza racial, muchas chicanas y chicanos del Sudoeste de Estados Unidos han tratado de reivindicar una identidad española, pero algunos, en su mayoría los mestizos de clase trabajadora de Nuevo México, han abrazado activamente los modelos de identidad derivados de la Comanchería. Han aprendido de memoria sus conexiones históricas con la Comanchería en obras de arte, atuendo y tradiciones orales, y recrean los vínculos en representaciones populares locales de «Los Comanches». Al hacerlo, se desvinculan de la coalición privilegiada de angloamericanos y españoles, socavan las pretensiones hegemónicas de la coalición y fomentan una conciencia chicana específica y diferenciada, que hunde sus raíces en el crisol étnico que fue la Comanchería.^[19] Su lucha por la identidad recuerda la dolorosa historia, y sus múltiples capas, suspendida entre el imperio comanche del pasado y el imperio angloamericano del presente.

Más allá de iluminar la dinámica colonial y las relaciones entre indios y blancos en un determinado lugar, en este libro he tratado de ampliar nuestra comprensión del papel de los pueblos indígenas en la construcción y destrucción de los mundos coloniales. Como tal, es fundamentalmente un estudio de la intervención indígena: su naturaleza, sus perfiles y su capacidad para influir en procesos históricos a gran escala. Pero la intervención humana opera en dos direcciones, pues los mismos logros que enriquecen a las sociedades y las hacen poderosas suelen desembocar en su pérdida o contribuir a ella. En consecuencia, aunque en este libro me propuse mostrar cómo la interacción entre los actos de los comanches y las condiciones externas los convirtieron en el pueblo dominante del Sudoeste colonial, en última instancia tuvo que convertirse en un análisis de cómo esa interacción contribuyó al

colapso del imperio comanche. Reconocer que los comanches fueron cómplices de su propia decadencia no es minusvalorar la destructividad de la expansión política, económica y militar de Estados Unidos en el Sudoeste a partir de 1850 sino, más bien, reconocer todo el potencial de la actuación indígena, con sus dimensiones positivas, negativas, predecibles e impredecibles. Parafraseando a un historiador de renombre, reconocer la falibilidad humana en los actos de los pueblos indígenas es la base para escribir una historia india compasiva.^[20]

Los comanches vivieron sus días en las llanuras meridionales y el Sudoeste como una potencia imperial, y también se sintieron como tal. Al igual que casi todos los imperios, el comanche portaba en su interior las semillas de su destrucción; su colapso, al menos al principio, provenía de su interior. Con su instinto de mantener una base demográfica amplia y controlar el comercio en el subcontinente, los comanches construyeron un sistema de producción prodigioso que, en última instancia, se vino abajo por su propia envergadura, excesiva. Lo que había empezado siendo una economía autosostenida y ecológicamente estable evolucionó hacia una economía de mercado generadora de excedentes que guardaba un desequilibrio crónico con su base ecológica. El periodo prolongado de sequía entre 1845 y 1865 desencadenó una crisis absoluta, pero hundía sus raíces en una presión malthusiana clásica. Sencillamente, había demasiados comanches (y aliados) criando demasiados caballos y cazando demasiados bisontes en una base territorial demasiado reducida.

En la década de 1850, cuando las manadas de bisontes disminuían de forma acusada, el centro se derrumbó. En el lapso de pocos años, los comanches perdieron las bases de su poder. Su población cayó en picado, su imperio comercial se vino abajo y dejaron de recaudar tributos. Cedieron grandes zonas de la Comanchería a Texas y se dividieron en facciones locales que dejaron de actuar como una confederación cohesionada. El declive fue notablemente acelerado y, en buena medida, consecuencia de la naturaleza del sistema de poder que los comanches habían erigido. El imperio comanche no fue una entidad autónoma y con una estructura rígida sino, más bien, un conjunto de redes de poder con intersecciones mutuas que se transmutaban continuamente, y cuando las redes empezaron a deshilacharse, al sistema en su conjunto le ocurrió lo mismo. No había subestructura o ideología imperial que sustentara un declive lento y paulatino mediante el cual las periferias sometidas siguieran manteniendo a un centro decadente. No podía haber vida imperial ultraterrena.

El estallido de la Guerra de Secesión y la llegada de un ciclo climático más húmedo a mediados de la década de 1860 permitieron a los comanches experimentar una regeneración breve pero intensa, que los vio reivindicar partes de su territorio y construir una nueva economía basada en el saqueo de ganado a gran escala y el pastoreo de caballos pleno. Pero la recuperación no sirvió más que para que la derrota final e inevitable fuera más impresionante y desgarradora. El final de la Guerra de Secesión anunció la extinción de todos los sistemas políticos soberanos separatistas

en las regiones que Estados Unidos reivindicaba como propias, ya se tratara de sistemas vigentes en el Sur o en el Oeste. Los años comprendidos entre 1865 y 1877 fueron una época de consolidación nacional masiva que fue testigo de la reducción del Sur a un territorio cautivo y conquistado, la desposesión absoluta de unas veinte naciones indígenas de las Grandes Llanuras, el despegue explosivo del capitalismo corporativo no esclavista y la introducción de nuevas actitudes raciales que iban mucho más allá de la clásica dicotomía entre blancos y negros.^[21] El sometimiento postrero de los comanches no fue más que un breve capítulo de esta avasalladora reorganización imperial. Al desatar un poderío económico y tecnológico abrumador, Estados Unidos apartó los restos del poder comanche con una campaña breve y concentrada de tierra quemada. Al no tratarse tanto de la eliminación de una amenaza militar como de la erradicación de un modo de vida, difícilmente podía constituir materia con la que se pudieran forjar mitos nacionales. La campaña, junto con la civilización comanche que demolió, se ignoró de forma generalizada y se olvidó con facilidad.

LISTA DE ABREVIATURAS

- AC** Alfred Barnaby Thomas, editor y traductor al inglés, *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727* (Norman, University of Oklahoma Press, 1935).
- ADM** Herbert Eugene Bolton, editor, *Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, 2 vols. (Cleveland, Arthur H. Clark, 1914).
- AGN:CA** Archivo General de la Nación, Ciudad de México, Ramo de las Californias, reproducción fotostática, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Albuquerque.
- AGN:HI** Archivo General de la Nación, Ciudad de México, Ramo de Historias, reproducción fotostática, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Albuquerque.
- AGN:PI** Archivo General de la Nación, Ciudad de México, Ramo de las Provincias Internas, reproducción fotostática, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Albuquerque.
- ARCIA** Oficina Estadounidense de Asuntos Indios, *Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs*.
- BA** Archivos de Béxar, Colección de Manuscritos Generales, 1717-1836, Universidad de Texas en Austin, copia microfilmada, Biblioteca Zimmerman, Universidad de Nuevo México, Albuquerque.
- CO** *Chronicles of Oklahoma*.
- FF** Alfred Barnaby Thomas, editor y traductor al inglés, *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Donjuán Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787* (Norman, University of Oklahoma Press, 1942).
- GPO** Oficina Gubernamental de Impresión (Government Printing Office).
- HD** Charles Wilson Hackett, editor, *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya, and Approaches Thereto, to 1773*, 3 vols. (Washington, Carnegie Institution, 1923-1937).
- IPTS** Dorman H. Winfrey y James M. Day, editores, *The Indian Papers of Texas and the Southwest, 1825-1916*, 5 vols. (Austin. Pemberton, 1966).
- JAH** *Journal of American History*.
- LR** Cartas recibidas.
- LR:OIA** Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios, Grupo de Archivos 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios M234, National Archives Microfilm Publication.
- MANM** Archivos Mexicanos de Nuevo México, Archivos y Centro Documental del Estado de Nuevo México, Santa Fe.
- NAMP** National Archives Microfilm Publication.
- NMA** Archivos del Estado de Nuevo México, Centro de Investigación sobre el

Sudoeste, Universidad de Nuevo México, Albuquerque.

NMHR *New Mexico Historical Review*.

PINM Alfred Barnaby Thomas, editor, *The Plains Indians and New Mexico, 1751-1778: A Collection of Documents Illustrative of the History of the Eastern Frontier of New Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1940).

PT Charles Wilson Hackett, editor, *Pichardo's Treatise on the Limit: of Texas and Louisiana*, 4 vols. (Austin, University of Texas Press, 1931-1946) (Trad. cast, parcial: *Tratado de Pichardo sobre los límites de Luisiana y Tejas: Su olvido y su significado*, México, [s. n.], 1944).

PV Noel M. Loomis y Abraham P. Nasatir, *Pedro Vial and the Roads to Santa Fe* (Norman, University of Oklahoma Press, 1967).

SANM I Archivos Españoles de Nuevo México, Archivo y Centro de Documentación del Estado de Nuevo México, Santa Fe, serie I, documentos de concesión de tierras.

SANM II Archivos Españoles de Nuevo México, Archivo y Centro de Documentación del Estado de Nuevo México, Santa Fe, serie II, documentos provinciales.

SHQ *Southwestern Historical Quarterly*.

RCS Documentos de la Superintendencia Central, Grupo de Documentos 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, M856, National Archives Microfilm Publication.

TSA:RR Archivos del Estado de Texas, Documentos del Gobernador de Texas, Hardin Richard Runnels.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DE ARCHIVO

- Archivo General de la Nación. Ciudad de México. Reproducción fotostática.
- Biblioteca Zimmerman. Universidad de Nuevo México. Albuquerque. Archivo General de las Indias. Sevilla. España. Guadalajara. Copia microfilmada. Colecciones de Historia Occidental. Universidad de Oklahoma, Norman.
- Ramo de las Californias.
- Ramo de Historias.
- Ramo de Provincias.
- Biblioteca Bancroft. Universidad de California en Berkeley.
- Documentos de Herbert E. Bolton.
- Archivos Béxar. Universidad de Texas en Austin. Copia microfilmada. Biblioteca Zimmermann. Universidad de Nuevo México. Albuquerque. Colección de Manuscritos Generales, 1717-1836.
- Biblioteca del Congreso. Sección de Manuscritos. Washington, D. C.
- WPA Federal Writers' Project Collection.
- Archivos Mexicanos de Nuevo México. Copia microfilmada. Archivos y Centro de Documentación del Estado de Nuevo México. Santa Fe. Archivos del Estado de Nuevo México. Centro de Investigación sobre el Sudoeste. Universidad de Nuevo México. Albuquerque.
- Archivos Españoles de Nuevo México, Archivo y Centro de Documentación del Estado de Nuevo México, Santa Fe.
- Serie I, documentos de concesiones de tierras.
- Serie II, documentos provinciales.
- Archivos del Estado de Texas. Austin, Texas.
- Documentos del Gobernador de Texas, Hardin Richard Runnels. Archivo Nacional de Estados Unidos. Publicaciones microfilmadas. Washington, D. C.
- Grupo de documentos 59. Documentos generales del Departamento de Estado.
- Despachos de los cónsules de Estados Unidos en Texas, 1825-1844. Microficha T153.
- Grupo de documentos 75. Documentos de la Oficina de Asuntos Indios. Documentos relacionados con la negociación de los tratados ratificados y no ratificados con diferentes tribus de indios. Microficha T494.
- Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Superintendencia Central. Microficha 234.
- Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Agencia Kiowa. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Superintendencia de Nuevo México. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Agencia Semínola. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Agencia de Texas. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina de Asuntos Indios. Agencia Wichita. Microficha 234.

Cartas recibidas por la Oficina del Secretario de Guerra en relación con asuntos indios. Microficha 271.

Cartas Recibidas por la Superintendencia del Sudoeste, Microficha 640.

Cartas enviadas por la Oficina de Asuntos Indios. Microficha 21.

Documentos de la Superintendencia Central. Microficha 856.

Grupo de documentos 107. Documentos de la Oficina del Secretario de Guerra.

Cartas recibidas por el Secretario de Guerra. Colección principal. Microficha 221.

Grupo de documentos 393. Documentos del Mando Continental del Ejército de Estados Unidos.

Cartas recibidas por el Cuartel General. Distrito de Nuevo México. Microficha 1.088.

Cartas enviadas por el 9º Departamento Militar, el Departamento de Nuevo México y el Distrito de Nuevo México. Microficha 1.072.

Registro de cartas recibidas y cartas recibidas por el Cuartel General. Departamento de Nuevo México, 1854-1865. Microficha 1.120.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Arkansas Intelligencer
Arkansas State Gazette
El Fanal de Chihuahua
Natchitoches Courier
National Intelligencer
Southern Intelligencer
Telegraph and Texas Register.

DOCUMENTOS OFICIALES

CARTER, CLARENCE E., ed., *The Territorial Papers of U. S.*, vol. 13, *The Territory of Louisiana-Missouri 1803-1806*, 28 vols., Washington, D. C., GPO, 1948.

CARTER, CLARENCE E. y JOHN P. BLOOM, eds., *The Territorial Papers of the United States*, vol. 20, *The Territory of Arkansas, 1825-1829*, Washington, D. C., GPO, 1954.

CONGRESO DE ESTADOS UNIDOS, *American State Papers*. Serie 1, *Foreign Relations*, 1789-1828.

—, *American State Papers*. Serie 5, *Military Affairs*, 1789-1838.

—, Cámara de Representantes.

24º Congreso, 1ª sesión, Doc. 181.

30º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 1.

30º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 60.

30º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

31º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 45.

35º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 2.

35º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 27.

41º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

41º Congreso, 2ª sesión, Misc. Doc. 139.

43º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

—, Senado.

27º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

30º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

30º Congreso, 1ª sesión, Rpt. 171.

33º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 1.

33º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

33º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 78.

34º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 1.

35º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 11.

35º Congreso, 2ª sesión, Ex. Doc. 1.

36º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 2.

40º Congreso, 1ª sesión, Ex. Doc. 13.

42º Congreso, 3ª sesión, Ex. Doc. 7.

DEPARTAMENTO DEL INTERIOR DEL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS, *Report of the Secretary of the Interior communicating... information in relation to the Indian tribes of the United States*, 2 vols., Washington, D. C., GPO, 1867.

KAPPLER, CHARLES J., ed., *Indian Affairs: Laws and Treaties*, 5 vols., Washington, D. C., GPO, 1904.

MORSE, JEDIDIAH, *Report to the Secretary of War of the United States on Indian Affairs*, New Haven, S. Converse, 1822.

OFICINA DE ASUNTOS INDIOS DE ESTADOS UNIDOS, *Annual Report of the Commissioner of Indian Affairs*, 1849.

—, 1856.

—, 1857.

—, 1865.
—, 1866.
—, 1871.
—, 1875.

PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS, *California and New Mexico: Message from the President of the United States Communicating Information Called For by a Resolution of the Senate*. Nueva York, Amo, 1976.

TAYLOR, NATHANIEL G., JOHN B. HENDERSON, SAMUEL F. TAPPAN, JOHN B. SANBORN, WILLIAM S. HARNEY, ALFRED H. TERRY, WILLIAM T. SHERMAN y CHRISTOPHER C. AUGUR, *Papers Relating to Talks and Councils Held with the Indians in Dakota and Montana in the Years 1866-1869*, Washington, D. C., GPO, 1910.

The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies, 70 vols., Washington, D. C., GPO, 1880-1901.

FUENTES PRIMARIAS IMPRESAS

ABEL, ANNIE HELOISE, ed., *The Official Correspondence of James S. Calhoun While Indian Agent at Santa Fe and Superintendent of Indian Affairs in New Mexico*, Washington, D. C., GPO, 1915.

ABERT, JAMES WILLIAM, *Expedition to the Southwest: An 1845 Reconnaissance of Colorado, New Mexico, Texas, and Oklahoma*, 1846. Reimpreso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1999.

—, *Through the Country of the Comanche Indians in the Fall of the Year 1845: The Journal of a U. S. Army Expedition Led by Lieutenant James W. Abert*, edición de John Calvin, San Francisco, John Howell, 1970.

«Account of the Rebellion, An. », en Janet Lecompte, *A Rebellion in Rio Arriba*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985, pp. 91-104.

ALMONTE, JUAN N., «Statistical Report on Texas», traducido al inglés por C. E. Castañeda, *SHQ* 28 (enero de 1925), pp. 177-202.

ANÓNIMO, Notas acerca de la provincia de Nuevo México, recogidas durante mi misión al Oeste, en «Anonymous Description of New Mexico, 1818», edición de Alfred B. Thomas, *SHQ* 33 (julio de 1929), pp. 57-66.

ANÓNIMO, *Texas in 1837: An Anonymous, Contemporary Narrative*, edición de Andrew Forest Muir, 1958, Reimpreso en Austin, University of Texas Press, 1998.

ANZA, JUAN BAUTISTA DE, TARJA, en Alfred B. Thomas, «An Eighteenth Century Comanche Document», *American Anthropologist* 31 (abril-junio de 1929), pp. 274-298.

BABB, BIANCA, La verdadera historia de mi captura y mi vida con los indios comanches, en «Every Day Seemed to Be a Holiday: The Captivity of Bianca

- Babb», edición de Daniel J. Gelo y Scott Zesch, *SHQ* 107 (julio de 2003), pp. 49-67.
- BABB, THEODORE ADOLPHUS, *In the Bosom of the Comanches: A Thrilling Tale of Savage Indian Life, Massacre, and Captivity Thruthfully Told by a Surviving Captive*, Dallas, Hargreaves, 1923.
- BARKER, EUGENE C., editor, *The Austin Papers*, 2 vols., Washington, D. C., GPO, 1924.
- BARTLETT, JOHN RUSSELL, *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua*, 2 vols., Nueva York, D. Appleton, 1854.
- BENEDICT, J. W., «Diary of a Campaign against the Comanches», *SHQ* 32 (abril de 1929), pp. 300-310.
- BERLANDIER, JEAN LOUIS, *The Indians of Texas in 1830*, edición de John C. Ewers, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1969.
- , *Journey to Mexico: During the Years 1826 to 1834*, traducción al inglés de Sheila M. Ohlendorf, Josette M. Bigelow y Mary M. Standifer, 2 vols., Austin, Texas State Historical Association and University of Texas Press, 1980.
- BIEBER, RALPH P., *Southern Trails to California in 1849*, Cleveland, Arthur H. Clark, 1937.
- BOLLAERT, WILLIAM, *William Bollaert's Texas*, edición de Eugene Hollon y Ruth Lapham Butler, Norman, University of Oklahoma Press for the Newberry Library, 1956.
- BOLTON, HERBERT EUGENE, ed., *Athanase de Mézières and the Louisiana-Texas Frontier, 1768-1780*, 2 vols., Cleveland, Arthur H. Clark, 1914.
- BONILLA, ANTONIO, «Bonilla's Notes Concerning New Mexico», en *New Spain and the Anglo-American West: Historical Contributions Presented to Herbert Eugene Bolton*, edición de Charles W. Hackett, George P. Hammond y J. Lloyd Mecham, 2 vols., Lancaster, Pensilvania, 1932, pp. 191-209.
- BURNET, DAVID G., «David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians with an Introduction by Ernest Wallace», *West Texas Historical Association Year Book* 30 (1954), pp. 115-140.
- CACHUPÍN, TOMÁS VÉLEZ DE, Breve descripción de la provincia y territorio de Nuevo México, del reino de Nueva España, en «New Mexico in the Mid-Eighteenth Century: A Report Based on Governor Vélez Cachupin's Inspection», edición de Robert Ryal Miller, *SHQ* (octubre de 1975), pp. 169-181.
- CANDELARIA, JUAN, «Noticias que da Juan Candelaria vecino de esta villa de San Francisco Xauier de Alburquerque de edad de 84 años», edición de Isidro Armijo, *NMHR* 4 (julio de 1929), pp. 274-297.
- CARROLL, H. BAILEY y J. VILLASANA HAGGARD, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio*

- Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849, Albuquerque, Quivira Society, 1942.*
- CARTER, ROBERT G., *On the Border with Mackenzie*, Nueva York, Antiquarian, 1961.
- CATLIN, GEORGE, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Conditions of the North American Indians*, 2 vols., 1844, reimpresso en Nueva York, Dover, 1973.
- CHACÓN, FERNANDO DE, Informe, en «The Chacón Report of 1803», edición de Marc Simmons, *NMHR* 60 (enero de 1985), pp. 83-88.
- CHÁVEZ, ANGÉLICO y TED J. WARNER, editor, *The Domínguez-Escalante Journal: Their Expedition through Colorado, Utah, Arizona, and New Mexico in 1775*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1995.
- CONCHA, FERNANDO DE LA, Instrucciones redactadas por el coronel don Fernando de la Concha, antiguo gobernador de la Provincia de Nuevo México, para que su sucesor, el teniente coronel don Fernando Chacón, adapte lo que le parezca conveniente para el progreso, la seguridad y el desarrollo de la provincia susodicha, en «Notes and Documents: Advice on Governing New Mexico, 1794», edición de Donald E. Worcester, *NMHR* 24 (julio de 1949), pp. 236-254.
- COOKE, G., Diario de la expedición de un destacamento de Dragones de Estados Unidos desde Fort Leavenworth para escoltar a la caravana anual de comerciantes, desde Missouri hasta la frontera mexicana del camino de Santa Fe... iniciada el 27 de mayo, y concluida el 21 de julio de 1843, en «Journal of the Santa Fe Trail», edición de William E. Connelly, *Mississippi Valley Historical Review* 12 (junio y septiembre de 1925), pp. 72-98 y 227-255.
- CORTÉS, JOSÉ, *Views from the Apache Frontier: Report on the Northern Provinces of New Spain*, edición de Elizabeth A. H. John y John Wheat, Norman, University of Oklahoma Press, 1989.
- CRESPO, BENITO, «Documents Concerning Bishop Crespo's Visitation, 1730», *NMHR* 28 (julio de 1953), pp. 222-233.
- CROIX, TEODORO DE, «General Report of 1781», en *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783; From the Original Documents in the Archives of the Indies, Seville*, edición de Alfred Barnaby Thomas, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1941, pp. 69-243.
- DANA, NAPOLEON JACKSON TECUMSEH, *Monterrey Is Ours! The Mexican War Letters of Lieutenant Dana, 1845-1847*, edición de Robert H. Ferrell, Lexington, University Press of Kentucky, 1990.
- DAVIDSON, WILSON T., «A Comanche Prisoner in 1841», *SHQ* 45 (abril de 1942), pp. 335-342.
- DELORIA, VINE, hijo, y RAYMOND DEMALLIE, comp., *Documents of American Indian Diplomacy: Treaties, Agreements, and Conventions, 1775-1979*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.

- DENIG, EDWIN THOMPSON, *Five Indian Tribes of the Upper Missouri: Sioux, Aricaras, Assiniboines, Crees, Crows*, edición de John C. Ewers, Norman, University of Oklahoma Press, 1961.
- DODGE, RICHARD IRVING, *Our Wild Indians: Thirty-three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West*, 1882, reimpresso en Nueva York, Archer House, 1959.
- DODGE, THEODORE AYRAULT, «Some American Riders», *Harper's New Monthly Magazine* (mayo de 1891), pp. 849-862.
- DOMÍNGUEZ, FRANCISCO ATANASIO, *The Missions of New Mexico, 1776: A Description by Fray Francisco Atanasio Domínguez*, edición de Eleanor B. Adams y Angelico Chavez, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1956.
- ESPINOSA, AURELIO M., «Los Comanches: A Spanish Heroic Play of the Year Seventeen Hundred and Eighty», *University of New Mexico Bulletin* 4\$, Language Series, vol. I, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1907.
- ESPINOSA, ISIDRO FÉLIX DE, *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, edición de Lino Gómez Cañedo, 1764, reimpresso en Washington, D. C., Academy of American Franciscan History, 1964.
- FARNHAM, THOMAS J., *Travels in the Great Western Prairies*, vols. 28 y 29 de *Early Western Travels, 1748-1846*, edición de Reuben Gold Thwaites, Cleveland, Arthur H. Clark, 1906.
- FISHER, M. C., «On the Arapahoe, Kiowa, and Comanche», *Journal of the Ethnological Society of London* 1 (1869), pp. 274-287.
- FLORES, DAN L., editor, *Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810*, College Station, Texas A&M University Press, 1985.
- FOWLER, JACOB, *Journal of Jacob Fowler*, edición de Elliott Coues, 1898, reimpresso en Minneapolis, Ross and Haines, 1965.
- FRÖEBEL, JULIUS, *Seven Years' Travel in Central America, Northern Mexico, and the Far West of the United States*, Londres, R. Bentley, 1859.
- GÁLVEZ, BERNARDO DE, *Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain 1786*, edición y traducción al inglés de Donald E. Worcester, Berkeley, Quivira Society, 1951.
- GARCÍA REJÓN, MANUEL, comp., *Comanche Vocabulary: Trilingual Edition*, edición de Daniel J. Gelo, Austin, University of Texas Press, 1995.
- GARRARD, LEWIS H., *Wah-to-yah and the Taos Trail*, edición de Ralph P. Bieber, 1850, reimpresso en Glendale, California, Arthur H. Clark, 1938.
- GARRETT, JULIA KATHRYN, ed., «Dr. John Sibley and the Louisiana-Texas Frontier, 1803-1814», *SHQ* 47, 49 (julio de 1943, enero de 1944 y abril de 1946), pp. 48-51, 319-324 y 399-430.

- GRANT, ULYSSES S., *Memoirs and Selected Letters: Personal Memoirs of U. S. Grant, Selected Letters, 1839-1865*, Nueva York, Library of America, 1990.
- GREGG, JOSIAH, *Commerce of the Prairies*, edición de Max L. Moorhead, Norman, University of Oklahoma Press, 1954.
- , *Diary and Letters of Josiah Gregg*, edición de Maurice Garland Fulton, 2 vols., Norman, University of Oklahoma Press, 1941-1944.
- GREINER, JOHN, «The Journal of John Greiner», edición de Annie Heloise Abel, *Old Santa Fe: Magazine of History, Archaeology, Genealogy and Biography* 3 (julio de 1916), pp. 189-243.
- GULICK, CHARLES ADAMS, hijo, y otros, eds., *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, 6 vols., 1920-1927, reimpresso en Austin, Pemberton, 1968.
- HACKETT, CHARLES WILSON, ed., *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya, and Approaches Thereto, to 1773*, 3 vols., Washington, D. C., Carnegie Institution, 1923-1937.
- , ed., *Pichardo's Treatise on the Limits of Texas and Louisiana*, 4 vols., Austin, University of Texas Press, 1931-1946. [Hay trad. cast, parcial: *Tratado de Pichardo sobre los límites de Luisiana y Tejas: Su olvido y su significado*, México, (s. n.), 1944.]
- HARPE, BERNARD DE LA, «Account of the Journey of Bérnard de La Harpe: Discovery Made by Him of Several Nations Situated in the West», edición de Ralph A. Smith, *SHQ* 62 (abril de 1959), pp. 75-86.
- , «La Harpe's First Expedition in Oklahoma», *CO* 2 (diciembre de 1924), pp. 332-349.
- HOBBS, JAMES, *Wild Life in the Far West: Personal Adventures of a Border Mountain Man*, 1873, reimpresso en Glorieta, Nuevo México, Rio Grande, 1969.
- HOLLEY, MARY AUSTIN, *Texas*, Lexington, Kentucky, Clarke, 1836.
- HORN, SARAH ANN, *An Authentic and Thrilling Narrative of the Captivity of Mrs. Horn, and Her Two Children, with Mrs. Harris, by the Comanche Indians*, 1851, reimpresso en Nueva York, Garland, 1977.
- Informe de la comisión pesquisidora de la frontera del norte al Ejecutivo de la Unión...* Ciudad de México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1877.
- Instrucciones dictadas por el ayuntamiento constitucional de la ciudad de San Fernando de Bexar..., 15 de noviembre de 1820, en «Texas in 1820», *SHQ* 23 (julio de 1919), pp. 61-68.
- JACKSON, JACK, ed., *Imaginary Kingdom: Texas as Seen by the Rivera and Rubí Military Expeditions, 1727 and 1767*, Austin, Texas State Historical Association, 1995.
- JAMES, EDWIN, *Account of an Expedition from Pittsburgh to the Rocky Mountains, Performed in the Years 1819, 1820*, vols. 14-17 de *Early Western Travels*,

- 1748-1846, edición de Reuben Gold Thwaites, Cleveland, Arthur H. Clark, 1906.
- JAMES, THOMAS, *Three Years among the Indians and Mexicans*, edición de Milo Milton Quaife, 1846, reimpresso en Nueva York, Citadel, 1966.
- JENKINS, JOHN H., ed., *The Papers of the Texas Revolution, 1835-1856*, 10 vols., Austin, Presidial, 1973.
- JENKINS, JOHN HOLLAND, *Recollections of Early Texas: Memoirs of John Holland Jenkins*, edición de John Holmes Jenkins III, Austin, University of Texas Press, 1958.
- JONES, ANSON, *Memoranda and Official Correspondence Relating to the Republic of Texas, Its History and Annexation*, 1859, reimpresso en Chicago, Rio Grande, 1966.
- Journals of the House of Representatives of the Republic of Texas, Fifth Congress, Appendix*, Austin, Gazette Office, 1841.
- KENNEDY, WILLIAM, *Texas: The Rise, Progress, and Prospects of the Republic of Texas*, 2 vols., Londres, William Cloves and Sons, 1841.
- KINNAIRD, LAWRENCE, ed., *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794: Translations of Materials from the Spanish Archives in the Bancroft Library*, 3 vols., Washington, D. C., GPO, 1946-1949.
- LAFORA, NICOLÁS DE, *The Frontiers of New Spain: Nicolas de Lafora's Description, 1766-1768*, edición de Lawrence Kinnaird, Berkeley, Quivira Society, 1958.
- , *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional perteneciente al Rey de España*, edición de Vito Alessio Robles, Ciudad de México, Pedro Robredo, 1939.
- LEHMANN, HERMAN, *Nine Years among the Indians, 1870-1879: The Story of the Captivity and Life of a Texan among the Indians*, edición de J. Marvin Hunter, 1927, reimpresso en Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.
- LERAYE, CHARLES, «The Journal of Charles Le Raye», *South Dakota Historical Collections* 4 (1908), pp. 150-180.
- LOOMIS, NOEL M., y ABRAHAM P. NASATIR, *Pedro Vial and the Roads to Santa Fe*, Norman, University of Oklahoma Press, 1967.
- MARCY, RANDOLPH B., *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman, Norman, University of Oklahoma Press, 1937.
- , *Thirty Years of Army Life on the Border*, Nueva York, Harper and Bros., 1866.
- MARGRY, PIERRE, ed., *Découvertes et établissements des franjáis dans l'ouest et dans le sud de L'Amérique Septentrionale, 1614-1754: Mémoires et documents originaux*, 6 vols., París, D. Jouaust, 1879-1888.
- MARRIOTT, ALICE y CAROL K. RACHLIN, *Plains Indian Mythology*, Nueva York,

- Thomas Y. Crowell, 1975.
- MARRYAT, CAPITÁN FREDERICK, *Travels and Adventures of Monsieur Violet*, Upper Saddle River, Nueva Jersey, Literature House, 1970.
- MARTÍNEZ, ANTONIO JOSÉ, Exposición que el Presbítero Antonio José Martínez, Cura de Taos en Nuevo México, dirige al Gobierno del Exmo. Sor. General D. Antonio López de Santa-Anna. Proponiendo la civilización de las Naciones bárbaras que son al canton del departamento de Nuevo-México (Taos, J. M. B., 1843), en *Northern Mexico on the Eve of the United States Invasion: Rare Imprints Concerning California, Arizona, New Mexico, and Texas, 1821-1846*, edición de David J. Weber, Nueva York, Amo, 1976.
- MCCALL, GEORGE ARCHIBALD, *New Mexico in 1850: A Military View*, edición de Robert W. Frazier, Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- MCLEAN, MALCOLM, ed. y comp., *Papers Concerning Robertson's Colony in Texas*, 18 vols., Austin, University of Texas Press, 1974-1993.
- MCPHAIL, LEONARD, «The Diary of Assistant Surgeon Leonard McPhail on His Journey to the Southwest in 1835», edición de Harold W. Jones, hijo, CO 18 (septiembre de 1840), pp. 283-302.
- MERINO Y MORENO, MANUEL, Informe sobre las tribus de indios paganos que pueblan los territorios fronterizos de las Provincias Internas del reino de Nueva España..., en «Views from a Desk in Chihuahua: Manuel Merino's Report on Apaches and Neighboring Nations, ca. 1804», edición de Elizabeth A. H. John SHQ 85 (octubre de 1991), pp. 148-175.
- MIER Y TERÁN, MANUEL DE, Noticia de las tribus de salvajes conocidos que habitan en el Departamento de Tejas, y el número de Familias de que consta cada tribu, puntos en que habitan y terrenos en que acampan». *Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana Boletín* 2 (1870), pp. 264-269.
- , *Texas by Terán: The Diary Kept by General Manuel de Mier y Terán on His 1828 Inspection of Texas*, edición de Jack Jackson y traducción al inglés de John Wheat, Austin, University of Texas Press, 2000.
- MIERA Y PACHECO, BERNARDO DE, «Miera's Report», edición de Herbert S. Auerbach, *Utah Historical Quarterly* 11 (1943), pp. 114-122.
- MORFÍ, JUAN AGUSTÍN DE, *History of Texas, 1673-1779*, 2 vols., Albuquerque, Quivira Society, 1935.
- MOULTON, GARY E., ed., *The Journals of the Lewis and Clark Expedition*, 13 vols., Lincoln, University of Nebraska Press, 1983-2001.
- MURRAY, CHARLES AUGUSTOS, *Travels in North America during the Years 1834, 1835, 1836*, 2 vols., Londres, R. Bentley, 1839.
- NASATIR, A. P., ed., *Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804*, 2 vols., 1952, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1990.

- NYSTEL, OLE T., *Lost and Found, or Three Months with the Wild Indians*, Dallas, Wilmans Brothers, 1888.
- ORTIZ DE AYALA, TADEO, Informe para el presidente sobre las condiciones en que se encuentra Texas, 2 de febrero de 1833, en «Tadeo Ortiz de Ayala and the Colonization of Texas, 1822-1833», edición de Louise Kelly y Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 29 (abril de 1929), pp. 311-342.
- PADILLA, JUAN ANTONIO, Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819, en «Texas in 1820», *SHQ* 23 (julio de 1919), pp. 47-60.
- PARKER, WILLIAM B., *Notes Taken during the Expedition Commanded by Captain R. B. Marcy through Unexplored Texas*, Filadelfia, Hayes and Zell, 1856.
- «Petition Addressed by the Illustrious Ayuntamiento of the City of Béxar to the Honorable Legislature of the State: To Make Known the Ills Which Afflict the Towns of Texas and the Grievances They Have Suffered since Their Union with Coahuila», en *Troubles in Texas, 1832: A Tejano Viewpoint from San Antonio*, edición de David J. Weber y Conchita Hassell Winn, Dallas, DeGolyer Library, 1983, pp. 15-32.
- PIKE, ALBERT, *Prose Sketches and Poems*, edición de David J. Weber, College Station, Texas A&M University Press, 1987.
- PIKE, ZEBULON MONTGOMERY, *The Expeditions of Zebulon Montgomery Pike*, edición de Elliott Coues, 2 vols., 1895, reimpresso en Nueva York, Dover, 1987.
- , *The Journals of Zebulon Montgomery Pike*, edición de Donald Jackson, 2 vols., Norman, University of Oklahoma Press, 1966.
- PLUMMER, RACHEL, «Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer, Written by Herself», en *Held Captive by Indians: Selected Narratives, 1642-1836*, edición de Richard VanDerBeets, Knoxville, University of Tennessee Press, 1973, pp. 333-366.
- PONCE DE LEÓN, JOSÉ M., ed., *Reseñas históricas del estado de Chihuahua*, Chihuahua, Imprenta del Gobierno, 1910.
- RIVERA, PEDRO DE, *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en la visita que hizo a los presidios de la Nueva España Septentrional el Brigadier Pedro de Rivera*, edición de Vito Alessio Robles, Ciudad de México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1946.
- ROBERTSON, JAMES ALEXANDER, ed., *Louisiana under the Rule of Spain, France, and the United States, 1785-1807: Social, Economic, and Political Conditions of the Territory represented in the Louisiana Purchase, as portrayed in hitherto unpublished contemporary accounts by Dr. Paul Alliot and various Spanish, French, English, and American Officials*, 2 vols., Cleveland, Arthur H. Clark, 1911.
- RUIZ, JOSÉ FRANCISCO, *Report on Indian Tribes of Texas in 1828*, edición de John C.

- Ewers, New Haven, Yale University Press, 1972.
- RUXTON, GEORGE F., *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains*, Londres, John Murray, 1861.
- SALCEDO, NEMESIO, *Instrucción reservada de don Nemesio Salcedo y Salcedo, comandante general de Provincias Internas a su sucesor*, edición de Isidro Vizcaya Canales, Chihuahua, Centro de Información del Estado de Chihuahua, 1990.
- SÁNCHEZ, JOSÉ MARÍA, «A Trip to Texas in 1828», *SHQ* 29 (abril de 1926), pp. 249-288.
- SHERBURNE, JOHN P., *Through Indian Country to California: John P. Sherburne's Diary of the Whipple Expedition, 1853-1854*, edición de Mary McDougall Gordon, Stanford, Stanford University Press, 1988.
- SIBLEY, JOHN, *A Report from Natchitoches in 1807*, edición de Annie Heloise Abel, Nueva York, Museum of the American Indian, 1922.
- SIMMONS, MARC, ed., *Border Comanches: Seven Spanish Colonial Documents, 1785-1879*, Santa Fe, Stagecoach, 1967.
- SIMPSON, LESLEY BYRD, ed., *San Saba Papers: A Documentary Account of the Founding and Destruction of San Saba Mission, 1959*, reimpresso en Dallas, Southern Methodist University Press, 2000.
- SMITHWICK, NOAH, *The Evolution of a State or Recollections of Old Texas*, Austin, Gammel, 1900.
- STANLEY, HENRY M., «A British Journalist Reports the Medicine Lodge Council of 1867», *Kansas Historical Quarterly* 33 (otoño de 1967), pp. 249-320.
- STOKES M., y M. ARBUCKLE, Diario de las medidas propuestas por M. Stokes, M. Arbuckle y F. W. Armstron, en «The Journal of the Proceedings at Our First Treaty with the Wild Indians, 1835», edición de Grant Foreman, *CO* 14 (diciembre de 1936), pp. 398-418.
- TABEAU, PIERRE ANTOINE, *Tabeau's Narrative of Loisel's Expedition to the Upper Missouri*, edición de Annie Heloise Abel Norman, University of Oklahoma Press, 1939.
- TAMARÓN Y ROMERAL, PEDRO, *Bishop Tamarón's Visitation of New Mexico, 1760*, edición de Eleanor B. Adams, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1954. [Hay trad. cast, parcial: *Libro registro de la segunda visita de Pedro Tamarón y Romeral, obispo de Durango, México, Siglo XXI*, 1997.]
- TATUM, LAWRIE, *Our Red Brothers and the Peace Policy of President Ulysses S. Grant, 1899*, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1970.
- TAYLOR, JOE F., ed., «The Indian Campaign on the Staked Plains, 1874-1875: Military Correspondence from War Department, Adjutant General's Office, File 2.815-1.874», *Panhandle-Plains Historical Review* 34 (1961).
- TAYLOR, VIRGINIA H., ed., *The Letters of Antonio Martínez, The Last Spanish*

- Governor of Texas, 1817-1822*, Austin, Texas State Library, 1957.
- THOMAS, ALFRED BARNABY, ed., *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1696-1727*, Norman, University of Oklahoma Press, 1935.
- , ed., «Documents Bearing upon the Northern Frontier of New Mexico», *NMHR* 4 (abril de 1929), pp. 146-164.
- , ed., *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787*, Norman, University of Oklahoma Press, 1942.
- , ed., «Governor Mendinueta's Proposals for the Defense of New Mexico, 1772-1778», *NMHR* 6 (enero de 1931), pp. 21-39.
- , ed., *The Plains Indians and New Mexico, 1751-1778: A Collection of Documents Illustrative of the History of the Eastern Frontier of New Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1940.
- , ed., «San Carlos: A Comanche Pueblo on the Arkansas River, 1787: A Study in Comanche History and Spanish Indian Policy», *Colorado Magazine* 6 (mayo de 1929), pp. 79-91.
- THWAITES, REUBEN GOLD, ed., *The French Regime in Wisconsin*, Madison, Wisconsin Historical Society, 1908.
- TIXIER, VICTOR, *Tixier's Travels on the Osage Prairies*, edición de John Francis McDermott, Norman, University of Oklahoma Press, 1950.
- TUGGLE, W. O., *Shem, Ham and Japheth: The Papers of W. O. Tuggle Comprising His Indian Diary, Sketches and Observations, Myths and Washington Journal in the Territory and at the Capital, 1879-1882*, edición de Eugene Current-García y Dorothy B. Hatfield, Athens, University of Georgia Press, 1973.
- TWITCHELL, RALPH EMERSON, *The Spanish Archives of New Mexico*, 2 vols., Nueva York, Amo, 1976.
- VÉLEZ DE ESCALANTE, SILVESTRE, *Pageant in the Wilderness: The Story of the Escalante Expedition to the Interior Basin, 1776*, edición de Herbert Eugene Bolton, Salt Lake City, Utah State Historical Society, 1950.
- VIAL, PEDRO y FRANCISCO XAVIER CHAVES, Diario, en «Inside the Comanchería, 1785: The Diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», edición de Elizabeth A. H. John, *SHQ* 88 (julio de 1994), pp. 30-52.
- VIGIL, DONACIANO, *Arms, Indians, and the Mismanagement of New Mexico*, edición de David J. Weber, El Paso, University of Texas at El Paso, 1986.
- VIZCAYA CANALES, ISIDRO, ed., *La invasión de los indios bárbaros al noreste de Mexico en los años de 1840 y 1841*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1968.
- WARD, JOHN, Diario, en «Indian Affairs in New Mexico under the Administration of William Carr Lane», edición de Annie Heloise Abel, *NMHR* 16 (abril de 1941), pp. 328-358.

- WEBB, JOSIAH, *Adventures in the Santa Fe Trade, 1844-1847*, edición de Ralph P. Bieber, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995.
- WHARTON, WILLIAM H., *Texas: A Brief Account of the Origin, Progress and Present State of the Colonial Settlements of Texas; Together with an Exposition of the Causes which have induced the Existing War with Mexico*, 1836, reimpresso en Austin, Pemberton, 1964.
- WHEAT, CARL I., ed., *Mapping the trans-Mississippi West, 1540-1861*, 6 vols., San Francisco, Institute of Historical Cartography, 1957-1963.
- WILLIAMS, AMELIA W. y EUGENE C. BARKER, eds., *The Writing of Sam Houston*, 8 vols., Austin, University of Texas Press, 1938-1943.
- WINFREY, DORMÁN H., y JAMES M. DAY, eds., *The Indian Papers of Texas and the Southwest, 1825-1916*, 5 vols., Austin, Pemberton, 1966.

FUENTES SECUNDARIAS

- ABOITES AGUILAR, LUIS, «Poblamiento y estado en el norte de México, 1830-1835», en *Indio, noción y comunidad en el México del siglo XIX*, edición de Antonio Escobar Ohmstede, Ciudad de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, pp. 303-313.
- ABU-LUGHOD, JANET L., *Before European Hegemony: The World System, A. D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- ADAMS, DAVID B., «Embattled Borderland: Northern Nuevo León and the Indios Bárbaros, 1686-1870», *SHQ* 95 (octubre de 1991), pp. 205-220.
- ADELMAN, JEREMY y STEPHEN ARON, «From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the Peoples in between in North American History», *American Historical Review* 104 (junio de 1999), pp. 814-841.
- AGNEW, BRAD, *Fort Gibson: Terminal on the Trail of Tears*, Norman, University of Oklahoma Press, 1980.
- ALBERS, PATRICIA C., «Symbiosis, Merger, and War: Contrasting Forms of Intertribal Relationship among Historical Plains Indians», en *Political Economy of North American Indians*, edición de John H. Moore, Norman, University of Oklahoma Press, 1993, pp. 93-132.
- ALBERS, PATRICIA y JEANNE KAY, «Sharing the Land: A Study in American Indian Territoriality», en *A Cultural Geography of North American Indians*, edición de Thomas E. Ross y Tyrel G. Moore, Boulder, Westview, 1987, pp. 47-91.
- ALESSIO ROBLES, VITO, *Coahuila y Texas: Desde la consumación de la independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, 2 vols., México, 1946.

- ANDERSON, GARY CLAYTON, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Lundy 1820-1875*, Norman, University of Oklahoma Press, 2005.
- , *The Indian Southwest, 1580-1850: Ethnogenesis and Reinvention*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.
- ANDERSON, H. ALLEN, «The Delaware and Shawnee Indians and the Republic of Texas, 1820-1845», *SHQ* 94 (octubre de 1990), pp. 231-260.
- AQUILA, RICHARD, *The Iroquois Restoration: Iroquois Diplomacy, 1701-1754*, 1983, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1997.
- ARON, STEPHEN, *American Confluence: The Missouri Frontier from Borderland to Border State*, Bloomington, Indiana University Press, 2006.
- AUGUST, JACK, «Balance-of-Power Diplomacy in New Mexico: Governor Fernando de la Concha and the Indian Policy of Conciliation», *NMHR* 56 (primavera 1981), 141-160.
- AXTELL, JAMES, *After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.
- , *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, Nueva York, Oxford University Press, 2001.
- , *The Rise and Fall of the Powhatan Empire: Indians in the Seventeenth-Century Virginia*, Williamsburg, Colonial Williamsburg Foundatio, 1995.
- BAERREIS, DAVID A. y REÍD A. BRYSON, «Historical Climatology of the Southern Plains: A Preliminary Survey», *Oklahoma Anthropological Bulletin* 13 (marzo 1963), pp. 70-75.
- BAILEY, L. R., *Indian Slave Trade in the Southwest*, Los Angeles, Westemlore, 1966.
- BAMFORTH, DOUGLAS B., *Ecology and Human Adaptation on the Great Plains*, Nueva York, Plenum, 1988.
- , «Historical Documents and Bison Ecology on the Great Plains», *Plains Anthropologist* 32 (febrero de 1987), pp. 1-16.
- BANCROFT, HUBERT HOWE, *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888*, San Francisco, History Company, 1889.
- BARFIELD, THOMAS J., *The Perilous Frontier. Nomadic Empires and China*, Cambridge, Basil Blackwell, 1989.
- , «The Shadow Empires: Imperial State Formation along the Chinese-Nomad Frontier», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, edición de Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 10-41.
- BARR, JULIANA, «Beyond Their Control: Spaniards in Native Texas», en *Choice, Persuasion, and Coerció: Social Control on Spain's North American Frontiers*, edición de Jesús F. de la Teja y Ross Frank, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2005, pp. 149-177.
- , «A Diplomacy of Gender: Rituals of First Contact in the "Land of the Tejas"»,

- William and Mary Quarterly* 61 (julio de 2004), pp. 393-434.
- , «From Captives to Slaves: Commodifying Indian Women in the Borderlands», *JAH* 92 (junio de 2005), pp. 19-46.
- BATTEY, THOMAS C., *The Life and Adventures of a Quaker among the Indians*, 1875, reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- BAUER, K. JACK, *The Mexican War*, 1974, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1992.
- BAXTER, JOHN O., *Las Carneradas: Sheep Trade in New Mexico, 1700-1860*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987.
- BELL, JOHN R., *The Journal of Captain John R. Bell, Official Journalist for the Stephen H. Long Expedition to the Rocky Mountains, 1820*, edición de Carlin M. Fuller y LeRoy R. Haven, Glendale, California, Arthur H. Clark, 1957.
- BENES, RONALD J., «Anza and Concha in New Mexico, 1787-1793: A Study in New Colonial Techniques», en *The Spanish Borderlands: A First Reader*, edición de Oakah L. Jones, Los Angeles, Lorrin L. Morrison, 1974, pp. 156-169.
- BETTY, GERALD, *Comanche Society: Before the Reservation*, College Station, Texas A&M University Press, 2002.
- BIEBER, RALPH P., «The Southwestern Trails to California». *Mississippi Valley Historical Review* 12 (diciembre de 1925), pp. 342-375.
- BIESELE, RUDOLPH LEOPOLD, «The Relations between the German Settlers and the Indians in Texas, 1844-1860», *SHQ* 31 (octubre de 1927), pp. 116-129.
- BILLINGTON, RAY ALLEN, *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, 4ª edición, Nueva York, Macmillan, 1974.
- BINNEMA, THEODORE, *Common and Contested Ground: A Human and Environmental History of the Northwestern Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 2001.
- BLACKHAWK, NED, *Violence over the Land: Indians and Empires in the Early American West*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- BLAKESLEE, DONALD J. y ROBERT BLASING, «Indian Trails in the Central Plains», *Plains Anthropologist* 33 (febrero de 1988), pp. 17-25.
- BOBB, BARNARD E., *The Viceregency of Antonio María de Bucareli in New Spain, 1771-1779*, Austin, University of Texas Press, 1962.
- BOLTON, HERBERT E., «Juan Bautista de Anza, Borderlands Frontiersman», en *Bolton and the Spanish Borderlands*, edición de John Francis Bannon, Norman, University of Oklahoma Press, 1964, pp. 281-287.
- BOYD, E., «Troubles at Ojo Caliente, a Frontier Post», *El Palacio* 64 (noviembre de 1957), pp. 347-362.
- BRADLEY, J. PARKER y LARS RODSETH, eds., *Untaming the Frontier in Anthropology, Archaeology, and History*, Tucson, University of Arizona Press, 2005.
- BRICE, DONALY E., *The Great Comanche Raid: Boldest Indian Attack of the Texas*

- Republic*, Austin, Eakin, 1987.
- BROOKS, JAMES F., *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002.
- , «Served Well by Plunder: La Gran Ladronería and Producers of History Astride the Río Grande», *American Quarterly* 52 (marzo de 2000), pp. 23-58.
- , «“This Evil Extends... Especially to the Feminine Sex”: Negotiating Captivity on the New Mexico Borderlands», *Feminist Studies* 22 (verano de 1996), pp. 279-309.
- BROWN, DEE, *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*, 1970, reimpresso en Londres, Vintage, 1991.
- BROWN, WILLIAM R., hijo, «Comanchería Demography, 1805-1830», *Panhandle-Plains Historical review* 59 (1986), pp. 1-17.
- BRUGGE, DAVID M., *Navajos in the Catholic Church Records of New Mexico, 1694-1875*, Tsale, Arizona, Navajo Community College Press, 1985.
- BUGBEE, LESTER G., «The Texas Frontier, 1820-1825», *Publications of the Southern History Association* 4 (marzo de 1900), pp. 102-121.
- CALLOWAY, COLÍN G., *New Worlds for AU: Indians, Europeans, and the Remaking of Early America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997.
- , *One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2003.
- , «Snake Frontiers: The Eastern Shoshones in the Eighteenth Century», *Annals of Wyoming* 63 (verano de 1991), pp. 82-92.
- CAMPBELL, RANDOLPH B., *Gone to Texas: A History of the Lone Star State*, Nueva York, Oxford University Press, 2003.
- CANTRELL, GREGG, *Stephen F. Austin, Empresario of Texas*, New Haven, Yale University Press, 1999.
- CASHION, TY, *A Texas Frontier: The Clear Fork Country and Fort Griffin, 1849-188y*, Norman, University of Oklahoma Press, 1996.
- CASTAÑEDA, CARLOS E., *Our Catholic Heritage in Texas, 1519-1936*, 7 vols., Austin, Von Boeckmann-Jones, 1936-1958.
- CAYTON, ANDREW R. L. y FREDIKA J. TEUTE, eds., *Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, 1750-1830*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1998.
- CHACÓN, RAFAEL, *Legacy of Honor: The Life of Rafael Chacón, a Nineteenth-Century New Mexican*, edición de Jacqueline Dorgan Meketa, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.
- CHÁVES, ANGÉLICO, *Origins of New Mexico Families: A Genealogy of the Spanish Colonial Period*, 1954, reimpresso en Santa Fe, Museum of New Mexico Press,

1992.

- CLARK, W. P., *The Indian Sign Language*, Filadelfia, L. R. Hamersley, 1885.
- CLIFT, W. H., «Warren's Trading Post», *CO 2* (junio de 1924), pp. 129-140.
- COLLIER, JANE FISHBURNE, *Marriage and Inequality in Classless Societies*, Stanford, Stanford University Press, 1988.
- COMER, DOUGLAS C., *Ritual Ground: Bent's Old Ford, World Formation, and the Annexation of the Southwest*, Berkeley, University of California Press, 1996.
- CORDAIN, LOREN, y otros, «Plant-Animal Subsistence Ratios and Macronutrient Energy Estimations in Worldwide Hunter Gatherer diets», *American Journal of Clinical Nutrition* 71 (marzo de 2000), pp. 682-692.
- CORWIN, HUGH D., *Comanche and Kiowa Captives in Oklahoma and Texas*, Lawton, Oklahoma, Cooperative, 1959.
- CRISP, JAMES E., *Sleuthing the Alamo: Davy Crockett's Last Stance and Other Mysteries of the Texas Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 2004.
- CRONON, WILLIAM, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York, W. W. Norton, 1991.
- CRONON, WILLIAM, GEORGE MILES y JAY GITLIN, «Becoming West: Toward a New Meaning for Western History», en *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past*, edición de William Cronon, George Miles y Jay Gitlin, Nueva York, W. W. Norton, 1992, pp. 3-27.
- CRONON, WILLIAM y RICHARD WHITE, «Indians in the Land: A Conversation between William Cronon and Richard White», *American Heritage* 37 (agosto-septiembre de 1986), pp. 18-25.
- CROSBY, ALFRED, *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. [Hay trad. cast.: *Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa, 900-1990*, traducción de Montserrat Iniesta, Barcelona, Crítica, 1988.]
- D'ALTROY, TERENCE N., «Empires in a Wider World», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, edición de Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 125-127.
- DELAY, BRIAN, «Independent Indians and the U. S. -Mexican War», *American Historical Review* 112 (febrero de 2007), pp. 35-68.
- DELORIA, VINE, hijo, *We Talk, You Listen: New Tribes, New Turf* Nueva York, Macmillan, 1970.
- DEMALLIE, RAYMOND J., ed., *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001.
- DENNIS, MATTHEW, *Cultivating a Landscape of Peace: Iroquois-European Encounters in Seventeenth-Century America*, Ithaca, Cornell University Press, 1993.

- DIN, GILBERT C., «The Spanish Fort on the Arkansas, 1763-1803», *Arkansas Historical Quarterly* 42 (otoño de 1983), pp. 270-293.
- DOBAK, WILLIAM A., «Killing the Canadian Buffalo: 1821-1881», *Western Historical Quarterly* 27 (primavera de 1996), pp. 33-52.
- DOWD, GREGORY EVANS, «“Insidious Friends”: Gift Giving and the Cherokee-British Alliance in the Seven Year’s War», en *Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, 1750-1830*, edición de Andrew R. L. Cayton y Fredrika J. Teute, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1998, pp. 114-150.
- , *A Spirited Resistance: The North American Indian Struggle for Unity, 1745-1815*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.
- , *War under Heaven: Pontiac, the Indian Nations and the British Empire*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2002.
- DUNN, WILLIAM EDWARD, «Apache Relations in Texas, 1718-1750», *Texas State Historical Association Quarterly* 14 (enero de 1911), pp. 198-269.
- DUNN-CHASE, CHRISTOPHER y THOMAS D. HALL, *Rise and Demise: Comparing World-Systems*, Boulder, Westview, 1997.
- DUVAL, KATHLEEN, *The Native Ground: Indians and Colonists in the Heart of the Continent*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006.
- ELLIOTT, J. H., *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830*, New Haven, Yale University Press, 1990. [Hay trad, cast.: *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*, traducción de Marta Balcells, Madrid, Taurus, 2006.]
- EVERETT, DIANNA, *The Texas Cherokees: A People between Two Fires, 1819-1840*, Norman, University of Oklahoma Press, 1990.
- EWERS, JOHN C., *The Horse in Blackfoot Indian Culture: With Comparative Material from Other Western Tribes*, Bureau of American Ethnological Bulletin 159, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1955.
- , *Indian Life on the Upper Missouri*, 1954, reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- , «The Influence of Epidemics on the Indian Populations and Cultures of Texas», *Plains Anthropologist* 18 (mayo de 1973), pp. 104-115.
- FARAGHER, JOHN MACK, «Americans, Mexicans, and Métis», en *Under an Open Sky: Rethinking America’s Western Past*, edición de William Cronon, George Miles y Jay Gitlin, Nueva York, W. W Norton, 1992, pp. 90-109.
- FAULK, ODIE B., «The Comanche Invasion of Texas, 1743-1836», *Great Plains Journal* 9 (otoño de 1969), pp. 10-50.
- FEHRENBACH, T. R., *Comanches: The Destruction of a People*, Nueva York, Da Capo, 1974.

- , *Lone Star: A History of Texas and Texans*, 1968, reimpresso en Nueva York, Collier, 1980.
- FENN, ELIZABETH A., *Pax Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775-1782*, Nueva York, Hill and Wang, 2001.
- FERGUSON, NIALL, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire*, Londres, Penguin, 2004. [Hay trad, cast.: *Coloso: auge y decadencia del imperio americano*, traducción de Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Debate, 2005.]
- FERNANDEZ-ARMESTO, FELIPE, *The Americas: The History of the Hemisphere*, Londres, Phoenix, 2004. [Hay trad, cast.: *Las Américas*, traducción de Juan Manuel Ibeas, Madrid, Debate, 2004.]
- FLETCHER, ALICE C. y FRANCIS LA FLESCHE, *The Omaha Tribe*, Bureau of American Ethnology Bulletin 27, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1905-1906.
- FLORES, DAN, «Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850», *JAH* 78 (septiembre de 1991), pp. 465-485.
- , *Caprock Canyons: Journeys into the Heart of the Southern Plains*, Austin, University of Texas Press, 1990.
- , *Horizontal Yellow: Nature and History in the Near Southwest*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999.
- , *tA., Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810*, College Station, Texas A&M University Press, 1985.
- , *The Natural West: Environmental History of the Great Plains and Rocky Mountains*, Norman, University of Oklahoma Press, 2001.
- FOREMAN, GRANT, *Advancing the Frontier, 1830-1860*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
- , *Pioneer Days in the Southwest*, 1926, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1994.
- , «The Texas Comanche Treaty of 1846», *SHQ* 51 (abril de 1948), pp. 313-332.
- FOSTER, MORRIS W., *Being Comanche: A Social History of an American Indian Community*, Tucson, University of Arizona Press, 1991.
- FOSTER, MORRIS W. y MARTHA MCCOLLOUGH, «Plains Apache», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, pt. 2, 2 partes, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001, pp. 926-940.
- FRANK, ANDRE GUNDER y BARRY K. GILLIS, eds., *The World System: Five Hundred Years of Five Thousand?*, Londres, Routledge, 1994.
- FRANK, ROSS, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820*, Berkeley, University of California Press, 2000.
- FRIEDMAN, PAUL D., *Final Report of History and Oral History Studies of the Fort Carson Piñón Canyon Maneuver Area, Las Animas County, Colorado*, Denver,

- Colorado State Office, Bureau of Land Management, 1985.
- GALLAY, ALAN, *The Indian Slave Trade: The Rise of the English Empire in the American South, 1670-1717*, New Haven, Yale University Press, 2002.
- GARRETT, JULIA KATHRYN, *Green Flag over Texas: A Story of the Last Years of Spain in Texas*, Nueva York, Cordova, 1939.
- GELO, DANIEL J., «“Comanche Land and Ever Has Been”: A Native Geography of the Nineteenth-Century Comanchería», *SHQ* 103 (enero de 2000), pp. 272-307.
- GIBSON, ARRELL MORGAN, *The West in the Life of the Nation*, Lexington, Massachusetts, D. C. Heath, 1976.
- GLADWIN, THOMAS, «Comanche Kin Behavior», *American Anthropologist* 50 (enero-marzo de 1948), pp. 73-94.
- GOSS, JAMES A., «The Yamparika-Shoshones, Comanches, or Utes, or Does it Matter?», en *Julian Stewart and the Great Basin: The Making of an Anthropologist*, edición de Richard O. Clemmer, L. Daniel Myers y Mary Elizabeth Rudden, Salt Lake City, University of Utah Press, 1999, pp. 74-84.
- GREENLEAF, RICHARD E., «The Nueva Vizcaya Frontier, 1787-89», en *The Spanish Borderlands: A First Reader*, edición de Oakah L. Jones, Los Angeles, Lorrin L. Morrison, 1974, pp. 144-145.
- GREISER, SALLY T., «Late Prehistoric Cultures on the Montana Plains», en *Plains Indians, A. D. 150-1550: The Archaeological Past of Historic Groups*, edición de Karl H. Schlesier, Norman, University of Oklahoma Press, 1994, pp. 34-55.
- GRIFFEN, WILLIAM B., *Utmost Good Faith: Patterns of Apache-Mexican Hostilities in Northern Chihuahua Border Warfare, 1821-1848*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988.
- GRINNELL, GEORGE BIRD, *The Fighting Cheyennes*, Norman, University of Oklahoma Press, 1915.
- GUMP, JAMES O., *The Dust Rose Like Smoke: The Subjugation of the Zulu and the Sioux*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994.
- GUNNERSON, DOLORES A., *The Jicarilla Apaches: A Study in Cultural Survival*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1974.
- GUNNERSON, JAMES H., «Plains Village Tradition: Western Periphery», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, parte 1, 2 partes, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001, pp. 234-244.
- GUTIÉRREZ, RAMÓN A., *When Jesus Came, the Com Mothers Went Away: Marriage, Sexuality, and Power in New Mexico, 1500-1846*, Stanford, Stanford University Press, 1991. [Hay trad. cast.: *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron: matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*, traducción de Julio Colón Gómez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.]

- HAGAN, WILLIAM T., *Quanah Parker, Comanche Chief*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
- , *United States-Comanche Relations: The Reservation Years*, 1976, reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1990.
- HAGGARD, VILLASANA, «The Neutral Ground between Louisiana and Texas, 1806-1821», *Louisiana Historical Quarterly* 28 (octubre de 1945), pp. 1.001-1.028.
- HALEY, J. EVETTS, «The Comanchero Trade», *SHQ* 38 (enero de 1935), pp. 157-176.
- HALEY, JAMES L., *The Buffalo War*, 1976, reimpresso en Austin, State House, 1998.
- HALL, THOMAS D., «The Río de la Plata and the Greater Southwest», en *Contested Ground: Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, edición de Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan, Tucson, University of Arizona Press, 1998, pp. 150-166.
- , «Role of Nomads in Core-Periphery Relations», en *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, edición de Christopher Chase-Dunn y Thomas D. Hall, Boulder, Westview, 1991, pp. 212-239.
- , *Social Change in the Southwest, 1350-1880*, Lawrence, University Press of Kansas, 1989.
- HÄMÄLÄINEN, PEKKA, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 833-862.
- , «The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System», *Western Historical Quarterly* 29 (invierno de 1998), pp. 485-513.
- HAMELL, GEORGE R., «Strawberries, Floating Islands, and Rabbit Captains: Mythical Realities and European Contact in the Northeast during the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Journal of Canadian Studies* 21 (invierno de 1987), pp. 72-94.
- HARDIN, STEPHEN L., «Efficient in the Cause», en *Tejano Journey*, edición de Gerald E. Poyo, Austin, University of Texas Press, 1996, pp. 49-71.
- HARPER, ELIZABETH ANN, «The Taovayas Indians in Frontier Trade and Diplomacy, 1719-1768», *CO* 31 (otoño de 1953), pp. 268-289.
- HARRIS, LADONNA, STEPHEN M. SACHS y BENJAMIN J. BROOME, «Wisdom of the People: Potential and Pitfalls in Efforts by the Comanches to Recreate Traditional Ways of Building Consensus», *American Indian Quarterly* 25 (invierno de 2001), pp. 114-134.
- HASKELL, LORING, *Southern Athapaskan Migration, A. D. 200-1750*, Tsaile, Arizona, Navajo Community College Press, 1987.
- HATLEY, TOM, *The Dividing Paths: Cherokees and South Carolinians through the Era of Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1993.
- HENDRICKS, RICK y JOHN P. WILSON, eds., *The Navajos in 1705: Roque Madrid's Campaign Journal*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996.
- HICKERSON, DANIEL A., «Historical Processes, Epidemic Disease, and the Formation

- of the Hasinai Confederacy», *Ethnohistory* 44 (invierno de 1997)» pp. 31-52.
- HICKERSON, NANCY p., «Ethnogenesis in the South Plains: Jumano to Kiowa? », en *History, Power, and Identity: Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, edición de Jonathan D. Hill, Iowa City, University of Iowa Press, 1996, pp. 70-89.
- , *The Jumanos: Hunters and Traders of the South Plains*, Austin, University of Texas Press, 1994.
- HIJIYA, JAMES A., «Why the West Is Lost», *William and Mary Quarterly* 51 (abril de 1994), pp. 276-292.
- HIMMEL, KELLY F., *The Conquest of the Karankawas and Tonkawas, 1821-1859*, College Station, Texas A&M University Press, 1999.
- HINDERAKER, ERIC, *Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1673-1800*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.
- HINE, ROBERT V. y JOHN MACK FARAGHER, *The American West: A New Interpretive History*, New Haven, Yale University Press, 2000.
- HINOJOSA, GILBERTO MIGUEL A., *A Borderlands Town in Transition: Laredo, 1755-1870*, College Station, Texas A&M University Press, 1983.
- HOEBEL, E. ADAMSON, *the Law of Primitive Man: A Study in Comparative Legal Dynamics*, Cambridge, Harvard University Press, 1954.
- , *The Political Organization and Law-Ways of the Comanche Indians*, American Anthropological Association Memoir 54, Menasha, Wisconsin, American Anthropological Association, 1940.
- HOLLON, W. EUGENE, *The Southwest: Old and New*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1961.
- HOWREN, ALONE, «Causes and Origin of the Decree of April 6, 1830», *SHQ* 16 (abril de 1913), pp. 378-422.
- HOXIE, FREDERICK, «Ethnohistory for a Tribal World», *Ethnohistory* 44 (otoño de 1997), pp. 603-612.
- , «The Problem of Indian History», *Social Science Journal* 25 (1988), pp. 389-399.
- HUNTER, J. MARVIN, *The Boy Captives: Live among the Indians*, 1927, reimpresso en Nueva York, Garland, 1977.
- HYDE, GEORGE E., *Indians of the High Plains: From the Prehistoric Period to the Coming of Europeans*, Norman, University of Oklahoma Press, 1959.
- , *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville, Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- HYSLOP, STEPHEN G., *Bound for Santa Fe: The Road to New Mexico and the American Conquest, 1806-1848*, Norman, University of Oklahoma Press, 2002.
- IRONS, WILLIAM, «Political Stratification among Pastoral Nomads», en *Pastoral Production and Society*, edición de L'équipe écologie et anthropologie des

- sociétés pastorales, Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pp. 221-234.
- IRWIN, J. E., *Photographs of Kiowa and Comanche Indians*, Chickasha, Territorio Indio, Irwin, h. 1898.
- ISENBERG, ANDREW C., *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- JABLOW, JOSEPH, *The Cheyenne in Plains Indian Trade Relations, 1795-1840*, Monographs of the American Ethnological Society 19, Nueva York, J. J. Augustin, 1951.
- JACKSON, JACK, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821*, College Station, Texas A&M University Press, 1986.
- JENKINS, JOHN H. y KENNETH KESSELUS, *Edward Burleson, Texas Frontier Leader*, Austin, Jenkins, 1990.
- JENNINGS, FRANCIS, *The Ambiguous Iroquois Empire: The Covenant Chain Confederation of Indian Tribes with English Colonies*, Nueva York, W. W. Norton, 1984.
- , *The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Institute of Early American History and Culture at Williamsburg, 1975.
- JOHN, ELIZABETH A. H., «Documentary Evidence and Historical Context Bearing upon Possible Explanations of a Brief, Specialized Settlement on the Eastern Plains of New Mexico», en *Investigations at Sites 48 and 77, Santa Rosa Lake, Guadalupe county, New Mexico: An Inquiry into the Nature of Archaeological Reality*, edición de Frances Levine y Joseph C. Winter, Albuquerque, Office of Contract Archeology, University of New Mexico, 1987, pp. 539-549.
- , «An Earlier Chapter of Kiowa History», *NMHR* 60 (octubre de 1985), pp. 379-397.
- , «Nurturing the Peace: Spanish and Comanche Cooperation in the Early Nineteenth Century», *NMHR* 59 (octubre de 1984), pp. 345-369.
- , *Storms Brewed in Other Men's Worlds: The Confrontation of Indians, Spanish, and French in the Southwest, 1640-1795*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975.
- JOHNSTON, WILLIAM PRESTON, *The Life of Albert Sidney Johnson, Embracing His Services in the Armies of the United States, the Republic of Texas, and Confederate States*, Nueva York, D. Appleton, 1878.
- JONES, JONATHAN H., *A Condensed History of the Apache and Comanche Indian Tribes for Amusements and General Knowledge: Prepared from the General Conversation of Herman Lehmann, Willie Lehmann, Mrs. Mina Keyser, Mrs. A. J. Buckmeyer and Others*, San Antonio, Johnson Brothers, 1899.
- JONES, OAKAH L., hijo, *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of*

- New Spain*, Norman, University of Oklahoma Press, 1979.
- , «Rescue and Ransom of Spanish Captives from the *indios bárbaros* on the Northern Frontier of New Spain», *Colonial Latin American Historical Review* 4 (primavera de 1995), pp. 129-148.
- JORDAN, TERRY G., *German Seed in Texas Soil: Immigrant Farmers in Nineteenth-Century Texas*, Austin, University of Texas Press, 1966.
- , *North American Cattle-Ranching Frontiers: Origins, Diffusion, and Differentiation*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993.
- KAVANAGH, THOMAS W., «Comanche», en *Encyclopedia of North American Indians: Native American History, Culture, and Life from Paleo-Indians to the Present*, edición de Frederick E. Hoxie, Boston, Houghton Mifflin, 1996, pp. 131-132.
- , «Comanche», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, parte 2, 2 partes, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001, pp. 886-906.
- , *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1996.
- , «Los Comanches: Pieces of an Historic, Folkloric Detective Story, Part I», *NMHR* 81 (invierno de 2006), pp. 1-37.
- KEHOE, ALICE BECK, *America before European Invasions*, Londres, Longman, 2002.
- KENMOTSU, NANCY A., THIMOTHY K. PERTTULA, PATRICIA MERCADO-ALLINGER, THOMAS R. HESTER, JAMES E. BRUSETH, SERGIO IRUEGAS Y CURTIS TUNNELL, «Medicine Mounds Ranch: The Identification of a Possible Comanche Traditional Cultural Property in the Rolling Plains of Texas», *Plains Anthropologist* 40 (1995), pp. 237-250.
- KENNER, CHARLES L., *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican-Plains Indian Relations*, 1969, reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994.
- KESSELL, JOHN L., *Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840*, Washington, D. C., National Park Service, 1979.
- KHAZANOV, ANATOLY M., *Nomads and the Outside World*, 1983, reimpresso en Madison, University of Wisconsin Press, 1994.
- KICZA, JOHN E., «Patterns in Early Spanish Overseas Expansion», *William and Mary Quarterly* 49 (abril de 1992), pp. 229-253.
- KRADIN, NIKOLAY N., «Nomadism, Evolution, and World-Systems: Pastoral Societies in Theories of Historical Development», *Journal of World-Systems Research* 8 (otoño de 2002), pp. 368-388.
- KRECH, SHEPARD, III, *The Ecological Indian: Myth and History*, Nueva York, W. W. Norton, 1999.
- LAMAR, HOWARD ROBERTS, *The Far Southwest, 1846-1912: A Territorial History*, New Haven, Yale University Press, 1966.

- LAVERE, DAVID, *Contrary Neighbors: Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory*, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.
- , «Friendly Persuasions: Gifts and Reciprocity in Comanche-Euroamerican Relations», *CO 71* (otoño de 1993), pp. 322-337.
- LECKIE, WILLIAM H., «The Red River War: 1874-1875», *Panhandle-Plains Historical Review* 29 (1956), pp. 78-100.
- LECOMPTE, JANET, «Bent, St. Vrain, and Company among the Comanche and Kiowa», *Colorado Magazine* 49 (1972), pp. 273-293.
- LEPORE, JILL, *The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity*, Nueva York, Vintage, 1998.
- LEVINE, FRANCÉS, «Economic Perspectives on the Comanchero Trade», en *Farmers, Hunters, and Colonists: Interaction between the Southwest and the Southern Plains*, edición de Katherin A. Spielmann, Tucson, University of Arizona Press, 1991, pp. 155-169.
- , «Historical Settlement Patterns and Land-Use Practices on the Pecos Frontier», en *Investigations at Sites 48 and 77, Santa Rosa Lake, Guadalupe County, New Mexico: An Inquiry into the Nature of Archeological Reality*, edición de Frances Levine y Joseph C. Winter, Albuquerque, Office of Contract Archeology, University of New Mexico, 1987, pp. 551-575.
- LEVINE, FRANCES y MARTHA DOTY FREEMAN, *A Study of Documentary and Archaeological Evidence for Comanchero Activity in the Texas Panhandle*, Austin, Texas Historical Commission, 1982.
- LEVINE, FRANCÉS y ANNA LABAUVE, «Examining the Complexity of Historical Population Decline: A Case Study of Pecos Pueblo, New Mexico», *Etbnohistory* 44 (invierno de 1997), pp. 75-112.
- LIMERICK, PATRICIA NELSON, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West*, Nueva York, W. W. Norton, 1997.
- LINDHEIM, MILTON, *The Republic of the Rio Grande: Texans in Mexico, 1839-1840*, Waco, Texas, W. M. Morrison, 1964.
- LINTON, RALPH, «The Comanche Sun Dance», *American Anthropologist* 37 (julio-septiembre de 1935), pp. 429-428.
- , *The Study of Man: An Introduction*, Nueva York, D. Appleton, 1936.
- LOOMIS, NOEL M. y ABRAHAM P. NASATIR, *Pedro Vial and the Roads to Santa Fe*, Norman, University of Oklahoma Press, 1967.
- LUMMIS, CHARLES L., *A New Mexico David and Other Stories and Sketches of the Southwest*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1891.
- MAGNAGHI, RUSSELL M., «The Genízaro Experiment in Spanish New Mexico», en *Spain and the Plains: Myths and Realities of Spanish Exploration and Settlement on the Great Plains*, edición de Ralph H. Vigil, Frances W. Kaye y John R. Wunder, Niwot, University Press of Colorado, 1994.

- MAIER, CHARLES S., *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- MANCALL, PETER C., *Deadly Medicine: Indians and Alcohol in Early America*, Ithaca, Cornell University Press, 1995.
- MANN, MICHAEL, *The Sources of Social Power*, vol. I, *A History of Power from the Beginning to A. D. 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. [Hay trad, cast.: *Las fuentes del poder social*, vol. 1: *Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.*, traducción de Fernando Santos Fontenla, Madrid, Alianza, 1991.]
- MAREZ, CURTÍS, «Signifying Spain, Becoming Comanche, Making Mexicans: Indian Captivity and the History of Chicana/o Performance», *American Quarterly* 53 (junio de 2001), pp. 267-307.
- MARKER, SHERRY, *Plains Indian Wars*, 2ª edición, Nueva York, Facts on File, 2003.
- MARSHALL, DOYLE, «Red-Haired “Indian” Raiders on the Texas Frontier», *West Texas Historical Association Year Book* 61 (1985), pp. 88-105.
- MARTIN, CALVIN, ed., *The American Indian and the Problem of History*, Nueva York, Oxford University Press, 1987.
- MCCARTHY, CORMAC, *Blood Meridian: Or, the Evening Redness in the West*, Nueva York, Random House, 1985. [Hay trad, cast.: *Meridiano de Sangre*, traducción de Luis Murillo Fort, Madrid, Debate, 2001.]
- MCCOLLOUGH, MARTHA, *Three Nations, One Place: A Comparative Ethnohistory of Social Change among the Comanches and Hasinai during Spain's Colonial Era, 1689-1821*, Nueva York, Routledge, 2004.
- MCHUGH, TOM, *The Time of the Buffalo*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1972.
- MCNITT, FRANK, *Navajo Wars: Military Campaigns, Slave Raids, and Reprisals*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1972.
- MEADOWS, WILLIAM C., *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies: Enduring Veterans, 1800 to the Present*, Austin, University of Texas Press, 1999.
- MEED, DOUGLAS V., *The Mexican War, 1846-1848*, Nueva York, Routledge, 2003.
- MEINIG, D. W., *The Shaping of America: A Geographic Perspective on 500 Years of History*, vol. 1, *Atlantic America, 1492-1800*, New Haven, Yale University Press, 1986.
- , *The Shaping of America: A Geographic Perspective on 500 Years of History*, vol. 3, *Transcontinental America, 1850-1915*, New Haven, Yale University Press, 1998.
- MEREDITH, HOWARD, *Dancing on Common Ground: Tribal Cultures and Alliances on the Southern Plains*, Lawrence, University Press of Kansas, 1995.
- MERRELL, JAMES H., *The Indians' New World: Catawahas and Their Neighbors from European Contact to the Era of Removal*, Chapel Hill, University of North

- Carolina Press, 1989.
- , *Into the American Woods: Negotiators on the Pennsylvania Frontier*, Nueva York, W. W. Norton, 1999.
- , «Shamokin, “the very seat of the Prince of Darkness”»: Unsettling the Early American Frontier», en *Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, 1750-1830*, edición de Andrew R. L. Cayton y Fredrika J. Teute, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1998, pp. 16-59.
- MERRIT, JANE T., *At the Crossroads: Indians and Empires on a Mid-Atlantic Frontier, 1700-1763*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2003.
- MILLER, EDWARD L., *New Orleans and the Texas Revolution*, College Station, Texas A&M University Press, 2004.
- MILLER, SUSAN, *Coacoochee's Bones: A Seminole Saga*, Lawrence, University of Kansas Press, 2003.
- , «Those Homelands That You Call the Louisiana Purchase», en *The Louisiana Purchase and Its Peoples: Perspectives from the New Orleans Conference*, edición de Paul E. Hoffman, Lafayette, Louisiana Historical Association and the Center for Louisiana History, 2004, pp. 75-87.
- MILLOY, JOHN S., *The Plains Cree: Trade, Diplomacy, and War, 1790 to 1870*, Winnipeg, University of Manitoba Press, 1988.
- MOONEY, JAMES, *Calendar History of the Kiowa Indians*, 1898, reimpresso en Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1979.
- MOORE, JOHN H., *The Cheyenne Nation: A Social and Demographic History*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1987.
- , «The Dynamics of Scale in Plains Ethnohistory», *Papers in Anthropology* 23: 2 (1982), pp. 225-246.
- MOORHEAD, MAX L., *The Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791*, Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- , *New Mexico's Royal Road: Trade and Travel on the Chihuahua Trail*, Norman, University of Oklahoma Press, 1958.
- , *The Presidio: Bastion of the Spanish Borderlands*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975.
- MORA-TORRES, JUAN, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo León, 1848-1910*, Austin, University of Texas Press, 2001.
- MORGENTHAUER, JEFFERSON, *The River Has Never Divided Us: A Border History of La Junta de los Rios*, Austin, University of Texas Press, 2004.
- MORRIS, JOHN MILLER, *El Llano Estacado: Exploration and Imagination of the High*

- Plains of Texas and New Mexico, 1513-1860*, Austin, Texas State Historical Association, 1997.
- MORTON, OHLAND, *Term and Texas: A Chapter in Texas-Mexican Relations*, Austin, Texas Historical Association, 1948.
- MUCKLEROY, ANNA, «The Indian Policy of the Republic of Texas», *SHQ* 25 (enero de 1923), pp. 184-206.
- MULROY, KEVIN, *Freedom on the Border: The Seminole Maroons in Florida, the Indian Territory, Coahuila, and Texas*, Lubbock, Texas Tech University Press, 1993.
- NANCE, JOSEPH MILTON, *After San Jacinto: The Texas-Mexican Frontier, 1836-1841*, Austin, University of Texas Press, 1963.
- NEWCOMB, W. W., hijo, *The Indians of Texas: From Prehistoric To Modern Times*, Austin, University of Texas Press, 1961.
- NEWLIN, DEBORAH LAMONT, *The Tonkawa People: A Tribal History from the Earliest Times to 1893*, Lubbock, West Texas Museum Association, 1982.
- NOSTRAND, RICHARD L., *The Hispano Homeland*, Norman, University of Oklahoma Press, 1996.
- OBERSTE, WILLIAM H., *History of Refugio Mission*, Refugio, Texas, Refugio Timely Remarks, 1942.
- OPLER, MARVIN K., «The Origins of Comanche and Ute», *American Anthropologist* 45 (enero-marzo de 1943), pp. 155-158.
- , «The Southern Ute of Colorado», en *Acculturation in Seven American Indian Tribes*, edición de Ralph Linton, Nueva York, D. Appleton-Century, 1940, pp. 119-203.
- OPLER, MORRIS E., «Lipán Apache», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, parte 2, pp. 941-952. 2 partes, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001.
- OROZCO, VÍCTOR, comp., *Las Guerras indias en la historia de Chihuahua: Antología*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992.
- PACHECO, ROJAS, JOSÉ DE LA CRUZ, «Durango entre dos guerras, 1846-1847», en *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, compilación de Josefina Zoraida Vázquez, Ciudad de México, El Colegio de México, Secretaría de Relaciones Exteriores y Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 189-212.
- PARKS, DOUGLAS R., «Enigmatic Groups», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, parte 2, pp. 965-973, 2 partes, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001.
- PATTERSON, ORLANDO, *Slavery and Social Death*, Cambridge, Harvard University Press, 1982.
- PEREGRINE, PETER N. y GARY M. FEINMAN, eds., *Pre-Columbian World-Systems*,

- Madison, Wisconsin, Prehistory, 1996.
- POYO, GERALD E. y GILBERTO M. HINOJOSA, «Spanish Texas and Borderlands Historiography in Transition: Implications for United States History», *JAH* 75 (septiembre de 1988), pp. 393-416.
- PRITCHARD, JAMES, *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1750*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004.
- PRUCHA, FRANCIS PAUL, *The Great Father: The United States Government and the American Indians*, 2 vols., Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.
- RAMOS, RAÚL, «Finding the Balance: Bexar in the Mexican/Indian Relations», en *Continental Crossroads: Remapping U. S. -Mexico Borderlands History*, edición de Samuel Truett Young, Durham, Duke University Press, 2004, pp. 35-65.
- RAY, ARTHUR J. y DONALD FREEMAN, *Give Us Good Measure: An Economic Analysis of Relations between the Indians and the Hudson's Bay Company before 1763*, Toronto, University of Toronto Press, 1978.
- REDDY, WILLIAM M., *The Navigation of Feeling: A Framework for a History of Emotions*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.
- REHER, CHARLES A., «Adaptive Process on the Shortgrass Plains», en *For Theory Building in Archaeology*, edición de Lewis R. Binford, Nueva York, Academic, 1977, pp. 13-40.
- REHER, CHARLES A. y GEORGE C. FRISON, «The Vore Site, 48CK302, A Stratified Buffalo Jump in the Wyoming Black Hills», *Plains Anthropologist* 25, Memoir 16 (1980).
- REÍD, SAMUEL CHESTER, *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Ranger*, Filadelfia, Keystone, 1890.
- RESÉNDEZ, ANDRÉS, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850*, Nueva York, Cambridge University Press, 2005.
- RHODE, DAVID y DAVID B. MADSEN, «Where Are We?», en *Across the West: Human Population Movement and the Expansion of the Numa*, edición de David B. Madsen y David Rhode, Salt Lake City, University of Utah Press, 1994, pp. 213-222.
- RICHARDSON, RUPERT NORVAL, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier*, Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933.
- RICHTER, DANIEL K., *Facing East from Indian Country: A Native History of Early America*, Cambridge, Harvard University Press, 2001.
- , *The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1992.
- , «Whose Indian History?», *William and Mary Quarterly* 50 (abril de 1993). pp.

379-393.

- RIPFY J. FRED, «The Indians of the Southwest in the Diplomacy of the United States and Mexico, 1848-1853», *Hispanic American Historical Review* 2 (febrero de 1919), pp. 363-396.
- RISTER, CARL COKE, *Border Captives: The Traffic in Prisoners by Southern Plains Indians, 1835-1875*, Norman University of Oklahoma Press, 1940.
- , «Federal Experiment in Southern Plains Indian Relations, 1835-1845», *CO* 14 (diciembre de 1936), pp. 435-455.
- ROBINSON, LILA WISTRAND y JAMES ARMAGOST, *Comanche Dictionary and Grammar*, Arlington, University of Texas at Arlington, 1990.
- RODRÍGUEZ, MARTHA, *La guerra entre bárbaros y civilizados: el exterminio del nómada en Coahuila, 1840-1880*, Saltillo, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos, 1998.
- , *Historias de resistencia y exterminio: los indios de Coahuila durante el siglo XIX*, Tlalpan, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995.
- «Los tratados de paz en la guerra entre “bárbaros” y “civilizados” (Coahuila 1840-1880)», *Historia y Grafío* 10 (enero-junio de 1998), pp. 67-90.
- ROE, FRANK GILBERT, *The North American Buffalo: A Critical Study of the Species in Its Wild State*, Toronto, University of Toronto Press, 1970.
- ROLLINGS, WILLARD H., *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains*, Columbia, University of Missouri Press, 1992.
- SAHLINS, MARSHALL, *Islands of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1985. [Hay trad. cast.: *bias de historia: La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*, traducción de Beatriz López, Barcelona, Gedisa, 1997, 3ª ed., p. 10.]
- SALISBURY, NEIL, «The Indians' New World: Native Americans and the Coming of Europeans», *William and Mary Quarterly* 53 (julio de 1996), pp. 453-458.
- , *Manitou and Providence: Indians, Europeans, and the Making of New England, 1500-1643*, Nueva York, Oxford University Press, 1982.
- SCHILZ, THOMAS F. y JODYE L. D. Schilz, «Beads, Bangles, and Buffalo Robes: The Rise and Fall of the Indian Fur Trade along the Missouri and Des Moines Rivers, 1700-1820», *Annals of Iowa* 49 (verano/otoño de 1987), pp. 4-25.
- SCHLESIER, KARL H., «Commentary: A History of Ethnic Groups in the Great Plains, A. D. 1501-1550», en *Plains Indians, A. D. 150-1550: The Archaeological Past of Historic Groups*, edición de Karl H. Schlesier, Norman, University of Oklahoma Press, 1994, pp. 308-381.
- SECOY, FRANK RAYMOND, *Changing Military Patterns on the Great Plains*, Monographs of the American Ethnological Society 21, Nueva York, J. J. Augustin, 1952.

- SHEROW, JAMES, «Workings of the Geodialectic: High Plains Indians and Their Horses in the Region of the Arkansas River Valley, 1800-1870», *Environmental Review* 16 (verano de 1992), pp. 61-84.
- SHIMKIN, DEMITRI B., «Introduction of the Horse», en *Handbook of North American Indians*, vol. 11, *Great Basin*, edición de Warren L. d'Azevedo, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1986, pp. 517-524.
- , «Shoshone-Comanche Origins and Migrations», en *Proceedings of the Sixth Pacific Science Congress of the Pacific Science Association*, 6 vols., Berkeley, University of California Press, 1940, pp. 17-25.
- SIMMONS, MARC, *Coronado's Land: Essays on Daily Life in Colonial New Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991.
- , «Settlement Patterns and Village Plans in Colonial New Mexico», *Journal of the West* 8: 1 (1969), pp. 7-21.
- SMITH, F. TODD, *The Caddos, the Wichitas, and the United States, 1846-1901*, College Station, Texas A&M University Press, 1996.
- , *From Dominance to Disappearance: The Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005.
- , *The Wichita Indians: The Traders of Texas and the Southern Plains, 1540-1845*, College Station, Texas A&M University Press, 2000.
- SMITH, RALPH A., *Borderlander: The Life of James Kirker, 1795-1862*, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.
- , «The Bounty Wars of the West and Mexico», *Great Plains Journal* 28 (1989), pp. 102-121.
- , «The Comanche Bridge between Oklahoma and Mexico, 1843-1844», *CO* 39 (primavera de 1961), pp. 54-69.
- , «The Comanche's Foreign War: Fighting Head Hunters in the Tropics», *Great Plains Journal* 24-25 (1985-1986), pp. 21-44.
- , «Indians in American-Mexican Relations before the War of 1846», *Hispanic American Historical Review* 43 (febrero de 1963), pp. 34-64.
- , «Mexican and Anglo-Saxon Traffic in Scalps, Slaves, and Livestock, 1835-1841», *West Texas Historical Association Year Book* 36 (1960), pp. 98-115.
- SMITS, DAVID D., «The Frontier Army and the Destruction of the Buffalo: 1865-1883», *Western Historical Quarterly* 25 (otoño de 1994), pp. 313-338.
- SPETH, JOHN D. y KATHERINE A. SPIELMANN, «Energy Source, Protein Metabolism, and Hunter-Gatherer Subsistence Strategies», *Journal of Anthropological Archaeology* 2: 1 (1983), pp. 1-31.
- SPIELMANN, KATHERINE A., «Interaction among Nonhierarchical Societies», en *Farmery, Hunters, and Colonists: Interaction between the Southwest and the Southern Plains*, edición de Katherin A. Spielmann, Tucson, University of Arizona Press, 1991, pp. 1-17.

- , *Interdependence in the Prehistoric Southwest: An Ecological Analysis of Plains-Pueblo Interaction*, Nueva York, Garland, 1991.
- STAHL, DAVID W. y MALCOLM K. CLEAVE LAND, «Texas Drought History Reconstructed and Analyzed from 1698 to 1980», *Journal of Climate I* (enero de 1988), pp. 59-74.
- SWEENEY, KEVIN, «Thirsting for War, Hungering for Peace: Drought, Bison Migrations, and Native Peoples on the Southern Plains, 1845-1859», *Journal of the West* 41 (verano de 2002), pp. 71-78.
- TATE, MICHAEL L. «Comanche Captives: People between Two Worlds», *CO* 72 (otoño de 1994), pp. 228-263.
- TAYLOR, ALAN, *American Colonies*, Nueva York, Viking, 2001.
- , *The Divided Ground: Indians, Settlers, and the Northern Borderlands of the American Revolution*, Nueva York, Vintage, 2006.
- TEJA, JESÚS F. DE LA, ed., *A Revolution Remembered: The Memoirs and Selected Correspondence of Juan N. Sequin*, Austin, State House, 1991.
- , «Spanish Colonial Texas», en *New Views of Borderlands History*, edición de Robert H. Jackson, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998, pp. 107-130.
- THOMPSON, LEONARD y HOWARD LAMAR, «Comparative Frontier History», en *The Frontier in History: North America and South America Compared*, edición de Howard Lamar y Leonard Thompson, New Haven, Yale University Press, 1981.
- THURMAN, MELBURN D., «On the Identity of the Chariticas: Dog Eating and Pre-Horse Adaptation on the High Plains», *Plains Anthropologist* 33 (mayo de 1988), pp. 159-170.
- TIJERINA, ANDRÉS, «Under the Mexican Flag», en *Tejano Journey*, edición de Gerald E. Poyo, Austin, University of Texas Press, 1996, pp. 37-47.
- TRIGGER, BRUCE, «Early Native North American Responses to European Contact: Romantic versus Rationalistic Interpretations», *JAH* 77 (marzo de 1991), pp. 1.195-1.215.
- TROIKE, RUDOLPH C., «A Pawnee Visit to San Antonio in 1795», *Ethnohistory* 11 (otoño de 1964), pp. 380-393.
- TRUETT, SAMUEL, *Fugitive Landscapes: The Forgotten History of the U.S.-Mexico Borderlands*, New Haven, Yale University Press, 2006.
- TUNNELL, CURTIS D. y W. W. NEWCOMB, hijo, *A Lipan Apache Mission: San Lorenzo de la Santa Cruz, 1762-1771*, Austin, Texas Memorial Museum, 1969.
- TYKAL, JACK B., «From Taos to St. Louis: The Journey of Maria Rosa Villalpando», *NMHR* 65 (abril de 1990), pp. 161-174.
- USNER, DANIEL H., hijo, *Indians, Settlers, and Slaves in a Frontier Exchange Economy: The Lower Mississippi Valley before 1783*, Chapel Hill, University

- of North Carolina Press, 1992.
- UTLEY, ROBERT M., *Frontiersmen in Blue: The United States Army and the Indian, 1848-1865*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1967.
- , *The Indian Frontier of the American West, 1846-1890*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984.
- VEHIK, SUSAN C. y TIMOTHY G. BAUGH, «Cultural Continuity and Discontinuity in the Southern Prairies and Cross Timbers», en *Plains Indians, A. D. 150-1550: The Archaeological Past of Historic Groups*, edición de Karl H. Schlesier, Norman, University of Oklahoma Press, 1994» pp. 239-263.
- , «Prehistoric Plains Trade», en *Prehistoric Exchange Systems in North America*, edición de Timothy G. Baugh y Jonathon E. Ericson, Nueva York, Plenum, 1994, pp. 249-274.
- VIGNESS, DAVID M., *Incursiones de indios al noreste en el México independiente (1821-1885)*, Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1995.
- , «Indian Raids on the Lower Rio Grande, 1836-1837», *SHQ* \$9 (julio de 1955)» pp. 14-23.
- WALLACE, ERNEST y E. ADAMSON HOEBEL, *The Comanches: Lords of the South Plains*, Norman, University of Oklahoma Press, 1954.
- WEBB, WALTER PRESCOTT, *The Great Plains*, Boston, Ginn, 1931.
- , «History as High Adventure», *American Historical Review* 64 (enero de 1959), pp. 265-281.
- WEBER, DAVID J., «American Westward Expansion and the Breakdown of Relations between *Pobladores* and “*Indios Bárbaros*” on Mexico’s Far Northern Frontier, 1821-1846», *NMHR* 56 (julio de 1981), pp. 221-238.
- , *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*, New Haven, Yale University Press, 2005. [Hay trad, cast: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007.]
- , *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982. [Hay trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*, traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988.]
- , «“Scarce more than apes”: Historical Roots of Anglo-American Stereotypes of Mexicans in the Border Region», en *New Spain’s Far Northern Frontier: Essays on Spain in the American West, 1540-1821*, edición de David J. Weber, Dallas, Southern Methodist University Press, 1979, pp. 295-307.
- , *The Spanish Frontier in North America*, New Haven, Yale University Press, 1992. [Hay trad, cast.: *La frontera española en America del Norte*, traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.]
- , *Taos Trappers: The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846*, Norman,

- University of Oklahoma Press, 1968.
- WEDDLE, ROBERT S., *The San Sabá Mission: Spanish Pivot in Texas*, 1964, reimpresso en College Station, Texas A&M University Press, 1999.
- WEDEL, WALDO R., *Central Plains Prehistory: Holocene Environments and Culture Change in the Republican River Basin*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986.
- WEST, ELLIOTT, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado*, Lawrence, University of Kansas Press, 1998.
- , «Reconstructing Race», *Western Historical Quarterly* 34 (primavera de 2003), pp. 7-26.
- , *The Way to the West: Essays on the Central Plains*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995.
- WEST, G. DEREK, «The Battle of Adobe Walls», *Panhandle-Plains Historical Review* 36 (1963), pp. 16-29.
- WHITE, RICHARD, «Animals and Enterprise», en *The Oxford History of the American West*, edición de Clyde A. Milner II, Carol A. O'Connor y Martha A. Sandweiss, Nueva York, Oxford University Press, 1994, pp. 237-273.
- , «Creative Misunderstandings and New Understandings», *William and Mary Quarterly* 63 (enero de 2006), pp. 9-14.
- , *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.
- , *The Roots of Dependency: Subsistence, Environment and Social Change among the Choctaws, Pawnees, and Navajos*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983.
- , «The Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», *JAH* 65 (septiembre de 1978), pp. 319-343.
- WHITE, RICHARD y WILLIAM CRONON, «Ecological Change and Indian-White Relations», en *Handbook of North American Indians*, vol. 4, *History of Indian-White Relations*, edición de Wilcomb E. Washburn, Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1989, pp. 417-419.
- WILKINSON, J. B., *Laredo and the Rio Grande Frontier*, Austin, Jenkins, 1975.
- WISHART, DAVID J., *An Unspeakable Sadness: The Dispossession of Nebraska Indians*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994.
- WORCESTER, DON, *The Texas Longhorn: Relic of the Past, Asset for the Future*, College Station, Texas A&M University Press, 1987.
- WYMAN, WALKER, «Freighting: A Big Business on the Santa Fe Trail», *Kansas Historical Quarterly* 1 (noviembre de 1931), pp. 17-27.

TESIS DOCTORALES, TESINAS Y DOCUMENTOS INÉDITOS

- BABCOCK, MATTHEW MCLAURINE, «Trans-national Raid and Trade Routes: Comanche Expansion from the Rio Grande to Durango, 1821-1846», documento inédito.
- «Trans-national Trade Routes and Diplomacy: Comanche Expansion, 1760-1846», tesina, University of New Mexico, 2001.
- CRISP, JAMES ERNEST, «Anglo-Texan Attitudes toward the Mexican, 1821-1845», tesis doctoral, Yale University, 1976.
- GELO DANIEL JOSEPH, «Comanche Belief and Ritual», tesis doctoral, Rutgers University, 1986.
- MAGNAGHI, RUSSELL M., «The Indian Slave Trade in the Southwest: The Comanche, a Test Case», tesis doctoral, University of Nebraska-Lincoln, 1979.
- MCREYNOLDS, JAMES MICHAEL, «Family Life in a Borderland Community: Nacogdoches, Texas, 1779-1861», tesis doctoral, Texas Tech University, 1978.
- VALERIO-JIMÉNEZ, OMAR, «*Indios Bárbaros*, Divorcées, and Flocks of Vampires: Identity and Nation on the Rio Grande», tesis doctoral, University of California, Los Angeles, 2001.
- VELASCO ÁVILA, CUAUHTÉMOC JOSÉ, «La amenaza comanche en la frontera mexicana, 1800-1841», tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- WILSON, MAURINE T., «Philip Nolan and His Activities in Texas», tesina, University of Texas, Austin, 1932.

NOTAS

[1] El término «señores de las llanuras meridionales» fue acuñado por Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel en su clásico de la etnografía *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954). <<

[2] Sobre la génesis y persistencia de este punto de vista, véase Rupert Norval Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier* (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933); Wallace y Hoebel, *Comanches*; W. W. Newcomb, hijo, *The Indians of Texas: From Prehistoric to Modern Times* (Austin, University of Texas Press, 1961), pp. 155-156; T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974); y Martha McCollough, *Three Nations, One Place: A Comparative Ethnohistory of Social Change among the Comanches and Hasinai during Spain's Colonial Era, 1689-1821* Nueva York, Routledge, 2004). Pese a las diferencias de enfoque y énfasis, todas estas obras muestran las acciones de los comanches como estrategias de contención meramente reactivas y defensivas, como tentativas de resistir a la expansión europea y establecer cierto control sobre el proceso de asimilación colonial. <<

[3] Sobre los powhatan, véase James Axtell, *The Rise and Fall of the Powhatan Empire: Indians in the Seventeenth-Century Virginia* (Williamsburg, Colonial Williamsburg Foundation, 1995). La idea de que los iroqueses forjaron un imperio ha reemplazado en la década de 1980 por la del imperio fantasma iroqués», una construcción ficticia deliberada con la intención de promover las aspiraciones imperiales de Gran Bretaña. Al exagerar el dominio de los iroqueses sobre otros grupos indígenas e insistir al mismo tiempo en que los iroqueses se subordinaran al imperio británico, las autoridades anglosajonas afirmaban controlar amplias franjas del interior de Norteamérica. Véase Richard Aquila, *The Iroquois Restoration: Iroquois Diplomacy, 1701-1754* (1983, reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1997); y Francis Jennings, *The Ambiguous Iroquois Empire: The Covenant Chain Confederation of Indian Tribes with English Colonies* (Nueva York, W. W. Norton, 1984). Recientemente, los historiadores han presentado a los iroqueses como una nación de diplomáticos, comerciantes y guerreros que luchaban por sobrevivir en un mundo alterado por el colonialismo europeo. Véase Daniel K. Richter, *The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization* (Chapel Hill University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1992); y Matthew Dennis, *Cultivating a Landscape of Peace: Iroquois-European Encounters in Seventeenth-Century America* (Ithaca, Cornell University Press, 1993). También deberíamos mencionar aquí a los osage. Willard H. Rollings ha empleado el término *hegemonía* para describir la relación de los osage con sus vecinos indígenas en las praderas meridionales en tomo al curso bajo del río Arkansas en el siglo XVIII. Hace poco, Kathleen DuVal ha utilizado la metáfora del imperio para describir estas relaciones regionales. Véase Willard H. Rollings» *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992); y Kathleen DuVal, *The Native Ground: Indian and Colonists in the Heart of the Continent* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006). Sobre el papel de los lakota como pueblo expansionista e imperial, véase Richard White, «The Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries», *JAH* 65 (septiembre de 1978), pp. 319-343; James O. Gump, *The Dust Rose Like Smoke: The Subjugation of the Zulu and the Sioux* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1994); y Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 859-862. <<

[4] Algunas obras recientes han mostrado que en las zonas de contacto entre indios y blancos fuera de las colonias europeas prevalecieron las formas culturales y los controles sociales indígenas (el modo en que se negociaban y acordaban asuntos transculturales). Ante la abrumadora multitud de pueblos indígenas que había en sus fronteras, los recién llegados europeos solo lograban proteger sus posesiones territoriales y los intereses imperiales si respetaban o se adaptaban a las convenciones culturales indígenas. Por el contrario, en este libro expongo que una única potencia indígena norteamericana, los comanches, obtuvo un predominio de amplio espectro (militar, político, económico, comercial y social, además de cultural) en el seno de su expansiva esfera de influencia, que llegó a incluir a varios destacamentos coloniales europeos. Sostengo que, en lugar de ser emplazamientos de carácter imperial europeo en medio de dominios indígenas, los territorios coloniales de Nuevo México, Texas y el norte de México se incorporaron al imperio comanche como estados clientes y subsidiarios; que se utilizaron como territorios para el saqueo; y que fueron fuentes de comercio, alianzas militares, tecnología y esclavos. Algunas obras importantes que subrayan la persistencia de las formas y costumbres culturales indígenas ante las tentativas de colonización europeas son las de Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815* (Nueva York, Cambridge University Press, 1991); Jill Lepore, *The Name of War: King Philip's War and the Origins of American Identity* (Nueva York, Vintage, 1998); Juliana Barr, «Beyond Their Control: Spaniards in Native Texas», en *Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain's North American Frontiers*, edición de Jesus F. de la Teja y Ross Frank (Albuquerque, University of New Mexico Press, 2005), pp. 149-177; y DuVal, *Native Ground*. <<

[5] El caso de los comanches se parece a muchos otros acontecimientos históricos de todo el mundo en los que una sociedad nómada ha dominado y explotado a sociedades urbanas sedentarias. Para un análisis de los mongoles como «imperio en la sombra», parasitario y preponderante sobre China, véase Thomas J. Barfield, «The Shadow Empires: Imperial State Formation along the Chinese-Nomad Frontier», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, edición de Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli (Cambridge, Cambridge University Press, 2001), pp. 10-41. Para un análisis comparativo muy iluminador centrado en Asia central, Siberia y Africa, véase Anatoly M. Khazanov, *Nomads and the Outside World* (1983, reimpresso en Madison, University of Wisconsin Press, 1994), especialmente las páginas 222-227. <<

[6] En este aspecto, no sigo tanto el modelo clásico de Immanuel Wallerstein de la economía mundial capitalista moderna como el de sus discípulos y críticos, que sostienen que las sociedades precapitalistas no estatales (los imperios agrícolas, las confederaciones y las jefaturas) pueden unificar regiones extensas y crear estructuras de poder jerárquico interétnico. Los sistemas-mundo no son necesariamente globales. Más bien, «mundo» significa aquí una red de interacción orgánica, integrada y jerárquica con unos Etnos precisos e impulsada por una lógica interna propia. Sobre los modelos de sistema-mundo revisados, véase Christopher Dunn-Chase y Thomas D. Hall, *Rise and Demise: Comparing World-Systems* (Boulder, Westview, 1997); Janet L. Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A. D. 1250-1350* (Nueva York, Oxford University Press, 1989); André Gunder Frank y Barry K. Gillis, eds., *The World System: Five Hundred Years or Five Thousand?* (Londres, Routledge, 1994); y Peter N. Peregrine y Gary M. Feinman, eds., *Pre-Columbian World-Systems* (Madison, Wisconsin, Prehistory, 1996). <<

[7] Se puede reconstruir el cambio de paradigma a través de las siguientes obras, que, si bien se ocupan de diferentes lugares, periodos y temas, demuestran que las primeras fases de la historia estadounidense solo pueden entenderse junto a la de los indios norteamericanos: Francis Jennings, *The Invasion of America: Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Institute of Early American History and Culture at Williamsburg, 1975); Neil Salisbury, *Manitou, and Providence: Indians, Europeans, and the Making of New England, 1500-1643* (Nueva York, Oxford University Press, 1982); James Axtell, *After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America* (Nueva York, Oxford University Press, 1988); James H. Merrell, *The Indians' New World: Cratawbias and Their Neighbors from European Contact to the Era of Removal* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989); White, *Middle Ground*; Daniel H. Usner, hijo, *Indians, Settlers, and Slaves in a Frontier Exchange Economy: The Lower Mississippi Valley before 1783* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992); David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992) (trad. cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); Colin G. Calloway, *New Worlds for All: Indians, Europeans, and the Remaking of Early America* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997); Erie Hinderaker, *Elusive Empires: Constructing Colonialism in the Ohio Valley, 1673-1800* (Nueva York, Cambridge University Press, 1997); Andrew R. L. Cayton y Fredrika J. Teute, eds., *Contact Points: American Frontiers from the Mohawk Valley to the Mississippi, 1750-1830* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1988); Elliott West, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, University of Kansas Press, 1998); Daniel K. Richter, *Facing East from Indian Country: A Native History of Early America* (Cambridge, Harvard University Press, 2001); Alan Gallay, *The Indian Slave Trade: The Rise of the English Empire in the American South, 1670-1717* (New Haven, Yale University Press, 2002); Jane T. Merritt, *At the Crossroads: Indians and Empires on a Mid-Atlantic Frontier, 1700-1763* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2003); David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005) (trad. cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007); Alan Taylor, *The Divided Ground: Indians, Settlers, and the Northern Borderlands of the American Revolution* (Nueva York, Vintage, 2006); Ned Blackhawk, *Violence over the Land: Indians and Empires in the Early American West* (Cambridge, Harvard

University Press, 2006); y DuVal, *Native Ground*. Hay dos síntesis de alcance continental y muy convincentes que muestran cuán profundamente la cambiado la narración dominante de América del Norte con la incorporación de sus indios a nuestros relatos: la de Alan Taylor, *American Colonies* (Nueva York, Viking, 2001), y la de Colin G. Calloway, *One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2003). <<

[8] La cita procede de Vine Deloria, hijo, *We Talk, You Listen: New Tribes, New Turf* (Nueva York, Macmillan, 1970), pp. 39. Véase también Frederick Hoxie, «The Problem of Indian History», *Social Science Journal* 25 (1988), pp. 389-399; Daniel Richter, «Whose Indian History? », *William and Mary Quarterly* 50 (abril de 1993), pp. 381-382; James A. Hijiya, «Why the West Is Lost», *William and Mary Quarterly* 51 (abril de 1994), pp. 285-287; y Neil Salisbury, «The Indians' New World: Native Americans and the Coming of Europeans», *William and Mary Quarterly* 53 (julio de 1996), pp. 435-437. Tradicionalmente, la formulación más habitual del alcance de la intervención indígena en la construcción de la Norteamérica colonial ha sido que los indios solían controlar el equilibrio de poder entre las potencias imperiales europeas, una idea que puede ser cierta para la mitad oriental del continente en épocas de guerra (sobre todo, durante la Guerra de los Siete Años), pero que no necesariamente refleja la magnitud del papel de los indígenas en otros lugares y periodos. <<

[9] Para conocer las críticas y la reconstrucción del concepto de frontera, véase, por ejemplo, Leonard Thompson y Howard Lamar, «Comparative Frontier History», en *The Frontier in History: North America and South America Compared*, edición de Howard Lamar y Leonard Thompson (New Haven, Yale University Press, 1981), pp. 3-13; Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of Conquest: The Unbroken Past of the American West* (Nueva York, W. W. Norton, 1987); William Cronon, George Miles y Jay Gitlin, «Becoming West: Toward a New Meaning for Western History», en *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past*, edición de William Cronon, George Miles y Jay Gitlin (Nueva York, W. W. Norton, 1992), pp. 3-27; Robert V. Hine y John Mack Faragher, *The American West: A New Interpretive History* (New Haven, Yale University Press, 2000); Jeremy Adelman y Stephen Aron, «From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the Peoples in Between in North American History», *American Historical Review* 104 (junio de 1999), pp. 814-841; y J. Parker Bradley y Lars Rodseth, eds., *Untaming the Frontier in Anthropology, Archaeology, and History* (Tucson, University of Arizona Press, 2005). Sobre el impacto de la historia de los territorios fronterizos, véanse, por ejemplo, los diversos artículos publicados en Cayton y Tente, es., *Contact Points*. En contraste con ello, *La frontera española en América del Norte*, de Weber, utiliza una modificación del constructo de frontera para revisar la historia de los territorios fronterizos originales, el imperio norteamericano de España: no presenta a las colonias españolas en Norteamérica como una entidad espacial inamovible, sino como una faceta de una frontera movédiza y de múltiples caras. <<

[10] Usner, *Indians, Settlers, and Slaves, White, Middle Ground*; y Adelman y Aron, «From Borderlands to Borders». <<

[11] Para una dinámica paralela a mediados del siglo XVIII en las fronteras entre cherokee y británicos, véase Gegory Evans Dowd, «“Insidious Friends”: Gift Giving and the Cherokee British Alliance in the Seven Years’ War», en *Contact Points*, pp. 114-150. <<

[12] También se pueden encontrar imágenes similares del Sudoeste en estudios académicos. Véanse, por ejemplo, Ray Allen Billington, *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, 4ª ed. (Nueva York, Macmillan, 1974), pp. 364-366, 370-371 y 490 (trad, cast.: *La expansión hacia el Oeste: Historia de la frontera norteamericana*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1971, 2 vol.); D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographic Perspective on 500 Years of History*, vol. I. *Atlantic America, 1492-1800* (New Haven, Yale University Press, 1986), pp. 193-201; Felipe Fernández-Armesto, *The Americas: The History of the Hemisphere* (Londres, Phoenix, 2004), pp. 84 y 105-106 (trad, cast.: *Las Américas*. Traducción de Juan Manuel Ibeas, Barcelona, Debate, 2004); Janes Pritchard, *In Search of Empire: The French in the Americas, 1670-1730* (Nueva York, Cambridge University Press, 2004), pp. 41-43» 420-422; y Niall Ferguson, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire* (Londres, Penguin, 2004), pp. 35-39 (trad, cast: *Coloso: auge y decadencia del imperio americano*. Traducción de Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Debate, 2005). La idea de que el Sudoeste ocupaba un lugar muy bajo entre las prioridades imperiales de España también se encuentra en la obra maestra de J. H. Elliott *Emires of the Atlantic World: Britain and Spain in America, 1492-1830* (Mew Haven, Yale University Press, 2006) (trad, cast.: *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América, 1492-1830*. Traducción de Marta Balcells, Madrid, Taurus, 2006). Para un estudio de capital importancia que modifica la teoría del sistema-mundo subrayando las iniciativas locales, pero que también divulga la imagen de debilidad euroamericana en el Sudoeste, véase Thomas D. Hall, *Social Change in the Southwest, 1350-1880* (Lawrence, University Press of Kansas, 1989). Para una valoración en profundidad de la historiografía del Sudoeste en general y de Texas en particular, véase Gerald E. Poyo y Gilberto M. Hinojosa, «Spanish Texas and Borderlands Historiography in Transition: Implications for United States History», *JAH* 75 (septiembre de 1988), pp. 393-402. <<

[13] Weber, *La frontera española en América del Norte*; David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982) (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Barcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988); Weber, *Bárbaros* (trad, cast: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Critica, 2007); Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820* (Berkeley, University of California Press, 2000); Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850* (Nueva York, Cambridge University Press, 2005); Blackhawk, *Violence*; Morris W. Foster, *Being Comanche: A Social History of an American Indian Community* (Tucson, University of Arizona Press, 1991); Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press. 1996); y Pekka Hämäläinen, «The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System», *Western Historical Quarterly* 29 (invierno de 1998), pp. 485-513. <<

[14] Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1580-1550: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999); y James F. Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002). <<

[15] Brooks, *Captives and Cousins*, sobre todo las páginas 30-35. Véase también James F. Brooks, «“This Evil Extends... Especially to the Feminine Sex”: Negotiating Captivity on the New Mexico Borderlands», *Feminist Studies* 12 (verano de 1996), p. 280. La obra de Brooks se centra en los territorios fronterizos de Nuevo México. Por lo que se refiere a Texas, Juliana Barr ha concluido que, si bien en Texas «prevalecieron las formas de control social indígenas, entendidas en términos muy generales y, a la vez, particulares de cada grupo, ninguno de ellos controlaba el conjunto de la región. [...] Todos los grupos, fueran españoles o indios, estaban en relativa igualdad de condiciones para afrontar los esfuerzos sostenidos de conservar el territorio y sobrevivir». Véase Barr, «Beyond Their Control», pp. 152-153 y 169.

<<

[16] Véanse, por ejemplo, Nancy P. Hickerson, «Ethnogenesis in the South Plains: Jumano to Kiowa? », en *History, Power and identity: Ethnogenesis in the Americas, 1492-1992*, edición de Jonathan D. Mill (Ciudad de Iowa, University of Iowa Press, 1996), pp. 70-89; Patricia C. Albers, «Symbiosis, Merger, and War: Contrasting Forms of Intertribal Relationship among Historical Plains Indians», en *Political Economy of North American Indians*, edición de John H. Moore (Norman, University of Oklahoma Press, 1993), pp. 93-132; Anderson, *Indian Southwest*, y Brooks, *Captives and Cousins*. <<

[17] Igual que la interpretación que hace James Merrell del Noreste colonial, este estudio sostiene que el reciente interés historiográfico por los cruces y colaboraciones interculturales amenaza con ensombrecer un hecho fundamental de la historia colonial de Estados Unidos: que, en esencia, se trata de una narración de conflicto, odio, violencia y barreras raciales, étnicas y culturales prácticamente insuperables. Véanse James Merrell, *Into the American Woods: Negotiators on the Pennsylvania Frontier* (Nueva York, W. W. Norton, 1999); y James Merrell, «Shamokin, “the very seat of the Prince of Darkness”: Unsettling the Early American Frontier», en *Contact Points*, especialmente p. 21. <<

[18] Para un análisis iluminador de la evolución, metodología y limitaciones de la etnohistoria, véase James Axtell, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America* (Nueva York, Oxford University Press, 2001), p. 1-12. El término «logística colateral o secundaria» (*side-streaming*) procede de Richter, *Ordeal*, p. 5.

<<

[19] Frederick E. Hoxie, «Ethnohistory for a Tribal World», *Ethnohistory* 44 (otoño de 1997), pp. 603-612. Véase también Richard White, «Creative Misunderstandings and New Understandings», *William and Mary Quarterly* 63 (enero de 2006), pp. 13-14.

<<

[20] Bruce Trigger, «Early Native North American Responses to European Contact: Romantic versus Rationalistic Interpretations», *JAH* 77 (marzo de 1991), pp. 1.195-1.215. El desplazamiento de los modelos de comportamiento locales ligados a la tradición hacia prácticas basadas en leyes económicas más «universales» constituye también el núcleo del magistral capítulo de Richard White en *Middle Ground* (pp. 94-141) sobre el comercio de pieles. Sin embargo, para White la verdadera historia no es tanto el propio cambio, sino la rivalidad persistente entre los dos modelos de pensamiento y conducta, resuelta solo en parte. La literatura sobre los debates entre sustantivismo y formalismo (o relativismo y racionalismo, o idealismo y materialismo) es demasiado extensa como para poder analizarla aquí con detalle. Además de las obras anteriormente citadas de Trigger y White, entre los análisis más relevantes en el contexto de la Norteamérica indígena se encuentran el de Arthur J. Ray y Donald Freeman, *Give Us Good Measure: An Economic Analysis of Relations between the Indians and the Hudson 's Bay Company before 1763* (Toronto, Universidad de Toronto Press, 1978); Calvin Martin, ed., *The American Indian and the Problem of History* (Nueva York, Oxford University Press, 1987); George R. Hamell, «Strawberries, Floating Islands, and Rabbit Captains: Mythical Realities and European Contact in the Northeast during the Sixteenth and Seventeenth Centuries», *Journal of Canadian Studies* 21 (invierno de 1987), pp. 72-94; y Shepard Krech DI, *The Ecological Indian: Myth and History* (Nueva York, W. W. Norton, 1999). <<

[21] Es preciso subrayar que estas categorías y significados culturales no eran estáticos. Pese a la dificultad de confirmarlo con los documentos históricos pobres y fragmentarios de que disponemos, es importante tener en mente la posibilidad de que hasta las prácticas y convenciones más arraigadas, como la ofrenda de regalos, adquirieran otro significado cuando los comanches ensancharon su esfera de influencia, entraron en contacto con otros pueblos y se expusieron a modos de pensar distintos. En consecuencia, siempre que ha sido posible he tratado de ceñirme a la máxima de Marshal Sahlins sobre la dialéctica de la relación entre historia y estructura y mostrar como «en la acción, los significados siempre corren un riesgo». Véase Sahlins, *Islands of History* (Chicago, University of Chicago Press, 1985), p. ix (trad. cast.: *Islas de historia: La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Traducción de Beatriz López, Barcelona, Gedisa, 1997, 3ª ed., p. 10). I. 2 3 <<

[1] La rivalidad hispano-francesa en los márgenes meridionales de América del Norte tuvo, como es natural, una dimensión geopolítica más amplia: la Louisiana francesa se creó para poner en cuestión el derecho de España al control exclusivo de la costa del golfo norteamericano y anular su monopolio sobre la línea de la costa del Golfo de México, una posición estratégica. <<

[2] «Diary of Juan de Ulibarri to El Cuartelero, 1706», y carta de Pedro de Rivera a Juan de Acuna, marqués de Casa Fuerte, del 26 de septiembre de 1727, AC, p. 61 y 211. Las citas proceden de Pedro de Rivera, *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en la visita que hizo a los presidios de la Nueva España Septentrional el Brigadier Pedro de Rivera*, edición de Vito Alessio Robles (Ciudad de México, Secretaría de la Defensa Nacional, 1946), p. 78. <<

[3] O aid Rhode y David B. Madsen, «Where Are We?», en *Across the West: Human Population Movement and the Expansion of uma*, edición de David B. Madsen y David Rhode (Salt Lake City, university of Utah Press, 1994), pp. 213-219; y Alice Beck Kehoe, *America European Invasions* (Londres, Longman, 2002), pp. 125-127 y 131. <<

[4] El material arqueológico del este de las Rocosas inado con los shoshone adquiere una presencia cada vez mayor en el siglo XVI, lo cual indica, al menos, que las migraciones estacionales eran frecuentes y, tal vez, que se reubicaron de forma permanente a lo largo de iillera. Véanse Demitri B. Shimkin, «Shoshone-Comanche Origins agrations», en *Proceedings of the Sixth Pacific Science Congress of the Pacmfice Association*, 6 vols. (Berkeley, University of California Press, 1940), p-421; y Sally T. Greiser, «Late Prehistoric Cultures on the Montarías», en *Plains Indians, A. D. 150-1550: The Archaeological Past of Historias*, edición de Karl H. Schlesier (Norman, University of Oklahoma 1994), pp. 49-52. Sobre la zona de transición ecológica entre montallanuras y su importancia histórica, véase Elliott West, *The Contresúns: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, Universfcmsas Press, 1998), pp. 22-24. Sobre la sequía y sus consecuencias, véase David A. Baerreis y Reid A. Bryson, «Historical Climatology of the Southern Plains: A Preliminary Survey», *Oklahoma Anthropological Bulletin* 13 (marzo de 1963), pp. 70-75; y Waldo R. Wedel, *Central Plains Prehistory Holocene Environments and Culture Change in the Republican River Basin* (Lincoln University of Nebraska Press, 1986), pp. 42-48. <<

[5] Sobre las migraciones, véanse Charles A. Reher, «Adaptive Process on the Shortgrass Plains», en *For Theory Building in Archaeology* de Lewis R. Binford (Nueva York, Academic, 1977), pp. 13-40; y Karl H. Schlesier, «Commentary: A History of Ethnic Groups in the Great plains, A.D. 150-1550», en *Plains Indians*, edición de Schlesier, pp. 308-81. <<

[6] Sobre las migraciones shoshone, véanse Colin G. way, «Snake Frontiers: The Eastern Shoshones in the Eighteenth G», *Annals of Wyoming* 63 (verano de 1991), pp. 84-85; y Dan Florean Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 0», *JAH* 78 (septiembre de 1991), p. 468. Sobre quienes cazaban a jlas llanuras, véanse Theodore Binnema, *Common and Contested Grot Human and Environmental History of the Northwestern Plains* (Nom'niversity of Oklahoma Press, 2001), pp. 37-54; Y Charles A. Reher y e C. Frison, «The Vore Site, 48CK302, A Stratified Buffalo Jump-Wyoming Black Hills», *Plains Anthropologist* 25, Memoir 16 (1980)36-143. <<

[7] Sobre la expansión de los shoshone hacia las llanuras septentrionales, véase Binnema, *Common and Contested Ground*, pp. 81. <<

[8] Sobre la presencia de los apaches en las llanuras centrales, véase Wedel, *Central Plains Prehistory*, pp. 135-151. Sobre las tradiciones comanche y shoshone, véase Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), pp. 9-10. La rita procede de W. P. Clark, *The Indian Sign Language* (Filadelfia, L. R. Hanersley, 1885), p. 120. A finales del siglo XIX, al menos algunos comanches sostenían que eran los shoshone quienes descendían de su nación, y no a la inversa. Véase Clark, *The Indian Sign Language*, p. 120. <<

[9] Sobre la difusión de los caballos, véase Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 835-837. La cita procede de Clark, *Indian Sign Language*, p. 120. <<

[10] Para las diversas interpretaciones del término *kumantsi*, véanse Marvin K. Opler, «The Origins of Comanche and Ute», *American Anthropologist* 45'enero-marzo de 1943), pp. 155-158; Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 4; Thomas W Kavanagh, «Comanche», en *Handbook of North American Indias*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, 2 partes (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001), 2ª parte, p. 902; y James A. Gis, «The Yamparika—Shoshones, Comanches or Utes—or Does It Matter», en *Julian Stewart and the Great Basin: The Making of an Anthropologist*, edición de Richard O. Clemmer, L. Daniel Myers, y Mary Elizabeth Rudder (Salt Lake City, University of Utah Press, 1999), pp. 79-80. <<

[11] Sobre los albores de la historia de los ute en los territorios fronterizos de Nuevo México, véase Ned Blackhawk, *Violence over the Land: Indians and empires in the Early American West* (Cambridge, Harvard University Press 2006), pp. 27-35. <<

[12] Según opinión generalizada, los comanches se desplazaron directamente desde las llanuras centrales a las meridionales. Véanse, por ejemplo, T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo. 974), pp. 129-132; y Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: A Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1967), pp. 58-62. Pero los propios comanches sostienen que llegaron allí desde las Rocosas. Véanse Robert S. Neighbors, «The Na-Ü-Ni, or Comanches of Texas; Their Traits and Beliefs, and Divisions and Intertribal Relations», *IPTS*, 3, p. 348; y Clark, *Indian Sign Language*, p. 118. Además, en 1906, el gobernador de Nuevo México Francisco Cuervo y Valdez incluyó a los comanches y los ute como vecinos adyacentes de los navajo, cuya frontera oriental discurría por el Cañón Largo y la cordillera Jémez, en lo más profundo de la Gran Cuenca. Véase «Report of Francisco Cuervo y Valdés», 18 de agosto de 1706, *HD*, 3, p. 381. <<

[13] Sobre el ciclo anual de actividades, véase Marvin K. Opler, «The Southern Ute of Colorado», en *Acculturation in Seven American Indian Tribes*, edición de Ralph Linton (Nueva York, D. Appleton-Century, 1940), pp. 124-127. Sobre el comercio de los ute y los comanches en Nuevo México, véanse Carl I. Wheat, ed., *Mapping the Trans-Mississippi West, 1540-1861*, 6 vols. (San Francisco, Institute of Historical Cartography, 1957-1963), vol. 1, p. 108; y «Opinion of Cristobal de la Sema», 19 de agosto de 1719, AC, p. 105. Sobre las incursiones de los ute y los comanches en el país de los navajos, véase Rick Hendricks y John R Wilson, editores y traductores al inglés, *The Navajos in 1705: Roque Madrid's Campaign Journal* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996), pp. 6 y 100. Sobre la aparición de divisiones entre los comanches, véanse Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), p. 34; y Kavanagh, «Comanche», p. 904. Sobre los nombres de los subgrupos, véase Lila Wistrand Robinson y James Armagost, *Comanche Dictionary and Grammar* (Arlington, University of Texas at Arlington, 1990), pp. 30 y 157. <<

[14] Sobre la adopción del caballo por los ute, véase Demitri B. Shimkin, «Introduction of the Horse», en *Handbook of North American Indians*, vol. 11, *Great Basin*, edición de Warren L. d’Azevedo (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1986), pp. 517-524. Sobre la necesidad de ayuda que experimentaron los comanches en las primeras fases de la adopción del caballo, véase Alice Marriott y Carol K. Rachlin, *Plains Indian Mythology* (Nueva York, Thomas Y Crowell, 1975), p. 91. Sobre los asaltos, véanse las cartas de Cristóbal Torres a Juan Páez Hurtado, de 22 de agosto y 7 y 9 de septiembre de 1716, y de Diego Marquez a Hurtado, de 8 de septiembre de 1716, SANM II 5, pp. 626-628 (T-279) (esta última clave es el código Twitchell, la numeración que asignó Ralph Emerson Twitchell a conjuntos de documentos concretos de los Archivos Españoles de Nuevo México); y «Opinion of Ensign Xptobal de Torres», «Opinion of Ensign Bernardo Casillas» y «Opinion of Cristobal de la Sema», del 19 de agosto de 1719, AC, pp. 104-105. Véase también Blackhawk, *Violence*, pp. 35-40 y 48. Para una comparación entre caballos y perros como bestias de carga, véase John C. Ewers, *The Horse in Blackfoot Indian Culture: With Comparative Material from Other Western Tribes*, Bureau of American Ethnology Bulletin 159 (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1955), pp. 306-307. <<

[15] Sobre el interesante estudio de las relaciones entre aprovechamiento de los caballos y energía, véanse West, *Contested Plains*, pp. 34-54; y Dan Flores, *Caprock Canyons: Journeys into the Heart of the Southern Plains* (Austin, University of Texas Press, 1990), pp. 82-83 (la cita procede de la p. 82). <<

[16] Sobre la opinión de los indígenas en relación con las armas de fuego, véase West, *Contested Plains*, p. 49. <<

[17] Sobre los orígenes de la esclavitud india en Nuevo México, véase Ramón A. Gutiérrez, *When Jesus Came, the Com Mothers ;Vent Away: Marriage, Sexuality, Power in New Mexico, 1500-1846* (Stanford, Stanford University Press, 1991), pp. 101-127 y 155-156 (trad, cast.: *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron: matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*. Traducción de Julio Colón Gómez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993); David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992), pp. 127-129 (trad, cast.: *La frontera española en America del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); y Elizabeth A. H. John, *Storms Brewed in Other Men's Worlds: The Confrontation of Indians, Spanish, and French in the Southwest, 1640-1795* (Norman, University of Oklahoma Press, 1975), pp. 62-85. Sobre las raíces profundas del *rescate* en el colonialismo español del Nuevo Mundo, véase John E. Kicza, «Patterns in Early Spanish Overseas Expansion», *William and Mary Quarterly* 49 (abril de 1992), pp. 230-231. <<

[18] Sobre el comercio de esclavos en Nuevo México, véanse Blackhawk, *Violence*, pp. 32-35; y James E Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002), pp. 50, 108 y 148-150. Sobre el comercio de esclavos apaches practicado en Nuevo México por los comanches y los ute, véase la carta de Antonio de Valverde y Cosío a Baltasar de Zúñiga y Guzmán, marqués de Valero, de 30 de noviembre de 1719, AC, p. 141. Sobre los esdavos apaches y pawnee de Nuevo México, véanse Gutiérrez, *When Jesus Came*, p. 147 (trad, cast.: *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron: matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*. Traducción de Julio Colón Gómez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993); Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 49-51; L. R. Bailey, *Indian Slave Trade in the Southwest* (Los Angeles, Westemlore, 1966), pp. 23-24; y Russell M. Magnaghi, «The Indian Slave Trade in the Southwest: The Comanche, a Test Case» (tesis doctoral, Universidad de Nebraska-Lincoln, 1979), pp. 153-154. La cita procede de «Decree», 26 de septiembre de 1714, citado en David M. Brugge, *Navajos in the Catholic Church Records of New Mexico, 1694-1875* (Tsaile, Arizona, Navajo Community College Press, 1985), p. xix. <<

[19] Sobre los navajos, véase Frank McNitt, *Navajo Wars: Military Campaigns, Slave Raids, and Reprisals* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1972), p. 23. Sobre los matrimonios con individuos de otras tribus, véase Neighbors, «Na-U-Ni», p. 348. Sobre la política de comercio véase Loren Cordain y otros, «Plant-Animal Subsistence Ratios and Macronutrient Energy Estimations in Worldwide Hunter Gatherer Diets», *American Journal of Clinical Nutrition* 71 (marzo de 2000), pp. 682-692. <<

[29] Sobre los apaches faraone, véanse «Testimony de Don Gerónimo», 20 de julio de 1714, «Testimony of Don Lorenzo». 22 de julio de 1715 y «Order of Condi of War», 9 de noviembre de 1723, ^6*, pp. 80-82 y 194. Sobre la cohesión de comanches y ute, véase «Opinion of Ensign Bernardo Casillas» y «Opinion of Captain Miguel de Coca», 19 de agosto de 1719, AC, pp. 104-105. Sobre la táctica de comanches yute, véase Valverde, «Diary», pp. 112-115. La cita procede de la carta de De Rivera a Casa Fuerte, de 26 de septiembre de 172 j, AC, p. 211. <<

[30] Sobre las tentativas de los indios de monopolizar el comercio francés, véanse la carta de Claude Charles Du Tisé a Jean Baptiste Le Moyne, Sieur de Bienville, de 22 de noviembre de 1719, en *Découvertes et établissements des français dans l'ouest et dans le sud de l'Amérique Septentrionale, 1614-1754: Mémoires et documents originaux*, edición de Pierre Margry, 6 vols. (París, D. Jouaust, 1879-1888), vol. 6, pp. 313-315; y Willard H. Rollings, *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992), pp. 117-118. Sobre el comercio entre pawnee y franceses y las guerras entre pawnee y apaches, véanse Valverde, «Diary», p. 132; y Wedel, *Central Plains Prehistory*, p. 173. Sobre el comercio de esclavos apaches entre Wichita y franceses, véanse «Diary of Ulibarri», p. 74; y Bénard de La Harpe, «Account of the Journey of Bénard de La Harpe: Discovery Made by Him of Several de Nations Situated in the West», edición y traducción al inglés de Ralph A. Smith, *SHQ* 62 (abril de 1959), p. 529. Sobre el conflicto entre Wichita y apaches, véase «Relation du voyage de Bénard de La Harpe», 12 de diciembre de 1719, en *Découvertes*, 6, pp. 290-292. La cita procede de «Opinion of Captain Miguel de Coca», p. 105. <<

[31] Las citas proceden de la carta de Juan de la Cruz a Valero, de 1719, y de «Order of Valero», 1 de agosto de 1719, AC, pp. 138-139. Sobre las deliberaciones de los españoles acerca de la petición de los apaches, véanse «Council of War», 19 de agosto de 1719, y carta de Valverde a Valero, de 30 de noviembre de 1719, AC, pp. 100-110, 138 y 141-145. <<

[32] Valverde, «Diary», pp. 110-119 (las citas proceden de las páginas 110, 112-113 y 115). <<

[33] *Ibíd.*, cartas de Valverde a Valero, del 30 de noviembre de 1719, y de Manuel San Juan de Santa Cruz a Valero, del 11 de diciembre de 1719, *AC*, pp. 119-133, 142 y 147 (las citas proceden de las páginas 132 y 142). Sobre El Cuartelejo, véase «Diary of Ulibarri», pp. 60-77. <<

[34] Sobre la expedición de Villasur, véase Weber, *Spanish Frontier*, pp, 170-171 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000). Sobre la actitud vacilante de España a la hora de ayudar a los apaches y construir un presidio en las llanuras, véanse, por ejemplo, la carta de Valverde a Valero, del 27 de mayo de 1720, «Council of War», 2 de junio de 1720 y la carta de Juan de Olivan Revolledo a Valero, del 9 de diciembre de 1720, pp. 154-160 y 175-177. <<

[35] «Council of War», 9 de noviembre de 1723, y carta de Revolledo a Casa Fuerte, del 22 de julio de 1724, AC, pp. 195-197. Las citas proceden de «Decree for Council of War», 8 de noviembre de 1723, y de las cartas de Juan Domingo Je Bustamante a Casa Fuerte, del 10 de enero de 1724, y de Revolledo a Casa Fuerte, del 12 de julio de 1724, AC, pp. 194, 196, 201 y 206. <<

[36] Sobre los sucesos de 1723 y 1724, véanse «Council of War», y las cartas de Juan Minbel a Bustamante, del 29 de enero de 1724, SANM II 6, pp. 105-106 (T-314); de Bustamante a Casa Fuerte, del 10 de enero de 1724, *PT*, 3, pp. 22); y de Bustamante a Casa Fuerte, del 30 de mayo de 1724, *AC*, p. 208. Sobre el debate acerca de La Jicarilla, véanse la carta de Bustamante a Casa Fuerte, del 30 de mayo de 1724, «Reply to the Fiscal», 14 de diciembre de 1726, la carta de Revollo a Casa Fuerte, del 31 de marzo de 1727 y «Council of War Ordering Presidio at La Jicarilla», 26 de septiembre de 1720, *AC*, pp. 208-209, 217-219 y 234-239. Sobre la batalla de El Gran Sierra del Fierro, véase William Edward Dunn, «Apache Relations in Texas, 1718-17p», *SHQ* 14 (enero de 1911), p. 220. <<

[37] Esta secuencia de retirada, reubicación, etnogénesis y construcción de alianzas por parte de los refugiados apaches es una síntesis de las siguientes fuentes Consejo de Guerra, Opinión del teniente general Juan Páex Hurtado, 6 de febrero de 1724, SANM II 6, p. 129 (T-324); Juan Agustín de Morfí, «Geographical Description of New Mexico», *FF*, pp. 96-97; carta de Bustamante a Casa Fuerte, del 30 de mayo de 1724 y 30 de abril de 1727 *AC*, pp. 108 y 256-258; y carta de Bustamante a Casa Fuerte, del 26 de agosto de 1727, *PT*, 3, p. 246. Las citas proceden de Morfi, «Geographical Description, p. 97; y de la carta de Bustamante a Casa Fuerte, del 30 de «Abril de 1727. *AC*, pp. 257-258. <<

[38] Véase la carta de Rivera a Casa Fuerte, del 26 de septiembre de 1727, AC, pp. 209-217 (las citas proceden de las páginas 213 y 214). <<

[39] Tradicionalmente, las guerras entre comanches y apaches en las llanuras meridionales se han considerado una contienda, en esencia, por espacio vital o, en palabras de un historiador, «a vida o muerte cultural». La mayoría de los historiadores han circunscrito el choque a una disputa territorial unidimensional animada por la codicia, el odio y la pasión guerrera intrínseca de los indios. Véase, por ejemplo, Fehrenbach, *Comanches*, pp. 132-133 (la expresión «a vida o muerte cultural» aparece en la página 132). Aquí sostengo que se explican mejor como un enfrentamiento estratégico de múltiples facetas por recursos naturales, valles fluviales y privilegios comerciales concretos, opinión corroborada por el cese de las hostilidades a finales de la década de 1720 y durante casi una década: movidos por consideraciones estratégicas, en lugar de por ansias territoriales u odio étnico, los comanches dejaron de guerrear cuando vieron satisfechas temporalmente sus necesidades. <<

[40] Las pocas fuentes existentes indican que a finales de la década de 1720 y en la de 1730 los comanches ampliaron poco a poco el dominio varios centenares de kilómetros hacia el este de la cordillera frontal de las Rocosas. Véanse la carta de Bustamante a Casa Fuerte, del 30 de abril de 1727, *AC*, p. 256; y «Declaration of Fray Miguel de Menchero», 10 de mayo de 1744, *HD*, 3, p. 401. Sobre la zona de Big Timbers, véanse Jacob Fowler, *Journal of Jacob Fowler*, edición de Elliott Coues (Lincoln, University of Nebraska Press, 1970), pp. 41-44; y Edwin James, *Account of an Expedition from Pittsburgh to the Rocky Mountains, Performed in the Years 1819, 1820*, vols. 14-17 de *Early Western Travels, 1748-1846*, edición de Reuben Gold Thwaites (Cleveland, Arthur H. Clark, 1906), vol. 16, pp. 20, 31 y 61. Sobre el chopo americano como alimento de emergencia, véase Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman (Norman, University of Oklahoma Press, 1937), pp. 60-61 y 141-142. Sobre el invierno en las llanuras y el ecosistema del caballo, véase Hämäläinen, «Rise and Fall», pp. 14-15. <<

[41] Sobre el vínculo entre el pastoreo de caballos y la división social, véase la carta de Athanase de Mézières a Juan María Vicencio, barón de Ripperdá, del 4 de julio de 1772, *ADM*, 1, p. 297. <<

[42] Sobre la abundancia de caballos y las migraciones estacionales, Véanse «Declaration of Felipe de Sandoval», 1 de marzo de 1750, y «Declaration of an Unnamed Frenchman», 26 de junio de 1751, *PT*, 3, pp. 323-324, 348. Sobre las cacerías a caballo, véase Isenberg, *Destruction*, p. 88. <<

[43] Carta de Benito Crespo al virrey, de 25 de septiembre de 1730, en Benito Crespo, «Documents Concerning Bishop Crespo's Visitation, 1730», *NMHR* 28 (julio de 1953), p. 230; Vista judicial del caso de Juan García de la Mora contra Diego de Torres, 13 de abril-16 de mayo de 1735, y Henrique de Olavide y Michelena, Bando, 7 de enero de 1737, *SANM* II 7, pp. 365, 552 (T-402, 414); «Declaration of Fray Miguel de Menchero», pp. 401-402; y Marc Simmons, *Coronado's Land: Essays on Daily Life in Colonial New Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991), pp. 42-43. Como el comercio de armas entre indios y súbditos españoles era ilícito, raras veces se menciona en las fuentes. No obstante, debió de estar bastante generalizado, ya que las autoridades de Nuevo México consideraban necesario promulgar *bandos* (en español en el original [*N. del T.*]) específicos para prohibirlo. Véase, por ejemplo, Gervasio Cruzat y Góngora, Bando, 2 de mayo de 1735, *SANM* II 7, p. 398 (T-403). Como muestra de que el comercio comanche de prisioneros apaches aumentó, el número de bautismos de apaches en Nuevo México pasó de 97 en la década de 1720 a 153 en la de 1730. Véase Brooks, *Captives and Cousins*, p. 146. <<

[44] Sobre los ataques, véase John L. Kessell, *Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840* (Washington, D. C., National Park Service, 1979), p. 371. Sobre los campamentos comanches del valle del Arkansas, véase «Declaration of an Unnamed Frenchman», p. 348. En aquel momento, un campamento comanche corriente albergaba seguramente entre cien y trescientas personas, pero la envergadura podía variar de forma considerable. En 1749, un visitante de la Louisiana Francesa decía haber visto uno de «ochenta tiendas y ochocientas personas», y otros dos de veintitrés y cuarenta tipis, de unas doscientas treinta y cuatrocientas personas respectivamente. En 1750, otro francés señalaba que había vivido cuatro meses en un campamento comanche descomunal compuesto por cuatrocientos tipis. Véanse «Declaration of Luis del Fierro», 13 de abril de 1749, y «Declaration of Felipe de Sandoval», 1 de marzo de 1750, *PT*, 3, pp. 303-323. <<

[45] La sociedad militar comanche había adquirido madurez plena a finales del siglo XVIII, cuando las fuentes históricas empiezan a arrojar más luz sobre sus asuntos sociales internos. Para una de las primeras apreciaciones sobre las relaciones entre guerra y posición social, véase Francisco Marín del Valle, Descripción de la provincia de Nuevo México, 1758, AGN: CA 39: 1, 21 V. Sobre la sociedad del siglo XIX, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 216 y 245. <<

[46] Sobre la reanudación de los ataques de los comanches contra los apaches, véase Kessell, *Kiva, Cross, and Crown*, p. 371-372. Sobre la maquinaria de guerra comanche, véase Frank Raymond Secoy, *Changing Military Patterns on the Great Plains*, Monographs of the American Ethnological Society 21 (Nueva York, J. J. Augustin, 1952), pp. 30-31. <<

[47] Sobre los bautismos apaches, véase Brugge, *Navajos*, p. 21-22. Sobre la búsqueda de protección de los apaches en las ciudades fronterizas de Nuevo México, véase Kessell, *Kiva, Cross, and Crown*, pp. 371-372. Sobre la disputa por privilegios comerciales, véase Anderson, *Indian Southwest*, pp. 206-207. <<

[48] Para conocer una descripción de la época, muy sagaz, sobre la opinión que tenían los comanches de los regalos, véase Marcy, *Adventure*, pp. 159 y 174. <<

[49] La tensión y los conflictos entre comanches y habitantes de Nuevo México en las ferias comerciales es un motivo recurrente en las fuentes españolas del siglo XVIII. Para una descripción reveladora, véase «Instruction of Don Tomás Vélez Cachupín, 1754», *PINM*, p. 133. <<

[50] Gaspar Domingo Mendoza, Orden a los alcaldes mayores, 2 de febrero de 1742, y Joaquín Codallos y Rabal, Bando, 4 de febrero de 1746, SANM II 8: 108, pp. 213-215 (T-443, 495); y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 69-70. Sobre la cita de Abiquiu, véase la carta de Tomás Vélez de Cachupín a Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo I, del 27 de noviembre de 1751, *PINM*, p. 79. Sobre los acontecimientos de 1747, véanse «An Account of Lamentable Happenings in New Mexico and of Losses Experienced in Daily Affairs Spiritual and Temporal; Written by Reverend Father Fray Juan Sanz de Lazaún, in the Year 1760», *HD*, 3, p. 477; y Hubert Howe Bancroft, *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888* (San Francisco, History Company, 1889), p. 249. Los documentos aportan información contradictoria acerca de la composición étnica de la partida de asaltantes que atacó Abiquiu y sobre el campamento indio que las tropas del gobernador Codallos devastaron en 1747; en todo caso, es probable que ambos estuvieran compuestos por unidades conjuntas de comanches y ute. <<

[51] Sobre el conflicto entre comanches y pawnee, véanse Opinion of Lt. Gen. Juan Páez Hurtado, SANM II 6, p. 129; «Declaration of Luis del Fierro», p. 304; y White, *Roots of Dependency*, pp. 152 y 179. Fierro refiere hostilidades entre los comanches y «una nación», lo cual probablemente aluda a los arapaho. Véase Douglas R. Parles, «Enigmatic Groups», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, 2 partes (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001), 2ª parte, pp. 971-972. Sobre los osage, véanse Stephen Aron, *American Confluence: The Missouri Frontier from Borderland to Border State* (Bloomington, Indiana University Press, 2006), pp. 24-26 y 48-49; y Kathleen DuVal, *The Native Ground: Indians and Colonists in the Heart of the Continent* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006), pp. 103-110. <<

[52] Sobre las relaciones entre comanches y Wichita, véanse «Declaration of Luis del Fierro», «Declaration of Joseph Miguel Raballo», 13 de abril de 1749, y «Declaration of Felipe de Sandoval», *FT*, 3, pp. 303, 307-308, 323; y Marín del Valle, Descripción, AGN. CA 39: 1, 22R. No todos los prisioneros apaches se vendían. Cuando Sandoval visitó la Comanchería, observó que los comanches «se reservan todas las [mujeres] que arrebatan a sus enemigos de guerra». <<

[53] Sobre la presencia de comerciantes franceses entre los comanches en 1748, véase la carta de Antonio Durán de Armijo a Joachin Codallos y Rabal, del 27 de febrero de 1748, en Ralph Emerson Twitchell, *The Spanish Archives of New Mexico*, 2 vols. (Nueva York, Amo, 1976), vol. 1, p. 148. La cita procede de Tomás Vélez de Cachupín, Breve descripción de la provincia y territorio de Nuevo México, del reino de Nueva España, en «New Mexico in the Mid-Eighteenth Century: A Report Based on Governor Vélez Cachupines Inspection», edición y traducción al inglés de Robert Ryal Miller, *SHQ* (octubre de 1975), p. 173. Sobre el comentario acerca de los esclavos apaches en Louisiana, véase Juliana Barr, «From Captives to Slaves: Commodifying Indian Women in the Borderlands», *JAH* 92 (junio 2005), p. 28. <<

[54] Sobre los asaltos de comanches y ute a Pecos y Galisteo, véanse la carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750, *FT*, 3, p. 3*8; Kessell, *Kiva, Cross, and Crown*, pp. 397, nota 24, y 380; y Frances Levine y Anna LaBauve, «Examining the Complexity of Historical Population Decline: A Case Study of Pecos Pueblo, New Mexico», *Ethnohistory* 44 (invierno de 1997), p. 96. Sobre Abiquiu, Ojo Caliente y Quemado, véanse Solicitud de los vecinos de Ojo Caliente, Abiquiu y Pueblo Quemado de abandonar los asentamientos a causa de las hostilidades de los indios, 1748, *SANM I 1*, pp. 263-266 (T-28); y «Account of Lamentable Happenings», p. 477. Sobre la ejecución de los ataques de comanches y ute y las fortificaciones de Pecos y Galisteo, véanse marqués de Altamira, «Opinión», 15 de enero de 1753, *PINM*, p. 127; y carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750, *FT*, 3, p. 328. Sobre las ferias de Taos, véase la carta de Codallos al virrey, de 1748, en Twitchell, *Spanish Archives*, 2, p. 227. <<

[55] Las citas proceden de Cachupín, Breve descripción de la provincia y territorio de Nuevo México, del reino de Nueva España, p. 173; y de la carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750, *FT*, 3, p. 328. Sobre las medidas de Cachupín, véase John, *Storms*, pp. 314-315. <<

[56] Sobre las reacciones de los españoles ante la amenaza francesa, véanse la carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750» y «Report of Doctor Andreu», 7 de junio de 1751, *FT*, 3, pp. 326, 343; y Altamira, «Opinión», 26 de abril de 1752, *PINM*, p. 79. Las citas proceden de Cachupín, Breve descripción de la provincia y territorio de Nuevo México, del reino de Nueva España, p. 173; de la carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 27 de noviembre de 1751, y de «Instruction of Cachupín», *PINM*, pp. 75 y 135. <<

[57] La descripción de Varo aparece citada en «Report of the Reverend Father Provincial, Fray Pedro Serrano, to the Most Excellent Señor Viceroy, the Marquis of Cruillas, in regard to the *Custodia* of Nuevo Mexico, In the year 1761», *HD*, 3, pp. 486-487. <<

[58] «Report of Serrano», *HD*, 3, p. 487; y carta de Altamira al virrey, del 9 de enero de 1751, *HD*, 3, p. 332. <<

[59] Tomás Vélez de Cachupín, Relato de la campaña contra los comanches del otoño de 1751, SANM II 8, pp. 1049-1054 (T-518); y carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 27 de noviembre de 1751, *PINM*, pp. 68-76 (las citas proceden de las páginas 71-73). <<

[60] Véase, por ejemplo, «Declaration of Felipe de Sandoval», p. 323. <<

[61] Cartas de Juan Joseph Lobato a Cachupín, del 28 de agosto de 1752, y de Cachupín a Revillagigedo I, del 29 de septiembre de 1752, *PINM*, pp. 114-117 y 118-125 (las citas proceden de las páginas 115-116 y 120). El informe de Lobato se basaba en un testimonio ofrecido por una prisionera india que vivía con los comanches en la época de las negociaciones y, posteriormente, fue vendida a Nuevo México por los ute. Su testimonio fue traducido al español por un criado indio cuya «sinceridad» permitió a Lobato «entender los hechos fundamentales de la narración».

<<

[62] Carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 29 de septiembre de 1752, *PINM*, pp. 119-121 (las citas proceden de las páginas 120 y 121). <<

[63] «Instruction of Cachupín», pp. 132-135 (las citas proceden de las páginas 134-135). <<

[64] Carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 29 de septiembre de 1752, e «Instruction of Cachupín», *PINM*, pp. 124 y 135-136. Sobre el mapa de De Miera y Pacheco, véase Wheat, *Mapping the Trans-Mississippi West*, 1, p. 108. <<

[65] «Declaration of Luis Fuesi» y carta de Cachupín a Revillagigedo I, del 18 de septiembre de 1752, *PINM*, pp. 107 y 110. Se sabe muy poco sobre las relaciones entre los comanches y los pawnee skidi, salvo que su alianza estuvo empañada por hostilidades frecuentes. Véase, por ejemplo, Pedro Tamarón y Romeral, *Bishop Tamarón's Visitation of New Mexico, 1760*, edición de Eleanor B. Adams (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1954), p. 62. Sobre la batalla de 1751, véase la carta de Jacques-Pierre de Taffanel de la Jonquiére, marqués de la Jonquiére, al ministro francés, de 25 de septiembre de 1751, en *The French Regime in Wisconsin*, edición de Reuben Gold Thwaites (Madison, Wisconsin Historical Society, 1908), pp. 87-88. <<

[66] Sobre los taovaya, véanse Smith, *Wichita Indians*, pp. 27-28; y Anderson, *Indian Southwest*, p. 152. Sobre la frontera entre comanches y osage, véase Henry Dodge, Diario del avance de un destacamento de dragones, XXIV Congreso, Iª sesión, H. Doc. 181, p. 18. <<

[67] Véanse las cartas de Cachupín a Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750, *PT*, 3, p. 327; y de Lobato a Cachupín, del 28 de agosto de 1752, así como «Instruction of Cachupín», *PINM*, pp. 114-115 y 130-132. <<

[68] «Instruction of Cachupín», p. 136. La importancia de un enemigo común para la estabilidad de la alianza queda mejor ilustrada con el hecho de que la coalición había sufrido una ruptura breve a mediados de la década de 1730, cuando las guerras contra los apaches se interrumpieron durante algún tiempo. Véase Vista judicial del caso de Juan García de la Mora contra Diego de Torres, SANM II 7, p. 365 (T-402). <<

[69] Para un estudio centrado en el desmoronamiento de la alianza entre comanches y ute desde la perspectiva de estos últimos, véase Blackhawk, *Violence*, pp. 52-54 y 61-62. <<

[70] La cita procede de la carta de Cachupín a Joaquín de Montserrat, marqués de Quillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, pp. 149-150. Para las restricciones de Marín del Valle sobre el comercio, véase Francisco Marín del Valle, Bando, 26 de noviembre de 1754, SANM Il 8, pp. 1.191-1.196 (T-530). <<

[71] Carta de Revillagigedo I al marqués de Ensenada, del 28 de junio de 1753, *PINM*, pp. 111-112; Tamarón, *Visitation*, pp. 45, 54 y 57-58 (1 as citas proceden de la página 58); y Bernardo de Miera y Pacheco, «Miera's Report», edición de Herbert S. Auerbach, *Utah Historical Quarterly* 11 (1943), p. 121. <<

[72] Juan Candelaria, «Noticias que da Juan Candelaria vecino de esta villa de San Francisco Xauier de Alburquerque de edad de 84 años», edición de Isidro Armijo, *NMHR* 4 (julio de 1929), pp. 291-294; Tamarón, *Visitation*, pp. 58-59 (la cita sobre las intenciones de los comanches procede de la página 58); y Francisco Atanasio Domínguez, *The Missions of New Mexico, 1776: A Description by Fray Francisco Atanasio Domínguez*, edición y traducción al inglés de Eleanor B. Adams y Angélico Chávez (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1956), pp. 251 y 257-258 (la cita sobre las ruinas procede de la página 251). <<

[73] Candelaria, «Noticias», p. 291; y Tamarón, *Visitation*, pp. 59-61 (las citas proceden de la página 61). <<

[74] Tamarón, *Visitation*, pp. 61-62. <<

[75] *Ibíd.*, p. 62. Sobre el código social comanche y el honor viril, véase Jane Fishburne Collier, *Marriage and Inequality in Classless Societies* (Stanford, Stanford University Press, 1988), pp. 47-63. <<

[76] Carta de Cachupín a Cruillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, pp. 148-149. <<

[77] Ibid., pp. 150-151. Véase también James F. Brooks, «“This Evil Extends Especially... to the Feminine Sex”: Negotiating Captivity on the New Mexico Borderlands», *Feminist Studies* 22 (verano de 1996), p. 299. <<

[78] Carta de Cachupín a Cruillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, pp. 152-153. <<

[79] Sobre los motivos de Cachupín, véase la carta de Cachupín a Cruillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, pp. 153-154. <<

[80] La cita procede de la carta de Cachupín a Cruillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, p. 150. Sobre los intentos de Cachupín de poner fin a la política de asalto y comercio de los comanches, véase *ibíd.*, p. 151. Es preciso subrayar que las negociaciones de 1762, junto con las conversaciones de paz de la década anterior, supusieron tan solo el comienzo de una evolución que, en última instancia, podría haber dado lugar a un territorio intermedio auténtico. Como ha expuesto Richard White, la creación de un territorio intermedio era un proceso arduo y delicado que requería el paso de varias generaciones y, además, nunca concluía. Véase Richard White, *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Repon, 1650-1815* (Nueva York, Cambridge University Press, 1991), especialmente los capítulos 2, 7 y 8. Para un estudio que presenta el Sudoeste como un territorio intermedio fallido, véase Jeremy Adelman y Stephen Aron, «From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the Peoples in Between in North American History», *American Historical Review* 104 (junio de 1999), especialmente las páginas 823-829. <<

[81] Sobre la repoblación de Abiquiu y Ojo Caliente, véanse Medidas relacionadas con la repoblación de Ojo Caliente, 1751-1753; y Tomás Vélez de Cachupín, Orden de repoblar el paraje de Abiquiu, 1750, SANM I 4, pp. 265-278, 5, pp. 1.561-1.564 (T-650, 1.100). Sobre el comercio de los ute en Abiquiu y Ojo Caliente, véase Domínguez, *Missions*, pp. 252-253. Los ute reaparecieron en la década de 1770 como un pueblo de las montañas con todas las de la ley, que basaba su economía en la caza menor, la recolección de plantas silvestres y la toma de prisioneros en la Gran Cuenca. Siguieron viajando de vez en cuando a las llanuras para cazar bisontes, pero las expediciones habían adquirido ahora un carácter más ritual que económico. Véanse la carta de Fernando de la Concha a Juan Vicente de Güemes Padilla Horcasitas y Aguayo, conde de Revillagigedo II, del 6 de mayo de 1793, SANM II 13, pp. 234-235 (T-1.234); y Blackhawk, *Violence*, pp. 55-87. <<

[82] Sobre los tabúes alimentarios, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 70. Sobre los caballos salvajes, véanse Flores, «Bison Ecology», p. 481; y Richard White, «Animals and Enterprise», en *The Oxford History of the American West*, edición de Clyde A. Milner II, Carol A. O'Connor y Martha A. Sandweiss (Nueva York, Oxford University Press, 1994), p. 239. <<

[83] Sobre las relaciones entre Texas y los apaches lipán y el tratado de 1749, véanse Anderson, *Indian Southwest*, pp. 111-120; y Barr, «From Captives to Slaves», pp. 32-38. Para una perspectiva general de las relaciones entre apaches y españoles en Texas, véase John, *Storms*, pp. 258-287. Sobre la Texas de principios del siglo XVIII, véase Jesús F. de la Teja, «Spanish Colonial Texas», en *New Views of Borderlands History*, edición de Robert H. Jackson (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998), p. 127. Sobre las primeras expediciones comanches a las llanuras de Texas, véase Juan Agustín de Morfí, *History of Texas, 1673-1779*, traducción al inglés de Carlos Eduardo Castañeda, 2 vols. (Albuquerque, Quivira Society, 1935), vol. 2, p. 294. <<

[84] Sobre el comercio entre franceses y Wichita junto al río Rojo, véase Elizabeth Ann Harper, «The Taovaya Indians in Frontier Trade and Diplomacy, 1719-1768», *CO 31* (otoño de 1953), pp. 278-279; y Smith, *Wichita Indians*, p. 28. <<

[85] Sobre los taovaya, los tonkawa y los hasinai, véanse Harper, «Taovayas Indians», pp. 271-272; Kelly F. Himmel, *The Conquest of the Karankawas and Tonkawas, 1821-1859* (College Station, Texas A&M University Press, 1999), pp. 23-25; y Anderson, *Indian Southwest*, pp. 145-148. Sobre la expansión de los apaches lipán en las llanuras de Texas, véase, por ejemplo, Isidro Félix de Espinosa, *Crónica de los Colegios de Propaganda Fide de la Nueva España*, edición de Lino Gómez Cañedo (1764; reimpreso en Washington, D. C., Academy of American Franciscan History, 1964), p. 692. Sobre las acusaciones españolas de manipulación francesa, véase Morfí, *History*, vol. 2, pp. 374-376 y 390. <<

[86] Sobre la agricultura de los apaches lipán, véase Morris E. Opler, «Lipán Apache», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, 2 partes (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001), 2ª parte, p. 948. La rita procede de «A Statement by Fray Francisco Aparicio to Colonel Parrilla», 5 de abril de 1758, en *San Saba Papers: A Documentary Account of the Founding and Destruction of San Saba Mission*, edición de Lesley Byrd Simpson, traducción al inglés de Paul D. Nathan (1959; reimpresso en Dallas, Southern Methodist University Press, 2000), pp. 127-128. <<

[87] Sobre San Sabá, véase Robert S. Weddle, *The San Saba Mission: Spanish Pivot in Texas* (1964; reimpreso en College Station, Texas A&M University Press, 1999), pp. 35-60. Para una perspectiva española de San Sabá en aquella época, en la que se presenta como una provocación para el ataque de los *norteños*, véase Morfi, *History*, vol. 2, p. 376. <<

[88] «Deposition of Joseph Gutiérrez», «Deposition of Andrés de Villareal», «Deposition of Juan Leal» y «Deposition of Father Fray Manuel Miguel de Molina», en *San Sabá Papers*, pp. 43-45, 68-77 Y 84-92 (las citas proceden de las páginas 43, 71 y 90); Morfí, *History*, 2, pp. 378-385 (la cita sobre la pintura de los rostros procede de la página 378); y Weddle, *San Saba Mission*, p. 88. <<

[89] «Deposition of Joseph Gutiérrez», «Deposition of Sergeant Joseph Antonio Flores» y «Memorandum by Colonel Diego Ortiz Parrilla», en *San Sabá Papers*, pp. 44, 56 y 98. Las citas proceden de la carta de Manuel de la Piscina al virrey, del 24 de marzo de 1758, y de «Deposition of Father Miguel de Molina», en *ibíd.*, pp. 35 y 90-91. <<

[90] Henry Easton Allen, «The Parrilla Expedition to the Red River in 1759», *SHQ* 43 (julio de 1939), pp. 53-71; Weddle, *San Sabá Mission*, pp. 107-140; y Smith, *Wichita Indians*, pp. 31-34. La pérdida de los cañones supuso un golpe importante para Texas porque en la frontera septentrional eran raros y tenían un valor considerable como símbolos del poderío militar de España. Veinte años después, los españoles todavía trataban de recuperarlos, cosa que finalmente consiguieron en 1779. Véanse la carta de De Mézières a Teodoro de Croix, del 19 de abril de 1778, y «Summary by Croix of the Reports of de Mézières», 23 de septiembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 208, 228. <<

[91] Curtis D. Tunnell y W. W. Newcomb, hijo, *A Lipán Apache Mission: San Lorenzo de la Santa Cruz, 1762-1771* (Austin, Texas Memorial Museum, 1969), pp. 167-172; y John, *Storms*, p. 355. <<

[92] «Itinerary of Señor Marqués de Rubí, Field Marshal of His Majesty's Armies, in the Inspection of the Interior Presidios that by Royal Order He Conducted in this New Spain, 1766-1768», y Cayetano Maria Pignatelly Rubí Corbera y San Climent, marqués de Rubí, «Dictamen of April 18, 1768», en *Imaginary Kingdom: Texas as Seen by the Rivera and Rubí Military Expeditions, 1727 and 1767*, edición de Jack Jackson (Austin, Texas State Historical Association, 1995), pp. 111, 179 y 181 (la cita procede de la página ni); Nicolás de Lafora, *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América septentrional perteneciente al Rey de España*, edición de Vito Alessio Robles (Ciudad de México, Editorial Pedro Robredo, 1939), p. 182; y Anderson, *Indian Southwest*, pp. 124-126. <<

[93] Rubí, «Dictamen», pp. 178-181. <<

[94] Sobre la acogida de las medidas de Rubí, véase *imaginary Kingdom*, edición de Jackson, pp. 82-84. <<

[95] Sobre los asaltos apaches en el norte de Nueva España, véase David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005), pp. 74-75 (trad, cast: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). Sobre los viajes entre San Antonio y Santa Fe, véase *PV*, p. 262. <<

[96] Las citas proceden de Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 87; y Wheat, *Mapping the Trans-Mississippi West*, vol. 1, p. 108. <<

[97] Para la estimación de 1726, véase De Rivera, *Diario y derrotero*, p. 78. La estimación de la población comanche en 1750 se basa en las siguientes deducciones. Ese año, Pierre Satren, un francés que había vivido dos meses en la Comanchería, informó de que las rancherías de la cuenca alta del Arkansas podían congregarse a dos mil guerreros. Cuando se suma a esta cifra las mujeres, niños y ancianos, parece que solo en el valle del río Arkansas vivían entre ocho y diez mil comanches. A esta cifra deberíamos añadir la de todas las rancherías comanches del Llano Estacado. Véase «Declaration of Pedro Satren», 5 de marzo de 1750, *PT*, 3, p. 317. Sobre el descenso de población apache, véase Morfi, *History*, 2, p. 272. <<

[98] Sobre el carácter central de la agricultura en la cultura apache, véanse Dolores A. Gunnerson, *The Jicarilla Apaches: A Study in Cultural Survival* (DeKalb, Northern Illinois University Press, 1974), pp. 242-243; Gunnerson, «Plains Village Tradition», pp. 239-244; y J. Loring Haskell, *Southern Athapaskan Migration, A. D. 200-1750* (Tsaile, Arizona, Navajo Community College Press, 1987), pp. 85-92 y 110-111. <<

[99] Carta de De Mézières a Luis Unzaga y Amezaga, del 29 de octubre de 1770, *ADM*, I, pp. 218-219. <<

[1] Para un análisis incisivo de esta dinámica, véase Gregory Evans Dowd, *War under Heaven: Pontiac, the Indian Nations and the British Empire* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2002). <<

[2] La reorganización de la política fronteriza en el norte de Nueva España ha recibido considerable atención de los historiadores. Algunos ejemplos destacados son Max L. Moorhead, *The Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1797* (Norman, University of Oklahoma Press, 1968); David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005), pp. 204-235 (trad. cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007); Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820* (Berkeley, University of California Press, 2000); y Jeremy Adelman y Stephen Aron, «From Borderlands to Borders: Empires, Nation-States, and the Peoples in between in North American History», *American Historical Review* 104 (junio de 1999), pp. 833-835. <<

[3] Carta de Tomás Vélez de Cachupín a Joaquín de ¿Montserrat, marqués de Cruillas, del 27 de junio de 1762, *PINM*, p. 150. <<

[4] Sobre la distribución de caballos hacia las llanuras centrales y septentrionales y las dificultades de los indios de estas zonas para forjar una cultura ecuestre viable, véase Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 13-22. <<

[5] Sobre los pawnee, los kansa, los iowa y los kiowa, véase Pedro Vial y Francisco Xavier Chaves, Diario, en «Inside the Comanchería, 1785: The Diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de Adán Benavides, hijo, *SHQ* 88 (julio de 1994), p. 50; Domingo Cabello y Robles, Respuestas ofrecidas por el gobernador de la provincia de Texas a las preguntas planteadas por el comandante general de las [Provincias] Internas en carta oficial del 27 de enero acerca de las diferentes situaciones de los comanches orientales, 30 de abril de 1786, BA 17, p. 418; y Zebulon Montgomery Pike, *The Expeditions of Zebulon Montgomery Pike*, edición de Elliott Coues, 2 vols. (1895; reimpresso en Nueva York, Dover, 1987), vol. 2, p. 590. Pedro Vial, que cita a los kansa, los iowa y los kiowa como socios comerciales de los comanches, escribió su narración tras pasar el verano de 1785 en el este de la Comanchería. La información sobre el comercio de caballos entre los comanches y los cheyenne y los ponca se basa en las tradiciones de estos dos último grupos. Véanse Alice Marriott y Carol K. Rachlin, *Plains Indian Mythology* (Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1975), pp. 94-98; y Alice C. Fletcher y Francis La Flesche, *The Omaha Tribe*, Bureau of American Ethnology Bulletin 27 (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1905-1906), pp. 79-80. Sobre las rutas, véase Donald J. Blakeslee y Robert Biasing, «Indian Trails in the Central Plains», *Plains Anthropologist* 33 (febrero de 1988), p. 24. <<

[6] Sobre el comercio de los comanches en Nuevo México y con los Wichita, véase la carta de Pedro Fermín de Mendinueta a Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix, del 3 de septiembre de 1768, *PINM*, pp. 160-162. Sobre el comercio británico en las praderas meridionales y con los Wichita, véase *PV*, pp. 11-12. Sobre el informe de 1776, véase Francisco Atanasio Domínguez, *The Missions of New Mexico, 1776: A Description by Fray Francisco Atanasio Domínguez*, edición y traducción al inglés de Eleanor B. Adams y Angélico Chávez (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1956), p. 252. La cita procede de Nicolás de Lafora, *The Frontiers of New Spain: Nicolás de Lafora's Description, 1766-1768*, edición y traducción al inglés de Lawrence Kinnaird (Berkeley, Quivira Society, 1958), p. 94. <<

[7] Sobre el flujo de mercancías, véanse Vial y Chávez, *Diario*, p. 50; y Cabello, *Respuestas*, BA 17, p. 418. Véase también Pekka Hämäläinen, «The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System», *Western Historical Quarterly* 29 (invierno de 1998, pp. 492-493. <<

[8] Sobre el comercio de caballos de los mandan y los hidatsa, véanse John C. Ewers, *Indian Life on the Upper Missouri* (1954; reimpreso en Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 14-33; y John S. Milloy, *The Plains Cree: Trade, Diplomacy, and War, 7790 to 1870* (Winnipeg, University of Manitoba Press, 1988). La cita procede de la carta de Estevan Rodríguez Miró a Antonio Rengel, de 12 de diciembre de 1785; en *Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804*, edición de A. P. Nasatir, 2 vols. (1952; reimpreso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1990), vol. 1, p. 125. Miró también incluía a los apaches como distribuidores de caballos en el valle del Missouri, pero se trataba de un error: casi todos los apaches habían sido expulsados de las llanuras antes de la década de 1760. <<

[9] Lafora, *Frontiers*, pp. 93 y 185. Para preservar la hegemonía militar de España en el continente americano, la corona había prohibido distribuir armas de fuego entre los indígenas desde 1501. Temerosos de perder el comercio y las lealtades indias en beneficio de los contrabandistas británicos, a finales del siglo XVIII las autoridades españolas solicitaban con frecuencia la exención de la ley, pero la normativa estricta no se flexibilizó hasta la década de 1780. Véase por ejemplo la carta de Juan Mana Vicencio, barón de Ripperdá, al virrey, del 28 de abril de 1772, y la de José Areche al virrey, del 31 de julio de 1772, *ADM*, 1, pp. 269-271 y 277-282. <<

[10] Cabello, Respuestas, BA 17, p. 418; y Pedro Tamarón y Romeral, *Bishop Tamarón 's Visitation of New Mexico, 1760*, edición de Eleanor B. Adams (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1954), p. 58. Las citas proceden de Domínguez, *Missions*, p. 252. <<

[11] Frank, *From Settler to Citizen*, p. 37. <<

[12] Sobre la política de De Mendinueta hacia los indios, véase, por ejemplo, la carta de De Mendinueta a Teodoro de Croix, del 18 de junio de 1768, *PINM*, pp. 159-162 (las citas proceden de la página 159). <<

[13] Sobre la sequía, véase Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 34-35 y 38. Sobre la tregua de 1771 y los asaltos subsiguientes, véase Hubert Howe Bancroft, *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888* (San Francisco, History Company, 1889), p. 259; y *PINM*, pp. 44 y 169 n. 70. <<

[14] Sobre el censo de 1757, véase John O. Baxter, *Las Carneradas: Sheep Trade in New Mexico, 1700-1860* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987), p. 42. Las citas proceden de la carta de De Mendinueta a Antonio María de Bucareli y Ursúa, del 19 de agosto de 1775, *PINM*, p. 184; y de Antonio Bonilla, «Bonilla's Notes Concerning New Mexico [1776]», en *New Spain and the Anglo-American West: Historical Contributions Presented to Herbert Eugene Bolton*, edición de Charles W. Hackett, George P. Hammond y J. Lloyd Mecham, 2 vols. (Lancaster, Pensilvania, 1932), vol. 1, p. 195. <<

[15] Sobre la abundancia de caballos entre los comanches, véanse la carta de De Mendinueta a Bucareli, del 20 de octubre de 1774, *PINM*, p. 175; Juan Bautista de Anza, «Diary of the Expedition... against the Comanche Nation... », 10 de septiembre de 1779, y la carta de Francisco Xavier Ortiz a Juan Bautista de Anza, del 29 de mayo de 1786, *FF*, pp. 139 y 323. Sobre las exigencias mínimas, véase John H. Moore, «The Dynamics of Scale in Plains Ethnohistory», *Papers in Anthropology* 23: 2 (1982), p. 234. <<

[16] Sobre las incursiones para tomar prisioneros en Nuevo México, véanse las cartas de De Mendinueta a De Croix, del 10 de noviembre de 1769 y el 4 de agosto de 1770, AGN: PI 103: 1, 8R, V, 114R, V; de De Mendinueta a Bucareli, del 30 de septiembre de 1774 y el 18 de agosto de 1775, *PINM*, pp. 169-173 y 180-184; y Teodoro de Croix, «General Report of 1781», en *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783: From the Original Document in the Archives of the Indies, Seville*, edición y traducción al inglés de Alfred Barnaby Thomas (Norman, University of Oklahoma Press, 1941), p. m. Sobre el comercio de prisioneros de los comanches en Nuevo México y el plan de limosna, véanse la carta de De Mendinueta a Bucareli, del 30 de septiembre de 1774, *PINM*, p. 170; Domínguez, *Missions*, p. 252 las cartas de De Croix a De Anza, del 27 de mayo de 1782, y de Phelipe Neve a De Anza, del 28 de abril de 1784, SANM II 11, p. 344, 723-724 (T-839, 894); y Oakah L. Jones, hijo, «Rescue and Ransom of Spanish Captives from the *indios bárbaros* on the Northern Frontier of New Spain», *Colonial Latin American Historical Review* 4 (primavera de 1995), pp. 143-144. Sobre el comercio comanche de prisioneros de Nuevo México con los Wichita, los pawnee y los franceses, véanse Juan Agustín de Morfí, *History of Texas, 1673-1779*, traducción al inglés de Carlos Eduardo Castañeda, 2 vols. (Albuquerque, Quivira Society, 1935), vol. 2, p. 434; carta de Athanase de Mézières a De Croix, del 19 de abril de 1778, *ADM*, 2, p. 209; Jack B. Tykal, «From Taos to St Louis: The Journey of María Rosa Villalpando», *NMHR* 65 (abril de 1990), pp. 161-174; y Angélico Cháves, *Origins of New Mexico Families: A Genealogy of the Spanish Colonial Period* (1954; reimpresso en Santa Fe, Museum of New Mexico Press, 1992), pp. 281-282. Juliana Barr sostiene que, en el siglo XVIII, los comanches tomaban prisioneros con la intención de comerciar con ellos, y no para utilizarlos como mano de obra. Véase Juliana Barr, «From Captives to Slaves: Commodifying Indian Women in the Borderlands», *JAH* 92 (junio de 2005), pp. 25-26. <<

[17] Sobre los planes de Lafora, véase Lafora, *Frontiers*, p. 95. Sobre las defensas de Nuevo México, véase la carta de Areche a Bucareli, del 21 de octubre de 1775, *PINM*, pp. 185-186; Sobre los asaltos de 1777 y 1778, véase *PINM*, p. 51; y De Croix, «General Report», p. 111. Las citas proceden de Domínguez, *Missions*, pp. 124 y 217; y Bonilla, «Notes», p. 195. <<

[18] Sobre los asaltos comanches en Nuevo México, véase Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 43-44 y 49-50; las cartas de De Mendinueta a De Croix, del 27 de abril y el 10 de noviembre de 1769 y el 4 de agosto de 1770, y de De Mendinueta a Bucarelli, del 23 de julio de 1773, AGN: PI 103: 1, 51R-54R, 88R, V, 11R, V, 103: 2, 230R-234V; «Extract of Reports from the Kingdom of New Mexico between September 17 and November 9 of the past year [1769]», y cartas de De Mendinueta a Bucarelli, del 30 de septiembre de 1774 y el 12 de mayo y el 18 de agosto de 1775, *PINM*, pp. 169-170 y 179-183; Pedro Fermín de Mendinueta, Orden de repoblación de Abiquiu, 2 de noviembre de 1770, SANM I 1, pp. 289-292 (T-36); Solicitud de los ciudadanos de Nuestra Señora del Rosario de las Truchas, 6-10 de marzo de 1772, SANM II 10, pp. 712-716 (T-666); Domínguez, *Missions*, pp. 78, 83, 92 y 112-113; cartas de Joseph Rubio a De Mendinueta, del 8 de enero de 1778, y de De Croix a De Mendinueta, del 8 de enero de 1778, SANM II 10, pp. 965, 970 (T-714, 716); Juan Agustín de Morfí, «Geographical Description of New Mexico», *FF*, p. 96; y Marc Simmons, «Settlement Patterns and Village Plans in Colonial New México», *Journal of the West* 8: 1 (1969), pp. 15-16. Las citas proceden de la carta de De Mendinueta a Bucarelli, del 8 de febrero de 1775, *PINM*, p. 177; y de E. Boyd, «Troubles at Ojo Caliente, a Frontier Post», *El Palacio* 64 (noviembre de 1957), pp. 353-354. La expresión «destruida por comanches hostiles» procede de un mapa confeccionado por Bernardo de Miera y Pacheco, reimpresso en *FF*, p. 87. Sobre los asaltos de apaches y navajos, véanse Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 36-37; Domínguez, *Missions*, p. 254; y Bonilla, «Notes», p. 195. <<

[19] Sobre el mapa de 1779, véase Domínguez, *Missions*, pp. 2-3. Sobre los efectos de los asaltos comanches, véanse las cartas de De Mendinueta a Bucareli, del 27 de abril de 1769, el 18 de enero y el 8 de agosto de 1771, el 4 de enero y el 30 de marzo de 1772 y el 23 de julio y el 16 de octubre de 1773, AGN: PI 103: 1, 51R-54R, 134R-135V, 155R-158R, 103: 2, 177R-180R, 184R-186R, 230R-234V, 238R-239V; de De Mendinueta a Bucareli, del 30 de septiembre de 1774 y el 12 de mayo y el 18 de agosto de 1775, de Areche a Bucareli, del 21 de octubre de 1775 y de De Mendinueta a De Croix, de 22 de junio de 1778, *PINM*, pp. 170-173, 179-183, 185-186 y 212; Domínguez, *Missions*, pp. 143, 213-214 y 254 (las citas proceden de la página 213); y Charles L. Lummis, *A New Mexico David and Other Stones and Sketches of the Southwest* (Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1891), pp. 96-99. Sobre Pecos, véase Morfí, «Geographical Description», p. 93; y Domínguez, *Missions*, p. 214. En 1760, tan solo dieciséis años antes, vivían en Pecos 168 familias. Véase Tamarón, *Visitation*, p. 48. <<

[20] Tamarón, *Visitation*, p. 53; y Frank, *Front Settler to Citizen*, p. 42. La cita procede de Domínguez, *Missions*, p. 217. <<

[21] Sobre las campañas de castigo españolas, véase *PINM*, pp. 38-51; y carta de De Croix a De ¿Mendinueta, del 8 de enero de 1778, SANM II 10, p. 970 (T-716). Para una descripción inquietante del uso de las orejas de los indios como trofeo en Santa Fe, véase Ned Blackhawk, *Violence over the Land: Indians and Empires in the Early American West* (Cambridge, Harvard University Press, 2006), pp. 16-18. <<

[22] Sobre la batalla de 1774, véase la carta de De Mendinueta a Bucareli, del 20 de octubre de 1774, *PINM*, pp. 174-175. Sobre el comentario de Bucareli, véase la carta de Bucareli a De Mendinueta, del 8 de febrero de 1775, *PINM*, p. 177. <<

[23] Sobre las guerras apaches de la década de 1770, véase Elizabeth A. H. John, *Storms Brewed in Other Men's World: The Confrontation of Indians, Spanish, and French in the Southwest, 1540-1795* (Norman, University of Oklahoma Press, 1975), pp. 433-447. Sobre las defensas de Nuevo México, véanse las cartas de De Mendinueta a Bucareli, del 19 de agosto de 1775, y de De Mendinueta a De Croix, del 22 de junio de 1778, *PINM*, pp. 184-183 y 212-213; y *PINM*, p. 54 n. 67. Sobre las pautas de ocupación de Nuevo México, véase Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 47-49. Sobre las tentativas de De Mendinueta de reforzar la frontera, véase la carta de De Mendinueta a De Croix, del 3 de noviembre de 1777, en «Governor Mendinueta's Proposals for the Defense of New Mexico, 1772-1778», edición de Alfred B. Thomas, *NMHR* 6 (enero de 1931), pp. 36-39. <<

[24] Para examinar una reproducción del mapa de De Miera y Pacheco y una traducción de la leyenda, véase Domínguez, *Missions*, pp. 2-4. Sobre la descripción de Morfí, véase Morfí, «Geographical Description», p. 92. <<

[25] Los datos siguientes sobre incursiones proceden de la carta de De Mendinueta a Bucareli, del 30 de septiembre de 1774, *PINM*, pp. 169-172. <<

[26] Frank, *From Settler to Citizen*, p. 33; y carta de De Mendinueta a De Croix, del 3 de septiembre de 1768, *PINM*, pp. 160-161. Las citas proceden de las cartas de Bucareli a Julián de Arriaga, del 27 de enero de 1773, citada en *PINM*, p. 43; y de la de De Mendinueta a De Croix, del 3 de septiembre de 1768, *PINM*, p. 160. <<

[27] Sobre la variedad y fluidez de las estrategias de intercambio en los territorios fronterizos de río Grande con las Grandes Llanuras y con los navajos, véanse Katherine A. Spielmann, «Interaction among Nonhierarchical Societies», en *Farmers, Hunters, and Colonists: Interaction between the Southwest and the Southern Plains*, edición de Katherine A. Spielmann (Tucson, University of Arizona Press, 1991), pp. 7-13; Patricia Albers, «War, Merger, and Symbiosis: Contrasting Forms of Intertribal Relationship among Historic Plains Indians», en *Political Economy of North American Indians*, edición de John H. Moore (Norman, University of Oklahoma Press, 1993), pp. 108-109; y James F. Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002), pp. 86-88. <<

[28] Dominguez, *Missions*, pp. 59, 99, 111-113, 252; y Juan Agustín de Morfí, *Desórdenes que se advierten en el Nuevo México [1778]*, AGN: HI 25, 132V. La cita procede de la carta de De Mendinueta a Bucareli, del 20 de octubre de 1774, *PINM*, p. 175. <<

[29] Carta de De Mendinueta a Bucarelli, del 11 de mayo de 1771, citada y traducida al inglés en John L. Kessell, *Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840* (Washington, D. C., National Park Service, 1979), pp. 393-395.

<<

[30] Carta de De Mendinueta a De Croix, del 28 de enero de 1769, AGN: PI 103: 1, 60V-62V. <<

[31] Domínguez, *Missions*, pp. 251-252; y Max L. Moorhead, *New Mexico's Royal Road: Trade and Travel on the Chihuahua Trail* (Norman, University of Oklahoma Press, 1958), p. 43. <<

[32] Domínguez, *Missions*, p. 252. <<

[33] Carta de De Mendinueta a Bucareli, del 30 de septiembre de 1774, *PINM*, p. 172. La primera referencia al comercio de caballos «inverso» en Taos data de 1760. Véase Tamarón, *Visitation*, p. 58. El hecho de que los comanches vendieran en Taos ganado robado en Nuevo México se evidencia en que solían vender mulas, que son estériles y solo podían obtenerlas en Nuevo México. Sobre el comercio de mulas en Taos, véase Domínguez, *Missions*, p. 252. Sobre la interrupción de cacerías, véase Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), pp. 230-231. Las citas proceden de Morfi, «Geographical Description», p. 101; y Morfi, Desórdenes, AGN: HI 25, 132V

<<

[34] Sobre la destrucción y el hambre en Nuevo México, véanse las cartas de De Mendinueta a De Croix, del 3 de noviembre de 1777, en «Mendinueta Proposals», p. 35; y de De Mendinueta a De Croix, del 22 de junio de 1778, *PINM*, p. 212; Domínguez, *Missions*, pp. 92, 213 y 217; y Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 50-52. En las narraciones de la época, raras veces se menciona el maíz entre los bienes que intercambiaban los comanches y Taos, tal vez por lo frecuente que era. Para una descripción que presenta a Taos como almacén de alimento de los comanches, véase Domínguez, *Missions*, p. 112. La cita procede de la carta de De Anza a De Croix, del 26 de mayo de 1780, *FF*, p. 177. <<

[35] Sobre los intrincados orígenes de «Los comanches», véase Thomas W. Kavanagh, «Los Comanches: Pieces of an Historie, Folkloric Detective Story, Part I», *NMHR* 81 (invierno de 2006), pp. 1-37. La cita procede de Domínguez, *Missions*, p. 112. <<

[36] Esta versión de «Los comanches» está inspirada en Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 1-10. <<

[37] Aurelio M. Espinosa, «Los Comanches: A Spanish Heroic Play of the Year Seventeen Hundred and Eighty», *University of New Mexico Bulletin* 45, Language Series, vol. 1 (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1907), pp. 36-37. <<

[38] Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 1-10. Para otras interpretaciones, véanse John, *Storms*, pp. 478-479; y Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 63-64. <<

[39] Sobre la alianza de ute y Nuevo México y el comercio de Abiquiu, véase Blackhawk, *Violence*, pp. 70-93. <<

[40] Carta de Francisco Atanasio Domínguez a Isidro Murillo, del 25 de noviembre de 1776, en Domínguez, *Missions*, pp. 286-287 (la cita procede de la página 286); y Ted J. Warner, editor, y Angélico Chávez, traductor al inglés, *The Domínguez-Escalante Journal: Their Expedition through Colorado, Utah, and Arizona, and New Mexico in 1775* (Salt Lake City, University of Utah Press, 1995), pp. 144-145. Sobre el alcance de los comanches, véase también Pedro Garrido y Durán, «An account of the events which have occurred in the provinces of New Mexico concerning peace conceded to the Comanche nation and their reconciliation with the Utes, since November 17 of last year and July of the current [1786]», *FF*, p. 295. <<

[41] Warner, editor, y Chávez, traductor al inglés, *Domínguez-Escalante Journal*, pp. 47-48, 55-56, 65-69 y 72 (las dos primeras citas proceden de las páginas 67 y 69). La cita más extensa procede de Silvestre Vélez de Escalante, *Pageant in the Wilderness: The Story of the Escalante Expedition to the Interior Basin*, 1776, edición y traducción al inglés de Herbert Eugene Bolton (Salt Lake City, Uta State Historical Society, 1950), p. 216. <<

[42] Anderson, *Indian Southwest*, pp. 128-137; y «Description of the most notable characteristics of the El Paso del Rio del Norte, as given by one of its citizens, after seven years' residence there», 1 de septiembre de 1773, *HD*, 3, p. 508. <<

[43] John, *Storms*, p. 485; y *FF*, pp. 16 y 63-64. <<

[44] Deborah Lamont Newlin, *The Tonkawa People: A Tribal History from the Earliest Times to 1893* (Lubbock, West Texas Museum Association, 1982), pp. 15-18; y F. Todd Smith, *From Dominance to Disappearance: The Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2005), pp. 73-74. Las citas proceden de la carta de De Mézières a Ripperdá, del 4 de julio de 1772, ADM, 1, pp. 289-290; y de Jean Louis Berlandier, *Journey to Mexico: During the Years 1826 to 1834*, traducción al inglés de Sheila M. Ohlendorf, Josette M. Bigelow y Mary M. Standifer, 2 vols. (Austin, Texas State Historical Association and University of Texas Press, 1980), vol. 2, p. 381. <<

[45] Los cambios en las relaciones entre hasinai y comanches y la merma del peso político de los primeros quedó de manifiesto en 1770, cuando las autoridades españolas decidieron utilizar a los caddo como intermediarios en una tentativa de negociar una paz con los comanches. Los españoles auspiciaron una reunión al más alto nivel con los kadohadacho, en lugar de con los hasinai; de hecho, los hasinai ni siquiera estuvieron presentes. Véase Athanase de Mézières, «Official Relation... », 29 de octubre de 1770, *ADM*, 1, pp. 206-220. Sobre el declive de los hasinai y el ascenso comercial de los Wichita, véase Daniel A. Hickerson, «Historical Processes, Epidemic Disease, and the Formation of the Hasinai Confederacy», *Ethnohistory* 44 (invierno de 1997), pp. 42-46. <<

[46] Sobre las relaciones entre comanches y taovaya, véanse Declaración de Antonio Treviño, 13 de agosto de 1765, BA 10, p. 379; Carlos E. Castañeda, *Our Catholic Heritage in Texas, 1519-1936*, 7 vols. (Austin, Von Boeckmann-Jones, 1936-1958), vol. 4, pp. 194-196; y F. Todd Smith, *The Wichita Indians: The Traders of Texas and the Southern Plains, 1540-1845* (College Station, Texas A&M University Press, 2000), p. 42. Sobre la agricultura taovaya, véase Anderson, *Indian Southwest*, pp. 162-163. Sobre la abundancia de caballos de Texas, véanse Dan Flores, *Horizontal Yellow: Nature and History in the Near Southwest* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999), pp. 107-108; y Juan N. Almonte, «Statistical Report on Texas», traducción al inglés de C. E. Castañeda, *SHQ* 28 (enero de 1925), p. 191. Sobre los mercados de ganado de Louisiana, véase Daniel H. Usner, hijo, *Indians, Settlers, and Slaves in a Frontier Exchange Economy: The Lower Mississippi Valley before 1783* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992), pp. 176-181. <<

[47] La cita procede de De Mézières, «Official Relation», p. 219. Sobre las incursiones comanches en Texas y sus vínculos con el comercio de caballos en el este, véanse también Lafora, *Frontiers*, pp. 149-150; y las cartas de De Mézières a Luis Unzaga y Amezaga, del 3 de julio de 1771, de Ripperdá al virrey, del 2 de agosto de 1772, de Roque de Medina a Hugo O’Conor, del 8 de marzo de 1774, y de De Mézières a Unzaga, del 24 de marzo y el 16 de diciembre de 1774, *ADM*, 1, pp. 253, 334, 2, pp. 32-34, 103 y 115. Sobre las prohibiciones comerciales, véase la carta de O’Reilly a De Mézières, del 23 de enero de 1779, *ADM*, 1, pp. 135-136; y Alejandro O’Reilly, «Proclamation», 7 de diciembre de 1769, en *Spain in the Mississippi Valley, 1765-1794: Translations of Materials from the Spanish Archives in the Bancroft Library*, edición de Lawrence Kinnaird, 3 vols. (Washington, D. C., GPO, 1946-1949), 2, p. 126. Sobre el tráfico de esclavos, véase la carta de De Mézières a De Croix, del 19 de abril de 1776, *PT*, 2, p. 247; y carta de De Mézières a De Croix, 19 de abril de 1778, *ADM*, 2, p. 209. <<

[48] Sobre el sistema comercial de los taovaya/wichita, la participación de los comanches en él y la falta de artículos europeos en la Comanchería, véanse Declaración de Antonio Treviño, BA 10, p. 379; cartas de Antonio de Ulloa a Hugo O’Conor, de 1768, de De Mézières a Unzaga, del 3 de julio de 1771, de Ripperdá al virrey, del 28 de abril de 1772, de De Mézières a Ripperdá, del 4 de julio de 1772, y de Ripperdá al virrey, del 6 de julio de 1772; J. Gaignard, «Journal», y carta de De Croix a José de Gálvez, del 23 de septiembre de 1778, *ADM*, 1, pp. 129, 251, 270, 301, 2, pp. 88-90, 222-223, 329-330; y *PV*, pp. 91-94. La cita de las «nimiedades» procede de Gaignard, «Journal», p. 95. <<

[49] Sobre el impacto de la amenaza británica sobre las medidas de España hacia los Wichita, véanse las cartas de Ulloa a O'Conor, de 1768, y de Ripperdá al virrey, del 28 de abril de 1772, *ADM*, 1, pp. 127-130 y 269-270. En 1773, Hugo O'Conor, el general al mando de las Provincias Internas, ordenó que Texas pusiera en práctica los planes de Rubí. Las autoridades de Texas abandonaron varios presidios y misiones en el Este y empezaron a trabar relaciones amistosas con las naciones de las llanuras meridionales. Sin embargo, a diferencia de lo que se exponía en las recomendaciones de Rubí, la colonia no concentró sus esfuerzos diplomáticos en los comanches. Sobre la implantación de las recomendaciones de Rubí en Texas, véase John, *Storms*, pp. 448-464. Sobre los osage, véanse la carta de De Mézières a Unzaga, del 20 de mayo de 1770, *ADM*, 1, pp. 166-168 (la cita procede de la página 167); y Colin G. Calloway, *One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2003), pp. 364-365. <<

[50] Sobre la conferencia de 1770, véase De Mézières, «Official Relation», pp. 206-220 (las citas proceden de las páginas 209-210). Sobre el proceso de paz entre wichitas y españoles, véase Smith, *Wichita Indians*, pp. 44-51. Sobre el comercio osage, véase la carta de De Mézières a Unzaga, de 20 de mayo de 1770, ADM, 1, pp. 166-167. <<

[51] «Articles of Peace Granted to the Taouaïazés Indians», 27 de octubre de 1771, y carta de Ripperdá al virrey, del 28 de abril de 1772, *ADM*, 1, pp. 256-259, 269-271. Manifestando su angustia, los comanches empezaron a «librar una guerra de la máxima crueldad» contra los Wichita cuando se enteraron del acercamiento entre estos y los apaches lipán inducido por los españoles. Véase De Mézières, «Official Relation», p. 212. Las citas proceden de la carta de De Mézières a Unzaga, del 3 de julio de 1771, *ADM*, 1, p. 251; y de «Articles of Peace», p. 257. <<

[52] Carta de Ripperdá a Unzaga, del 26 de mayo de 1772, *ADM*, 1, pp. 273-274.
Véase también Barr, «From Captives to Slaves», pp. 42-43. <<

[53] Sobre la visita de Povea, véase la carta de Ripperdá al virrey, del 5 de julio de 1772, *ADM*, i, pp. 320-321. <<

[54] Gaignard, «Journal», pp. 83-100 (las citas proceden de la página 94). Como muestra de la eficacia del bloqueo comercial de los Wichita, un jefe comanche le dijo a Gaignard que hacía ocho años que sus seguidores no veían «franceses». Sobre las instrucciones de Gaignard, véase la carta de J. Gaignard a Unzaga, del 6 de enero de 1774, *ADM*, 2, pp. 81-82. La cita procede de la carta de Ripperdá al virrey, del 6 de julio de 1772, *ADM*, 1, p. 331. <<

[55] La cita procede de la carta de De Mézières a De Croix, del 5 de abril de 1778, *ADM*, 2, p. 195. Sobre la agresión entre comanches y Wichita y la expansión de los primeros en territorio de los segundos, véanse las cartas de De Mézières a Unzaga, del 16 de diciembre de 1774, y de De Mézières a De Croix, del 8 de abril de 1778 y el 13 de septiembre de 1779, *ADM*, 2, pp. 115, 198, 275. <<

[56] Sobre los ataques de los osage y los apaches lipán, véanse la carta de De Mézières a De Croix, del 18 de abril de 1778, *ADM*, 2, p. 203; y Willard H. Rollings, *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992), pp. 142-146. Sobre la situación de los lipán, véase John, *Storms*, pp. 403-404. <<

[57] Morfi, *History*, 1, p. 86, 2, pp. 434-435. La cita procede de la carta de De Mézières a De Croix, del 18 de abril de 1778, *ADM*, 2, p. 203. <<

[58] Sobre el comercio entre comanches y Wichita a principios y mediados de la década de 1780, véanse Vial y Chávez, *Diario*, p. 50; y Cabello, *Respuestas*, BA 17, p. 418. Las citas proceden de las cartas de De Mézières a De Croix, del 13 de septiembre de 1779, *ADM*, 2. p. 275; y de Qui Te Sain a Bernardo de Gálvez, del 4 de noviembre de 1780, en *Spain in the Mississippi Valley*, edición de Kinnaird, 1, p. 392.

<<

[59] Carta de Ripperdá a B. de Gálvez, del 7 de junio de 1777, *ADM*, 2, pp. 131-132. Las citas proceden de las cartas de De Mézières al virrey, de 20 de febrero de 1778, y de la de De Croix a J. de Gálvez, del 23 de septiembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 182, 222-223. <<

[60] Sobre los planes de De Mézières y la situación de los osage, véase la carta de De Mézières a B. de Gálvez, del 14 de septiembre de 1777, *ADM*, 2, pp. 141-147 (la cita procede de la página 146); y Gilbert C. Din, «The Spanish Fort on the Arkansas, 1763-1803», *Arkansas Historical Quarterly* 42 (otoño de 1983), pp. 274-276. Sobre las bajas españolas a manos de asaltantes apaches, véase Barnard E. Bobb, *The Viceregency of Antonio Marta de Bucareli in New Spain, 1771-1779* (Austin, University of Texas Press, 1962), pp. 151-152. Sobre el consejo de guerra, véase «Council of War, Chihuahua, June 9-15, 1778», *PINM*, pp. 193-211. Sobre las actividades de De Mézières, véanse las cartas de De Mézières a De Croix, del 23 de marzo, el 5, 7, 18 y 19 de abril y el 15 de noviembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 190-197, 200-201, 212-214. <<

[61] Carta de De Mézières a De Croix, del 15 de noviembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 232-233; y John, *Storms*, pp. 529-530. Sobre la ausencia de regalos, véase De Croix, «General Report», pp. 76 y 79, y cartas de Domingo Cabello y Robles a Etienne Vaugine, del 31 de octubre de 1780, y de Antonio Gil Ybarbo a B. de Gálvez, del 1 de noviembre de 1780, en *Spain in the Mississippi Valley*, edición de Kinnaird, 1, pp. 389-391. <<

[62] Carta de De Mézières a De Croix, del 19 de abril y el 15 de noviembre de 1778, y Teodoro de Croix, «Summary of the notices... », 21 de septiembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 212, 226, 229; cartas de Cabello a De Croix, del 12 de febrero, 4 de julio, 17 de agosto, 19 de septiembre, 20 de octubre, 17, 20 y 30 de noviembre y 6 de diciembre de 1780, *BA* 13, pp. 911-913, 14, pp. 286-287, 370-376, 486-490, 613-622, 699-703, 709, y 719-720; cartas de Cabello a Vaugine, del 31 de octubre de 1780, y de Qui Te Sain a B. de Gálvez, del 4 de noviembre de 1780, en *Spain in the Mississippi Valley*, edición de Kinnaird, 1, pp. 389, 392; De Croix, «General Report», pp. 74-89; Vial y Chávez, *Diario*, p. 51; Kelly F. Himmel, *The Conquest of the Karankawas and Tonkawas, 1821-1859* (College Station, Texas A&M University Press, 1999), pp. 15-16; y Rollings, *Osage*, pp. 150-152. <<

[63] Oakah L. Jones, *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spam* (Norman, University of Oklahoma Press, 1979), pp. 46-47; y De Croix, «General Report», pp. 74, 77, 83 y 97 (las citas proceden de las páginas 74, 77 y 97).

<<

[64] Sobre los traslados de ganado, véase carta de Cabello a De Croix, del 10 de julio de 1780, BA 14, pp. 294-297; y Jack Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821* (College Station, Texas A&M University Press, 1986), pp. 209-211. Sobre la demanda continua en Louisiana de caballos y mulas robadas, véanse, por ejemplo, las cartas de Cabello a Pedro Piernas, del 13 de enero de 1783, y de Cabello a B. de Gálvez, del 15 de diciembre de 1783, en *Spain in the Mississippi Valley*, edición de Kinnaird, 2, pp. 69-70 y 94. <<

[65] Cartas de De Mézières a De Croix, del 18 de abril de 1778, y de De Croix a J. de Galvez, del 23 de septiembre de 1778, *ADM*, 2, pp. 206, 221-222. <<

[66] Sobre el dominio de los comanches orientales a principios de la década de 1780, véase Cabello, Respuestas, BA 17, pp. 418-419. Sobre las relaciones entre comanches y taovaya, véanse las cartas de Cabello a Vaugine, del 31 de octubre de 1780, y de Ybarbo a B. de Gálvez, del 1 de noviembre de 1780, en *Spain in the Mississippi Valley*, edición de Kinnaird, 1, pp. 389-391; De Croix, «General Report», pp. 75-80; y carta de Cabello a De Croix, del 17 de agosto de 1780, BA 14, pp. 370-373. Sobre el paréntesis en los asaltos y el miedo en Texas, véase Odie B. Faulk, *The Last Years of Spanish Texas, 1778-1821* (Londres, Mouton, 1964), pp. 63-64; Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996), p. 95; y John, *Storms*, pp. 632-633 y 641-643.

<<

[67] Sobre el número de bisontes, véanse William R. Brown, hijo, «Comanchería Demography, 1805-1830», *Panhandle-Plains Historical Review* 59 (1986), pp. 9-11; y Dan Flores, «Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850», *JAH* 78 (septiembre de 1991), pp. 470-471. Para un estudio pionero de los riesgos de la caza especializada en las Grandes Llanuras, véase Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), especialmente pp. 63-92. Sobre el concepto de red de seguridad alimentaria, véase William Cronon y Richard White, «Indians in the Land: A Conversation between William Cronon and Richard White», *American Heritage* 37 (agosto/septiembre de 1986), p. 21. <<

[68] Gaignard, «Journal», 94. Nicolas Ortiz visitó a los comanches kotsoteka occidentales y los jupe en 1786 y contabilizó setecientas viviendas con un promedio de once habitantes en cada una, lo que arrojaría un total de unas ocho mil personas. Los españoles no sabían tanto del tercer subgrupo de los comanches occidentales, los yamparika, pero un informe de 1786 estimaba que los comanches occidentales disponían de unas ochocientas viviendas, lo que se traduciría en una población total aproximada de ocho mil individuos. Véase carta de Nicolás Ortiz a De Anza, del 20 de mayo de 1786, y «List of Comanches Who Came to Make Peace in New Mexico, 1786», *FF*, pp. 323, 325-327. Sobre las cifras de comanches orientales a mediados de la década de 1780, véase Vial y Chávez, *Diario*, pp. 37-38 y 49. Vial y Chávez también ofrecen una estimación sobre los comanches occidentales. En 1785, al describir la situación posterior a la epidemia en la Comanchería, señalaban que los comanches occidentales eran «el doble de numerosos» que los orientales, lo cual indicaría que su población total era de dieciséis mil. La población de Nuevo México oscilaba entre los diecisiete mil y los dieciocho mil habitantes en la década de 1770, y se calculaba que la de Texas era de tres mil setecientos en 1790. Véanse Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 47-48; y Jesús F. de la Teja, «Spanish Colonial Texas», en *New Views of Borderlands History*, edición de Robert H. Jackson (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998), p. 127. <<

[69] Las citas proceden de la carta de Bucareli a De Mendinueta, del 8 de febrero de 1775, *PINM*, p. 178; Domínguez, *Missions*, p. 251; y De Mézières, «Official Relation», p. 219. Véanse también Francisco Marín del Valle, Descripción de la provincia de Nuevo México, 1758, AGN: CA 39: 1, 2 1V; carta de Cachupín a Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, conde de Revillagigedo I, del 8 de marzo de 1750, *PT*, 3, p. 328; carta de Revillagigedo I al marqués de Ensenada, del 28 de junio de 1753, *PINM*, pp. 111-112; y carta de De Mendinueta al virrey, del 11 de mayo de 1771, citado en Kessell, *Kiva, Cross, and Crown*, p. 393. Sobre las interpretaciones modernas de los especialistas, véanse E. Adamson Hoebel, *The Political Organization and Law-Ways of the Comanche Indians*, American Anthropological Association Memoir 54 (Menasha, Wisconsin, American Anthropological Association, 1940); T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974), p. 185; y John, *Storms*, pp. 307-308. <<

[70] «Extract of reports from the kingdom of New Mexico between September 17 and November 9 of the past year [1769]», *PINM*, p. 167; y De Anza, «Diary», pp. 135-136. <<

[71] Para un excelente análisis de la cultura política comanche anterior a la época de las reservas, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 28-62. <<

[72] La cita procede de De Anza, «Diary», pp. 135-136. Es posible que Cuerno Verde, padre, muriera a manos de los españoles en 1774 en la batalla que inspiró una de las versiones de «Los comanches». Véase Frank, *From Settler to Citizen*, p. 63. Por el contrario, Thomas Kavanagh cree que Cuerno Verde, padre, pudo haber sido un jefe comanche que llevaba un tocado con cuernos verdes, a quien mataron los españoles en 1768 cerca de Ojo Caliente. Véase Kavanagh, «Los comanches», pp. 27-29. <<

[73] Val y Chávez, Diario, pp. 33-39; y Cabello, Respuestas, 1786, BA 17, p. 419. <<

[74] Los españoles no empezaron a distinguir a los diferentes subgrupos comanches hasta la década de 1770, lo cual es muy elocuente. Véase «Council of War, Chihuahua, 9-15 de junio de 1778», *PINM*, p. 201. <<

[75] Vial y Chávez, Diario, p. 50; Cabello, Respuestas, BA 17, p. 418; y Hämäläinen, «Western Comanche Trade Center», pp. 493-494. <<

[76] Hämäläinen, «Western Comanche Trade Center», p. 494; y carta de Miró a Rengel, del 12 de diciembre de 1785, en *Before Lewis and Clark*, edición de Nasatir, 1, p. 127. <<

[1] Pedro Garrido y Durán, «An Account of the events which have occurred in the provinces of New Mexico concerning peace conceded to the Comanche nation and their reconciliation with the Utes since November 17 of last year and July of the current [1786]», *FF*, p. 300. <<

[2] David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992), pp. 215-265 (trad, cast.: *La frontera española en America del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820* (Berkeley, University of California Press, 2000), pp. 65-70 y 76-132; y Alfred Barnaby Thomas, editor y traductor al inglés, *Theodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1785; From the Original Document in the Archives of the Indies Seville* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1941), pp. 40-68. Rubí no remitió el informe de su visita de inspección de los años 1766-1768 hasta 1770, y la corona recogió sus recomendaciones en 1772 en un corpus normativo nuevo para los presidios y defensas fronterizas. Ese mismo año, Carlos III nombró a Hugo O'Connor comandante-inspector jefe de las Provincias Internas y le ordenó implantar la nueva normativa. Aquel fabuloso reto, que debió hacer frente a una resistencia local atroz, tardó más de cuatro años en concluirse. <<

[3] Carta de Pedro Galindo y Navarro a Teodoro de Croix, de 28 de julio de 1780, Juan Bautista de Anza, «Diary of the Expedition [...] against the Comanche Nation...», 10 de septiembre de 1779, y carta de Juan Bautista de Anza a De Croix, del 1 de noviembre de 1779, *FF*, pp. 122-139 (las citas proceden de las páginas 133, 135 y 142); y carta de De Croix a De Anza, del 14 de julio de 1780, SANM II 11, pp. 77-78 (T-799). Sobre De Anza, véase Herbert E. Bolton, «Juan Bautista de Anza, Borderlands Frontiersman», en *Bolton and the Spanish Borderlands*, edición de John Francis Bannon (Norman, University of Oklahoma Press, 1964), pp. 281-287. Sobre la opinión de los españoles acerca de la relevancia de la victoria de De Anza, véase H. Bailey Carroll y J. Villasana Haggard, traductores al inglés, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio Barreiro 1832; and the Additions by Don José Agustín de Escudero, 1849* (Albuquerque, Quivira Society, 1942), pp. 131-132. Para otras opiniones actuales, véase, por ejemplo, Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1380-1830: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 212. <<

[4] Sobre la migración de los kiowa, véase Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* (diciembre de 2003), p. 839. Sobre las hostilidades entre comanches y pawnee, véanse las cartas de Francisco Xavier Ortiz a De Anza, del 20 de mayo de 1786, *FF*, p. 322; de Fernando de la Concha a Jacobo Ugarte y Loyola, del 7 de septiembre de 1790, *SANM* II 12, p. 297 (T-1.090); y Pedro Vial, «Diary of Pedro Vial from Santa Fe to St. Louis, May 21 to October 3, 1792», *PV*, p. 400. <<

[5] Sobre la situación de Kansas, véanse las cartas de Manuel Pérez a Esteban Rodríguez Miró, del 8 de noviembre de 1791, y de Zenon Trudeau al gobernador, del 15 de enero de 1798, en *Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804*, edición de A. P. Nasatir, 2 vols. (1952; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1990), 1, pp. 149-150, 2, p. 539; y Thomas F. Schilz y Joyde L. D. Schilz, «Beads, Bangles, and Buffalo Robes: The Rise and Fall of the Indian Fur Trade along the Missouri and Des Moines Rivers, 1700-1820», *Annals of Iowa* 49 (verano/otoño de 1987), pp. 10-11. Sobre el colapso de los mercados del valle del Misisipí y sus consecuencias sobre la Comanchería, véase Pekka Hämäläinen, «The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System», *Western Historical Quarterly* 29 (invierno de 1998), pp. 502-503. Sobre la escasez de artículos comerciales en la Comanchería a mediados de la década de 1780, véase Domingo Cabello y Robles, Respuestas ofrecidas por el gobernador de la provincia de Texas a las preguntas planteadas por el comandante general de las [Provincias] Internas en carta oficial del 27 de enero acerca de las diferentes situaciones de los comanches orientales, 30 de abril de 1786, BA 17, p. 418. <<

[6] Elizabeth A. Fenn, *Pax Americana: The Great Smallpox Epidemic of 1775-17[^]2* (Nueva York, Hill and Wang, 2001), pp. 146-166 y 211-215; y Pedro Vial y Francisco Xavier Chaves, Diario, en «Inside the Comanchería, 1785: The Diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de Adán Benavides, hijo, *SHQ* 88 (julio de 1994), pp. 37-38, 49. <<

[7] Fenn, *Pax Americana*, p. 211; y carta de De Croix a De Anza, de 24 de febrero de 1783, SANM II 11, pp. 567-558 (T-858). <<

[8] Francis Luis Hector, barón de Carondelet, «Military Report on Louisiana and West Florida», 24 de noviembre de 1794, en *Louisiana under the Rule of Spain, France, and the United States, 1785-1807: Social, Economic, and Political Conditions of the Territory represented in the Louisiana Purchase, as portrayed in hitherto unpublished contemporary accounts by Dr. Paul Alliot and various Spanish, French, English, and American Officials*, edición y traducción al inglés de James Alexander Robertson, 2 vols. (Cleveland, Arthur H. Clark, 1911), 1, p. 297. <<

[9] Sobre la génesis de la política de España hacia los indios, véase Weber, *Spanish Frontier*, pp. 227-230 y 282-283 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000).

<<

[10] *Ibíd.*, pp. 279-283. <<

[11] Elizabeth A H. John, *Storms Brewed in Other Men's World: The Confrontation of Indians, Spanish, and French in the Southwest, 1540-1795* (Norman, University of Oklahoma Press, 1975), pp. 660-666; y F. Todd Smith, *The Wichita Indians: Traders of Texas and the Southern Plains* (College Station, Texas A&M University Press, 2000), pp. 75-79. <<

[12] Vial y Chaves, Diario, pp. 36-37 (las citas proceden de la página 37). <<

[13] Ibid., pp. 37-38. Cada ranchería comanche tema su propio portavoz o *tekwawapi*. Véanse Jean Luis Berlandier, *The Indians of Texas in 1850*, edición de John C. Ewers, traducción al inglés de Patricia Reading Leclercq (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1969), p. 44; y Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), p. 215. <<

[14] Vial y Chaves, Diario, pp. 38-39. <<

[15] *Ibíd.*, pp. 40 y 43. <<

[16] *Ibíd.*, p. 44. <<

[17] *Ibíd.*, pp. 44-45. <<

[18] *Ibíd.*, p. 45. <<

[19] Ibid., pp. 45-46. <<

[20] Carta de Cabello a Joseph Antonio Rengel, del 25 de noviembre de 1785, BA 17, pp. 68-72. Las citas proceden de Vial y Chaves, Diario, p. 51; y de «Treaty with the Eastern Comanches, October 1785, from the report of Pedro de Nava Commandant General of the Interior Provinces, Chihuahua, July 23, 1799», en *Border Comanches: Seven Spanish Colonial Documents, 1785-1819*, edición y traducción al inglés de Marc Simmons (Santa Fe, Stagecoach, 1967), pp. 21 y 22. <<

[21] Cartas de Cabello a Rengel, del 25 de noviembre y el 9 de diciembre de 1785, y 10 de enero y 14 de marzo de 1786, y de Cabello a Ugarte, del 31 de julio de 1786, BA 17, pp. 73-74, 88-92, 181-187, 324-325, 609-611; Garrido, «Account», p. 320; y John, *Storms*, pp. 694-695. La cita procede de Cabello, *Respuestas*, BA 17, p. 420. <<

[22] Carta de Rengel a José de Gálvez, 31 de diciembre de 1785, Archivo General de las Indias, Sevilla, España, Guadalajara, legajo 286, microfilm, Colecciones de Historia del Oeste, University of Oklahoma, Norman; y Garrido, «Account», pp. 298-299. <<

[23] Vial y Chaves, Diario, p. 46; y Garrido, «Account», p. 295. <<

[24] Sobre el hecho de que Ecueraçapa fuera Cota de Malla, véanse Garrido, «Account», p. 295; y la carta de Ugarte a Cabello, del 17 de agosto de 1786, BA 17, p. 707. La idea de que el Ecueraçapa de los comanches occidentales fuera en realidad el Cota de Malla de los orientales se sustenta en los detalles que se conocen de Ecueraçapa a partir del proceso de paz entre Texas y los comanches orientales. En 1787, Pedro Vial encontró a Ecueraçapa en la Comanchería oriental, lo cual respalda también la idea de que pertenecía tanto a la facción oriental como a la occidental de los comanches. Véanse Garrido, «Account», p. 320; y Pedro Vial, «Diary of Pedro Vial, Bexar to Santa Fe, October 4, 1786, to May 26, 1787», PV> p. 280. Por otra parte, Ugarte informó posteriormente de que Ecueraçapa y Cota de Malla pudieron haber sido, finalmente, dos hombres distintos. Véase la carta de Ugarte a De Anza, del 5 de octubre de 1786, FF, pp. 341-342. Para acrecentar aún más la confusión en tomo a la identidad de Camisa de Hierro/Cota de Malla, véase Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996), pp. 120-121 y 124. Tanto Elizabeth A. H. John como Gerald Betty creen que Ecueraçapa es Camisa de Hierro. Véanse John, *Storms*, pp. 668-669; y Gerald Betty, *Comanche Society: Before the Reservation* (College Station, Texas A&M University Press, 2002), pp. 188-189. Las citas proceden de Garrido, «Account», pp. 295 y 299. <<

[25] Las citas proceden de Garrido, «Account», p. 296. <<

[26] Ibid., p. 297. <<

[27] Ibid., pp. 297-298. <<

[28] Ibid., p. 300. <<

[29] Garrido, «Account», y «The Spanish Comanche-Peace Treaty of 1786», *FF*, pp. 300-301 y 329-332. Mi interpretación del tratado de 1786 difiere de la tradicional, según la cual se trataba de un fruto más de la política de España hacia los indios. Para conocer interpretaciones anteriores, véanse, por ejemplo, Max L. Moorhead, *Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791* (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 143-169; Charles L. Kenner, *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican-Plains Indian Relations* (1969; reimpreso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994), pp. 51-60; y John, *Storms*, pp. 583-592 y 668-674. <<

[30] Garrido, «Account», pp. 300-301. Sobre la caza en invierno al oeste del río Pecos, véase *ibid.*, pp. 319-320. <<

[31] Ibid., pp. 301 y 306. <<

[32] Ibid., p. 302. Esta es la primera mención hecha a medallas en la diplomacia entre españoles y comanches. Las autoridades españolas no empezaron a conceder medallas a jefes indios hasta finales del siglo XVIII, pero la práctica se convirtió muy pronto en un elemento convencional de la política borbónica hacia los indios. En Nuevo México, Texas y Louisiana se entregaban de forma rutinaria medallas especialmente acuñadas para la ocasión. Véase David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005), pp. 186-189 (trad. cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[33] Sobre la relevancia de los gestos y el contacto físico en la diplomacia entre indios y españoles, véase Juliana Barr, «A Diplomacy of Gender: Rituals of First Contact in the “Land of the Tejas”», *William and Mary Quarterly* 61 (julio de 2004), pp. 393-434. <<

[34] Sobre el consejo de Pecos, véase Garrido, «Account», pp. 303-305 (las citas proceden de las páginas 303-304). <<

[35] *Ibíd.*, pp. 305-306 y 318-319 (las citas proceden de la página 306). <<

[36] *Ibíd.*, pp. 304 y 306 (la cita de la «norma justa» procede de la página 304). <<

[37] Pedro Garrido y Durán, «Account received of what was done in the Province of New Mexico by Governor Don Juan Bautista de Anza to break the secret alliance with the Navajo nation maintained with the Gila Apaches, their separation, and allegiance of the former to our side having been assured», *FF*, pp. 345-348 (la cita procede de la página 348). Véase también James F. Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002), pp. 114-115. <<

[38] Garrido, «Account», pp. 296-297; carta de De la Concha a Juan Vicente de Güemes Padilla Horcasitas y Aguayo, conde de Revillagigedo II, del 6 de mayo de 1793, en *Border Comanches*, edición de Simmons, pp. 25-26; Femando de la Concha, Instrucciones redactadas por el coronel don Femando de la Concha, anterior gobernador de la Provincia de Nuevo México, para que su sucesor, el teniente coronel don Femando Chacón, adapte lo que le parezca conveniente para el beneficio, la tranquilidad y el desarrollo de la antedicha provincia, en «Notes and Documents: Advice on Governing New Mexico, 1794», edición y traducción al inglés de Donald E. Worcester, *NMHR* 24 (julio de 1949), pp. 239-241; y carta de Charles Bent a William Medill, del 10 de noviembre de 1846, en *California and New Mexico: Message from the President of the United States Communicating Information Called For by a Resolution of the Senate* (Nueva York, Amo, 1976), p. 183. <<

[39] Bernardo de Bálvez, *Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain 1786*, edición y traducción al inglés de Donald E. Worcester (Berkeley, Quivira Society, 1951), pp. 43 y 79; Weber, *Spanish Frontier*, pp. 231-232 (trad. cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); y Kenner, *Comanchero Frontier*, p. 79. <<

[40] Garrido, «Account», pp. 311-312. <<

[41] *Ibíd.*, pp. 310-318 (la cita procede de las páginas 317-318). <<

[42] *Ibíd.*, pp. 313-314. En la Norteamérica colonial, indígenas y colonos solían adoptar niños en sus comunidades como garantía de paz, pero no hay evidencias que indiquen que la adopción de Tahuchimpia se derivara de esta lógica. Sobre las adopciones en el Sudoeste, véase Juliana Barr, «From Captives to Slaves: Commodifying Indian Women in the Borderlands», *JAH* 92 (junio de 2005), p. 23.

<<

[43] Garrido, «Account», y carta de Ugarte a De Anza, de 5 de octubre de 1786, *FF*, pp. 319, 332-336 y 340 (las citas proceden de las páginas 335*336 y 340). <<

[44] Carta de De Anza a Ugarte, 18 de noviembre de 1786, y de Ugarte a José de Gálvez, 4 de enero de 1787, AGN: PI 65: 2, 66R, V, 64R-65V; y Moorhead, *Apache Frontier*, pp. 156-159. <<

[45] Sobre el experimento de San Carlos, véanse las cartas de De Anza a Ugarte, del 20 de octubre de 1787, de Ugarte a De la Concha, del 22 de enero de 1788, y de De la Concha a Ugarte, del 26 de junio de 1788, en «San Carlos: A Comanche Pueblo on the Arkansas River 1787: A Study in Comanche History and Spanish Indian Policy», edición y traducción al inglés de Alfred B. Thomas, *Colorado Magazine* 6 (mayo de 1929), pp. 86-99, 90-91 (la cita de «afecto hada sus propiedades» procede de la pagina 88); y Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 160-162. La cita más extensa procede de Ronald J. Benes, «Anza and Concha in New Mexico, 1787-1793: A Study in New Colonial Techniques», en *The Spanish Borderlands: A First Reader*, edición de Oakah L. Jones (Los Angeles, Lorrin L. Morrison, 1974), pp. 158-159. <<

[46] Cartas de De la Concha a Ugarte, del 10 de noviembre de 1787, el 26 de junio de 1788 y el 6 de julio de 1789, AGN: PI 65: 1, 50R-52V, 65: 5, 1R-3R, 65: 15, 2R, V; y John Kessell, *Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840* (Washington, D. C., National Park Service, 1979), pp. 407-409. Las citas proceden de De Gálvez, *Instructions*, 72; Fernando Chacón, Informe, en «The Chacón Report of 1803», edición y traducción de Marc Simmons, *NMHR 60* (enero de 1985), p. 86; y De la Concha, Instrucciones, p. 251. <<

[47] La cita procede de De la Concha, Instrucciones, p. 246. Sobre los ciboleros, véase Brooks, *Captives and Cousins*, p. 218. <<

[48] Sobre las campañas, véanse Garrido, «Account», y «Tally Sheet», FF, pp. 307-309, 312, 316, 319-321 y 324-325; Juan Bautista de Anza, Tarja, en Alfred Barnaby Thomas, «An Eighteenth-Century Comanche Document», *American Anthropologists* 31 (abril-junio de 1929), pp. 294-298; Moorhead, *Apache Frontier*, pp. 164-167; y carta de Ugarte a Manuel Antonio Florez, del 13 de marzo de 1788, en *Border Comanches*, edición de Simmons, p. 23. Sobre los prisioneros, véanse la carta de Ugarte a De la Concha, del 23 de enero de 1788, SANM II 12, pp. 22-23 (T-993); y Barr, «From Captives to Slaves», pp. 45-46. Sobre la rendición apache, véanse Weber, *Bárbaros*, p. 193 (trad, cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007); y Moorhead, *Apache Frontier*, pp. 200-269. <<

[49] Carta de Cabello a Ugarte, del 30 de julio de 1786, BA 17, pp. 607-608; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. noy 148-149. <<

[50] Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 185-189; y Elizabeth A. H. John, «Nurturing the Peace: Spanish and Comanche Cooperation in the Early Nineteenth Century», *NMHR* 59 (octubre de 1984), pp. 345-352. <<

[51] Sobre los apaches lipán, véase Anderson, *Indian Southwest*, pp. 137-138. Sobre el traslado de los taovaya, véase carta de Cabello a Rengel, del 16 de abril de 1786, BA 17, pp. 383-384. <<

[52] Cartas de Martínez Pacheco a Juan de Ugalde, del 21 de enero de 1788, de Pedro de Nava a Manuel Muñoz, del 4 de enero de 1791, y de Revillagigedo II a Muñoz, del 5 de enero de 1791, BA 18, pp. 800-801, 21, pp. 92-93 y 96; Fernando de la Concha, Ynforme, 20 de abril de 1791, AGN: PI 65: 16, 2R, V; carta de Nava a De la Concha, del 22 de julio de 1791, SANM II 12, p. 604 (T-1.135); F. Todd Smith, *From Dominance to Disappearance: The Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2005), pp. 40-46; y Anderson, *Indian Southwest*, pp. 139-141. <<

[53] Max L. Moorhead, *The Presidio: Bastion of the Spanish Borderlands* (Norman, University of Oklahoma Press, 1975), pp. 256-266; y Weber, *Bárbaros*, pp. 193-194 (trad, cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[54] Sobre las rutas, véase *PV*, pp. 262-287 y 316-368. Sobre los bautismos, véase Kenner, *Comanchero Frontier*, p. 64. Sobre los planes de enviar misioneros, véase Richard E. Greenleaf, «The Nueva Vizcaya Frontier, 1787-1789», en *Spanish Borderlands*, edición de Jones, pp. 151 -153. <<

[55] Carta de Ortiz a De Anza, del 20 de mayo de 1786, *FF*, p. 324. <<

[56] Para conocer un análisis apasionante de la evolución de la política de España hacia los indios a finales del siglo XVIII y el *Nuevo sistema de gobierno económico para la América*, véase Weber, *Bárbaros*, capítulos 4 y 5 (trad, cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[57] De Gálvez, *Instructions*, pp. 40-42. <<

[58] *Ibíd.*, pp. 48-49. <<

[59] Garrido, «Account», pp. 302 y 317. <<

[60] De Gálvez, *Instructions*, p. 50; y De la Concha, *Instrucciones*, pp. 240 y 242. He utilizado la traducción ligeramente distinta del consejo de De la Concha que aparece en David J. Weber, *Bárbaros*, p. 191 (trad, cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[61] La cita procede de la carta de Nava a De la Concha, del 31 de diciembre de 1793, en *Border Comanches*, edición de Simmons, p. 31. Sobre la sucesión de grandes jefes comanches occidentales, véanse Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 5, 143-145 y 292; Carroll y Haggard, *Three New Mexico Chronicles*, p. 130; y carta de Alejo García Conde a Facundo Melgares, del 9 de noviembre de 1818, SANM II 19, pp. 438-440 (T-2.771). Sobre la promesa de lealtad y sumisión a España de los jefes comanches, véase, por ejemplo, Garrido, «Account», pp. 306-307. <<

[62] Las citas proceden de De la Concha, *Instrucciones*, p. 238; y de José Cortés, *Views from the Apache Frontier: Report on the Northern Provinces of New Spain*, edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de John Wheat (Norman, University of Oklahoma Press, 1989), p. 82. Véase también Carroll y Haggard, *Three New Mexico Chronicles*, pp. 132 y 135-136. Sobre las interpretaciones académicas actuales, véanse John, *Storms*, p. 735; y Jack August, «Balance-of-Power Diplomacy in New Mexico: Governor Fernando de la Concha and the Indian Policy of Conciliation», *NMHR* 56 (primavera de 1981), pp. 141-160. <<

[63] Sobre la revitalización de Nuevo México, véase Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 119-176. Sobre los cambios políticos en las sociedades nómadas, véanse William Irons, «Political Stratification among Pastoral Nomads», en *Pastoral Production and Society*, edición de L'équipe écologie et anthropologie des sociétés pastorales (Cambridge, Cambridge University Press, 1979), p. 362; y Thomas J. Barfield, «The Shadow Empire: Imperial State Formation along the Chinese-Nomad Frontier», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, edición de Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison y Carla M. Sinopoli (Cambridge, Cambridge University Press, 2001), p. 34. <<

[64] Para un análisis etnohistórico muy iluminador que traza una distinción nítida entre la autoridad de los jefes comanches en los asuntos internos y externos, véase Morris W. Foster, *Being Comanche: A Social History and an American Indian Community* (Tucson, University of Arizona Press, 1991), especialmente las páginas 54-69. Véase también Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 125-126. <<

[65] Para hacerse una idea de la función y las acciones políticas de los sucesores de Ecuera, véanse la carta de Fernando de Chacón a Nava, del 18 de noviembre de 1797, SANM II 14, p. 233 (T-1.404); Alfred Barnaby Thomas, ed., «Documents Bearing upon the Northern Frontier of New Mexico», *NMHR* R (abril de 1929), p. 156; y José Antonio Ace, Mensaje a la Asamblea de Chihuahua, 1 de febrero de 1826, *MANM* 5, p. 451. Sobre la predicción de Ugarte, véase la carta de Ugarte a De Anza, 8 de febrero de 1787, AGN: PI 65: 2, 67V-68R. <<

[66] Carta de Joaquín Real Alencaster a Nemesio Salcedo, del 20 de noviembre de 1805, SANM II 15, p. 1.028 (T-1.925). La traducción al inglés del documento aparece en *Border Comanches*, edición de Simmons, pp. 33-34. Somiquaso no fue un instrumento dócil del imperialismo español. Cuando un intérprete de Nuevo México llamado Alejandro Martín visitó en 1806 la ranchería del recién elegido jefe yamparika, su grupo fue maltratado y robado, y Martín no consiguió «convencer al general para que obligara a los indios a devolver lo robado». Véase la carta de Alencaster a N. Salcedo, del 4 de enero de 1806, *PV*, p. 441. <<

[67] Véanse, por ejemplo, las cartas de Nava a De la Concha, del 31 de diciembre de 1793, y de Alencaster al comandante general de las Provincias Internas, del 20 de noviembre de 1805, en *Border Comanches* edición de Simmons, pp. 31-33; y la carta de De Chacón a Nava, del 18 de noviembre de 1797, SANM II 14, p. 233 (T-1.404).

<<

[68] Sobre la flexibilidad en la pertenencia a las tribus, véanse Vial y Chaves, *Diario*, p. 49; David G. Burnet, «David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians with an Introduction by Ernest Wallace», *West Texas Historical Association Year Book* 30 (1954), p. 124; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 125-126. Sobre el carácter central del principio de consenso en la política comanche, véanse Vial y Chávez, *Diario*, pp. 38-45; y Garrido, «Account», p. 295. Véase también Martha McCollough, *Three Nations, One Place: A Comparative Ethnohistory of Social Change among the Comanches and Hasinai during Spain's Colonial Era, 1689-1821* (Nueva York, Routledge, 2004), p. 104. <<

[69] La evolución política de los comanches a finales del siglo XVIII representa un ejemplo revelador de lo que Marshal Sahlins ha denominado «la estructura de la coyuntura»: un caso de cambio cultural desencadenado por elementos externos y, no obstante, orquestado por los indígenas. Véase Sahlins, *blonds of History* (Chicago, University of Chicago Press, 1985), p. viii (trad, cast.: *bias de historia: La muerte del capitán Cook, metáfora, antropología e historia*. Traducción de Beatriz López, Barcelona, Gedisa, 1997, 3ª ed., p. 17). <<

[70] Rudolph C. Troike, «A Pawnee Visit to San Antonio in 1795», *Ethnohistory* 11 (otoño de 1964), pp. 383-387; Frank, *From Settler to Citizen*, pp. 132-136; carta de Ugarte a De Anza, del 5 de octubre de 1786, *FF*, p. 342; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 148-149 y 181-182. <<

[71] Sobre la retórica y el lenguaje de la alianza, véanse, por ejemplo, Vial, «Diary, Béxar to Santa Fe, Oct. 4, 1786-May 26, 1787», pp. 277-278; carta de Cabello a Rengel, del 25 del noviembre de 1785, y Testimonio ofrecido por el jefe Cordero, 25 de octubre de 1810, BA 17, pp. 72-73 y 47, pp. 6-7. <<

[72] Sobre los rescates, véase, por ejemplo, José Mares, «Itinerary and Diary of José Mares, Bexar to Santa Fe, January 18 to April 27, 1788», *PV*, pp. 307-308. Sobre los ataques, véanse Odie B. Faulk, *The Last Years of Spanish Texas, 1778-1821* (Londres, Mouton, 1964), p. 70; y Robert S. Weddle, *The San Sabá Mission: Spanish Pivot in Texas* (1964; reimpreso en College Station, Texas A&M University Press, 1999), p. 190. Sobre el tráfico de esclavos, véase Barr, «From Captives to Slaves», pp. 44-46. Sobre El Sabinal, véanse las cartas de De la Concha a Ugarte, del 13 de julio de 1789, y de De la Concha a Revillagigedo II, del 12 de julio de 1791, SANM II 12, pp. 289-291, 559-5³ (T-1.086) y 1.132; y De la Concha, Instrucciones, p. 240. <<

[73] Juan de Dios Peña, Diario, 12 de junio-8 de agosto de 1790, y carta de De Chacón a Nava, del 19 de noviembre de 1797, SANM II 12, pp. 262-265 y 14, p. 234 (T-1.089, 1.090, 1.200 y 1.405). La cita procede de la carta de De la Concha a Nava, del 1 de noviembre de 1791, en *Before Lewis and Clark*, edición de Nasatir, 1, p. 148. <<

[74] John, *Storms*, pp. 754-755; carta de De la Concha a Ugarte, del 18 de noviembre de 1789, SANM E 12, pp. 211-212 (T-1.064); Y de De Concha a Revillagigedo E, del 6 de mayo de 1793, en *Border Comanches*, edición de Simmons, pp. 25-26 (la cita de «las consecuencias... » procede de la página 26). La cita de «odian a los comanches» procede de De la Concha, *Instrucciones*, p. 241. <<

[1] Femando de la Concha, Instrucciones redactadas por el coronel Don Femando de la Concha, antiguo gobernador de la Provincia de Nuevo México, para que su sucesor, el teniente coronel don Femando Chacón, adapte lo que le parezca conveniente para el progreso, la seguridad y el desarrollo de la provincia susodicha, en «Notes and Documents: Advice on Governing New Mexico, 1794», edición y traducción al inglés de Donald E. Worcester, *NMHR* 24 (julio de 1949), p. 238; y H. Bailey Carroll y J. Villasana Haggard, traductores al inglés, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio Barreiro 1832; and the Additions by Don José Agustín de Escudero, 1849* (Albuquerque, Quivira Society, 1942), pp. 129 y 135. <<

[2] Sobre la recuperación del sector agrícola, véase Jack Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821* (College Station, Texas A&M University Press, 1986), capítulos 9, 10 y 11. Sobre Louisiana, véase David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992), pp. 280-282 y 290 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000). <<

[3] La cita procede de la carta de Jacobo Ugarte y Loyola a Juan Bautista de Anza, del 5 de octubre de 1786, *FF*, pp. 339-340. <<

[4] Sobre Nolan, véanse Maurine T. Wilson, «Philip Nolan and His Activities in Texas» (tesis doctoral, Universidad de Texas, Austin, 1932); Dan L. Flores, editor, *Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810* (College Station, Texas A&M University Press, 1985), pp. 10-15. Sobre Nacogdoches, véanse Weber, *Spanish Frontier*, p. 222 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); y Daniel H. Usner, hijo, *Indians, Settlers, and Slaves in a Frontier Exchange Economy: The Lower Mississippi Valley before 1783* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992), p. 134. <<

[5] Sobre los comerciantes norteamericanos de las llanuras meridionales y la Comanchería, véanse Flores, ed., *Journal*, pp. 15-18; *PV*, pp. 206-228; E Todd Smith, *The Wichita Indians: Traders of Texas and Southern Plains, 1540-1845* (College Station, Texas A&M University Press, 2000), pp. 89-90; y J. Villasana Haggard, «The Neutral Ground between Louisiana and Texas, 1806-1821», *Louisiana Historical Quarterly* 28 (octubre de 1945), pp. 1.084-1.089. <<

[6] Sobre la frontera comercial de Texas, véase Flores, ed., *Journal*, pp. 15-18. Sobre la recuperación de los Wichita, véase, por ejemplo, José Cortés, *Views from the Apache Frontier: Report on the Northern Provinces of New Spain*, edición de Elizabeth A. H. John, (Norman, University of Oklahoma Press, 1989), pp. 84-85. Sobre el comercio entre comanches y Wichita, véanse Pedro Vial, «Diary of Pedro Vial, Bexar to Santa Fe, October 4, 1786, to May 26, 1787», y José Mares, «Journal of José Mares, Santa Fe to Bexar, July 31 to October 8, 1787», *PV*, pp. 277 y 296-297. <<

[7] Como reflejo del impacto de las políticas comerciales de los Wichita en la Comanchería, en 1807 un jefe comanche se quejó a los norteamericanos en Natchitoches de que los Wichita les vendieran artículos estadounidenses «obteniendo mucho beneficio, pues exigían un caballo o una mula por una tira estrecha de paño escarlata o un pedazo muy pequeño de bermellón». Véase John Sibley, *A Repon from Natchitoches in 1807*, edición de Annie Heloise Abel (Nueva York, Museum of the American Indian, 1922), p. 75. Sobre la situación de los osage, véanse Colin G. Calloway, *One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2003), pp. 379-382; y Kathleen DuVal, *The Native Ground: Indians and Colonists in the Heart of the Continent* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006), pp. 164-205. <<

[8] Sobre el restablecimiento de la alianza entre comanches y Wichita, véase, por ejemplo, Vial, «Diary», pp. 276-277. Sobre las conversaciones de Natchitoches, véase Sibley, *Report*, pp. 49-75 (la cita procede de las páginas 56-58). <<

[9] Sibley, *Report*, pp. 61-62. <<

[10] Carta de John Sibley a Henry Dearborn, del 20 de noviembre de 1808, en «Dr. John Sibley and the Louisiana-Texas Frontier, 1803-1814», edición de Julia Kathryn Garrett, *SHQ* 47 (julio de 1943), p. 50; y Sibley, *Report*, p. 74. <<

[11] Sobre el ámbito de influencia de los comanches, véase Sibley, *Report*, p. 78. Las citas proceden de Sibley, *Report*, p. 55; y de la carta de James Wilkinson a Dearborn, del 27 de julio de 1805, en *The Territorial Papers of the U. S.*, vol. 13, *The Territory of Louisiana-Missouri, 1803-1806*, edición de Clarence E. Carter, 28 vols. (Washington, D. C., GPO, 1948), p. 169. Véase también la carta de Wilkinson a Zebulon Montgomery Pike, del 24 de junio de 1806, en Zebulon Montgomery Pike, *The Journals of Zebulon Montgomery Pike*, edición de Donald Jackson, 2 vols. (Norman, University of Oklahoma Press, 1966), 1, pp. 285-286. <<

[12] Sobre la expedición de Glass, véase Anthony Glass, «Life among the Indians, August-October, 1808», en *Journal*, edición de Flores, pp. 47-79. Sobre los rumores y los informes de la actividad comercial norteamericana entre los comanches, véanse la carta de Bernardo Bonavía a Nicolás Benitez, del 20 de octubre de 1809, Testimonio del jefe Cordero, 25 de octubre de 1810, y Manuel María de Salcedo, Preguntas de un indio comanche, de 1810 [sin fecha], BA 43, pp. 215-216, 47, pp. 6-7 y 701-702. <<

[13] Carta de Sibley a William Eustice, del 31 de diciembre de 1811, en «Dr. John Sibley»», *SHQ* 49 (abril de 1946), p. 403; David G. Burnet, «David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians with an Introduction by Ernest Wallace», *West Texas Historical Association Year Book* 30 (1954), p. 138; y Smith, *Wichita Indians*, pp. 112-113. <<

[14] Las citas proceden de la carta de W. A. Trimble a John C. Calhoun, del 7 de agosto de 1818, en Jedidiah Morse, *Report to the Secretary of War of the United States of Indian Affairs* (New-Haven, S. Converse, 1822), p. 259; del *National Intelligencer*, 15 de septiembre de 1820; y de la carta de Antonio Martínez a Joaquín de Arredondo, del 31 de mayo de 1818, en *The Letters of Antonio Martínez, The Last Spanish Governor of Texas, 1817-1822*, edición y traducción de Virginia H. Taylor (Austin, Texas State Library, 1957), p. 136. Véanse también las cartas de Bernardo Claudio de Luna a José Menchaca, del 23 de febrero de 1811, y de Ignacio Pérez a Martínez, del 1 de junio de 1818, BA 48, p. 107, 61, pp. 125-126. <<

[15] Carta de Bonavía a Pedro María de Allande, del 13 de agosto de 1816, SANM II 18, pp. 682-683 (T-2.667); Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1380-1830: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 254; y Nemesio Salcedo, *Instrucción reservada de don Nemesio Salcedo y Salcedo, comandante general de Provincias Internas a su sucesor*, edición de Isidro Vizcaya Canales (Chihuahua, Centro de Información del Estado de Chihuahua, 1990), p. 67. La cita procede de Juan Antonio Padilla, Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819, en «Texas in 1820», traducción al inglés de Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 23 (julio de 1919), p. 55. <<

[16] Carta de Stephen E Austin a [¿Anastasio Bustamante?], del 10 de mayo de 1830, en *The Austin Papers*, edición de Eugene C. Barker, 2 vols. (Washington, D. C., GPO, 1924), 2, p. 508; y E Todd Smith, *From Dominance to Disappearance: The Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2005), p. 106. <<

[17] Anderson, *Indian Southwest*, pp. 256-257; James Michael McReynolds, «Family Life in a Borderland Community: Nacogdoches, Texas, 1779-1861» (tesis doctoral, Texas Tech University, 1978), pp. 25-27; y Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1996), pp. 483-484. <<

[18] La cita procede de Jean Louis Berlandier, *The Indians of Texas in 1830*, edición de John C. Ewers, traducción al inglés de Patricia Reading Leclercq (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1969), p. 48. Véanse también David J. Weber, «American Westward Expansion and the Breakdown of Relations between *Pobladores* and “*Indios Bárbaros*” on Mexico’s Far Northern Frontier, 1821-1846», *NMHR* 56 (julio de 1981), p. 225; y Dan Flores, *Horizontal Yellow: Nature and History in the Near Southwest* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999), pp. 107-108. <<

[19] T. B. Wheelock, «Journal of Colonel Dodge's Expedition from Fort Gibson to the Pawnee Piet Village», 26 de agosto de 1834, en *American State Papers*, Class 5, *Military Affairs*, 5, p. 381; y carta de Sam Houston a Henry Ellsworth, del 1 de diciembre de 1832 y el 13 de febrero de 1833, en *The Writings of Sam Houston*, edición de Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, 8 vols. (Austin, University of Texas Press, 1938-1943), 1, pp. 269-270, 273. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, pp. 103, 114 y 119; y José Francisco Ruiz, *Repon on Indian Tribes of Texas in 1828*, edición de John C. Ewers (New Haven, Yale University Press, 1972), p. 14.

<<

[20] Sobre las relaciones de México con los indios orientales expulsados, véanse las cartas de Alexander Cummings a R. Jones, del 18 de enero de 1826, en *The Territorial Papers of the United States*, vol. 20, *The Territory of Arkansas, 1823-1829*, edición de Clarence E. Carter y John P. Bloom (Washington, D. C., GPO, 1954), pp. 184-185; la de Lucas de Palacio al comisario particular de Béxar, del 30 de abril de 1827, BA 102, pp. 928-929; Dianna Everett, *The Texas Cherokees: A People between Two Fires, 1819-1840* (Norman, University of Oklahoma Press, 1990), pp. 36-48 y 61-67; y H. Allen Anderson, «The Delaware and Shawnee Indians and the Republic of Texas, 1820-1845», *SHQ* 94 (octubre de 1990), pp. 231-238. <<

[21] David La Vere, *Contrary Neighbors: Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory* (Norman, University of Oklahoma Press, 2000), pp. 63-72; y Elizabeth A. H. John, «Documentary Evidence and Historical Context Bearing upon Possible Explanations of a Brief, Specialized Settlement on the Eastern Plains of New Mexico», en *Investigations at Sites 48 and 77, Santa Rosa Lake, Guadalupe County, New Mexico: An Inquiry into the Nature of Archaeological Reality*, edición de Frances Levine y Joseph C. Winter (Albuquerque, Office of Contract Archeology, University of New Mexico, 1987), p. 546. <<

[22] Wheelock, «Journal», pp. 375-381; «Treaty with Comanche and Wichita Indians», en *Indian Affairs: Laws and Treaties*, edición de Charles J. Kappler, 5 vols. (Washington, D. C., GPO, 1904), 2, pp. 435-439 (la cita procede de la página 435); C. C. Rister, «Federal Experiment in Southern Plains Indian Relations, 1835-1845», *CO 14* (diciembre de 1936), pp. 451-454; y M. Stokes y M. Arbuckle, Diario de las medidas propuestas por M. Stokes, M. Arbuckle y F. W. Armstron, en «The Journal of the Proceedings at Our First Treaty with the Wild Indians, 1835», edición de Grant Foreman, *CO 14* (diciembre de 1936), pp. 406-416. El histórico acuerdo diplomático de Camp Holmes se considera tradicionalmente fruto de la intervención de Estados Unidos, así como del hecho de que el Senado estadounidense enviara a las llanuras meridionales quinientos dragones al mando del coronel Henry Dodge para hacer una exhibición del poder norteamericano a los indios. Este punto de vista ignora el interés comercial imperioso que aglutinaba a los indios desplazados y a los nómadas de las llanuras y reduce la diplomacia de los indios norteamericanos a una mera excrecencia de la iniciativa estadounidense. <<

[23] Para un informe muy iluminador sobre las condiciones económicas del Territorio Indio a principios de la década de 1840, véase la carta de W. M. Armstrong a T. Heartley Crawford, del 30 de septiembre de 1841, 27 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 333-339. <<

[24] Sobre el intercambio entre los comanches y las naciones desplazadas, véanse Grant Foreman, *Advancing the Frontier, 1830-1860* (Norman, University of Oklahoma Press, 1933), p. 172; cartas de Robert A. Irion a Sam Houston, del 14 de marzo de 1838, de A. M. M. Upshaw a Mirabeau B. Lamar, del 18 de junio de 1840, y «Statement of J. G. Jowett in Relation to the Difficulties between the Indians of the United States, and the Citizens of Texas», 7 de mayo de 1842, *IPTS*, 1, pp. 43, 114 y 128; *Arkansas State Gazette*, 4 de mayo de 1840; carta de Al. Duval a William L. Marcy, del 31 de mayo de 1847, LR:OIA, Agenda Seminola, 801, pp. 147-148; Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman (Norman, University of Oklahoma Press, 1937), p. 173; La Vere, *Contrary Neighbors*, pp. 117, 122-126 y 138-139; Victor Tixier, *Tixier's Travels on the Osage Prairies*, edición de John Francis McDermott, traducción al inglés de Albert J. Salvan (Norman, University of Oklahoma Press, 1940), p. 151; Grant Foreman, *Pioneer Days in the Southwest* (1926; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1944), pp. 226-227; Wilson T. Davidson, «A Comanche Prisoner in 1841», *SHQ* 45 (abril de 1942), p. 339; A. W. Whipple, Informe de las exploraciones para una ruta ferroviaria, cerca del paralelo 35 de latitud Norte, desde el río Misisipí hasta el océano Pacífico, 1853-1854, 33 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 78, pt. 3, 16; Sarah Ann Horn, *An Authentic and Thrilling Narrative of the Captivity of Mrs. Horn, and Her Two Children, with Mrs. Harris, by the Comanche Indians* (1851; reimpresso en Nueva York, Garland, 1977), pp. 25-27; Rachel Plummer, «Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer, Written by Herself», en *Held Captive by Indians: Selected Narratives, 1642-1836*, edición de Richard Van-DerBeets (Knoxville, University of Tennessee Press, 1973), pp. 360-362; James F. Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002), pp. 307-308; y Susan Miller, *Coacoochee's Bones: A Seminole Saga* (Lawrence, University of Kansas Press, 2003), pp. 99 y 112. <<

[25] Brad Agnew, *Fort Gibson: Terminal of the Trail of Tears* (Norman, University of Oklahoma Press, 1980), pp. 144-148; Leonard McPhail, «The Diary of Assistant Surgeon Leonard McPhail on His Journey to the Southwest in 1835», edición de Harold W. Jones, hijo, *CO 18* (septiembre de 1940), pp. 288-289; y «Treaty with Comanche and Wichita Indians», p. 435. Las citas proceden de Tixier, *Travels*, p. 150; y Stokes y Arbuckle, *Diario*, p. 413. Sobre la pérdida de poder de los osage, véase también Du-Val, *Native Ground*, pp. 195-226. <<

[26] Tixier, *Travels*, pp. 150-151. <<

[27] *Arkansas Intelligencer*, julio de 1845, p. 1; y cartas de W. Gilpin a R. Jones, del 1 de agosto de 1848, y de John M. Richardson a Samuel M. Rutherford, del 1 de septiembre de 1848, 30 Congreso, 2ª sesión, H. Ex. Doc. 1, 138, 541. La cita procede de la carta de J. C. Eldredge a Houston, del 8 de diciembre de 1843, *IPTS*, 1, p. 259. Sobre el comercio de Santa Fe, véase Thomas D. Hall, *Social Change in the Southwest, 1330-1880* (Lawrence, University of Kansas Press, 1989), p. 155. <<

[28] Josiah Gregg, *Commerce of the Prairies*, edición de Max L. Moorhead (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), pp. 234 y 250-251; Foreman, *Pioneer Days*, pp. 157-158 y 225-226; carta de James Bowie a Henry Rueg, del 3 de agosto de 1835, en *The Papers of the Texas Revolution, 1835-1836*, edición de John H. Jenkins, 10 vols. (Austin, Presidial, 1973), 1, pp. 301-302; y W. H. Clift, «Warren's Trading Post», *CO 2* (junio de 1924), pp. 129, 138-139. <<

[29] Sobre el comercio de pieles en la Comanchería, véanse, por ejemplo, *Telegraph and Texas Register*, 12 de junio de 1837; James Mooney, *Calendar History of the Kiowa Indians* (1898; reimpreso en Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1979), pp. 171-172; y Clift, «Warren's trading Post», pp. 134-135. Sobre la mercantilización del bison de las Grandes Llanuras en general, véanse Richard White, «Animals and Enterprise», en *The Oxford History of the American West*, edición de Clyde A. Milner, II, Carol A. O'Connor, y Martha A. Sandweiss (Nueva York, Oxford University Press, 1994), pp. 243-249; y Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), pp. 93-122. <<

[30] Cartas de Luis Deblanc a Francisco Luis Hector, barón de Carondelet, del 22 de febrero de 1796, y de Carondelet a Miguel de la Grúa Talamanca y Branciforte, marqués de Branciforte, del 7 de junio de 1796, en *Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804*, edición de A. P. Nasatir, 2 vols. (1952; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1990), 1, p. 36\$, 2, p. 439. Nasatir habla de los ambarica y los arikara pero, por el contexto, no hay duda de que se trataba de los yamparika. <<

[31] Sobre los informes y los rumores de las actividades comerciales norteamericanas en la Comanchería occidental, véanse las cartas de José Manrique a Nemesio Salcedo, del 27 y 29 de marzo de 1810, de N. Salcedo a Manrique, 2 de mayo de 1810, de Manrique a N. Salcedo, del 6 de octubre de 1810, de Bonavía a Pedro María de Allande, del 13 de agosto de 1816, de Juan Lobato a Melgares, del 22 de septiembre de 1818, de Juan de Dios Peña a Facundo Melgares, del 4 de noviembre de 1818, e Interrogatorio de Manuel Rivera, 8 de octubre de 1819, SANM II 17, pp. 61-63, 66, 90-92, 196-200, 18, pp. 682-683, 19» pp. 302-304» 433-434» 987-990 (T. 2.308, 2.310, 2.016, 2.363, 2.667, 2.750-2.768, 2.850); y la carta de John Jamison al secretario de la guerra, del 19 de agosto de 1817, LR, Secretaría de Guerra, Colección Principal, RG 107, Archivos de la Oficina de la Secretaría de Guerra, M2 21, NAMN, 74:J 129(10); carta de Julius De Mun a William Clark, del 25 de noviembre de 1817, *American State Papers*, Class 1, *Foreign Relations*, 4, pp. 211-213; carta de Pérez a Martínez, del 1 de junio de 1818, BA 61, p. 126; Anónimo, Notas acerca de la provincia de Nuevo México, recogidas durante mi misión al Oeste, en «Anonymous Description of New Mexico, 1818», edición de Alfred B. Thomas, *SHQ* 33 (julio de 1929), pp. 58-59; y David J. Weber, *Taos Trappers: The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846* (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 45-47. La cita procede de Manuel Merino y Moreno, Informe sobre las tribus de indios paganos que pueblan los territorios fronterizos de las Provincias Internas del reino de Nueva España..., en «Views from a Desk in Chihuahua: Manuel Merino's Report on Apaches and Neighboring Nations, ca. 1804», edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de John Wheat, *SHQ* 85 (octubre de 1991), p. 171. <<

[32] Alberto Maynez, *Diario de acontecimientos*, 1 de abril-1 de diciembre de 1815, SANM II 18, pp. 29-32 (T-2.585); Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 180-189; De la Concha, *Instrucciones*, p. 242; John, «Documentary Evidence», p. 543; y David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005), p. 185 (trad, cast.: *Bárbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[33] Carroll y Haggard, *Three New Mexico Chronicles*, pp. 135-136. <<

[34] Carta de Melgares a Alexo García Conde, del 8 de octubre de 1818, en «Documents Bearing upon the Northern Frontier of New Mexico, 1818-1819», edición de Alfred B. Thomas, *NMHR* 4 (abril de 1929), p. 156. Las citas proceden del documento anónimo, Notas, pp. 58-59. <<

[35] Thomas James, *Three Years among the Indians and Mexicans*, edición de Milo Milton Quaife (1846; reimpreso en Nueva York, Citadel, 1966), pp. 100-135 y 220-256. Para una interpretación diferente de la visita de James, véase Charles L. Kenner, *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican-Plains Indian Relations* (1969; reimpreso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994), p. 70. <<

[36] James, *Three Years*, pp. 213-256 (la cita procede de las páginas 227-228); y *Arkansas State Gazette*, 28 de febrero de 1838, citado en Ralph A. Smith, «Mexican and Anglo-Saxon Traffic in Scalps, Slaves, and Livestock, 1835-1841», *West Texas Historical Association Year Book* 36 (1960), pp. 102-103. Véase también Douglas C. Comer, *Ritual Ground: Bent's Old Fort, World Formation, and the Annexation of the Southwest* (Berkeley, University of California Press, 1996), p. 92; carta de José María Ronquillo al ayudante inspector, del 28 de junio de 1833, MANM 14, p. 930; y Stephen G. Hyslop, *Bound for Santa Fe: The Road to New Mexico and the American Conquest, 1806-1848* (Norman, University of Oklahoma Press, 2002), p. 175. <<

[37] Carta de Zenon Trudeau a Carondalet, del 4 de julio de 1796, en *Befare Lewis and Clark*, edición de Nasatir, 1, pp. 329-330; carta de Joaquín del Real Alencaster a N. Salcedo, del 13 de junio de 1807, y Resumen de acontecimientos recientes de Nuevo México, 1 de julio-13 de septiembre de 1808, SANM II 16, pp. 247, 556-561 (T-2.056, 2.134); James, *Three Years*, p. 245; José María Ronquillo, Informe, 17 de septiembre de 1831, MANM 13, pp. 559-579; Charles Augustus Murray, *Travels in North America during the Years 1834, 1835, 1836*, 2 vols. (Londres, R. Bentley, 1839), p. 365; Gregg, *Commerce*, p. 246; James William Abert, *Expedition to the Southwest: An 1843; Reconnaissance of Colorado, New Mexico, Texas, and Oklahoma* (1846; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1999), p. 63; y David J. Wishart, *An Unspeakable Sadness: The Dispossession of Nebraska Indians* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1994), p. 31. <<

[38] Mooney, *Calendar History*, pp. 162-164 (la cita procede de la página 163); Elizabeth A. H. John, «An Earlier Chapter of Kiowa History», *NMHR* 60 (octubre de 1985), p. 387; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 146-147. <<

[39] Sobre los kiowa y los naishan y su mudanza a la Comanchería, véanse Mooney, *Calendar History*, p. 164; y Morris W. Foster y Martha Me Collough, «Plains Apache», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, 2 partes (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001), 2, pp. 926-927. Sobre el comercio de los kiowa y los naishan con los aldeanos del Missouri y su papel como intermediarios, véanse Pierre Antoine Tabeau, *Tabeau V Narrative of Loisel's Expedition to the Upper Missouri*, edición de Annie Heloise Abel, traducción al inglés de Rose Abel Wright (Norman, University of Oklahoma Press, 1939), pp. 154-155 y 158 (la cita procede de la página 158); Gary E. Moulton, editor, *The Journals of the Lewis and Clark Expedition*, 13 vols. (Lincoln, University of Nebraska Press, 1983-2001), 3, pp. 403 y 422; Zebulon Montgomery Pike, *The Expeditions of Zebulon Montgomery Pike*, edición de Elliott Coues, 2 vols. (1895; reimpresso en Nueva York, Dover, 1987), 2, p. 746; George E. Hyde, *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 31-32; y Pekka Hámalainen, «The Western Comanche Trade Center: Rethinking the Plains Indian Trade System», *Western Historical Quarterly* 29 (invierno de 1998), p. 506. <<

[40] Sobre la migración de cheyenne y arapaho, véase Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 839-840. Sobre las ferias, véanse Edwin James, *James' Account of S. H. Long Expedition, 1819-1820*, vols. 14-17 de *Early Western Travels, 1748-1846*, edición de Reuben Gold Thwaites (Cleveland, Arthur H. Clark, 1905), 16, p. 55; y Jacob Fowler, *The Journal of Jacob Fowler*, edición de Elliott Coces (1898; reimpresso en Minneapolis, Ross and Haines, 1965), pp. 51-59 y 71-72* Sobre los cheyenne como intermediarios, véanse Joseph Jablow, *The Cheyenne in Plains Indian Trade Relations*, pp. 58-60; John Milloy, *The Plains Cree: Trade, Diplomacy, and War, 1790 to 1870* (Winnipeg, University of Manitoba Press, 1988), p. 35; y Hyde, *Life of George Bent*, p. 32. <<

[41] Theodor Binned, *Common and Contested Ground: A Human and Environmental History of the Northwestern Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 2001), pp. 137 y 182-183; George E. Hyde, *Indians of the High Plains: From the Prehistoric Period to the Coming of Europeans* (Norman, University of Oklahoma Press, 1959), pp. 182-183; James, *Account*, 16, p 55; John R. Bell, *The Journal of Captain John R. Bell, Official Journalist for the Stephen H. Long Expedition to the Rocky Mountains, 1820*, edición de Carlin M. Fuller y LeRoy R. Haven (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1957), p. 180; y Fowler, *Journal*, p. 5. Berlandier también mencionaba que los shoshone («sensores») visitaban las rancherías comanches. Véase Berlandier, *Indians*, p. 142. La cita procede de Charles Le Raye, «The Journal of Charles LeRaye», *South Dakota Historical Collections* 4 (1908), p. 174. Sobre el armamento de los shoshone, véase también Moulton, ed., *Journals*, 5, p. 122. Sobre los crow, véase Edwin Thompson Denis, *Five Indian Tribes of the Upper Missouri: Sioux, Aricaras, Assinahoines, Crees, Crows*, edición de John C. Ewers (Norman, University of Oklahoma Press, 1961), p. 164. <<

[42] John H. Moore, *The Cheyenne Nation: A Social and Demographic History* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1987), p. 235; Hyde, *Life of George Bent*, pp. 37-41 y 68; y Comer, *Ritual Ground*, p. 123. <<

[43] Sobre las bajas, véanse, por ejemplo, Foreman, *Pioneer Days*, p. 238; y Janet Lecompte, «Bent, St. Vrain, and Company among the Comanche and Kiowa», *Colorado Magazine* 49 (1972), p. 275; y *National Intelligencer*, 16 de abril de 1839. La descripción de la paz de 1840 se basa en Mooney, *Calendar History*, 276; y George Bird Grinnell, *The Fighting Cheyennes* (Norman, University of Oklahoma Press, 1915), pp. 63-69 (la cita procede de la página 69). Ambas obras se inspiran en las tradiciones orales indias. <<

[44] Sobre los acuerdos territoriales, véanse George F. Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains* (Londres, John Murray, 1861), pp. 291-292; Hyde, *Life of George Bent*, p. 37; carta de John W. Whitfield a C. E. Mix, del 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 104; y John W. Abert, *Through the Country of the Comanche Indians in the Fall of the Year 1845: The Journal of a US. Army Expedition Led by Lieutenant James W. Abert*, edición de John Calvin (San Francisco, John Howell, 1970), p. 69. Sobre las consideraciones estratégicas, véase Elliott West, *The Contested Plains: Indians Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, University of Kansas Press, 1998), p. 77. <<

[45] West, *Contested Plains*, pp. 83 y 192-196; y Comer, *Ritual Ground*, p. 125. <<

[46] Sobre el fuerte de los Bent en la historia de Estados Unidos, véase, por ejemplo, Comer, *Ritual Ground*, pp. 246-250. Sobre el comercio de los comanches en el fuerte de los Bent, véanse Hyde, *Life of George Bent*, pp. 68-70; Ruxton, *Adventures*, pp. 283-285 y 291-292; Lecompte, «Bent», pp. 281-285; y Comer, *Ritual Ground*, pp. 154-156. <<

[47] Sobre las interacciones entre comanches, véase el capítulo 6. <<

[48] Sobre la intersección de regalos, parentesco y comercio en las relaciones exteriores de los comanches, véanse Hámaláinen, «Western Comanche Trade Center», pp. 492-493 y 509-510; y David La Vere, «Friendly Persuasions: Gifts and Reciprocity in Comanche-Euroamerican Relations», *CO* 71 (otoño de 1993), pp. 322-337. Sobre la Gran Liga de la Paz de los iroqueses, véase Daniel K. Richter, *The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute fo Early American History and Culture, 1992), pp. 30-49. <<

[49] Sobre las llanuras septentrionales, véase Patricia Albers, «Symbiosis, Merger, and War: Contrasting Forms of Intertribal Relationship among Historic Plains Indians», en *Political Economy of North American Indians*, edición de John H. Moore (Norman, University of Oklahoma Press, 1993)* pp. 93-132. <<

[50] Alice Marriott y Carol K. Rachlin, *Plains Indian Mythology* (Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1975), pp. 96-98. Véase también Mooney, *Calendar History*, pp. 160-165. <<

[51] Sobre las leyendas ponca, véase Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), p. 39. Sobre los shoshone, véase Colin G. Calloway, «Snake Frontiers: The Eastern Shoshones in the Eighteenth Century», *Annals of Wyoming* 63 (verano de 1991), pp. 85-86. <<

[52] Sobre las ceremonias religiosas, las sociedades militares, los accesorios para el atuendo, los peinados y el armamento, véase Merino, Informe, p. 173; George Catlin, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Conditions of the North American Indians*, 2 vols. (1844; reimpresso en Nueva York, Dover, 1973), 2, p. 73; Whipple, Informe, p. 34; William C. Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies: Enduring Veterans, 1800 to the Present* (Austin, University of Texas Press, 1999), pp. 276 y 320; y Thomas W. Kavanagh, «Comanche», en *Encyclopedia of North American Indians: Native American History, Culture, and Life from Paleo-Indians to the Present*, edición de Frederick E. Hoxie (Boston, Houghton Mifflin, 1996), p. 132. Sobre la lengua comanche, véanse Berlandier, *Indians*, p. 103; Manuel García Rejón, comp., *Comanche Vocabulary: Trilingual Edition*, edición y traducción al inglés de Daniel J. Gelo (Austin, University of Texas Press, 1995), p. 5; Capitán Frederick Marryat, *Travels and Adventures of Monsieur Violet* (Upper Sadie River, Nueva Jersey, Literature House, 1970), primera página del capítulo 26; W. P. Clark, *The Indian Sign Language* (Filadelfia, L. R. Hamersley, 1885), p. 120; John L. Kessell, *Kiva, Cross., and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840* (Washington, D. C., National Park Service, 1979), p. 439; Howard Meredith, *Dancing on Common Ground: Tribal Cultures and Alliances on the Southern Plains* (Lawrence, University Press of Kansas, 1995), p. 65; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 180-181. Esto no quiere decir que la difusión del lenguaje se hubiera convertido en una realidad unidireccional. Las fuentes de principios del siglo XIX están llenas de alusiones a que los comanches entendían y hablaban español. <<

[53] Sobre las relaciones entre comanches, kiowa y naishan, véanse la carta de Alencaster a N. Salcedo, del 30 de agosto de 1806, SANM II 16, p. 212 (T-2006); Mooney, *Calendar History*, pp. 164-165 y 171; Nancy P. Hickerson, «Ethnogenesis in the South Plains: Jumano to Kiowa? », en *History, Power, and Identity: Ethnogenesis in the Americas: 1492-1992*, edición de Jonathan D. Hill (Iowa City, University of Iowa Press, 1996), pp. 87-88; Hämäläinen, «Western Comanche Trade Center», p. 506; Gerald Betty, *Comanche Society: Before the Reservation* (College Station, Texas A&M University Press, 2002), pp. 119 y 142; Thomas W. Kavanagh, «Comanche», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de De-Mallie, 2, p. 893; García Rejón, comp., *Comanche Vocabulary*, p. 5; y carta de Robert S. Neighbors a William Medill, del 14 de septiembre de 1847, 30 Congreso, Iª sesión, S. Ex. Doc. 1, 901. Sobre la Danza del Sol comanche, véase Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, p. 3*8-3 23. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, pp. 108 y 135. Sobre el hecho de que los comanches representaran a los kiowa y los naishan en las reuniones diplomáticas con las potencias coloniales europeas, véanse, por ejemplo, la carta de Bartolomé Baca al comandante general, del 18 de mayo de 1825, MANM 3, p. 936; y Stokes y Arbuckle, *Diario*, p. 407. <<

[54] José María Sánchez, «A Trip to Texas in 1828», traducción al inglés de Carlos E. Castañeda, *SHQ* 29 (abril de 1926), pp. 261-262; Manuel de Mier y Terán, «Noticia de las tribus de salvajes conocidos que habitan en Departamento de Tejas, y el número de Familias de que consta cada tribu, puntos en que habitan y terrenos en que acampan», *Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana Boletín* 2 (1870), p. 265; Berlandier, *Indians*, pp. 109-111 (las citas proceden de las páginas 109-110); Ruiz, *Report*, p. 16; García Rejón, comp., *Comanche Vocabulary*, p. 5; y W. O. Tuggle, *Shern, Ham and Japbeth: The Papers of W. O. Tuggle Comprising His Indian Diary, Sketches and Observations, Myths and Washington Journal in the Territory and at the Capital, 1879-1882*, edición de Eugene Current-García y Dorothy B. Hatfield (Athens, University of Georgia Press, 1973), p. 143. Melburn D. Thurman ha identificado a los «charitica» y los «sarritecha» que mencionan Ruiz, Berlandier y Terán como los apache lipán. Aunque es posible que esos etnónimos se utilizaran a veces para referirse a los apaches, parece evidente que Ruiz, Berlandier y Terán se referían a los arapaho: los tres escriben que los charitica/sarritecha llegaron a Texas desde Estados Unidos o «América del Norte», es decir, del norte de los ríos Arkansas y Rojo, que marcaba la frontera entre México y Estados Unidos. Los apache lipán, por el contrario, vivían desde la década de 1760 en el sur de Texas y el norte de México, más al sur del río Grande, y habrían llegado a las llanuras meridionales desde el Sur. Véase Melburn D. Thurman, «On the Identity of the Chariticas: Dog Eating and Pre-Horse Adaptation on the High Plains», *Plains Anthropologist* 33 (mayo de 1988), pp. 159-170. <<

[55] Sobre el desplazamiento de la localización de los Wichita, véase Smith, *Wichita Indians*, pp. 29, 113 y 137. Sobre la cooperación entre comanches y Wichita, véanse las cartas de Rafael Gonzales a Juan de Castañeda, del 5 de junio de 1824, y de Cayetano Andrado a Antonio Elozúa, de 16 de diciembre de 1825, BA 77, pp. 224-225, 86, pp. 792-793; y Matthew Babcock, «Transnational Raid and Trade Routes: Comanche Expansion from the rio Grande to Durango, 1821-1846» (documento inédito en poder del autor). Sobre la afirmación de Pahayuko, véase «Talk of Pah-Hah-Yoco and Roasting Ear», 19 de enero de 1845, *IPTS*, 1, p. 174. Sobre la fama de los Wichita en Texas, véanse la carta de Austin a Mateo Ahumada, del 18 de mayo de 1826, en *Austin Papers*, edición de Barker, 2, pp. 1.338-1.340; Jean Louis Berlandier, *Journey to Mexico: During the Years 1826 to 1834*, traducción al inglés de Sheila M. Ohlendorf, Josette M. Bigelow y Mary M. Standifer, 2 vols. (Austin, Texas State Historical Association and University of Texas Press, 1980), 2, p. 313; y la carta de David G. Burnet to Henry R. Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTs*, 3, p. 97. La cita procede de «Minutes of Council at Tehuacana Creek», 13 de mayo de 1844, *IPTS*, 2, p. 40. <<

[56] Las citas proceden de la carta de Sibley a Eustice, del 31 de diciembre de 1811, en «Dr. John Sibley», SHQ 49 (enero de 1946), p. 403; «Delegation from the Comanche Nation», en *Papers Concerning Robertson's Colony in Texas*, compilación y edición de Malcolm McLean, 18 vols. (Austin, University of Texas Press, 1974-1993), 4, p. 428; Berlandier, *Indians*, p. 122; Gregg, *Commerce*, p. 437; y Thomas J. Farnham, *Travels in the Great Western Prairies*, vols. 28 y 29 de *Early Western Travels, 1748-1846*, edición de Reuben Gold Thwaites (Cleveland, Arthur H. Clark, 1906), 28, p. 151. Véanse también las cartas de José Francisco Ruiz a Elozúa, del 1 de agosto de 1830, en *Robertson's Colony*, 4, pp. 334-335; de Neighbors a Medill, del 2 de marzo de 1848, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, 17; Gary Clayton Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875* (Norman, University of Oklahoma Press, 2005), pp. 48-49; la carta de Ruiz a Elozúa, del 1 de agosto de 1830, BA 133, p. 31; y Sánchez, «Trip to Texas», pp. 261 y 265-266. <<

[57] Sobre los inmigrantes voluntarios, véanse «Delegation from the Comanche Nation», p. 428; R. B. Marcy, *Thirty Years of Army Life on the Border* (Nueva York, Harper and Bros., 1866), p. 89; Susan Miller, «Those Homelands That You Call the Louisiana Purchase», en *The Louisiana Purchase and Its Peoples: Perspectives from the New Orleans Conference*, edición de Paul E. Hoffman (Lafayette, Louisiana Historical Association and the Center for Louisiana History, 2004), p. 84; Anderson, *Indian Southwest*, pp. 224-226; y Brooks, *Captives and Cousins*, p. 194. Las citas proceden de Sibley, *Report*, p. 80; y de Robert S. Neighbors, «The Na-Ü-Ni, or Comanches of Texas; Their Traits and Beliefs, and Divisions and Intertribal Relations», *IPTS*, 3, p. 350. <<

[58] Las citas proceden de Brooks, *Captives and Cousins*, p. 193; y Padilla, Informe, p. 55. <<

[59] La cita procede de Sánchez, «Trip to Texas», p. 262. Véanse también Lila Wistrand Robinson y James Armagost, *Comanche Dictionary and Grammar* (Arlington, University of Texas at Arlington, 1990), p. 102; y Ladonna Harris, Stephen M. Sachs y Benjamin J. Broome, «Wisdom of the People: Potential and Pitfalls in Efforts by the Comanches to Recreate Traditional Ways of Building Consensus», *American Indian Quarterly* 25 (invierno de 2001), p. 117. <<

[60] Catlin, *Letters*, 2, pp. 67-68. <<

[61] Sobre las epidemias, véanse Mooney, *Calendar History*, pp. 168 y 172-173; y John C. Ewers, «The Influence of Epidemics on the Indian Populations and Cultures of Texas», *Plains Anthropologist* 18 (mayo de 1973), pp. 104-115. Sobre las cifras de población, véanse la carta de David Dickson a Henry Clay, del 1 de julio de 1827, Despachos de los cónsules de Estados Unidos en Texas, 1825-1844, RG 59, Archivo General del Departamento de Estado, Ti 53, NAMP, rollo 1 (sin número de microficha); J. C. Clopper, «Journal [1828]», en *Texas by Terán: The Diary Kept by General Manuel de Mier y Terán on His 1828 Inspection of Texas*, edición de Jack Jackson, traducción al inglés de John Wheat (Austin, University of Texas Press, 2000), p. 25; José Francisco Ruiz, «“Comanches”: Customs and Characteristics», en *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, edición de Charles Adams Gulick, hijo, y otros, 6 vols. (1920-1927; reimpresso en Austin, Pemberton, 1968), 4, p. 222; carta de Houston a Ellsworth, del 1 de diciembre de 1832, en *Writings of Sam Houston*, edición de Williams y Barker, 1, p. 268; Informe de G. W. Bonnell, reimpresso en 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, 42; Foreman, *Advancing the Frontier*, pp. 148-149; Hall, *Social Change*, p. 145; David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest Under Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982), pp. 177 y 195 (trad. cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y LaVere, *Contrary Neighbors*, p. 64. <<

[62] Sobre las bajas de los Wichita y los kiowa como comunidades de primera línea, véanse Foreman, *Advancing the Frontier*, p. 113; y Willard H. Rollings, *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992), p. 269. Sobre los escenarios diplomáticos, véanse, por ejemplo, la carta de Baca al comandante general, del 18 de mayo de 1825, MANM 3, p. 936; «Treaty with the Comanche», 8 de octubre de 1826, en *Documents of American Indian Diplomacy: Treaties, Agreements, and Conventions, 1775-1979*, compilación de Vine Deloria, hijo, y Raymond DeMallie (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 154; Stokes y Arbuckle, Diario, 407; y «A Treaty Signed in Council at Tehuacana Creek, Oct. 9, 1844», *IPTS*, 2, pp. 113-114. La cita procede de Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 349. <<

[63] Carta de Manuel de Mier y Terán a Guadalupe Victoria, del 28 de marzo de 1828, en *Texas by Terán*, edición de Jackson, traducción al inglés de Wheat, p. 30; y Sánchez, «Trip to Texas», p. 263. <<

[1] Sobre los asaltos y la violencia, véanse Wiliam H. Oberste, *History of Refugio Mission* (Refugio, Texas, Refugio Timely Remarks, 1942), pp. 217 y 249-250; F. Todd Smith, *From Dominance to Disappearance: The Indians of Texas and the Near Southwest, 1786-1859* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2005), pp. 52-53; y las cartas de Pedro de Nava a Manuel Muñoz, del 27 de enero y el 4 de junio de 1795, de Miguel Músquiz a Juan Bautista de Elguézabal, del 8 de noviembre de 1801, de Elguézabal a Manuel Antonio Cordero y Bustamante, del 6 de enero de 1802, de Nava a Elguézabal, del 19 de enero de 1802, de Elguézabal a Nava, del 14, 28 y 29 de abril de 1802, de Nava a Elguézabal, del 28 de octubre de 1802, y Cuaderno de Apuntes, copia autenticada de Francisco Xavier de Uranga a Nava, 29 de septiembre de 1802, BA 25, pp. 269-270, 541-542, 30, pp. 406-407, 477-478, 494-500, 536-537, 873-875 y 824-826. Sobre el consejo, véanse las cartas de Elguézabal a Cordero, del 30 de marzo de 1803, y de Nemesio Salcedo a Elguézabal, del 26 de abril de 1803, BA 31, pp. 157, 211-212. <<

[2] Sobre la vulnerabilidad y los temores de España ante la influencia norteamericana en la Comanchería, véanse las cartas de N. Salcedo a Elguézabal, de 14 del noviembre de 1802, 13 de septiembre de 1803 y 14 de agosto de 1804, de Elguézabal a N. Salcedo, del 11 de septiembre de 1805 y Testimonio del jefe Cordero, 25 de octubre de 1810, BA 30, p. 899, 31, p. 609, 32, p. 697, 33, pp. 528-582, 47, pp. 6-7; y la carta de N. Salcedo a Fernando Chacón, del 8 de mayo de 1804, en *Before Lewis and Clark: Documents Illustrating the History of the Missouri, 1785-1804*, edición de A. P. Nasatir, 2 vols. (1952; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1990), 2, pp. 734-735; y Julia Kathryn Garrett, *Green Flag over Texas: A Story of the Last Years of Spain in Texas* (Nueva York, Cordova, 1939), p. 10. <<

[3] Sobre la distribución de regalos, véase la carta de Miguel Díaz de Luna a Manuel María de Salcedo, del 1 de diciembre de 1810, BA 47, pp. 419-433. Sobre el «ansia de riqueza», véase Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 213. Para una interpretación distinta de los regalos en las relaciones entre comanches y españoles en Texas, véase Raúl Ramos, «Finding the Balance: Béxar in the Mexican/Indian Relations», en *Continental Crossroads: Remapping U. S. -Mexico Borderlands History*, edición de Samuel Truett y Elliott Young (Durham, Duke University Press, 2004), pp. 47-50. <<

[4] Sobre los ataques, véanse Odie B. Faulk, «The Comanche Invasion of Texas, 1743-1836», *Great Plains Journal* 9 (otoño de 1969), pp. 33-34; y carta de N. Salcedo a Elguézabal, del 28 de marzo de 1803, Elguézabal, Informe, 31 de agosto de 1803, y carta de N. Salcedo a Elguézabal, del 11 de octubre de 1803, BA 31, pp. 155, 535-536, 712-713. Sobre los regalos, la adaptación y las interacciones pacíficas, véanse las cartas de N. Salcedo a Elguézabal, del 14 de agosto y el 10 de septiembre de 1804, de Cordero a N. Salcedo, del 11 de septiembre y el 5 de octubre de 1805, de Cordero a N. Salcedo, del 12 de marzo de 1806, de N. Salcedo a Cordero, del 3 de junio de 1806, de Cordero a N. Salcedo, del 20 y el 27 de junio de 1806, Reunión con el jefe comanche Cordero, 31 de julio de 1810, y carta de Bernardo Bonavía a N. Salcedo, del 8 de agosto de 1810, BA 32, pp. 606-607, 656-667, 33, pp. 584, 703-704, 34, pp. 419-422, 720-722, 821, 46, pp. 233-235, 312-313; Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1966), p. 186; J. Villasana Haggard, «The Neutral Ground between Louisiana and Texas, 1806-1821», *Louisiana Historical Quarterly* 28 (octubre de 1945), p. 1.085; y Francisco Amangual, «Diary of Francisco Amangual from San Antonio to Santa Fe, March 30-May 19, 1808», *PV*, pp. 467-474. Para un análisis comparativo y sin igual del pago de tributos de España a unos indios independientes, véase David J. Weber, *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment* (New Haven, Yale University Press, 2005), pp. 190-192 (trad. cast.: *Barbaros: Los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*. Traducción de Alejandra Chaparro y Luis Noriega, Barcelona, Crítica, 2007). <<

[5] Sobre la falta de regalos en Texas, véanse las cartas de M. Salcedo a N. Salcedo, del 18 de septiembre de 1811, y de Simón de Herrera a N. Salcedo, del 29 de septiembre de 1811, BA 49, pp. 202-205, 245-246. Sobre los intentos de incrementar los regalos y mantener la paz, véanse las cartas de Herrera a N. Salcedo, del 7 y el 21 de agosto de 1811, y de N. Salcedo a Herrera, del 17 de septiembre de 1811, BA 48, pp. 989-990, 49, pp. 73-74, 195-196. Sobre los asaltos, véanse las cartas de N. Salcedo a Bonavía, del 27 de agosto de 1810, Bernardo Bonavía, Manuel María de Salcedo y Simón de Herrera, Consejo de Guerra, octubre de 1810 [sin fecha], las cartas de José Miguel Arcos a los comandantes de San Marcos, Colorado y Brazos, del 4 de agosto de 1811, de Herrera a N. Salcedo, del 13 de agosto de 1811, de Herrera a Joaquín de Arredondo, del 16 de agosto de 1811, y de N. Salcedo a Herrera, del 18 de diciembre de 1811, BA 46, pp. 511-515, 47, pp. 122-127, 48, pp. 64-66, 49, pp. 47-48, 53-54, 756-757. Sobre el incidente de El Sordo, véase Medidas acerca de la captura del jefe comanche El Sordo y de sus seguidores, 15 de diciembre de 1811, BA pp. 729-747. Sobre el Sargento-Cordero, véase la carta de John Jamison al secretario de guerra, del 10 de junio de 1817, LR, Secretario de Guerra, Colección Principal, RG 107, Archivos de la Oficina de la Secretaría de Guerra, M211, NAMP, 74:J186(10); y Thomas James, *Three Years among the Indians and Mexicans*, edición de Milo Milton Quaife (1846; reimpresso en Nueva York, Citadel, 1966), p. 136. <<

[6] Sobre el ataque a San Marcos, véase la carta de M. Salcedo a N. Salcedo, del 5 de agosto de 1812, BA 52, pp. 151-155. Sobre los soldados, véase Nemesio Salcedo, *Instrucción reservada de don Nemesio Salcedo y Salcedo, Comandante General de Provincias Internas a su sucesor* y edición de Isidro Vizcaya Canales (Chihuahua, Centro de Información del Estado de Chihuahua), p. 17. Las citas proceden de Juan Antonio Padilla, Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819, en «Texas in 1820», traducción al inglés de Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 23 (julio de 1919), p. 55; y Faulk, «Comanche Invasión», p. 36. <<

[7] Sobre la revuelta de 1812-1813 y sus consecuencias, véanse David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982), pp. 9-10 (trad. cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Salcedo, *Instruction*, p. 37. Sobre los asaltos comanches, véanse las cartas de Benito de Armiñán a Arredondo, del 22 de marzo de 1814, de Ignacio Pérez a Armiñán, del 15 de abril de 1814, de Armiñán a Arredondo, del 16 de abril y 1 y 15 de agosto de 1814, y Medidas relativas a la investigación de los daños causados por los indios comanches en las inmediaciones de Béxar, BA 53, pp. 584-585, 680-683, 715, 54, pp. 87-88, 122-123, 126-131; David G. Burnet, «David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians with an Introduction by Ernest Wallace», *West Texas Historical Association Year Book* 30 (1954), p* 132; y Juan N. Almonte, «Statistical Report on Texas», traducción al inglés de C. E. Castañeda, *SHQ* 28 (enero de 1925), pp. 181, 195. Sobre la situación de Texas, véanse las cartas de Arredondo a Armiñán, del 31 de enero de 1814, de Armiñán a Arredondo, del 16 de abril de 1814, anónima a Arredondo, del 22 de mayo de 1814, de Arredondo a Armiñán, del 29 y el 30 de junio de 1814, anónima a Arredondo, del 1 y el 15 de agosto de 1814, BA 53, pp. 510, 726-727, 924-925, 1.027-1.036, 54, pp. 87-90, 122-123. La revuelta de 1812-1813 precedida, a principios de 1811, por la revuelta de Casas, un golpe inspirado en la de Hidalgo y dirigido contra los *peninsulares* del lugar (españoles de origen europeo) y el *mal gobierno* (la cursiva, en español en el original [AT. del T.]). La revuelta de Casas parece haber causado poco impacto en las relaciones entre Texas y los comanches. <<

[8] Sobre la paz entre comanches y apaches lipán, véanse José Francisco Ruiz, *Report on Indian Tribes of Texas in 1828*, edición de John C. Ewers (New Haven, Yale University Press, 1972), p. 7; y Jean Louis Berlandier, *The Indians of Texas in 1830*, edición de John C. Ewers, traducción al inglés de Patricia Reading Leclercq (Washington D. C., Smithsonian Institution, 1969), p. 132. Las citas del párrafo siguiente proceden de Berlandier, *Indians*, p. 133; y de la carta de Antonio Martínez a Arredondo, del 26 de junio de 1818, en *The Letters of Antonio Martínez, Last Spanish Governor of Texas, 1817-1822*, edición de Virginia H. Taylor (Austin, Texas State Library, 1957), p. 151. <<

[9] Sobre los asaltos y la respuesta de los españoles, véanse las cartas de Juan Ignacio Flores a Martínez, del 23 de julio de 1817, de Martínez a Antonio Garda de Tejada, del 9 de agosto de 1817, de Tejada a Martínez, del 25 y el 27 de agosto de 1817, y de Martínez a Juan de Castañeda, del 29 de agosto y 10 de septiembre de 1817, BA 59, pp. 11-13, 184-185, 340, 365-366, 387, 511-512; Omar Valerio-Jiménez, «*Indios Bárbaros, Divorcees, and Flocks of Vampires: Identity and Nation on the Rio Grande*» (tesis doctoral, University of California, Los Angeles, 2001), pp. 35-36; Instrucciones dictadas por el ayuntamiento constitucional de la ciudad de San Fernando de Bexar...., 15 de noviembre de 1820, en «Texas in 1820», traducción al inglés de Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 23 (julio de 1919), pp. 62-63; y carta de Martínez a Arredondo, del 4 de octubre de 1819, en *Letters of Antonio Martínez*, p. 269. <<

[10] Carta de Armiñán a Arredondo, del 19 de agosto de 1814, y de José Félix Pérez a Armiñán, del 22 de agosto de 1814, BA 54, pp. 136-139, 151-152; Anderson, *Indian Southwest*, pp. 254-255; cartas de Martínez a Arredondo, del 25 de junio de 1818, el 5 de abril de 1819 y el 2 de marzo de 1820, en *Cartas de Antonio Martínez*, pp. 149, 219 y 307; Instrucciones dictadas por el ayuntamiento constitucional de la Ciudad de San Fernando de Bexar, p. 61; Jack Jackson, *Los Mesteños: Spanish Ranching in Texas, 1721-1821* (College Station, Texas A&M University Press, 1986), pp. 544-550; y David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992), p. 299 (trad, cast: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000).

<<

[11] Cartas de Martínez a Arredondo, del 26 de junio y el 20 de octubre de 1818 y el 1 de abril de 1819, en *Letters of Antonio Martínez*, pp. 150, 185 y 218; y Almonte, «Statistical Repon», p. 181. <<

[12] Sobre las explicaciones de los asaltos en aquella época, véanse, por ejemplo, la carta de M. Salcedo a N. Salcedo, de 11 de septiembre de 1805, Testimonio del jefe Cordero, 25 de octubre de 1810, y Manuel María de Salcedo, Interrogatorio de un indio comanche, 1810 [sin fecha], BA 33, pp. 582-583, 47, pp. 6-7, 701-702. La cita procede de la carta de Stephen F. Austin a Anastasio Bustamante [?], del 10 de mayo de 1830, en *The Austin Papers*, edición de Eugene C. Barker, 2 vols. (Washington, D. C., GPO, 1924), 2, pp. 508-509. La idea de que los agentes fronterizos norteamericanos utilizaban a los indios de las llanuras como instrumento para debilitar y, en última instancia, conquistar el extremo septentrional de México, es también un motivo consolidado en la historiografía mexicana. Véase James F. Brooks, «Served Well by Plunder: La Gran Ladronería and Producers of History Astride the Rio Grande», *American Quarterly* 52 (marzo de 2000), p. 34. <<

[13] Amangual, «Diary», p. 473. <<

[14] Salcedo, *Instrucción*, p. 46; y Dan L. Flores, ed., *Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810* (College Station, Texas A&M University Press, 1985), pp. 11 y 92-93. Las citas proceden de Bonavía, M. Salcedo y Herrera, Consejo de Guerra, BA 47, p. 12 3. Sobre la necesidad de armas de los comanches a principios del siglo XIX, véase, por ejemplo, John Sibley, *A Report from Natchitoches in 1807*, edición de Annie Heloise Abel (Nueva York, Museum of the American Indian, 1922), p. 74. <<

[15] Para un ejemplo ilustrativo de la dinámica comercial entre comanches y norteamericanos, véanse Anthony Glass, «Life among the Indians, August-October, 1808», y «On the Winter Hunt, October, 1808-March, 1809», en *Journal*, edición de Flores, pp. 47-60 y 61-80. Véase también, en el capítulo anterior, la visita atolondrada de Thomas James a la Comanchería. <<

[16] Como señalaba George Bent, los caballos mustang «eran la mejor monta para cazar bisontes», pero domarlos y entrenarlos requerían meses de trabajo intensivo y meticuloso. Véase George E. Hyde, *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 34-37. <<

[17] Según un observador de principios del siglo XIX, la «riqueza [de los comanches] residía en los caballos y las mulas; los que criaban ellos mismos solían ser muy superiores [...] Era muy difícil convencerlos de que vendieran a sus mejores caballos, pero disponían casi a cualquier precio de los que habían robado a los mexicanos». Véase *Houston Telegraph and Texas Register*, 16 de junio de 1838. La cita procede de Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman (Norman, University of Oklahoma Press, 1937), p. 158. Josiah Gregg también se hace eco del comentario de Marcy, que escribió que los comanches «adoran a sus corceles: [si los vendieran], sería como si alguien tratara de comprar al hijo de un comanche para convertirlo en su caballo favorito». Véase Josiah Gregg, *Commerce of the Prairies*, edición de Max L. Moorhead (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), p. 435. <<

[18] Sobre la ocupación de los norteamericanos, véase Randolph B. Campbell, *Gone to Texas: A History of the Lone Star State* (Nueva York, Oxford University Press, 2003), pp. 97-98. <<

[19] Cartas de Juan Cortés a Martínez, del 23 de octubre de 1821, y de Manuel Barrera a José Angel Navarro, del 3 de diciembre de 1821, BA 68, pp. 664-665, 69, pp. 284-285; «Delegation from the Comanche Nation to the Mexican Congress», en *Papers Concerning Robertson's Colony*, compilación y edición de Malcolm McLean, 18 vols. (Austin, University of Texas Press, 1974-1993), 4, p. 428; Martha Rodríguez, *La guerra entre bárbaros y civilizados: el exterminio del nómada en Coahuila, 1840-1880* (Saltillo, Centro de Estudios Sociales y Humanísticos, 1998), pp. 145-146; y Juan Mora-Torres, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo Leon, 1848-1910* (Austin, University of Texas Press, 2001), p. 37. <<

[20] Las citas proceden de «Treaty between the Mexican Empire and the Comanche Nation», 13 de diciembre de 1822, en *Documents of American Indian Diplomacy: Treaties, Agreements, and Conventions, 1775-1846*, compilación de Vine Deloria, hijo, y Raymond DeMallie (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), pp. 150-152; y «Delegation from the Comanche Nation», P 43 <<

[21] Ohland Morton, *Terán and Texas: A Chapter in Texas-Mexican Relations* (Austin, Texas Historical Association, 1948), p. 68; carta de José Rafael González a Castañeda, del 1 de marzo de 1825, BA 79, pp. 663-664; y Berlandier, *Indians*, pp. 47-48. <<

[22] Berlandier, *Indians*, p. 31. <<

[23] Cartas de Gómez Pedraza a Antonio Elozúa, del 10 de noviembre de 1825, de Cayetano Andrade a Elozúa, del 10 de noviembre de 1825, y de Elozúa a Andrade, del 16 de diciembre de 1825, BA 85, pp. 733-734, 739-740. 86, pp. 799-800; Berlandier, *Indians*, p. 120; y José María Sánchez, «A Trip to Texas in 1828», traducción al inglés de Carlos E. Castañeda, *SHQ* 29 (abril 1926), p. 262. Las citas proceden de las cartas de González a Castañeda, de 3 de marzo de 1824, BA 76, p. 939; y de la de Gutiérrez de Lara al gobernador de San Luis Potosí, de julio de 1824, citada en Rupert Noval Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier* (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933), p. 74. <<

[24] *Natchitoches Courier*, 15 de mayo de 1826, y carta de Sebastián Camacho a Joel R. Poinsett, del 15 de junio de 1826, citado en David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982), pp. 95 y 97 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. E, Fondo de Cultura Económica, 1988). Véase también David J. Weber, «American Westward Expansion and the Breakdown of Relations between *Pobladores* and “*Indios Bárbaros*” on Mexico’s Far Northern Frontier, 1821-1846», *NMHR* 56 (julio de 1981), pp. 224-226. <<

[25] «Colonization Law of the State of Coahuila and Texas, March 25, 1825», en *Robertson's Colony*, 2, p. 276; Weber, *Mexican Frontier*, 158-165 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier. Texas and New Mexico, 1800-1850* (Nueva York, Cambridge University Press, 2005), pp. 28-29 y 64-68. <<

[26] Cartas de Stephen F. Austin a José Antonio Saucedo, del 26 de agosto de 1824, del Barón de Bastrop a Austin, del 19 de marzo de 1825, y de Austin a Bustamante [?], del 10 de mayo de 1830, en *Austin Papers*, edición de Barker, 2, pp. 507-508, 1.058, 1.181-1.182 (la cita procede de la página 507); Faulk, «Comanche Invasión», p. 39; y carta de José Francisco Ruiz a Elozúa, del 1 de agosto de 1830, BA 133, pp. 30-32. <<

[27] Sobre el crecimiento de la colonia de Austin, véase Gregg Cantrell, *Stephen F. Austin, Empresario of Texas* (New Haven, Yale University Press, 1999), pp. 146-149, 195-196, 210, 232 y 236-239; y carta de Manuel de Mier y Terán a Guadalupe Victoria, del 28 de marzo de 1828, en *Texas by Terán: The Diary Kept by General Manuel de Mier y Terán on His 1828 Inspection of Texas*, edición de Jack Jackson, traducción al inglés de John Wheat (Austin, University of Texas Press, 2000), pp. 33-34. Sobre la distribución de las colonias anglófonas, véase Reséndez, *Changing National Identities*, p. 38. Sobre las aldeas Wichita como escalas de comanches y sobre la composición étnica de las partidas de guerra, véase Anderson, *Indian Southwest*, pp. 259-260. <<

[28] Cartas de Elozúa a Mateo Ahumada, del 12 de noviembre de 1825, de Andrade a Elozúa, del 20 de noviembre de 1825, BA 85, pp. 860-861, 86, pp. 792-793; Gary Clayton Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land, 1820-1875* (Norman, University of Oklahoma Press, 2005), p. 49; Lester G. Bugbee, «The Texas Frontier, 1820-1825», *Publications of the Southern History Association* 4 (marzo de 1900), p. 119 y nota 34; cartas de Austin a Ahumada, del 8 de septiembre de 1825, de Austin a Saucedo, del 17 de julio y el 14 de agosto de 1826, de James Kerr a Austin, del 26 de febrero de 1827, y de Bustamante a Austin, del 19 de junio de 1827, en *Austin Papers*, edición de Baker, 2, pp. 1.196-1.197, 1.374, 1.424, 1.697 y 1.660; Berlandier, *Indians*, pp. 66 y 120; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 231-234. La cita procede de Jean Louis Berlandier, *Journey to Mexico: During the Years 1826 to 1834*, traducción al inglés de Sheila M. Ohlendorf, Josette M. Bigelow y Mary M. Standifer, 2 vols. (Austin, Texas State Historical Association and University of Texas Press, 1980), 2, p. 343. <<

[29] Cartas de Elozúa a Ruiz, del 21 de julio de 1831, de José María García a Elozúa, del 5 de mayo de 1832, de Juan José Hernández a José Antonio de la Garza, del 22 de septiembre de 1832, de Ramón Músquiz a Eca y Músquiz, del 22 de septiembre y el 19 de noviembre de 1832, y de Plácido Benavides a Juan Nepomuceno Seguín, del 22 de agosto de 1834, BA 143, p. 82, 149, pp. 789-790, 153, pp. 307-311, 349-350, 154, pp. 21-22, 162, p. 932; Matthew McLaurine Babcock, «Trans-national Trade Routes and Diplomacy: Comanche Expansion, 1760-1846» (tesis doctoral, University of New Mexico, 2001), pp. 99 y 101; carta de Domingo de Ugartechea a Martín Perfecto de Cos, de 8 de agosto de 1835, en *The Papers of the Texas Revolution, 1835-1836*, edición de John H. Jenkins, 10 vols. (Austin, Presidial, 1973), 1, p. 321; y J. B. Wilkinson, *Laredo and the Rio Grande Frontier* (Austin, Jenkins, 1975), p. 147. Las citas proceden de «Fight between Lind and the Comanches», en *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, edición de Charles Adams Gulick, hijo, y otros, 6 vols. (1920-1927; reimpreso en Austin, Pemberton, 1968), 3, p. 460; y Tadeo Ortiz de Ayala, Informe para el presidente sobre las condiciones en que se encuentra Texas, 2 de febrero de 1833, en «Tadeo Ortiz de Ayala and the Colonization of Texas, 1822-1833», edición de Louise Kelly y Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 29 (abril de 1929), p. 331. <<

[30] Sobre la recuperación de los ranchos, véase Weber, *Mexican Frontier*, p. 209 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Barcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988). Sobre los asaltos, véanse las cartas de Terán a Elozúa, del 2 de agosto de 1830, del comandante en jefe de Coahuila y Texas al comandante de las compañías de río Grande, Aguaverde, Bavía, Bahía, el alcalde de la Plaza de Béxar y el comandante de Tenoxtitlan, del 4 de septiembre de 1830, de Mariano Cosío a Elozúa, del 17 de agosto de 1831, y de Elozúa a Ruiz, del 14 de septiembre de 1831, BA 133, pp. 37-39, 134, p. 134, 143 pp. 548-549, 847-859. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, pp. 122-123. <<

[31] Sánchez, «Trip to Texas», 283; Alone Howren, «Causes and Origin of the Decree of April 6, 1830», *SHQ* 16 (abril de 1913), pp. 378-422; Almonte, «Statistical Report», pp. 184, 192-193; Edward L. Miller, *New Orleans and the Texas Revolution* (College Station, Texas A&M University Press, 2004), pp. 19-36; Weber, *Mexican Frontier*, pp. 166-167, 228 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 38-40 y 105. Sobre el fracaso de la creación de una barrera contra las incursiones comanches con colonias anglófonas, véase Ortiz, Informe, pp. 330-334.

<<

[32] Berlandier, *Journey to Mexico*, 1, p. 270, 2, pp. 412-413, 440, 542; Weber, *Mexican Frontier*, pp. 89 y 92 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); William Kennedy, *Texas: The Rise, Progress, and Prospects of the Republic of Texas*, 2 vols. (Londres, William Cloves and Sons, 1841), 2, p. 44; Ortiz, Informe, pp. 314 y 326; y Gilberto Miguel Hinojosa, *A Borderlands Town in Transition: Laredo, 1755-1870* (College Station, Texas A&M University Press, 1983), pp. 38-46 y 123. Las citas proceden de Sánchez, «Trip to Texas», p. 257; Anónimo, *Texas in 1837: An Anonymous, Contemporary Narrative*, edición de Andrew Forest Muir (1958; reimpresso en Austin, University of Texas Press, 1988), p. no; Berlandier, *Journey to Mexico*, 2, p. 429; Ortiz, Informe, p. 314; y Berlandier, *Indians*, p. 119. <<

[33] «Petition Addressed by the Illustrious Ayuntamiento of the City of Béxar to the Honorable Legislature of the State: To Make Known the Ills Wich Afflict the Towns of Texas and the Grievances They Have Suffered since Their Union with Coahuila», en *Troubles in Texas, 1832: A Tejano Viewpoint from San Antonio*, edición y traducción al inglés de David J. Weber y Conchita Hassell Winn (Dallas, De-Golyer Library, 1983), p. 17* <<

[34] Sobre el análisis de los intereses y las lealtades volubles de los texanos de origen hispano, véase Jesús E de la Teja, ed., *A Revolution Remembered: The Memoirs and Selected Correspondence of Juan N. Seguín* (Austin, Texas, State House, 1991), pp. 12-25; Andrés Tijerina, «Under the Mexican Flag», en *Tejano Journey*, edición de Gerald E. Poyo (Austin, University of Texas Press, 1996), pp. 36-37; Stephen L. Hardin, «Efficient in the Cause», en *ibid.*, p. 51; Weber, *Mexican Frontier*, pp. 176 y 251-255 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 158-159. Es revelador que el aumento de los asaltos indios y la incapacidad de frenarlos del gobierno nacional también motivara la decisión tardía de Laredo de unirse al movimiento revolucionario federalista en 1838. Véase Hinojosa, *Borderlands Town*, p. 53. <<

[35] Sobre el supuesto fracaso de México para establecer sistemas de gobierno operativos como justificación de la revuelta impulsada por los norteamericanos, véase T. R. Fehrenbach, *Lone Star: A History of Texas and Texans* (1968; reimpresso en Nueva York, Collier, 1980), pp. 155-161. Para un análisis global de la opinión de los anglotexanos sobre los mexicanos, véase James Ernest Crisp, «Anglo-Texan Attitudes toward the Mexican, 1821-1845» (tesis doctoral, Universidad de Yale, 1976). Véase también James E. Crisp, *Sleuthing the Alamo: Davy Crockett's Last Stance and Other Mysteries of the Texas Revolution* (Nueva York, Oxford University Press, 2004), especialmente las páginas 38-42. Para un estudio que resalta el carácter racista y virulento de la actitud de los anglotexanos hacia los mexicanos y los indios, véase Anderson, *Conquest of Texas*, sobre todo las páginas 33-42. La cita procede de William H. Wharton, *Texas: A Brief Account of the Origin, Progress and Present State of the Colonial Settlements of Texas; Together with an Exposition of the Causes which have induced the Existing War with Mexico* (1836; reimpresso en Austin, Pemberton, 1964), pp. 3-5. <<

[36] Para un análisis muy incisivo sobre cómo utilizaron los anglotexanos la debilidad de México ante el poder de los indios para invalidar las reivindicaciones de México sobre el suelo de Texas, véase Brian DeLay, «Independent Indians and the U. S. - Mexican War», *American Historical Review* 112 (febrero de 2007), pp. 48-53. Sobre Houston, véase Anderson, *Conquest of Texas*, p. 112. La cita procede de Mary Austin Holley, *Texas* (Lexington, Kentucky, Clarke, 1836), p. 299. La idea de que la supuesta infrautilización de Texas por parte de los mexicanos legitimaba la toma del poder de los norteamericanos ha demostrado ser notablemente persistente entre los sucesores de Holley. Véase Gerald E. Poyo y Gilberto M. Hinojosa, «Spanish Texas and Borderlands Historiography in Transition: Implications for United States History», *JAH* 75 (septiembre de 1988), p. 400. <<

[37] Sobre los planes españoles, véanse, por ejemplo, las cartas de Francois Luis Héctor Carondelet, barón de Carondelet, al duque de Alcudia, del 8 de enero de 1796, en *Befare Lewis and Clark*, edición de Nasatir, 2, pp. 392-393, y de N. Salcedo a Joaquín Real de Alencaster, del 16 de enero de 1806, *PV*, pp. 443-445. <<

[38] Carta de Charles Dehault Delassus a Sebastián Nicolás de Barí Calvo de la Puerta, marqués de Casa Calvo, del 10 de agosto de 1804, en *Befare Lewis and Clark*, 2, pp. 742-745 (la cita procede de la página 744). Véase también David J. Weber, *Taos Trappers: The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846* (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), p. 35. La tenue presencia de España en el interior se convirtió en un problema grave para las autoridades españolas cuando España y Estados Unidos se enzarzaron en una disputa encendida sobre los límites territoriales de la compra de Louisiana. Incapaces de hacer valer ningún gobierno efectivo sobre Texas más allá de San Antonio y Nacogdoches, las autoridades españolas recurrieron a la historia y encargaron a José Antonio Pichardo que elaborara un estudio detallado de las fronteras históricas entre Texas y Louisiana. El descomunal tratado de Pichardo, de 5. 127 páginas, contribuyó a reafirmar la reivindicación española de Texas, pero la argumentación se basaba en una presencia antigua y, en buena medida, ya desaparecida, y era una triste compensación por la falta de presencia efectiva sobre el terreno en ese momento. En 1819, tras unas negociaciones intrincadas, España y Estados Unidos acordaron establecer la frontera mediante el Tratado Adams-Onís. España conservó Texas (la frontera recorría los ríos Sabine, Rojo y Arkansas hasta las Rocosas), pero tuvo que ceder las Floridas a Estados Unidos. Véase Weber, *Spanish Frontier*, pp. 295 y 299-300 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000). <<

[39] Sobre la recuperación de Nuevo México, véase Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820* (Berkeley, University of California Press, 2000), pp. 119-156. Este innovador estudio del crecimiento económico de Nuevo México a finales del siglo XVIII y principios del XIX subraya el papel de las Reformas Borbónicas, pero también resalta la fundamental importancia de la alianza con los comanches. <<

[40] Sobre las visitas comanches a Santa Fe, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 180. La cita procede de Fernando Chacón, Informe, en «The Chacón Economic Report of 1803», edición de Marc Simmons, *NMHR* 60 (enero de 1985), p. 87. <<

[41] Sobre las nuevas aldeas fronterizas, los *genízaros* y los planes de España, véase Juan Agustín de Morfí, «Desórdenes que se advierten en el Nuevo México [1778]», AGN: HI 25, 47R-48V; Russell M. Magnaghi, «The Genízaro Experiment in Spanish New Mexico», en *Spain and the Plains: Myths and Realities of Spanish Exploration and Settlement on the Great Plains*, edición de Ralph H. Vigil, Frances W. Kaye y John R. Wunder (Niwot, University Press of Colorado, 1994), pp. 119-120; Frances Levine, «Historical Settlement Patterns and Land-Use Practices on the Pecos Frontier», en *Investigations at Sites 48 and 77, Santa Rosa Lake, Guadalupe County, New Mexico: An Inquiry into the Nature of Archeological Reality*, edición de Frances Levine y Joseph C. Winter (Albuquerque, Office of Contract Archeology, University of New Mexico, 1987), pp. 556-575; John L. Kessell, *Kiva, Cross, and Crown: The Pecos Indians and New Mexico, 1540-1840* (Washington, D. C., National Park Service, 1979), pp. 439-459; Charles L. Kenner, *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican -Plains Indian Relations* (1969; reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994), pp. 63-66; Richard L. Nostrand, *The Hispano Homeland* (Norman, University of Oklahoma Press, 1996), pp. 71-97; y Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 195-198 y 221. El desplazamiento del interés comercial de Nuevo México hacia el Este contribuyó a la decadencia y caída de Pecos, que se completó en 1838, cuando los habitantes que quedaban abandonaron la aldea. <<

[42] Sobre el comercio comanchero, véanse las cartas de Alencaster a N. Salcedo, del 4 de enero de 1806, *PV*, p. 441; de José Manrique a N. Salcedo, del 27 de marzo de 1810, de Manuel Baca a Manrique, del 1 de junio de 1813, Vista contra Josef Manuel González y Juan Domingo Cordero, 8 de junio-18 de agosto de 1814, Alberto Maynez, *Diario de acontecimientos*, 1 de abril-1 de diciembre de 1815, carta de Pablo Lucero a Maynez, del 16 de agosto de 1815, e Interrogatorio de Manuel Rivera, 8 de octubre de 1819, SANM II 17, pp. 61-63, 731-733» 992-1.034, l8, pp. 29-32, 19, pp. 987-990 (T-2.308, 2.492, 2.542, 2.585, 2.619, 2.850); Jacob Fowler, *The Journal of Jacob Fancier*, edición de Elliott Coces (1898; reimpresso en Minneapolis, Ross and Haines, 1965), p. 64; y Paul D. Friedman, *Final Report of History and Oral History Studies of the Fort Carson Piñón Canyon Maneuver Area > Las Animas County, Colorado* (Denver, Colorado State Office, Bureau of Land Management, 1985), p. 38.

<<

[43] Burnet, «Letters», p. 122. <<

[44] Chacón, Informe, p. 87. El comercio de Nuevo México con otras provincias mexicanas también pudo haber dependido mucho del comercio comanche, pues las pieles de bisonte y demás animales constituían una de las principales exportaciones de la colonia. Véase Weber, *Taos Trappers*, pp. 30-31. <<

[45] Sobre la utilización de la lengua comanche en la frontera oriental de Nuevo México, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 180-181; y Kessell, *Kiva, Cross, and Crown*, p. 439. Sobre los ciboleros, véase H. Bailey Carroll y J. Villasana Haggard, traductores al inglés, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849* (Albuquerque, Quivira Society, 1942), pp. 101-102; y Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 100-107. La cita procede de Chacón, *Informe*, p. 84. <<

[46] Gregg, *Commerce of the Prairies*, p. 67; Fowler, *Journal*, p. 72; y Curtis Marez, «Signifying Spain, Becoming Comanche, Making Mexicans: Indian Captivity and the History of Chicana/o Performance», *American Quarterly* 53 (junio de 2001), pp. 274-275. <<

[47] Fernando de la Concha, Instrucciones redactadas por el coronel Don Femando de la Concha, antiguo gobernador de la Provincia de Nuevo México, para que su sucesor, el teniente coronel don Femando Chacón, adapte lo que le parezca conveniente para el progreso, la seguridad y el desarrollo de la provincia susodicha, en «Notes and Documents: Adrice on Governing New Mexico, 1794», edición y traducción de Donald E. Worcester, *NMHR* 24 (julio de 1949), p. 243. <<

[48] De la Concha, Instructions, pp. 243-244 y 250 (la cursiva es mía). Véase también el informe de Joaquín Real de Alencaster, según el cual «los habitantes de Río Arriba y de la jurisdicción de La Cañada [...], pese a las restricciones, viven continuamente entre ellos [los comanches] y son uno de los peores conductos de toda la provincia». Véase carta de Alencaster a N. Salcedo, 4 de enero de 1806, *PV*, p. 441. <<

[49] Investigación de la conducta de los vecinos de los distritos de Pecos y Cañada [1805], cartas de Maynez a los alcaldes, del 14 de junio de 1808, de N. Salcedo a Maynez, del 10 de agosto de 1808, y de Manrique a N. Salcedo, del 27 de marzo de 1810, SANM II 15, pp. 1.043-1.098, 16, pp. 531, 592-593, 17, pp. 61-63 (T-1.930, 2.114, 2.144, 2.308); Frances Levine, «Economic Perspectives on the Comanchero Trade», en *Farmers, Hunters, and Colonists: Interaction between the Southwest and the Southern Plains*, edición de Katherine A. Spielmann (Tucson, University of Arizona Press, 1991), pp. 158-162; y Frances Levine y Martha Doty Freeman, *A Study of Documentary and Archaeological Evidence for Comanchero Activity in the Texas Panhandle* (Austin, Texas Historical Commission, 1982), p. 6. <<

[50] Cartas de Juan Lobato a Facundo Melgares, del 22 de septiembre de 1818, y de Juan de Dios Peña a Melgares, del 4 de noviembre de 1818, SANM II 19, pp. 302-304, 433-434 (T-2.750, 2.768); y de Melgares a Alexo García Conde, del 8 de octubre de 1818, en «Documents Bearing upon the Northern Frontier of New Mexico, 1818-1819», edición de Alfred B. Thomas, *NMHR* 4 (abril de 1929), p. 156. <<

[51] Anónimo, Notas acerca de la provincia de Nuevo México tomadas durante mi misión al Oeste, en «Anonymous Description of New Mexico, 1818», edición de Alfred B. Thomas, *SHQ* 33 (julio de 1929), p. 62. <<

[52] Cartas de Manuel Durán a Melgares, del 21 de agosto de 1821, y de Melgares a los alcaldes, del 25 de agosto de 1821, SANM II 20, pp. 735-736, 740-741 (T-3.008, 3.010); y Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 201. <<

[53] Weber, *Mexican Frontier*, p. 243 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 72-73; cartas de Manuel Martínez a Manuel Armijo, del 22 de septiembre de 1827, de Mariano Martín a Armijo, del 23 de septiembre de 1827, de Juan José Arocha, José Francisco Ruiz y José Cavallero a José Antonio Chávez, del 31 de agosto de 1828, Chávez, *Diario*, 2 de agosto de 1829, carta de Chávez a José Antonio Vizcarra, del 15 de enero de 1830, y de Manuel Antonio Baca a Chávez, del 27 de agosto de 1830, NMA 1827/1145, 1827/1175, 1828/943, 1829/463, 1830/99, 1830/636; Chávez, Arocha y Ruiz, Informe, 26 de julio de 1829, José J. Calvo, Circular, 16 de octubre de 1831, y carta de Chávez a Vizcarra, del 23 de octubre de 1831, MANM 9, pp. 866-868, 13, pp. 483, 488; y Carroll y Haggard, *Three New Mexico Chronicles*, pp. 77-78. <<

[54] José María Ronquillo, Informe, 17 de septiembre de 1831, cartas de Chavez a Vizcarra, del 23 de octubre de 1831, de Ronquillo al ayudante del inspector, del 31 de octubre de 1832 y el 28 de junio de 1833, y de Mariano Martínez a la asamblea del departamento, del 27 de junio de 1845, MANM 13, pp. 559-579» 13» p. 488» H» pp. 914, 930-931, 938, pp. 740-745; y carta de Charles Bent a William Medill, del 10 de noviembre de 1846, en *California and New Mexico: Message from the President of the United States Communicating Information Called For by a Resolution of the Senate* (Nueva York, Amo, 1976), pp. 184-185. Sobre la importancia del comercio comanche para la economía de subsistencia de Nuevo México durante el período colonial mexicano, véase Antonio Narvona, «Report», 8 de abril de 1827, en Carroll y Haggard, *Three New Mexico Chronicles*, p. 90. Sobre los asaltos de los navajos, véase Gregg, *Commerce*, p. 200. Sobre el impacto del comercio de Santa Fe en Nuevo México, véase Weber, *Mexican Frontier*, pp. 122-146 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 93-123. La cita procede de un jefe político al comandante principal, 23 de septiembre de 1831, citado en Kenner, *Comanche Frontier*, p. 80. <<

[55] Sobre el proyecto de construcción de la nación mexicana y la Rebelión de Chimayó, véase Weber, *Mexican Frontier*, pp. 242-272 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 56-92 y 171-196: «An Account of the Rebellion», en Janet Lecompte, *A Rebellion in Río Arriba* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985), pp. 91-104; y James F. Brooks, «“This Evil Extends Especially... to the Feminine Sex”: Negotiating Captivity in the New Mexico Borderlands», *Feminist Studies* 22 (verano de 1996), pp. 293-294. <<

[56] Albert Pike, *Prose Sketches and Poems*, edición de David J. Weber (College Station, Texas A&M University Press, 1987), pp. 37 y 40-42; Gregg, *Commerce*, p. 257; y James William Abert, *Expedition to the Southwest: An 1846 Reconnaissance of Colorado, New Mexico, Texas, and Oklahoma* (1846; reimpreso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1999), pp. 51 y 71. La cita procede de Gregg, *Commerce*, pp. 436-437. <<

[57] Cartas de Armijo al Ministerio de Guerra y Marina, del 7 de septiembre de 1840, NMA 1840/140; de Armijo a Juan Almonte, del 3 de marzo de 1841, MANM 27, pp. 1.116-1.120; Isidro Vizcaya Canales, editor, *La invasión de los indios bárbaros al noreste de Mexico en los años de 1840 y 1841* (Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1968), p. 257; y Weber, *Mexican Frontier*, pp. 114-115 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988). Para una descripción muy ilustrativa de la dependencia económica de Nuevo México con respecto al comercio comanche, véase Donaciano Vigil, *Arms, Indians, and the Mismanagement of New Mexico*, edición y traducción al inglés de David J. Weber (El Paso, University of Texas at El Paso, 1986), p. 5. <<

[58] Relación de indios llegados a esta capital de Santa Fe, 31 de julio de 1844, y carta de Martínez a la asamblea del departamento, del 27 de junio de 1845, MANM 37, pp. 651-652, 38, pp. 740-745; y Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 208. Véase también Reséndez, *Changing National Identities*, p. 225 n. 77. <<

[59] Howard Roberts Lamar, *The Far Southwest, 1846-1912: A Territorial History* (New Haven, Yale University Press, 1966), pp. 42-55 (la cita de «proceso inconsciente de conquista económica» procede de la página 47); Weber, *Mexican Frontier*, pp. 190-195 (trad, cast: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); y Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 81-83, 124-145 y 171-196. Al igual que la Texas mexicana, el Nuevo México mexicano otorgó finalmente infinidad de concesiones de tierras a residentes de origen extranjero, pero el proceso no se inició hasta principios de la década de 1840, y la mayor parte de las tierras permaneció desocupada durante el periodo de dominación mexicana. La cita de «raza híbrida» procede de *Telegraph and Texas Register*, 23 de marzo de 1842. <<

[60] Sobre la Revolución de Texas y la República de Texas en general, véase Weber, *Mexican Frontier*, pp. 242-255 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 146-170; y Fehrenbach, *Lone Star*, pp. 247-267. <<

[61] Sobre el plan de Houston, véase Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 122-123. La cita procede de la carta de Sam Houston a los jefes comanches, del 3 de diciembre de 1836, en *The Writings of Sam Houston, 1813-1863*, edición de Amelia Williams y Eugene C. Barker, 8 vols. (Austin, University of Texas Press, 1938-1943), 7, p. 5. <<

[62] T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974), pp. 283-292 y 305-309; *Telegraph and Texas Register*, 21 de julio de 1838; carta de R. A. Irion a Houston, del 4 de marzo de 1838, y «Treaty between Texas and the Comanche Indians», 29 de mayo de 1838, *IPTS*, 1, pp. 42-45, 50-52 (la cita procede de la página 44); y William Preston Johnston, *The Life of Albert Sidney Johnson, Embracing His Services in the Armies of the United States, the Republic of Texas, and Confederate States* (Nueva York, D. Appleton, 1878), p. 89. <<

[63] H. Allen Anderson, «The Delaware and Shawnee Indians and the Republic of Texas, 1820-1845», *SHQ* 94 (octubre de 1990), pp. 243-246; John H. Jenkins y Kenneth Kesselus, *Edward Burleson, Texas Frontier Leader* (Austin, Jenkins, 1990), pp. 183 y 211; Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 173-181; J. W. Benedict, «Diary of a Campaign against the Comanches», *SHQ* 32 (abril de 1929), p. 306; y Crisp, «Anglo-Texan Attitudes», capítulos 2, 3 y 4. <<

[64] Cartas de H. W. Karnes a Albert Sidney Johnston, de 10 de enero de 1840, y de Johnston a W. S. Fisher, *IPTS*, 1, pp. 101, 105-106 (las citas proceden de las páginas 101 y 105); y *Journals of the House of Representatives of the Republic of Texas, Fifth Congress, Appendix* (Austin, Gazette Office, 1841), pp. 136-139. <<

[65] Donaly E. Brice, *The Great Comanche Raid: Boldest Indian Attack of the Texas Republic* (Austin, Eakin, 1987), pp. 27-48; y Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 183-191. <<

[66] Sobre los costes y el impacto de la guerra comanche sobre la economía de Texas, véase W. Eugene Hollon, *The Southwest: Old and New* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1961), p. 128. Sobre los agentes mexicanos en la Comanchería y los rumores de una alianza entre mexicanos e indios de las llanuras, véase la carta de H. W. Kames a Johnston, del 10 de enero de 1840, *IPTS*, 1, p. 43; y Crisp, «Anglo-Texan Attitudes», pp. 116-117 y 121. Sobre el sentimiento de paz entre los texanos, véase, por ejemplo, Johnston, *Life*, p. 88. Sobre las medidas de Houston, véanse Anna Muckleroy, «The Indian Policy of the Republic of Texas», *SHQ* 25 (enero de 1923), pp. 200-202; Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 256-278 y 284-285; y Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 195-211. Sobre los intercambios de prisioneros, véase Michael L. Tate, «Comanche Captives: People between Two Worlds», *CO* 72 (otoño de 1994), pp. 247-251. <<

[67] Cartas de J. C. Eldredge a Houston, del 8 de diciembre de 1843, y de Mopechucope a Houston, del 21 de marzo de 1843, *IPTS*, 1, pp. 268-273, 2, pp. 6-9 (la cita de «desde allí... » procede de la página 8). La cita de «los huesos de sus hermanos» procede de Pierce Mason Butler, «Report», 29 de abril de 1843, citado en Anderson, *Conquest of Texas*, p. 203. <<

[68] «Minutes of Council at the Falls of the Brazos», 7 de octubre de 1844, *IPTS*, 2, pp. 103-114 (las citas proceden de las páginas 109-111). <<

[69] «A Treaty Signed in Council at Tehuacana Creek», 9 de octubre de 1844, *IPTS*, 2, pp. 114-119. Las autoridades de Texas trataron posteriormente la línea de establecimientos comerciales como frontera efectiva. Véase, por ejemplo, la carta de Thomas G. Western a Neighbors, 18 de julio de 1845, *IPTS*, 2, pp. 292-293. <<

[70] Cartas de Western a Benjamin Sloat y L. H. Williams, del 9 de abril de 1845, de Western a Williams, del 29 de abril de 1845, de Western a A. Coleman, del n de mayo de 1845, de Western a Williams, 12 de mayo de 1845, de Western a Sloat, del 12 de mayo de 1845, «List of Invoices of Goods Sent to Trading House on Tehuacana Creek», 23 de febrero-25 de diciembre de 1844, 29 de enero-16 de mayo de 1845, «Minutes of a Council Held at Tehuacana Creek and Appointment of Daniel D. Gulp as Secretary», 27 de agosto de 1845, «Report of a Council with the Comanche Indians», 23 de noviembre de 1845, y «Treaty with the Comanche Indians», 15 de mayo de 1846, *IPTS*, 2, pp. 217, 225, 236-240, 242-248, 334-344, 410-412, 3, pp. 43-51; Fehrenbach, *Comanches*, 361; y carta de Neighbors a Medill, del 18 de noviembre de 1847, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, pp. 9-10. A finales de la década de 1840 varias bandas de apaches lipán sí se trasladaron al interior de la Comanchería, donde quedaron bajo el control de los comanches. Véase la carta de Neighbors a Medill, del 23 de octubre de 1848, 30 Congreso, 1ª sesión, H. Ex. Doc. 1, 598. <<

[71] «Report of Standing Committee on Indian Affairs», 12 de octubre de 1837, *IPTS*, 1, p. 124; y Anónimo, *Texas in 1837*, pp. 110-111. <<

[72] Sobre los primeros asaltos y los prisioneros apaches, véanse Pedro Vial y Francisco Xavier Chaves, *Diary*, en «Inside the Comanchería, 1785: The Diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», edición de Elizabeth A. H. John, traducción de Adán Benavides, hijo, *SHQ* 88 (julio de 1994), p. 51; David B. Adams, «Embattled Borderland: Northern Nuevo León and the Indios Bárbaros, 1686-1870», *SHQ* 95 (octubre de 1991), pp. 211-213; y cartas de N. Salcedo a Herrera, del 18 de diciembre de 1811, BA 49, pp. 756-757; y de Fernando de la Concha a Jacobo Ugarte y Loyola, del 20 de noviembre de 1788, SANM II 12, p. 108 (T-1.024). <<

[73] Babcock, «Trans-national Trade Routes», pp. 65-71; Berlandier, *Indians*, pp. 133-134 (la cita sobre la «guerra amarga» procede de la página 134); y carta de García Conde a Melgares, del 11 de mayo de 1819, SANM 19, pp. 711-713 (T-2.819). La cita más larga procede de Anónimo, Notas, p. 64. <<

[74] Se ha reconstruido la intensificación de los asaltos comanches a partir de las siguientes fuentes: cartas de Severino Martínez a Bartolomé Baca, del 10 de junio de 1825, en Ralph Emerson Twitchell, *The Spanish Archives of New Mexico*, 2 vols. (Nueva York, Amo, 1976), 1, p. 374; del Barón de Bastrop a Austin, del 19 de marzo de 1825, en *Austin Papers*, edición de Barker, 2, p. 1.058; Cuauhtémoc José Velasco Ávila, «La amenaza comanche en la frontera mexicana, 1800-1841» (tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998), pp. 133, 178 y 267; Berlandier, *Journey to Mexico*, 2, pp. 542, 580-581; Vizcaya Canales, ed., *La invasión*, pp. 40 y 43-53; William B. Griffen, *Utmost Good Faith: Patterns of Apache-Mexican Hostilities in Northern Chihuahua Border Warfare, 1821-1848* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988), pp. 138-146; Wilkinson, *Laredo*, pp. 117-121, 127-128 y 144-147; David M. Vigness, «Indian Raids on the Lower Rio Grande, 1836-1837», *SHQ* 59 (julio de 1955), pp. 14-23; Ralph A. Smith, «The Comanche Bridge between Oklahoma and Mexico, 1843-1844», *CO* 39 (primavera de 1961), pp. 54-69; Ralph A. Smith, «Indians in American-Mexican Relations before the War of 1846», *Hispanic American Historical Review* 43 (febrero de 1963), pp. 35-36, 40-42; Ralph A. Smith, *Borderlander: The Life of James Kirker, 1793-1862* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 106; Weber, *Mexican Frontier*, p. 86 (trad. cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Isidro Vizcaya Canales, *Incursiones de indios al noreste en el México independiente, 1821-1883* (Monterrey, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1995), pp. 10-20; Martha Rodríguez, *Historias de resistencia y exterminio: los indios de Coahuila durante el siglo XIX* (Tlalpan, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995), pp. 88-92; y Rodríguez, *La guerra*, pp. 112-129. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, p. 123; y Gregg, *Commerce*, p. 436. Sobre las reivindicaciones territoriales, véase la carta de Irion a Houston, del 14 de marzo de 1838, *IPTS*, 1, p. 44. La cita procede del informe de G. W. Bonnell, 3 de noviembre de 1838, reimpresso en 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt 171, p. 43. <<

[75] Sobre la importancia de la distancia y la diferenciación de zonas pacíficas y de conflicto en el seno de los imperios, véase Charles S. Maier, *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors* (Cambridge, Harvard University Press, 2006), especialmente las páginas 20-23. <<

[76] Marcy, *Adventure*, p. 173. <<

[77] Carta de Miguel Ramos Arizpe a Lucas Atamán, del 1 de agosto de 1830, Herbert E. Bolton Papers, Carton 40, n° 673, sin número de página, Bancroft Library, University of California at Berkeley; Smith, «Comanche Bridge», pp. 63-69; y Gregg, *Commerce*, p. 436. La cita procede de Thomas J. Farnham, *Travels in the Great Western Prairies*, vols. 28 y 29 de *Early Western Travels, 1748-1846*, edición de Reuben Gold Thwaites (Cleveland, Arthur H. Clark, 1906), 28, p. 151. <<

[78] Sobre el apoyo de los comerciantes a los asaltos, véase Comer, *Ritual Ground*, p. 14. Sobre las partidas de guerra comanches que se aprovisionaban en Texas, véanse las cartas de Western a Coleman, del 11 de mayo de 1845, y de Sloat a Western, del 24 de julio de 1845, *IPTS*, 2, pp. 236-237, 298-299. Sobre la perspectiva de los mexicanos, véase Valerio-Jiménez, «*Indias Bárbaros*», p. 37. Sobre la presencia de habitantes de Nuevo México en las partidas de guerra comanches, véase Griffen, *Utmost Good Faith*, pp. 139 y 159. Las citas proceden de la carta de James Bowie a Henry Rieg, del 3 de agosto de 1835, en *Papers of the Texas Revolution*, edición de Jenkins, 1, p. 302; de Smith, «*Indians in American-Mexican Relations*», p. 46; y de la carta de Sloat a Western, del 18 de agosto de 1845, *IPTS*, 2, p. 325. <<

[79] Sobre el sistema de caminos de los comanches, véanse Smith, «Comanche Bridge», pp. 54-56; y Smith, «Indians in American-Mexican relations», pp. 35-36. <<

[80] Marcy, *Adventure*, p. 160; Smith, *Borderlander*, p. 68 y 106; y Smith, «Comanche Bridge», p. 59. La cita procede de John Russell Bartlett, *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua*, 2 vols. (Nueva York, D. Appleton, 1854), 2, p. 386. <<

[81] Sobre la planificación y la ejecución de asaltos, véanse la carta de Neighbors a Medill, del 14 de septiembre de 1847, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, 902; Bartlett, *Personal Narrative*, 2, pp. 447-448; Smith, «Comanche Bridge», pp. 54-69; Rodríguez, *La guerra*, pp. 121 y 129; Velasco Avila, «La amenaza comanche», pp. 130-131; y Babcock, «Trans-national Trade Routes», pp. 82-83. La cita procede de Berlandier, *Indians*, p. 82. <<

[82] *El Fanal de Chihuahua*, 25 de enero de 1835, p. 67; Griffen, *Utmost Good Faith*, p. 143; Gregg, *Commerce*, p. 250; Valerio-Jiménez, «Indios Bárbaros», pp. 37-40 y 185; Joseph Milton Nance, *After San Jacinto: The Texas-Mexican Frontier, 1836-1841* (Austin, University of Texas Press, 1963), p. 45 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988); Hinojosa, *Borderlands Town*, pp. 50-53; Vigness, «Indian Raids», pp. 16-23; Mora-Torres, *Mexican Border*, p. 39; y cartas de Juan Manuel Maldonado a Arista, del 12 de noviembre de 1840, de la comandancia general de Nuevo León al ministro de Guerra y Marina, del 6 de diciembre de 1840, y de Maldonado a la comandancia general e inspección de Nuevo León, del 13 de diciembre de 1840, en *La invasión*, edición de Vizcaya Canales, pp. 141-143, 156-159 y 165-166. Las citas proceden de Gregg, *Commerce*, p. 250; y de Valerio-Jiménez, «Indios Bárbaros», p. 38. <<

[83] Rodríguez, *La guerra*, p. 111; Smith, «Comanche Bridge», pp. 63-68; Smith, «Indians in American-Mexican Relations», p. 49; James Hobbs, *Wild Life in the Far West: Personal Adventures of a Border Mountain Man* (1873; reimpresso en Glorieta, Nuevo México, Río Grande, 1969), pp. 32 y 37; y John Miller Morris, *El Llano Estacado: Exploration and Imagination of the High Plains of Texas and New Mexico, 1513-1860* (Austin, Texas State Historical Association, 1997), pp. 301 y 303. <<

[84] DeLay, «Independent Indians», pp. 53-55; Smith, «Comanche Bridge», pp. 59-68; Velasco Avila, «La amenaza comanche», pp. 169-172; Víctor Orozco, compilador, *Las guerras indias en la historia de Chihuahua: Antología* (Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992), pp. 201-273; y Weber, *Mexican Frontier*, p. 50 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988). <<

[85] Rodríguez, *La guerra*, p. 111; «Circular del Gobierno acerca de la guerra con los bárbaros», 31 de octubre de 1831, en *Reseñas históricas del estado de Chihuahua*, edición de José M. Ponce de León (Chihuahua, Imprenta del Gobierno, 1910), pp. 261-262; Smith, «Comanche Bridge», p. 61; Weber, *Mexican Frontier*, pp. 109-115 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Adams, «Embattled Borderland», pp. 215-216; Berlandier, *Indians*, p. 30; y George F. Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains* (Londres, John Murray, 1861), p. 102. <<

[86] Anónimo, *Texas in 1837*, p. no. La cita procede de Gregg, *Commerce*, p. 203, n. 10. <<

[87] Ralph A Smith, «The Bounty Wars of the West and Mexico», *Great Plains Journal* 28 (1989), pp. 102-121; Smith, *Borderlander*, pp. 75-171 y 225-234; Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 201-210 y 328-331; y L. R. Bailey, *Indian Slave Trade in the Southwest* (1966; reimpresso en Los Angeles: Westemlore, 1973), pp. 50-51. <<

[88] Sobre las reacciones de Ciudad de México, véase, por ejemplo, Valerio-Jiménez, «*Indios Bárbaros*», pp. 37-38. <<

[89] *Ibíd.*, pp. 36-38. <<

[90] Rodríguez, *La guerra*, p. 148. <<

[91] «Treaty with the Comanche», 8 de octubre de 1826, en *Documents*, compilación de Deloria y DeMallie, pp. 153-155 (la cita procede de la página 154); cartas de Ramón Músquiz al ayuntamiento de Béxar, de mayo de <<

1834, y de Navarro Ángel al ayuntamiento de Béxar, del 27 de agosto de

1835, BA 161, pp. 779-780, 166, p. 470; Matthew Babcock, «Trans-national Raid and Trade Routes: Comanche Expansion from the Rio Grande to Durango, 1821-1846» (manuscrito en poder del autor); Rodríguez, *La guerra*, p. 148; y «Convenios celebrados por este Estado y los Generales de la Nación Comanche y la Caihua», en *Reseñas históricas*, pp. 270-272.

[92] Sobre los tratados, véanse Rodríguez, *La guerra*, pp. 151-155; y Martha Rodríguez, «Los tratados de paz en la guerra entre “bárbaros” y “civilizados” (Coahuila 1840-1880)», *Historia y Gráfica* 10 (enero-junio de 1998), pp. 73-77. Sobre el decreto de Arista, véase Babcock, «Trans-national Trade Routes and Diplomacy», p. 114. La cita procede de «Report of a Council», p. 412. La violación del tratado al que se refería Santa Anna puede haber sido un combate en las inmediaciones de Matamoros a finales de 1844 o principios de 1845, en el que la banda de Santa Anna «había recibido el azote de los mexicanos». Véase la carta de Neighbors a Western, del 14 de enero de 1845, *IPTS*, 2, p. 167. <<

[93] Los comanches solían llevar el ganado mexicano robado directamente al fuerte de los Bent y otros mercados del Norte. Véase, por ejemplo, G. Cooke, Diario de la expedición de un destacamento de Dragones de Estados Unidos desde Fort Leavenworth para escoltar a la caravana anual de comerciantes, desde Missouri hasta la frontera mexicana del camino de Santa Fe... iniciada el 27 de mayo, y concluida el 21 de julio de 1843, en «Journal of the Santa Fe Trail», edición de William E. Connelly, *Mississippi Valley Historical Review* 12 (septiembre de 1925), p. 240. La cita procede de Marcy, *Adventure*, p. 173. <<

[94] Sobre la escalada de asaltos, véanse Smith, «Comanche Bridge», pp. 57-68; Ralph A. Smith, «The Comanches' Foreign War: Fighting Head Hunters in the Tropics», *Great Plains Journal*, pp. 24-25 (1985-1986), pp. 22-27; Adams, «Embattled Borderland», pp. 208-211 y 215-216; Nance, *After San Jacinto*, p. 189 y 443; y Vito Alessio Robles, *Coahuilay Texas: Desde ja consumación de la independencia hasta el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo*, 2 vols. (México, 1946), 2, pp. 235-236; William Bollaert, *William Bollaert's Texas*, edición de W. Eugene Hollon y Ruth Lapham Butler (Norman, University of Oklahoma Press for the Newberry Library, 1956), p. 360; Vizcaya Canales, ed., *La invasión*; y cartas de Western a Coleman, del 11 de mayo de 1845, y de Sloat a Western, del 18 de agosto de 1845, *IPTS*, 2, pp. 236, 325. La cita procede de la carta de Bent a Medill, de 10 de noviembre de 1846, en *California and New Mexico*, p. 184. <<

[95] Las citas proceden de James Josiah Webb, *Adventures in the Santa Fe Trade, 1844-1847*, edición de Ralph P. Bieber (Lincoln, University of Nebraska Press, 1995), p. 241; y Ruxton, *Adventures*, pp. 78, 101-102, 117 y 125. <<

[96] Rodríguez, *Historias de resistencia*, p. 92; y Max L. Moorhead, *New Mexico's Royal Road: Trade and Travel on the Chihuahua Trail* (Norman, University of Oklahoma Press, 1958), pp. 147-148. Las citas proceden de Gregg, *Commerce*, p. 203; *El Registro Oficial, periódico del gobierno del departamento de Durango*, TV, n.º 301, 29 de diciembre de 1844, citado en Smith, «Comanche Bridge», p. 69; José Fuentes Mares, ... *Y México se refugió en el desierto* (Ciudad de México, Editorial Jus, S.A., 1954), p. 137, citado en Smith, «Indians in American-Mexican Relations», p. 62; y Ruxton, *Adventures*, p. 102. <<

[97] Sobre el comercio, véanse las cartas de Ugartechea al gobernador de Monclova, del 8 de febrero de 1835, y del secretario de relaciones a Agustín Viesca, del 10 de junio de 1835, en *Papers of the Texas Revolution*, edición de Jenkins, 1, pp. 18, 149; Smith, *Borderlander*, pp. 47-48 y 106-108; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 201-210. <<

[98] Sobre los asaltos apaches, véase Weber, *Mexican Frontier*, p. 86 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); Samuel Truett, *Fugitive Landscapes: The Forgotten History of the U. S. -Mexico Borderlands* (New Haven, Yale University Press, 2006), pp. 28-30; y Gregg, *Commerce*, pp. 202-203. <<

[99] Durante varias décadas después de la pérdida de Texas, México aludió a los asaltos comanches en el norte de México como factor esencial que impidió reconquistar la provincia. Véase *Informe de la comisión pesquisidora de la frontera del norte al Ejecutivo de la Unión...* (Ciudad de México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1877), pp. 267-268. Sobre el impacto debilitador de los asaltos comanches en relación con los planes de reconquista de México, véase Nance, *After San Jacinto*, pp. 396-397. Sobre la república de Canales, véanse Milton Lindheim, *The Republic of the Rio Grande: Texans in Mexico, 1839-1840* (Waco, Texas, W. M. Morrison, 1964); y Vigness, «Indian Raids», p. 23. <<

[100] Las citas proceden de Ulysses S. Grant, *Memoirs and Selected Letters: Personal Memoirs of U. S. Grant, Selected Letters, 1839-1863* (Nueva York, Library of America, 1990), p. 41; y de «La Diputación Permanente de la Honorable Legislatura de Chihuahua á sus comitentes», 6 de abril de 1848, en *Reseñas históricas*, edición de Ponce de León, p. 344. Las descripciones tradicionales de la guerra entre mexicanos y estadounidenses y la Cesión de México raras veces analizan el impacto de los asaltos comanches. Véanse, por ejemplo, K. Jack Bauer, *The Mexican War* (1974; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1992); y Douglas V Meed, *The Mexican War, 1846-1848* (Nueva York, Routledge, 2003). Pero hay excepciones: Smith, «Indians in American-Mexican Relations»; Weber, *Mexican Frontier* (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1988); José de la Cruz Pacheco Rojas, «Durango entre dos guerras, 1846-1847», en *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos, 1846-1848*, compilación de Josefina Zoraida Vázquez (Ciudad de México, El Colegio de México, Secretaría de Relaciones Exteriores, y Fondo de Cultura Económica, 1998), pp. 197-203; Mora-Torres, *Mexican border*, pp. 11-51; Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 842-843; y DeLay, «Independent Indians». <<

[101] Sobre los planes de defensa de México y los continuos problemas con los asaltantes comanches en los meses previos a la guerra con Estados Unidos, véase Smith, «Indians in American-Mexican Relations», pp. 55-61. A principios de 1845, solo un año antes del avance de Taylor hacia el río Grande, los comanches seguían asaltando los pocos asentamientos que quedaban en la Nueces Strip. Véase la carta de H. L. Kinney a Anson Jones, del 11 de febrero de 1845, en Anson Jones, *Memoranda and Official Correspondence Relating to the Republic of Texas, Its History and Annexation* (1859; reimpresso en Chicago, Rio Grande, 1966), p. 432. <<

[102] Bauer, *Mexican War*, pp. 147-148; Weber, *Mexican Frontier*, pp. 107-121 (trad. cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988); Smith, «Indians in American-Mexican Relations», pp. 61-64; Griffen, *Utmost Good Faith*, pp. 120-121; carta de Neighbors a Medill, del 14 de septiembre de 1847, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc., i, 902; de Neighbors a Medill, 18 de noviembre de 1847, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, 9; Samuel Chester Reid, *The Scouting Expeditions of McCulloch's Texas Rangers* (Filadelfia, Keystone, 1890), p. 66; y carta de Napoleon Jackson Tecumseh Dana a Susan Sanford Dana, de 29 de julio de 1846, en Napoleon Jackson Tecumseh Dana, *Monterrey Is Ours! The Mexican War Letters of Lieutenant Dana, 1845-1847*, edición de Robert H. Ferrell (Lexington, University Press of Kentucky, 1990), p. 103. La cita procede de Smith, «Indians in American-Mexican Relations», p. 60. <<

[103] Sobre la ausencia de una respuesta de ámbito nacional, la sensación de abandono en el norte de México y la consiguiente fragmentación de la identidad mexicana, véase Weber, *Mexican Frontier*, p. 240 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988); Luis Aboites Aguilar, «Poblamiento y estado en el norte de México, 1830-1835», en *Indio, nación y comunidad en el México del siglo XIX*, edición de Antonio Escobar Ohmstede (Ciudad de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993), pp. 303-313; Mora-Torres, *Mexican border*, pp. 38-40; y DeLay, «Independent Indians», pp. 54-55. La cita procede de Rachel Plummer, «Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer, Written by Herself», en *Held Captive by Indians: Selected Narratives, 1642-1836*, edición de Richard Van-DerBeets (Knoxville, University of Tennessee Press, 1973), p. 352. Las provincias septentrionales no consiguieron concertar una política unificada hacia los indios hasta 1852 y, pese a todo, el esfuerzo fue abortado al año siguiente cuando Santa Anna recuperó el poder. Véase Mora-Torres, *Mexican Border*, pp. 40-41. <<

[104] Sobre la resistencia local en el norte de México y la cooperación de los mexicanos con los soldados estadounidenses, véanse Ejército de Ocupación, Ordenes, N° 115, de 11 de septiembre de 1846, Ejército de Ocupación, Órdenes, N° 123, de 27 de septiembre de 1846, y Ejército de Ocupación, Órdenes Especiales, N° 78, de 4 de junio de 1846, 30 Congreso, 1ª sesión, H. Ex. Doc. 60, pp. 504-505, 507, 522-523; Valerio-Jiménez, «*Indios Bárbaros*», pp. 213, y 218-221; Bauer, *Mexican War*, pp. 149-151, 157 y 225; carta de N. J. T. Dana a S. S. Dana, del 4 de septiembre de 1846, en Dana, *Monterrey Is Ours!*, pp. 114-115; carta de Gregg a los editores del *Louisville Journal*, del 29 de diciembre de 1846, en Josiah Gregg, *Diary and Letters of Josiah Gregg*, edición de Maurice Garland Fulton, 2 vols. (Norman, University of Oklahoma Press, 1941-1944), 1, p. 322; y Weber, *Mexican Frontier*, p. 275 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988). <<

[105] Traducción al inglés de una proclama del comandante general del Ejército de Estados Unidos de América, 30 congreso, 1ªsesión, H. Ex. Doc. 60, pp. 166-167; y Vigil, *Arms*, p. 7. <<

[106] Sobre las tentativas estadounidenses de justificar la conquista mediante estereotipos raciales, véase David J. Weber, «“Scarce more than apes”: Historical Roots of Anglo-American Stereotypes of Mexicans in the Border Region», en *New Spain's Far Northern Frontier: Essays on Spain in the American West, 1340-1821*, edición de David J. Weber (Dallas, Southern Methodist University Press, 1979), pp. 295-307; Elliott West, «Reconstructing Race», *Western Historical Quarterly* 34 (primavera de 2003), pp. 10-11; y DeLay, «Independent Indians», pp. 62-66. La idea de que los oficiales del ejército invasor de Estados Unidos se consideraban y presentaban como libertadores de México ante la amenaza india ha sobrevivido en relatos y novelas populares, la más célebre de las cuales es *Blood Meridian: Or, the Evening Redness in the West* (Nueva York, Random House, 1985), pp. 33-34 (trad, cast: *Meridiano de sangre*. Traducción de Luis Murillo Fort, Debate, Madrid, 2001, pp. 55 y ss.). Para conocer una de las visiones más penetrantes sobre una de las rebeliones más célebres posterior a la ocupación, la Revuelta de Taos de 1847, véase Reséndez, *Changing National Identities*, pp. 254-263. <<

[107] «Narrative of Julio Carillo... », *Antepasados I* (otoño de 1970), citado en Weber, *Mexican Frontier*, p. 275 (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988). Juan Mora-Torres especula con la posibilidad de que los colonos sitiados de Nuevo León, como los de Nuevo México, podrían haber aceptado la ocupación de forma pacífica si Estados Unidos hubiera tratado de imponerla. Véase Mora-Torres, *Mexican Border*, p. 40. <<

[1] Sobre la posesión de caballos entre los comanches, véanse la carta de Pedro Fermín de Mendinueta a Antonio María de Bucareli y Ursúa, del 30 de septiembre de 1774, *PINM*, p. 175; Juan Bautista de Anza, «Diary of the Expedition... against the Comanche Nation... », 10 de septiembre de 1779, y la carta de Francisco Xavier Ortiz a Juan Bautista de Anza, del 20 de mayo de 1786, *FF*, pp. 139 y 323; John Sibley, *A Report from Natchitoches in 1807*, edición de Annie Heloise Abel (Nueva York, Museum of the American Indian, 1922), p. 41; Anthony Glass, «On the Winter Hunt, October, 1808-March, 1809», en *Journal of an Indian Trader: Anthony Glass and the Texas Trading Frontier, 1790-1810*, edición de Dan L. Flores (College Station, Texas A&M University Press, 1985), p. 67; Jacob Fowler, *The Journal of Jacob Fowler*, edición de Elliott Coues (1898; reimpresso en Minneapolis, Ross y Haines, 1965), p. 65; Jean Louis Berlandier, *Journey to Mexico: During the Years 1826 to 1834*, traducción al inglés de Sheila M. Ohlendorf, Josette M. Bigelow y Mary M. Standifer, 2 vols. (Austin, Texas State Historical Association and University of Texas Press, 1980), 2, pp. 343-344; Albert Pike, *Prose Sketches and Poems*, edición de David J. Weber (College Station, Texas A&M University Press, 1987), pp. 47 y 50; T. B. Wheelock, «Journal of Colonel Dodge's Expedition from Fort Gibson to the Pawnee Piet Village», 26 de agosto de 1834, *American State Papers*, Class 5, Military Affairs, 5, p. 376; Ralph P. Bieber, *Southern Trails to California in 1849* (Cleveland, Arthur H. Clark, 1937), pp. 302-305; Informe de la exploración y examen de la salida desde Fort Smith, en Arkansas, a Santa Fe, realizada en 1849, por el teniente primero James H. Simpson, e Informe de la ruta seguida por el capitán R. B. Marcy desde Fort Smith hasta Santa Fe, 20 de noviembre de 1849, 31 Congreso, 1ª sesión, H. Ex. Doc. 45, pp. 16, 45; y carta de John W. Whitfield a Charles E. Mix, del 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 107. Las cifras son un promedio. Aunque el número de tipis aparece en la fuente, el número de personas se ha calculado multiplicando por diez el número de viviendas. Sobre las exigencias mínimas, véase John H. Moore, «The Dynamics of Scale in Plains Indian Ethnohistory», *Papers in Anthropology* 23 (verano de 1982), p. 234. <<

[2] Sobre la ingesta de carne de caballo, véanse Juan Antonio Padilla, Informe sobre los indios bárbaros de la provincia de Texas, 27 de diciembre de 1819, en «Texas in 1820», traducción al inglés de Mattie Austin Hatcher, *SHQ* 23 (julio de 1919), p. 54; José Francisco Ruiz, *Report on Indian Tribes of Texas in 1828*, edición de John C. Ewers (New Haven, Yale University Press, 1972), p. 8; Victor Tixier, *Tixier's Travels on the Osage Prairies*, edición de John Francis McDermott, traducción al inglés de Albert J. Salvan (Norman, University of Oklahoma Press, 1940), p. 266; y Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman (Norman, University of Oklahoma Press, 1937), p. 175. Sobre las bajas causadas por las condiciones climáticas, véanse Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1580-1830: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), p. 227; y James Sherow, «Workings of the Geodialectic: High Plains Indians and Their Horses in the Region of the Arkansas River Valley, 1800-1870», *Environmental History Review* 16 (verano de 1992), pp. 61-84. <<

[3] Para un análisis muy imaginativo de la dinámica y los dilemas de la caza y el pastoreo, véase Elliott West, *The Way to the West: Essays on the Central Plains* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995), capítulos 1 y 2. Véase también Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 833-862. <<

[4] Sibley, *Report*, p. 78; Padilla, Informe, p. 54; y Rachel Plummer, «Narrative of the Capture and Subsequent Sufferings of Mrs. Rachel Plummer, Written by Herself», en *Held Captive by Indians: Selected Narratives, 1642-1836*, edición de Richard VanDerBeets (Knoxville, University of Tennessee Press, 1973), p. 355. Las citas proceden de «Declaration of Felipe de Sandoval», *PT*, 3, p. 3244 Pedro Vial y Francisco Xavier Chaves, Diario, en «Inside the Comanchería, 1785: The diary of Pedro Vial and Francisco Xavier Chaves», edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de Adán Benavides, hijo, *SHQ* 88 (julio de 1994), p. 49; Glass, «Winter Hunt», pp. 67-68; John P. Sherburne, *Through Indian Country to California: John P. Sherburne's Diary of the Whipple Expedition, 1853-1854*, edición de Mary McDougall Gordon (Stanford, Stanford University Press, 1988), p. 91; y Francisco Atanasio Dominguez, *The Missions of New Mexico: A Description by Francisco Atanasio Domínguez*, edición y traducción al inglés de Eleanor B. Adams y Angélico Chavez (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1956), p. III. <<

[5] Sherow, «Workings of the Geodialectic», p. 69; y West, *Way to the West*, pp. 21-22. <<

[6] Sobre la envergadura de las rancherías comanches, véanse Vial y Chávez, Diario, p. 49; Informe de G. W. Bonnell, reimpreso en 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, p. 42; D. G. Burnet a H. R. Schoolcraft, 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 87; y Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996), p. 42. <<

[7] Carta de Athanase de Mézières a Juan María Vicencio, barón de Ripperdá, del 4 de julio de 1772, *ADM*, 1, p. 297. <<

[8] Informe de la ruta seguida por el capitán R. B. Marcy, p. 45. Véase también Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), pp. 55-57. <<

[9] Marcy, *Adventure*, pp. 60-61 (la cita procede de la página 61); y Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 263. <<

[10] La cita procede de Sibley, *Report*, p. 79. Sobre la división del trabajo por sexos, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 92-96. <<

[11] Marcy, *Adventure*, pp. 159-160; Josiah Gregg, *Commerce of the Prairies*, edición de Max L. Moorhead (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), pp. 437-438; David G. Burnet, «David G. Burnet's Letters Describing the Comanche Indians with an Introduction by Ernest Wallace», *West Texas Historical Association Year Book* 30 (1954), p. 132; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 250-267. La cita procede de Berlandier, *Journey to Mexico*, 2, p. 345. <<

[12] Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 46; y Sibley, *Report*, p. 77. Las citas proceden de la carta de De Mézières al virrey, del 20 de febrero de 1778, *ADM*, 2, p. 175; del *Telegraph and Texas Register*, 16 de junio de 1838; y de Theodore Ayrault Dodge, «Some American Riders», *Harper's New Monthly Magazine* (mayo de 1891), p. 862. La tradición comanche afirma que empezaron a criar caballos casi inmediatamente después de que adquirieran los primeros ejemplares. Véase Alice Marriott y Carol K. Rachlin, *Plains Indian Mythology* (Nueva York, Thomas Y. Crowell, 1975), p. 93. <<

[13] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 46-50; Anderson, *Indian Southwest*, pp. 227-228; y Dan Flores, *Horizontal Yellow: Nature and History in the Near Southwest* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1999), p. 106. <<

[14] George Catlin, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Conditions of the North American Indians*, 2 vols. (1844; reimpresso en Nueva York, Dover, 1973), 2, p. 62; y John C. Ewers, *The Horse in the Blackfoot Indian Culture: With Comparative Material from Other Western Tribes*, Bureau of American Ethnology Bulletin 159 (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1955), pp. 341-342. <<

[15] Sobre las tensiones, véanse West, *Way to the West*, pp. 20-37; y Dan Flores, «Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850», *JAH* 78 (septiembre de 1991), p. 481. <<

[16] Contrariamente a la opinion convencional, el bisono no migraba en masa recorriendo grandes distancias por sendas preestablecidas, sino que, más bien, recorría distancias cortas desde una fuente de pasto a otra. Véase Frank Gilbert Roe, *The North American Buffalo: A Critical Study of the Species in Its Wild State* (Toronto, University of Toronto Press, 1970), pp. 84 y 188. Al parecer, los comanches fueron únicos entre las demás tribus de indios de las llanuras, que solían organizar tan solo una gran cacería, en verano. Véanse los diversos artículos de la obra de Raymond J. DeMallie, ed., *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains* (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001). <<

[17] Domingo Cabello y Robles, Respuestas ofrecidas por el gobernador de la provincia de Texas a las preguntas planteadas por el comandante general de las [Provincias] Internas en carta oficial del 27 de enero acerca de las diferentes situaciones de los comanches orientales, 30 de abril de 1786, BA 17, p. 418; H. Bailey Carroll y J. Villasana Haggard, traductores al inglés, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849* (Albuquerque, Quivira Society, 1942), p. 130; Padilla, Informe, p. 54; Gregg, *Commerce*, pp. 433-434; y Robert S. Neighbors, «Na-U-Ni, or Comanches of Texas; Their Traits and Beliefs, and Divisions and Intertribal Relations», *IPTS*, 3, p. 355. <<

[18] Manuel Merino y Moreno, Informe sobre las tribus de indios paganos que pueblan los territorios fronterizos de las Provincias Internas del reino de Nueva España..., en «Views from a Desk in Chihuahua: Manuel Merino's Report on Apaches and Neighboring Nations, h. 1804», edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de John Wheat, *SHQ* 85 (octubre de 1991), p. 171; Burnet, «Letters», pp. 128-129; y Jean Louis Berlandier, *The Indians of Texas in 1830*, edición de John C. Ewers, traducción al inglés de Patricia Reading Leclercq (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1969), p. 36. <<

[19] José Alaría Sánchez, «A Trip to Texas in 1828», traducción al inglés de Carlos E. Castañeda, *SHQ* 29 (abril de 1926), p. 262; y carta de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 91. <<

[20] Gregg, *Commerce*, p. 434; carta de Burnet a Schoolcraft, 29 de septiembre de 1847, y Neighbors, «Na-Ü-Ni», *IPTS*, 3, pp. 91, 335; Marcy, *Adventure*, p. 167; y Richard Irving Dodge, *Our Wild Indians: Thirty-three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West* (1822; reimpresso en Nueva York, Archer House, 1959), p. 216. Sobre la poliginia entre hermanas, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 138. La cita procede de Berlandier, *Indians*, p. 118. <<

[21] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 47, 141, 225-226 y 241; Lila Wistrand Robinson y James Armagost, *Comanche Dictionary and Grammar* (Arlington, University of Texas at Arlington, 1990), p. 76; Noah Smithwick, *The Evolution of a State of Recollections of Old Texas* (Austin, Gammel, 1900), p. 178; Thomas James, *Three Years among the Indians and Mexicans*, edición de Aldo Milton Quaife (1846; reimpreso en Nueva York, Citadel, 1966), pp. 227-228; yE. Adamson Hoebel, *The Political Organization and Law-ways of the Comanche Indians*, American Anthropological Association Memoir 54 (Menasha, Wisconsin, American Anthropological Association, 1940), pp. 49 y 73. La cita procede de Gregg, *Commerce*, p. 436. <<

[22] Los puntales culturales e ideológicos de los sistemas esclavistas indígenas y coloniales en los territorios fronterizos del Sudoeste han sido expuestos de forma convincente por James Brooks, que se inspira en las obras de Claude Meillasoux, Suzanne Miers, Igor Kopytoff y Patricia Albers. Véanse James E Brooks, «“This Evil Extends Especially... to the Feminine Sex”: Negotiating Captivity on the New Mexico Borderlands», *Feminist Studies* 22 (verano de 1996), pp. 218, 300; y James F. Brooks, *Captives and Cousins: Slavery, Kinship, and Community in the Southwest Borderlands* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 2002), pp. 16-18 y 30-37. <<

[23] Las citas proceden de Ruiz, *Report*, p. 9; «Delegation from the Comanche Nation», en *Papers Concerning Robertson's Colony in Texas*, compilación y edición de Malcolm McLean, 18 vols. (Austin, University of Texas Press, 1974-1993), 4, pp. 428-429; Berlandier, *Indians*, p. 76; George Archibald McCall, *New Mexico in 1850: A Military View*, edición de Robert W. Frazier (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), p. 103; George E. Hyde, *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), p. 69; y Waddy Thompson, *Recollections of Mexico* (Nueva York, Wiley and Putnam, 1846), p. 172. Véase también James, *Three Years*, p. 244. <<

[24] Berlandier, *Indians*, p. 76; y Michael L. Tate, «Comanche Captives: People between Two Worlds», *CO 72* (otoño de 1994), pp. 242-244. La cita procede de Ruiz, *Report*, p. 13. <<

[25] Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, pp. 75-76. <<

[26] Plummer, «Narrative», p. 340; Sarah Ann Horn, *An Authentic and Thrilling Narrative of the Captivity of Mrs. Horn, and Her Two Children, with Mrs. Harris, by the Comanche Indians* (1851; reimpresso en Nueva York, Garland, 1977), pp. 22-23; Bianca Babb, La verdadera historia de mi captura y mi vida con los indios comanches, en «Every Day Seemed to be a Holiday: The Captivity of Bianca Babb», edición de Daniel J. Gelo y Scott Zesch, *SHQ* 107 (julio de 2003), p. 60; Theodore Adolphus Babb, *In the Bosom of the Comanches: A Thrilling Tale of Savage Indian Life, Massacre, and Captivity Truthfully Told by a Surviving Captive* (Dallas, Hargreaves, 1923), pp. 39-40; y Hugh D. Corwin, *Comanche and Kiowa Captives in Oklahoma and Texas* (Lawton, Oklahoma, Cooperative, 1959), p. 7. Las citas proceden de Gregg, *Commerce*, p. 436; y de Marcy, *Route*, p. 44. Sobre la resistencia a las enfermedades, véase Brooks, *Captives and Cousins*, p. 70. <<

[27] Sobre los prisioneros alfabetizados, véase Berlandier, *Indians*, p. 83. Sobre la utilización de esclavos en determinados sectores económicos, véase Ralph Linton, «The Comanche Sun Dance», *American Anthropologist* 37 (julio-septiembre de 1935), p. 421. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, p. 75; y de Hyde, *Life of George Bent*, p. 69. <<

[28] Tixier, *Travels*, p. 270; y Plummer, «Narrative», p. 340. <<

[29] Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, pp. 75-76. Véase también Smithwick, *Evolution*, p. 176; Berlandier, *Journey to Mexico*, 2, p. 345; Wilson T. Davidson, «A Comanche Prisoner in 1841», *SHQ* 45 (abril de 1942), pp. 336-338; Ole T. Nystel, *Lost and Found, or Three Months with the Wild Indians* (Dallas, Wilmans Brothers, 1888), pp. 6-7; Horn, *Authentic and Thrilling Narrative*, p. 15; Anderson, *Indian Southwest*, p. 240; Tate, «Comanche Prisoners», p. 239; y Berlandier, *Indians*, p. 76, n. 76. Sobre la alienación natal, véase Orlando Patterson, *Slavery and Social death* (Cambridge, Harvard University Press, 1982), especialmente la página 5. <<

[30] Aquí coincido plenamente con James Brooks, que entiende la esclavitud de los territorios fronterizos como una institución social fluida y de múltiples (acetos, inserta en las redes de parentesco y la economía. Donde mi opinión difiere de la de Brooks es en el énfasis sobre los motivos económicos. Mientras que Brooks manifiesta más interés por los prisioneros como individuos culturales y sociales, más que como trabajadores, yo entiendo la esclavitud entre los comanches principalmente (aunque no en exclusiva) como un sistema de explotación del trabajo engranado en la producción de excedentes orientada al mercado. Véase Brooks, *Captives and Cousins*, sobre todo las páginas 6 y 180-181. La cita procede de Burnet, «Letters», p. 130. <<

[31] Sobre los siervos de sangre, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 241. Sobre el jefe Is-sa-keep, véase Marcy, Ruta, p. 46. Véanse también Corwin, *Comanche and Kiowa Captives*, p. 39; Tate, «Comanche Captives», pp. 237-241; y Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 188-190. La esclavitud de los comanches era una institución claramente patriarcal, pero algunas mujeres comanches podían adquirir la propiedad de esclavos si algún hombre se la regalaba. Véase Curtis Marez, «Signifying Spain, Becoming Comanche, Making Mexicans: Indian Captivity and the History of Chicana/o Performance», *American Quarterly* 53 (junio de 2001), p. 282. Las citas proceden de Smithwick, *Evolution*, p. 183; y de Horn, *Authentic and Thrilling Narrative*, p. 23. <<

[32] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 241-242; Robinson y Armagost, *Comanche Dictionary*, p. 39; y Thomas Gladwin, «Comanche Kin Behavior», *American Anthropologist* 50 (enero-marzo de 1948), p. 82. <<

[33] Sobre Hekiyan'i, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 260-263 (la cita procede de la página 262). Sobre las prisioneras euroamericanas a las que se considera comanches puras, véase John Sibley, «Character of the Hietan Indians», en *Journal*, edición de Flores, p. 81. Las citas proceden de Gregg, *Commerce*, p. 436; Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 355; Brooks, *Captives and Cousins*, p. 187; y Berlandier, *Indians*, pp. 76 y 83. <<

[34] Berlandier, *Indians*, p. 83; Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 356; Corwin, *Comanche and Kiowa Captives*, p. 168; y Brooks, «“This Evil Extends”», pp. 284 y 290. Las citas proceden de Berlandier, *Indians*, p. 76; y Ruiz, *Report*, p. 15* <<

[35] Sobre la terminología del parentesco, véase Robinson y Armagost, *Comanche dictionary*, p. 68. Sobre los derechos legales de los esclavos, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 241. Las citas proceden de Burnet, «Letters», p. 130; Tixier, *Travels*, p. 270; y Berlandier, *Indians*, pp. 119-12 o. <<

[36] Las citas proceden de Burnet, «Letters», p. 130; Berlandier, *Indians*, p. 76; y Sánchez, «Trip to Texas», p. 263. Véanse también Hyde, *Life of George Bent*, p. 69; carta de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 87; John Holland Jenkins, *Recollections of Early Texas: Memoirs of John Holland Jenkins*, edición de John Holmes Jenkins ID (Austin, University of Texas Press, 1958), p. 231; y Corwin, *Comanche and Kiowa Captives*, pp. 105-106. <<

[37] Las citas proceden de Gregg, *Commerce*, pp. 249-250. Las diferencias más teóricas pueden ser resbaladizas si se aplican a la esclavitud comanche. Por ejemplo, los comanches de principios del siglo XIX parecían estar en proceso de lenta transformación para dejar de ser una «sociedad con esclavos», en la que la esclavitud era una de las muchas fuentes de trabajo, para convertirse en una «sociedad esclava», en la que la institución de la esclavitud constituía el núcleo duro de la producción económica; pero esa posible trayectoria quedó abortada por el colapso del poder comanche en las décadas de 1850 y 1860. <<

[38] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 39-40; Catlin, *Letters*, 2, p. 67; carta de J. C. Eldredge a Sam Houston, del 8 de diciembre de 1843, *IPTS*, 1, p. 267; Marcy, *Adventure*, p. 164; y Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 147. Véase también Sibley, *Report*, p. 80. <<

[39] Las ritas proceden de carta de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 87; y de Marcy, *Adventure*, p. 158. Véase también Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 39; y Ralph Linton, *The Study of Man: An Introduction* (Nueva York, D. Appleton, 1936), p. 297. <<

[40] Sobre los nombres de los caballos, véanse Robinson y Armagost, *Cumanche Dictionary*, p. 88; y Colin G. Calloway, *One Vast Winter Count: The Native American West before Lewis and Clark* (Lincoln, University of Nebraska Press, 2003), p. 284. Sobre el precio de las novias, véanse Ruiz, *Report*, p. 14; y Berlandier, *Indians*, p. 118. Véase también Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 177-178. <<

[41] Sobre el número de esclavos, véase Lester G. Bugbee, «The Texas Frontier, 1820-1825», *Publications of the Southern History Association* 4 (marzo de 1900), p. 119, n. 35. La rita procede de Marcy, *Adventure*, p. 159. <<

[42] Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 134; y Jane Fisburne Collier, *Marriage and Inequality in Classless Societies* (Stanford, Stanford University Press, 1988), pp. 32-43. <<

[43] Sobre la ropa y los adornos, véanse Francisco Amangual, «Diary of Francisco Amangual from San Antonio to Santa Fe, March 30-May 19, 1808», *PV*, p. 482; y Gregg, *Commerce*, p. 435. La rita procede de Sibley, *Report*, pp. 79-80. <<

[44] Para recopilar todas estas estrategias de distinción, me he basado, sobre todo, en Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 146-147; y en Collier, *Marriage and Inequality*, pp. 35-43. <<

[45] Carta de Ortiz a De Anza, del 20 de mayo de 1786, *FF*, p. 322, y Antonio Elozúa, Afidávit, 3 de marzo de 1829, BA 120, p. 513. Sobre los nombres de los grupos, véase Burnet, «Letters», p. 124. <<

[46] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 131, 255 y 272; y Ruiz, *Report*, p. 13. <<

[47] Collier, *Marriage and Inequality*, pp. 32-34. <<

[48] Ibid., p. 38; Robinson y Armagost, *Comanche Dictionary*, p. 124; Anderson, *Indian Southwest*, p. 237; Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 132-133 y 145; y Babb, *La verdadera historia*, p. 57. <<

[49] La cita procede de Marcy, *Adventure*, p. 157. Gergg señalaba que, si bien los jefes solían tener entre ocho y diez esposas, el número considerado «habitual» para los «guerreros ordinarios» era de tres. Véase Gregg, *Commerce*, pp. 433-434. <<

[50] La cita procede de Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 353. Véase también Hoebel y Wallace, *Comanches*, p. 211. Sobre los hijos que suceden a sus padres en posiciones de liderazgo, véase Gregg, *Commerce*, p. 433. <<

[51] Sobre la incertidumbre del prestigio masculino, véanse Collier, *Marriage and Inequality*, pp. 48-57; y Marcy, *Adventure*, pp. 158-159. Para los antiguos esclavos que formaban matrimonios poligínicos acomodados, véanse, por ejemplo, Corwin, *Comanche and Kiowa Captives*, pp. 95 y 101 y Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 261. <<

[52] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 225-228 y 234; Ruiz, *Report*, p. 14; Berlandier, *Indians*, p. 118; Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 355; y Robinson y Armagost, *Comanche Dictionary*, p. 56. Las afrentas pueden considerarse un ejemplo de lo que algunos historiadores han denominado estrategias culturales para canalizar o abordar las emociones. Véase, por ejemplo, William M. Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for a History of Emotions* (Nueva York, Cambridge University Press, 2001). En términos mas generales, la práctica de las afrentas ilustra cómo los comanches mantenían el equilibrio entre conflicto y consenso en el plano social: su sociedad padecía contradicciones y conflictos intrínsecos que se compensaban (pero nunca se erradicaban) mediante tradiciones duraderas y, en parte, reinventadas, de vinculación y solidaridad social. <<

[53] La cita procede de Marcy, *Adventure*, p. 159. Sobre los *tekwuniwapis*, véase Robinson y Armagost, *Comanche Dictionary*, p. 107. <<

[54] Cabello, Respuestas, BA 17, p. 418. Sobre el sistema de calificación de hazañas de los comanches, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 246-250. <<

[55] Ruiz, *Report*, pp. 10-11. <<

[56] Las citas proceden de Ruiz, *Report*, p. 11; y de Berlandier, *Indians*, p. 71. <<

[57] Marcy, *Adventure*, p. 156. <<

[58] Sobre la residencia matrimonial, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 140. <<

[59] Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 210-212; Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 36-38; y Morris W. Foster, *Being Comanche: A Social History of an American Indian Community* (Tucson, University of Arizona Press, 1991), pp. 58-59. La cita procede de *Neighbors*, «Na-Ü-Ni», p. 357. <<

[60] Las citas proceden de la carta de Burnet a Schoolcraft, 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 87; Marcy, *Adventure*, pp. 158-159; y Informe de G. W. Bonnell, p. 42. Véase también Berlandier, *Indians*, p. 39; Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 212-213; Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 38-39; y Robinson y Armagost, *Comanche Dictionary*, p. 107. <<

[61] Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 213-215. La cita procede de José Francisco Ruiz, «“Comanches”: Customs and Characteristics», en *The Papers of Mirabeau Buonaparte Lamar*, edición de Charles Adams Gulick, hijo, y otros, 6 vols. (1920-1927; reimpresso en Austin, Pemberton, 1968), 4, p. 223. <<

[62] Las citas proceden de Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 213 y 215; Marcy, *Adventure*, p. 157; y L. H. Williams a Thomas G. Western, 23 de noviembre de 1845, *IPTS*, 2, p. 415. Véase también Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 353. <<

[63] M. C. Fisher, «On the Arapahoe, Kiowa, and Comanche», *Journal of the Ethnological Society of London* 1 (1869), p. 284; y Gregg, *Commerce*, pp. 250-251.

<<

[64] Sobre la abstinencia de los comanches, véanse Sánchez, «Trip to Texas», p. 262; carta de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 90; y Gregg, *Commerce*, p. 432. Sobre los pawnee, véase Richard White, *The Roots of Dependency: Subsistence, Environment, and Social Change among the Choctaws, Pawnees, and Navajos* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1983), pp. 191-192 y 204. Sobre las relaciones entre el consumo de alcohol y la pérdida de autonomía económica y política entre varios grupos de indios norteamericanos, véase Peter C. Mancall, *Deadly Medicine: Indians and Alcohol in Early America* (Ithaca, Cornell University Press, 1995). <<

[65] James, *Three Years*, pp. 243-244. Sobre el control del *paraibo*, véanse también José Cortés, *Views from the Apache Frontier: Report on the Northern Provinces of New Spain*, edición de Elizabeth A. H. John, traducción al inglés de John Wheat (Norman, University of Oklahoma Press, 1989), p. 82; y carta de Eldredge a Houston, del 8 de diciembre de 1843, *IPTS*, 1, p. 268. <<

[66] Sobre la organización de las partidas de guerra comanches, véanse Ruiz, *Repon*, pp. 9-10; Berlandier, *Indians*, p. 70; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 216, 223-224 y 250. <<

[67] Las citas proceden de las cartas de Tomás Vélez de Cachupín a Donjuán Francisco de Güemes y Horcasitas, del 8 de marzo de 1750, *PT*, 3, p. 328; de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847, *IPTS*, 3, p. 87; del Informe de G. W. Bonnell, p. 43; y de la carta de H. G. Catlett a W. Medill, del 12 de mayo de 1849, *ARCIA*, 1849, p. 967. Véanse también Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 151; y Martha McCollough, *Three Nations, One Place: A Comparative Ethnohistory of Social Change among the Comanches and Hasinai during Spain's Colonial Era, 1689-1821* (Nueva York, Routledge, 2004), pp. 102-103. <<

[68] Esto pone en cuestión la opinión tradicional, y todavía prevaleciente, de que los comanches nunca consiguieron reducir la creciente fragmentación a escala local. Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, por ejemplo, escribieron en 1952 que los comanches «eran un pueblo que tenía un modo de vida común. Pero ese modo de vida no incluía instituciones políticas, ni mecanismos sociales, mediante los que actuaran como una unidad tribal». Reflejando la opinión de Wallace y Hoebel, William C. Meadows ha concluido recientemente que la división era «el plano más alto de integración sociopolítica consistente» entre los comanches del siglo XIX: «los comanches del siglo XIX hacían gala de un estadio evolutivo de hermandad tribal entre todas las divisiones [...] que quedó inhibido de forma prematura antes de llegar a buen término debido al colapso de la economía de los comanches y, en general, de las llanuras». La interpretación de Meadows está influida por la simplificación de la idea de que los comanches eran una sociedad guerrera unidimensional cuya existencia política estaba condicionada por los asuntos marciales: «Las divisiones territoriales desarrollaron unas estructuras “pseudotribales” incipientes que no abarcaban al conjunto étnico pancomanche ni a su población lingüística, sino que seguía basada en las subdivisiones, quizá debido a la dependencia creciente de la guerra y los asaltos que, en términos generales, también se estructuraba en función de las divisiones». Las citas proceden de Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 22; y William C. Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies: Enduring Veterans, 1800 to the Present* (Austin, University of Texas Press, 1999), pp. 332-333 y 336. <<

[69] Burnet, «Letters», pp. 122-124. <<

[70] Véanse Vial y Chaves, *Diario*, p. 36; carta de Pedro de Nava a Fernando de la Concha, del 31 de diciembre de 1793, en *Border Comanches: Seven Spanish Colonial Documents*, 1785-/8/9, edición y traducción al inglés de Marc Simmons (Santa Fe, Stagecoach, 1967), p. 31; Manuel de Salcedo, Interrogatorio de un indio comanche, 1810 [sin fecha], BA 47, pp. 701 -702; carta de Josef Manrique a Nemesio Salcedo, del 27 de marzo de 1810, SANM II 17, pp. 61-63 (T-2.308); Pike, *Prose Sketches*, p. 48; cartas de Neighbors a Medill, del 20 de enero de 1848, 30 Congreso, 1ª sesión, H. Ex. Doc. 1, p. 574; y de Neighbors a Medill, del 2 de marzo de 1848, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, p. 17; Berlandier, *Indians*, p. 121; Marcy, *Adventure*, pp. 141-142; carta de Catlett a Medill, del 12 de mayo de 1849, *ARCIA*, 1849, p. 967; Robert S. Neighbors, «Texas Indians in 1849», *IPTS*, 3, p. 109; Daniel J. Gelo, «“Comanche Land and Ever Has Been”: A Native Geography of the Nineteenth-Century Comanchería», *SHQ* 103 (enero de 2000), p. 285; Nancy A Kenmotsu, Timothy K. Perttula, Patricia Mercado-Allinger, Thomas R. Hester, James E. Bruseth, Sergio Iruegas y Curtis Tunnell, «Medicine Mounds Ranch: The Identification of a Possible Comanche Traditional Cultural Property in the Rolling Plains of Texas», *Plains Anthropologist* 40 (1995), pp. 240-248; Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, pp. 310-311 y 336-337; Anderson, *Indian Southwest*, pp. 229; y Gerald Betty, *Comanche Society: Before the Reservation* (College Station, Texas A&M University Press, 2002), pp. 21-23. <<

[71] Sobre las elecciones, véanse, por ejemplo, Cabello, Respuestas, BA 17, p. 419; Femando Chacón, Informe sobre la elección de un general comanche, 18 de noviembre de 1797, SANM II 14, p. 233 (T-1.404); e Informe de G. W. Bonnell, p. 42. Sobre la función supervisor de los consejos de división, véase Foster, *Being Comanche*, p. 67. <<

[72] Vial y Chaves, *Diario*, pp. 38-44; Neighbors, «Na-Ü-Ni», p. 353; y Grant Foreman, «The Texas Comanche Treaty of 1846», *SHQ* 51 (abril de 1948), pp. 323-324. La cita procede de J. Cameron, «Comanche Indians; the Country West of the Colorado», en *Lamar Papers*, edición de Gulick y otros, 1, p. 475. <<

[73] Carta de Eldredge a Houston, del 8 de diciembre de 1843, IPTS, 1, p. 272. <<

[74] Burnet, «Letters», p. 125. <<

[75] Sobre la religión y la vida ritual como fuerzas integradoras, véase Daniel Joseph Gelo, «Comanche Belief and Ritual» (tesis doctoral, Rutgers University, 1986). Sobre las sociedades, véanse Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 48-49; Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, pp. 276-282 y 318; y Juliana Barr, «Beyond Their Control: Spaniards in Native Texas», en *Choice, Persuasion, and Coercion: Social Control on Spain's North American Frontiers*, edición de Jesús F. de la Teja y Ross Frank (Albuquerque, University of New Mexico Press, 200\$), p. 161. La cita procede de E. Adamson Hoebel, *The Law of Primitive Man: A Study in Comparative Legal Dynamics* (Cambridge, Harvard University Press, 1954), p. 129.

<<

[76] La cita procede de Ruiz, *Report*, p. 15. Sobre el culto al Sol, véase también Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 195. Sobre la Danza del Sol de los comanches, véase Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, pp. 318-323. <<

[77] Merino, Informe, p. 170; carta de Burnet a Schoolcraft, del 29 de septiembre de 1847; y Neighbors, «Na-Ü-Ni», *IPTS*, 3, pp. 8\$, 88, 349. Para contrastar el significado más simbólico de las reuniones nacionales de los cheyenne, véase Elliott West, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, University of Kansas Press, 1998), p. 85. <<

[78] Berlandier, *Indians*, p. 67; y Ruiz, *Report*, p. 10. <<

[79] Berlandier, *Indians*, pp. 69-70. Sobre las guerras nacionales y los ejércitos compuestos por varias divisiones, véase Fernando de la Concha, Instrucciones redactadas por el coronel don Fernando de la Concha, antiguo gobernador de la Provincia de Nuevo México, para que su sucesor, el teniente coronel don Fernando Chacón, adapte lo que le parezca conveniente para el progreso, la seguridad y el desarrollo de la provincia susodicha, en «Notes and Documents: Advice on Governing New Mexico, 1794», edición y traducción al inglés de Donald E. Worcester, *NMHR* 24 (julio de 1949), p. 238; cartas de Nava a De la Concha, del 26 de julio de 1791, y de Joaquín del Real Alencaster al comandante general, del 13 de junio de 1807, *SANM* II 12, p. 617, 16, pp. 347-348 (T-1.137, 2.056); Gregg, *Commerce*, p. 246; Ruiz, *Report*, p. 9; carta de John Sibley a William Eustice, del 10 de mayo de 1809, en «Dr. John Sibley and the Louisiana-Texas Frontier, 1803-1814», edición de Julia Kathryn Garrett, *SHQ* 47 (enero de 1944), p* 323; y Berlandier, *Indians*, pp. 73 y 117. Así es como los historiadores han percibido la guerra de los comanches. En un fragmento típico (e influyente), E. Adamson Hoebel escribió que «en la medida en que [la guerra] era una política nacional, no estaba dirigida de forma explícita por un organismo político o de gobierno. Era una cuestión de motivación individual». Véase Hoebel, *Law of Primitive Man*, p. 132. Véase también la opinión de Ralph Linton de que los comanches eran abiertamente «individualistas, dependían demasiado de las visiones y los sueños como para emprender una acción coordinada durante mucho tiempo», y que su sociedad tenía «muy poco contenido, pero era muy eficiente». Véase Linton, *Study of Man*, p. 89. <<

[80] Berlandier, *Indians*, pp. 72-73 y 80. Véanse también Ruiz, *Report*, pp. 11-12; y Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, pp. 295, 303, 312-317 y 332. <<

[81] «Delegation from the Comanche Nation», p. 428. El informe se basa, en parte, en la descripción de Ruiz como testigo ocular. Véase también el capítulo 5 de este libro. Sobre los Grandes Caballos, véase Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies*, pp. 280-281. <<

[82] Daniel K. Richter, *The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization* (Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Omohundro Institute of Early American History and Culture, 1992), pp. 40-41. <<

[83] Para una perspectiva histórica a largo plazo que subraya la flexibilidad y las modificaciones en la configuración de las divisiones de la organización política comanche, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, sobre todo las páginas 292-293 y 478-491. <<

[84] De la Concha, Instrucciones, p. 238. <<

[85] Sobre la evolución de los imperios nómadas, véase Nikolay N. Kradin, «Nomadism, Evolution, and World-Systems: Pastoral Societies in Theories of Historical Development», *Journal of World-Systems Research* 8 (otoño de 2002), p. 373; y Thomas J. Barfield, *The Perilous Frontier. Nomadic Empires and China* (Cambridge, Basil Blackwell, 1989). <<

[86] Berlandier, *Indians*, pp. 45-46 y 67, n. 67; Fowler, *Journal*, pp. 59 y 62; James Hobbs, *Wild Life in the Far West: Personal Adventures of a Border Mountain Man* (1873; reimpresso en Glorieta, Nuevo México, Rio Grande, 1969), pp. 37-38; y Pedro Vial, «Diary, Bexar to Santa Fe, October 4, 1786, to May 26, 1787», y Amangual, «Diary», *PV*, pp. 279-281 y 466-467. <<

[87] Amangual, «Diary», 467 (la cita procede de la página 501); carta de Ortiz a De Anza, del 29 de mayo de 1786, *FF*, pp. 322-323; Marcy, *Adventure*, pp. 141-142 y 175; Berlandier, *Indians*, pp. 37 y 43; y Gelo, «Comanche Land», pp. 279-282, 297 y 302-303. <<

[88] Francisco Amangual, el funcionario español, se quedó con los comanches mientras realizaban la transición desde el campamento ribereño invernal a una vida más móvil en las llanuras abiertas. Véase Amangual, «Diary», pp. 467-508. Véanse también Cabello, Respuestas, BA 17, p. 419; Juan de Dios Peña, Diario, 12 de junio a 8 de agosto de 1790, SANM II 12, p. 263 (T-1.089); y la carta de Houston a Henry Ellsworth, del 1 de diciembre de 1832, en *The Writings of Sam Houston*, edición de Amelia W. Williams y Eugene C. Barker, 8 vols. (Austin, University of Texas Press, 1938-1943), 1, p. 269. <<

[89] Sobre la guerra y la extensión de los territorios de caza, véanse Peña, *Diario*, SANM II 12, p. 263; Berlandier, *Indians*, pp. 67-69; y Marty, *Adventure*, p. 172. Sobre los centinelas, véase Jefferson Morgenthaler, *The River Has Never Divided Us: A Border History of La Junta de los Rios* (Austin, University of Texas Press, 2004), pp. 31-32. <<

[90] Véase, por ejemplo, John Miller Morris, *El Llano Estacado: Expiration and Imagination on the High Plains of Texas and New Mexico, 1536-1860* (Austin, Texas State Historical Association, 1997), p. 188. <<

[91] Catlin, *Letters*, 2, p. 61. <<

[92] Ibid., 2, pp. 20-61, 64-66. Sobre las grandes aldeas estivales, véanse también Santiago Fernández, «Diary of Santiago Fernández from Santa Fe to the Taovayas and Return to Santa Fe, June 24-July 21, 1788, and July 24-December (August?) 17, 1788», y Francisco Xavier Fragoso, «Diary of Francisco Xavier Fragoso, Santa Fe to Natchitoches to San Antonio to Santa Fe, June 24, 1788-August 20, 1789», *PV*, pp. 321, 332 y 337; y James, *Three Years*, p. 127. <<

[93] Hobbs, *Wild Life*, pp. 35-36; Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 55-62; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 59-60. Berlandier viajó en otoño de 1828 con una ranchería comanche que se dirigía a una gran aldea otoñal próxima al presidio abandonado de San Saba. Véase Berlandier, *Journey to Mexico*, 2, p. 351. Sobre la caza del oso, véase Berlandier, *Indians*, p. 46, n. 23. <<

[94] Hay otro modo de decirlo: los imperios tienden a reproducir su estructura jerárquica tanto en su dinámica interna como en la externa. Sobre este tipo de estratificación dual, véase, por ejemplo, Charles S. Maier, *Among Empires: American Ascendancy and Its Predecessors* (Cambridge, Harvard University Press, 2006), especialmente las páginas 10 y 11. <<

[1] Sobre los comentarios de Marcy, véase Randolph B. Marcy, *Adventure on Red River: Report on the Exploration of the Headwaters of the Red River by Captain Randolph B. Marcy and Captain G. B. McClellan*, edición de Grant Foreman (Norman, University of Oklahoma Press, 1937), pp. 162-164 fl^a cita procede de la página 162). Sobre la población comanche, véanse Pierce M. Butler y M. G. Lewis a William Medid, del 8 de agosto de 1846, Documentos relacionados con la negociación de los tratados ratificados y no ratificados con diferentes tribus de indios, RG 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, T 494, NAMP, 4, pp. 270-271; y la carta de Robert S. Neighbors a W. J. Worth, del 7 de marzo de 1849, *ARCIA*, 1849, p. 963. En 1854, William B. Parker informaba de que el número de comanches y kiowa juntos ascendía a veinte mil. Véase William B. Parker, *Notes Taken during the Expedition Commanded by Capí. R. B. Marcy, USA., Through Unexplored Texas, in the Summer and Fall of 1854* (Filadelfia, Hayes and Zed, 1856), p. 231. Sobre los esclavos mexicanos, véanse las cartas de W. Gilpin a R. Jones, del 1 de agosto de 1848, 30 Congreso, 2^a sesión, H. Ex. Doc. 1, 139; y de Neighbors a Medid, del 21 de noviembre de 1853, LR:OIA, Agencia de Texas, 859, p. 303. <<

[2] Sobre la capacidad de carga del ecosistema, véase Tom McHugh, *The Time of the Buffalo* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1972), pp. 16-17; William R. Brown, hijo, «Comanchería Demography», *Panhandle-Plains Historical Review* 59 (1986), pp. 9-10; y Dan Flores, «Bison Ecology and Bison Diplomacy: The Southern Plains from 1800 to 1850», *JAH* 78 (septiembre de 1991), pp. 470-471. Las cifras de McHugh hacen pensar que la Comanchería podría haber sustentado a unos 6, 2 millones de bisontes, Brown sitúa la cifra en siete millones y, Flores, en ocho. Sobre la tasa de reproducción anual, véanse Flores, «Bison Ecology», pp. 476-477; y Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), pp. 27-28. Las cifras de Flores indican que las manadas protegidas de la actualidad tienen una tasa de mortalidad natural del 6 por 100. Sin embargo, a principios del siglo XIX había dos factores en la Comanchería que aumentaron considerablemente este porcentaje: la depredación de los lobos y la muerte accidental debida a incendios descontrolados o inundaciones. Según Isenberg, la muerte de bisontes debida a la depredación de los lobos se situaba entre el 30 y el 40 por 100 de las camadas, lo que, para la población de bisontes de la Comanchería, habría supuesto una pérdida media anual del 7 por 100 de la cifra total. Según William R. Brown, hijo, la cifra de bajas anuales en las manadas de bisontes a lo largo de la historia como consecuencia de incendios, inundaciones y otras catástrofes puede estimarse en el 2, 5 por 100 del total de las manadas. Véanse Isenberg, *Destruction*, p. 28; y Brown, «Comanchería Demography», p. 10. <<

[3] Sobre los requisitos mínimos, véase Brown, «Comanchería Demography», pp. 10-11. Sobre las prácticas de caza, véanse William A. Dobak, «Killing the Canadian Buffalo: 1821-1881», *Western Historical Quarterly* 27 (primavera de 1996), p. 46; Flores, «Bison Ecology», pp. 479-480; y Douglas B. Bamforth, *Ecology and Human Adaptation on the Great Plains* (Nueva York, Plenum, 1988), p. 81. <<

[4] Sobre las actividades de caza de los osage y las tribus inmigrantes de la Comanchería a finales de la década de 1830 y 1840, véanse las cartas de W. M. Armstrong a T. Heartley Crawford, del 30 de septiembre de 1841, 27 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 338; Willard H. Rollings, *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992), pp. 20-21 y 257-285; Dianna Everett, *The Texas Cherokees: A People between Two Fires, 1819-1840* (Norman, University of Oklahoma Press, 1990), p. 114; y David LaVere, *Contrary Neighbors: Southern Plains and Removed Indians in Indian Territory* (Norman, University of Oklahoma Press, 2000), pp. 79-118. Poco después de la firma del Tratado de Camp Holmes, algunos comanches se quejaron de que los indios trasladados mataban demasiados bisontes, y se decía que un jefe comanche rompió indignado su copia del acuerdo. Véase C. C. Rister, «Federal Experiment in Southern Plains Indian Relations, 1835-1845», *CO* 14 (diciembre de 1936), pp. 451-452. <<

[5] Sobre el incremento de la actividad cazadora de los ciboleros en El Llano Estacado, véase H. Bailey Carroll y J. Villasana Haggard, traductores al inglés, *Three New Mexico Chronicles: The Exposición of Don Pedro Bautista Pino 1812; the Ojeada of Lie. Antonio Barreiro 1832; and the additions by Don José Agustín de Escudero, 1849* (Albuquerque, Quivira Society, 1942), pp. 101-102. Sobre el impacto catastrófico de la paz de 1840 sobre el ecosistema del bisonte, véase Elliott West, *The Way to the West: Essays on the Central Plains* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995), pp. 61-63. Sobre la captura de bisontes por parte de los cheyenne y los arapaho, véase la carta de John W. Whitfield a Charles E. Mix, de 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 104. <<

[6] Sobre el solapamiento de las dietas, véase Flores, «Bison Ecology», p. 481. Sobre los campamentos comanches y su impacto ecológico, véase George E. Hyde, *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 51-59; A. W. Whipple, Informe de las exploraciones para una ruta ferroviaria, cerca del paralelo 35 de latitud Norte, desde el río Misisipí hasta el océano Parífico, 1853-1854, 33 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 78, p. 35; y Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996), pp. 133-139. <<

[7] La depredación humana pudo haber tenido consecuencias profundas sobre la migración y las pautas de asentamiento de los bisontes: bajo la presión, las manadas emigraban de forma más errática, se concentraban en grupos mayores y más móviles y, a veces, desplazaban incluso el núcleo de su territorio original. Véase Douglas B. Bamforth, «Historical Documents and Bison Ecology on the Great Plains», *Plains Anthropologist* 32 (febrero de 1987), pp. 1-16. Sobre los caballos salvajes, véase Flores, «Bison Ecology», p. 481. Sobre los *pastores* [en español en el original, *N. del T.*], véanse James H. Simpson, Informe de la expedición y ruta de exploración desde Fort Smith, en Arkansas, hasta Santa Fe, en Nuevo México, realizada en 1849, e Informe de la ruta seguida por el capitán R. B. Marcy desde Fort Smith hasta Santa Fe, 20 de noviembre de 1849, 31 Congreso, 1ª sesión, H. Ex. Doc. 45, pp. 17-18, 46-48; y Whipple, Informe, pp. 38-39. Sobre el comercio de Santa Fe y las enfermedades bovinas, véase West, *Way to the West*, pp. 54-79. <<

[8] Antonio José Martínez, Exposición que el Presbítero Antonio José Martínez, Cura de Taos en Nuevo México, dirige al Gobierno del Exmo. Sor. General D. Antonio López de Santa-Anna. Proponiendo la civilización de las Naciones bárbaras que son al cantón del departamento de Nuevo México (Taos, J. M. B., 1843), p. 4, facsímil aparecido en *Northern Mexico on the Eve of the United States Invasion: Rare Imprints Concerning California, Arizona, Nuevo Mexico, and Texas, 1821-1846*, edición de David J. Weber (Nueva York, Amo, 1976). La cita procede de George E Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains* (Londres, John Murray, 1861), p. 266. <<

[9] David W. Stahle y Malcolm K. Cleaveland, «Texas Drought History Reconstructed and Analyzed from 1698 to 1980», *Journal of Climate* 1 (enero de 1988), p. 65; Kevin Sweeney, «Thirsting for War, Hungering for Peace: Drought, Bison Migrations, and Native Peoples on the Southern Plains, 1845-1859», *Journal of the West* 41 (verano de 2002), pp. 71-75; Flores, «Bison Ecology», p. 482; y West, *Way to the West*, pp. 79-80. Las citas proceden de la carta de Neighbors a Medill, del 12 de octubre de 1847, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, 905; y Marcy, *Adventure*, p. 172. En las cacerías masivas de la década de 1870, los cazadores norteamericanos mataron una cifra estimada de 3, 3 millones de bisontes en las llanuras meridionales. Parece probable que la inmensa mayoría de la otra mitad de los 7 millones de bisontes que se calculaba que había en el momento de máxima población hubiera desaparecido de las llanuras meridionales en 1860. Como veremos más adelante, la población comanche disminuyó en las décadas de 1850 y 1860 desde los aproximadamente veinte mil hasta por debajo de los cinco mil, un descenso que pudo haber aliviado la presión sobre los bisontes lo bastante para que alcanzaran un nuevo equilibrio ecológico durante esas dos décadas. Sobre las matanzas de los cazadores angloamericanos, véase Frank Gilbert Roe, *North American Buffalo: A Critical Study of the Species in Its Wild State* (Toronto, University of Toronto Press, 1970), pp. 436-431. Visto desde una perspectiva más amplia, la sequía prolongada que se desató en 1845 supuso el fin de la Pequeña Edad de Hielo, un periodo de enfriamiento global que abarcó desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XIX. Así pues, para las llanuras meridionales, la Pequeña Edad de Hielo acabó de un modo excepcionalmente brusco, lo que ejerció una presión enorme sobre las manadas de bisontes. <<

[10] Sobre las restricciones de caza impuestas a los ciboleros, véase Charles L. Kenner, *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican-Plains Indian Relations* (1969; reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994), p. 108. Sobre las cacerías comanches, véase la carta de Whitfield a Mix, del 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 104. La cita procede de la carta de Whitfield a George W. Manypenny, del 4 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, 437. <<

[11] Sobre las fluctuaciones del número de bisontes y las sequías, véanse West, *Way to the West*, p. 80; y Gary Clayton Anderson, *The Indian Southwest, 1580-1870: Ethnogenesis and Reinvention* (Norman, University of Oklahoma Press, 1999), pp. 185-186, 199-200 y 252. Sobre los tabúes sociales y el despilfarro, véase Isenberg, *Destruction*, pp. 65-84; y Shepard Krech III, *The Ecological Indian: Myth and History* (Nueva York, W. W. Norton, 1999), pp. 142-143. <<

[12] Flores, «Bison Ecology», pp. 484-485; Dobak, «Killing the Canadian Buffalo», pp. 49-50; y Ernest Wallace y E. Adamson Hoebel, *The Comanches: Lords of the South Plains* (Norman, University of Oklahoma Press, 1954), pp. 200-201. La cita procede de Richard Irving Dodge, *Our Wild Indians: Thirty-three Years' Personal Experience among the Red Men of the Great West* (1883; reimpresso en Nueva York, Archer House, 1959), p. 286. <<

[13] Sobre las concepciones de los indios norteamericanos acerca de la naturaleza, los animales y la conservación, véase Krech, *Ecological Indian*, p. 149. <<

[14] Las citas proceden de las cartas de Capron Horace a George T. Howard, del 30 de septiembre de 1852, LR:OIA, Agencia de Texas, 858, pp. 1.068, 1.071; y de Whitfield a Manypenny, del 4 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 437. <<

[15] W. H. Clift, «Warren's Trading Post», *CO 2* (junio de 1924), pp. 135-136; Hyde, *Life of George Bent*, pp. 93-95 y 104-108; y Lewis H. Garrard, *Wah-to-yah and the Taos Trail*, edición de Ralph P. Bieber (1850; reimpresso en Glendale, California, Arthur H. Clark, 1938), p. 330. Sobre el descenso del número de bisontes en las llanuras centrales, véase West, *Way to the West*, pp. 51-83. <<

[16] John H. Moore, *The Cheyenne Nation: A Social and Demographic History* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1987), pp. 197-203; Elliott West, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, University of Kansas Press, 1998), pp. 198-200 y 285; Morris W. Foster y Martha McCollough, «Plains Apache», en *Handbook of North American Indians*, vol. 13, *The Plains*, edición de Raymond J. DeMallie, 2 partes (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 2001), 2, p. 928; carta de Andrews a Manypenny, del 6 de septiembre de 1855, LR, Superintendencia Meridional, RG 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, M640, NAMP 833, pp. 379-380; carta de A H. McKisick a Elias Rector, del 21 de octubre de 1855, LR:OIA, Agencia Wichita, 928, pp. 22-23; y <<

F. Todd Smith, *The Caddos, the Wichitas, and the United States, 1846-1901* (College Station, Texas A&M University Press, 1996), pp. 42-59.

[17] Sobre los tratados de 1854, véanse «Treaty with the Delawares, 1854», «Treaty with the Shawnee, 1854», «Treaty with the Sauk and Foxes of Missouri, 1854», y «Treaty with the Kickapoo, 1854», en *Indian Affairs: Laws and Treaties*, edición de Charles J. Kappler, 2 vols. (Washington, D. C., GPO, 1904), 2, pp. 614-626, 634-636; y Francis Paul Prucha, *The Great Father: The United States Government and the American Indians*, 2 vols. (Lincoln, University of Nebraska Press, 1984), pp. 118-119. Sobre la batalla de 1854, véase la carta de James Bordeaux a Alfred Cumming, 27 de septiembre de 1854, 33 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 297-298 (la cita procede de la página 298). Sobre las hostilidades posteriores entre comanches e indios inmigrantes, véase la carta de Whitfield a Manypenny, del 4 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 437. Sobre las relaciones entre comanches y osage, véanse las cartas de Manypenny a R. McClelland, del 26 de noviembre de 1855, y de C. W. Dean a Manypenny, del 1 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 330-331 y 441-442. <<

[18] Sobre las acciones de Calhoun, véanse las cartas de James S. Calhoun a Orlando Brown, del 25 de enero, el 31 de marzo y el 25 de julio de 1850, y de Calhoun a Luke Lea, del 28 de julio de 1851, en *The Official Correspondence of James S. Calhoun While Indian Agent at Santa Fe and Superintendent of Indian Affairs in New Mexico*, edición de Annie Heloise Abel (Washington, D. C., GPO, 1915), pp. 104-105, 181-183, 226 y 390-391. Algunos autores mexicanos sostienen que las autoridades estadounidenses se abstuvieron deliberadamente de poner fin a los asaltos fronterizos con la intención de debilitar las provincias del norte de México y prepararlas para una futura asimilación. Véase David B. Adams, «Embattled Borderland: Northern Nuevo León and the Indios Bárbaros, 1686-1870», *SHQ* 95 (octubre de 1991), p. 217. <<

[19] La cita procede de la carta de John Greiner a Lea, del 30 de abril de 1852, en *Correspondence of James S. Calhoun*, p. 529. Véase también la carta de Greiner a E. V. Summer, del 4 de abril de 1852, en *ibíd.*, pp. 519-520; y John Greiner, «The Journal of John Greiner», edición de Annie Heloise Abel, *Old Santa Fe Magazine of History, Archaeology, Genealogy and Biography* 3 (julio de 1916), pp. 192-193. <<

[20] Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 107-112; John Ward, Journal, 6 de junio de 1853, en «Indian Affairs in New Mexico under the Administration of William Carr Lane», edición de Annie Heloise Abel, *NMHR* 46 (abril de 1941), pp. 345-346; Greiner, «Journal», p. 199; y Whipple, Informe, pp. 31 y 33. <<

[21] Sobre las epidemias, véase Rupert Norval Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier* (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933), pp. 159 y 259, n. 523; carta de Albert G. Boone a W. P. Dole, del 2 de febrero de 1862, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 625; y James Mooney, *Calendar History of the Kiowa Indians* (1898; reimpresso en Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1979), pp. 173, 176 y 311. <<

[22] Sobre las incursiones para obtener alimento, véanse las cartas de Christopher Carson a David Meriwether, del 26 de julio de 1855, LR:OIA, Superintendencia de Nuevo México, rollo 547 (sin número de microficha); de A. H. Blak a W. T. Magruder, del 20 de julio de 1855, y de R. Johnson a R Williams, del 26 de septiembre de 1855, Registro de cartas recibidas y Cartas recibidas por el Cuartel General del Departamento de Nuevo México, RG 393, Archivos del Mando Continental del Ejército de Estados Unidos, Mi 120, NAMP, 4, pp. 594, 614-615. Sobre la exigencia de restringir la caza, véanse Clint Padgitt, entrevistado por William V. Ervin, WPA Federal Writer's Project Collection, Manuscript Division, Biblioteca del Congreso; y Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 345. Sobre la caza de ciervos, alces y osos y la ingestión de carne de caballo, véanse la carta de Whitfield a Mix, del 5 de enero de 1856, LR. OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, pp. 104-105; Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie* (Nueva York, Antiquarian, 1961), p. 279; William Bollaert, *William Bollaert's Texas*, edición de W. Eugene Hollon y Ruth Lapham Butler (Norman, University of Oklahoma Press, 1956), p. 361; y Robert S. Neighbors, «The Na-Ü-Ni, or Comanches of Texas; Their Traits and Beliefs, and Divisions and Intertribal Relations», *IPTS*, 3, p. 356. Sobre las ovejas y las cabras, véase Simpson, Informe, p. 16. Según Whitfield, 3. 200 comanches que vivían en la cuenca alta del Arkansas consumían dos mil ciervos, mil alces y quinientos osos al año. El gran número de ciervos muertos es particularmente revelador, pues la tradición comanche establece que cazar ciervos era una medida de emergencia utilizada tan solo cuando había campamentos enteros sin comida. Sobre la caza de ciervos y los tabúes alimentarios, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 67-70. Sobre la población, véanse W. B. Parker, «Census of the Tribes of Southwestern Texas in 1854», *IPTS*, 3, p. 217; y la carta de Whitfield a Mix, del 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, pp. 106-108. Las citas proceden de la carta de Thomas Fitzpatrick a A. Cumming, del 19 de noviembre de 1853, 33 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 363; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 70. <<

[23] Ralph P. Bieber, «The Southwestern Trails to California», *Mississippi Valley Historical Review* 12 (diciembre de 1925), pp. 359-362; y Walker Wyman, «Freighting: A Big Business on the Santa Fe Trail», *Kansas Historical Quarterly* 1 (noviembre de 1931), pp. 17-27. <<

[24] «Treaty with the Comanche, Kiowa, and Apache, 1853», en *Indian Affairs*, edición de Kappler, 2, pp. 600-602; carta de Fitzpatrick a Cumming, del 19 de noviembre de 1853, 33 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 361-364 (las citas proceden de la página 363); y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 348-350.

<<

[25] Sobre los comanches de la ribera del río Arkansas, véanse la carta de Whitfield al comisionado de Asuntos Indios, del 4 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 435-438; Robert C. Miller, «Report», *ARCIA*, 1857, pp. 141-143; carta de Whitfield a Cumming, del 15 de agosto de 1855, LR:OIA, Agencia de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 17; y Miller, Facturas de los artículos recibidos por los indios comanches, kiowa y apaches del río Arkansas, 12 de mayo de 1858, RCS 5, pp. 198-221. Sobre la fiebre del oro de Colorado, véase West, *Contested Plains*, pp. 145-170. <<

[26] Cartas de Whitfield a Manypenny, del 4 de septiembre de 1855, 34 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 437; y de Meriwether a Manypenny, de septiembre de 1855, LR:OIA, Superintendencia de Nuevo México, rollo 547 (sin número de microficha).

<<

[27] Whipple, Informe, pp. 38-40; Kenner, *Comanchero Frontier* y pp. 120 137; y Kavanag, *Comanche Political History*, pp. 370-373. <<

[28] T. R. Fehrenbach, *Lone Star: A History of Texas and the Texans* (Nueva York, Collier, 1968), pp. 279-324. <<

[29] Rudolph Leopold Biesele, «The Relations between the German Settlers and the Indians in Texas, 1844-1860», *SHQ* 31 (octubre de 1927), pp. 116-129; carta de J. Pinckney Henderson a W. L. Marcy, del 22 de agosto de 1847, *IPTS*, 5, pp. 33-34; y Terry G. Jordan, *German Seed in Texas Soil: Immigrant Farmers in Nineteenth-Century Texas* (Austin, University of Texas Press, 1966), pp. 40-54 y 118-191. <<

[30] Carta de Neighbors a Medill, del 2 de marzo de 1848, 30 Congreso, 1ª sesión, S. Rpt. 171, pp. 16-19; Y Robert M. Utley, *Frontiersmen in Blue: The United States Army and the Indian, 1848-1865* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1967), pp. 61 y 71-73. La cita procede del *Telegraph and Texas Register*, 10 de diciembre de 1845. <<

[31] Las ritas proceden de la carta de Bordeaux a Cumming, del 27 de septiembre de 1854, 33 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 299; y de Russell Bartlett, *Personal Narrative of Explorations and Incidents in Texas, New Mexico, California, Sonora, and Chihuahua*, 2 vols. (Nueva York, D. Appleton, 1854), 2, p. 424. Sobre Nuevo León, véase Adams, «Embattled Borderland», p. 220. <<

[32] Sobre los asaltos comanches en Texas y México, véanse las cartas de P. H. Bell al Congreso de Estados Unidos, del 7 de febrero de 1850, de G. M. Broke a W. Scott, del 28 de mayo de 1850, de J. H. Rollings a Brooke, del 25 de septiembre de 1850, de Bell a la Asamblea Legislativa, del 12 de febrero de 1852, de H. Redmond a W. Mann, del 16 de abril de 1852, y «Report of Indian Commissioners H. W. Berry and W. J. Moore», 1 de enero de 1857, *IPTS*, 3, pp. 114-120, 155-156, 158-159, 264-265; George Archibald McCall, *New Mexico in 1850: A Military View*, edición de Robert W. Frazer (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), p. 103; Kevin Mulroy, *Freedom on the Border: The Seminole Maroons in Florida, the Indian Territory, Coahuila, and Texas* (Lubbock, Texas Tech University Press, 1993), pp. 67-73; Ralph A. Smith, «The Comanches' Foreign War: Fighting Head Hunters in the Tropics», *Great Plains Journal* 24-25 (1985-1986), pp. 31-41; J. Fred Rippy, «The Indians of the Southwest in the Diplomacy of the United States and Mexico, 1848-1853», *Hispanic American Historical Review* 2 (febrero de 1919), pp. 384-390; y Juan Mora-Torres, *The Making of the Mexican Border: The State, Capitalism, and Society in Nuevo León, 1848-1910* (Austin, University of Texas Press, 2001), pp. 36-51. Las citas proceden de la carta de Neighbors a Medill, del 21 de noviembre de 1853, LR:OIA, Agencia de Texas, 859, pp. 304, 306; y de Julius Fröebel, *Seven Years' Travel in Central America, Northern Mexico, and the Far West of the United States* (Londres, R. Bentley, 1859), p. 22. <<

[33] Sobre los Texas Rangers, véanse las cartas de Brooke a Beil, del 30 de enero de 1850, y de Bell a M. Fillmore, del 20 de agosto de 1852, *IPTS*, 3, pp. 75, 179. Sobre las opiniones de los oficiales del ejército acerca de los comanches, véase, por ejemplo, la carta de Brooke a Scott, del 28 de mayo de 1850, *IPTS*, 3, p. 120. Sobre el ejército y las guarniciones, véase T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974), pp. 402-403 y 417-418. <<

[34] Sobre la dispersión, véase la carta de William J. Hardee a George Deal, del 29 de agosto de 1852, LR:OIA, Agencia de Texas, 858, p. 890; y Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 385. La cita procede de R. B. Marcy, *Thirty Years of Army Life on the Border* (Nueva York, Harper and Brothers, 1866), p. 210. <<

[35] Sobre la petición de Ketumsee, véase «Negotiations between the United States and the Comanche, Lipán, and Mescalero Tribes of Indians», 26 de octubre de 1851, *IPTS*, 3, p. 145. Sobre las entregas de víveres, los cautivos y las disputas, véase la carta de Howard a Lea, del 27 de febrero y 1 de junio de 1852, John A. Rogers, Informe, 28 de junio de 1852, LR:OIA, Agencia de Texas, 858, pp. 966-968, 999-1.007, 1.129; y «Report of R. B. Marcy and R. S. Neighbors to R H. Bell», del 30 de septiembre de 1854, *IPTS* 3, p. 189. Las citas proceden de las cartas de Horace Capron a Howard, de 30 de septiembre de 1852, y de Hamilton W. Merrill a Rogers, del 29 de marzo de 1852, LR:OIA, Agencia de Texas, 858, pp. 1.069, 1.119. <<

[36] Sobre la política de asignación de tierras de Texas, véase Fehrenbach, *Lone Star*, pp. 282-283. <<

[37] Sobre las negociaciones, véase Parker, *Notes*, pp. 199-201 (la cita procede de las páginas 199-200). Sobre la reserva, véanse George W. Manypenny, «Report», *ARCIA*, 1856, pp. 14-15; y las cartas de Neighbors a Manypenny, del 20 de febrero y del 19 de marzo de 1856, de John A. Baylor a Neighbors, del 1 de marzo de 1856, John A. Baylor, Censo de indios comanches, 30 de abril de 1856, y carta de Neighbors a Manypenny, del 14 de mayo de 1856, LR:OIA, Agencia de Texas, 860, pp. 509-519, 533-534, 623-625, 637, 640-641. <<

[38] Sobre los asaltos, véanse las cartas de Neighbors a Mix, del 20 de octubre de 1854, LR:OIA, Agencia de Texas, 850, p. 874; de E. M. Pease a P. F. Smith, del 20 de junio de 1855, de W. E. Jones a Pease, del 5 y 7 de julio de 1855, del comité del Condado de Bexar a Pease, del 1 de septiembre de 1855, «Petition to E. M. Pease for Rangers in Goliad County», 13 de septiembre de 1855, «Petition from Bandera to E. M. Pease», 21 de septiembre de 1855, de Jones a Pease, del 22 de septiembre de 1855, «Petition from Medina to E. M. Pease», 5 de octubre de 1855, «Statement of Rufus Doane and J. F. Crosby», 13 de noviembre de 1855, y «Report of Indian Commissioners H. W. Berry y W. J. Moore», 1 de enero de 1857, *IPTS*, 3, pp. 219, 222-223, 231-233, 238-246, 248-249, 259-260, 264-265; la carta de Douglas Cooper a Rector, del 26 de mayo de 1858, LR, Superintendencia Meridional, RG 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, M640, NAMP, 834, pp. 422-423; y la carta de A. Montgomery a Samuel Cooper, del 13 de marzo de 1858, 35 Congreso, 2ª sesión, H. E. Doc. 2, pp. 415-416. Sobre el comercio, véase la carta de Neighbors a Manypenny, del 18 de septiembre de 1856, *ARCIA*, 1856, 175. Sobre los «asaltantes indios» blancos, véase Doyle Marshall, «Red-Haired “Indian” Raiders on the Texas Frontier», *West Texas Historical Association Year Book* 61 (1985), pp. 88-105. La cita procede de la carta de Ross a Neighbors, del 7 de octubre de 1855, *IPTS*, 3, pp. 250-251. <<

[39] Cartas de Pease a los ciudadanos del condado de Bexar, del 25 de julio de 1855, de Pease a J. H. Callahan, del 25 de julio de 1855, «Newspaper Item Concerning Indian Depredations», 6 de agosto de 1855, carta de Ross a Neighbors, del 7 de octubre de 1855, y de H. R. Runnels al Senado, del 22 de enero de 1858, *IPTS*, 3, pp. 228-231, 250-251, 270-271; y Gary Clayton Anderson, *The Conquest of Texas: Ethnic Cleansing in the Promised Land* (Norman, University of Oklahoma Press, 2005), pp. 264-268. Las citas proceden de la carta de D. C. Buell al capitán W. J. Newton, del 30 de enero de 1855, citado en Anderson, *Conquest of Texas*, p. 266; y de la carta de Neighbors a J. W. Denver, del 16 de septiembre de 1857, 3º Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 11, pp. 551-552. <<

[40] Sobre la guerra de exterminio comanche en Texas, véase la carta de John Smiley a Neighbors, del 3 de noviembre de 1857, LR:OIA, Agencia de Texas, 860, p. 1.159. Sobre las relaciones entre las partidas de asaltantes y las bandas de la reserva, véanse las cartas de John S. Ford a Runnels, del 27 de febrero de 1858, TSA: RR, caja 301-327, carpeta 3; y de Robert C. Millar a A. M. Robinson, del 17 de agosto de 1858, 35 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, p. 450. Ketumsee y otros jefes de las reservas trataron de impedir en reiteradas ocasiones que las partidas de asaltantes accedieran a la reserva. Véase, por ejemplo, la carta de Baylor a Neighbors, del 7 de octubre de 1858, *IPTS*, 3, pp. 251-252. Las citas proceden de las cartas de Neighbors a Denver, del 16 de septiembre de 1857, 35 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 11, p. 551; y de Ford a Runnels, del 27 de febrero de 1858, TSA. RR, caja 301-307, carpeta 3. <<

[41] Sobre la cancelación de las entregas periódicas de provisiones, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 394. Sobre la nueva política militar, véase la carta de D. E. Twiggs a L. Thomas, del 6 de julio de 1858, 35 Congreso, 2ª sesión, S. EX. Doc. 1, pt. 2, p. 258. Sobre la Batalla de Little Robe Creek, véase la carta de Ford a Runnels, del 22 de mayo de 1858, 35 Congreso, 2ª sesión, H. Ex. Doc. 27, pp. 17-20.

<<

[42] Earl Van Dorn, Informe, 5 de octubre de 1858, 35 Congreso, 2ª sesión, S. Ex. Doc. 1, pp. 272-274; y Utley, *Frontiersmen in Blue*, pp. 134-135. <<

[43] William Bent, Informe, 5 de octubre de 1859, 36 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 2, pt. 2, p. 506. Sobre la fusión, véase Charles Bogy y W. R. Irvin a Lewis Bogy, del 8 de diciembre de 1866, Documentos relacionados con la negociación de los tratados ratificados y no ratificados con diferentes tribus de indios, RG 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, T494, NAMP, 7, pp. 709-712. <<

[44] Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 307-324. Sobre las campañas para exterminar a los indios de la reserva de Texas, véanse la carta de George Barnard a Runnels, del 4 de mayo de 1859, TSA: RR, caja 301-309, carpeta 18; y *Southern Intelligencer*, 25 de mayo de 1859. <<

[45] Sobre la propagación de la ganadería en Texas, véase Terry G. Jordan, *North American Cattle-Ranching Frontiers: Origins, Diffusion, and Differentiation* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993), pp. 218-220. El hecho de que la desaparición de las reservas de Texas se solapara de forma tan evidente con la expansión de los ranchos no fue una coincidencia; algunos oficiales del ejército involucrados en la erradicación de las reservas también participaron en el avance de los ranchos junto al valle del río Brazos. Véase, por ejemplo, Ty Cashion, *A Texas Frontier: The Clear Fork Country and Fort Griffin, 1849-1887* (Norman, University of Oklahoma Press, 1996), pp. 50-52. <<

[46] Anderson, *Conquest of Texas*, pp. 327-342; Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 141-144, 147-149 y 155-156. Cartas de Nicholas S. Davis a James H. Carleton, del 30 de octubre de 1864, de Carleton a Michael Steck, del 29 de octubre de 1864, y Acuerdo alcanzado y vigente entre las tribus de indios confederados y las tribus de indios de las praderas, suscrito en Camp Napoleon, junto al río Washita, 26 de mayo de 1865, en *The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*, 70 vols. (Washington, D. C., GPO, 1880-1901), serie 1, vol. 41, pt. 1, pp. 212-213, pt. 4, pp. 319-320 y vol. 48, pt. 2, pp. 1.102-1.104. <<

[47] Sobre el clima, véase Stahle y Cleaveland, «Texas Drought History», p. 65. <<

[48] John B. Sanborn, Informe, 16 de octubre de 1865, *ARCIA*, 1865, pp. 528-535 (la declaración de Eagle Drinking procede de la página 535); y «Treaty with the Comanche and Kiowa, 1865», en *Indian Affairs*, edición de Kappler, 2, pp. 892-895. Los dos firmantes penateka, Potsanaquahip y Tosawa, solo tenían vínculos fugaces con las tierras supuestamente cedidas: la banda de Potsanaquahip había estado desplazándose hacia el norte de la Comanchería desde finales de la década de 1850, mientras que Tosawa ya vivía en una reserva del Territorio Indio. <<

[49] Richard White, «Animals and Enterprise», en *The Oxford History of the American West*, edición de Clyde A. Milner II, Carol A. O'Connor y Martha A. Sandweiss (Nueva York, Oxford University Press, 1994), pp. 252-253; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 307-308. <<

[50] Cartas de A. B. Norton a D. N. Cooley, del 28 de septiembre de 1866, *ARCIA*, 1866, p. 151; de J. W. Throckmorton a E. M. Stanton, del 5 de agosto de 1867, *IPTS*, 4, pp. 235-236; de Lorenzo Labadi a Norton, del 28 de agosto de 1867, en Departamento del Interior del Gobierno de Estados Unidos, *Report of the Secretary of the Interior communicating... information in relation to the Indian tribes of the United States*, 2 vols. (Washington, D. C., GPO, 1867), 2, p. 214; y La Vere, *Contrary Neighbors*, pp. 177-182. <<

[51] Sobre el pastoreo, véase la carta de Whitfield a Mix, del 5 de enero de 1856, LR:OIA, Agenda de la Cuenca Alta del Arkansas, 878, p. 107; y Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003), pp. 844-845. Sobre la descripción de Labadi, véase la carta de Labadi a Norton, del 28 de agosto de 1867, Departamento del Interior del Gobierno de Estados Unidos, *Report*, 2, pp. 214-215 (la cita procede de la página 215). <<

[52] Sobre la ingestión de vacuno, véase Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 69. La cita procede de Hyde, *Life of George Bent*, p. 37. <<

[53] Sobre la raza *longhorn* de Texas, véase Don Worcester, *The Texas Longhorn: Relic of the Past, Asset for the Future* (College Station, Texas A&M University Press, 1987), pp. 3-24. <<

[54] Sobre la participación de norteamericanos y *ricos* (en español en el original [*N. del T.*]), véase Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 156-161, y 173-174; y Brooks, *Captives and Cousins*, pp. 317-318 y 321. <<

[55] Las citas proceden de las cartas de Philip McCusker a Thomas Murphy, del 7 de septiembre de 1866, LR. OIA, Agencia Kiowa, 375, p. 391; y de Norton a Cooley, del 31 de julio de 1866, *ARCIA*, 1866, p. 151. <<

[56] Sobre el comercio comanchero, véase J. Evetts Haley, «The Comanchero Trade», *SHQ* 38 (enero de 1935), pp. 161-164; Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 178-179; cartas de Norton a Cooley, del 28 de septiembre y 31 de julio de 1866, *ARCIA*, 1866, pp. 145 y 151; carta de Patrick Henry Healy a Cooley, del 31 de julio de 1867, LR:OIA, Superintendencia de Nuevo México, rollo 554 (sin número de microficha); Carter, *On the Border with Mackenzie*, p. 32; y Michael L. Tate, «Comanche Captives: People between Two Worlds», *CO* 72 (otoño de 1994), p. 250. La cita procede de Vicente Romano, «Los Comanches», entrevistado por Lorin W. Brown, 6 de abril de 1937, WPA Federal Writers' Project Collection, Manuscript Division, Biblioteca del Congreso. <<

[57] Sobre los rituales, véanse Romano, «Los Comanches»; y Jonathan H. Jones, *A Condensed History of the Apache and Comanche Indian Tribes for Amusements and General Knowledge: Prepared from the General Conversation of Herman Lehmann, Willie Lehmann, Mrs. Mina Keyser, Mrs. A. J. Buckmeyer and Others* (San Antonio, Johnson Brothers, 1899), p. 38 (la cita procede de las páginas 198-199). Sobre el aumento de los precios, véanse J. Marvin Hunter, *The Boy Captives: Life among the Indians* (1927; reimpreso en Nueva York, Garland, 1977), p. 58; y Rafael Chacón, *Legacy of Honor: The Life of Rafael Chacon, a Nineteenth-Century New Mexican*, edición de Jacqueline Dorgan Meketa (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982), pp. 105-106. <<

[58] Sobre las entregas periódicas de provisiones, véanse las cartas de Jesse Leavenworth a Cooley, del 5 de junio de 1866, de Leavenworth a L. V. Bogy, del 26 de febrero de 1867, y de Leavenworth a N. G. Taylor, del 18 de junio de 1867, LR:OIA, Agencia Kiowa, 375, pp. 250-251, 505-506, 604-605; y de H. Douglas al ayudante del administrador militar, del 13 de enero de 1867, 40 Congreso, 1ª sesión, S. Ex. Doc. 13, pp. 52-54. Sobre los rescates y la polémica suscitada por la práctica de pagarlos, véanse las cartas de Throckmorton a Cooley, del 5 de noviembre de 1866, de M. Walker a C. McKeever, del 14 de mayo de 1867, y de G. Salmon a J. P. Newcomb, del 23 de junio de 1867, *IPTS*, 4, pp. 124-125, 209, 314-315; carta de Leavenworth a Murphy, del 14 de diciembre de 1866, LR:OIA, Agencia Kiowa, 375, pp. 398-401; carta de Labadi a Norton, del 28 de agosto de 1867, Departamento del Interior del Gobierno de Estados Unidos, *Report*, 2, pp. 214-215; carta de John DuBois a Cyrus H. de Forrest, del 12 de julio de 1867, Cartas recibidas por el Cuartel General, Distrito de Nuevo México, RG 393, Archivos del Mando Continental del Ejército de Estados Unidos, M1088, *NAMP*, 5, pp. 356-357; y de Leavenworth a Taylor, del 21 de mayo de 1868, 41 Congreso, 2ª sesión, H. Misc. Doc. 139, 6. Las citas proceden de la carta de J. B. Barry a Throckmorton, del 16 de marzo de 1867, *IPTS*, 4, p. 177; y de I. C. Taylor a Cooley, del 30 de septiembre de 1866, *ARCIA*, 1866, p. 281. <<

[59] Anotación de William Tecumseh Sherman del informe de M. Walker, 25 de junio de 1867, *IPTS*, 4, p. 210. Sobre el enfrentamiento entre el comercio de prisioneros y las economías esclavistas del Sudoeste y las políticas de modernización estadounidenses, véase Brooks, *Captives and Cousins*, capítulo 8. <<

[60] Sobre el repliegue de la frontera de Texas, véanse las cartas de W. Fanning a Throckmorton, del 7 de febrero de 1867, de H. I. Richards a Throckmorton, del 25 de febrero de 1867, de Barry a Throckmorton, del 16 de marzo de 1867, de Richards a Throckmorton, del 19 de marzo de 1867, de H. Secrest a Throckmorton, del 8 de abril de 1867, de I. Mullings a Throckmorton, del 20 de abril de 1867, de Throckmorton a Stanton, del 5 de agosto de 1867, y de Jones a Pease, del 7 de agosto de 1867, *IPTS*, 4, pp. 154-155, 167, 177-180, 183-184, 196, 236-238. Las citas proceden de las cartas de Barry a Throckmorton, del 16 de marzo de 1858, y de W. C. Billingsly a D. R. Curley, del 24 de junio de 1867, *IPTS*, 4, pp. 177, 224. <<

[1] Sobre Sand Creek y las llanuras centrales, véase Elliott West, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers, and the Rush to Colorado* (Lawrence, University of Kansas Press, 1998), pp. 290-310. Sobre los lakota, véase Robert M. Utley, *The Indian Frontier of the American West, 1846-1890* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1984), pp. 103-105. <<

[2] Sobre el trabajo y los planes de la Comisión de Paz, véanse Francis Paul Prucha, *The Great Father: The United States Government and the American Indians*, 2 vols. (Lincoln, University of Nebraska Press, 1984), 1, pp. 488-492; y Ray Allen Billington, *Westward Expansion: A History of the American Frontier*, 4ª ed. (Nueva York, Macmillan, 1974), pp. 570-571. <<

[3] William T. Hagan, *United States-Comanche Relations: The Reservation Years* (1976; reimpresso en Norman, University of Oklahoma Press, 1990), pp. 27-43; y «Treaty with the Kiowa and Comanche, 1867», en *Indian Affairs: Laws and Treaties*, edición de Charles J. Kappler, 5 vols. (Washington, D. C., GPO, 1904), 2, pp. 977-982. <<

[4] Para la interpretación tradicional, véanse, por ejemplo, Billington, *Westward Expansion*, p. 571; Hagan, *United States-Comanche Relations*, p. 37; y Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West* (1970; reimpreso en Londres, Vintage, 1991), pp. 241-242 y 258. <<

[5] Todas las citas del discurso de Paruasemena proceden de «Proceedings of Council with the Comanches, Kiowas, Arapahoes, and Apaches at Medicine Lodge Creek, Kansas», 19 de octubre de 1867, en Nathaniel C. Taylor, John B. Henderson, Samuel E Tappan, John B. Sanborn, William S. Harney, Alfred H. Terry, William T. Sherman y Christopher C. Augur, *Papers Relating to Talks and Councils Held with the Indians in Dakota and Montana in the Years 1866-1869* (Washington, D. C., GPO, 1910), pp. 59-60. <<

[6] Sobre las cláusulas, véase «Treaty with the Kiowa and Comanche», pp. 977-981 (la cita procede de la página 980). Sobre las ideas de territorialidad y propiedad de la tierra de los indios norteamericanos en general, véase Patricia Albers y Jeanne Kay, «Sharing the Land: A Study in American Indian Territoriality», en *A Cultural Geography of North American Indians*, edición de Thomas E. Ross y Tyrel G. Moore (Boulder, Westview, 1987), pp. 47-91. Sobre los comanches en particular, véase Daniel J. Gelo, «“Comanche Land and Ever Has Been”: A Native Geography of the Nineteenth-Century Comanchería», *SHQ* 103 (enero de 2000), pp. 273-307. Arrell Morgan Gibson realizó la interpretación tradicional (y típica) de que el Tratado de Medicine Lodge acabó siendo, en última instancia, una victoria norteamericana absoluta. Escribió que «pese a las manifestaciones líricas y arrebatadas» de Paruasemena y Satanta, prevaleció la voluntad de los comisarios y, antes de que concluyera el consejo, los jefes habían consentido la reducción drástica de su territorio». Véase Gibson, *The West in the Life of the Nation* (Lexington, Massachusetts, D. C. Heath, 1976), p. 433. La interpretación de los comisarios también se complicaba por el hecho de que los kwahada, que controlaban la mayor parte de las tierras «cedidas», no estuvieran representados en las conversaciones. Aquí, sin embargo, los comisarios se apartaron del programa estadounidense al uso de negar la soberanía externa de los indios y trataron a los signatarios comanches como representantes de regímenes soberanos que podían negociar en nombre del conjunto de la comunidad comanche. <<

[7] Las citas proceden de «Treaty with the Kiowa and Comanche», pp. 980-981. Véanse también Andrew C. Isenberg, *The Destruction of the Bison: An Environmental History, 1750-1920* (Cambridge, Cambridge University Press, 2000), p. 124; y Henry M. Stanley, «A British Journalist Reports the Medicine Lodge Council of 1867», *Kansas Historical Quarterly* 33 (otoño de 1967), p. 289. <<

[8] Cartas de O. H. Browning a Nathaniel G. Taylor, del 19 de diciembre de 1867, de Leavenworth a Taylor, del 21 de mayo de 1868, de Philip McCusker a Leavenworth, del 10 de abril de 1868, de McCusker a Taylor, del 5 de junio de 1868, de Taylor a Browning, del 1 de julio de 1868, y de L. S. Walkley a W. B. Hazen, del 28 de diciembre de 1868, LR:OIA, Agenda Kiowa, 375, pp. 476, 859-862, 866-871, 873-875, 376, pp. 525-528; y Hagan, *United States-Comanche Relations*, pp. 52-55. La cita procede de la carta de McCusker a Hazen, del 21 de diciembre de 1868, LR:OIA, Agenda Kiowa, 376, p. 520. <<

[9] Prucha, *Great Father*, 1, pp. 479-606; y Utley, *Indian Frontier*, pp. 129-155, 164-165. <<

[10] Sobre las bandas de la reserva y de fuera, y las relaciones entre ambas, véanse las cartas de Benjamin Grierson a W. G. Mitchell, del 12 de abril y el 10 de julio de 1870, y de Lawrie Tatum a Enoch Hoag, del 11 de febrero de 1870, LR:OIA, Agenda Kiowa, 376, pp. 572-574, 612-613, 798-799; de Tatum a Hoag, del 20 de mayo y el 13 de julio de 1871, de Tatum a Grierson y Ranald Mackenzie, del 4 de agosto de 1871, y de Tatum a Francis A. Walker, del 1 de mayo de 1872, RCS 34, pp. 418, 471-472, 486-487, 41, pp. 592-597; y de Tatum a Hoag, del 1 de septiembre de 1871, *ARCIA*, 1871, p. 503. <<

[11] Sobre las bandas intertribales, véanse las cartas de George Getty a C. McKeever, del 13 de marzo de 1869, Cartas remitidas por el 90 Departamento Militar, el Departamento de Nuevo México y el Distrito de Nuevo México, RG 393, Archivos del Mando Continental del Ejército de Estados Unidos, M1072, NAMP, 4, pp. 455-456; la de Grierson al ayudante del administrador militar, Departamento de Missouri, del 14 de junio de 1870, LR:OIA, Agencia Kiowa, 376, pp. 591-592; George E. Hyde, *Life of George Bent: Written from His Letters*, edición de Savoie Lottinville (Norman, University of Oklahoma Press, 1968), p. 137; y Thomas W. Kavanagh, *Comanche Political History: An Ethnohistorical Perspective* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1996), p. 429. <<

[12] Sobre las medidas de Tatum, véase Lawrie Tatum, *Our Red Brothers and the Peace Policy of President Ulysses S. Grant* (1899; reimpresso en Lincoln, University of Nebraska Press, 1970), pp. 38-45. Sobre las estrategias comanches, véanse J. Marvin Hunter, *The Boy Captives: Life among the Indians* (1927; reimpresso en Nueva York, Garland, 1977), pp. 57-58; carta de Tatum a Hoag, del 20 de mayo de 1871, y el 10 de octubre de 1872, RCS 41, pp. 611, 779; y Hagan, *United states-Comanche Relations*, pp. 68-73. Cuando el gobernador de Texas reclamaba que se adoptaran medidas más estrictas para eliminar los asaltos comanches en Texas, insistió expresamente en que se debería obligar a los varones comanches a recoger las provisiones personalmente, y no a través de los jefes. Véase «Negotiations Concerning Bit Tree and Satanta», 6 de octubre de 1873, *IPTS*, 4, p. 352. Sobre los rescates, véanse las cartas de Tatum a Hoag, del 19 de agosto de 1870, y el 31 de marzo de 1873, LR:OIA, Agencia Kiowa, 376, pp. 995-996, 378, pp. 235-236; y la de Tatum a Hoag, del 12 de mayo de 1871, RCS 34, pp. 410-411. <<

[13] Utley, *Indian Frontier*, pp. 164-166; y Tatum, *Our Red Brothers*, pp. 33-34. La cita procede de la carta de R H. Sheridan a E. D. Townsend, del 1 de noviembre de 1869, 41 Congreso, 2ª sesión, H. Ex. Doc. 1, pt 2, 38. <<

[14] Véanse la carta de Tatum a E. S. Parker, del 24 de julio de 1869, LR:OIA, Agencia Kiowa, 376, pp. 291-294; y Hagan, *United States-Comanche Relations*, pp. 63-67. <<

[15] Las citas proceden de Rupert Norval Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier* (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933), p. 352; y de la carta de Cyrus Beede a Hoag, del 13 de agosto de 1872, LR:OIA, Superintendencia Central, 61, p. 760. <<

[16] Charles L. Kenner, *The Comanchero Frontier: A History of New Mexican-Plains Indian Relations* (1969; reimpreso en Norman, University of Oklahoma Press, 1994), pp. 167-169 y 174; William Steele, «Report of Indian Depredations», 1 de noviembre de 1875, *IPTS*, 4, pp. 388-391; Hagan, *United states-Comanche Relations*, p. 75; carta de Tatum a Hoag, del 31 de marzo de 1873, LR:OIA, Agencia Kiowa, 378, p. 240; y carta de C. C. Augur al ayudante del administrador militar, del 14 de agosto de 1872, 42 Congreso, 3ª sesión, S. Ex. Doc. 7, 1. <<

[17] Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 183-187; y Vicente Romano, «Los Comanches», entrevistado por Lorin W. Brown, 6 de abril de 1937, WPA Federal Writer's Project Collection, Manuscript Division, Biblioteca del Congreso. Las citas proceden de Herman Lehmann, *Nine Years among the Indians, 1870-1879: The Story of the Captivity and Life of a Texan among the Indians*, edición de J. Marvin Hunter (1927; reimpresso en Albuquerque, University of New Mexico Press, 1993), p. 92; y carta de John Hatch al ayudante del administrador militar, del 15 de abril de 1872, citado en Kavanagh, *Comanche Political History*, p. 469. <<

[18] La cita procede de «Proceedings of Council with the Comanches», p. 60. <<

[19] Sobre las estimaciones de la población comanche, véase Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 471-473. <<

[20] Sobre la situación de Kansas, véase West, *Contested Plains*, pp. 323-326. <<

[21] Sobre las autoridades federales y el tráfico de esclavos, véase, por ejemplo, la carta de William L. Cady a Hoag, del 9 de septiembre de 1870, citado en Carl Coke Rister, *Border Captives: The Traffic in Prisoners by Southern Plains Indians, 1855-1875* (Norman, University of Oklahoma Press, 1940), p. 175. Sobre la élite militar y la Política de Paz, véanse James L. Haley, *The Buffalo War* (1976; reimpresso en Austin, State House, 1998), pp. 99-100; y Utley, *Indian Frontier*, pp. 164-165. <<

[22] Uteley, *Indian Frontier*, pp. 143-148; Hagan, *UnitedStates-Comanche Relations*, pp. 76-77; y carta de Tatum a Grieson y Mackenzie, del 4 de agosto de 1871, RCS 34, pp. 486-487. <<

[23] Sobre el Ejército de Estados Unidos tras la Guerra de Secesión y sus alternativas estratégicas en las llanuras, véanse Sherry Marker, *Plains Indian Wars*, 2ª edición (Nueva York, Facts on File, 2003), pp. 72-79; y David D. Smits, «The Frontier Army and the Destruction of the Buffalo, 1865-1883», *Western Historical Quarterly* 25 (otoño de 1994), pp. 314-318. <<

[24] Sobre el carácter diferenciado de la frontera anglo-americana entre las fronteras coloniales en expansión en el Oeste, véase John Mack Faragher, «Americans, Mexicans, and Métis», en *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past*, edición de William Cronon, George Miles y Jay Gitlin (Nueva York, W. W. Norton, 1992), pp. 90-105. <<

[25] Sobre la situación de Texas, la campaña de 1871 y el sistema de patrullas, véanse T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974), pp. 496-513 y 518. Sobre el ataque de septiembre de 1872, véanse la carta de Mackenzie al ayudante del administrador militar, del 12 de octubre de 1872, LR:OIA, Superintendencia Central, 62, pp. 110-114; y Tatum, *Our Red Brothers*, pp. 134-135. Sobre la mudanza de los comanches a la reserva, véanse las cartas de Tatum a Hoag, del 9 de diciembre de 1872, RCS 41, pp. 839-840; de Tatum a Hoag, del 11 de enero de 1874, LR:OIA, Agencia Kiowa, 378, pp. 129-131; y Hagan, *United states-Comanche Relations*, pp. 89-90. <<

[26] Kenner, *Comanchero Frontier*, pp. 192-202. <<

[27] Thomas C. Battey, *The Life and Adventures of a Quaker among the Indians* (1875; reimpreso en Norman, University of Oklahoma Press, 1968), pp. 82, 105, 114, 138 y 161-162 (la cita procede de la página 164); Hagan, *United States-Comanche Relations*, pp. 93-94; y Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 434-437. <<

[28] «Negotiations Concerning Big Tree and Satanta», pp. 352-357. <<

[29] William Cronon, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West* (Nueva York, W. W. Norton, 1991), pp. 216-217; Isenberg, *Destruction*, pp. 130-134; y Smits, «Frontier Army», pp. 326-327. La cita del párrafo siguiente procede de Smits, «Frontier Army», pp. 332. <<

[30] Smits, «Frontier Army», pp. 328-332; Ty Cashion, *A Texas Frontier: The Clear Fork Country and Fort Griffin, 1849-1887* (Norman, University of Oklahoma Press, 1996), pp. 157-176; Haley, *Buffalo War*, pp. 23-28 y 35-36; y Lehmann, *Nine Years*, p. 171. <<

[31] Sobre Isatai, véanse la carta de J. M. Haworth a Hoag, del 6 de mayo de 1874, LR:OIA, Agencia Kiowa, 379, pp. 218-219; Battey, *Life and Adventures*, pp. 302-303; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, p. 319. <<

[32] Sobre los problemas de la reserva, véanse las cartas de E. P. Smith a Haworth, del 24 de noviembre de 1873, Cartas enviadas por la Oficina de Asuntos Indios, RG 75, Documentos de la Oficina de Asuntos Indios, M21, NAMP, 114, p. 474; de Haworth a Beede, del 8 de diciembre de 1873, y de Haworth a C. Delano, del 15 de diciembre de 1873, RCS 47, pp. 1.062-1.069, 1.080-1.096; y de Beede a Smith, del 10 de marzo de 1874, y de Haworth a Hoag, del 10 de marzo de 1874, LR:OIA, Superintendencia Central, 63, pp. 1.110-1.111. Sobre la reunión de Elk Creek, véase James Mooney, *Calendar History of the Kiowa Indians* (1898; reimpresso en Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1979), pp. 201-203; Battey, *Ufe and Adventures*, pp. 307-308; y Wallace y Hoebel, *Comanches*, pp. 319-325. <<

[33] Sobre las disputas internas, véanse las cartas de Haworth a Hoag, del 8 de junio de 1874, LR:OIA, Agencia Kiowa, 379, pp. 297-299; de Haworth a Smith, del 1 de septiembre de 1874, 43 Congreso, 2ª sesión, H. Ex. Doc. 1, pt. 5, pp. 527-528; Kavanagh, *Comanche Political History*, pp. 49-51; y William T. Hagan, *Quanah Parker, Comanche Chief* (Norman, University of Oklahoma Press, 1993), p. 12. <<

[34] G. Derek West, «The Battle of Adobe Walls», *Panhandle-Plains Historical Review* 36 (1963), pp. 16-29; y Mooney, *Calendar History*, p. 203. <<

[35] Sobre los asaltos, véanse Haley, *Buffalo War*, p. 78; y Richardson, *Comanche Barrier*, pp. 382-383. Sobre Fort Griffin, véanse Smits, «Frontier Army», p. 332; e Isenberg, *Destruction*, p. 138. Sobre la sequía, véase Hagan, *Quanah Parker*, p. 13.

<<

[36] Carta de G. K. Sanderson al oficial responsable de comunicaciones, del 5 y 8 de agosto de 1874, LR:OIA, Agencia Kiowa, 379, pp. 856-857, 870-873. Sobre los ataques del Ejército de Estados Unidos, que posteriormente acabaron por conocerse como la Guerra del Río Rojo, véase William H. Leckie, «The Red River War: 1874-1875», *Panhandle-Plains Historical Review* 29 (1956), pp. 83-91. <<

[37] Sobre la batalla del Cañón de Palo Duro, véanse Robert G. Carter, *On the Border with Mackenzie, or Winning West Texas from the Comanches* (Nueva York, Antiquarian, 1961), pp. 487-495; y Mooney, *Calendar History*, pp. 210-211. <<

[38] Haley, *Buffalo War*, p. 181; y carta de Haworth a Smith, del 20 de septiembre de 1875, *ARCIA*, 1875, p. 275. <<

[39] Cartas de J. W. Davidson al ayudante del administrador militar, del 10 de octubre de 1874, de Augur a W. D. Whipple, del 17 de noviembre de 1874, de Davidson a Augur, del 23 del diciembre de 1874, y Nelson A. Miles, «Report», 4 de marzo de 1875, en «The Indian Campaign on the Staked Plains, 1874-1875», edición de Joe F. Taylor, *Panhandle-Plains Historical Review* 34 (1961), pp. 69-73, 106-107, 141» 209-213; Hagan, *Quanah Parker*, p. 14; y Hagan, *United States Comanche Relations*, pp. 112-114. <<

[1] El mejor estudio sobre la concepción y materialización de este nuevo imperio estadounidense en el Oeste es la obra de William Cronon, *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West* (Nueva York, W. W. Norton, 1991), especialmente las páginas 41-93. <<

[2] Véanse Walter Prescott Webb, *The Great Plains* (Boston, Ginn, 1931); y Rupert Norval Richardson, *The Comanche Barrier to South Plains Settlement: A Century and a Half of Savage Resistance to the Advancing Frontier* (Glendale, California, Arthur H. Clark, 1933). <<

[3] Walter Prescott Webb, «History as High Adventure», *American Historical Review* 64 (enero de 1959), p. 274; y Cormac McCarthy, *Blood Meridian: Or, the Evening Redness in the West* (Nueva York, Random House, 1985), p. 54 (trad, cast.: *Meridiano de sangre*. Traducción de Luis Murillo Fort, Madrid, Debate, 2001, p. 69).

<<

[4] T. R. Fehrenbach, *Comanches: The Destruction of a People* (Nueva York, Da Capo, 1974), pp. xiv, 191 y 496. <<

[5] Sobre los iroqueses, véanse el incisivo análisis de Daniel K. Richter en *The Ordeal of the Longhouse: The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992), especialmente las páginas 2-3; y Alan Taylor, *The Divided Ground: Indians, Settlers, and the Northern Borderland of the American Revolution* (Nueva York, Vintage, 2005), especialmente las páginas 3-7. <<

[6] Véanse, por ejemplo, Richter, *Ordeal*, pp. 133-161; Gregory Evans Dowd, *A Spirited Resistance: The North American Indian Struggle for Unity, 1745-1812* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992), pp. 51-56; Tom Hatley, *The Dividing Paths: Cherokees and South Carolinians through the Era of Revolution* (Oxford: Oxford University Press, 1993), pp. 217-218; John H. Moore, *The Cheyenne Nation: A Social and Demographic History* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1987), pp. 191-204; y Richard White, *The Roots of Dependency: Subsistence, Environment, and Social Change among the Choctaws, Pawnees, and Navajos* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1983), pp. 250-314. <<

[7] El ejemplo más elocuente de divisiones internas paralizantes es, una vez más, el de los iroqueses, que se fragmentaron a finales del siglo xvii y principios del xviii en tres facciones enfrentadas: los anglofilos, los francófilos y los neutrales. Véase Richter, *Ordeal*, pp. 105-213. <<

[8] Sobre las estrategias fronterizas de los mongoles, véase Thomas J. Barfield, «The Shadow Empires: Imperial State Formation along the Chinese-Nomad Frontier», en *Empires: Perspectives from Archaeology and History*, edición de Susan E. Alcock, Terence N. D'Altroy, Kathleen D. Morrison, y Carla M. Sinopoli (Cambridge, Cambridge University Press, 2001), pp. 15-17 y 24-28. Para análisis más generales de los imperios nómadas y sus limitaciones, véanse Thomas D. Hall, «Role of Nomads in Core-Periphery Relations», en *Core/Periphery Relations in Precapitalist Worlds*, edición de Christopher Chase-Dunn y Thomas D. Hall (Boulder, Westview, 1991), pp. 212-239; y Nikolay N. Kradin, «Nomadism, Evolution, and World-Systems: Pastoral Societies in Theories of Historical Development», *Journal of World-Systems Research* 8 (otoño de 2002), pp. 368-388. <<

[9] Esta perspectiva concuerda con la idea de Michael Mann de que las potencias imperiales se entienden mejor como redes de poder entrelazadas y variables que como regímenes políticos con una estructura rígida. También es compatible con el comentario que hace Terence N. D'Altroy sobre los imperios: «El rasgo más sobresaliente de los imperios preindustriales era la naturaleza en continua metamorfosis de las relaciones entre las potencias centrales y las sociedades arrastradas bajo los auspicios imperiales». Véanse Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. i, *A History of Power from the Beginning to A. D. 1760* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986) (trad, cast: *Las fuentes del poder social. Vol. 1: Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.* Traducción de Femando Santos Fontenla Madrid, Alianza, 1991.); y Terence N. D'Altroy, «Empires in a Wider World», en *Empires*, p. 125. <<

[10] Para una exposición sistemática muy iluminadora de esta tradición historiográfica, véase Gerald E. Poyo y Gilberto M. Hinojosa, «Spanish Texas and Borderlands Historiography in Transition: Implications for United States History», *JAH*, 75 (septiembre de 1988), pp. 393-402. <<

[11] Sobre la condición periférica de Texas y Nuevo México en el sistema imperial español como resultado del retraso en su desarrollo económico, véase, por ejemplo, Thomas D. Hall, «The Río de la Plata and the Greater Southwest», en *Contested Ground: Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, edición de Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan (Tucson, University of Arizona Press, 1998), pp. 156-157. En este aspecto, mi tesis está muy influida por Ross Frank, *From Settler to Citizen: New Mexican Economic Development and the Creation of Vecino Society, 1750-1820* (Berkeley, University of California Press, 2000), especialmente las páginas 119-139. <<

[12] Esta dinámica social de Nuevo México ha sido mencionada en los primeros tres capítulos de este libro. Sobre los sueños y frustraciones de la élite de Nuevo México, véase también Ramón A Gutiérrez, *When Jesus Came, the Corn Mothers Went Away: Marriage, Sexuality, and Power in New Mexico, 1500-1846* (Stanford, Stanford University Press, 1991), pp. 101-108, 176-206 y 303-306 (trad, cast.: *Cuando Jesús llegó, las madres del maíz se fueron: matrimonio, sexualidad y poder en Nuevo México, 1500-1846*. Traducción de Julio Colón Gómez, México, Fondo de Cultura Económica, 1993); y Oakah L. Jones, hijo, *Los Paisanos: Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain* (Norman, University of Oklahoma Press, 1979), pp. 163-165. <<

[13] Para un primer estudio en profundidad de las relaciones entre españoles y ute y el sistema esclavista de la Gran Cuenca, véase Ned Blackhawk, *Violence over the Land: Indians and Empires in the Early American West* (Cambridge, Harvard University Press, 2006). <<

[14] David J. Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992), pp. 305-311 (trad, cast.: *La frontera española en América del Norte*. Traducción de Jorge Ferreiro, México, Fondo de Cultura Económica, 2000); y Alfred Crosby, *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900* (Cambridge, Cambridge University Press, 1986), pp. 182-184 (trad, cast.: *Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa, 900-1900*. Traducción de Montserrat Iniesta, Barcelona, Crítica, 1988). <<

[15] Ya he mencionado antes este aspecto de la excepcional duración de los lakota. Véase Pekka Hämäläinen, «The Rise and Fall of Plains Indian Horse Cultures», *JAH* 90 (diciembre de 2003). <<

[16] Sobre los osage, véanse Willard H. Rollings, *The Osage: An Ethnohistorical Study of Hegemony on the Prairie-Plains* (Columbia, University of Missouri Press, 1992); y Kathleen DuVal, *The Native Ground: Indians and Colonists in the Heart of the Continent* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006). <<

[17] Hay dos estudios tremendamente importantes que narran la historia de la expansión estadounidense en el Sudoeste a través de las reacciones y decisiones de las comunidades locales, con lo que ponen en cuestión los modelos jerárquicos convencionales y muestran que las decisiones sobre la identidad, las alternativas de lealtad y la resistencia activa y pasiva de los residentes en la frontera influyeron en el proceso de anexión. Véase David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest under Mexico* (Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982) (trad, cast.: *La frontera norte de México, 1821-1846: el Sudoeste norteamericano en su época mexicana*. Traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica, 1988); y Andrés Reséndez, *Changing National Identities at the Frontier: Texas and New Mexico, 1800-1850* (Nueva York, Cambridge University Press, 2005). Por otra parte, el papel de los pueblos indios en la asimilación del Sudoeste a Estados Unidos no ha recibido más que una atención muy escasa. <<

[18] La falacia de una América del Norte escasamente ocupada y semivacía aparece incluso en la muy discutida obra de Niall Ferguson *Coloso*, que se enmarca explícitamente como antídoto del mito de la excepcionalidad estadounidense. Véase Niall Ferguson, *Colossus: The Rise and Fall of the American Empire* (Londres, Penguin, 2004), especialmente las páginas 35-41. (Trad, cast.: *Coloso: auge y decadencia del imperio americano*. Traducción de Magdalena Chocano Mena, Madrid, Debate, 2005.) <<

[19] Para un análisis muy brillante de esta dinámica, véase Curtis Marez, «Signifying Spain, Becoming Comanche, Making Mexicans: Indian Captivity and the History of Chicana/o Performance», *American Quarterly* 53 (junio de 2001), pp. 267-307. <<

[20] Dan Flores, *The Natural West: Environmental History of the Great Plains and Rocky Mountains* (Norman, University of Oklahoma Press, 2001), p. 53. La tendencia académica y no académica, persistente aún, de pasar por alto los efectos negativos de las acciones de los indios norteamericanos sobre su entorno y su economía produce distorsiones similares a las causadas por la tendencia a representar a los indios como víctimas inocentes de la agresión europea. Al otorgar a los indios una capacidad de intervención solo parcial, ambas líneas de argumentación simplifican en exceso la experiencia histórica de los indios norteamericanos y, por extensión, niegan sus historias y culturas. Para una tesis similar, véase Richard White y William Cronon, «Ecological Change and Indian-White Relations», en *Handbook of North American Indians*, vol. 4, *History of Indian-White Relations*, edición de Wilcomb E. Washburn (Washington, D. C., Smithsonian Institution, 1989), p. 417. <<

[21] Sobre la consolidación nacional, véanse D. W. Meinig, *The Shaping of America: A Geographic Perspective on 500 Years of History*, vol. 3, *Transcontinental America, 1850-1915* (New Haven, Yale University Press, 1998), partes 2 y 3; y Elliott West, «Reconstructing Race», *Western Historical Quarterly* 34 (primavera de 2003), pp. 7-26. <<

[*] En adelante, nos referiremos a menudo a esta región simplemente con el nombre de «el Sudoeste». (N. del T.) <<

[*] En inglés, Texas Panhandle. Significa literalmente «mango de sartén» y se refiere, por su forma de protuberancia geométrica, a la región geográfica limítrofe con el extremo noroccidental del estado de Oklahoma, al que también se denomina «Oklahoma Panhandle». Hay otros estados de Estados Unidos que también tienen regiones así denominadas, como Florida. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] La Ruta de Chihuahua era una «autopista» colonial que los colonos españoles trazaron para continuar la exploración de Norteamérica. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] Danza religiosa de ciertos indios norteamericanos, que se vinculó a un movimiento político que pretendía restablecer el contacto con los muertos y recuperar la situación ideal previa a la llegada de los europeos. (N. del T.) <<

[*] Aunque en español un búfalo y un bisonte son animales muy diferentes, en inglés se utilizan indistintamente los términos *buffalo* y *bison* para referirse a los bisontes. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<

[*] En español en el original. (N. del T.) <<